

EXODO

A wide-angle photograph of a desert landscape. The foreground is dominated by a large, smooth sand dune. In the middle ground, there are several rocky, eroded hills and smaller dunes. The background shows more distant, hazy hills under a clear, light blue sky. The overall scene is arid and expansive.

Ernesto Trenchard
Antonio Ruiz

Introducción	12
Israel y la historia de la redención	12
1. Desde Abraham hasta José	12
Egipto, sus dinastías y sus dioses	13
1. Condiciones geográficas y climatológicas	13
2. La historia de Egipto	13
3. La literatura de Egipto	14
4. La religión de Egipto	15
5. Cronología y fecha del éxodo	16
La redacción del libro de Exodo	18
1. La posición conservadora	18
2. Las hipótesis de la teoría documental	19
3. Nota adicional sobre el Pentateuco samaritano	19
El contenido y estructura del libro	20
1. El propósito del libro y su lugar en el Pentateuco	20
Análisis del contenido de Exodo	21
Temas para recapitular y meditar	24
Opresión y esperanza (Exodo 1:1-2:25)	25
El enlace con Génesis	25
1. El recuento de los padres de las tribus (Ex 1:1-6)	25
2. La multiplicación y potencia del pueblo (Ex 1:7)	25
El periodo de la opresión (Ex 1:8-22)	26
1. El cambio de dinastía (Ex 1:8)	26
2. Etapas y grados de opresión (Ex 1:9-22)	26
Dios prepara a su siervo Moisés (Ex 2:1-25)	28
1. El nacimiento y salvamento de Moisés (Ex 2:1-10)	28
2. Moisés se identifica con su pueblo (Ex 2:11-15)	31
3. Moisés en Madián (Ex 2:16-22)	33
4. El principio de la liberación (Ex 2:23-25)	34
El llamamiento de Moisés (Exodo 3:1-4:31)	36
La teofanía y el llamamiento (Ex 3:1-12)	36

La revelación del nombre de Jehová (Ex 3:13-22)	39
Las señales provistas como credenciales (Ex 4:1-9)	40
Moisés ha de recibir la ayuda de su hermano Aarón (Ex 4:10-17)	41
El regreso a Egipto (Ex 4:18-31)	42
Temas para recapacitar y meditar	44
Moisés se encuentra con Faraón (Exodo 5:1-7:7)	45
Introducción	45
1. El porqué de la serie de plagas	45
El primer contacto con Faraón y sus resultado (Ex 5:1-6:12)	48
1. La primera entrevista (Ex 5:1-5)	48
2. La severidad de la opresión aumenta (Ex 5:6-21)	49
3. La renovación de la comisión (Ex 5:22-6:12)	50
Un paréntesis genealógico (Ex 6:13-7:7)	52
1. La importancia de las genealogías	52
2. El resumen antes del avance (Ex 6:28-7:7).	53
Las plagas de Egipto (Exodo 7:8-11:3)	55
La señal de las serpientes (Ex 7:8-13)	55
La plaga del agua del Nilo convertida en “sangre” (Ex 7:14-25)	56
La plaga de la proliferación de las ranas (Ex 8:1-15)	58
La plaga de los mosquitos (Ex 8:16-19)	59
La plaga de las moscas (Ex 8:20-32)	59
La muerte del ganado en el campo (Ex 9:1-7)	60
La plaga de las úlceras (Ex 9:8-12)	61
La plaga del granizo (Ex 9:13-35)	62
La plaga de las langostas (Ex 10:1-20)	63
El juicio de las tinieblas (Ex 10:21-11:3)	65
Temas para meditar	67
La última plaga y la Pascua (Ex 11:4-12:36)	68

Consideraciones generales	68
La muerte de los primogénitos y la Pascua	68
El éxodo	70
La víspera de la pascua (Ex 11:1-10)	72
La muerte de los primogénitos y la pascua (Ex 12:1-36)	73
Los primeros pasos del Éxodo (Ex 12:37-15:21)	80
Las primeras etapas de la ruta del éxodo (Ex 12:37-41)	80
La ordenanza de la Pascua (Ex 12:43-13:2)	81
Declaraciones de Moisés frente al pueblo (Ex 13:3-16)	82
De Ramesés hasta el mar (Ex 13:17-14:4)	83
La víspera de la travesía del mar (Ex 14:5-19)	85
El camino abierto (Ex 14:21-31)	87
El cántico de alabanza (Ex 15:1-21)	89
Temas para meditar	92
Primeras experiencias en el desierto (Exodo 15:22-16:34)	93
Israel en la Península de Sinaí - Condiciones geográficas y climatológicas	93
1. Lo que era el “desierto”	93
2. La topografía de la península.	94
3. Rutas permanentes en la península	94
La ruta seguida por Israel hasta Sinaí	95
Las etapas de la vida de Israel en el desierto	96
Del mar hasta Elim (Ex 15:22-27)	97
La provisión del maná (Ex 16:1-36)	99
La provisión de carne y de pan (Ex 16:13-21)	100
La institución del sábado (Ex 16:22-30)	102
Un resumen del tema del maná (Ex 16:31)	103
Pruebas y enseñanzas en el desierto (Exodo 17:1-18:27)	105

Agua de la peña (Ex 17:1-7)	105
La victoria sobre los amonitas (Ex 17:8-16)	106
La visita de Jetro y sus consecuencias judiciales (Ex 18:1-27)	108
Los consejos de Jetro (18:13-27)	110
Temas para meditar	112
La proposición del pacto (Ex 19:1-25)	113
El pacto y la ley	113
1. Una nueva etapa en el desarrollo de la vida de Israel	113
2. La promulgación de la ley	114
3. La víspera de la teofanía	115
El primer anuncio de Dios a Moisés (Ex 19:1-25)	115
1. El tiempo y el lugar de la manifestación (Ex 19:1-2)	115
2. El primer encuentro de Moisés con Dios (Ex 19:3-6)	116
3. De forma preliminar el pueblo acepta las condiciones del pacto (Ex 19:7-9)	118
4. La santificación del monte y la del pueblo (Ex 19:10-16)	119
5. Se produce el encuentro (Ex 19:17-20)	120
6. La reiteración del mandato de la santificación del monte (Ex 19:21-25)	121
La promulgación de la ley (Ex 20:1-26)	122
Los rasgos esenciales de la ley	122
El prólogo de los mandamientos (Ex 20:1-2)	123
Los mandamientos en contra de la idolatría (Ex 20:3-6)	123
El mandamiento acerca del sábado (Ex 20:8-11)	127
Los mandamientos que se relacionan con el prójimo (Ex 20:12-17)	128
El uso del pronombre singular en el Decálogo	131
La obra mediadora de Moisés en vista del saludable temor del pueblo (Ex 20:18-21)	131
La reiteración de dos mandatos fundamentales (Ex 20:22-26)	132
La redacción del resto del libro de Éxodo	133
Temas para meditar y recapacitar	133

El libro del pacto y su aplicación (Exodo 21:1-23:13)	135
Las características generales de la sección	135
La confirmación del pacto (Ex 24:1-8)	137
Reglamentos sobre esclavos hebreos (Ex 21:1-11)	137
Crímenes de extrema violencia (Ex 21:12-17)	139
La ley de compensación en casos de daños físicos (Ex 21:18-36)	140
Aplicaciones del mandamiento: “No hurtarás” (Ex 22:1-15)	142
Reglamentos de índole variada (Ex 22:16-31)	143
Varias normas éticas (Ex 23:1-9)	144
El año y el día sabáticos (Ex 23:10-13)	145
Preparándose para entrar en la Tierra Prometida (Exodo 23:14-24:18)	146
Las tres grandes fiestas del año religioso (Ex 23:14-19)	146
El Ángel guiador y protector (Ex 23:20-23)	148
Vislumbrando la conquista (Ex 23:23-33)	149
La confirmación del pacto y su importancia	152
Los ancianos en el monte (Ex 24:9-11)	154
Preparaciones para la estancia de Moisés en el monte (Ex 24:12-18)	155
Temas para meditar	156
Una visión general sobre el Tabernáculo (Exodo 25:1-31:18)	157
Notas introductoras	157
1. La comunicación en el monte (Ex 25:1-9)	157
2. El tabernáculo y las necesidades de los israelitas	158
La tipología y el tabernáculo	160
1. Principios básicos sobre la tipología	160
2. Consideraciones sobre la tipología del tabernáculo	161
3. Materiales, colores y números	163
El sacerdocio y los sacrificios	165
1. La importancia del sacerdocio	165

El nuevo pacto	166
El tabernáculo y sus muebles (Exodo 25:1-27:21)	167
Las ofrendas del pueblo (Ex 25:1-9)	167
El arca del pacto (Ex 25:10-15)	168
El propiciatorio (Ex 25:17-22)	169
El arca y propiciatorio como lugar de comunicación (Ex 25:21-22)	170
La mesa de los panes de la proposición (Ex 25:23-30)	170
El candelero de oro (Ex 25:31-40)	171
La estructura del tabernáculo (Ex 26:1-30)	173
Las cortinas de lino fino (Ex 26:1-6)	174
Las cortinas de pelo de cabra y las demás cubiertas (Ex 26:7-14)	175
La armazón del tabernáculo (Ex 26:15-30)	175
Los velos del tabernáculo (Ex 26:31-37)	177
El altar de holocaustos (Ex 27:1-8)	178
El atrio y sus cortinas (Ex 27:9-19)	179
El aceite para el alumbrado (Ex 27:20-21)	179
Las vestimentas de los sacerdotes (Exodo 28:1-43)	181
Se aparta la familia sacerdotal (Ex 28:1)	181
El conjunto de las vestimentas sagradas (Ex 28:2-5)	181
El efod (Ex 28:6-14)	182
El pectoral (Ex 28:15-30)	183
El “manto de azul” del efod (Ex 28:31-35)	185
El turbante y la lámina “Santidad a Jehová” (Ex 28:36-39)	185
La túnica y el cinto (Ex 28:39)	186
Las vestiduras de los sacerdotes (Ex 28:40-43)	186
La consagración de Aarón y de sus hijos (Exodo 29:1-31:18)	187
El propósito y el orden de la consagración	187

La preparación, la investidura y la unción de Aarón (Ex 29:1-7)	188
La investidura de los sacerdotes (Ex 29:8-9)	188
La ofrenda por el pecado (Ex 29:10-14)	189
El carnero de holocaustos (Ex 29:15-18)	189
El carnero de las consagraciones (Ex 29:19-28)	189
Los siete días de la consagración con instrucciones para el porvenir (Ex 29:29-37)	191
El holocausto continuo (Ex 29:38-46)	191
La base de reunión y de comunicación (Ex 29:38-46)	192
El altar de incienso (Ex 30:1-10)	192
El medio ciclo de expiación (Ex 30:11-16)	193
El lavacro o fuente de bronce (Ex 30:17-21)	194
El aceite de unción y el incienso (Ex 30:22-38)	194
El llamamiento de Bezaleel y de Aholiab (Ex 31:1-11)	195
La lista de las obras por realizar (Ex 31:7-11)	196
Se vuelve a recalcar la importancia del sábado (Ex 31:12-17)	196
La entrega de las tablas de la ley (Ex 31:18)	197
El orden del relato	197
Temas para meditar	198
El becerro de oro (Exodo 32:1-14)	199
Introducción	199
La construcción del becerro (Ex 32:1-6)	199
1. La petición del pueblo (Ex 32:1)	199
2. La intervención de Aarón (Ex 32:2-6)	200
Diálogo en el monte (Ex 32:7-14)	203
1. Las palabras de Jehová (Ex 32:7-10)	203
2. Las palabras de Moisés (Ex 32:11-14)	205
El pacto renovado (Ex 32:15-35)	207

Una escena de juicio (Ex 32:15-29)	207
1. El descenso del monte (Ex 32:15-18)	207
2. Al pie del monte (32:19-29)	207
3. La ejecución del juicio (Ex 32:25-29)	209
La intercesión en el monte (Ex 32:30-35)	211
1. El propósito de la oración (Ex 32:30)	211
2. El contenido de la oración (Ex 32:31-32)	211
3. La contestación a la oración (Ex 32:33-35)	213
La presencia de Dios prometida (Exodo 33:1-23)	214
Consideraciones generales	214
La presencia perdida (Ex 33:1-6)	214
1. El contenido de la noticia (Ex 33:1-3)	214
2. El efecto de la noticia (Ex 33:4-6)	215
Separación de la presencia de Dios (Ex 33:7-11)	215
1. La identidad de la “tienda”	215
2. El significado de la “tienda”	216
3. La función de la “tienda”	217
La presencia de Dios asegurada (Ex 33:12-23)	217
1. Oración buscando la presencia (Ex 33:12-17)	217
2. Oración buscando la “gloria” (Ex 33:18-23)	220
La renovación del pacto (Exodo 34:1-28)	223
La iniciativa divina (Ex 34:1-9)	223
1. Las instrucciones de Jehová (Ex 34:1-4)	223
2. El contenido de la proclamación (Ex 34:6-7)	225
3. La oración a Jehová (Ex 34:8-9)	228
Las palabras divinas (Ex 34:10-26)	230
La orden divina (Ex 34:27-28)	233
La gloria del viejo pacto (Exodo 34:29-35)	234
Palabras introductoras	234
La refulgencia de Moisés (Ex 34:29-30)	234

La autoridad de Moisés (Ex 34:31-32)	235
El velo de Moisés (Ex 34:33-35)	235
Contrastes y semejanzas con 2 Corintios 3:1-4:6	236
Temas para meditar	238
Construcción y consagración del tabernáculo (Exodo 35:1-40:38)	239
Instrucciones sobre el sábado (Ex 35:1-3)	239
La generosa ofrenda del pueblo (Ex 35:4-36:7)	239
1. Llamamiento a los generosos y sabios de corazón (Ex 35:4-19)	239
2. Respuesta al llamamiento anterior (Ex 35:20-29)	240
3. Los artífices de la construcción y la provisión suficiente (Ex 35:30-36:7)	241
Construcción del tabernáculo y sus enseres (Ex 36:8-38:20)	241
Dirección de la obra y los empleados (Ex 38:21-31)	242
1. Los contables (Ex 38:21-23)	242
2. Lo contado (Ex 38:24-31)	243
Las vestiduras sacerdotales (Ex 39:1-31)	243
La obra acabada y su supervisión (Ex 39:32-43)	244
El tabernáculo levantado (Ex 40:1-38)	244
1. El mandato emitido (Ex 40:1-15)	244
2. El mandato obedecido (Ex 40:16-33)	245
La gloria y la guía de Dios (Ex 40:34-38)	245
1. La presencia del Señor (Ex 40:34-35)	245
2. La guía del Señor (Ex 40:36-38)	246
3. La gloria del Señor (40:34-35)	246
Temas para meditar y recapacitar	248
Apéndice I. Los sacrificios	249
Un hecho fundamental y eterno	249
Los primeros bendecidos: Adán y Eva	249
El sacrificio de Abel (Gn 4:4)	249
El significado de la sangre	249

Los sacrificios de los patriarcas	250
Israel en Egipto	250
La Pascua	250
Los sacrificios al pie del monte Sinaí (Ex 24:3-8) (He 9:18-22)	251
La ley y el tabernáculo en el libro de Éxodo	251
El tabernáculo, el sacerdocio y los sacrificios	252
Diferentes tipos de sacrificios	252
Sacrificios de sangre	253
Ofrendas sin sangre	253
El día de la expiación (Lv 16)	254
Una ofrenda doble por el pueblo (Lv 16:5-10,15-22)	254
La palabra “expiación”	254
Los sacrificios en la historia de Israel	255
El sacrificio vicario de Isaías 53	256
La sangre de Cristo, que equivale a su vida entregada en sacrificio	256
El sacrificio visto como la consumación de todos los sacrificios (He 10:1-18)	257
Nota final	257
Apéndice 2. El éxodo y la teología de la liberación	258
Contenido esencial de la teología de la liberación	258
El éxodo y la salvación en la perspectiva bíblica	260

Introducción

Israel y la historia de la redención

I. Desde Abraham hasta José

La vocación del pueblo de Israel. Es de suponer que el lector se habrá familiarizado con el libro del Génesis antes de emprender el estudio del libro de Exodo, y que se habrá dado cuenta de la importancia vital del llamamiento de Abraham para el desarrollo de la historia de la redención. Las naciones en general iban perdiendo toda noción del hecho fundamental del Dios único, Creador de los cielos y de la tierra, ideando cada uno su panteón de “dioses” según las tendencias y predilecciones de las razas y familias. Fue necesaria la separación de Abraham y sus descendientes de los pueblos paganos con el fin de que recibiesen revelaciones de parte de Dios, comunicadas de distintas formas, y que el cuerpo de verdad revelada se conservara dentro de los límites del pueblo escogido, para poder ser transmitido al mundo entero cuando llegara el tiempo señalado en el programa de Dios. Los libros del Pentateuco no tendrían más que un mero interés histórico y anecdótico aparte de esta vocación del pueblo de Israel, como “*siervo de Jehová*”, dedicado a este servicio, siendo protegido y guiado por Dios de tal forma que por fin naciera en Israel el Mesías, en cuyas manos había de prosperar todo el plan divino, tanto para los hombres como para el universo.

El estado del desarrollo del pueblo al morir José. Las experiencias de Abraham, hombre de fe y receptor de las promesas y del pacto, forman la base que sustenta la historia posterior del pueblo de Israel. No hubo aumento numérico del pueblo hasta que nacieron los doce hijos de Jacob, también llamado Israel. José, hombre fiel y sumiso a la Palabra de Dios, llegó a ser el medio de conservar al pueblo durante los siete años de hambre que se describen en Génesis 41-47, durante los cuales faltaron hasta las aguas del Nilo. Siendo ya gobernador de Egipto, le fue posible colocar a sus parientes en la tierra de Gosén, al este del delta del Nilo, lugar algo apartado de las corrientes principales de la vida egipcia, y, a la vez, tierra fértil y muy adecuada para la multiplicación de un pueblo de ganaderos. Aceptando como muy probable la idea de que los faraones, amigos de José y de Israel, pertenecían a la dinastía de los hiksos (véase más adelante), los israelitas habían podido establecerse y prosperar en Gosén hasta la derrota y expulsión de esta dinastía de Egipto (alrededor del 1570 a.C.), unos ochenta años después de la muerte de José. El establecimiento de las dinastías 18 y 19 cambió radicalmente la situación de Israel, pues, siendo semitas, fueron mirados por los nuevos faraones como aliados potenciales de sus enemigos al este del imperio. Gosén se situaba donde los israelitas habrían podido “abrir la puerta” a ejércitos extranjeros que quisieran atacar a Egipto desde Israel, “pasillo” obligado para cualquier fuerza que procediera de Mesopotamia, o de los territorios hititas situados al norte y nordeste de Israel (**Ex 1:9-10**). Al mismo tiempo, los faraones nacionalistas del reino nuevo habían emprendido grandes proyectos de edificaciones que incluían ciudades fortificadas para la protección de la frontera nordeste, y llegaron a pensar que los israelitas —una vez quitados sus privilegios— podían proveer la mano de obra barata que requerían sus grandiosos planes. Estos cambios políticos explican cómo el “pueblo mimado”, que se hallaba tan bien en Gosén por la época final que corresponde al final del libro del Génesis, pudo convertirse en una nación sometida a servidumbre tal como la vemos en la narración del Éxodo, después de la referencia en (**Ex 1:9-10**).

Egipto, sus dinastías y sus dioses

1. Condiciones geográficas y climatológicas

Extensión y uso del territorio. Las fronteras de la república de Egipto de hoy son muy amplias, y antes de la guerra con Israel en junio de 1967 se extendían desde Libia hasta Arabia, y desde el Mediterráneo hasta el Sudán. Sin embargo, el noventa y seis por ciento de este territorio es desierto, y sólo un cuatro por ciento sirve para la agricultura. Por eso, el noventa y nueve por ciento de los egipcios habita el cuatro por ciento del territorio nacional. Estas condiciones —en líneas generales— han existido desde los lejanos comienzos de su historia, pues Egipto está constituido fundamentalmente por franjas estrechas de tierra regables a cada orilla del río Nilo.

Las inundaciones del Nilo. El Nilo Blanco nace en el lago Victoria en el corazón de Africa, juntándose con el Nilo Azul en Jartum. Este ramal nace en las montañas de Etiopía, y, juntamente con el afluente Atbara, es responsable de la célebre inundación anual, tan importante para la vida de Egipto. Hoy en día las fluctuaciones del Nilo se controlan por la gigantesca presa de Asuán (con otras más pequeñas en distintos puntos del cauce central) pero en tiempos bíblicos se notaban las siguientes fases normales de la inundación: al derretirse las nieves de las montañas de Etiopía en mayo-junio, se producía un gran aumento en el caudal del Nilo Azul y el Atbara, notándose la elevación del nivel del agua en Egipto en junio-agosto, llegando a su punto máximo en los primeros días de septiembre y declinando el caudal después de estas fechas. Los egipcios aprovechaban la inundación por medio de un intrincado sistema de canales y diques, y las aguas dejaban tras sí sedimentos de barro fino, traídos en suspensión, que fertilizaban las tierras regadas. Una inundación abundante suponía buenas cosechas; en cambio, una escasa las menguaba hasta el punto de producir sequías y hambre. Un exceso de agua podía destrozarse los diques, y por esta causa perjudicar las cosechas. Es fácil comprender que toda la vida del país dependía del río, directa o indirectamente. El Nilo constituía, además, la gran vía fluvial que facilitaba toda clase de transporte desde el norte hasta el sur y en dirección inversa. Las lluvias que caen en Egipto son tan insignificantes que apenas afectan la producción agrícola.

En las tempranas épocas de la historia de Egipto existían los reinos del norte y del sur, que correspondían a la configuración geográfica del país, extendiéndose el reino del norte desde la primera catarata hasta la punta sur del delta, donde las aguas se dividían en distintos ramales creando las tierras pantanosas y fértiles del norte. Tebas era la capital natural del reino del norte, y Menfis del reino del sur, uniéndose los dos reinos bajo “la doble corona” de los faraones en tiempos prósperos. Los faraones hiksos establecieron su capital en Avarís (Tanis), cerca de la tierra de Gosén, como consecuencia natural de sus intereses en países al este de Egipto.

2. La historia de Egipto

Principios de historia y de literatura. Sobre el cuarto milenio a.C., las condiciones geográficas del valle del Nilo se habían estabilizado lo suficiente como para permitir el desarrollo de la agricultura, y, por consiguiente, la habitación continuada de las franjas fértiles de las riberas. Los habitantes originales eran camitas de Africa, pero, en épocas posteriores, infiltraciones asiáticas modificaron la raza, y, sobre todo, influyeron en la estructura del idioma, haciendo posible el desarrollo de la cultura que llegó a alturas impresionantes. Ya en el tercer milenio a.C. las ideas se expresaban muy antiguamente por medio de jeroglíficos (dibujos estilizados), modificados luego en la escritura hierática, y por fin, la demótica, o popular. El copto, idioma empleado en los tiempos del Nuevo Testamento, representa la evolución final del egipcio antiguo.

Las dinastías. Es muy conocido que la larguísima historia de Egipto se divide normalmente por referencias a las dinastías de los faraones, perdiéndose las primeras en las neblinas de la prehistoria. El tercer milenio a.C. vio el levantamiento y caída de las dinastías del período arcaico, las del “reino viejo” (cuando comenzó el auge de la civilización) y las del primer período intermedio, o sea, las dinastías 7 a 11. Desde el punto de vista de nuestro estudio, nos interesa el movimiento del segundo milenio a.C., en cuyos principios floreció el “reino medio”, con las dinastías 11 y 12. Lo que se llama el “segundo período intermedio” (dinastías 13 a 17) abarca los reinados de los faraones extranjeros, los hiksos, y por lo tanto la historia de José. Fechas aproximadas para este período son 1786-1570 a.C. El reino nuevo, o el imperio incluye las dinastías 18 a 20 (1570-1085 a.C.) y empieza con *“el rey que no conocía a José”* (**Ex 1:8**). Abarcaba períodos de gran poderío (con conquistas en Canaán y Siria), pero también pasaba por épocas de confusión y flaqueza. Durante gran parte de este período los faraones consideraban que su imperio incluía Canaán y Siria, aunque los reyezuelos de Canaán peleaban entre sí hasta la época de la conquista bajo Josué, y muchas veces no rendían más que homenaje muy nominal a los faraones de Egipto. El estado de cosas existentes en la época 1400-1360 a.C. se revela gráficamente por la correspondencia diplomática entre la corte de Egipto y sus vasallos cananeos hallada en Tell-el-Amarna, en Egipto. Contiene una referencia a los “habiru”, pero no parece que este pueblo (o grupo de pueblos) pueda identificarse con los “hebreos” o israelitas que entraron en Canaán bajo el mando de Josué.

3. La literatura de Egipto

El tema de este párrafo podría desarrollarse indefinidamente, pero, a los efectos de ambientar el estudio del Éxodo, sólo podemos notar que, pese al rudimentario sistema de los jeroglíficos como medio de escritura, los egipcios, a través de los largos períodos de su historia, crearon varios géneros literarios, siendo los verdaderos iniciadores de algunos de ellos.

Literatura sapiencial o de sabiduría. Este género es análogo al de los libros de Proverbios, Job y Eclesiastés del Antiguo Testamento. Mayormente consistía en la redacción de máximas de prudencia y de orientación que sirvieran para que los jóvenes —y otros— prosperasen en la vida, pensando sus autores especialmente en quienes habían de entrar al servicio de los nobles, o de la corte real. Muy conocida es la colección de proverbios de Ptahhotep, redactada ya en el tercer milenio a.C. Otros escritos calan más hondo, y procuran enfrentarse con los problemas de la vida, tal como se lleva en este mundo, a la manera de Eclesiastés y Job. Hay dichos penetrantes y verídicos, que se pueden comparar con otros análogos que hallamos en los escritos bíblicos. También se recomiendan actitudes que merecen encomio, pero, en general, se percibe la influencia nefasta del politeísmo, que siempre degrada el pensamiento humano, llenándolo de confusión y de engaños. He aquí la sabiduría de los egipcios en la cual fue enseñado Moisés (**Hch 7:22**).

Literatura religiosa y mágica. Esta nace del complicado politeísmo de los egipcios, y se compone de leyendas que “explican” el origen de los dioses, sus obras y sus funciones. Además de creer en los principales dioses de su panteón, los egipcios pensaban que muchos espíritus, benignos o malignos, influían en la vida de la persona, ofreciendo las fórmulas mágicas, el medio de alejar operaciones maléficas y procurar el auxilio de las fuerzas benéficas.

Novelas, libros de viajes y poesías. A la primera parte del segundo milenio a.C. corresponde la famosa Biografía de Sinuhé, que ha sido llevada hasta el cine en nuestros tiempos. Es de gran interés para el estudio del fondo bíblico, ya que el héroe pasó

muchos años de convivencia con los reyezuelos de Canaán, en tiempos que corresponden a la época patriarcal. Más tardía es la narración de los dos hermanos en la que algunos eruditos han querido discernir los orígenes de la historia de José y la mujer infiel de Potifar. De hecho, es un cuento extravagante cuyo tema apenas roza con la narración bíblica aparte de la acción de una esposa infiel, caso, por desgracia, muy frecuente en la sociedad egipcia y en otras. La poesía incluía piezas líricas, algunas de las cuales nos recuerdan el Cantar de los cantares.

Crónicas triunfales en los monumentos. Ya hemos notado que los faraones conquistadores hacían grabar sus hazañas —siempre en sentido elogioso para sí mismos— en distintas “estelas” o piedras monumentales, siendo muy importante la de “Israel” para determinar la fecha de la conquista de Canaán por Josué.

4. La religión de Egipto

Pluralidad y localización de los dioses. Sin duda los dioses que llegaron a destacar más en la imaginada jerarquía celestial tuvieron su origen en las divinidades locales que “protegían” a los habitantes de los pueblos y ciudades que se levantaban paulatinamente a lo largo del valle del Nilo. A pesar de los esfuerzos “teológicos” de los sacerdotes de los dos reinos, y del reino unido, los egipcios nunca llegaron a elaborar un sistema politeísta coherente, excepto cuando el “faraón hereje”, Akhenaten, estableció el culto del dios-sol Ra, con la exclusión de otras divinidades. Su experimento —que no era un monoteísmo genuino— no sobrevivió a su fundador, puesto que los egipcios se sentían íntimamente ligados a los dioses que ya conocían. Los griegos y romanos quedaron asombrados ante la crudeza de la religión de Egipto, que no parecía concordar con su brillante civilización en lo que respecta a las letras, el arte, la arquitectura, las matemáticas y la administración. Ra, el dios-sol, llegó a ser símbolo casi universal, siendo representado por el disco solar, asociado también con un halcón de alas brillantes. Toth era dios de la luna y del orden estelar, siendo patrón de las letras. Sus imágenes llevan cabeza de ibis. Ptah de Menfis era dios-patrón de los artífices y artistas. Algunos dioses eran temidos por su obra destructora, pero, en cambio, Hathor de Dendera se consideraba como un ser benigno, diosa del amor. Lo que más nos extraña es que un pueblo tan inteligente pudiese adorar al cocodrilo, amén de una multitud de “divinidades” bajo la forma de seres humanos con cabeza de animales, como carneros, gatos, etc., además de conceder una importancia supersticiosa a ranas, serpientes y toros.

Cada faraón se consideraba como una divinidad, encarnación del dios Horus, que llegó a identificarse con Ra, el dios-sol. De hecho, la leyenda que más prevalecía y que daba cierta unidad a la creencia del pueblo en general era la de Osiris, Set, Isis y Horus. Osiris era un rey bueno, pero su hermano, Set, notoriamente maligno, le tenía envidia, y por fin logró, por medio de una estratagema, encerrarle en su ataúd y echarle al Nilo. La hermosa hermana-esposa de Osiris se dedicaba a buscar su cuerpo, hallándolo por fin en Biblos, en el Líbano, devolviéndolo a Egipto donde lo escondió en los pantanos del delta del Nilo. Pero, en una excursión de caza, Set halló el cadáver que dividió en catorce partes, esparciéndolas por todo Egipto. De nuevo Isis se dedicó a recobrar y honrar los restos mortales de Osiris, y cuando Horus, el hijo, llegó a su madurez, no sólo vengó a su padre dando muerte al maligno Set, sino que por artes mágicas restauró a Osiris a la vida. Desde entonces ha gobernado el “paraíso” egipcio situado donde se pone el sol. Vale la pena notar esta leyenda, ya que corresponde a otras en que los devotos del “dios muerto y resucitado” esperan ganar la vida por su unión con la divinidad. Creencias parecidas vuelven a aparecer en las “religiones del misterio” que atraían a muchos durante el primer siglo de la era cristiana. Expresa el hondo anhelo de vida de tantas almas, esclavizadas por el temor de la muerte, y, a través de los rasgos supersticiosos, ilógicos y a veces repugnantes del politeísmo parece reflejar la verdad que Dios iba revelando a través de

los sacrificios del Antiguo Testamento, y que había de cumplirse en la muerte y resurrección del Cristo. La identificación de Horus con el dios-sol centralizó las ideas religiosas hasta cierto punto.

La religión del pueblo. Los oscuros misterios del confuso politeísmo se escondían en la piezas interiores de los magníficos templos de Karnak y otros centros religiosos, oficiados por un sacerdocio muy potente. El egipcio medio, en su vida común, tenía su ídolo casero al que levantaba por la mañana, lavaba, y “alimentaba” por medio de varias ofrendas, acostándole de noche, y así se consolaba. Imaginaba que la vida futura sería muy parecida a la que conocía en Egipto. Su “sheol” se hallaba debajo de la tierra, siendo iluminado de noche cuando el dios-sol pasaba de occidente a oriente, navegando en barco por un “Nilo subterráneo” para salir sobre la tierra al día siguiente. La conservación del cadáver, por medio de la momificación, obedecía a esta creencia, pues el espíritu humano, Ba, presentado como un pájaro, no podía reconocer su antigua habitación del cuerpo si no fuese éste preservado. La momificación consistía en quitar las vísceras, que se colocaban en vasos, para luego empapar el cadáver en natrón que preservaba la carne. El proceso total —para personas acomodadas— duraba setenta días. Los pequeños modelos de objeto domésticos o agrícolas que los arqueólogos hallan en las tumbas habían de servir para la vida de ultratumba.

Un incentivo para llevar una vida moral se hallaba en el concepto del juicio del alma después de la muerte. Osiris presidía un tribunal de jueces que había de determinar si el que entraba en los dominios de la ultratumba había sido inocente del crimen. Después de escuchar al suplicante, pesaban su corazón en balanzas delante del dios Toth, y si se hallaba puro, el espíritu podía pasar a las regiones de los benditos; en caso contrario su vida futura sería angustiosa.

Las teorías que atribuyen las verdades del elevado monoteísmo del Antiguo Testamento a las influencias que los israelitas recibieron en Egipto carecen de toda base razonable. Todo nos hace suponer que Dios revelaba a los patriarcas y a Moisés el contenido de la verdad única que había de hallar su consumación en Cristo, y la ley de Sinaí contrasta en casi todos sus postulados con las confusas ideas de la religión de Egipto, lo que no impide el que israelitas poco fieles, y miembros de la “multitud mezclada” que salió con ellos en el éxodo, hubiesen escondido errores en su corazón que dieran lugar a la fundición del becerro de oro. En siglos posteriores los israelitas apóstatas se dejaron llevar por los “cultos de la naturaleza” de los pueblos cananeos, fenicios y sirios mucho más que por la idolatría egipcia.

Los juicios de Jehová en los dioses de Egipto. Es preciso ofrecer a los lectores esta breve referencia a la idolatría egipcia, ya que el período de la plagas y del éxodo se presenta como una confrontación entre Jehová, cuyos embajadores eran Moisés y Aarón, y los “*dioses de Egipto*”, siendo uno de ellos el mismo faraón en el poder. Los egipcios habían de aprender por medio de prolongadas devastaciones que no podían resistir a Jehová, el Dios de Israel, quien ejecutó sus juicios “*en todos los dioses de Egipto*” (**Ex 7:5**) (**Ex 12:12**). Cada esfera afectada por las plagas se hallaba bajo la protección de algún “dios”, pero la falsa divinidad carecía de toda potencia frente a la palabra y la obra de Jehová, Dios único, Creador de los cielos y de la tierra.

5. Cronología y fecha del éxodo

Métodos de investigación. A todos nos interesa tener una idea, siquiera aproximada, de cuándo salió Israel de Egipto para entrar en Canaán después de los cuarenta años en el desierto. Pero no es tan fácil fijar fechas como podríamos creer a primera vista. Hay eruditos que dedican largos años a este tipo de investigación, y podemos aprovecharnos

de sus trabajos para las ideas generales que nos interesan en nuestro estudio. Los arqueólogos e historiadores disponen de datos sacados de las fuentes siguientes:

1. Las referencias bíblicas a ciertos períodos de la historia de Israel, con las genealogías, etc., teniendo en cuenta, sin embargo, que a los hebreos no les interesaba la exactitud de las fechas del calendario como cosa que tuviera valor en sí, pues sólo querían subrayar la importancia de acontecimientos que afectaban el desarrollo de su vida nacional. O sea, es el suceso en sí lo que interesa y no el momento exacto en que se produce. Las genealogías han de ser estudiadas con sumo cuidado, puesto que los hebreos tenían un fuerte sentido de la solidaridad de la raza, hasta tal punto que una persona podía ser considerada —nombrada— como “hijo” de su abuelo o bisabuelo, o “padre” de sus nietos o descendientes posteriores. Por ejemplo, los nietos de Jacob se incluyen entre las personas que Lea *“dio a luz a Jacob”* (**Gn 46:15-18**).

2. Los calendarios de los asirios, babilonios y egipcios son estudiados, lo que ayuda a los investigadores a fijar fechas en la historia de Israel que coinciden con acontecimientos acaecidos en estos países. Los asirios designaban anualmente a un oficial llamado el “limmu”, quien dio su nombre al año de su actuación notando los principales sucesos del periodo. Los babilonios redactaban listas de reyes, y es posible sincronizar estas listas con los años del “limmu” de Asiria. Los egipcios grababan detalles de sus dinastías en los monumentos, bien que existía la mala costumbre de borrar datos anteriores que no fueran del agrado del nuevo faraón, sobre todo tratándose de un cambio de dinastía. Por eso escasean datos fidedignos en cuanto a los hiksos.

3. Los arqueólogos realizan investigaciones cortando hondas trincheras en los “tell”, o sea, montículo que se han formado, con el paso de los siglos, por la acumulación de los residuos de pueblos y ciudades. Las nuevas generaciones nivelaban las construcciones anteriores y procedían a levantar otras según sus conveniencias. Por esto cada “tell” se compone de “estratos” que corresponden a distintos siglos, en los que es posible hallar monedas, joyas, y, sobre todo, restos de cerámica. Como cada período tenía su estilo de cerámica, es posible deducir fechas aproximadas para cada “estrato” con deducciones sobre el tipo de civilización de las diferentes épocas.

La combinación de estos datos permite cálculos bastante exactos para extensos períodos de tiempo, y ya hemos señalado el orden general de las dinastías egipcias, con referencia especial a las del segundo milenio a.C. que es el que más nos interesa al estudiar el libro de Éxodo.

Las fechas para los imperios de Mesopotamia empiezan a adquirir exactitud histórica durante el mismo período, o sea, desde 2000 a 1000 años a.C. Si, aunque un tanto arbitrariamente, tomamos el 2000 a.C. como la fecha del nacimiento de Abraham, podemos orientarnos en cuanto al período de los patriarcas por medio de las siguientes fechas, siempre aproximadas:

Abraham 2000-1850 a.C.

Isaac 1900-1750 a.C.

Jacob 1840-1693 a.C.

José 1750-1650 a.C.

Que no se olvide el lector que a causa de nuestra costumbre de calcular los siglos y los años “antes de Jesucristo” y “después de Jesucristo”, las fechas disminuyen a medida que se acercan a este gran acontecimiento, y aumentan otra vez “después de Jesucristo” hasta nuestro tiempo. Desde luego, este cálculo es propio de las tierras influenciadas por

el cristianismo, mientras que los distintos imperios paganos fijaron cada uno su propio punto de partida para sus calendarios.

El descenso de Jacob y los suyos a Egipto (Gn 46) ha de situarse a 17 años antes de la muerte de Jacob, o sea aproximadamente en el año 1710, y como (**Ex 12:41**) menciona que la estancia total de Israel en Egipto llegó a 430 años, llegamos a la fecha de 1280 a.C. para el éxodo.

Hace años se creía que el éxodo había tenido lugar sobre el año 1550 a.C., pero hay buenas razones para pensar en una época más adelantada en vista de los descubrimientos de la Arqueología. Hemos de tomar en cuenta de los datos siguientes.

1. La edificación de las ciudades de Pitón y Ramesés (**Ex 1:11**) corresponden a la época 1290-1224, cuando Ramsés II quería asegurar las fronteras del este contra cualquier repetición de la invasión de los hiksos. El éxodo ha de ser posterior al principio de este período de edificaciones, en las cuales trabajaron los israelitas.

2. Los pueblos de Moab, Edón y Amón no llegaron a constituirse en reinos organizados hasta el siglo XIII, según las prolongadas investigaciones del arqueólogo Glueck, y los últimos capítulos de Números muestran que habían llegado a ser reinos bien establecidos cuando Israel abandonó el desierto para llegar a Canaán por su frontera del este. El éxodo, pues, no pudo preceder al siglo XIII.

3. Se han hallado señales de la destrucción de ciudades como Laquís, Getel y Hazer en Canaán en condiciones que corresponden a su captura por Josué, y las fechas se fijan por los años 1250-1200 a.C. Antes la “fecha temprana” se apoyaba en las investigaciones de Garstang, que parecían determinar fechas para la destrucción de Jericó, pero estudios posteriores han anulado aquellos resultados y se cree que la destrucción de la ciudad bajo “anatema” fue tan completa que no es posible determinar nada en cuanto a sus murallas, etc., por medio de excavaciones. La destrucción de Hai presenta considerables dificultades en el estado actual de las investigaciones, pero lo que nos interesa aquí es que la evidencia en cuanto a la conquista por Josué indica fechas aproximadas a los años 1250-1200 a.C.

4. La primera mención de Israel en los monumentos egipcios se halla en la “Estela de Israel”, que celebra las victorias del faraón Merempta sobre varios pueblos entre los cuales se halla Israel, cuyas cosechas, según este informe jactancioso, fueron destruidas. La fecha es de 1120 a.C., lo que evidencia que por entonces Israel se había establecido en Canaán. Todo esto apoya la fecha sugerida, o sea, alrededor de 1270 a.C. para el éxodo. El período de cuarenta años de la peregrinaciones en la península de Sinaí ha de tomarse en sentido estrictamente literal.

La redacción del libro de Exodo

I. La posición conservadora

Moisés era autor del libro. Los israelitas no aceptaban ligeramente la inclusión de escritos en el cuerpo de los libros inspirados que formaban el canon del Antiguo Testamento, de modo que la tradición invariable de que Moisés fuese autor de Éxodo no ha de rechazarse si no se presentan en contra unos argumentos incontrovertibles. El mismo Señor tomaba como axiomática la autoridad de todas las partes de los libros de Moisés, y no dudaba en enlazar la autoridad de sus propias enseñanzas con las de Moisés (**Jn 5:45-47**). El mismo libro alega lo mismo, y, bien entendido, da muestras de notable unidad de propósito y de realización dentro del conjunto del Pentateuco, como se puede ver por el Análisis del contenido de esta obra.

Esta posición, tradicional y razonable, no quiere decir que Moisés escribiera cada palabra del libro personalmente, pues hay datos en los capítulos 1 y 2 que tuvo que recoger necesariamente de las crónicas de los hebreos o del testimonio de sus familiares, como en el caso de Génesis. Sin embargo, Moisés es responsable, en tanto que es llamado por Dios para transmitir esta porción de la Palabra santa, del material utilizado en ella, lo que no excluye el uso de distintas fuentes de información en asuntos que no conocía personalmente. Tampoco excluye la idea de redacciones posteriores que podrían modernizar algún nombre o esclarecer algún dato, que es algo normal en todo escrito antiguo que se conserva a través de largos siglos, y un proceso que no se escapa del cuidado providencial de Dios al proveer para la transmisión de su Palabra. Sustancialmente, es “libro de Moisés”, y no vemos razones válidas para abandonar esta convicción, que fue la del Maestro y de sus apóstoles, y que se entreteje en la misma sustancia y mensaje del Nuevo Testamento.

2. Las hipótesis de la teoría documental

Es una tragedia que las hipótesis de Wellhausen se hubiesen aceptado tan tempranamente en círculos teológicas como la única interpretación posible de los hechos literarios, históricos y arqueológicos en cuestión, pues datan del fin de siglo XIX y del principio del XX. Desde entonces, nuevos descubrimientos sobre la naturaleza de escritos del tiempo de Moisés —y de épocas muy anteriores— proveen a los investigadores de numerosos modelos que demuestran que un libro como el Éxodo se conforma a padrones contemporáneos bastante comunes, de modo que sobran las intrigadas teorías según el concepto de que los distintos tipos de literatura que entran para formar la totalidad del libro requerían distintos autores, y una redacción muy posterior a la época de Moisés. Hay muchísimas variantes en las hipótesis de hoy, pues algún caso han tenido que hacer los eruditos modernistas de la evidencia arqueológica, pero persiste la idea básica de la acumulación y aglutinación paulatinas de diversas leyendas que arrancan de los comienzos de la vida tribal de Israel, a las que se añadieron códigos y preceptos guardados en diversos santuarios. Los hipotéticos autores —no hay un solo hecho histórico que apoye estas teorías— se conocen por letras como “E”, “J”, “P”, “D”, etc., creyéndose que se distinguen por su estilo, por el uso que hacen de distintos nombres para Dios, por lo que se supone ser su intención al escribir o redactar, etc. Por fin —siempre según las teorías— los sacerdotes, deseosos de centralizar la religión en el templo de Jerusalén y de glorificar la teocracia antigua, dieron forma a tan abigarrado material que llegó a ser el “Pentateuco” en los tiempos del escriba Esdras y sus sucesores. Los escriturarios conservadores han hecho ver la fragilidad de análisis basados sobre el estilo de fragmentos de unos escritos, señalando dificultades en las teorías “explicativas” que hacen surgir problemas más agudos que los pocos puntos difíciles que encontramos en el texto, suponiendo la paternidad literaria de Moisés. Sin embargo, en la teología suelen predominar “modas” igual que en otras esferas, y habrían de preocuparnos muy poco estas lucubraciones fluctuantes si no fuese porque influyen en el pensamiento y en los mensajes de miles de ministros protestantes. De modo que el lector piadoso y fiel, basándose a fin de cuentas en la autoridad del Verbo encamando, necesita saber que no seguimos el pensamiento histórico y ortodoxo por ser “oscurantistas”, sino porque no hay razones válidas, dentro de la sana erudición bíblica, que nos obliguen a modificarlo.

3. Nota adicional sobre el Pentateuco samaritano

Frente a las complicadas y nebulosas hipótesis de los eruditos que abogan por la fecha tardía del Pentateuco en su forma completa, consta la evidencia clarísima de la existencia del Pentateuco samaritano, que no sólo se conoce por el rollo sagrado conservado por el pequeño remanente del pueblo samaritano, que, hasta hace poco habitaba Nablus —el

antiguo centro Siquem, sagrado para los samaritanos— sino por bastantes buenas copias conservadas en bibliotecas en varias partes de Europa, con referencia especial a Leningrado. Cuando los samaritanos ofrecieron su colaboración en la reedificación del templo por Zorobabel, y fueron rechazados por los judíos (**Esd 4:1-6**), se convirtieron en enemigos, y levantaron su propio santuario cismático en el monte de Gerizim. La fecha de esta rotura definitiva es 400 a.C., y desde entonces es inconcebible que hubiera colaboración alguna entre judíos y samaritanos sobre el texto del Pentateuco: única parte del A.T. considerada como inspirada y autoritativa por los samaritanos. Este texto del Pentateuco, pues, tenía que estar completo antes de esta fecha tope, y consideraciones históricas nos llevarían a pensar que se trata de algo ya conocidísimo mucho antes. El profesor E. Robertson, de la Universidad de Manchester (Inglaterra), pensaba que tenía que fecharse antes de la división del reino en 930 a.C., que supone un Pentateuco completo ya en los primeros tiempos de la monarquía.

El contenido y estructura del libro

I. El propósito del libro y su lugar en el Pentateuco

El enlace con Génesis. Génesis nos provee de una introducción a la historia de Israel (capítulos 1-11), con el fin de que sepamos quién es el hombre, cuáles fueron las características de la raza perdida y el porqué del llamamiento de Abraham. Lo demás del libro se ocupa del llamamiento de Abraham y de su familia, con las promesas que recibieron y el pacto confirmatorio, pasando a detallar la multiplicación y protección de este frágil “vaso” hasta que se hallara instalado en Egipto gracias a la gran obra de José. Los primeros versículos de Éxodo vuelven a nombrar a los hijos de Jacob, y la única referencia a los tiempos favorables, bajo la protección de los faraones de las dinastías hiksos, se halla en (**Ex 1:7**), que describe un pueblo numeroso y fuerte cuya influencia se hacía sentir en toda la tierra de Egipto.

La opresión y sus consecuencias. El texto nos lleva rápidamente al brusco cambio producido en las circunstancias del pueblo de Israel al establecerse el reino nuevo, bajo faraones nacionalistas y fuertes. Estos iniciaron la opresión de Israel en primer término por miedo a tan poderoso grupo extraño dentro de sus fronteras, pero también deseaban aprovecharse de los trabajos de una raza que podían reducir a la servidumbre. Estas circunstancias hallan analogías en la historia de otros pueblos de la antigüedad. Con todo, los israelitas no fueron desterrados de su tierra de Gosén. Quizá fue necesaria la opresión para dar cohesión al pueblo. Sobre todo les hizo saber que no había esperanza para ellos aparte del socorro del Dios de sus padres. De las circunstancias de la opresión (en su peor momento) surge la historia del salvamento de Moisés, elegido para ser el instrumento no sólo para la liberación de Israel sino también para su constitución como “*pueblo de Jehová*” en condiciones de libertad.

Las plagas y el éxodo. El conocimiento de Jehová que podían guardar los israelitas, gracias a las tradiciones de sus padres y los detalles de sus anales (que se suponen guardados y respetados) sería algo importante para su vida religiosa y social, pero ya tenue y borroso a causa del paso de los siglos. Hacía falta una nueva manifestación de Jehová en circunstancias que enfatizaran tanto su poder como su gracia salvadora. La prolongación del período de las plagas fue necesaria con el fin de grabar estas lecciones en la mente y memoria del pueblo. La dramática e impresionante liberación de Israel provee el punto de partida de su futura vida nacional, como pueblo salvado por el brazo fuerte de Jehová. Desde otro punto de vista, las repetidas plagas, con la destrucción del ejército de Faraón en el mar Rojo, debilitaron hasta tal punto el poderío de Egipto que

Israel pudo desarrollar su vida en la península de Sinaí sin miedo de ser atacado por sus antiguos amos.

Las experiencias en el desierto. La formación del pueblo, que empezó en Egipto, había de continuarse en el desierto, y las experiencias en éste subrayaron tres hechos fundamentales:

1. Que el pueblo en sí era débil, dado a la murmuración, con conatos frecuentes de verdadera rebelión en contra de su Dios.
2. Que, pese a esta manifiesta flaqueza, Jehová intervenía una y otra vez a su favor, salvándoles de las consecuencias de sus pecados.
3. Que las normas de la justicia divina habían de mantenerse en alto, lo que motivó diversos castigos. La formación del pueblo, con miras al cumplimiento de su elevada misión, fue obra divina y no humana. El instrumento humano, tan marcadamente sumiso a la voluntad de Dios, era Moisés, caudillo, legislador y gobernante, además de ser “profeta”, o portavoz de Dios e incansable intercesor a favor de su pueblo.

La ley y el pacto. Los capítulos 19-40 tratan fundamentalmente de la promulgación de la ley, del establecimiento del pacto con el pueblo y de la provisión para el sistema levítico, con su centro en el tabernáculo. La descripción detallada de los sacrificios y de numerosos ritos espera el libro de Levítico. La ley y el pacto tienen distintas vertientes que se explicarán en su lugar, pero es evidente que la vigencia continuada del pacto dependía de la obra de la gracia de Dios, simbolizada por el sistema levítico, ya que el pueblo, en ausencia de Moisés, rompió todas las condiciones humanas del pacto casi en seguida, por la adoración del becerro de oro, al pie mismo del monte Sinaí. Este aspecto de lo revelado en el libro de Éxodo se desarrolla en Levítico, mientras que la parte histórica (de los cuarenta años) tiene su complemento en el libro de Números. Deuteronomio recuerda a la generación nueva las obras y los mandatos de Dios, relacionados con el Éxodo, antes de que entrara en posesión de Canaán.

Análisis del contenido de Exodo

I. El enlace con Génesis y la opresión del pueblo (Ex 1:1-22)

II. El nacimiento y la preparación de Moisés (Ex 2:1-25)

- El niño Moisés es salvado y prohijado por la hija de Faraón (Ex 2:1-10)
- Moisés se identifica con Israel y procura ayudar al pueblo (Ex 2:11-15)
- Refugiado en Madián, Moisés se casa y sirve a su suegro (Ex 2:16-22)
- Dios “oye” el clamor de Israel (Ex 2:23-25)

III. El llamamiento de Moisés (Ex 3:1-4:17)

- La teofanía en la zarza que ardía y no se consumía (Ex 3:1-6)
- Moisés resiste el llamamiento de emprender el salvamento del pueblo (Ex 3:7-22)
- Las señales que han de acreditar a Moisés, quien recibirá la ayuda de su hermano Aarón (Ex 4:1-17)

IV. El regreso de Moisés a Egipto y primeros contactos con el pueblo (Ex 4:18-31)

V. Las primeras presentaciones ante Faraón y las señales (Ex 5:1-7:13)

- Se agrava la opresión después de la primera petición (Ex 5:1-6:1)

- Jehová renueva la comisión y las promesas, que no son recibidas por el pueblo (Ex 6:2-13)
- Paréntesis: fragmentos de una genealogía que aclara el parentesco de Moisés y Aarón (Ex 6:14-30)
- Jehová repite sus promesas y Faraón endurece su corazón frente a la señal de la serpiente (Ex 7:1-13)

VI. Las nueve primeras plagas (Ex 7:14-10:29)

- Las aguas convertidas en “sangre” (Ex 7:14-25)
- La plaga de las ranas (Ex 8:1-15)
- La plaga de los piojos o mosquitos (Ex 8:16-19)
- La plaga de las moscas (Ex 8:20-32)
- La plaga en el ganado (Ex 9:1-7)
- La plaga de las úlceras (Ex 9:8-12)
- La plaga del granizo y de los relámpagos (Ex 9:13-35)
- La plaga de langostas (Ex 10:1-20)
- La plaga de tinieblas (Ex 10:21-29)

VII. La Pascua, la muerte de los primogénitos y el Éxodo (Ex 11:1-15:21)

- La muerte de los primogénitos anunciada a Moisés (Ex 11:1-10)
- Instrucciones sobre la inmolación del cordero y la institución de la Pascua (Ex 12:1-20)
- La noche de la Pascua. Mueren los primogénitos egipcios (Ex 12:21-36)
- La salida apresurada de Egipto (Ex 12:37-41)
- Reiteración de la ordenanza de la Pascua (Ex 12:42-51)
- La consagración de los primogénitos de Israel (Ex 13:1-16)
- La etapa desde Sucot a Etam, la columna de nube y de fuego (Ex 13:17-22)
- El paso del mar Rojo (Ex 14:1-31)
- El cántico de triunfo (Ex 15:1-21)

VIII. El viaje desde el mar Rojo hasta Sinaí (Ex 15:22-18:27)

- Campamentos en Mara y Elim (Ex 15:23-27)
- Murmuraciones y el don del maná (Ex 16:1-36)
- Murmuraciones y agua de la roca (Ex 17:1-7)
- La victoria sobre Amalec (Ex 17:8-16)
- La visita de Jetro y la organización judicial del pueblo (Ex 18:1-27)

IX. La promulgación de la ley y la ratificación del pacto (Ex 19:1-24:18)

- Preparaciones para la manifestación de la gloria del Señor (Ex 19:1-15)
- Se manifiesta la gloria y la majestad de Jehová en el monte (Ex 19:16-25)

- La proclamación del Decálogo (Ex 20:1-17)
- El terror del pueblo y el altar provisional (Ex 20:18-26)
- Se proclaman varios juicios (Ex 21:1-22:20)
- Se dictan varios estatutos (Ex 22:21-23:19)
- El Ángel de Jehová llevará a Israel a su meta (Ex 23:20-33)
- El pacto ratificado por el pueblo y por el sacrificio (Ex 24:1-8)
- Moisés delega su autoridad y sube al monte (Ex 24:9-18)

X. Moisés recibe el plan del tabernáculo (Ex 25:1-31:18)

- Ofrendas para el tabernáculo (Ex 25:1-9)
- El arca del pacto y el propiciatorio (Ex 25:10-22)
- La mesa y el candelabro para el lugar santo (Ex 25:23-40)
- Estructura y cortinas del tabernáculo (Ex 26:1-37)
- El altar de bronce para los sacrificios (Ex 27:1-8)
- Las cortinas que rodean el atrio (Ex 27:9-19)
- Aceite para las lámparas del candelero (Ex 27:20-21)
- Las vestiduras para el sumo sacerdote y sus hijos (Ex 28:1-43)
- Ordenanzas para la consagración de los sacerdotes (Ex 29:1-37)
- Las ofrendas diarias y la promesa de la presencia de Jehová (Ex 29:38-46)
- El altar de incienso (Ex 30:1-10)
- El medio siclo del rescate, el lavacro y el incienso (Ex 30:11-38)
- Bezaleel y Aholiab nombrados como artífices principales para la construcción del tabernáculo (Ex 31:1-11)
- El sábado como señal del pacto (Ex 31:12-18)

XI. Un trágico paréntesis: el pecado del becerro de oro, la intercesión de Moisés y la renovación del pacto (Ex 32:1-34:35)

- Aarón accede a hacer el becerro, que el pueblo adora (Ex 32:1-6)
- Dios revela el pecado a Moisés, quien intercede por el pueblo (Ex 32:7-14)
- Moisés destruye el ídolo, castiga el pueblo y vuelve a interceder por él (Ex 32:15-35)
- Moisés suplica la presencia de Dios entre el pueblo (Ex 33:1-23)
- Dios revela parte de su gloria a Moisés y renueva el pacto (Ex 34:1-10)
- Advertencias parentéticas: la necesidad de destruir la idolatría en Canaán y guardar las fiestas (Ex 34:11-26)
- Moisés desciende del monte con las segundas tablas de la ley y reforma la ordenanza del sábado (Ex 34:27-35:3)

XII. La construcción y consagración del tabernáculo (Ex 35:4-40:38)

- La generosa ofrenda del pueblo para el tabernáculo (Ex 35:4-36:7)

- Mobiliario interior del tabernáculo (Ex 37:1-29)
- El atrio, con el altar de holocaustos y fuente (Ex 38:1-20)
- Dirección de la obra y los metales empleados (Ex 38:21-31)
- Confección de las vestiduras sacerdotales (Ex 39:1-31)
- Resumen de la obra hecha según el plan divino (Ex 39:32-43)
- El tabernáculo levantado. La unción de los muebles y de los sacerdotes (Ex 40:1-33)
- La gloria de Dios llena el tabernáculo. La guía de la nube (Ex 40:34-38)

Temas para recapitular y meditar

1. Describa la importancia del río Nilo en la vida e historia de Egipto.
2. Discurra sobre la relación que existe entre Génesis y Éxodo, con referencia al desarrollo de la nación de Israel como pueblo escogido por Dios.
3. Después de una lectura cuidadosa de Éxodo, y con la ayuda del análisis del contenido de más arriba, subraye los cinco acontecimientos que le parecen ser de mayor importancia para el desarrollo del plan de Dios.

Opresión y esperanza (Exodo 1:1-2:25)

El enlace con Génesis

1. El recuento de los padres de las tribus (Ex 1:1-6)

El núcleo original del pueblo (**Ex 1:1-5**). El Pentateuco no consiste en una serie de biografías de ciertos destacados líderes de la nación de Israel, sino en la historia del desarrollo del “pueblo-siervo” que Dios había escogido para avanzar el plan de la redención, de modo que el recuento de las tribus es más importante aún que la muerte de José. Los versículos 1 al 5 nos ofrecen un resumen de las genealogías que se detallan más en (**Gn 46:5-27**), relacionadas allí con el momento crucial cuando Jacob, según el mandato divino y las necesidades de su clan, decidió bajar a Egipto con todos los suyos. No habrá más genealogías ni censos hasta después del éxodo, al iniciarse el período de la formación de Israel en el desierto.

El número de setenta almas (**Ex 1:5**). Los hebreos solían redondear los números, según el propósito del escritor o redactor, de modo que no interesa mucho hacer análisis para ver si el número exacto de almas llegaba a “setenta” o en algunas más o menos. Hay aquí un claro reflejo de (**Gn 46:27**), bien que consta que se trata de los hijos que entraron en Egipto con Jacob, hallándose José y sus dos hijos en el país de antemano. Lo que interesa es contemplar el núcleo original de la nación al iniciarse la larga estancia en Egipto: se colocan en primer lugar los hijos de las esposas de Jacob con plenos derechos, Lea y Raquel, y después los de las esposas secundarias, que no debieran llamarse “concubinas” ya que, según las costumbres de Harán, se enlazaban con Jacob por medio de las esposas legítimas.

La frase del versículo 1 “*cada uno entró con su familia (casa o establecimiento)*”, se reviste de bastante importancia, pues ya sabemos por el caso de Abraham (**Gn 14:14**) que los siervos de los patriarcas podía formar un cuerpo considerable, y lo más probable es que los varones de entre ellos hubiesen aceptado ya la circuncisión, pasando a ser israelitas en cuanto a su lealtad tribal y su religión. Ya había bastante fuerza cohesiva en el conjunto de las tribus como para absorber estos elementos extraños sin que peligrara la misión esencial de la nación. Acordémonos de que el siervo de Abraham que buscó a Rebeca como esposa para Isaac se hallaba completamente compenetrado de la creencia y fe de su amo (**Gn 24**). Doce “establecimientos” podrían suponer una suma de almas que llegara a centenares, o más, cifra inicial de la comunidad total que echa luz sobre los grandes números que se mencionan en la época del Éxodo.

La muerte de José (**Ex 1:6**). Como suceso personal, la muerte de José se mencionó ya al final del libro de Génesis (**Gn 50:24-26**), pero, en el versículo 6 de nuestro pasaje se nota su fallecimiento como el fin de una época, relacionado con el de todos sus hermanos y los hombres de aquella generación. Eran los “padres fundadores de la raza” que habían consolidado la vida de Israel en la tierra de Gosén, siendo reemplazados por los líderes que vieron el gran aumento de la nación que se nota en el versículo 7.

2. La multiplicación y potencia del pueblo (Ex 1:7)

La duración de la bonanza. Pese a su brevedad, este versículo merece mención especial porque nos ofrece los únicos datos que tenemos sobre el período de prosperidad que disfrutó el pueblo, seguramente bajo la égida de la dinastía de los faraones hiksos, antes de fundarse el “reino nuevo” que había de trocar la protección en opresión. ¿Cuánto

tiempo duraría este período de bonanza y de aumento? Si la fecha dada para la fundación del nuevo imperio nacionalista es correcta (siempre se trata de aproximaciones) y también la del descenso de Jacob a Egipto, hemos de restar 1570 de 1710, que nos da 140 años, tiempo muy suficiente para que los israelitas fuesen multiplicados, aumentados, “fortalecidos en extremo” hasta tal punto que se notaba su presencia en todas partes de Egipto.

La duración de la opresión. Anticipando el tema de la opresión, ya que de cálculos se trata, hemos de deducir que los años malos duraron casi tres siglos. Sin embargo, no es necesario suponer que los israelitas llevasen una vida de penosa esclavitud durante todo este período tan extendido, que seguramente debiera dividirse en etapas según las indicaciones de los párrafos siguientes.

El periodo de la opresión (Ex 1:8-22)

1. El cambio de dinastía (Ex 1:8)

“El nuevo rey que no conocía a José” (Ex 1:8). Ya hemos notado en el capítulo introductor que el *“nuevo rey”* corresponde casi seguramente al primero del reino nuevo, o Imperio, que logró expulsar a los hiksos en el año 1570 a.C. Los hiksos respetarían el recuerdo de José como el de una gran figura histórica, quien no sólo salvó el país del hambre, sino que lo sujetó como nunca antes a la potencia real. Los faraones de la nueva dinastía 18 borraron todo recuerdo del odiado régimen anterior de extranjeros quitando las inscripciones monumentales, de modo que la memoria de José desapareció por completo, y con ella toda base de consideración especial frente a su pueblo, los israelitas. Los primeros faraones del reino nuevo se contentaron con expulsar a los hiksos, volviendo, en lo posible, a las costumbres anteriores. Después de la muerte de la reina Hatseput, sin embargo, sucedió al trono el faraón Tutmosis III, quien emprendió las vastas campañas que caracterizaban ciertas épocas del imperio. No podemos dogmatizar, pero parece razonable pensar que los primeros años del Imperio varían el principio de una política de relativa opresión frente a Israel, que llegaría a agravarse en las épocas de pasión bélica, a través de oleadas de nacionalismo y a causa del auge de las grandes construcciones iniciadas por Tutmosis III.

2. Etapas y grados de opresión (Ex 1:9-22)

Los israelitas no fueron expulsados de Gosén. Hasta el momento mismo del éxodo, los israelitas permanecen en la tierra de Gosén, habitando sus casas, hecho que no hemos de olvidar al pensar en la “esclavitud” del pueblo. Si nos podemos fiar de los recuerdos de los rebeldes en el desierto, los israelitas habían sido bien alimentados aun en las etapas más penosas de su servidumbre, ya que hablaban de *“las ollas de carne”*, de *“pan hasta saciarnos”*, del *“pescado que comíamos de balde”*, de los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos que habían deleitado su paladar en Egipto (Ex 16:3) (Nm 11:5). Es probable que las mujeres, jóvenes y niños pastoreaban el ganado, puesto que les fue posible a este pueblo de pastores llevar consigo sus rebaños de ovejas y manadas de bueyes al salir de Egipto.

La primera etapa (Ex 1:9-12). En algún momento no determinado, algún rey de la dinastía 18 se dio cuenta del peligro que suponía para su país la presencia de un pueblo extraño, ya tan numeroso, que ocupaba “la puerta” oriental de Egipto hallándose bien establecido en la tierra de Gosén. La importancia numérica de Israel se indica por la frase *“el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros”* (Ex 1:9). Pudo haber algo de hipérbole en este dicho del faraón, o quizá la comparación se hacía con referencia a las partes de Egipto colindantes con Gosén, pero de todas formas, destaca claramente la

impresión de un pueblo que había crecido de forma alarmante. El peligro que percibió el faraón tenía dos vertientes: 1) los israelitas podrían unirse con cualquier enemigo asiático, procedente del Oriente; y 2) que gracias al poderío adquirido por acciones bélicas en un momento de crisis se alejasen de Egipto, lo que supondría la pérdida de tanta “mano de obra” barata. Aún no habían sido esclavizados, pero como el faraón de la época de José había utilizado a los hijos de Jacob como mayores para cuidar de su ganado —tarea que los nacionales no querían cumplir— es posible que los trabajos de los israelitas, aun en condiciones de plena libertad, tuvieran importancia económica para Egipto.

El faraón del día (no es posible identificarle) no quiso que el pueblo extraño se multiplicase más, y, a la vez, quería aprovechar sus trabajos con el fin de levantar las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés (**Ex 1:11**). Ya hemos visto en la Introducción que esta política de reforzar la frontera noroeste de Egipto corresponde a la época de las guerras de conquista. Ramesés corresponde, probablemente, a Tanis (Zoan) que ocupaba el lugar de la ciudad capital de Avaris de la época de los hiksos. La mayoría de los arqueólogos creen que Pitón se halla en la parte oriental del “wadi” Tumilat, pero las identificaciones no pueden ser hechas con absoluta seguridad.

A la luz de (**Ex 5:6-14**) podemos deducir que los comisarios de faraón fijaban ciertas tareas que los israelitas habían de cumplir bajo el mando inmediato de sus propios capataces. Sobre todo, se trataba de entregar cierto número de ladrillos que luego se empleaban en las vastas obras de las ciudades, y, aparentemente, cuadrillas de hebreos habían de trabajar directamente en la labor de edificación. La “dureza” podía variar según el carácter del monarca, quien fijaría las líneas generales del servicio a cumplir, y según los comisarios del día, que podían ser más o menos exigentes y crueles. Es de suponer que faraón y sus consejeros pensaban que la ausencia prolongada de tantos varones de sus hogares, y el desánimo general que prevalecía tendría el efecto de reducir el pueblo, pero lejos de disminuirse, se multiplicaba aún más (**Ex 1:12**).

La segunda etapa (**Ex 1:13-14**). La primera reacción de la corte frente a este problema agudo fue la de agravar la dureza de la servidumbre, y se notan dos facetas: los trabajos de hacer ladrillos y también “*toda labor del campo*”, que supone no sólo la ganadería sino también el cultivo de los sembrados regados por las aguas del Nilo, y siempre en circunstancias adversas de vigilancia, de esfuerzos excesivos y de frecuentes castigos. Así la vida de los israelitas fue amargada, pero aún existía la gran colonia hebrea de la tierra de Gosén. Quizá José había establecido a los suyos allí con tales garantías que luego fue muy difícil —en un país de tanto protocolo como lo era Egipto— que perdiesen sus derechos como colonos.

La tercera etapa (**Ex 1:15-21**). Faraón y sus consejeros veían crecer sus ciudades fronterizas y se aprovechaban bien de la mano de obra de sus esclavos, pero no habían dado solución al problema de la multiplicación del pueblo que entrañaba el de su posible alianza con el enemigo en tiempos de guerra. Muy al contrario, un pueblo que crecía constantemente y que se sentía ya amargado buscaría la primera ocasión para rebelarse, librándose del yugo de su dura servidumbre. Alguien propuso que sería posible valerse de las comadronas oficiales para terminar la vida de los varones hebreos al momento de nacer. Parece extraño que no se nombren más de dos, Sifra y Fúa, para una comunidad que se describe como muy numerosa, pero podría tratarse de las dirigentes, que contaban con la ayuda de asistentes. Mucho depende de las costumbres, “tabúes”, etc., tanto de las egipcias como de las hebreas, que desconocemos. Fuese como fuese, las comadronas no se prestaban a esta obra criminal, tan contraria al sentido esencial de su misión: la de facilitar los principios de la vida en las familias. Sus excusas ante Faraón (**Ex 1:19**) podrían tener bastante base, pues mujeres que trabajan en el campo, con un régimen saludable de ejercicio y de aire sano, no suelen tener alumbramientos tan

difíciles como las madres que llevan la vida sofisticada y antinatural de las sociedades urbanas, y se han dado casos aun en los campos de España en los que las madres salieron a sus trabajos en el campo por la mañana volviendo con el nuevo vástago en brazos por la noche. Es completamente inútil enjuiciar a las comadronas condenándolas por “mentir”. Como hemos subrayado en varias porciones de Génesis, la luz de la revelación iba penetrando lentamente en las costumbres de aquellos órdenes de la vida.

El intento de aplicar las normas éticas de la Iglesia del Señor, después de recibir la plena revelación de Dios en Cristo, a aquellos tiempos, es perder toda perspectiva histórica, y desconocer las largas etapas del desarrollo del plan de la redención. El hecho es que Dios aprobó su valor —porque sin duda arriesgaban sus propias vidas— y *“prosperó sus familias”*. Es decir, fueron bendecidas en la misma esfera en la cual ellas mismas habían sido hechas bendición en muchos de los hogares de los hebreos.

La cuarta etapa (**Ex 1:22**). Fracasado el plan de reducir el número de varones hebreos por medio de las comadronas, Faraón echó la responsabilidad sobre la totalidad de sus súbditos, promulgando el bando general: *“Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida”*. Ramales del río Nilo se hallaban en todas partes de Gosén, y la “vida” de Egipto había de convertirse en la “muerte” de una nación. Pero aquella nación fue el pueblo escogido de Dios, quien velaba por su “siervo”. No hay datos que nos ayuden a formar una idea de la extensión de la matanza de los varoncitos hebreos, pero es evidente el fracaso final del nefasto plan, ya que hallamos después una gran multitud de israelitas varones de la generación de Moisés. Es de suponer que muchos niños fuesen sacrificados en los primeros meses de terror, pero que una orden tan contraria a los instintos naturales de seres humanos normales iría perdiendo vigencia con el tiempo. Esta culminación de opresión prepara el escenario para la historia del nacimiento y salvamento de Moisés, que constituye la primera fase de la historia del éxodo. Mas tarde tendrían que morir los primogénitos de los egipcios, no por ser de esta nación o de la otra, sino como consecuencia de una rebeldía pertinaz de parte de sus gobernantes, que oponían su orgullo carnal a la obra de Dios anunciada por su palabra, reiteradamente confirmada y acreditada.

Dios prepara a su siervo Moisés (Ex 2:1-25)

I. El nacimiento y salvamento de Moisés (Ex 2:1-10)

Los padres de Moisés (**Ex 2:1**) con (**Ex 6:16-20**). Los padres de Moisés, Amram y Jocabed, eran descendientes de Leví por la familia de Coat. La tribu había de adquirir su distinción posterior precisamente por la obra de los hijos de este matrimonio, Aarón y Moisés. Si no tuviéramos delante más que el primer versículo del capítulo 2, creeríamos que Amram se casó con Jocabed, y que Moisés nació en su debido tiempo como hijo primogénito. Resulta, sin embargo, que el verbo hebreo es pobre en recursos para expresar tiempos como nuestro pluscuamperfecto, de modo que hemos de entender la primera frase de (**Ex 2:1**) como sigue: *“un varón de la familia de Leví había tomado por mujer a una hija [descendiente] de Leví”*. De este matrimonio había nacido María como catorce o quince años antes, y Aarón hacía tres años. El momento que se señala es el nacimiento del nuevo vástago en medio de la peligrosa crisis producida por el cruel edicto del faraón, que estaba en pleno vigor. El nombre de María volverá a ponerse de relieve más tarde como profetisa, y el de Aarón como el del sumo sacerdote que inauguró los servicios levíticos de Israel. Moisés había de ser caudillo y legislador del pueblo por excelencia.

El nacimiento de Moisés (**Ex 2:1-2**). Es típico de los caminos de Dios en el Antiguo Testamento que anula toda esperanza humana antes de intervenir en gracia con el propósito de salvar o bendecir a su pueblo. La nación de Israel empezó su existencia cuando Isaac nació de padres “*ya muertos*” (**Ro 4:18-21**), y había de ser rescatada también por medio de un “redentor” que empezara su vida bajo sentencia de muerte. El niño nació hermoso, pero podemos suponer que Jocabed habría hecho lo posible para salvarle aun si hubiese sido enfermizo y feo. El hecho de poder esconder a un varoncito recién nacido en las habitaciones interiores de una casa en Gosén durante tres meses viene a confirmar lo que hicimos ver anteriormente: que los israelitas aún podían mantener su vida de hogar en condiciones de relativo bienestar en la tierra de Gosén, sin demasiado miedo a los egipcios. Sin duda las posibilidades de los cabezas de familia variaban, y podría ser que la familia de Amram gozara de cierta categoría y que no fuese pobre. Cabe la posibilidad de que tales personas pudiesen prestar servicios al estado, o hacer entregas en metálico en lugar de servir personalmente en las cuadrillas. De todas formas, los lloros de un niño sano de tres meses delatarían su presencia, y pronto se sabría que se trataba de un varón, que, según el edicto, había de ser echado al Nilo.

El recurso del arca (**Ex 2:3-4**). En todos los detalles de este hermoso y conocidísimo relato hemos de entender que Dios obraba por su providencia, inspirando a la madre a tomar precisamente las medidas que se detallan, que habían de servir no sólo para salvar la vida al pequeño, sino también para colocarle donde podría ser preparado frente a ciertos aspectos de su gran obra futura. Parece posible que Jocabed hubiera estudiado las costumbres de la princesa egipcia, y que su comprensión y fe llegaron a comprender que su niño podría ser guardado precisamente bajo los techos del autor del edicto de su muerte: quizá el único sitio seguro en toda la tierra. Jocabed propuso obedecer el cruel mandato del rey echando —o por lo menos colocando— a su hijo en el río, pero dentro del arca. Los juncos son los tallos de la planta acuática “papiro”, cuya corteza interior había de servir como papel durante muchos siglos en tiempos posteriores. Los monumentos egipcios ilustran la construcción de ligeras embarcaciones por medio de estos fuertes tallos, que, efectivamente, se cubrían con brea vegetal con el fin de impermeabilizarlos. Todo el ambiente aquí es puramente egipcio, y el medio que escogió Jocabed se encaja perfectamente dentro de la vida, costumbres y posibilidades del lugar y de la época, cosa que habría sido muy difícil que un novelista inventara siglos después. El arca sería una pequeña caja flotante, con su tapa correspondiente, colocada en el carrizal para que no fuese llevada por las corrientes del río. Suponiendo que Jocabed esperaba la intervención de la princesa, pensaría también que el carrizal sujetaría el arca hasta la hora del baño de la princesa. El hecho de la vigilia de la hermana, María, dispuesta ya a hacer la sugerencia de (**Ex 2:7**), parece confirmar la “inspiración” que Jocabed había tenido al colocar a su niño precisamente allí. Las palabras traducidas por “*arquilla*” y “*juncos*” son de origen egipcio, y “*teba*” (“*arca*”) es igual que el término empleado para el arca de Noé.

El paseo de la princesa (**Ex 2:5**). La frase “*la hija de Faraón*” no indica en sí la categoría de la princesa, a no ser que sea por el uso del artículo definido. Los faraones de la época tenían una esposa oficial —muchas veces una hermana— que compartía hasta cierto punto su supuesta “divinidad”; tenía, además, un número de esposas y concubinas que residían en los harenes de los pabellones de placer que hacían construir los faraones en distintos lugares, pero sin que las mujeres fuesen recluidas según las costumbres árabes de tiempos más recientes. Había distritos en el delta muy conocidos y apreciados por la caza que abundaba en ellos —particularmente de aves acuáticas— y se construían palacetes en tales sitios para el uso del rey, cada uno con su harén. Todo ello halla abundante ilustración en los monumentos egipcios ya muy conocidos. La princesa, pues, habría podido ser hija de cualquiera de las esposas del rey, pero parece ser que disfrutaba de libertad y que tenía la autoridad suficiente para obrar por su cuenta aun en

contra del edicto de su padre. Bastaba su palabra para que el niño no fuese molestado en la casa de sus padres en Gosén hasta que fuese destetado.

Baños como el que pensaba tomar la princesa se ilustran en los monumentos, como también la asistencia de varias doncellas que rodeasen a un personaje real.

La decisión de la princesa (**Ex 2:5-6**). La curiosidad de la princesa al ver la arquilla anclada entre los papiros fue muy natural, pero, ¡cuánto dependía de sus reacciones después de haber mandado sacar y abrir el barquito con su pequeño ocupante! Ya hemos postulado la obra de la providencia divina, y los lloros del hermoso varoncito conmovieron el corazón de la mujer. Se la supone soltera, pero el instinto materno es muy fuerte en toda mujer normal, e, instintivamente, desearía derramar su cariño sobre este pequeño. Desde luego, comprendió en seguida la situación y el porqué de hallarse el varoncito en el río pero protegido del peligro de las aguas, exclamando: *“¡De los niños de los hebreos es éste!”*.

La intervención de María (**Ex 2:7-9**). Si Dios había concedido visión e inspiración a Jocabed, ésta se hallaba bien secundada por su hija, quien, al observar la reacción compasiva de la princesa, no perdió un momento en estar a su lado con la proposición de buscar una nodriza para el niño; de nuevo la princesa comprendió en seguida que se trataba de la misma madre, que procuraba, desesperadamente, salvar a su precioso vástago de la muerte. La madre se halló pronto en la ribera del río, donde la princesa, aceptando ya toda responsabilidad por el niño, mandó a su madre criarlo, asegurando sus propios derechos pactando el salario acostumbrado. Dios había obrado, y el futuro siervo suyo había sido salvado por la mano de la hija de quien había pronunciado la sentencia de muerte.

El niño en el palacio del faraón (**Ex 2:10**). *“Cuando el niño creció”* quiere decir *“cuando fue destetado”*, y así independiente de la madre-nodriza. En el Oriente los niños no solían ser destetados hasta los dos años de edad, lo que implica un principio de influencia hebrea para el niño que había de ser criado después a la usanza egipcia. Sin duda la relación entre madre e hijo no se rompió totalmente, ya que, por fin, Moisés llegó a su gran determinación de unirse con el pueblo de su nacimiento y no con el de su crianza y cultura.

Pese al fuerte nacionalismo del reino nuevo, no fue nada extraño que un semita se criara en los palacios del faraón. Los eruditos han hallado relaciones de varios personajes de origen semita que no sólo se educaba entre los príncipes y nobles de Egipto, sino que llegaban a ocupar puestos de gran importancia en el gobierno y administración del país y de sus provincias.

El nombre *“Moisés”* (**Ex 2:10**). No es seguro, por el texto de este versículo, si fue la princesa o Jocabed quien dio el nombre de Moisés al niño. A primera vista parece ser que fue la princesa, al prohijarle formalmente y como recuerdo del momento en que le había sacado de las aguas, y quizá esto sea lo más probable. Pero algunos eruditos han hecho ver que era costumbre hebrea hacer un juego de palabras del nombre que se ponía a una criatura, alusivo a algún rasgo o acontecimiento, cosa extraña a los egipcios, y que la construcción gramatical admite la posibilidad de que el nombre fuese dado por la madre que dijo: *“Porque de las aguas lo saqué”*. El nombre puede referirse igual al alumbramiento del niño como al hecho de ser sacado del Nilo. Si la forma del nombre es hebrea, asimilada al egipcio, o egipcia adaptada al hebreo, es algo que no nos preocupa en este libro.

Moisés entrenado en la sabiduría egipcia (**Ex 2:10**). Cuando Esteban afirmó que Moisés había sido enseñado en toda la sabiduría de los egipcios (**Hch 7:22**) siguió el texto de los

“tárgumes” (traducciones o paráfrasis) de los judíos más bien que el del relato bíblico que tenemos delante, pero la adición del tárgum fue una deducción natural o ineludible. Los príncipes de la casa real —con otros extranjeros que se educaban en Egipto— se colocaban bajo el cuidado de directores de estudios, aprendiendo, según su edad, la escritura jeroglífica y la hierática, pasando a la redacción de cartas, al estudio de la literatura en los distintos géneros que ya mencionamos en la Introducción, a las matemáticas, a las cuentas y a la administración. Unos siglos antes, en Fenicia, algún genio había descubierto la manera de escribir alfabéticamente en lugar de representar cosas e ideas por medio de signos especiales. Se han hallado algunas sencillas inscripciones, compuestas de letras y sílabas, precisamente en las minas de turquesa en Sinaí, de modo que, en años posteriores, Moisés no estaría limitado al laborioso proceso de emplear jeroglíficos para la redacción de sus escritos, sino que dispondría ya de una forma de escritura alfabetizada.

2. Moisés se identifica con su pueblo (Ex 2:11-15)

Los años en Egipto (**Ex 2:11**). Esteban comprendía que Moisés, durante los cuarenta años que pasó en las altas esferas de la sociedad egipcia, había sido *“poderoso en sus palabras y obras”* (**Hch 7:22**). De nuevo, el relato del éxodo carece de detalles, pero es cierto que los príncipes de la casa real, una vez entrenados, se destinaban a ocupar cargos importantes en el país y en el imperio. Un joven príncipe, de la talla de Moisés en cuanto a la inteligencia y al esfuerzo, no pudo por menos que hallar amplias esferas para el desempeño de sus talentos y energías, fuese en empresas bélicas o en el gobierno y administración de cualquier región del dilatado imperio de los faraones del reino nuevo. Así desarrollaba las dotes de mando, la experiencia administrativa y judicial que luego habrían de serle tan útiles al constituir a los israelitas en nación, llevándoles por el peligroso y difícil camino del desierto hasta Canaán. Cuando volvió a pisar el suelo de los palacios egipcios como embajador de Dios, después de los cuarenta años en Madián, hallaría diferentes personas, pero estaría perfectamente familiarizado con el protocolo de la corte y con las características de la administración egipcia.

La gran decisión de Moisés (**Ex 2:11**). El antiguo relato inspirado resume muchos años de acontecimientos, experiencias, obras y actitudes que quisiéramos conocer en mayor detalle. Por ello hemos de acudir una vez más al Nuevo Testamento para hallar luz sobre lo que más nos importa en este momento de la historia de Moisés; sobre todo, cómo llegaría a identificarse con su pueblo dejando las brillantes perspectivas que le ofreció su servicio en la corte del faraón del día. El escritor de la Epístola a los Hebreos comenta las decisiones de fe de los “héroes” de tiempos antiguos, escribiendo en cuanto a Moisés: *“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”* (**He 11:24-26**).

Podemos suponer que Moisés nunca había perdido contacto con la familia de su madre, y que, gracias a este eslabón, llegó a conocer las crónicas de sus antepasados y el significado del pacto que Jehová había hecho con Abraham. En algún lugar fue guardado el ataúd de José, que conservaba la muda promesa de que, un día, los israelitas habían de volver a Canaán, llevando consigo este precioso recuerdo de la vida antigua de la raza y del salvamento de Israel por medio del gran visir de Egipto (**Gn 50:24-26**) (**Ex 13:19**) (**Jos 24:32**). Al hablar del *“vituperio de Cristo”* el inspirado autor de Hebreos hace referencia a la esperanza mesiánica, ya que Cristo es la traducción griega de Mesías. Moisés no pudo conocer personalmente al Señor Jesucristo, pero sí podía valorar mucho la esperanza del Mesías, asociada con su raza, a pesar de que sus colegas egipcios lo considerarían algo ridículo. Esta apreciación, por la fe, influyó en su gran renuncia al dejar

su posición en la familia real para unirse con un pueblo de esclavos. Hemos de suponer algún momento de visión y de decisión en el fuero interno de Moisés que le llevaran a una determinación tan contraria a sus aparentes intereses personales. De hecho, si hubiera escogido según criterios mundanos, su nombre, como príncipe egipcio, sería ya olvidado; o, en el mejor de los casos, hallarían los egiptólogos alguna referencia a sus hazañas en un monumento de piedra. Por renunciar a todo, según la voluntad divina, llegó a ser el instrumento de Dios para avanzar el plan de la redención, y su nombre figura entre los protagonistas que más han influido en el curso de la historia y en el desarrollo del pensamiento de los hombres.

Moisés quería ser campeón del pueblo afligido (**Ex 2:11-15**) con (**Hch 7:20-29**). Según el método de los capítulos 1 al 11 del Génesis, esta breve introducción al libro de Éxodo nota algunos incidentes que, a primera vista, parecen ser de limitado alcance, pero al volver a estudiarlos con atención los apreciamos como boyas flotantes que indican la dirección de las corrientes marítimas. Así lo entendió Esteban en el ya referido discurso ante el sanedrín (**Hch 7**), pues presenta a Moisés como uno de los típicos casos por los que los israelitas rechazaban una y otra vez a los líderes que Dios les preparaba, llegando por fin a rechazar al Mesías mismo. Moisés —según Esteban— *“pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya, pero ellos no lo habían entendido así”* (**Hch 7:25**). Psicológicamente parece muy acertada la interpretación de Esteban —basada seguramente en los tórgumes— ya que Moisés, con su preparación tan especial y ya dispuesto a identificarse con Israel, no podía por menos que meditar en algún plan que diera libertad a su pueblo. En el relato se nota sólo un caso de justa indignación y de violenta intervención a favor de un israelita maltratado, quizá por algún capataz egipcio; sin embargo, es evidente que los israelitas ya le conocían, y el *“malvado”* del día siguiente que golpeaba a un *“hermano”* suyo reaccionó con sorna ante Moisés: *“¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?”*. Esto supone contactos anteriores entre Moisés y los ancianos del pueblo, y quizá Moisés se había ofrecido a empeñar su influencia frente a personajes egipcios, o en consulta con distinguidos personajes extranjeros residentes en Egipto, empleando a fondo sus notables conocimientos de todo cuanto podría ser útil en un intento de sublevación o de evasión. Pero el entusiasmo y buenos deseos de Moisés fracasaron al chocar con las reacciones del pueblo contumaz y suspicaz, una primera experiencia que quizá influyó en su ánimo cuando se mostró tan poco dispuesto a obedecer el llamamiento de Dios cuando por fin había llegado el momento de liberación.

Si intentáramos hacer un “psicoanálisis” de Moisés, sobre la base de estos versículos tendríamos que notar lo siguiente: 1) *“Salió a sus hermanos”*, frase que señala la voluntad de identificarse con ellos y que fue el resultado de la tremenda experiencia interior y espiritual que se comenta en Hebreos. 2) *“Observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos”*, indicio de la mirada compasiva que había echado sobre su pueblo al estudiar su condición. 3) *“Mató al egipcio”*. Aun iría vestido a la usanza de un príncipe y no le faltarían armas. La violencia había sido aprendida en el ejercicio de las armas, y en aquel momento de ira él se arrogaba el derecho de juzgar el crimen y castigarlo con la máxima pena, sin consultar con nadie; he aquí el indicio de un temperamento justiciero pero orgulloso. Quizá lo conceptuaba como un primer “acto de guerra”, pero es evidente que había de aprender mucho antes de poder capitanear al pueblo de Dios, estableciendo normas —por revelación divina— que habían de incluir el mandamiento: *“No matarás”*. 4) *“Miró a todas partes”*. No mató al enemigo de su raza sin el intento de comprobar antes que no había testigo delante. Hubo elemento de prudencia, que agrava el crimen de la violencia calculada. Recordemos que Moisés estaba acostumbrado al ejercicio despótico del poder, y que su acción sería “normal” en los ambientes en los cuales había sido criado. 5) No todos los israelitas habían aprendido la necesidad de unirse en fraternal

esfuerzo frente al opresor, y el caso del hebreo que golpeaba a su prójimo nos recuerda que la violencia engendra más violencia, exacerbando los padecimientos prolongados, el egoísmo que, a su vez, cauteriza la conciencia. Moisés se indigna, pero, tratándose de un hebreo que hace el mal quiere despertar su conciencia: “¿Por qué golpeas a tu prójimo?”. Hablaría con tono de autoridad, acostumbrado al mando y sabiendo que tenía razón. 6) La despectiva contestación del hebreo malhechor hizo saber a Moisés que su precipitada acción del día anterior, al vengar por su mano la maldad de un supervisor egipcio, era ya conocida y comentada. Las breves palabras de **(Ex 2:14-15)** pueden encerrar todo un proceso de meditación, discusión y decisión. El fin del asunto fue que sus hermanos no estaban dispuestos a aceptar proyectos arriesgados para la liberación bajo su caudillaje, y comprendió que su misma vida peligraba, ya que su acto de violenta rebeldía se había dado a conocer en la corte.

Tal fue el hombre que huyó a Madián, donde había de ser disciplinado y enseñado por métodos muy diferentes antes de que pudiese ser el caudillo que llevara a cabo los propósitos de Dios en orden al pueblo de Israel.

3. Moisés en Madián (Ex 2:16-22)

La tierra de Madián **(Ex 2:15)**. No es fácil localizar la “*tierra de Madián*”, ya que este pueblo, descendiente de Abraham por medio de Cetura **(Gn 25:1-6)** y muy relacionado con los israelitas, consistía más bien de nómadas que llevaban sus rebaños y sus camellos a distintos lugares de las regiones semidesérticas alrededor de Moab y de Edom, en tierras al oriente del valle Aqaba, pero pasando a menudo a la península de Sinaí. Al recibir su llamamiento, Moisés había llevado los rebaños de su suegro a Horeb, o sea, Sinaí, en el sur de esta península. Regían el pueblo cinco príncipes que se hallan muy relacionados con el rey y nobles de Moab en los incidentes de Números 22-25 y 31.

Moisés, Jetro (Reuel) y las hijas de éste **(Ex 2:16-22)**. Quizá los madianitas conservaban el culto de Jehová, Dios de su antecesor Abraham, pero mezclándole con el de los dioses falsos de los moabitas y otros pueblos vecinos. Jetro —nombre alternativo de Reuel y más conocido— se expresa como monoteísta y creyente en ocasiones posteriores (Ex 18), pero, según los referidos capítulos de Números, los madianitas llegaron a inducir a un sector de los israelitas a incurrir en unas de las peores desviaciones espirituales de las normas del pacto. El término “*sacerdote de Madián*” **(Ex 2:16)** no se entiende bien, pero, conforme a sus profesiones en el capítulo 18, podría haber sido uno de los fieles que mantenían el culto a Jehová.

Que Moisés huyera de Egipto por el camino del oriente y hacia las tierras semidesérticas al este del valle de Aqaba corresponde exactamente a las costumbres de entonces; el refugiado se hallaría bien seguro, pues ningún faraón había de enviar expediciones a través de la península de Sinaí en busca de una sola persona. Es evidente que los madianitas del clan de Jetro se habían establecido en algún pueblo cuya vida dependería del pozo en las afueras. Dentro del sencillo cuadro de la vida de un pueblo seminómada no debiera extrañarnos que las hijas de Jetro —personaje de alguna importancia local— tuviesen que pastorear las ovejas de su padre. Recordemos los trabajos parecidos de Raquel, hija de Labán, en Harán **(Gn 29:1-12)**. Los pastores varones, que quisieron impedir los trabajos de las hijas de Jetro al abreviar las ovejas, podrían pertenecer a otro clan, y de todos modos desconocerían “*motivos caballerescos*”, pues los orientales de entonces consideraban a las mujeres como seres de categoría inferior.

Quizá Moisés ya había fijado su residencia en este pueblo, pues no hay nada que indique que acababa de llegar y sentarse en el pretil del pozo al lanzarse a la protección y ayuda de las hijas de Jetro. El incidente le muestra una vez más como valiente y decidido, y seguramente guardaba aún el aire de autoridad que le conferían sus años de mando. Al

contar las hijas de Jetro a su padre la ayuda que habían recibido —que había aligerado sus pasos aquel día— éste se apresura a ofrecer la hospitalidad oriental, extrañándole, al parecer que sus hijas no lo hubiesen hecho en el acto. Notemos que Moisés, frente a las mujeres madianitas, parece ser “*un egipcio*”, pues seguramente su indumentaria les impresionaría más que sus facciones semitas (**Ex 2:19**).

La estancia de Moisés en Madián (**Ex 2:21-22**). Hemos de hacer un esfuerzo de imaginación para poder comprender que se resumen las características de cuarenta años de la vida de Moisés en estos dos versículos. El trato con Jetro determinó que el huésped le ayudara en el pastoreo de sus ovejas. Poco sabría el ex príncipe egipcio de esta ruda labor, pero el instinto de su raza —pastores por excelencia— y su viva inteligencia, le ayudaría a desempeñar pronto y bien los trabajos del pastoreo, buscando pastos y agua para las ovejas en aquellas inhóspitas tierras. Dios sabía que su siervo necesitaba aprender la paciencia por este medio, además de la compasión, la resistencia a la fatiga, la entereza del alma, con el fin de graduarse en el difícil arte de cuidar de “rebaños” de hombres y mujeres, más voluntariosos que las ovejas y con la misma tendencia a extraviarse. Además, las largas horas de tranquilidad en los solitarios parajes de Madián y de Sinaí habrían de proporcionar a Moisés la oportunidad de meditar en los caminos de Dios, cosa harto difícil en medio del bullicio y la intriga de la corte egipcia. Sin duda pasaría mucho tiempo precisamente en la península de Sinaí, que llegaría a conocer de palmo a palmo sin saber aún que allí había de cuidar del pueblo de Dios durante otro aciago período de cuarenta años.

Hebreo por nacimiento, egipcio por crianza y cultura, Moisés había de ser madianita por casamiento y por su larga estancia en la tierra. No se veía fin a su destierro, de modo que se estableció en Madián casándose con Séfora, una de las siete hijas de Jetro, y de ella nació su hijo Gersón, cuyo nombre recuerda que era forastero en tierra ajena. Poco sabemos de esta esposa de Moisés, pero, por alguna razón, no quiso circuncidar a su hijo, según las exigencias del pacto hebreo, hasta que una crisis posterior le obligó a ser obediente. Después nació otro hijo, Eliezer, y aparentemente Jetro protegió a Séfora por lo menos durante una parte de los acontecimientos del Éxodo (**Ex 18:1-7**).

4. El principio de la liberación (Ex 2:23-25)

La muerte del faraón (**Ex 2:23**). El versículo 23 parece darnos la idea del fin de un reinado muy largo, y que el rey era el que procuraba la muerte de Moisés. Ramesés II reinó —conjuntamente con su padre o solo— por el larguísimo período de sesenta y siete años, y fue sucedido por Neremptah, que parece indicar que este fuese el faraón del éxodo. Sin embargo, la fecha que se ha dado para el éxodo por otras razones sitúa el acontecimiento en el reinado de Ramesés II. Enfatizamos lo provisional de estas fechas y los problemas que aún necesitan solucionarse antes de llegar a conclusiones fijas. No podemos afirmar que el faraón que murió, según este versículo, fuese el enemigo de Moisés, pues durante cuarenta años pasan muchas cosas. Lo cierto es que el nuevo rey siguió la misma política con Israel que con sus predecesores, y frente a él —y en vista de su obstinada resistencia a la Palabra— Dios había de desplegar las maravillas de su poder y exhibir sus juicios.

El clamor de Israel (**Ex 2:23-25**). Estos versículos no declaran terminantemente que los israelitas clamaron al Dios de sus padres a causa de gran aflicción, sino sólo que gemían y clamaban, pero quizá es admisible pensar en un avivamiento espiritual motivado por sus sufrimientos y el recuerdo de las promesas hechas a sus padres. La “respuesta” de Dios se expresa en términos antropomórficos, o sea, como si Dios reaccionara como hombre al “oír” el clamor de su pueblo afligido, “recordando” el pacto hecho a su favor con Abraham, Isaac y Jacob; pero el lector que medita en las dificultades que encierra la comunicación del mensaje divino a tantas personas tan diferentes, a través de tan largos siglos, no

hallará dificultad al leer tales expresiones, que se entienden por todos interpretándose bien a la luz de la totalidad de las Escrituras. Desde luego, no limitan para nada la omnisciencia de Dios y el hecho de que sus propósitos arrancan de su beneplácito eterno. Solamente pareció, según lo que veían ojos humanos en determinada época, que Dios volviera a entrar en acción después de un período de silencio, y de aparente olvido. De hecho, había llegado el momento para que se manifestara de nuevo mediante señalados actos redentores que se enlazan firmemente con la historia. Al comunicarse Jehová con Abraham, después de asegurarle sus promesas por medio de un pacto solemne, predijo la servidumbre de Israel “*en tierra ajena*”, anunciando que en la “*cuarta generación*” su pueblo había de volver a Canaán con el fin de posesionarse de toda la tierra desde el río de Egipto hasta el río Éufrates (**Gn 15:12-21**). Las expresiones de los versículos 23 al 25 significan que el momento del éxodo se acercaba, y que nada podía oponerse a la voluntad de Dios para con su pueblo.

El llamamiento de Moisés (Exodo 3:1-4:31)

La teofanía y el llamamiento (Ex 3:1-12)

Moisés en la región de Horeb (**Ex 3:1**). Ya hemos notado que Moisés se veía obligado a llevar los rebaños de su suegro a pastos distantes, aprovechando hasta los lejanos parajes de la península de Sinaí. Así adquiriría conocimientos de una región que, después del éxodo, había de ser el escenario de su misión. Jehová le señala esta coincidencia en el versículo 12. Horeb es nombre alternativo para Sinaí, y el texto exacto indica que se hallaba al lado occidental del desierto desde el punto de vista de Madián.

El Ángel de Jehová (**Ex 3:2-3**). Con la sobria economía de palabras, que es una de las características de la revelación del Antiguo Testamento, se describe aquí una manifestación a Moisés del “*Ángel de Jehová*”, relacionándose la visión con el momento determinado para la liberación de Israel de Egipto. Posteriormente el “*Ángel de Jehová*” habla con plena autoridad divina, declarando que es Jehová mismo, Dios de Abraham, Isaac y Jacob. La dificultad que existe al describir manifestaciones del Dios infinito y eterno a hombres en la tierra parece ser el motivo del uso del título “*Ángel (mensajero) de Jehová*”, que viene a ser una ayuda para la comprensión de quienes reciben la revelación. A la luz de pasajes como (**1 Co 10:4**), es permisible pensar que el “agente”, que obraba en tales revelaciones, ha de identificarse con el Hijo Eterno, quien siempre ha sido, es y será el “Mediador” entre Dios y los hombres. Con todo, no hemos de caer en el error de pensar que la doctrina de la Trinidad llegara a revelarse claramente en el Antiguo Testamento, pues, a lo sumo, hallamos indicios que se iluminan por la revelación posterior y completa de Dios en Cristo. Por medio de teofanías (manifestaciones de Dios), Dios se revelaba parcialmente a sus siervos conforme a los infinitos recursos de su omnipotencia, sin que llegara a constituir en manera alguna una “encarnación”.

El arbusto que ardía y no se consumía (**Ex 3:2-3**). El término “zarza” se traduce mejor por “*arbusto*”, tratándose sin duda de uno de los muchísimos arbustos espinosos resistentes al calor y la sequedad que se hallan en la Península de Sinaí. No extrañaría a Moisés ver arder un arbusto, pero lo que le llamaba la atención era que el arbusto ardía en llamas y no se consumía. Podemos suponer también que había algo en la calidad de “la llama” que la distinguía de un mero incendio, pues se trataba de una manifestación de la gloria del Señor. Esta forma de darse a conocer convenía al momento del desarrollo del plan de la redención, y sin deseos de alegorizar indebidamente, hemos de pensar en que el arbusto es algo muy humilde, muy terrenal, de poca utilidad en general; sin embargo, hubo de servir como instrumento para manifestar la gloria de Dios. No sólo eso, sino que ardía sin que se consumiera, que es algo contrario a nuestra experiencia, pero que ilustra los caminos de Dios.

Israel constituía tal “*arbusto*”, siendo nación pobre, rebelde y, en aquel momento, sujeta a la servidumbre. Sin embargo, era el “arbusto” que Dios escogió para manifestar su gloria por transmitir su revelación, y él mismo garantiza su permanencia, pese a los fuegos que los odios humanos han encendido tantas veces en el curso de la historia para la destrucción del pueblo escogido. Moisés mismo había de lamentar su flaqueza y su falta de preparación, pero tuvo que aprender la lección del “arbusto”, tan humilde y tan inútil, que ardía y no se consumía, confirmándose su comisión pese a sus protestas. Aun nos atrevemos a incluir al mismo Señor dentro de esta perspectiva, puesto que el profeta había de escribir de él: “... *raíz de tierra seca; ... no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, más sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los*

hombres ... escondimos de él el rostro... Sin embargo *“verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho ... y con los fuertes repartirá despojos”* (Is 53:2-3,11,12). Los hombres no veían más que un arbusto en tierra seca, pero el apóstol Juan declaró: *“Y aquel verbo fue hecho carne ... (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”*. Y añade: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo ... le ha dado a conocer”* (Jn 1:14,18). Moisés se acordaría muchas veces de la lección del arbusto que ardía y no se consumía a lo largo de los cuarenta años de su servicio al frente de un pueblo que tantas veces producía más espinos que fruto, sin dejar de ser instrumento para la revelación de la gloria de Dios.

La vocación en tierra santa (Ex 3:4-5). El espíritu investigador de Moisés le llevó a acercarse a la extraña llama, pero la Voz le previno contra la precipitación de una mera curiosidad. La reiteración del nombre del siervo llamado —*“¡Moisés! ¡Moisés!”*— es muy típico de tales momentos, y subraya tanto la urgencia del llamado como su carácter personal, pues Moisés, y no otro, había de ser el instrumento en las manos de Dios para la consecución del gran propósito de liberación. También es típica la respuesta: *“Heme aquí”*, siendo la frase de rigor por la que el criado se ponía a la disposición de su dueño (Gn 22:11) (1 S 3:10) (Hch 9:10) (Gn 37:13). Por su importancia histórica, la vocación de Moisés puede compararse con el llamamiento de Abraham. Éste dio principio a la vida de la nación, con el anuncio del propósito de Dios en orden a los descendientes del patriarca (Gn 12:1-3), mientras que aquella —la vocación de Moisés— había de iniciar el largo proceso por medio del cual una raza de esclavos había de ser constituida en una nación, “eje” de los propósitos de Dios en el mundo.

Aquella tierra desértica no era santa en sí, pues participaba de la materialidad de toda extensión del suelo terrestre. Tampoco hemos de pensar que Dios confería una santidad especial a la región de Horeb, aunque allí había de manifestarse más tarde con el fin de promulgar la ley. Se trata de la santidad de la presencia de Dios, que convierte en “santuario” todo lugar donde se manifiesta. Moisés llevaría ya las sandalias de los pastores de las tierras orientales, y no el elegante calzado de un príncipe de Egipto, pero, según un acto bien comprendido aun en las antiguas tierras bíblicas, había de quitarlas como señal de reverencia al apreciar que se hallaba en la presencia del Altísimo. En días futuros Dios había de conceder a Moisés un trato más “familiar” que a ninguno de sus siervos del Antiguo Testamento (Nm 12:1-8), pero la comunión entre Dios y la criatura ha de empezar por el reconocimiento de la distancia infranqueable que existe entre ambos, aparte de la gracia de Dios quien provee los medios para el encuentro.

El primer anuncio del nombre (Ex 3:6). Volveremos a meditar en el “nombre” por el cual Dios se revela a Moisés, que constituye el tema central de varios versículos, notando aquí que este primer anuncio sirve para enlazar la experiencia de Moisés con lo que ya sabía del llamamiento de Abraham padre de la raza: *“Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob”*. “Tu padre”, en número singular, enfatiza el valor de la promesa original, que fue concedida a Abraham, y a nadie más, extendiéndose luego la bendición a su hijo y nieto, que recibieron manifestaciones personales de parte de Dios que confirmaron la revelación primigenia concedida a Abraham mismo. Pese a la falta de declaraciones específicas y explícitas, hemos visto que Moisés, de necesidad, había sido hecho partícipe de las tradiciones de sus antepasados, por medio de los ancianos de Israel en Egipto, por medio de los recuerdos familiares de su tribu de Leví, y a través del estudio de las crónicas, o “generaciones”, cuya existencia se refleja en la composición del libro del Génesis. Es evidente que Moisés poseía la información necesaria para poder relacionar la teofanía con los comienzos de la historia de su nación. Al comprender la majestad de quien se dignó revelarse por medio tan extraño, Moisés no sólo se descalzó, sino que *“cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios”*. De

nuevo se trata de un acto de profunda reverencia, delatando la actitud interna tan necesaria para la recepción de las revelaciones que Dios quería dar de sí mismo. En varias ocasiones análogas, los siervos de Dios temen la muerte por haber estado en la presencia de Dios (**Is 6:5**).

El anuncio de la intervención de Dios para la liberación de su pueblo (**Ex 3:7-9**). Se repiten aquí términos antropomórficos parecidos a los anteriores de (**Ex 2:24-25**), expresándose el autor como si Dios acabara de “ver” la aflicción de su pueblo en Egipto, “oyendo” su clamor y llegando a conocer sus angustias. Así se da a conocer gráficamente que el Altísimo tenía pleno conocimiento de la situación de Israel, a pesar de que no había dado mensaje alguno a su pueblo escogido a través del prolongado período de opresión. La determinación de intervenir se expresa por el mismo medio: “*Y he descendido para librarlos de la mano de los egipcios y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena...*” (**Ex 3:8**). Detrás de estas formas sencillas y directas, como si se tratara de acciones humanas, hemos de observar algo muy importante: el Dios que se revela a través de las Sagradas Escrituras relaciona sus mensajes con actos concretos, que pueden ser comprobados en la historia de los hombres. Es un caso único en la historia de las religiones, y llega a su culminación en la manifestación de Dios en Cristo, que fue llevado a cabo en su “debido tiempo”, en una época determinada de la historia. Así la verdad de la revelación judeocristiana se salva de las nebulosidades de las leyendas de los sistemas politeístas como también de meras teorías religiosas o filosóficas, puesto que se funda en hechos reales, de verdadero valor histórico. La intervención que Dios anuncia en este contexto — y que halla su culminación en el éxodo— es quizá la más importante de todas las del Antiguo Testamento, relacionándose muy estrechamente con la obra final de la redención.

La tierra prometida (**Ex 3:8-9**). La promesa que Dios renovó, al manifestarse a Moisés, tiene dos vertientes principales. Por una parte el pueblo de Israel ha de ser librado de su aflicción, pese a que el opresor es el faraón del imperio egipcio; por otra parte se vuelve a subrayar la promesa de posesionarse de la tierra de Canaán, ocupada a la sazón por los pueblos que se mencionan en (**Ex 3:8**). Estas listas —a veces se habla de siete naciones— se repiten en distintos lugares, con ligeras variaciones, y corresponden a la realidad histórica de la ocupación de Canaán en aquella época. La tierra era la amada de los patriarcas, cuya posesión se garantiza a Israel por medio de repetidas promesas divinas. Quizá Canaán, comparada con algunos países fértiles y bien desarrollados de tiempos modernos, no nos parece tan buena y tan ancha, ni tan digna de la descripción proverbial de “*tierra que fluye leche y miel*” (versículo 8), pero los esfuerzos recientes de los israelíes que han vuelto a ocupar la patria de sus antepasados muestran que, con trabajos bien dirigidos y la provisión de agua, Canaán puede llegar a ser extraordinariamente fértil. Y acordémonos de que la promesa original —cumplida durante partes de los reinados de David y de Salomón— incluye todas las tierras desde el río de Egipto y el Mediterráneo hasta las aguas medias del río Éufrates, que, por cierto, es “tierra ancha”. De todas formas fue muy evidente la voluntad de Dios de que esta tierra fuese escenario de sus grandes obras redentoras, siendo “centro” de todos los países del mundo desde el punto de vista de desarrollo de los propósitos divinos. Mucho se ha cumplido ya en este sentido —lo primordial de la obra de la redención— de modo que podemos estar seguros también que se cumplirá lo que aún falta de lo prometido.

La comisión de Moisés (**Ex 3:10-12**). Dios revela el propósito de la teofanía, diciendo a Moisés: “*Te enviaré a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel*”. Echa mano sobre su instrumento escogido que había preparado por disciplinas prolongadas, y a veces, penosas. Moisés, y no otro, había de ser el caudillo que se enfrentara con el faraón del día, y que sacara del cautiverio a Israel. Las objeciones que adelanta el siervo no podrán mudar el propósito de Dios.

El que antes había pensado que los ancianos de su pueblo reconocerían su capacidad y vocación como medio de su liberación, contesta ahora, después de cuarenta años en la “escuela” del desierto: “¿Quién soy yo para que vaya a Faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?”. Ya no era aquel hombre, de porte autoritario y un tanto arrogante, que había matado al egipcio. No le faltaba nada en cuanto a salud, pese a sus ochenta años, ni habían de flaquear sus fuerzas físicas y mentales durante otros cuarenta años más, pero ya no se sentía seguro de sí mismo, y se daba perfecta cuenta de que sus conocimientos y crianza no bastaban para cumplir tal misión. Sin embargo, habiendo soltado las armas carnales y apreciando su propia flaqueza, ya se había convertido en el instrumento que Dios podría utilizar. Frente al retraimiento de Moisés, Dios insiste: “Vé, porque yo estaré contigo” y le hace saber que, pasado el tiempo había de guiar el culto del pueblo libertado en aquel mismo monte de Sinaí. No se trataba de los merecimientos del instrumento, sino de la mano de Dios que había de utilizarlo. Esto debiera haber silenciado las objeciones de Moisés, pero las dificultades que presenta dan lugar a renovadas revelaciones de parte de Dios, además de poner de relieve la verdadera modestia —ya exagerada— del arrogante príncipe de antaño.

La revelación del nombre de Jehová (Ex 3:13-22)

“¿Cuál es su nombre?” (Ex 3:13). Moisés piensa que el mero anuncio de que el Dios de Abraham, el Dios de los patriarcas, le había aparecido, no bastaría para convencer a los ancianos de Israel de la realidad de su misión. Supone que le han de preguntar: “¿Cuál es su nombre?”. Recordemos que cada pueblo tenía su dios tutelar, conocido por el nombre especial que correspondía a su relación específica con la nación. No es fácil para nosotros adentrarnos en el pensamiento de Moisés, ni creernos que su alcance se agota por analogías con el mundo pagano. El Dios que se comprometiera a sacar a su pueblo de Egipto había de revelarse de una forma diáfana, no sólo como el Dios de Abraham, sino como “Jehová”, el que inició la vida a la raza por conceder un hijo a dos personas “muertas” desde el punto de vista de la generación humana. ¿Se podría saber más del Dios de Abraham? De todas formas, Dios no reprende a Moisés sino que le responde con toda claridad, dándole a conocer el contenido del nombre único, que había de ser el suyo por todos los siglos (Ex 3:15).

El nombre de Jehová (Ex 3:14-15). Advertimos aquí que seguimos empleando la forma de “Jehová” con el fin de no confundir al lector que siempre la ha visto y utilizado en su estudio bíblico. Conviene explicar, sin embargo, que sólo se conocen las consonantes del nombre sagrado, que son YHWH en hebreo. Los judíos tomaban tan en serio el tercer mandamiento —“No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”—que dejaban de utilizar la forma original aun en la lectura pública de las Escrituras. Cuando las vocales empezaban a escribirse —al principio el hebreo se escribía sólo con las consonantes— empleaban las del otro nombre divino, “Adonai”, para poder pronunciar de alguna forma el YHWH sin el riesgo de traducciones del mundo cristiano. Así se ha generalizado su uso, pero muchos modernos prefieren YAHWEH, que casi seguramente corresponde a la forma original.

“YO SOY EL QUE SOY” o “YO SERÉ EL QUE SERÉ”, es una especie de definición del nombre YAHWEH, explicando su contenido intrínseco, ya que se deriva del verbo hayah (ser). Jehová (Yahweh) es el que existe por derecho propio, que siempre era, es y será. Así dio significado al NOMBRE ya conocido por los patriarcas, y que constituía una promesa viva y eterna de socorro para su pueblo. Las circunstancias podrían cambiar, fuerzas humanas se levantarían, amenazadoras, en contra de Israel, pero YAHWEH

siempre sería el Eterno, sin cambios ni mudanza de su Ser. He aquí una buena contestación a la posible pregunta: “¿Cuál es (el significado de) su nombre?”.

El encuentro con los ancianos de Israel profetizado (**Ex 3:16-18**). Estos versículos reiteran las declaraciones anteriores en vista de las objeciones de Moisés, prometiendo Dios que los ancianos de Israel han de reconocer la misión del siervo del Señor apoyándole en su petición a Faraón. Primeros indicios de las reacciones del faraón (**Ex 3:18-19**). Para Faraón Jehová había de ser “*el Dios de los hebreos*”, y la petición, que pondría a prueba el corazón del monarca, fue la de salirse el pueblo camino de tres días para ofrecer sacrificios al Dios que había vuelto a manifestarse a su pueblo. No debíamos perder tiempo en preguntar si esta primera petición constituía o no un sencillo pretexto, pues nos faltan factores para juzgar tal cuestión. Es probable que el propósito de liberación fue evidente desde el principio, tanto para los israelitas como para los egipcios, pero el intento se expresaba según las fórmulas y el protocolo de aquellos tiempos. Si Dios mismo sugería la forma de la presentación de la petición, ¿quiénes somos nosotros para ponerla en tela de juicio? Moisés aprendió en seguida que no habría de haber reacción fácil de parte de Faraón, pero ya hemos considerado —y volveremos al mismo tema— que una salida fácil no era deseable. Egipto tenía que quedar como tierra devastada por una guerra prolongada si los israelitas habían de constituirse en nación en condiciones de seguridad, en los parajes, no lejanos, de la península de Sinaí. Además, el pueblo mismo necesitaba aprender más y más de Jehová, y tales lecciones sólo podían darse por medio de repetidas obras divinas. “*Yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con todas mis maravillas*”, dice Dios, profetizando el curso de los acontecimientos desde la primera plaga hasta la destrucción del ejército egipcio en el mar Rojo.

“*Despojaréis a Egipto*” (**Ex 3:21-22**). Nos choca esta advertencia y predicción, y más después de la declaración solemne del nombre de Jehová, intercalándose en conversaciones que determinan el envío de Moisés como embajador de Yahweh a Egipto. Pero, de nuevo, hemos de prevenir al lector contra reacciones y comentarios que surgen de otra mentalidad y de otros tiempos. Fue importante que los israelitas, después de tantos años de servicio forzado, no saliesen desnudos de la tierra que había aprovechado sus trabajos, en lugar de permitirles el desarrollo económico normal de un pueblo diligente y capaz. Se predice el momento, después de la muerte de los primogénitos, en que los egipcios darán cualquier cosa para quitar a los israelitas de en medio de su país. Pero éstos habitaban sus buenas casas, que habían de abandonar, juntamente con otras posesiones, y la única forma de “compensación” sería el regalo de oro, joyas, etc., de parte de los egipcios. Delante de Dios no hay cosas pequeñas ni grandes en sí, y es Él quien hizo esta provisión para su pueblo de la única forma posible y como él quería. Comparado con sus altos designios nuestro criterio resulta ser algo muy limitado e ineficaz.

Las señales provistas como credenciales (**Ex 4:1-9**)

La incredulidad de Moisés (**Ex 4:1**). Pese a las explicaciones detalladas que Dios le ha dado, Moisés persiste en presentar objeciones; quizá su experiencia anterior, al ser rechazado como caudillo de su nación, influye ahora en su ánimo, mezclándose quizá algo de resentimiento con su incredulidad. Estaba bien que hubiera perdido la precipitación arrogante de su intento de hacía cuarenta años, pero ya va al otro extremo al no aceptar las claras instrucciones del Señor. Más tarde renovadas experiencias de las obras de Dios habían de reforzar notablemente su fe.

Las señales (**Ex 4:2-9**). Los milagros de la Biblia casi siempre sirven como credenciales para los siervos de Dios cuando emprenden una nueva misión frente a potencias

humanas aparentemente invencibles. Aquí, en primer término, se trata de señales que habían de convencer a los israelitas de la genuinidad de la misión de Moisés. En segundo término, habían de iniciar la manifestación del poder de Dios frente al trono de Egipto. Dios no argumenta con su siervo, sino que le señala un remedio para la posible incredulidad de los jefes del pueblo de Israel. La “vara” sería algo diferente del cayado de un pastor, ya que había de servir como símbolo del poder de Dios tanto en el palacio de Egipto como en la ribera del mar y en el desierto. Las señales no habían de fundarse sobre cosas extrañas y exóticas, sino sobre lo que más a mano hallara el siervo del Señor: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?... Una vara” (versículo 2). Este instrumento tan sencillo, echado en tierra según el mandato del Señor, fue convertido en serpiente, ante la cual Moisés huía. Pero la misma voz proveyó el remedio, que exigió valor y fe: “*Extiende tu mano y tómalala por la cola*”. Parando de correr, y obedeciendo el mandato, Moisés vio cómo la serpiente volvió a convertirse en su conocida y apreciada vara. Quizá Moisés mismo fue el primero que necesitara la señal, con el fin de aprender lo que Dios pudo hacer con medios sencillos, de qué forma la fe, la obediencia y el valor pudieron vencer peligros mortales.

La señal de la mano leprosa (**Ex 4:6-7**). La mano leprosa que se vuelve a sanar al ser metida en su seno parece más misteriosa, pero es posible que los médicos tengan diferentes opiniones sobre los síntomas de lo que se llama “lepra” en el Pentateuco, y algunos piensan que no se trata de la enfermedad que ahora se diagnostica como tal. Pero poco importa para el caso actual. La enfermedad fue muy temida e incurable por los medios sanitarios de entonces. La señal parece indicar que, por la voluntad de Dios, Moisés podría realizar obras de juicio, pero a la vez el poder divino haría posible el remedio. En este caso, como en el primero, todo dependía de la obediencia del siervo. Podemos pensar también que la lepra señalaba simbólicamente que existían graves males morales aun en el seno de Moisés, hallándose la sanidad en la gracia y el poder de Dios al ser aprovechadas por la obediencia del siervo.

La propuesta señal del agua del Nilo convertida en “sangre” llegó a ser, en escala mayor, la primera plaga que cayó sobre Egipto, y no se dice nada de su uso anterior tal como se describe en el versículo 9. La rebelión manifiesta de Faraón apresuró el desarrollo de los juicios divinos. Ya hemos aprendido que el agua del Nilo constituía la “vida” de Egipto, y su conversión en “sangre” indicó que Dios podía cambiar su vida en muerte. “Sangre” no necesita entenderse como el líquido sanguíneo que riega el cuerpo humano, sino que la presencia de microorganismos del color de la sangre convertía las aguas saludables del Nilo en algo dañino para las cosechas. No eran días en que se practicaban “análisis de sangre”, cuya composición química era completamente desconocida entonces y hasta años recientes. El lenguaje es lo que se llama, técnicamente hablando, “fenomenal”, o sea, el escritor describe lo que observa según las apariencias de las cosas y acontecimientos, empleando términos conocidos tanto por el como por sus lectores.

Moisés ha de recibir la ayuda de su hermano Aarón (Ex 4:10-17)

Moisés alega su dificultad para expresarse (**Ex 4:10-12**). Moisés se agarra a otra disculpa alegando que le falta facilidad de expresión, que era don aparentemente necesario si había de actuar como el embajador de Dios y de Israel en la corte de Faraón. Desde luego, extraña ya su obcecación, ya que habla en la presencia del Señor, proclamado como YAHWEH. La gracia de Dios es muy patente en su respuesta a su siervo ya que señala el hecho obvio que el Dios que crea la boca bien puede llenarla con el mensaje

que él mismo entrega a su portavoz, llegando a decir: *“Yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que hayas de hablar”*. ¿Qué más garantía quería Moisés?

La promesa de la ayuda de Aarón (**Ex 4:13-17**). La expresión inicial del versículo 13 muestra un espíritu francamente rebelde, pues, pese a las repetidas declaraciones de Dios en cuanto a la misión de Moisés, éste se atreve a decir, en efecto: “Manda a quien quieras, con tal que no sea yo”. El “enojo” de Jehová es otra expresión antropomórfica que manifiesta el desagrado de Dios frente a todo espíritu de rebelión, bien que, tratándose de un ser inmutable y omnisciente no se ha de entender como una ráfaga de ira que se inflamó en aquel momento. La lección es clara y terminante, bien que, de nuevo, el Señor se digna ayudar a su siervo en su gran flaqueza. Aarón, hermano mayor de Moisés, era elocuente y precisamente se hallaba en camino con el fin de buscar a su hermano. El instrumento escogido por Dios para recibir sus comunicaciones era Moisés y no podía ser otro. Sin embargo, los mensajes recibidos por él podrían ser comunicados a su hermano que actuaría de “portavoz” en ocasiones públicas. Pero Dios no retira su promesa de ayuda personal a Moisés mismo reiterando: *“Yo estaré con tu boca y con la suya y os enseñaré lo que hayáis de hacer”* (versículo 15). De hecho, en el desarrollo de los acontecimientos parece ser que Moisés suele ser el portavoz directo de Dios, bien que muchas veces Aarón le acompaña. La ayuda del hermano había de convertirse en un gravísimo problema cuando consintió en ser instrumento para fabricar el becerro de oro. Con todo, Aarón fue confirmado como sumo sacerdote originario del sistema levítico. La vara, consagrada para la ejecución de las señales, no podía faltar.

El regreso a Egipto (Ex 4:18-31)

Moisés se despide de Jetro (**Ex 4:18**). Un largo intervalo de vida pastoral en la tierra de Madián toca a su fin. Jetro, que tan amablemente había acogido a Moisés recibéndole como yerno, ha de ser avisado. Tras las breves palabras del versículo 18 hemos de entender las explicaciones que fueran del caso, y la comprensión de parte de Jetro de que su yerno había sido llamado para cumplir los altos fines de Dios en orden a Israel (véase Exodo 18).

El resumen de la comisión (**Ex 4:19-23**). Según las hipótesis de los defensores de la “teoría documental” de la redacción del Pentateuco esta porción se debería a la pluma de otro escritor, que había recogido una tradición diferente. De hecho, repeticiones y resúmenes son muy típicos de la literatura oriental de la época, y bien que Jehová habla ya desde otro punto de vista —notando que el peligro anterior había pasado, habiendo muerto los enemigos de Moisés (versículo 19)— se adelanta la historia de una forma natural, y el detalle de llevar la vara corresponde exactamente al mandato del versículo 17, siendo algo que no se explica sin la información de la porción anterior.

Las señales habían de servir no sólo para convencer a los israelitas, sino también como introducción y “credenciales” frente al rey de Egipto de parte del Dios de los hebreos. Desde el principio Jehová predijo que el corazón del rey sería endurecido para no dejar ir al pueblo (versículo 21), para los fines que estudiaremos en su lugar. Volveremos sobre este tema difícil examinando la responsabilidad moral del monarca frente a los propósitos de Dios.

Sale aquí por primera vez el hermoso y cariñoso título que Dios aplica a su pueblo: *“Israel es mi hijo, mi primogénito”* (versículo 22), y Faraón ha de aprender que no podrá despreciar al “primogénito” de Jehová sin arriesgar la vida del suyo, en sentido literal. El título resume el honor y la posición privilegiada del hijo heredero de una familia pudiente. “Israel”, al ser escogido para recibir y transmitir la revelación que Dios quiso dar de sí

mismo en un mundo que iba en su casi totalidad tras las horribles perversiones de la idolatría, se constituía en cabeza en las naciones, con los privilegios y responsabilidades que correspondían a su rango.

El viaje de Moisés y su familia (Ex 4:20 con 24-26). Largas y penosas jornadas tendrían que hacer Moisés, Séfora y los dos hijos al caminar desde Madián a Egipto atravesando la península de Sinaí. Ya que Aarón le salió al encuentro *“en el monte de Dios”*, o sea, Sinaí, es de suponer que la familia siguió la ruta sur, o sea, la que más se acercaba a la costa de la península. El misterioso incidente que se narra en los versículos 24-26 ha de relacionarse con la aparente objeción que tenía Séfora de que sus hijos varones fuesen circuncidados conforme al rito hebreo, *“sello”* del pacto abrahámico (**Gn 17:10-14**). Quizá había otras costumbres y *“tabúes”* en su tribu madianita que motivaron esta repugnancia. La *“posada”* del versículo 14 es *“malan”* en el hebreo, y consistía en un amplio patio protegido rodeado por pequeñas cámaras sin puertas para el uso de los huéspedes. También había provisión para las bestias de carga. Los huéspedes solían hacer sus propios arreglos. En tan humilde pieza Moisés se siente acometido por una grave enfermedad, que se interpreta por la frase antropomórfica *“Jehová le salió al encuentro y quiso matarle”*. Tanto él como su esposa comprendían que se trataba de un aviso frente a un mandamiento sin cumplir, y por fin Séfora hace a la fuerza lo que debiera haber hecho por espíritu de obediencia. No fue posible que Moisés asumiera el caudillaje de Israel sin que aplicase el sello del pacto abrahámico en la carne de sus hijos. Aquí no se menciona más de uno de los dos, pero seguramente ambos habrían de ser circuncidados, o quizá uno ya lo había sido y faltaba su hermano. Es probable que el versículo 25 debiera leerse: *“Y tocó sus pies (de su marido) con el prepucio”*, como evidencia en el cuerpo del enfermo de que se había llegado a la obediencia. La exclamación de Séfora indica que no se hallaba muy identificada con el pueblo de su marido, y ya hemos notado que, en algún momento, volvió a la protección de la casa de su padre hasta después de haberse constituido el pueblo de Israel en el desierto (**Ex 18:1-7**). Las circunstancias domésticas de los siervos de Dios no siempre corresponden a la altura de su vocación, bien que es más fácil que sea así en las condiciones del Nuevo Testamento.

El encuentro con Aarón (**Ex 4:27-28**). No sabemos nada de contactos entre los distintos miembros de la familia de Moisés durante los cuarenta años de su destierro, pero eso no prueba que no los hubiera habido, pues Madián no estaba inaccesible desde la tierra de Gosén. Aarón salió al encuentro de su hermano por mandato específico de Jehová, que indica no sólo que existía el conocimiento del Señor en la familia de Amram sino también que Aarón tenía experiencia de recibir comunicaciones divinas. Después del abrazo, los hermanos tendrían mucho que contarse mutuamente, y, sobre todo, interesaba que Aarón comprendiera bien la visión que Moisés había recibido, y la naturaleza de su comisión, en el cumplimiento del cual Aarón había de participar.

La primera reunión de los hermanos con los ancianos de Israel (**Ex 4:29-31**). Es evidente que la comunidad israelita había elaborado una sencilla organización de gobierno, siguiendo el patrón de los pueblos orientales que, aparte el mando despótico de algún rey o emperador, solían reconocer la autoridad de los hombres de más experiencia, madurez y criterio de las familias, clanes y tribus, como se destaca claramente del estudio del libro de Jacob. Los *“ancianos”* no perdieron del todo su influencia en Israel, aun después de la fundación de la monarquía, y volvieron a aparecer siglos más tarde en el consejo del sanedrín y en la dirección de las sinagogas. Delante de estos graves varones, Moisés y su hermano dieron a conocer las buenas de que Dios había vuelto a intervenir en la historia de su pueblo, acercándose el momento de su liberación de la esclavitud de Egipto. Según sus órdenes hicieron las señales provistas *“delante de los ojos del pueblo”*, que indica una reunión más amplia que la que se celebró con los ancianos. Después el

pueblo había de pasar por varias fluctuaciones de fe y de incredulidad, pero, por el momento, comprendieron que *“Dios les había visitado”*, y *“se inclinaron y adoraron”*. Este acto colectivo de adoración significa que la llama de la fe se había mantenido viva, y abunda más en el pensamiento de que se había producido un avivamiento basado en los recuerdos ancestrales y motivado por la aflicción que impelió al pueblo a *“invocar el nombre del Señor”*.

Temas para recapacitar y meditar

1. Discurra sobre la opresión del pueblo de Israel en Egipto contrastándola con las condiciones favorables que se describen en Génesis 46-50, y notando posibles fases de la misma.
2. Describa el salvamento del pequeño Moisés, haciendo ver cómo se ha de entender la historia sobre el fondo de la vida egipcia de la época, con mención de vocablos, condiciones geográficas de la región, costumbres, etc.
3. Moisés presentó varias objeciones cuando Jehová le llamó con el fin de enviarle a sacar el pueblo de Israel de Egipto. Haga mención de estas objeciones y de la manera en que el Señor las contestó.

Moisés se encuentra con Faraón (Exodo 5:1-7:7)

Introducción

I. El porqué de la serie de plagas

Las plagas anularon el poderío de Egipto. Es obvio a todo lector atento que las plagas no se enviaron sobre los egipcios como venganza de parte del Dios de los hebreos, castigando a quienes habían tratado tan mal a su pueblo a través de siglos, sino con el fin de facilitar su liberación de la opresión haciendo posible el éxodo. Si por una parte Faraón, rey y “dios” de Egipto, disponía de sus ejércitos, de sus carros de guerra y de sus suministros aparentemente inagotables, por otra parte los hebreos, reducidos a la servidumbre, habían de esperar que su Dios —“El Shaddai”, el Omnipotente, que se había revelado a Abraham su padre— interviniera a su favor con poderosos actos que anularan los recursos humanos de sus enemigos. Se trataba de una guerra, pero en este caso las “armas” de los esclavos desvalidos habían de ser unas manifestaciones de la omnipotencia de Yahweh su Dios. Por fin la tierra de Egipto quedaba destrozada y devastada por medio de una serie de “plagas” —“azotes”— que no podían explicarse por meras causas naturales, bien que se relacionaban estrechamente con la naturaleza y las condiciones de vida en Egipto.

El inspirado salmista describe la obra de Dios en los siguientes términos poéticos:

“Envío a su siervo Moisés y a Aarón, al cual escogió. Puso en ellos las palabras de sus señales, y sus prodigios en la tierra de Cam... Les dio granizo por lluvia, y llamas de fuego en su tierra. Destrozó sus viñas y sus higueras... Habló, y vinieron langostas, y pulgón sin número; y comieron toda la hierba de su país... Hirió de muerte a todos los primogénitos en su tierra, las primicias de toda su fuerza. [Entonces] los sacó con plata y oro; y no hubo en sus tribus enfermo. Egipto se alegró de que salieran, porque su terror había caído sobre ellos...” (Sal 105:26-38).

La prolongación de la serie de plagas no obedeció ni a capricho ni a necesidad. Por medio de un importante mensaje que dio Dios a Faraón por boca de Moisés anunció al monarca rebelde: *“Por estas fechas podría haber extendido mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con pestilencia, y habríais sido cortados de la tierra; pero con este propósito te he mantenido con vida con el fin de mostrarte mi poder, para que mi Nombre sea anunciado en toda la tierra” (Ex 9:15-16).* Es decir, Dios habría podido utilizar medios muy expeditivos para anular el poder de Egipto, permitiendo que una pestilencia acabara con la población de una vez y salvando a los hebreos de la plaga. Pero no se trató sólo de liberar a Israel, sino de dar a conocer el nombre del Señor por amplias regiones de lo que nosotros llamamos “el Medio Oriente”.

Israel necesitaba aprender de Dios. Una y otra vez los siervos de Dios, en épocas posteriores, ilustran las obras de Dios por referencias a sus juicios en Egipto y a la gloriosa liberación del Éxodo, reforzando su fe en medio de peligros contemporáneos gracias al recuerdo de la victoria de su Dios sobre el gran imperio egipcio. Ya hemos notado la posibilidad de que los israelitas —desanimados por la lucha diaria de la opresión— se hubiesen olvidado en gran parte de la revelación de sí mismo que Dios había concedido a los patriarcas. No sabemos de qué forma se sostenía un “ministerio” entre las tribus, que mantuviera vivas las tradiciones de la raza, pero suponemos que los “ancianos” sentirían cierta responsabilidad a este respecto. Hemos notado también que el rigor de la opresión —antes del llamamiento de Moisés— les había hecho ver la

necesidad de *“clamar a Dios”*, y que este clamor encerraba en sí algunos elementos de avivamiento.

La piedad de la familia de Amram sería típica de la de muchas buenas familias en Israel, pero, con todo, fue necesario que Dios rompiera el silencio de los siglos y que se manifestara por *“las palabras de sus señales”*, según la expresión del salmista que acabamos de citar.

Repetimos que uno de los rasgos más destacados de la revelación judeocristiana es el de la manifestación de la naturaleza y propósitos de Dios a través de sus obras. La pedagogía moderna sabe bien que en la formación del niño se necesitan métodos gráficos que concreten las ideas abstractas; no sólo eso, sino es preciso que el alumno reciba experiencias propias que le den participación personal en las lecciones enseñadas. La Biblia ha enseñado la verdad desde el principio precisamente por tales métodos. El pedagogo comprende también la eficacia de la sabia repetición de ciertas lecciones, en forma algo variada; según este mismo principio la serie de plagas enfatizaron el poder y la gracia de Dios mucho más que una sola experiencia que terminara pronto, sin la prolongada y renovada experiencia que hemos visto como algo necesario.

Las naciones habían de llegar a conocer a Jehová. Por fijarnos casi exclusivamente en la experiencia de Israel nos olvidamos a veces de que Dios quería manifestarse también, a través de su pueblo, a otras naciones. Hay ciertas referencias que nos hacen ver que las plagas y el éxodo impresionaron vivamente a las naciones circundantes, que estaban acostumbradas a la idea de que en las victorias —o en las derrotas— de un pueblo se involucran el prestigio y el poder de su Dios. Ya hemos notado en **(Ex 9:15-16)** que Dios quiso que su nombre fuese conocido *“en toda la tierra”*. Egipcios había que llegaron a temer a Jehová **(Ex 9:20)**, y Rahab, cuarenta años después, confesó que los habitantes de Cancán sabían que Dios había concedido la tierra a Israel *“porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto”* **(Jos 2:9-11)**. Como veremos, los juicios cayeron sobre los dioses de Egipto **(Ex 12:12)** y los hechos serían muy comentados en todos los países vecinos. Sólo Dios sabe cuántos individuos, como Rahab, se habrán sometido *“al nombre de Jehová”*, invocándolo, gracias a las tremendas lecciones de las plagas y del éxodo, pues siempre ha sido verdad que *“todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo”* **(Ro 10:13)**.

Los juicios sobre los dioses de Egipto. Tendremos ocasión de ampliar el pensamiento del último párrafo cuando lleguemos a la consideración detallada de las plagas, según se van produciendo, pero es necesario recordar desde el principio que Dios tenía el propósito de manifestar la debilidad de aquellas múltiples “divinidades” que mencionamos, siquiera someramente, en la Introducción de este libro. Es al final del proceso cuando Jehová declara tajantemente: *“... ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo, Jehová”* **(Ex 12:12)**, pero esta declaración resume el plan que ya se había desarrollado en parte, y que en parte quedaba por cumplir. La serpiente era señal de realeza, utilizada en las insignias del Faraón, y las de los magos fueron tragadas por la de Moisés. El Nilo era el dios que daba vida al país y llegó a ser veneno. Las ranas se empleaban para representar a la diosa Hator, pero, por fin, llenaron de asco a los adoradores de la diosa. La pobreza del confuso panteón de los egipcios quedó muy al descubierto al final de la serie de juicios.

El fondo egipcio de las plagas. Se ha hecho ver muchas veces que Dios utilizaba los medios propios del país hablando a los egipcios en “lenguaje” que podían entender. Quizá todas las plagas eran conocidas en escala menor o mayor, pero precisamente esta progresión de acontecimientos, relacionados con las condiciones geográficas, climatológicas y agrícolas de Egipto, llegando al tremendo clímax de la muerte de los

primogénitos, constituyó una manifestación del poder del Dios de los hebreos mucho más eficaz que una intervención súbita, basada sobre medios sin precedentes en la vida del pueblo egipcio.

El elemento milagroso de las plagas. El hecho de que Dios utilizara fenómenos naturales para ejecutar sus juicios no mengua en lo más mínimo su carácter milagroso, puesto que se trata de una serie de acontecimientos sin explicación por las leyes causales normales. En ciertas ocasiones el río podría volverse rojo, o las ranas podrían multiplicarse, o podrían producirse enfermedades en el ganado o en los hombres, o se podrían producir “*tinieblas*” por el temido “*khamsin*” (nube de polvo); pero esta serie de plagas se ordena por la palabra de Dios, claramente anunciada por boca de Moisés y Aarón antes de los acontecimientos. Veremos que existe una relación entre una plaga y otra, pero los mismos enemigos llegaron a confesar que la intensidad de los juicios, su orden y su progresión hacia un fin determinado, fueron obra del “*dedo de Dios*”. Al final nadie dudaba de que el Dios de los hebreos había hablado y que había obrado, consiguiendo el fin propuesto: la liberación de su pueblo y la declaración de su propio nombre.

La providencia de Dios. La Biblia enseña que Dios sigue obrando a pesar del mal que anda por el mundo, y aun antes de que establezca en la tierra su trono de justicia de una forma visible. Él todo lo prevé y provee, de modo que, sin ser responsable del mal que los hombres cometen al ser llevados por “*el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*” (Ef 2:2), interviene muchas veces para hacer que los resultados del pecado adelanten sus propósitos en el mundo. El tema ofrece sus dificultades y problemas, pero éstos surgen de la naturaleza caída de la raza, después de ganar el diablo su victoria sobre el hombre inocente en el Edén. El enemigo de Dios logró “meter la carne” en el hombre, y crear el “mundo” —en su sentido peyorativo— como sistema regido por sus normas del egoísmo, la envidia, la malicia, las luchas, la violencia y la crueldad, que operan en las esferas de la acción del hombre originalmente creado a imagen y semejanza de Dios. Pero Dios “no ha abdicado”, y bien que las consecuencias del empuje de las fuerzas del bien y del mal en el mundo nos resultan a menudo desconcertantes, la Palabra y la experiencia nos enseñan que los males podrán ser aprovechados por la mano de Dios para el cumplimiento de sus propósitos, sean de juicio o de gracia. El estudio de esta sección del libro de Éxodo nos ofrece sobresalientes ejemplos de la obra providencial de Dios. Las plagas en sí eran tragedias, que afectaban adversamente la vida natural de muchos miles de personas, y, como fenómenos relacionados con la naturaleza reflejan el desbarajuste que existe en el mundo a causa del pecado. Con todo, Dios se vale de estos instrumentos para hacer avanzar sus propósitos, que no sólo sirven para el juicio de los rebeldes, sino también para el desarrollo del plan de la redención.

La soberanía de Dios. Hallaremos en estos capítulos muchas referencias al “corazón” de Faraón, y muchos lectores, notando el comentario de Pablo en (Ro 9:17-18) sacan la conclusión de que Dios endureció el corazón del monarca de una manera arbitraria para mostrar en él su poder, según un decreto suyo, contra el cual Dios mantuvo a Faraón en el poder, a través de todo el proceso de juicio, con el fin de que sus grandes obras sirviesen de lección tanto dentro como fuera de Israel y Egipto. No podemos tratar del difícil tema de la soberanía de Dios en un párrafo, pero rogamos al lector que se acuerde siempre del hecho obvio de que la omnipotencia de Dios siempre opera dentro del marco de sus propios atributos. En otras palabras, Dios ha de ser fiel a sí mismo. Con este postulado delante descartamos en seguida toda idea de que Dios hiciera alguna injusticia en el caso de este monarca.

El “*corazón*” de Faraón es el centro de sus deseos, sus afectos, sus odios y sus decisiones, y, desde el primer contacto de Moisés con el monarca se destaca su orgullo y

terquedad. No conocía a Jehová ni quería conocerle, adoptando en seguida una actitud orgullosa de resistencia que persistió hasta el fin. Es cierto, sin embargo, que los juicios de Dios sobre los rebeldes a veces consisten en aumentar —o permitir que se aumente— precisamente el mal original, “entregándoles” judicialmente a lo que ellos mismos han escogido, de modo que sus deseos y sus obras lleguen a ser instrumentos para su propio juicio (**Ro 1:24,26,28**). Dentro de este principio de operación, necesario a todo concepto adecuado de la soberanía de Dios, el texto sagrado no sólo dice que “*Faraón se endureció*”, sino también que “*Dios endureció el corazón de Faraón*” por las razones que ya hemos visto. Pero las Escrituras no permiten que creamos que Dios fuerza la voluntad del hombre de tal forma que sea condenado, cuando, de otra forma, en condiciones de libertad, habría podido ser salvo. Ya hemos citado el gran principio, de aplicación universal, que “*todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo*”, y si este monarca hubiese preguntado por Yahweh, o hubiese deseado recibir las lecciones que surgían de sus obras, habría sido salvo. Según la fisonomía que se perfila en los capítulos que estudiamos los rasgos destacados de este faraón vinieron a ser la soberbia y la terquedad, de modo que es inútil gastar simpatías en este rebelde y una locura poner en tela de juicio los caminos de Dios.

El primer contacto con Faraón y sus resultado (Ex 5:1-6:12)

I. La primera entrevista (Ex 5:1-5)

La entrada en el palacio (**Ex 5:1**). Los monarcas de Egipto solían admitir a sus súbditos a audiencias públicas, dispuestos a escuchar sus peticiones o reclamaciones, de modo que no es increíble que Moisés y Aarón pudieran hallarse en la presencia de Faraón. Además, la situación de Moisés en la corte antes de asociarse con el pueblo de Israel había sido tan sobresaliente que aun después de cuarenta años quedarían amigos que ocupaban altos cargos —los compañeros de su juventud— capaces de facilitar la audiencia.

Embajadores de Jehová (**Ex 5:1-3**). Moisés y Aarón hablan en nombre de su pueblo, ya que los ancianos de los hebreos han autorizado su intervención reconociendo como verídica la comisión que Moisés había recibido en el Sinaí. Pero, sobre todo, hablan en nombre de Jehová, Dios de Israel. Este tipo de embajada no extrañaría a Faraón, ya que se reconocía generalmente la íntima asociación que existía entre cualquier pueblo y su dios (o dioses). Pero en su estimación Jehová, el Dios de Israel, sería divinidad de poca categoría, ya que había permitido que su pueblo fuese reducido a la esclavitud durante siglos. Tampoco le extrañaría la noticia de que Jehová había dado una revelación a Moisés y Aarón (un “encuentro”) con el mandato de ofrecerle sacrificios según el ritual tradicional de sus antepasados, con peligro de castigos si no se cumplía su mandato. Los faraones mismos pretendían recibir tales revelaciones de sus dioses cuando así convenía a su política y proyectos. El mensaje fue dado con toda claridad, y con tono de autoridad (“*Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto*”), pero Faraón rehúsa dar el debido reconocimiento a este Dios de esclavos: “*¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz...? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel*”. “*Yo no conozco a Jehová*” podría indicar ignorancia de la deidad de los hebreos, bajo tal nombre, pero lo que Faraón dice es lo siguiente: “No reconozco a Jehová como una divinidad que me pueda dar órdenes a mí, que soy rey y dios de Egipto”. Se trata, desde el principio, de mantener su autoridad en contra de la de aquel Jehová de los hebreos, de modo que, ya aquí, se entabla la lucha entre dos fuerzas: la de Faraón, jefe de las fuerzas imperiales de Egipto, y la de Jehová, revelado como el Dios de Israel, quien había determinado la liberación de su pueblo.

El lugar de la fiesta (**Ex 5:3**). La historia de José ilustra los tabúes que existían entre los egipcios en cuanto a animales, hasta el punto que, para los egipcios, habría sido “*abominación*” (algo que violaba el tabú) comer con hebreos, siendo estos pastores y ganaderos (**Gn 43:32**) (**Gn 46:34**). Los motivos serían complejos, y hemos de evitar la tendencia a sacar conclusiones ligeras del uso de la palabra “*abominación*”, ya que, como vimos en la Introducción, los egipcios eran capaces de convertir bestias en dioses en ciertos casos. De todas formas, nadie había de negarle el peligro de celebrarse en la tierra una fiesta que implicaba el sacrificio de bueyes, ovejas, etc., ya que podría producir protestas y alborotos. Tres días de viaje en el desierto significarían una distancia prudente que permitiría a los israelitas obrar con toda libertad al inmolar sus sacrificios, sin violar los tabúes tradicionales de Egipto. Tales peticiones de parte de pueblos sujetos, o de individuos o de grupos de extranjeros residentes en el país, no eran desconocidas, y los egipcios solían ser respetuosos frente a ellas, concediendo el tiempo necesario para el cumplimiento de los deberes religiosos de cada cual. Faraón, en su orgullo, obraba en contra de las costumbres establecidas.

Una reacción adversa (**Ex 5:4-5**). Determinado ya que no había de prestar atención a Jehová, Dios de los hebreos, Faraón rehusó el tratamiento de “embajadores” a Moisés y Aarón, y sus palabras “*volved a vuestras tareas*” parecen incluir a sus visitantes con los demás israelitas como personas que estaban aprovechando una pretendida intervención de su dios para dejar de cumplir sus tareas. La frase “*he aquí el pueblo de la tierra es ahora mucho*”, delata el miedo que sentía —y que habían sentido sus predecesores— frente a esta masa de gente. Si no se hallaban bajo el control inmediato de los capataces egipcios, podrían sentirse animados a desmanes, o a sublevaciones, que pondrían en peligro el buen orden, y aun la seguridad del estado.

2. La severidad de la opresión aumenta (**Ex 5:6-21**)

El uso de paja en la fabricación de ladrillos. Hemos notado anteriormente que no había cesado toda la vida tribal y familiar entre los israelitas, quienes seguían en posesión de sus casas, campos y ganado en la tierra de Gosén. La servidumbre consistía en que los varones habían de entregar cantidades determinadas de ladrillos para la construcción de ciudades como Pitón y Ramesés, suponiéndose también que determinadas cuadrillas habrían de trabajar como albañiles o peones (hay mención además de trabajos en los campos) según una organización bien desarrollada. Los “*cuadrilleros*” que se mencionan en (**Ex 5:6**), etc., son los capataces egipcios responsables ante el gobierno. Ellos nombraban capataces hebreos y éstos serían responsables ante ellos para el debido cumplimiento de las tareas. Los análisis hechos de ladrillos hallados en Mesopotamia y Egipto por arqueólogos modernos confirman el uso de paja en su construcción, no tanto para dar mayor cohesión al barro al apretarse en los moldes de madera, sino por los efectos químicos posteriores producidos al deshacerse la paja por la acción del tiempo, que prestaba mayor plasticidad y resistencia al barro. Se trata de ladrillos secados al sol, pues el proceso de cocer ladrillo en hornos no se generalizó hasta siglos más tarde.

El edicto cruel del faraón (**Ex 5:6-9**). El decreto que privó a los servidores hebreos de sus suministros de paja, forzándoles a buscarla en el rastrojo del campo, fue una medida tiránica y cruel, pues Faraón insistió en que los hebreos habían de entregar la misma tasa que antes. Los capataces hebreos tendrían que movilizar a todos, mujeres y niños además de varones, con el fin de mandarles a los campos en busca de la paja corta y mala del rastrojo, y aun así no fue posible cumplir las cuotas ordenadas.

Los lamentos de los israelitas (**Ex 5:10-21**). Los capataces hebreos fueron azotados por no poder entregar las tasas requeridas, llegando a presentar una petición especial a Faraón, algo completamente inútil tratándose de este soberbio monarca que nada sabía

de compasión, ni siquiera de psicología práctica. Los pobres capataces, al salir cabizbajos y desesperados de la presencia del rey, se encontraron con Moisés y Aarón, y no es de extrañar que, en tal momento de amargura, les hicieran a ellos responsables del aumento cruel de la opresión (**Ex 5:20-21**). Éstos habían dado promesas de liberación al pueblo, y después, lejos de hallarse libres, los capataces se veían mucho más oprimidos que antes: “... nos habéis hecho abominables delante de Faraón y de sus siervos, poniéndoles la espada en la mano para que nos maten” (**Ex 5:21**). Estas palabras han de ser entendidas en sentido figurado, significando que la gestión de Moisés y Aarón en el palacio sólo había servido de disculpa a los gobernantes para apretar al pueblo hasta la muerte.

3. La renovación de la comisión (**Ex 5:22-6:12**)

La angustia de Moisés (**Ex 5:22-23**). Moisés había sido avisado desde el principio de que su misión no había de ser llevada a cabo con prontitud, consiguiendo él un éxito fácil, porque el corazón de Faraón había de ser endurecido. Con todo, se comprende bien su angustia frente a los amargos reproches de su propio pueblo, quienes sufrían en sus cuerpos los efectos adversos del aparente fracaso de la primera gestión. “Se volvió a Jehová”, dice el texto acerca de Moisés. No sabemos cómo se mantenía la comunión entre el Señor y su siervo, pero, pese a su falta de comprensión y de fe en aquel momento de crisis, Moisés hizo bien en llevar su problema a la presencia del Señor. Las palabras de Moisés parecen un eco de la conversación delante del arbusto encendido: “¿Para qué me enviaste? Porque desde que yo vine a Faraón para hablarle en tu nombre, ha afligido a este pueblo; y tú no has librado a tu pueblo”.

Jehová renueva sus promesas (**Ex 6:1-5**). Cuando el Señor declara “Yo soy Jehová” (versículo 2), es como si firmara y sellara de nuevo el pacto, dándole toda la autoridad de su ser divino, revelado como Yahweh, el Eterno, que era, que es y que será. Por fin los mismos egipcios habían de echar a sus esclavos, después de haber experimentado los juicios de Dios. Moisés tuvo que tener paciencia, ya que convenía a los propósitos de Dios la prolongación del período de prueba, como ya consideramos anteriormente. La renovación de las promesas cobra inusitada solemnidad en los versículos siguientes.

El conocimiento del nombre de Jehová (**Ex 6:2-5**). Se reafirma el estrecho enlace entre la intervención de Dios en Egipto y su promesa, confirmada por el pacto otorgado a Abraham, ya que es preciso ver todas estas obras de Dios como partes integrantes de un plan total que alcanzaría no sólo a Israel, sino a todas las familias de la tierra: “Yo soy Jehová, y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente” (El Shaddai). Las palabras que siguen a esta declaración ofrecen cierta dificultad y han sido muy usadas por los defensores de la “teoría documental” de la construcción literaria del Pentateuco. Según la versión RV-60, el Señor dijo: “más en (o por) mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos”, lo cual parece contradecir las muchas referencias al nombre de Jehová en las comunicaciones de Dios con los patriarcas. La explicación de los eruditos “documentales” es que los pasajes del Génesis, que emplean el nombre de Jehová, son del redactor “J” que así describía a Dios, mientras que otros fragmentos literarios, de otros redactores, llevarían el nombre divino de Elohim, El Shaddai, etc., recopilándose todos ellos muchos siglos después de los supuestos acontecimientos. Hemos considerado buenas razones para mantener la unidad esencial del Pentateuco, y los pasajes del Génesis que emplean “Jehová” se ajustan perfectamente al desarrollo histórico del libro. Algunos escriturarios conservadores creen que hemos de leer el versículo 3 como en la versión Moderna: “Mas en la manifestación de mi nombre de Jehová no me di a conocer a ellos”. Es decir, se conocía el nombre, pero no su significado. En vista de la explicación y definición de YAHWEH que Dios dio a Moisés ante el arbusto que ardía, esta explicación es bastante razonable bien que, al traducir, la versión Moderna ha tenido que añadir en cursiva las palabras “la manifestación de” que

no se hallan en el hebreo, aunque sería posible sobreentenderlas. Además, Abraham llegó a conocer mucho del contenido del nombre de YAHWEH.

Cabe, sin embargo, otra explicación más clara que depende de la debida traducción del versículo 3, visto en su relación con el versículo 4, pues las palabras pueden entenderse como pregunta retórica muy al tono con el carácter del pasaje, y en este caso hemos de leer (con referencia a los patriarcas): *“Porque, ¿no di yo a conocer mi nombre de Yahweh a ellos? Y además establecí mi pacto con ellos, para darles la tierra de Canaán...”* Jehová refuerza la fe de Moisés por una clara referencia a hechos pasados que relacionaban su problema momentáneo con la promesa, el pacto y la revelación que Dios había concedido a los patriarcas. YAHWEH se había revelado a ellos, concediéndoles tales garantías que no podría haber fallo en la realización, cuyo momento ya había llegado. En el lenguaje antropomórfico que ya hemos notado, Dios había oído el gemido de su pueblo Israel, y se había acordado de aquel “pacto”, tan solemnemente establecido con Abraham (versículo 5).

El mensaje consolador para Israel (**Ex 6:6-8**). Jehová, en su renovado mensaje a los israelitas, acumula promesa sobre promesa con el fin de ayudarles a aguantar la hora de dura prueba. Por primera vez emplea la conocida figura *“con brazo extendido”* (versículo 6), y es interesante recordar que había un jeroglífico egipcio, dibujo de un *“brazo extendido”* estilizado, que significaba *“acción eficaz”*. Tal *“brazo”* había de ejecutar severos juicios sobre los egipcios en el proceso largo de cumplir todo lo que había sido prometido a los patriarcas. Es digno de notar la larga serie de verbos en tiempo futuro, que señalan la determinación de Dios a realizar todas las facetas de su plan: *“Os sacaré ... os libraré ... os redimiré ... os tomaré por mi pueblo ... os meteré en la tierra ... os la daré por heredad”*. Y, a la vez, iría dándose a conocer a su pueblo: *“... vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios”* (versículo 7). No solamente recuerda Dios su pacto inquebrantable, sino el juramento por el cual comprometió todo su Ser a llevar a cabo lo prometido y lo pactado (**Gn 22:15-18**). La *“mano”* de Jehová había sido alzada en solemne juramento como garantía perpetua, y el *“brazo”* se había extendido para juzgar a los enemigos de Israel llevando a cabo todos los aspectos de la promesa, que se vuelve a subrayar y a enfatizar de la forma más solemne.

El desánimo de los israelitas (**Ex 6:9**). La renovación de la promesa habría podido consolar a los israelitas, que gemían bajo sus cargas ya aumentadas, pero Moisés halló una dificultad en aplicar el bálsamo divino puesto que el pueblo rehusó escucharle. Por el momento el espíritu de fe y de adoración, que se había despertado en ellos al oír las buenas nuevas de la intervención de Jehová a su favor (**Ex 4:30-31**), se había extinguido, y eso por dos causas: *“congoja de espíritu”* y *“la dura servidumbre”*. La dura servidumbre les dejaría muy poco tiempo libre para reunirse siquiera con el fin de escuchar mensajes proféticos, y el desánimo producido por los sufrimientos les llevaría a pensar, momentáneamente, que Moisés era o un visionario o un embustero. La Palabra de Dios fue buenísima, pero una palabra sin escuchar no produce efecto espiritual.

La renovación del mandato de acudir a Faraón (**Ex 6:10-12**). La depresión del pueblo y la aparente falta de éxito de la primera embajada frente a Faraón no cambia para nada los propósitos de Dios. Durante la primera entrevista hubo declaración de guerra, pero aún no se ha abierto el fuego. Moisés recibe el mandamiento: *“Entra y habla a Faraón rey de Egipto, que deje ir de su tierra a los hijos de Israel”*. Los términos del mensaje son más tajantes aún que los del anterior, faltando toda referencia aquí a *“fiestas”* y a *“sacrificios”*. Los hijos de Israel han de salir de una vez de la tierra de un rey extranjero y despótico. Moisés vuelve a sus dudas y a su cortedad; sin embargo, no conviene juzgarle severamente a causa de las primeras reacciones —doloridas y penosas— después de haber sido rechazado por el pueblo. Si éstos no querían escucharle, ¿cómo podía esperar

que le prestara atención el rey enemigo? Vuelve a su alegato de antes: “Soy torpe de labios”, como si dijera otra vez al Señor: “Si quieres emplear embajadores, que sean hombres capaces de hacerse escuchar”. Literalmente la frase es “*incircunciso de labios*”, quizá con referencia al momento de la circuncisión, a los ocho días de nacer el niño. Dice en efecto: “Yo soy como una criatura de días y no sirvo para el cumplimiento de estas misiones”. En este punto de la narración se inserta un paréntesis que hemos de estudiar, pero, al recogerse el hilo de la historia en **(Ex 7:8)** Jehová no toma en cuenta para nada ni el desánimo del pueblo ni las “razones” de Moisés, sino que indica cómo se ha de ordenar la segunda entrevista con el rey.

Un paréntesis genealógico (Ex 6:13-7:7)

I. La importancia de las genealogías

Extraña a muchos lectores del Antiguo Testamento que se conceda tanto espacio a las genealogías en el texto, y, desde luego, había judíos y cristianos del primer siglo d.C. que alegorizaban estas listas de nombres, empleando más su imaginación que su buen sentido. Pablo avisó a Timoteo **(1 Ti 1:4) (Tit 3:9)** que no perdiera el tiempo en tales lucubraciones. Ahora bien, las genealogías del Señor que hallamos en **(Mt 1:1-17)** y **(Lc 3:23-38)** recogen el “hilo” de las del Antiguo Testamento, evidenciando la importancia del tema que se considera como elemento esencial del desarrollo del plan de la redención. Desde cierto punto de vista las genealogías constituyen “la espina dorsal” de las Escrituras, ya que la redención final ha de llevarse a cabo por el Mesías-simiente, quien recoge en su persona la herencia de Adán, como hombre, la de Abraham a causa de la promesa y la de David para establecer el reino. Las genealogías destacan también la línea de Leví, ya que Cristo había de recoger no sólo el reino sino también el sacerdocio. Una vez formado el pueblo escogido, instrumento para llevar a cabo la obra de redención y de revelación, se da importancia especial a la línea real de Judá y a la línea sacerdotal de Leví.

Moisés y Aarón se sitúan dentro del marco genealógico **(Ex 6:14-25)**. Evidentemente la narración se interrumpe en este punto por la inserción de la sección que estudiamos ahora, como si Moisés, o un ayudante suyo, o algún redactor de fechas posteriores, se diera cuenta de que los protagonistas de esta “acción bélica” frente a Faraón y Egipto no habían sido introducidos en relación con la familia de Israel. Antes de empezar la “guerra” —ya anunciada— le pareció preciso al escritor subsanar la omisión. Parece ser que su primera intención fue la de detallar los nombres de todos “*los jefes de las familias de sus padres*”, según la estructura de las tribus y clanes de Israel, con el fin de que se viera la relación de Moisés y Aarón con todas las figuras máximas de la raza hasta entonces (versículo 14). Pero, de hecho, el redactor no menciona más que a Rubén (el primogénito) y sus hijos, cabezas de familias, pasando a Simeón, segundo nombre en la lista de Génesis capítulo 46, que quizá tenía delante, para llegar rápidamente a Leví, según el orden normal. Ahora bien, Moisés y Aarón eran levitas, entendido el término en su aspecto tribal hasta entonces, y habiendo situado en su genealogía a los protagonistas de la acción en Egipto, el redactor pasa a mencionar a los hijos y nietos de Aarón **(Ex 6:23-25)**, sin notar los jefes de las demás tribus y sus familias, según la intención original. Si se tratara de un redactor posterior, es legítimo pensar que él también fuese levita —quizá sacerdote, descendiente de Aarón— quien, una vez establecida la relación de Moisés y Aarón con las tres primeras tribus de la lista se interesaba más en ver cómo la obra sacerdotal, que Dios instituyó, había de prosperar en las manos de los hijos de Aarón.

Moisés y Aarón eran coatitas **(Ex 6:16-20)**. Pese a su intención de aclarar las relaciones de Moisés y Aarón, el redactor nos deja con algunos problemas, seguramente por nuestra

falta de conocimientos en cuanto a la estructura de aquellas genealogías. Tengamos en cuenta que los hijos de Leví eran Gersón, Coat y Merari, y hay una nota sobre la gran edad que tenía Leví al morir (versículo 16), quizá con intención de honrarle. No se mencionan más que dos hijos de Gersón, y aquella familia se deja por ahora hasta que sus familias y obra vuelvan a mencionarse en Números.

Sigue el detalle sobre Coat, cuyos cuatro hijos incluyen a un Amram (versículo 18). Ahora bien, este Amram no pudo ser el padre de Moisés por generación directa, ya que median generaciones entre los dos. Hemos de suponer, pues, que este conocido "*nombre de familia*" se diera en su día también al padre de Moisés y Aarón (versículo 20). Los hijos de Merari se mencionan en el versículo 19, y después el redactor vuelve a la familia de Coat, a la cual pertenecen Moisés y Aarón. El versículo 20 habla del casamiento del Amram posterior con Jocabet su tía (hebreo, "*la hermana de su padre*"; aún no se había proscrito el matrimonio dentro de este grado de parentesco (**Lv 18:12-13**), notándose el nacimiento de Aarón y Moisés, siendo Aarón mayor por tres años. María no se menciona, pues se trata de una relación de jefes de familia.

La presentación de Moisés y de Aarón (**Ex 6:20-22**). Ya hemos notado que el redactor deja su propósito inicial en este punto con el fin de trazar la descendencia de Aarón (mencionando personas que habían de destacarse más tarde en la familia sacerdotal), y luego hace constar enfáticamente: "*Este es aquel ... Moisés a los cuales Jehová dijo: Sacad a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por sus ejércitos*". El versículo 27 reitera: "*Moisés y Aarón fueron éstos*". Es posible que este paréntesis fuese escrito e insertado después de la sublevación de los hijos de Datán y Abiram (de la tribu de Rubén), con los hijos de Coré (de esta misma familia de Coat) en contra de la autoridad de Moisés y Aarón, según el relato de Números capítulos 16 y 17, rebelión notable por la atrevida arrogancia de los sublevados. En tal caso sería una de las medidas que se tomaron para dejar claro que Dios había escogido a estos líderes, y no a otros, como caudillo y sumo sacerdote respectivamente, análoga a la vara de Aarón que floreció; así se explicaría la mención de Rubén, cuyos hijos podían haber vuelto a reclamar derechos de primogenitura, omitiéndose en cambio las demás tribus (excepto Simeón y Levi), pese a que el liderazgo futuro pasaría a Judá- y a Efraín. También los coatitas habían podido pensar que eran "tan buenos" como sus hermanos de familia Moisés y Aarón.

2. El resumen antes del avance (**Ex 6:28-7:7**).

La situación antes de la primera señal (**Ex 6:28-30**). Estos versículos nos trasladan otra vez a la situación producida por el orgulloso rechazamiento de la petición de los embajadores israelitas de parte de Faraón, con el desánimo del pueblo, más duramente castigado que nunca, y la poca fe de Moisés. Se ha terminado ya la relación genealógica, pero antes de resumir la narración es necesario que el lector recuerde las circunstancias de este momento, punto más bajo de las fortunas de los israelitas en Egipto.

Un resumen de la comisión (**Ex 7:1-7**). No se añade aquí nada esencial a lo que ya hemos aprendido de los términos de la comisión dada por Dios a Moisés y a Aarón. Constituye una especie de "trampolín", al finalizar el paréntesis, que facilita el renovado "salto" a la narración, recogida luego en el momento de verse claramente la naturaleza de la confrontación entre Jehová y el rey de Egipto. El versículo 1 nos da la respuesta de Dios a los temores de Moisés: "*Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta*". Faraón se consideraba "*dios*" y portavoz de dioses. Bien, frente a él Dios daría tales manifestaciones de poder a su siervo Moisés, que sería considerado como "*dios*" por los egipcios. Constituido "*dios*" frente a Faraón no podría alegar falta de poder, al pensar en su carencia de dones retóricos y, además Dios le proveyó de "*profeta*", o sea, de portavoz. De paso, el verso ilustra muy bien el concepto bíblico de

“profeta”, viendo que no se trata tanto de aquel que predice acontecimientos futuros sino de quien habla autorizadamente en el nombre de Dios. Los embajadores habían de ser fieles en la proclamación de *“todas las cosas”* que Dios les mandara en el curso de la multiplicación de las señales y juicios (versículo 2). Se reitera el concepto de revelación, pues *“sabrán los egipcios que yo soy Jehová”*, y no puede estar en duda el fin del conflicto: *“cuando yo saque a los hijos de Israel de en medio de ellos”* (versículo 5).

La edad de los protagonistas (**Ex 7:7**). En este momento crucial de iniciar la lucha contra Faraón y Egipto en el nombre de Dios, Moisés tenía ochenta años, y su hermano mayor ochenta y tres. Aun para aquellos tiempos ya habían dejado de ser jóvenes, y, durante 40 años más les tocaría llevar cargas de responsabilidad que habrían puesto a prueba las energías de hombres robustos en la plenitud de sus fuerzas. Es otra ilustración del método divino, que escoge lo flaco de los hombres para confundir lo fuerte. En este caso él mantuvo las fuerzas físicas, mentales y espirituales de sus destacados siervos hasta el fin, lo que se subraya especialmente en el caso de Moisés (**Dt 34:7**).

Las plagas de Egipto (Exodo 7:8-11:3)

La señal de las serpientes (Ex 7:8-13)

Faraón y la señal (**Ex 7:8-9**). Al parecer, hemos de pensar que algo había ocurrido en el palacio de Egipto desde que el monarca había despedido a Moisés y Aarón de forma despectiva, mandándoles que volviesen a sus trabajos de esclavos, dejando la pretensión de asumir el papel de embajadores de una divinidad. Faraón había de recibir a los siervos de Dios de nuevo, y se anticipó la posibilidad que él mismo pidiera “señal”, como credencial de la autoridad de los embajadores. Ya encontramos la posibilidad de que Moisés aun encontrara a antiguos compañeros entre los altos oficiales de Egipto, y es posible que, por medio de ellos, se había gestionado otra entrevista. En efecto, parece ser que Faraón admitió a Moisés y Aarón de nuevo, pidiendo la señal, algo muy normal para la mentalidad de aquellos tiempos. La señal estaba a mano (la de la “serpiente”) que Dios había entregado a Moisés en el desierto.

El simbolismo de la serpiente en Egipto. La señal adquiere mayor significado si recordamos que el faraón llevaba sobre su frente un precioso modelo en oro de la serpiente-urea (alusión a la cobra como emblema de la diosa Udjo adorada en el bajo Egipto) símbolo de la fuerza que le daba victoria sobre los enemigos. Este concepto egipcio se distingue netamente del hebreo que, desde el principio, consideraba la serpiente como símbolo del mal, encamado en Satanás, quien por fin sería derrotado por el poder divino. Una vara, convertida en serpiente, ya “dejaba en mal lugar” a la autoridad del monarca, expresada por tal símbolo, y cuando las serpientes de los magos fueron tragadas por la de Aarón, desapareciendo del todo, quedó la vara profética como señal de un poder mayor que el de Egipto.

La señal se lleva a cabo (**Ex 7:10-12**). No hemos de buscar “ilusiones ópticas” ni “causas naturales” aquí. Dios hizo la señal a través de Aarón al echar éste la vara en tierra. Los “sabios y hechiceros” lograron una cosa análoga (véase el párrafo siguiente), pero su breve triunfo se trocó en humillación al ver cómo la serpiente de Aarón tragaba las suyas, convirtiéndose luego en vara. La vara, ya símbolo de la misión que los hermanos habían de cumplir, adquirió además el significado de un poder superior a la que se representaba por “la serpiente” de Egipto.

La obra de los sabios y hechiceros (**Ex 7:12**). Al principio Faraón quiso utilizar como aliado la magia de Egipto, al enfrentarse con el misterioso poder del Dios de los hebreos, y por ello surgen interrogantes sobre la naturaleza de este poder: ¿Se trata de las maniobras de unos hábiles malabaristas o prestidigitadores que habían aprendido el secreto de crear ilusiones ópticas? ¿O eran científicos antes del tiempo, iniciados en algunas de las maravillas que hoy en día se producen por sabias combinaciones de las fuerzas naturales del universo? ¿O se trata de la utilización de poderes satánicos? ¿O hemos de pensar en una mezcla de todos estos elementos? Lo cierto es que los egipcios, gente de mentalidad práctica y pragmática, trataban la ciencia de sus “sabios y hechiceros” con absoluta seriedad, y había “escuelas” para la formación de estos hombres, que llegaban a ser consejeros de reyes. Más importante aún, la Biblia misma toma en serio las pretensiones de la magia, y prohíbe a los fieles intentar aprovecharse de fuerzas que salen de los cauces naturales de la creación sin corresponder al poder sobrenatural de Dios. Quizá debiéramos notar aquí que los términos que la versión RV-60 traduce por “sabios” y “hechiceros” son distintos. El primero señala a los sabios que produjeron la literatura de la sabiduría (la “sapiencial”) que mencionamos en la

Introducción, que no se mezclaban necesariamente con “artes mágicas”, bien que la frontera entre las dos actividades resultaba ser más bien borrosa. Los “*hechiceros*” pretendían utilizar poderes ocultos. Abundaban talismanes y amuletos dotados de supuestas influencias para el bien y el mal, siendo muchos de ellos fórmulas mágicas escritas, ya que todos los orientales concedían potencia a “la palabra” si se pronunciaba a su debido tiempo y según el ritual prescrito. Es evidente que resulta muy difícil trazar una línea clara entre prácticas meramente supersticiosas, juegos de prestidigitación, conocimientos legítimos de la naturaleza y las operaciones de poderes ocultos (en último término satánicos) que no se sujetaban a la voluntad de Dios. Hace algunos años los comentaristas optaban casi universalmente por las explicaciones “naturales”, pero existe más humildad entre algunos hoy en día, y el creyente que reconoce la autoridad de las Escrituras no puede dejar de lado el tema como algo completamente desfasado por los conocimientos científicos de nuestros tiempos. El prestigioso Nuevo diccionario bíblico (Buenos Aires: Ediciones Certeza, pp. 843-847) contiene un extenso artículo sobre “Magia y brujería”, sobre el fondo oriental, y sorprende lo intrincado del tema. Hay costumbres y prácticas entre tribus primitivas que no son susceptibles, hasta la fecha, de explicaciones meramente naturales. Por ejemplo, en distintos lugares hay grupos de personas, unidas por motivos religiosos o tribales, que pueden caminar descalzas sobre piedras candentes, sin sufrir quemaduras, siendo muy difícil el subterfugio en estos casos. Puede ser que las serpientes de los hechiceros fuesen “serpientes encantadas” que tomaban forma de varas, pues hay evidencias de la práctica de este truco hasta tiempos modernos. En cambio, no ha de extrañar al estudiante humilde de las Escrituras que los magos pudiesen movilizar auxilios satánicos en su intento de obstaculizar la obra de Dios, que es evidentemente lo que creía el escritor sagrado. Sin embargo, el incidente señala los límites de este poder, que por fin siempre habrá de someterse al de Dios.

El corazón de Faraón (**Ex 7:13**). El “*corazón*” de Faraón corresponde al centro de su personalidad, siendo sede de sus deseos y decisiones. Es posible traducir “*se endureció*” por “*fue duro*”, o insensible. A pesar de ver el símbolo de la flaqueza de la “*serpiente*” suya, aún se creía capaz de movilizar fuerzas suficientes como para resistir las demandas de Jehová de Israel, y la lucha, ya trabada, sigue su curso.

La plaga del agua del Nilo convertida en “sangre” (Ex 7:14-25)

Las plagas en general. El incidente de las serpientes no pasaba de ser la señal de que obraba una potencia a la cual el rey debiera someterse, respetando el mandato de dejar salir el pueblo, sirviendo de credenciales para los embajadores. Rechazada la señal, empiezan las “*plagas*”. Varias voces hebreas se traducen por “*plaga*”, pero casi siempre dan la idea de un desastre, o una calamidad, o golpe dañino, que cae o sobre el cuerpo o en la esfera de la naturaleza. Todas estas plagas se relacionan con la vida normal de Egipto, y la ambientación de esta serie de calamidades es perfecta, ya que sólo habrían podido efectuarse en Egipto. No se ha de deducir, sin embargo, que sólo se trata de catástrofes normales que por una pura casualidad se produjeron en serie durante aquel año en la cuenca del Nilo. Es evidente que empiezan “*cronometradas*”, según el programa de Dios, prediciéndose, en varios casos, tanto el momento de su incidencia como el de su retirada. En todas las plagas, directa o indirectamente, se manifiesta el poder del Dios Creador por encima de las imaginadas virtudes de las divinidades que presidían —según la teogonía egipcia— la suerte de este país eminentemente agrícola. Esto lo veremos al notar cada caso; no es necesario reiterar que el Nilo era el “*dios*” por excelencia, juntamente con el dios-sol.

El lugar del encuentro (**Ex 7:14-20**). De igual manera que la princesa del capítulo 2, este Faraón tenía la costumbre de pasearse por alguna ribera agradable del Nilo — probablemente uno de los ramales del Delta— y quizá también se bañaba. Conociendo los hábitos del monarca, no fue difícil forzar un encuentro en una de estas ocasiones, y el Señor manda a sus siervos que lo busquen, siendo muy apropiado el escenario para la iniciación de la serie de plagas, ya que la primera había de afectar el agua del Nilo. El mensaje de los embajadores no difiere en nada esencial de los anteriores (versículo 15), pero esta vez Dios anuncia el principio de la “guerra”: si no hay sumisión de parte del rey, las aguas del río se convertirían en “*sangre*”.

Dos facetas de la plaga (**Ex 7:17-21**). Moisés golpeó las aguas del Nilo en presencia de Faraón y sus siervos, o sea, sus nobles ministros y servidumbre, con el resultado de que se convirtieron en “*sangre*” (véase el párrafo siguiente). Aarón había de simbolizar la extensión del mal por extender la vara, señalando todas las regiones del país, con el efecto de que el agua de los arroyos (más bien, canales), estanques y depósitos se convirtiesen también en “*sangre*”. Se trata del agua del Nilo, pues los estanques y canales formaban parte del intrincado sistema de riego que recibía las aguas de las inundaciones, conservándolas y utilizándolas hasta su renovación por la inundación sucesiva. Fue posible después hallar agua no contaminada cavando pozos cuya agua sería filtrada (**Ex 7:24**).

La naturaleza de la plaga. Desde luego, no hemos de pensar en un líquido de la composición química de la sangre que riega los cuerpos de hombres y de animales, sino de la presencia en el agua del Nilo de microorganismos dañinos que daban color sanguíneo al agua. Este fenómeno se produce dos veces al año en el Nilo: primeramente cuando suben las aguas en junio-julio, trayendo partículas de barro de las tierras de Etiopía. En este caso el agua no deja de ser potable ni mueren los peces. Al descender el agua a su nivel más bajo, en los meses de febrero a mayo, puede quedar colorada de nuevo el agua, tratándose esta vez de aguas estancadas, lo que aumenta mucho más el peligro de la proliferación de microbios dañinos que también producen aquel olor de corrupción que daba asco a los egipcios. El milagro consistía en reforzar notablemente este mal, ya conocido, pero en el momento señalado por los profetas, o, evidentemente, como consecuencia de una intervención divina. Por la referencia al estado de las cosechas en (**Ex 9:31**), sabemos que se trataba del fin del invierno (muy benigno en Egipto), de modo que hemos de pensar que la plaga se produjera en este período del año, pese a que algunos eruditos prefieren la hipótesis del agua colorada por el principio de la inundación. Las demás plagas parecen surgir, en su parte “natural”, de esta época del estancamiento de las aguas a la que corresponden estas actividades microbianas. No se nota momento alguno en que esta plaga se quitara.

Faraón, los hechiceros y el pueblo (**Ex 7:21-25**). De nuevo Faraón apeló a sus hechiceros, quienes también realizaron la “*señal*”, bien que en este caso no pudo consistir más que en procurar agua de pozos y llevar a cabo algo en escala muy pequeña, que sólo serviría para aumentar el mal. Además, fue algo que se prestaría fácilmente a un truco. Con todo, bastaba para que Faraón se obstinara en su negativa de dejar ir al pueblo creyendo aún que sus fuerzas habían de ser más potentes que las de Jehová. La versión Moderna traduce el versículo 23: “*Y apartando Faraón el rostro, se volvió a su casa...*”. El bello panorama del Nilo, fuente de su riqueza y poderío, se había vuelto en algo peligroso y dañino que no quería contemplar; además, con el mismo ademán, volvió las espaldas a los siervos de Dios. En este caso se trata de “*una plaga*”, o sea, de un golpe duro que afectaba la vida de todos los egipcios. Los peces en el río murieron, lo que supondría la ruina económica para miles de pescadores y disminuiría la alimentación de toda la población, tan amante del pescado. La gente tenía que cavar pozos con el fin de

hallar agua potable, siendo evidente que Egipto había perdido mucho como resultado de la primera batalla. Hubo un intervalo de siete días antes de que Dios señalara las próximas operaciones.

La plaga de la proliferación de las ranas (Ex 8:1-15)

Una repetición de la conminación (**Ex 8:1-4**). Siete días no habían bastado para convencer a Faraón de que había perdido una importante batalla al resistir a Jehová, con efectos desastrosos para su país. A él mismo no le faltaría agua buena sacada de los pozos, y no tenía el corazón de “padre” para con su pueblo, típico del buen “faraón”. Moisés —Aarón no se menciona en este caso— anunció claramente la naturaleza de la segunda plaga, sin que el historiador note respuesta alguna de parte de Faraón. Podemos imaginar un gesto despectivo de despedida que precipitaría la próxima acción de la guerra.

La naturaleza de la plaga (**Ex 8:5-6**). Las ranas proliferan rápidamente en charcos que se están secando, ya que los huevos, dejados por el desove, se incuban por el calor del sol, como saben bien quienes han escuchado el coro de múltiples ranas en los arroyos medio secos de España en agosto. Ya hemos visto que los estanques y acequias retenían lo que sobraba del agua de la última inundación en esta época, pero la multiplicación del animal, normal en tal época, fue aumentada milagrosamente hasta llenarse la tierra de ranas, que se metían hasta en las alcobas, los hornos, las artesas, etc. Para los egipcios fue un castigo doble. Por una parte era gente limpia, amante de la higiene, así que el asco producido sería intenso. Al mismo tiempo, por la locura de su sistema idolátrico, daban honores divinos a la rana como símbolo del principio vital y de la multiplicación de la vida, y una de las manifestaciones de la diosa Hator fue representada por la cabeza de una rana. Como consecuencia, una faceta importante de su culto nacional se había convertido en asco, viéndose cómo Dios ejecutaba sus juicios sobre todos los dioses de Egipto (**Ex 12:12**).

Vuelven a aparecer los hechiceros (**Ex 8:7**). Faraón aún quería convencerse de que el poder de Jehová no fuese más que una manifestación de ciertas facultades comunes a otras divinidades, o parecidas a otras fuentes mágicas de energías sobrenaturales. Si los hechiceros pudieron hacerse con el desove de ranas, no les sería difícil hacer ver que ellos también podían producir muchas ranas. No es probable que tuviesen el secreto de la vida, algo que se destaca en la plaga siguiente.

Las reacciones de Faraón (**Ex 8:8-12**). No fue posible al mismo Faraón escapar de las consecuencias de la plaga de ranas, que pese al “consuelo” que pudieron darle sus magos se vio obligado a llamar a los profetas, pidiendo su intercesión en términos bastante humildes. El rey no niega que la plaga sea obra de la mano de Dios, y sabe que sólo Jehová es capaz de librarle de algo ya insoportable. Al pedir la intercesión de Moisés, da promesa formal de dejar ir al pueblo *“para que ofrezca sacrificios a Jehová”* (versículo 8).

El programa de Dios (**Ex 8:9-13**). El elemento milagroso se pone de relieve por medio del cumplimiento del programa, ya que el Dios de Israel determina todos los momentos de la acción. Moisés no desecha la súplica de Faraón, pero insiste en que el monarca mismo señale la hora de la desaparición de las ranas, y muchos testigos habrán oído la contestación: *“Mañana”*, comprometiéndose Moisés a que la plaga había de terminar precisamente entonces, *“para que conozcas que no hay como Jehová nuestro Dios”* (versículos 10 y 11).

La intercesión de Moisés (**Ex 8:12-14**). Moisés, ayudado por las manifestaciones del poder de Dios y sumiso por fin a sus disciplinas, va adquiriendo la estatura espiritual que Dios quiere conferirle. Ya no duda, ni argumenta, sino que obra con plena fe en que Dios ha de cumplir lo prometido, y por medio del siervo elegido para la realización de la obra. Empezó su notable obra de intercesión, que había de convertirse en rasgo típico de su ministerio: “... y clamó Moisés a Jehová tocante a las ranas ... e hizo Jehová conforme a la palabra de Moisés...” (**Ex 8:12-13**). El fin de la plaga trajo sus problemas a Egipto, pues las masas muertas no sólo “apestaban la tierra”, sino que ofrecían un criadero abonado para la multiplicación de toda suerte de microbios, peligro más que se añadió al de la putrefacción de las rojas aguas estancadas de tantos estanques y acequias.

El endurecimiento de Faraón (**Ex 8:15**). Faraón había tenido experiencia ya de la misericordia de Jehová, quien había admitido la intercesión que Moisés había elevado a petición del rey, pero “se mostrará piedad al malvado y no aprenderá justicia...” (**Is 26:10**) y este hombre terco y obstinado aún creía que podría salir de la crisis por sus propias fuerzas.

La plaga de los mosquitos (**Ex 8:16-19**)

La naturaleza de la plaga (**Ex 8:16-17**). Los eruditos no pueden determinar con exactitud cuál insecto corresponde al vocablo kinnim, pero siendo algo que afectaba tanto a animales como a hombres, no es probable que se trate de piojos. Casi seguramente hemos de pensar en nubes de mosquitos, cuya proliferación se favorecería notablemente por las condiciones producidas por las dos primeras plagas. Sus peligrosas picaduras causarían horribles molestias a hombres y animales. El simbolismo que se empleó fue el polvo, golpeado por Aarón; en la tierra suelta se incubaba la fraza que contenía los huevos de los mosquitos. La excesiva proliferación, sin embargo, no obedece a causas naturales, sino a la palabra del Creador. Recordemos que la alimentación de los cinco mil hombres fue milagro de creación; sin embargo, el Señor quiso valerse de los cinco panes y los pocos peces —merienda de un muchacho— como punto de partida para el milagro creador.

El fracaso de los hechiceros (**Ex 8:18-19**). Esta vez los hechiceros fracasaron aun en sus débiles remedos de las grandes obras que Dios iba realizando por medio de sus siervos, llegando a exclamar: “¡Dedo de Dios es éste!”. Sin duda, se quedaron impresionados por la creación de formas de vida en tal abundancia, sabiendo que habían llegado al fin de su propio “repertorio”, reconociendo la presencia y el poder del Dios Creador. Por lo menos eran más honrados que aquellos fariseos que no querían reconocer “el dedo de Dios” aun cuando el Señor echaba fuera demonios, demostrando la derrota de Satanás (**Lc 11:14-23**).

Faraón sigue en rebeldía (**Ex 8:19**). No hay noticia del levantamiento de esta plaga, ya que no hubo ni un simulacro de arrepentimiento de parte de Faraón. Suponemos que sus efectos se confundirían con los de la próxima plaga de las moscas.

La plaga de las moscas (**Ex 8:20-32**)

El reto de Jehová (**Ex 8:20-23**). Hay silencio diplomático en el palacio, pero eso no impide que el Rey de reyes haga resonar su voz. Moisés no tuvo acceso a la corte en esta ocasión, pero pudo planear el encuentro con Faraón a la orilla del río. La reiteración del mandato de liberación para Israel se acompaña por el solemne anuncio de la próxima plaga, la de las moscas. Se trata de “toda clase de mosca”, que incluiría especies

portadoras de microbios, que a su vez serían el medio para provocar enfermedades tanto en los hombres como en las bestias. Las moscas abundan en Egipto en tal época del año, pero “lo normal” se convirtió en un ataque masivo que afectaba a todos.

La separación de la tierra de Gosén (**Ex 8:22-23**). No hay indicio de que los mismos israelitas fuesen libres de los sufrimientos producidos por las tres primeras plagas, pero desde la cuarta la mano de Dios se manifiesta no sólo por su control del tiempo sino también del lugar, ya que Dios “puso aparte” la tierra de Gosén, donde habitaba su pueblo, concediéndole “redención” según el hermoso vocablo del versículo 23. Antes Faraón había pedido liberación de las ranas para “mañana”; en este caso Dios anticipa el momento anunciando otro juicio para “mañana” (versículo 23).

Faraón intenta componendas (**Ex 8:24-28**). Faraón tuvo que humillarse hasta el punto de hacer llamar a los profetas, pero sólo para ofrecer soluciones parciales que los embajadores no pudieron aceptar: “*Andad, ofreced sacrificios a vuestro Dios en la tierra*”. Algo había de hacer, pero el orgulloso monarca no quiso dejar salir al pueblo, que es lo que se había pedido desde el principio. La contestación de Moisés pone de manifiesto lo absurdo de la proposición, pues sacrificios de tipo animal en la tierra quebrantarían muchos de los tabúes religiosos de los egipcios, como ya hemos notado, dando lugar a protestas y alborotos. Recuerde el lector la explicación de la palabra “abominación” en estos contextos. Nada menos de tres días de viaje al desierto serviría para el debido cumplimiento del mandato del Señor (versículo 27). La promesa de Faraón no pareció tan firme como la anterior de (**Ex 8:9**), ya que no quería que el pueblo se alejase mucho, pero frente a la petición “*orad por mí*”, Moisés la aceptó. Dios había de disponer del resultado según su voluntad, y las épocas de alivio que seguían las intercesiones de Moisés se revestían de mucha importancia como revelaciones de la gracia de Dios.

La intercesión renovada (**Ex 8:29-32**). Por segunda vez Moisés oró a Jehová a favor de sus enemigos, pero no sin antes advertir a Faraón de los peligros de más demoras (versículo 29). De nuevo “*Jehová hizo conforme a la palabra de Moisés*” y una vez más se vio el efecto inmediato de la intercesión, ya que todas las moscas fueron quitadas y, por supuesto, los mosquitos también. El país respiraba de nuevo, pero Faraón aún no había aprendido la lección de la necesidad de someterse a Dios.

La muerte del ganado en el campo (**Ex 9:1-7**)

La naturaleza de la plaga (**Ex 9:1-3**). Faraón, viéndose libre de las plagas de los mosquitos y las moscas, volvió a su complacencia nacida de su orgullo. “No he de rebajarme ante esta nación de esclavos y su dios” —decía en efecto. “El poder de Egipto queda incólume, a pesar de las molestias, y yo no he de dejar ir a estos esclavos cuyo trabajo me es tan útil”. La renovada conminación se dio, por boca de Moisés, con toda solemnidad en el nombre de “*Jehová, el Dios de los hebreos*”. El nuevo “ataque” contra la fortaleza de Egipto afectaría no sólo a las personas, sino a su apreciada propiedad. Había de morir el ganado que se hallara “*en el campo*”, con mención de caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas. Los caballos habían sido introducidos en Egipto por las dinastías hiksos, utilizándose sobre todo en el ejército. En siglos posteriores los caballos de Egipto llegaron a ser famosos, fuente de riqueza para el país. Se ven pocos dibujos de camellos en los monumentos egipcios, pero sin duda se empleaban ya para transportar cargas a larga distancia en época del éxodo. Es importante notar que esta plaga sólo cayó sobre el ganado “*en el campo*”; los animales se recogían durante las altas inundaciones y sólo pastaban en el campo después de bajarse las aguas. Siempre habría un número considerable de cabezas recogidas, y éstas no fueron afectadas por esta enfermedad. Por eso, aún quedaba ganado que podría sufrir los efectos del granizo de la

séptima plaga. Se ha pensado en la posibilidad de que la enfermedad fuese el ántrax, contraído en el campo, precisamente a causa de los agentes microbianos fomentados por la putrefacción de las ranas.

Se salva el ganado de los israelitas (**Ex 9:4-7**). Esta “separación” fue muy necesaria, ya que los israelitas, siempre pastores y ganaderos, habían de convertirse por cuarenta años en pueblo nómada, hasta llegar a Canaán, y durante tan extendido período su ocupación se limitaría estrictamente al pastoreo y a la ganadería. Faraón tuvo la curiosidad de comprobar la verdad del salvamento del ganado de Israel, hallando, en efecto, que en contraste con el de los egipcios (de ellos murieron todos aquellos que no estaban recogidos) ni un solo animal había muerto en Gosén. Dios había hablado muy claramente de su intención de proteger y bendecir a los suyos, pero el corazón de Faraón quedó duro como una piedra. Sin embargo, una batalla más se había perdido por Faraón, Egipto y sus “dioses”.

“Mañana” (**Ex 9:5**). De nuevo Jehová fija el momento del desastre, y suena otro fatídico “mañana” de juicio. El cumplimiento exacto del programa refuerza mucho la revelación “del nombre de Jehová”. Quizá es permisible vislumbrar también otro rayo de gracia, ya que el juicio fue anunciado para el ganado en el campo, lo que dio lugar a que los egipcios —si quisieran prestar atención a la Palabra de Yahweh— recogiesen a tiempo sus animales evitando el desastre (**Ex 9:20-21**).

La plaga de las úlceras (**Ex 9:8-12**)

La plaga afectó directamente a los cuerpos de los egipcios (**Ex 9:8-11**). Lo que la versión RV-60 llama úlceras, la versión Moderna denomina “*tumores apostemados*”, creyendo el Nuevo diccionario bíblico (p. 1098) que se trata de ántrax de la piel acompañado de úlceras, que salen sobre todo en las manos y en los pies. El agente portador del microbio sería la mosca *stomoxys calcitrans*, que se habría criado en abundancia al pudrirse las ranas. Se nota en el versículo 11 que los hechiceros no podían estar delante de Moisés por causa de esta enfermedad, lo que confirma la hipótesis de un mal que afectaba los pies.

Una señal dramática (**Ex 9:8-10**). Los hornos de entonces (y durante muchísimos siglos) eran pequeñas construcciones de ladrillo o de piedra, en forma de cúpula, con una entrada practicada en un lado. Se quemaba material ligero y combustible dentro para que el recinto se recalentara. Después de quitar las cenizas, se metía la masa del pan (o el alimento que se había de cocer o asar) cerrando la entrada. Abundaban tales hornos cerca de las casas, y sería facilísimo hallar puñados de ceniza. En el orden natural no hay relación directa entre la ceniza, que se esparciría ampliamente por medio del viento, y el sarpullido; señalaba la intervención de Dios, quien, aun utilizando medios “naturales”, ordenaba todo según su programa prefijado de juicios sobre los rebeldes.

Los hechiceros y Faraón (**Ex 9:11-12**). Los hechiceros habían confesado su derrota al ver la plaga de los mosquitos, pero su humillación llega a tal extremo en este caso a causa del “poder” que obraba por medio de los embajadores de Jehová, que no podían ni hacer acto de presencia en la corte, y mucho menos contrarrestar la acción del “enemigo”. Sin embargo, afectado él mismo quizá por el sarpullido, Faraón aún resiste la voluntad de Dios cuya autoridad no quiere reconocer, pese al cúmulo de pruebas que abundaba en su favor.

La plaga del granizo (Ex 9:13-35)

La importancia de este juicio. La extensión de la narración de esta plaga y de sus resultados nos da una idea de su importancia en esta impresionante serie de los juicios de Dios en Egipto. Quizá su dramático detalle surge del hecho de que los hebreos, comprendiendo que Dios obraba directamente por medio de lo que se llama “la naturaleza”, oían la voz de Jehová en los truenos, diciendo el salmista en lenguaje poético: “*Voz de Jehová sobre las aguas; truena el Dios de gloria*” (Sal 29:3) (Sal 18:13) (Job 37:4-5) (1 S 2:10) (1 S 7:10). Bien sabemos nosotros cómo impresiona un trueno fuerte por encima de nuestras cabezas, y Faraón, pese a su soberbia, llegó a encogerse frente a la “artillería del cielo”, cuyos estallidos seguían de cerca los relámpagos que casi sin intervalo parecían lamer la tierra. Había algo impresionante y sobrecogedor que subrayaba el daño hecho por el granizo, cuyo tamaño lo convertía en balas destructoras por toda la tierra de Egipto. ¡Cuán grande era el Dios de Israel! La impresión que recibió Faraón se refleja bien en el sentido literal de sus palabras, tal como se recoge en el versículo 28 de la versión Moderna: “*Suplicad a Jehová; porque ya ha habido lo bastante de grandes truenos y granizo*”. Por el momento el monarca se hallaba amedrentado. En cuanto al daño hecho por el granizo, tenemos evidencia hoy en día de los perjuicios que puede causar cuando acompaña tormenta, precipitándose sobre árboles y cosechas granos que pueden llegar al tamaño de huevos de perdiz. Si podemos imaginar un azote tal, muy prolongado y aplicado en su forma máxima, comprenderemos que esta batalla fue de inusitada severidad, y por sí sola debiera haber terminado la rendición de los orgullosos egipcios.

La conminación de Jehová (Ex 9:13-18). “*Yo enviaré esta vez todas mis plagas sobre tu corazón*”, anunció el Señor a Faraón por boca de su embajador. Las visitas futuras habrían de constituir un fuerte martilleo sobre aquel corazón empedernido que aun así había de endurecerse más, pese a manifestaciones pasajeras de arrepentimiento. Ya hemos tenido ocasión de señalar el sentido exacto de los versículos 15 y 16: “*Habría yo podido extender mi mano ya sobre ti y tu pueblo, mediante la pestilencia, quitándoos de la tierra; pero por este propósito te he mantenido con vida, para mostrarte mi poder, con el fin de que mi nombre sea anunciado a través de toda la tierra*”. Es decir, Dios aprovechaba la dureza del corazón del monarca para “enseñar lecciones” de dramática claridad que no habrían podido aprenderse por medio de una visitación —una pestilencia que hubiese matado a todos los egipcios— que habría librado a los israelitas en seguida. Pero queda la culpabilidad de Faraón, a quien dice el Señor literalmente: “*Todavía te estás ensalzando en contra de mi pueblo para no dejarles ir*” (versículo 17). De nuevo el momento en el programa de juicios se fija anticipadamente con el fin de resaltar la acción directa de Dios: “*Mañana, a estas horas, haré llover granizo...*” y había de ser en grado tal que jamás se había visto antes en el mundo.

El rasgo de gracia (Ex 9:19-21). Hay personas que pretenden distinguir entre el Dios Jehová, justiciero pero cruel y violento del Antiguo Testamento, y Jesucristo “*manso y humilde de corazón*” del Nuevo Testamento. Tales personas leen las Escrituras muy superficialmente, pues algunas de las palabras más severas de la Biblia se hallan en la boca del Señor Jesucristo frente a los hipócritas endurecidos, mientras que se hallan abundantes muestras de la gracia de Dios en el Antiguo Testamento, quien nunca rechaza a nadie que admita su misericordia. En este caso Dios tuvo compasión, no sólo de su pueblo Israel, sino también de cualquier habitante de Egipto que hubiera aprendido siquiera las primerísimas lecciones de las largas disciplinas ya manifestadas. Dirigiéndose al mismo Faraón por boca de Moisés, le advierte: “*Envía, pues, a recoger tu ganado, y todo lo que tienes en el campo....*”. Hubo tiempo y aviso suficiente para que todos, desde

Faraón hasta el más humilde ganadero, hubiesen salvado sus animales de la muerte al admitir la veracidad de la Palabra del Señor. La advertencia —un rasgo de gracia— mostró que el pueblo egipcio ya se había dividido en dos sectores: quienes temblaban ante la Palabra de Jehová, y quienes, siguiendo el mal ejemplo de su rey, persistían en su soberbia y rebelión. Hubo protección y bendición para cualquiera que *“pusiera en su corazón la Palabra de Jehová”* (versículo 21).

Una nota cronológica (**Ex 9:22-26,31-32**). Cuando Moisés extendió la simbólica vara hacia el cielo, la tormenta estalló, precisamente en el momento señalado, y lo predicho en la conminación dirigida a Faraón se cumplió en circunstancias que llenaron todos los corazones de miedo y de temblor sin que cayera el granizo destructor en la tierra de Gosén. El ganado y la servidumbre de los rebeldes pereció, salvándose los temerosos de Dios. La vegetación no pudo salvarse en ningún caso fuera de Gosén (versículo 25). Los versículos 31 y 32 sirven de indicio para determinar la época del año de las plagas, porque el lino estaba en caña y la cebada ya espigada. En cambio no fue afectado ni el trigo ni el centeno, quizá una planta parecida a nuestro centeno, ya que brotan más tardíamente. El calendario agrícola no sería idéntico al de España, por ejemplo, porque tanto dependía del riego del Nilo y los meses de la inundación; pero, como país mediterráneo, sería bastante parecido, y la cebada espigada correspondía seguramente a fechas anteriores a las de España hoy día, o sea a febrero-marzo.

La confesión de Faraón (**Ex 9:27-35**). Ya hemos notado la impresión que la horrorosa tormenta produjo en Faraón. ¿Dónde se hallaban todas las divinidades egipcias que operaban en la atmósfera y en los cielos? Ninguna de ellas se presentó para proteger al rey o a su país. Tronaba el Rey de gloria, en acentos de juicio, y no se oía más voz que la suya. Como en el caso de las plagas de las ranas y de las moscas, Faraón envió a llamar a los embajadores de Jehová, comprendiendo bien en aquel momento que sólo la autoridad del Dios de los hebreos podría librarle de su insuperable temor. La confesión del versículo 27 admite la justicia de Dios y la impiedad de él mismo y de su pueblo. Lo que rebaja el valor de la confesión aparentemente completa por otra parte, es la inclusión de *“esta vez”* (versículo 27), que le salva el amor propio y le deja una puerta de escape para *“otra vez”*. Pero la rebelión no sólo se había manifestado *“aquella vez”*, sino que había sido rasgo persistente de la actitud de Faraón desde la primera presentación de Moisés y de Aarón a su presencia hasta entonces. Moisés comprendió bien la imperfección de la confesión, y que el arrepentimiento fingido había de convertirse otra vez en obstinación (**Ex 8:30**), pero no rehusó interceder por Faraón y por su pueblo, ya que el nombre de Jehová, como ya hemos observado, se revelaba tanto por las intermisiones del juicio a las horas señaladas como por su repetición frente a los desafíos del rey. Salió Moisés de la ciudad —Tanis, probablemente— y en medio del estruendo de la tormenta alzó sus manos intercesoras hacia el cielo. Cesaron instantáneamente los truenos, los relámpagos y las fuertes lluvias que se mencionan en el versículo 33, pero la repentina tranquilidad sólo sugirió al *“corazón”* de Faraón la posibilidad de seguir la guerra, sin rendirse a Jehová, cuya voz acababa de oír tan de cerca.

La plaga de las langostas (Ex 10:1-20)

La severidad de la plaga. Los orientales temen la langosta, considerando una invasión por estos insectos como algo peor que la incursión de ejércitos enemigos. La plaga que se describió en el libro de Joel llegó a ser figura de los horrores del *“día de Jehová”*. Todos los testimonios concuerdan en que una nube de langostas, después de posarse en los campos, hace desaparecer en muy poco tiempo no sólo toda cosa verde sino hasta la corteza de los árboles. No sabemos el intervalo exacto entre la destrucción causada por el

granizo y esta nueva visitación, pero el calor de Egipto, después de las abundantes lluvias de la tormenta, haría crecer toda vegetación muy rápidamente; así que no hallamos contradicción aquí. Ya había brotes de verde por toda la tierra, y algo habría podido salvarse de las cosechas tardías si Faraón hubiese permanecido fiel a la confesión hecha durante la tormenta.

La intervención del Señor (**Ex 10:1-6**). Se subraya cada vez más la solemnidad de las advertencias divinas: “¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí?”. Se trataba precisamente de eso, pues Faraón quería ensalzarse delante del pueblo, como su señor y “dios”, mientras que Jehová había hecho ver repetidamente que él solo era Dios de toda la tierra, hecho que Faraón aún rehusaba reconocer sinceramente. Moisés, frente al rey y su corte, percibe claramente que la soberbia oposición persiste todavía, de modo que pasa en seguida a una descripción detallada del próximo azote, consecuencia de la terquedad de ellos, y después: “Se volvió y salió de delante de Faraón” (**Ex 10:4,6**). Una vez más había sonado el momento: “¡Mañana!” pero aún les quedaba lugar para arrepentirse de su locura.

Otra proposición de componendas (**Ex 10:7-11**). Los ministros del rey quedaron impresionados frente a la nueva amenaza, pues comprendían de sobra la gravedad del azote de una plaga de langostas, y sabían bien que los avisos de Moisés se habían de cumplir al pie de la letra. Hacen eco de la pregunta de Moisés —“¿Hasta cuándo?”— señalando a Faraón la devastación del país (versículo 7). De mala gana el rey envía gente en busca de los embajadores del Señor, pero sólo para hacer proposiciones que sirvan de pretexto para no “humillarse” delante de Jehová. “¿Quiénes han de ir a esta fiesta religiosa?”. Moisés subraya que se trata de la nación como tal en todas sus partes. Con una pretensión irónica de no poder exponer a niños a los peligros del desierto, rehusa la petición, indicando, en efecto, que ni Jehová podría librarles si él hiciera la locura de dejarles ir al desierto. Claro está, si se hubiesen ido los varones adultos solamente, los jóvenes, mujeres y niños habrían quedado como rehenes en las manos de Faraón, y sin la protección natural de los padres y maridos. Lejos de la sumisión necesaria, se produjo una manifestación de despecho que no se había dado desde la primera entrevista: “Y los echaron de la presencia de Faraón” (versículo 11).

Otra falsa confesión de parte de Faraón (**Ex 10:12-20**). Al mandato de Dios Moisés extendió la vara, señalando todos los confines de la tierra de Egipto. Se levantó un fuerte viento del oriente todo el día y la noche siguiente para traer al “ejército invasor” sobre todo el país en el momento determinado. No sólo devoraron los insectos toda sustancia vegetal a su alcance, sino que se metieron en las casas, cubriendo muebles y personas con su asquerosa presencia. Viajeros que han estado en sitios invadidos por langostas han declarado que les era imposible comer sin que entrasen langostas por la boca con la comida. El rey, que había echado a los siervos de Dios el día anterior, “se apresuró a llamar a Moisés y a Aarón”, profiriendo palabras que, en boca de otro hombre, habrían sido señal de una humillación profunda: “He pecado contra Jehová vuestro Dios y contra vosotros”. Quizá pensaba en el ultraje de la “despedida” del día anterior, creyendo que sería prudente ponerse a bien con estos hombres, quienes eran los únicos —como siervos de Dios— capaces de aliviar la situación angustiosa del país. Pero el arrepentimiento no consiste sólo en confesar el mal, sino en abandonarlo, y allí en el fondo de su corazón Faraón no tenía intención alguna de dejar sus soberbias pretensiones para someterse a la voluntad de Dios. Se vio afligido por una “plaga mortal” (versículo 17) y pide la intercesión de Moisés y de Aarón de la manera en que habría adquirido un amuleto de un mago si le hubiera servido para lo mismo. De todas formas, como se ha visto al quitarse otros juicios, todo coadyuvaba para que se diera a conocer el NOMBRE DE JEHOVÁ, quien controlaba vientos y mareas como Creador de ellos.

Moisés, el intercesor, “oró a Jehová”, con el resultado de que se levantara el viento opuesto del occidente que llevó las nubes de insectos al mar Rojo, sin dejar ni uno en Egipto. Las langostas necesitan la ayuda de vientos en sus vuelos. El país respiraba una vez más, pese al aspecto desolador de los campos, y “Jehová endureció el corazón de Faraón”, quien tampoco esta vez quiso soltar a los hijos de Israel. Faraón había pecado bastante ya para condenarse a sí mismo e infligir daños sin cuento sobre su país, pero el Señor “endureció al endurecido”, llevándole a obrar en contra de los más elementales postulados de la prudencia con el fin de terminar la obra en sus dos vertientes: de liberación completa de su pueblo, y de la manifestación plena de su nombre.

El juicio de las tinieblas (Ex 10:21-11:3)

La causa de las tinieblas (**Ex 10:21-23**). Dios trae sobre Egipto la novena plaga —que precede a la última, la temible consumación de todas las demás— sin previo anuncio. Moisés había de extender su mano hacia el cielo, como señal de que Dios había preparado un khamisin, o temporal de arena y polvo, algo muy conocido y temido en áreas desérticas o en tierras vecinas a ellas. El año avanzaba y el barro dejado por la inundación se había secado. Según su dirección y fuerza de los vientos traían también su cuota de arena de Arabia y de la península de Sinaí. Durante los khamisin es muy difícil respirar, y los indígenas envuelven sus cabezas en paños de algodón o lino procurando filtrar el aire para poder obtener el oxígeno suficiente. Las nubes de polvo se interponen entre el sol y la tierra volviendo el día en noche. Como es de suponer, este fenómeno natural adquirió sus máximas proporciones como un juicio más que Dios envió sobre el “enemigo” que rehusó aceptar sus condiciones. Sólo en Gosén había luz, ya que la mano del Señor ordenó las corrientes de aire con el efecto de aligerar, por lo menos, el espesor de las nubes de polvo, dejando pasar luz solar. “Luz en sus habitaciones” se traduce más exactamente por “luz donde habitaban los israelitas” (versículo 23). En lo demás del país las tinieblas, ocasionadas por las nubes espesísimas de polvo y arena, parecían “mantas de oscuridad” que envolvían a la gente, empleándose la frase gráfica “tanto que cualquiera las palpe”. Nadie veía a su compañero o compañera más próximo, y todo movimiento fue limitado. Así, con corazones encogidos, esperaban los egipcios el juicio que había de poner fin a una serie tan notable de azotes; intervenciones bélicas del Dios de los ejércitos para vencer la obstinada resistencia de Faraón, instrumento de Satanás al querer estorbar el adelanto del plan de la redención. Según la obra providencial de Dios, el mismo pecado, al prolongar los juicios, destruyó el poder de Egipto, garantizando la seguridad de Israel en el desierto.

Sugerencias y amenazas (**Ex 10:24-29**). No sería empresa fácil buscar a los siervos de Dios y colocarles delante de Faraón, y la conversación se llevaría a cabo a oscuras, aunque es posible pensar que los medios de que disponía el rey habrían podido procurarle alguna protección contra el polvo y algún medio de iluminación. El monarca quiere escapar de su dilema por medio de un “sí” condicionado, cuando lo que hacía falta era la sumisión de su corazón al Señor. “Os dejaré ir —dice en efecto— pero habéis de dejar vuestro ganado en Egipto” (**Ex 10:24**). Así guardaría en su mano la riqueza y los medios del sostén de Israel, lo que, según su limitada lógica, les impediría de ir muy lejos o de intentar la evasión total. Ya tenía que saber que eso no era la voluntad de Dios, ni lo que exigían los términos de la embajada de Moisés y de Aarón. Los animales eran elemento preciso para los sacrificios, y ya estaba claro que el pueblo de Jehová había de estar libre para servir a Jehová en condiciones que él solo determinaría (versículos 25 y 26). Esta vez el despechado rey se atrevió a lanzar una amenaza de muerte en contra de Moisés si intentaba renovar su embajada, olvidando, evidentemente, que había recibido prueba tras prueba de que la vida suya, con la de todos sus súbditos, dependía

enteramente de la voluntad de Dios. No discernimos en este rey las señales de una autoridad basada en un trono estable y un carácter fuerte, sino más bien las fluctuaciones de un ser débil, incapaz de formar un criterio prudente y firme; las amenazas salen de un corazón miedoso, donde el despecho no permite una acción firme y la bravata ha de suplir al verdadero valor. ¡Qué mal momento para hablar de la muerte cuando su primogénito ya estaba sentenciado! Y en este sentido recoge Moisés la amenaza. Había llegado el fin, pues Dios llevaba sus propósitos a su consumación (versículo 29).

El anuncio preliminar a Moisés sobre la última plaga (**Ex 11:1-3**). La muerte de los primogénitos en Egipto se enlaza tan íntimamente con la Pascua y el éxodo, que ha de comentarse en relación con estas dos facetas de la victoria final. Estos versículos nos sirven de eslabón entre los capítulos 3 y 4 de esta obra. No se describe la naturaleza del último azote aquí, pero Dios asegura a su siervo que será de tal gravedad que el mismo faraón recalcitrante estará deseoso de echar a los israelitas de su tierra. Como llegaba el momento de la salida, los israelitas, tanto varones como mujeres, habían de pedir artículos de valor a sus vecinos egipcios, quienes ya miraban con otros ojos a los “esclavos” de antes, viendo en ellos, sin duda, los hijos predilectos de las divinidades, o de su propio Dios, cuyas obras habían dejado en muy mal lugar a los dioses nacionales. El procedimiento de pedir artículos de valor —no es pedir prestado— nos parece extraño, pero formó parte de la comisión original que Moisés había recibido, en el desierto, y se explica tanto por costumbres diferentes como por la necesidad de que Israel no saliera empobrecido de una estancia en Egipto de cuatro siglos. Muchas de aquellas alhajas habían de ser utilizadas después en la construcción del tabernáculo. El pueblo egipcio en general había aprendido lecciones por medio de la serie de juicios que Faraón no había querido admitir. Moisés había traído sus “batallones” como un gran general que ordena sus fuerzas estratégicamente; en su palabra, las grandes devastaciones se habían producido o se habían quitado. Por todo ello el despreciado jefe de una nación de esclavos había llegado a ser tenido por *“gran varón en la tierra de Egipto, a los ojos de los ministros de Faraón y a los ojos del pueblo”* (versículo 3).

La verosimilitud de las plagas. Pese al carácter extraordinario y sobrenatural de la serie de juicios que hemos venido estudiando, el lector habrá notado que todo concuerda exactamente con las condiciones de la vida egipcia. Hay detalles verosímiles que nadie se habría preocupado por inventar, y se percibe una y otra vez la evidencia de la obra de un testigo ocular de los acontecimientos. Sería muy difícil —y aun imposible— que redactores de tiempos muy posteriores, después de cambios radicales en la vida de Egipto, hubiesen podido perfilar esta historia coherente en la que se percibe un desarrollo ordenado de los acontecimientos sobre la base de unos fragmentos literarios y unas leyendas orales, conservadas por casualidad en algunos de los santuarios de Israel. Resulta más fácil ser fiel que incrédulo ante este maravilloso documento del Éxodo. Dios estaba obrando, y nos hallamos ante una de las intervenciones divinas más significativas en la historia de la raza. Si excluimos todo elemento llamado “sobrenatural” por sistema, tendremos que buscar otras “explicaciones” del hecho histórico y literario, pues nadie puede dudar de la realidad del éxodo, como nadie puede negar el hecho de la cruz y de la formación de la Iglesia. Las explicaciones suelen poner a prueba la credulidad mucho más que el reconocimiento de que Dios no ha dejado el gobierno de su mundo, y cuando llega el “debido tiempo” obra para adelantar sus planes, sin someter sus acciones al limitadísimo criterio de los “sabios” según este mundo. A la vez, no se hace violencia a las facultades que Dios nos ha dado. Nada aquí nos exige que nos rindamos ante lo absurdo; la razón puede operar perfectamente, pero guiada por la revelación divina, cuya luz es indispensable para la orientación de hombres cuyas potencias intelectuales y afectivas han sido violentadas por el pecado.

Temas para meditar

1. Describa la primera entrevista de Moisés y Aarón con Faraón, con sus resultados inmediatos. Comente sobre el hecho que a veces leemos que Faraón *“endureció su corazón”*, y a veces que *“Dios endureció el corazón”* del monarca.
2. Distinga entre una *“señal”* y una *“plaga”*. Indique cómo las *“plagas”* se relacionan con la vida normal de Egipto, o con desgracias que se conocían en su historia. ¿Cómo se coordina la parte *“natural”* de cada plaga con el elemento milagroso que subraya la obra de Dios?
3. Tanto al ser llamado como en **(Ex 6:30)**, Moisés quiere excusarse de acudir a Faraón, alegando que es *“torpe de labios”*. Al final le vemos actuando con plena fe y autoridad, como embajador del Señor. Discorra sobre esta época de la vida y ministerio de Moisés, notando el desarrollo en su carácter y señalando especialmente su obra de intercesor.

La última plaga y la Pascua (Ex 11:4-12:36)

Consideraciones generales

La construcción literaria de la sección “Historia, mandamientos y ordenanzas”. Es preciso olvidarnos de las normas para la construcción literaria de obras históricas en nuestros días, recordando en primer término que Moisés —con o sin redactores posteriores— no tenía por qué someterse a tales normas, aun si se hubiesen conocido en su día. Éxodo es un escrito sui generis, que constituye una parte esencial de la revelación escrita que Dios, en su gracia, se ha dignado concedernos, y resulta anticientífico esperar del propósito del escrito, y de los conceptos de la época, las mismas ideas sobre el análisis y síntesis que prevalecen en el apogeo del género histórico de nuestra civilización occidental. Ya hemos tenido ocasión de notar que Wellhausen y sus discípulos habrían podido ahorrarse miles de arduos trabajos de investigación literaria si hubiesen empezado a teorizar algunos años más tarde, cuando la arqueología había de demostrar que los escritos compuestos, o heterogéneos, eran normales en el segundo milenio a.C., aun tratándose del mismo autor y de una redacción realizada dentro de estrechos límites de tiempo. De hecho, los capítulos que hemos de estudiar constituyen un mosaico histórico, literario y legal, y no tienen por qué ser otra cosa que lo que son.

Nos será muy fácil seguir el hilo histórico, que enlaza la última plaga (la muerte de los primogénitos), la celebración de la primera Pascua, la salida de Israel de Egipto y la travesía del mar Rojo. Pero el propósito del importante escrito no se limita a darnos información sobre estos pasos históricos, por trascendentes que sean, sino a señalar su relación con la formación del pueblo de Israel, que a su vez debe mucho a ordenanzas que hallan sus raíces en este momento histórico. Tales ordenanzas habían de influir profundamente en el pensamiento y testimonio del pueblo a través de los siglos. La historia, pues, se interrumpe por medio de incisos que proyectan la bendita sombra del “acontecimiento” sobre la vida futura del pueblo redimido, pensándose en su futura residencia en la tierra que les había sido prometida. Este sentido pedagógico, que une estrechamente lecciones e ilustraciones con el hecho histórico fundamental que las sustenta, debiera ser muy aceptable a los especialistas de hoy que reconocen el limitado valor educativo de extensos “sermones” o “conferencias” sin el apoyo mutuo de “hecho” y “enseñanza”.

A los efectos de nuestro estudio, las alternaciones de género sólo suponen la necesidad de un estudio cuidadoso que sepa distinguir las transiciones de los hechos históricos inmediatos a mandatos sobre instituciones futuras, con referencia especial a la Pascua — como observancia nacional— y la dedicación de los primogénitos.

La muerte de los primogénitos y la Pascua

La última plaga. Como veremos al examinar el texto, el anuncio de la muerte de los primogénitos surge indefectiblemente de la reincidencia de Faraón en su rebeldía. Se atrevió a amenazar a los siervos de Dios con la muerte, precisamente cuando él y todos los suyos se hallaban a la sombra de la muerte. Había comprobado repetidamente cómo Dios, a quien no quería reconocer, había movilizado sus fuerzas, aprovechando siempre aquello que tocaba de cerca a la vida de Egipto para destruir los recursos materiales del reino, y aún rehusaba doblegar la rodilla. La última plaga había de enfatizar el hecho de que la vida de todos los egipcios se hallaba en la mano de su Creador, y si la muerte cayó

sobre los primogénitos es porque éstos representaban toda la fuerza primordial de la raza egipcia. La terca oposición de Faraón a los decretos divinos había colocado a todo su pueblo bajo sentencia de muerte, en vivo contraste con la actitud del Faraón hicho de una época anterior, quien había aceptado la Palabra de Dios por boca de José para la salvación de su pueblo de la muerte por el hambre (**Gn 41**).

La Pascua. El conocido término se deriva del verbo hebreo “*pesah*”, que equivale a la acción de “*pasar por encima*” en el sentido de “*perdonar*”. En la primera Pascua, que salvó a los primogénitos israelitas, Dios no hizo una distinción automática entre su pueblo y el egipcio. Los israelitas habían de salvarse por un acto de obediencia y de fe que aceptara sin cuestiones ni dudas una palabra que Dios les dio por boca de Moisés. Hasta aquel momento no habían tenido que hacer más que presenciar la destrucción del país enemigo, pero ahora se hallan en el umbral de la inauguración de su propia historia, como pueblo redimido, y se han de incorporar conscientemente en el plan de la redención por medio de un rito simbólico que permanecería como señal perpetua tanto de los juicios de Dios como de la gracia divina.

No habían faltado “gráficos” anteriores, fundados sobre el rito del sacrificio, durante el período patriarcal; pero ahora se había de “concentrar” y desarrollar el simbolismo de la sangre derramada en el momento de la redención de todo el pueblo. El sacrificio del cordero pascual, cuya sangre, de forma tan evidente había de alejar la muerte de la casa de cada familia abriendo camino para un nuevo tipo de vida, encerraba lecciones fundamentales, tanto para los israelitas residentes en Gosén, como para todas las generaciones futuras. En la noche de la Pascua el animal que sustituía al primogénito podía ser escogido de entre las ovejas o las cabras, pero el paso de los siglos enfocó la luz de la revelación sobre el “*cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo*”.

Los primogénitos. No sólo se celebra un rito que ilustra maravillosamente la salvación por la muerte del “*sustituto*”, sino que se establece el derecho del Redentor sobre las vidas rescatadas, en este caso las de los primogénitos. Algunos de los paréntesis han de enfatizar este aspecto de la obra de Dios, que más tarde dará lugar a la separación de la tribu de Leví, que sustituirá a los primogénitos redimidos como siervos dedicados expresamente al culto del pueblo. Pero todo surge de este momento cuando Dios, por los medios que él señala, “*pasó por alto*” las casas señaladas con la sangre, al atravesar la tierra de Egipto en misión de justicia (**Ex 12:11-13**). A veces las expresiones señalan a Dios mismo como ejecutor de la obra de juicio, y en otros lugares es el “*destructor*” (podemos entender la pestilencia como medio natural) que no entra en las casas protegidas porque allí Dios había pasado por medio de la sangre. Se trata sólo de reconocer al agente más próximo y al último.

La “*redención*”, que se enfatiza en (**Ex 13:15**), quiere decir “librar mediante el pago del precio de rescate”, de modo que Dios establece su derecho sobre todos los primogénitos, tanto de los hombres como de las bestias, porque él los ha salvado por un acto de sustitución que refleja el propósito eterno de la operación de la gracia divina por medio del Hijo (**2 Ti 1:9-10**).

Pan sin levadura. Los acontecimientos del éxodo llegaron a ser muy precipitados. El festín, en el cual todos los miembros de la familia comían del cordero asado dentro de casas protegidas por la sangre, se diferenciaba de otras ocasiones solemnes por cuanto los participantes habían de estar vestidos y ceñidos, listos para poder emprender el viaje inmediatamente, comiendo de prisa (**Ex 12:11**). La falta de levadura se achaca en este caso a este apresuramiento y a la falta de tiempo para la debida preparación de provisiones (**Ex 12:34,39**); sin embargo, al pasar a las instrucciones para la ordenanza perpetua fundada sobre este festín, se enfatiza mucho la necesidad de evitar el uso y la

presencia de toda levadura durante los siete días de las celebraciones especiales, hasta tal punto que la Pascua se llama, alternativamente, “*el día (o fiesta) de los ázimos*”, o sea, de “*panes sin levadura*”. Los hebreos no dudaban en comprender que la “*levadura*” se había constituido en símbolo del pecado, que obra insidiosamente en “la masa” del pueblo de Dios, como el leudo en la masa del pan. Fue tan familiar la figura que el apóstol Pablo también lo aplicó a la limpieza necesaria de la “familia espiritual” dentro de la iglesia local (**1 Co 5:6-8**).

El éxodo

El acontecimiento en sí. La salida de Israel es de tanta importancia que presta su nombre a todo el libro, pese a que el mismo escrito contiene también material tan importante como lo es la promulgación de la ley, la consagración del pacto entre Jehová y su pueblo, y el establecimiento del tabernáculo como centro del culto levítico. Éxodo viene del título del libro en griego en la LXX, y quiere decir “el camino fuera”; los hebreos empleaban las primeras palabras del texto para designar el libro, pero el hecho en sí se considera siempre como el principio de su vida nacional, y los profetas, salmistas e historiadores de Israel, vuelven una y otra vez al tema como ilustración suprema de la gracia y del poder de Dios al sacar a su pueblo de la servidumbre de Egipto, iniciando una vida nacional sujeta sólo a la voluntad de Jehová su Dios.

Al darse cuenta de la muerte de los primogénitos se levantó un grito de angustia en Egipto, pues ni una casa se hallaba libre de esta señal de los juicios del Dios de Israel, aparte de las que llevaban la señal de la sangre.

Ya nadie quería que el pueblo de esclavos quedase más en la tierra, y, figurativamente, como Dios ya había anunciado, “*empujaron*” a los israelitas hacia la frontera, entregándoles todo lo que pidieron. Ha llegado el momento, tantas veces profetizado y por tanto tiempo esperado. Después de 430 años de estancia en Egipto los descendientes de Abraham salen hacia su tierra de promisión.

Obstáculos y victoria. Suponemos que Moisés —tan hábil administrador— habría preparado al pueblo para el momento en que habrían de dejar sus casas en Gosén y convertirse en pueblo nómada. ¡Pensemos en las tiendas de campaña que se necesitarían como viviendas para acomodar a todo un pueblo numeroso! Entre ganaderos no faltaría la materia prima, las pieles de cabra. El silencio del texto sobre estos detalles prácticos no excluye que supongamos una debida preparación anterior para el traslado del ganado y de las personas, pensando en las necesidades de familias con niños pequeños y el probable nacimiento de otros. No había oposición de ninguna clase, y todo coadyuvaba para una salida rápida. Lo que no se había preparado, aparte de la masa sin levadura, era la comida, que tendría que esperar el primer campamento. Pero las tiendas y algunos enseres esenciales podían ser transportados en carros y animales de carga, pues nada nos hace pensar en una salida tumultuosa y sin orden alguno.

La multitud mezclada (**Ex 12:38**). El prestigio de Israel había subido hasta un punto culminante a causa de las plagas y sus resultados, de modo que salió también “*una multitud de toda clase de gentes, además de los rebaños de ovejas y muchísimo ganado*”. Quizá muchos de estos extraños serían semitas, ansiosos de volver a sus tierras. Más tarde esta “mezcla” habría de traer sus malas consecuencias, pues entre ellos solían empezar las murmuraciones; por lo pronto, sin embargo, muestra el alcance del triunfo en este momento de liberación y de victoria.

El problema de los números grandes (**Ex 12:37**). El número de hombres según el texto masotérico llegó a 600.000 además de mujeres y niños, lo que supone un número total de

personas de dos o tres millones. Se ha discutido mucho este problema de los números que se dan aquí, y en los primeros capítulos de Números, (el problema se extiende a otros números del Antiguo Testamento) pues se trata de cifras elevadísimas para las circunstancias que se describen. En otros importantes manuscritos los números varían, ya que se empleaban letras por números, lo que facilitaba errores de copistas. Pensemos en las posibilidades de la tierra de Gosén, que, aun siendo fértil, no podría acomodar y sostener a dos o tres millones de personas en sus exiguos límites. Vastas ciudades, de millones de habitantes, pertenecen más bien a períodos recientes, después del desarrollo de la industrialización, siendo mucho menos densa la población en áreas agrícolas y en otras que dependen de la pesca o de la caza. Según **(Ex 2:15-20)**, parece ser que dos comadronas podían atender a todas las madres de Israel, y aun siendo posible que tuviesen ayudantes, sus servicios serían totalmente inadecuados para una comunidad de millones de personas. En otra ocasión, antes de aceptar el consejo de su suegro Jetro sobre la organización de los procesos legales en el pueblo **(Ex 18)**, pudo hallar lugar para acampar en la llanura delante del monte de Sinaí, que admitiría miles de personas viviendo en tiendas, pero no millones. La estadística descubierta en los monumentos arqueológicos de los ejércitos de poderosos imperios, como el asirio en sus épocas de mayor poderío, nunca dan cifras más elevadas que los 186.000 soldados de Senaquerib que murieron en Judea **(Is 37:36)**, de modo que una compañía de 600.000 adultos, capaces para la guerra, superaría por mucho cualquier ejército conocido en la antigüedad. Con todo, la fuerza de Israel fue muy considerable, puesto que los faraones calcularon que el pueblo llegaría a ser más numeroso y fuerte que el propio pueblo egipcio **(Ex 1:9)**, y, sin aumento de número —porque los rebeldes murieron en el desierto— fueron capaces de emprender la conquista de Canaán cuarenta años más tarde. Pero tres millones constituirían un pueblo mayor que todos los habitantes de Canaán juntos en aquel entonces, mientras que varios textos nos indican que los pueblos cananeos eran mayores que Israel. Siempre hemos de contar con el cuidado milagroso del Señor al sostener a tanta gente en el desierto, pero es preciso recordar también que normalmente no hallarían medios de vida más de unas cuarenta mil personas en toda la península de Sinaí. Algunos eruditos, sin ánimo alguno de evadir lo sobrenatural de la obra de Dios en el caso de Israel, han pensado que la palabra traducida por “mil” podría significar algo como “familia”, o “capitán de grupo” (hay base etimológica para el supuesto), lo que reduciría los números a algo manejable. La travesía del mar Rojo se efectuó en una sola noche, al paso lento de mujeres y niños, y bien que el camino abierto podía haber sido muy ancho, con todo, es difícil imaginar que millones de personas pudiesen haber realizado tal caminata en tan pocas horas. Queda abierto el problema, y el lector comprenderá que los eruditos conservadores no intentan minar la fe en las verdades bíblicas, sino que se preocupan de estudiar los distintos factores relacionados con la transmisión del texto procurando comprender el sentido exacto del original.

El último acto de rebeldía de Faraón. Faraón había ordenado la salida de Israel pero después recibió informes detallados sobre el hecho, y pese al dolor de su propia pérdida —la muerte de su primogénito— se alzó de nuevo su espíritu de orgullosa rebeldía. ¿Había él de abdicar por fin como rey y dios de Egipto frente a aquel Jehová, Dios de Israel? Por el momento las plagas habían destrozado la potencia económica del país, pero el “dios Nilo” pronto devolvería la fertilidad y la abundancia a su suelo. Y ¿qué podría hacer una multitud inerme, frenada por mujeres, niños, ganados y enseres, frente a la fuerza compacta y eficiente de un ejército disciplinado? A la luz de la experiencia, tan reciente, la locura de volver a desafiar a Jehová fue grande, pero el orgullo y el despecho pronto hallaron “razones” para creer aún en la potencia del “brazo de la carne”.

De nuevo entra en juego el factor de los planes de Dios. La nueva nación necesitaba años de tranquilidad antes de estar en situación de defenderse por sus medios, y no convenía

que fuese flanqueada por un ejército poderoso y móvil. No había de haber más plagas, pero fue preciso destrozarse, no sólo la potencia económica de Egipto, sino también su predominio militar. Por ello los propósitos soberanos de Dios se cumplen una vez más por medio de la rebeldía y soberbia de Faraón, hasta verse los cadáveres de los soldados egipcios extendidos por las riberas del mar Rojo. El cántico de Moisés expresa el gozo de una liberación total, obrada por la gracia y el poder de Jehová. El éxodo había llegado a ser un hecho consumado, e Israel se hallaba totalmente libre de la opresión egipcia. Había de enfrentarse con muchos problemas y pruebas en el desierto, pero por muchos años no había de ser molestado por el “brazo” de Egipto que Jehová había paralizado.

La víspera de la pascua (Ex 11:1-10)

El último aviso a Faraón (**Ex 11:4-8**). Entre las fútiles amenazas de Faraón en contra de Moisés (**Ex 10:28**) y esta última embajada de Moisés frente al monarca, media una comunicación de Jehová a su siervo (**Ex 11:1-3**) que tratamos al final de la última lección, y que, aparentemente, se dio sin necesidad de interrumpir la entrevista en el palacio, en el curso de la cual Moisés declaró, con todo detalle, el alcance de la inminente visitación judicial sobre el rey rebelde y su desgraciado pueblo.

El aviso fue clarísimo y detallado (**Ex 11:4-6**). La muerte de los primogénitos no fue un golpe que Jehová asestara en secreto y a oscuras contra el pueblo de Egipto para facilitar la salida de su pueblo “por sorpresa”. Al contrario, la naturaleza de la plaga fue descrita en tales términos delante de Faraón y sus ministros que constituyó en verdadero “llamamiento” al arrepentimiento. Como Juan el Bautista en su día, Moisés advirtió a los rebeldes que huyesen de la ira venidera. El hecho de que no llegara recado alguno del palacio a Moisés durante los días de espera muestra hasta dónde había llegado la terca resistencia del orgullo humano en contra de la revelación de Dios. No sabemos si algunos cabezas de familia no descendientes de Abraham podrían haberse aprovechado de la provisión de la sangre, pero el ambiente del palacio fue de persistente oposición a la voluntad de Dios. Notemos las frases de este último mensaje de Moisés al rey: 1) *“A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto”*. No se señala qué noche, pues los israelitas han de ser avisados y el cordero preparado, lo que dejó tiempo suficiente para la recapacitación y el arrepentimiento; pero había de ser cualquier noche que Jehová determinara, como Juez y Soberano de todos, para la visitación, fuese lo que fuese el instrumento que utilizara. La medianoche no sólo añade un elemento psicológico de terror sino que sirve como símbolo de la negrura del pecado y de la inevitabilidad del juicio. 2) *“Morirá todo primogénito en tierra de Egipto”*, y no se excluye a nadie, ni al primer nacido del rey mismo, ni al de las esclavas, ni al de las bestias. El concepto de *“primogenitura”* es tan importante que lo trataremos en párrafo aparte. 3) *“Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto cual nunca hubo”*. Los monumentos de los egipcios ilustran las “lamentaciones” que exteriorizaban su dolor al perder seres queridos, y ya hemos visto la forma en que querían conservar el cadáver, con símbolos del tipo de vida que concebían como una continuación de ésta en la ultratumba. Los orientales no pensaban que la reserva y el control de las emociones fuesen virtudes, de modo que daban rienda suelta a su dolor, desnudándose, hiriendo sus pechos y lamentando a voz en grito. El hecho de morir el primogénito en todas las casas motivó un *“gran clamor”*, único en la historia de Egipto.

Los primogénitos. El primogénito sería el primer nacido del padre por su esposa legítima. En Israel recibía dos partes de la herencia, dividida entre los hijos, y, en la ausencia del padre, actuaba como cabeza de familia. Los egipcios mantenían normas semejantes, y el primogénito de Faraón sería el heredero, el príncipe real. Como ya hemos indicado,

representaban los primogénitos no sólo los mayores valores de la nación, sino también la gloria y autoridad de la generación sucesiva. “*La sierva detrás del molino*” representaba el otro extremo de la sociedad, y la tarea de hacer girar la piedra de los pequeños molinos que se hallaban en cada casa correspondía a la esclava de menos categoría. Pero no por eso dejaba de ser madre, y su corazón quedaría destrozado al ver morir a su primer nacido, igual que el de Faraón y su esposa. A primera vista parece que no tendría mucha importancia la muerte de los primogénitos de los animales. Recordando, sin embargo, el cuadro que presentamos del sistema idolátrico egipcio en el primer capítulo, comprendemos que el hecho fue muy significativo, puesto que muchos de estos “*primogénitos*” servirían como símbolos de los dioses. Estas muertes vienen a confirmar el propósito de Jehová: “*Ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto*” (Ex 12:22). ¡No fue poca cosa ver morir la flor y nata del panteón de los dioses nacionales! Los sacerdotes se verían en apuros para explicar tan extraño caso.

Israel en la víspera de la última plaga (Ex 11:7-8). La protección divina de que gozaban los israelitas, con el favor que ya disfrutaban entre todos los egipcios, se describe en el lenguaje dramático del versículo 7: “*Contra los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá la lengua*”. Los perros del oriente se consideraban como animales de poca importancia, sin gobierno, y de “malas pulgas”, que hacían el daño posible a todos. De modo que si aun éstos respetaban a los israelitas, se evidenciaba que nada ni nadie podía hacerles mal. Moisés, con gesto dramático, señaló a los ministros que rodeaban el monarca, profetizando que habían de inclinarse, no ya al Faraón, cuyo prestigio andaría por el suelo, sino al portavoz de Dios, quien se expresó en los tonos enérgicos que correspondían a la solemnidad del momento y a la autoridad del embajador del Dios de Israel. Moisés profetiza que, en un día próximo ya, no se tratará de resistir la demanda de Dios, sino de rogar a los líderes de la nación que lleven a Israel fuera cuanto antes. Terminada su última embajada, Moisés salió de delante de Faraón, ya sin las reverencias de rigor según la etiqueta palatina, sino “*muy enojado*” al comprobar el rechazo del último aviso de juicio, que también constituía una oferta de misericordia de parte de Dios.

El resumen de la situación en víspera de la última visitación (Ex 11:9-10). O Moisés mismo o un redactor posterior resume la situación en este momento crítico, antes de pasar a la institución de la Pascua. El endurecimiento de Faraón, aun antes de la certeza (si hubiese meditado bien el aviso) de perder su primogénito, es parte del plan de Dios, no sólo para la multiplicación de sus maravillas en Egipto, sino también para la protección del pueblo en el desierto. Egipto ha de ser debilitado mucho más aún, perdiendo hasta su ejército, y el “*brazo de Jehová*” ha de ser conocido por su “*fuerza*” en todas las naciones circundantes.

La muerte de los primogénitos y la pascua (Ex 12:1-36)

El cambio en el calendario (Ex 12:1-2). No es posible tener conocimientos exactos sobre el tipo de calendario que los hebreos utilizaban antes del mandato que dio Dios a Moisés según Éxodo 12:1. En líneas generales, seguiría la marcha de las estaciones del año, que determinaban las diferentes fases de las ocupaciones agrícolas. Desde este punto de vista el año podía empezar igual en otoño, al finalizar la recolección de las cosechas e iniciarse las operaciones de laboreo, como en la primavera, cuando la nueva vida promete los primeros frutos de la tierra. Según el nuevo calendario, Dios determinó que el año religioso empezara en el mes de Abib (Ex 23:15), que se llama Nisán en tiempos del Nuevo Testamento, y que corresponde a nuestros meses marzo/abril. Pero Yahweh ordena el cambio, no por considerar que la primavera fuese más apta para señalar el

principio del año, sino para que los israelitas se acordasen siempre de que su vida nacional empezó con la primera Pascua, que fue celebrada en el mes de Abib. Sin duda, el nuevo año se dividía en meses lunares, siendo determinado el día “*de la nueva luna*” por el momento en que la delgada línea de la luna creciente podía distinguirse al ponerse el sol. Había doce meses, normalmente, de veintinueve a treinta días cada uno, pero fue necesario añadir otro mes después de cierto ciclo de años, según normas que no podemos determinar con exactitud ahora. La variación en las fechas de nuestra “Semana Santa” se remontan a estas condiciones del “año lunar” de los judíos, ya que corresponde a las fluctuaciones en la fecha de la Pascua.

La Pascua fue una fiesta familiar (**Ex 12:3-4**). La estrecha relación entre la muerte de los primogénitos y la celebración de la comida pascual determinó, en sus orígenes, que ésta fuese una fiesta familiar. En el caso de una familia pequeña pudo haber un arreglo entre dos pensando en los comensales necesarios para aprovechar el cordero asado. Nunca se perdió del todo este aspecto familiar de la Pascua, pero naturalmente el establecimiento de Israel en la tierra, con la construcción posterior del templo, tendía a enfatizar el significado religioso de una fiesta de importancia fundamental para la vida de la nación. En los tiempos del Señor los corderos habían de sacrificarse en el templo, comiéndose luego en grupos con carácter más o menos familiar, como el del Señor y sus discípulos. Cuando Moisés reitera la ordenanza de la Pascua al final de los cuarenta años en el desierto, (**Dt 16:1-8**) subraya la necesidad de sacrificar la víctima en el lugar que Dios señalara como santuario, que, por fin, llegó a ser Jerusalén, pero los demás detalles concuerdan en lo esencial. Finalmente, al ser destruido el templo por las tropas de Tito, emperador romano, en el año 70 d.C., la relación entre “santuario” y “Pascua” fue rota por necesidad, y hoy en día los judíos celebran la fiesta en familia pero —muy significativamente— sin cordero.

La víctima y su inmolación (**Ex 12:5-6**). Los cabezas de familia podían escoger la víctima entre ovejas o cabras, y, en las instrucciones de (**Dt 16:1-8**) parece ser que se admitía la utilización de otro animal limpio. Con todo, el énfasis recae una y otra vez sobre el cordero, y con el paso del tiempo tanto la práctica como el simbolismo se limitaban a este animal como víctima típica del sacrificio. Es importante que nos fijemos en todos los detalles del mandamiento del Señor, subrayando los siguientes: 1) no fue un corderito lechal, sino un animal de un año, lo cual habla de madurez y valor. 2) Había de ser sin defecto, después de la prueba de los tres días de espera entre el día diez y el día catorce. Hubo amplia oportunidad para la observación del animal con el fin de que no hubiese equivocación alguna en esta parte, tan importante para el simbolismo que señalaba hacia su cumplimiento en “*Cristo, como ... cordero sin mancha y sin contaminación*” (**1 P 1:19**). 3) La inmolación había de efectuarse por las cabezas de familia de toda la congregación “*entre las dos tardes*”, que probablemente indica el intervalo entre el principio de la caída de la tarde a las quince horas (según nuestro modo de calcular) y la puesta de sol. (**Dt 16:6**) habla “*de la puesta de sol, la hora que saliste de Egipto*”. El Cordero de Dios entregó su Espíritu a la hora novena, o sea, a las tres de la tarde, recibiendo la lanzada del soldado romano y siendo sepultado durante el mismo intervalo entre la caída de la tarde y la puesta del sol. No había intervención sacerdotal —algo desconocido aún— y el cabeza de la familia seguía en su papel de “jefe-sacerdote” frente a los suyos. 4) Se enfatiza que toda la congregación había de cumplir el mandato, y ya hemos indicado que, en este caso, recae por primera vez la responsabilidad de obediencia y de fe sobre todo el pueblo de Israel. Es un aspecto esencial de su redención.

La aplicación de la sangre (**Ex 12:7**). El cabeza de familia había de cuidarse de recoger la sangre en un vaso conveniente, y después, usando un manojo de hisopo según (**Ex 12:22**), había de aplicar algo del líquido en los dos postes y en el dintel de su casa

familiar. Es probable que el hisopo se usara sencillamente como una brocha natural, ya que era planta común —“*el hisopo que nace en la pared*” (1 R 4:33)— cuyo tamaño y apretadas hojitas se prestaban a este servicio. La modestia del medio subraya que todo el valor se halla en el valor simbólico de la sangre. Lo importante es que comprendamos que la inmolación del cordero en sí, con el derramamiento de la sangre, no habría salvado la vida del primogénito, puesto que el hecho consumado había de manifestarse claramente en la puerta de la casa donde el destructor habría podido entrar para cumplir su misión de juicio. Todos los primogénitos se hallaban bajo sentencia de muerte, y fue necesario exhibir el hecho de que otra vida había sido sacrificada en lugar de la suya. No podemos fundar la doctrina de la obra vicaria de la cruz sobre este incidente, pero sin duda halla aquí una gráfica ilustración que ayuda a determinar mucha de la terminología posterior de la soteriología en este aspecto fundamental del plan de redención.

La comida sagrada (Ex 12:8-11). Al ponerse el sol la familia ha de hallarse recogida dentro de las puertas señaladas por la sangre de redención. Pero las horas no han de pasarse en espera ansiosa, hasta saber si de verdad el ángel destructor había “*pasado por encima*” de la casa dejando al hijo mayor con vida. La víctima que proveyó el medio de protección ha de ser también la sustancia de la comida sagrada, con la conocidísima connotación de “comunión”, o de “participación” cuando se juntan varias personas para comer las mismas viandas, llegando esta “participación” a todo cuanto significaba el sacrificio de la víctima. De este hecho surgieron las maravillosas formulaciones de la doctrina de la participación ahora proclamada por medio de la Santa Cena, que Pablo entregó no sólo a los corintios sino a la Iglesia toda (1 Co 10:16-17). Lo que se come llega a ser parte vital de la constitución física del comensal, y así la comunión de la Cena representa nuestra participación esencial y real en todo el significado del sacrificio de la cruz.

El asar la víctima entera (sin duda después de la limpieza de los intestinos según la interpretación de los rabinos de Israel) habla del “juicio de fuego” que soporta la víctima. Juan discierne un significado profundo en el hecho de que “*hueso de él no quebrantarás*” (Ex 12:46) con (Jn 19:36), que quizá señala la entrega total de la víctima sin quebranto o separación en cuanto a su persona divina y humana. Por otra parte, el comer en conjunto la carne de la víctima anticipa la institución futura del sacrificio “*de paces*”. En fin, el simbolismo de esta primera Pascua es tan rico en matices, que requeriríamos todo un libro para trazar su desarrollo a través de las Escrituras, y aquí sólo podemos indicar la presencia de muchos “conceptos en embrión” que el estudiante cuidadoso verá desarrollarse en sus estudios complementarios de la revelación escrita. De los panes sin levadura ya hemos hablado algo, y el lector recordará que la ausencia total de todo leudo es un rasgo definitivo de la Pascua.

“*Hierbas amargas*” puede traducirse literalmente por la frase “*con amarguras*”, pero sin duda se trata de un aderezo de hierbas de sabor agrio. No se presenta como cosa desconocida, y no es preciso pensar que tales hierbas estropean el festín aun tratándose del paladar de cada uno. Sin embargo, el detalle parece representar la parte humana del reconocimiento del pecado de parte de los comensales que merecieron el juicio, ya que el arrepentimiento del hombre había de aprestarse a recibir la manifestación de la gracia de Dios.

El cuerpo asado de la víctima se comía por todos, pero no había de “*ver corrupción*”, y por eso todo resto que sobrara había de ser quemado a fuego (versículo 10). No es necesario subrayar el simbolismo que tan claramente señala lo sagrado de la víctima; el hecho de la entrega total fue seguida por la victoria de la resurrección (Hch 2:26-31).

El versículo 11 señala condiciones propias para la primera celebración de la Pascua, ya que, en cualquier momento, después del paso del destructor, los israelitas podrían oír el llamamiento de emprender la marcha. El ceñirse hace referencia a la vestimenta larga y suelta de los israelitas, que necesitaba recogerse por medio de una faja antes de emprender trabajos o marchas. Los orientales no solían llevar sandalias en casa, pero en esta ocasión los hebreos han de estar calzados. Igual explicación tiene el bordón en la mano, y la prisa, pues escaseaba el tiempo si todo lo ordenado había de quedar cumplido antes de la salida. La celebración de la ordenanza futura y anual se hacía de otra manera, prolongándose las distintas etapas del festín y la “sobremesa”.

“Es la Pascua de Jehová” (Ex 12:11-13). Esta parte de la comunicación enfatiza el significado esencial de la “Pascua”, que, como ya hemos visto, es un término derivado de “*pesah*”, o “*pasar por encima*”. En este caso es Jehová mismo quien obra, pero esta terminología no excluye la utilización de agentes secundarios como “*el ángel destructor*”, o, considerando esta visitación como la última plaga, la “*pestilencia*”, que podría tener su relación en el orden natural con la proliferación de peligrosos microbios y virus como resultado obligado de las plagas anteriores. Así solían morir centenares de miles de personas en las plagas bubónicas de la Edad Media. Pero el diagnóstico facultativo, se llama “*plaga de mortandad*” en (Ex 12:13) no afecta en nada la declaración “*pues yo pasaré ... por toda la tierra de Egipto ... yo heriré a todo primogénito ... y veré la sangre y pasaré de vosotros*”. Recordemos el hecho fundamental de que “*el Cordero ... fue inmolado desde el principio del mundo*” (Ap 13:8) (1 P 1:19-20), de modo que el derramamiento de la sangre y su aplicación a las puertas de las casas hebreas refleja algo determinado en el consejo divino antes de cometerse el primer pecado. La sangre de un animal no provee base alguna para la liberación de la muerte como paga del pecado, pero pudo ser señal de la vida de valor infinito del Cordero “*eterno*”, predestinado para su obra redentora desde antes de los siglos y manifestado históricamente en el Calvario. He aquí la “*sangre*” que Dios “*ve*” y acepta como propiciación por el pecado. No se trata de supersticiones, ni de tabúes, sino del reflejo simbólico de una obra basada en la misma naturaleza de Dios —el Dios de amor y de justicia— por la que él mismo provee, en su Hijo, lo que su justicia requiere.

La comunicación divina sobre la ordenanza de la Pascua (Ex 12:14-20). Dios establece la ordenanza de la Pascua. Al introducir este capítulo al lector, le recordamos que el hilo histórico se había de interrumpir en varios lugares por reglamentos sobre instituciones permanentes, elementos esenciales para la vida religiosa posterior del pueblo de Israel. No podemos saber si los detalles de este pasaje fueron dados juntamente con los mandatos sobre la Pascua primigenia, o si se trata de la introducción aquí de reglamentos posteriores. Ya hemos notado que las ideas de entonces sobre la redacción de documentos no exigían la separación de distintos “géneros”, sino que admitían el tipo mosaico literario que estamos estudiando. Lo importante es que la Pascua original había de ser punto de partida para una ordenanza que recordara perpetuamente el gran hecho de la redención por la sangre y la salida del pueblo a la libertad del desierto. Desde este punto de vista corresponde a lo que ha venido a ser la Santa Cena (o el “partimiento del pan”) en la Iglesia, ya que el festín recuerda la muerte expiatoria de Cristo y la comunión de su pueblo redimido, que participa espiritualmente en el pleno significado del hecho. Sin embargo, hemos de señalar una diferencia importante, ya que la Pascua no sólo recordaba la redención pasada, en sentido nacional, sino que por la misma repetición del derramamiento de la sangre anticipaba “algo” que aún se esperaba y que había de elevar el concepto de “sacrificio de sustitución” a su máxima expresión (He 10:1-18).

Los siete días de panes sin levadura (Ex 12:14-20). Es fácil discernir la relación esencial entre la primera comida sagrada, en la que por primera vez los israelitas comían el

cordero asado, y los requerimientos de la ordenanza anual correspondiendo al mes de Abib. Lo que es nuevo es la insistencia en una semana de celebraciones que se inicia y termina con solemnes evocaciones, caracterizándose todo el período por la ausencia de levadura. Las sagradas convocaciones son “sábados” de descanso. La semana de ázimos señala el principio del año religioso, del cual tendremos más que decir al examinar los capítulos 21 y 23 de este libro, siendo el día después del primer sábado la fiesta de “*primicias*”. Pensando en el simbolismo constante del “*leudo*”, como figura del pecado, percibimos algo más que un festín primaveral y la celebración del principio de la vida nacional de Israel, pues el pueblo ha de estar libre de pecado, algo que anticipa las vertientes morales y espirituales de la redención.

El que no se identificara con estas normas, que determinan las relaciones entre Jehová y su pueblo, sería “*cortado de Israel*” por tal muestra de inconformismo y de rebeldía (versículos 15 y 19), que como mínimo supone la excomunión, y en ciertos casos, por lo menos, el cumplimiento de la sentencia de muerte (**Nm 15:32-36**). Hallamos en germen aquí muchos principios que trataremos más detalladamente al estudiar la ley, los preceptos y el pacto.

Los participantes en la fiesta (**Ex 12:19**). Esta fiesta fundamental fue provista para los israelitas, pero tendremos ocasión de ver que el término abarcaba más que los descendientes de Jacob por generación natural. Los esclavos serían circuncidados y pasarían a ser miembros de la comunidad, como también los extranjeros residentes en el país —con miras al futuro— siempre que los varones aceptasen la circuncisión. Los descendientes de estos “nuevos israelitas” se incorporaban rápidamente a la vida del pueblo en todos sus aspectos, y el casamiento entre los antiguos y los nuevos pronto borraría toda distinción. Israel nunca fue una comunidad cerrada herméticamente contra todos los “gentiles”, sino abierta a quienes cumpliesen las condiciones señaladas.

La comunicación de Moisés a los ancianos (**Ex 12:21-28**). La forma de la comunicación. Se ha notado anteriormente que los orientales hallaban natural que los miembros distinguidos de sus familias, clanes y tribus, llegados a cierta edad y madurez de criterio, actuasen como guías y gobernantes de la comunidad, algo que no desaparecería totalmente ni aun bajo sistemas autocráticos. No ha de extrañarnos, pues, que hubiese un buen número de ancianos que podían ostentar la representatividad del pueblo, tomando las medidas necesarias para el cumplimiento de las órdenes recibidas de parte de Dios por medio de Moisés.

Se notan dos vertientes en la comunicación: la primera, que determina el acto inmediato, o sea, la celebración de la primera Pascua para el salvamento de los primogénitos; y la segunda que indica, muy brevemente, la ordenanza perpetua. No hemos de esperar que todos los detalles de la comunicación se hallen en estos versículos, pues no necesitan repetir todo lo que ya se ha presentado en la comunicación de Dios a Moisés.

Los versículos 21 y 22 exponen los aspectos más esenciales de la inmolación del cordero y de la aplicación de la sangre. Sin duda los ancianos recibieron también instrucciones sobre la edad de la víctima, la necesidad de guardarla desde el día 10 hasta el 14, etc. Lo que Moisés enfatiza en el versículo 22 es que ninguno salga por las puertas de las casas hasta por la mañana. La protección se otorgaba a quienes cumplieran las condiciones no ofreciéndose nada a la persona voluntariosa o rebelde.

El paso del heridor (**Ex 12:23**). Ya hemos visto la relación entre la “herida” de Jehová como “primera causa”, y la de su mensajero como agente mediador, que no excluye la “*plaga de mortandad*”. Aquí se describe la intervención directa de Jehová, como protector del primogénito, en las casas debidamente señaladas por la sangre.

La pregunta de los hijos (**Ex 12:24-27**). Moisés pasa a hablar de la ordenanza perpetua, y supone que los hijos de las familias, ya en la tierra, y que no habrían tenido experiencia directa del éxodo, harían preguntas sobre el sentido del acto ritual: “¿*Qué es este rito vuestro?*”. Pasando los siglos la conversación llegaría a ser estereotipada, como una parte esencial de la celebración de la Pascua. Muy importante es la contestación: “*Es la víctima (sacrificio) de la Pascua de Jehová*”. Algunos eruditos han querido negar el elemento de “*sacrificio*” en la celebración de la Pascua, pero esta conversación dirige la mirada de los hijos precisamente a este aspecto primordial del acto. Todo lo demás caería al suelo si no fuese por la presencia de la víctima simbólica que murió por otros.

La obediencia de los israelitas (**Ex 12:28**). En épocas posteriores los israelitas habrían de mostrar un espíritu marcadamente individualista y rebelde, pero en esta ocasión, al oír el mandato de Dios por medio de Moisés, se hallaban bajo la impresión de la tremenda serie de plagas, dándose perfecta cuenta de la importancia y solemnidad de la crisis que ya veían como inminente. “*Fueron e hicieron puntualmente así como Jehová había mandado*”, lo cual indica no sólo “puntualidad” cronológica, sino el cumplimiento exacto de lo ordenado. Podemos suponer, por lo tanto, que ningún israelita perdió a su hijo primogénito aquella noche, aun reiterando que la “redención” no habría de ser “automática”, sino condicionada a la obediencia.

La muerte de los primogénitos (**Ex 12:29-36**). El golpe cae sobre los primogénitos (**Ex 12:28,30**). El solemne aviso había precedido al juicio, del cual Faraón habría podido salvarse si hubiese querido reconocer los derechos del Dios soberano tan claramente revelados y demostrados a través de las plagas. La obediencia de los israelitas contrasta vivamente con la obstinada rebelión del monarca y de los suyos. Cuando murió el ejército de Senaquerib nadie se dio cuenta del hecho hasta por la mañana (**2 R 19:35**), pero la “*plaga de mortandad*” de Egipto afectó de tal forma a los hijos mayores que los padres y familiares se dieron cabal cuenta del desenlace fatal.

La fórmula del versículo 29 es una variante de la de (**Ex 11:5**), y subraya dramáticamente que ninguna familia se libraría del golpe —aparte de los obedientes que aplicaban la sangre del cordero— ni la del rey ni la del prisionero más degradado. El clamor fue universal, y el grito de dolor cobró acentos de inusitada angustia y terror a causa de las impresiones ya producidas por la incidencia de las plagas, culminando en la terrible tormenta y la densa oscuridad.

Normalmente en cualquier comunidad hay casas sin un hijo mayor, primer vástago de un matrimonio legítimo, pero quizá el Señor ordenó las circunstancias de Egipto de tal forma que se cumplieran literalmente las últimas palabras del versículo 30: “*No había casa donde no hubiese un muerto*”, al efecto de subrayar la “sentencia universal de muerte” que tuvo su trágica ilustración en la muerte de todos los primeros nacidos.

La reacción de Faraón y de los egipcios (**Ex 12:31-33**). Moisés había dicho a Faraón: “*Bien has dicho; no veré más tu rostro*” (**Ex 10:29**), que supone una contradicción aparente con la declaración del versículo 31 aquí: “*E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo...*”. La contradicción es más aparente que real, ya que el versículo 29 hace referencia a una embajada oficial que es lo que quiere decir la fórmula “*ver el rostro de Faraón*”. En la espantosa noche de la muerte de los primogénitos no había lugar para “embajadas”. Faraón, preso del dolor y del pánico, se hallaba en (o cerca) de la alcoba del muerto, y su patético recado a Moisés y a Aarón se habrá dado o de lejos o por medio de una tercera persona.

Ya no pone condiciones y no regatea, sino admite todo lo que Moisés había pedido: “*Id, servid a Jehová, como habéis dicho*”. Aún pide la bendición de los siervos del Señor en aquel momento de prostración y de humildad, bien que su reincidencia posterior quita el

valor que podría haber tenido la humilde súplica: “¡Bendecidme también a mí!”. Por el momento se rinde y abre la puerta para el éxodo de par en par en la parte que le corresponde como autoridad real de Egipto. Los egipcios en general se daban cuenta de su peligro. El intento de retener a los israelitas, en contra de la voluntad de su Dios, había resultado en una larga serie de tragedias, culminando en el luto universal producido por el fallecimiento de los hijos mayores de las familias. ¿Qué más les esperaba si persistían en oponerse a la voluntad de Dios tan potente? ¡Sólo la muerte de todos! Así la confesión “*todos somos muertos*” no es tanto una exclamación hiperbólica que surgiera de la angustia de aquel momento trágico, sino una deducción muy lógica de lo que había sucedido. ¡O nos sometemos, o la muerte llegará a todos nosotros! Por eso, sabiendo del decreto real que hizo posible la salida de Israel, coadyuvaron en todo con el fin de acelerar la marcha de los israelitas, “*dándose prisa a echarlos de la tierra*”.

La salida apresurada de los israelitas (**Ex 12:34-36**). Hemos de suponer el fin de la comida pascual en cada una de las casas, y la quema de los restos de la víctima. Hay muchos detalles que quisiéramos saber, meditando un poco en lo que supondría para las amas de casa dejar sus habitaciones, con sus muebles familiares, que no por ser sencillos serían menos apreciados. Un pueblo acostumbrado a vivir en habitaciones rurales había de convertirse en pueblo nómada, viviendo en tiendas de campaña, en el espacio de sólo unas horas. ¡Cuántos trastornos y problemas para tanta gente! Más tarde se enfatiza que Jehová “*velaba*” sobre todo lo acaecido en aquella noche, y hemos de preconizar una gracia especial que fue concedida a todos, dentro del orden providencial divino. La “*mano de Jehová*” ordenó miles de pequeños factores, impidiendo que la salida precipitada degenerase en un caos que estorbara todo movimiento eficaz. Las pequeñas artesas y los molinos de mano constituían los medios básicos para preparar el pan cotidiano y no podían faltar. Lo que luego había de ser prohibición estricta —el uso de levadura durante la fiesta de la Pascua— fue algo aparentemente accidental en la Pascua histórica, que se menciona más bien para ilustrar las prisas de aquellas horas críticas. Las artesas se llevaban a hombros, con la masa dentro sin leudar, porque no había tiempo para hacer más. Dentro de este ambiente, preparado por el mismo Señor, los egipcios no veían nada extraño en recompensar a los israelitas por sus pérdidas y trabajos entregándoles cantidades de alhajas, de metales preciosos, además de vestidos. El descubrimiento del tesoro acumulado en la tumba de Tutankamón puso al descubierto el grado del desarrollo del arte de orfebrería entre los egipcios, y los israelitas se aprovecharon de tan ricos tesoros al salir de la “*tierra de servidumbre*”. Los “*despojados*” durante siglos pudieron “*despojar*” a sus antiguos amos al pasar a una vida nacional de libertad.

Los primeros pasos del Éxodo (Ex 12:37-15:21)

Las primeras etapas de la ruta del éxodo (Ex 12:37-41)

Ramesés y Sucot (**Ex 12:37**). Los cambios topográficos que resultaron de la construcción del canal de Suez han aumentado las dificultades de los arqueólogos al intentar la identificación de la ruta de los israelitas, y las discusiones eruditas continúan sobre el tema. Al momento de escribir este comentario, las sugerencias de W.F. Albright se aceptan por muchos escriturarios. Ramesés, cerca de Pitón (**Ex 1:11**), fue una ciudad fronteriza reedificada y hermo­seada por Ramesés II (1290-1224 a.C.) en el área general de las ciudades también llamadas Avarís (por los hiksos) Zoán y Tanis. Ya hemos notado el interés que tuvo el “reino nuevo” (que empezó con la dinastía 18) en fortalecer su frontera oriental, después de la amarga experiencia de la dominación de los hiksos. También se vieron obligados a hacer frente al empuje del poderoso imperio de los hititas. En vista de que los israelitas habían tenido que trabajar en la edificación de esta ciudad, es natural que hubiera una gran concentración del pueblo en sus alrededores, que se hallaba, además, en los lindes de Gosén. Quizá otras compañías de israelitas dirigieron sus pasos hacia Sucot desde otras regiones, pero la cabeza de la expedición salió de Ramesés.

Sucot (“cabañas”) se hallaba al sur de Ramesés, y aun algo distante de la barrera de los mares y lagos que separaban Egipto de la península de Sinaí, ahora incorporados en el canal de Suez. Aun si los israelitas no se hallasen provistos todavía de todas las tiendas de campaña necesarias, no les faltaría abundante provisión de cañas para hacer chozas, y amplio espacio para plantar su primer campamento. De los números notados en el versículo 37 ya hemos hablado anteriormente, pensando en la posibilidad de un error en la transcripción de esta cifra, que parece exorbitada, pero sin ánimo alguno de rechazar la posibilidad de que Dios ordenara aquello y más, si los hechos revelados dan pie para afirmarlo. Se trata de tomar en consideración todos los datos de los cuales disponemos.

La multitud mezclada (**Ex 12:38-39**). Quizá se adhirieron restos de pueblos fugitivos o desterrados a los israelitas. Recordando que Egipto era un imperio ya, que había dominado —siquiera parcialmente— los pueblos heterogéneos de Canaán-Siria, es natural pensar que se hallasen muchos extraños en la tierra, que viesan en la salida de Israel una promesa de libertad para ellos mismos. Los rebaños y ganados demuestran que los israelitas se habían mantenido como pueblo de pastores y de ganaderos, pese a la opresión, pero la necesidad de llevar y cuidar de tantos animales aumenta el milagro del éxodo. La insistencia en la falta de preparación de provisiones subraya las prisas de la salida, pero nadie había de pasar hambre por ello.

La duración de la estancia de los israelitas en Egipto (**Ex 12:40-42**). Recordemos las consideraciones sobre la cronología de este período que ofrecimos en el capítulo introductor. Vimos que la cifra de 430 años coincide con otros datos y puede aceptarse, pese a la dificultad que a menudo surge en la transcripción de cifras en los manuscritos bíblicos. El autor enfatiza que los años se cumplieron aquella misma noche, lo que supone que los jefes de Israel habían llevado anales muy exactos. Es de suponer que los primeros movimientos empezaron a producirse por la noche (versículo 42), y que continuaron durante el día siguiente (versículos 40 y 41). “*Todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto*”, y es de notar la expresión militar que refuerza la impresión de una obra divina, garantizando el buen orden, pese a todas las posibilidades de confusión al iniciarse un movimiento tan extenso en circunstancias enteramente inéditas.

El versículo 42 debiera traducirse como sigue: *“Fue una noche de vigilancia de parte del Señor para sacarles de la tierra de Egipto; y por eso esta misma noche es noche de vigilancia (o guardia) para el Señor por todo el pueblo de Israel a través de sus generaciones”*, señalándose así la vertiente doble del modo en que Jehová mantuvo su “guarda” sobre su pueblo, a los efectos de sacarle con bien, esperando luego de sus protegidos que ellos siempre vigilasen durante las horas de aquella noche —la de la Pascua— recordando esta obra de amor de parte de su Dios en la noche que se puede conceptualizar como la del “alumbramiento” del pueblo.

La ordenanza de la Pascua (Ex 12:43-13:2)

Un paréntesis en la narración. Como ya advertimos en las observaciones preliminares a este capítulo, hemos de estar dispuestos a discernir los distintos estratos de un “mosaico literario” en el que los elementos históricos dan lugar a otros legales o rituales, según la ocasión. La celebración continuada de la Pascua, como recuerdo del éxodo, fue algo tan importante que había de asociarse en sus fuentes históricas con el acontecimiento en sí. A nuestra mentalidad occidental parecería bastante, por lo pronto, la advertencia sobre la ordenanza perpetua que ya se había dado en **(Ex 12:24-27)**, y tendríamos prisa para saber lo que pasó durante las primeras horas de la gran salida. Sin embargo, el hilo histórico se rompe una vez más para dar lugar a una comunicación divina a Moisés y a Aarón que subraya algunas facetas de la fiesta anual.

Los esclavos y extranjeros en relación con la Pascua **(Ex 12:43-49)**. El carácter nacional de la Pascua se pone de relieve siempre, ya que recuerda el “nacimiento” de Israel como un pueblo separado para su Dios. Quizá la referencia a los elementos mezclados que salieron con los israelitas motiva estos preceptos sobre quiénes podrían participar en la fiesta fundacional del pueblo. Dejando para más tarde la cuestión de la ética de la esclavitud —aun en la forma “benigna” practicada por los hebreos— notamos que el esclavo se consideraba como parte integrante de “la casa” de su amo, quien haría circuncidar a los varones y a los hijos varones de todos ellos. Tales personas pasaban a formar parte del pueblo redimido, en sentido religioso, pudiendo comer de la Pascua. En cambio, un servidor que trabajaba por un sueldo, o un extranjero que pasara por el país, estaba excluido, pues no existía un lazo irrompible entre él y la sociedad israelita. Por supuesto, si tal persona deseaba unirse a Israel, como prosélito, sería circuncidado —siendo varón— y llegaría a ser considerado como un israelita más (versículo 48). La puerta de la comunidad religiosa nunca estaba cerrada en contra de los gentiles con tal de que aceptaran los postulados básicos de la vida de la nación. La gran “novedad” que, muchos siglos más tarde, había de escandalizar a los judaizantes, fue la recepción de creyentes gentiles en el seno de la Iglesia sin más condición que el arrepentimiento y la fe en Cristo **(Hch 10:1-11:18)**.

Persiste aún el carácter familiar de la fiesta **(Ex 12:46-47,50)**. Al enfatizarse estos preceptos, la Pascua se consideraba todavía como fiesta estrictamente familiar, comiéndose la víctima y el pan sin levadura dentro de la casa, sin que fuese permitido llevar nada de la carne fuera por miedo a la corrupción. Aparentemente es el cabeza de la casa quien tiene que cuidar de que no se rompa hueso alguno de la víctima: particularidad cuyo significado simbólico ya hemos meditado **(Ex 12:46) (Jn 19:36) (Nm 9:12) (Sal 34:20)**. Se ha comentado ya que el establecimiento de Israel en la tierra, con la elección del templo de Jerusalén como lugar que Dios había escogido para poner allí su nombre, hubo de modificar en parte los reglamentos para la inmolación de la víctima. La nota sobre la obediencia del pueblo en cuanto a una observancia aún futura (versículo 50) ha

de ser obra de un redactor posterior, quien da fe de la sumisión de Israel —por lo menos en su época— a los reglamentos notados en tan extrañas circunstancias.

La consagración de los primogénitos (**Ex 12:51**) (**Ex 13:1-2**). El análisis de esta porción resulta bastante difícil, y sólo notamos aquí que el versículo 51 recalca la importancia del día del éxodo, haciendo eco de (**Ex 12:40-41**). La consagración de los primogénitos es el tema de (**Ex 13:11-16**), pero el mandato preliminar se introduce ya en (**Ex 13:1-2**), antes del discurso de Moisés que resume las dos ordenanzas que surgen directamente de la Pascua y del éxodo. Los hijos mayores habían sido protegidos de un modo especial en Egipto, por intervención especialísima de Jehová. Por consiguiente, han de ser considerados como “posesión” peculiar de quien los rescató, lo mismo si se trataba de seres humanos como de animales “... *todo primogénito ... mío es*”. El concepto se elabora en la segunda fase del discurso de Moisés.

Declaraciones de Moisés frente al pueblo (Ex 13:3-16)

“*Tened memoria de este día*” (**Ex 13:3-7**). Las declaraciones de Moisés frente al pueblo enfatizan la importancia de recordar el día por medio de la Pascua anual, conmemoración perpetua. Piensa sobre todo en la vida futura del pueblo, establecido ya en Canaán (versículo 5), y reitera la necesidad de guardar la semana de los panes sin levadura, iniciada por la Pascua y culminando en una convocación solemne.

La contestación al hijo (**Ex 13:8-10**). Una segunda generación suele interesarse mucho por las experiencias de la anterior, aunque no hemos de suponer divisiones como las que existen hoy en día en épocas cuando la jerarquía familiar constituía la base de la vida social de las comunidades. En declaraciones anteriores a los ancianos sobre el mismo tema, Moisés ya suponía la pregunta, de parte de los hijos, frente a la celebración anual de la Pascua: “¿*Qué es este rito vuestro?*” (**Ex 12:26**) y mantiene la misma suposición al insinuar la respuesta: “*Se hace esto con motivo de lo que Jehová hizo conmigo cuando me sacó de Egipto*”. En los anales de Israel el número singular se emplea a veces para enfatizar la unidad del pueblo Israel, como “*hijo*” de Jehová, pero aquí parece ser que hemos de entender la individualización de la confesión del padre, quien entiende bien que cada uno de los israelitas había recibido el beneficio de la salvación al ser librado de Egipto. Dios obró “por todos”, pero también “por mí”. La respuesta cobra mayor significado en vista de la idea muy difundida de que los hebreos pensaban casi exclusivamente en los aspectos corporativos de su vida en épocas tempranas, suponiéndose que sólo en los tiempos de los profetas del destierro babilónico se iba destacando la responsabilidad personal de cada uno. Recordemos, sin embargo, el singular relieve que adquiere el israelita piadoso en muchos de los salmos.

El versículo 10 ilustra el valor conmemorativo de la Pascua por una referencia a la costumbre de llevar recuerdos —anillos, pendientes, colgantes de diversa índole— o en la mano o en la frente, siendo el adorno en la frente más propio de mujeres. Debíamos leer: “*Te será como una señal sobre tu mano y como un memorial entre tus ojos...*”. El anillo, con su sello, se utiliza entre nosotros sobre todo en las “alianzas” que se intercambian entre esposos. Sin embargo, entrañaban mayor significado e importancia en tiempos cuando el arte de escribir era menos conocido. Al contemplar el adorno, el portador se acordaba de ciertas personas amadas, o de ciertas fechas señaladas, sirviendo los recuerdos para reanimar el cariño o la gratitud. “Así —dice Jehová— será la celebración de la Pascua, que os ayudará a reavivar la memoria de la experiencia fundamental de mi obra de gracia al sacaros de la casa de servidumbre”. El hecho de que la costumbre referida degenerara posteriormente en la superstición de las filacterias de los fariseos no anula su significado en este lugar (**Pr 3:3**) (**Pr 6:21**) (**Dt 6:9**) (**Dt 11:20**). De

igual modo la Santa Cena ayuda a despertar la memoria dormida de los cristianos que quieren aprovecharse de este medio de gracia.

La redención de los primogénitos (**Ex 13:11-16**). La necesidad de redimir a los primeros nacidos del padre en legítimo matrimonio —como ya vimos al comentar (**Ex 13:1-2**)— brota de la salvación de los primogénitos de Israel en la noche del éxodo, y por eso se incluye aquí en las declaraciones de Moisés al pueblo, emparejándose con la celebración anual de la Pascua y con idéntico recurso dramático: la supuesta pregunta del hijo: “¿Qué es esto?” o “¿Qué significa esto?”. No podría ser el nuevo vástago el que formulara la pregunta, sino un miembro de la familia que se diera cuenta de la redención de algún primogénito, efectuada conforme a una ceremonia apropiada. Pasando el tiempo, todo ello pasaría a ser parte del ritual, gobernado por rígidas tradiciones, pero eso no anula el profundo valor simbólico del acto de la redención. Los creyentes de esta dispensación sacan análogas deducciones de su liberación de la muerte por el derramamiento de la sangre de Cristo: “No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio” (**1 Co 6:19-20**).

Analizando las declaraciones aquí a la luz de (**Nm 18:15-18**) vemos: 1) que el primogénito de todo animal “limpio” había de ser sacrificado, según las normas generales de los sacrificios “de paces”, siendo porción de los sacerdotes la parte de la víctima que no fuese ofrecida sobre el altar; 2) los animales no “limpios” habían de ser “redimidos” mediante el pago de cinco siclos de plata, supliendo así una parte de los ingresos necesarios para la manutención de los levitas; 3) tratándose del asno, la redención se había de efectuar mediante el sacrificio de un cordero (**Ex 13:13**), y si el dueño no quisiera ofrecer el sacrificio, había de matar el asnillo; y 4) el primogénito del israelita había de ser redimido mediante el sacrificio, probablemente, de un cordero. Nos acordamos de que el mismo Señor, como varón primogénito israelita, fue “redimido” de igual forma, siendo él nada menos que el “primogénito” en quien todo el simbolismo había de ser cumplido (**Lc 2:23**).

La ceremonia, con la referida pregunta, da lugar a la declaración de fe del padre hebreo, quien resume las características de la redención, recordando cómo la mano del Señor, frente a la obstinada rebelión de Faraón, obró con poder y juicio, hasta llegar a la muerte de los primogénitos. Este aspecto de la salvación de los primeros nacidos de Israel entrañó el derecho soberano del Redentor sobre todos los redimidos. De nuevo Moisés emplea la ilustración de los “adornos de recordación” para subrayar el significado del repetido acto.

La primera generación de primogénitos —después del “nacimiento” de Israel como pueblo de Jehová— fue sustituida por la tribu de Leví. Los “redimidos”, según el simbolismo del rito, debieran haber sido apartados para el servicio del Señor. Sin embargo, en vista de la dificultad de llevar al terreno práctico esta dedicación de todos los primogénitos, la tribu de Leví fue aceptada lo que hizo posible la continuidad de su labor por descendencia natural. Pero, como ya hemos visto, el principio básico de la redención del primogénito persistía y se practicaba en las generaciones sucesivas. Las ordenanzas preconizan las condiciones del pueblo ya establecido en la tierra (**Ex 13:11**).

De Ramesés hasta el mar (Ex 13:17-14:4)

Las primeras etapas de la ruta (**Ex 13:17-18,20**) (**Ex 14:1-3**). Ya hemos visto que el punto de partida fue Ramesés, desde donde los israelitas viajaron cincuenta kilómetros hacia el sur, organizando su primer campamento importante en Sucot (“cabañas”), punto que serviría para recoger contingentes venidos de otras partes. Dios prohibió el uso del camino directo y corto a Canaán, el “de la tierra de los filisteos” (la ruta que más se

acercaba a la costa) ya que estaba bien guardada por fuertes guarniciones de egipcios, y el pueblo no se hallaba en condiciones aún de emprender guerras.

Los israelitas “*subieron armados*” (**Ex 13:18**), pero falta la descripción de estas armas, y aún necesitaban tiempo para organizarse como pueblo. Al ser guiados hacia Sucot, habían evitado la ruta peligrosa “*de los filisteos*”, pero fue preciso buscar un punto de travesía al norte, y por eso les vemos “*rodeando*” por el camino del “*mar Rojo*” (**Ex 13:18**), y “*la vuelta*” notada en (**Ex 14:2**) indica probablemente un cambio de dirección hacia el noreste.

Se han hallado los nombres de Migdol y de Baalzefón en los anales egipcios, pero, por desgracia, los arqueólogos no han podido identificar ninguno de los lugares al borde del desierto y cerca del mar Rojo —Etam, Pihahiro, Migdol, Baalzefón— que señalaba el área del campamento antes de la travesía, pero es probable que se hallaran situados en la ribera occidental al norte del lago Timsa. Etam se hallaba “*a la entrada del desierto*”, o sea, al límite de la tierra regada por el Nilo. No es posible saber mucho de la profundidad del agua de esta cadena de lagos, en sus distintos puntos, pero, aun no siendo “mar profundo” como el mar Rojo propiamente dicho, ofrecieron una barrera infranqueable al paso de los israelitas, aparte de una intervención milagrosa de parte de Dios.

Faraón quedó extrañado al recibir noticias de los movimientos de Israel, y, con razón, desde el punto de vista estratégico, pensaba que se habían metido en una trampa, entre desiertos y aguas, constituyendo una presa que podría recoger fácilmente (**Ex 14:3**). Según su pensamiento, su ejército, rápido y eficaz, podría rodear la multitud a la manera de perros pastores que rodean los rebaños, devolviéndola a su lugar y a su trabajo. Etam fue el lugar del campamento, y los demás sitios señalan el área en general que mediaba entre las fértiles tierras regables y las aguas de los lagos. Ya hemos notado que, al trazar esta ruta, hemos seguido los estudios de W. F. Albright, pero advertimos que no todos los eruditos están conformes con las conclusiones que saca este gran erudito.

El ataúd de José (**Ex 13:19**) (**Gn 50:24-26**). José podía haber ordenado su entierro —con el cadáver momificado según la costumbre egipcia— en una pirámide si hubiese querido; o, alternativamente, habría podido dejar órdenes para su sepultura inmediata en la tierra de Canaán, en el sepulcro familiar en Macpela, como lo había hecho Jacob. Prefirió, sin embargo —y no dudamos de la inspiración divina— romper tanto con las costumbres egipcias como con las hebreas, ordenando que su ataúd fuese guardado en medio de Gosén como señal, muda y elocuente a la vez, de que los israelitas habían de retornar a la tierra de sus antecesores. Quizá tal señal fue elemento importante en la “conversión” de Moisés cuando determinó unirse a su pueblo, dejando las comodidades y el poderío del palacio de los faraones. La fuerza de la solidaridad de los pueblos orientales y su fidelidad a la palabra jurada, aun tratándose del compromiso de generaciones anteriores, se echa de ver claramente en la obediencia de los líderes de Israel, después de José, recordando sus mandatos aun en medio de los apresurados arreglos de la noche del éxodo. La momia del gran libertador del pueblo fue llevada en medio del pueblo a través de todas las jornadas de las peregrinaciones, y los primeros de la conquista, hasta que fue sepultado finalmente en Siquem, en el corazón de Canaán, en la parcela de tierra que su padre Jacob había comprado: tierra de sus primeros recuerdos (**Jos 24:32**).

La columna de nube y de fuego (**Ex 13:21-22**). Las columnas de humo de día y fuegos encendidos de noche se empleaban corrientemente para la orientación de ejércitos en la época que tratamos, pero hemos de desechar toda idea de que el lenguaje del versículo 21 se pueda explicar por procedimientos humanos. Es preciso complementar este principio de la guía especial que Jehová concedió a su pueblo por medio de las descripciones más detalladas del fenómeno que hallamos en (**Ex 40:24-38**) y (**Nm**

9:15-23), y así comprenderemos que la columna de nube y de fuego fue una manifestación de la presencia de Dios, asociada más tarde con el tabernáculo, puesta a la disposición de Israel desde los primeros momentos del éxodo como guía y auxilio del pueblo peregrino. En las Escrituras se habla de la gloria de Jehová, pero los rabinos, siempre temerosos ante referencias directas a la Deidad, preferían usar el término “*shekina*”, que se deriva de una raíz que significa “*morar*”, indicando que la gloria de Dios permanecía en medio del pueblo del pacto. Quizá la imagen popular que se nos presenta de una columna de nube —parecida a la del humo que brota de altas chimeneas— es demasiado simplista. Parece ser que la nube podía extenderse con el fin de dar sombra al pueblo durante el ardiente calor del desierto, además de proveerles de dulce claridad durante la noche. La nube, además de señalar la presencia de Dios, servía para guiar al pueblo que había de atravesar caminos desconocidos. Sin embargo, el hecho de que pudiesen seguir la marcha “*de día y de noche*” entraña también la función de sombra y de iluminación. Lo fundamental es que “*Jehová iba delante de ellos*” enviando la forma de manifestación que más convenía a las necesidades de su pueblo.

El tema de las “teofanías” —manifestaciones parciales de la gloria de Dios— ha de surgir en diversas secciones del libro de Éxodo, de modo que no hemos de agotar el tema aquí. El versículo 22 subraya la constancia de la guía que Dios dio a Israel pues “*nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día ni de noche la columna de fuego*”, hasta que el pueblo se halló ya en la tierra de Canaán, donde las necesidades serían otras, exigiendo diferentes provisiones. Como lección práctica, que nos sirve de gran consuelo, notemos que Dios sabe con exactitud lo que necesitan los suyos, que podrán “*sacar fuerzas de la gracia de Dios*” (**2 Ti 2:1**), según las circunstancias del momento. Por otra parte, el hecho de que Israel se rebelara tantas veces, a pesar de tener la “*shekina*” a la vista, aumentaba mucho la gravedad de su oposición a la voluntad del Señor.

La víspera de la travesía del mar (Ex 14:5-19)

La última rebelión de Faraón (**Ex 14:5-9**). La comunicación que Dios concedió a Moisés, según (**Ex 14:1-4**), tiene como primer objeto orientarle exactamente sobre la ruta a seguir —que ya hemos intentado trazar— pasando luego a profetizar las reacciones de Faraón. Los movimientos que parecieron locura a Faraón y a sus generales fueron ordenados por Dios precisamente con el fin de levantar de nuevo el espíritu orgulloso del rey —que estaba lejos de someterse voluntariamente a Dios— quien ya se recobraba de la primera postración producida por la muerte de su hijo-heredero. Ya hemos visto que esta consideración no mengua la culpabilidad del monarca, cuyo último conato de rebelión brotó de su soberbia y despecho. Al mismo tiempo manifiesta bien a las claras que Dios había de utilizar esta causa secundaria para llevar a efecto su plan para la destrucción total del ejército de Egipto, librando así a su pueblo de un peligro inminente mientras estuviese cerca de las fronteras del país enemigo. Las dramáticas lecciones de las plagas fueron olvidadas rápidamente —tal es la condición del corazón del hombre caído— y Faraón y sus consejeros volvieron a hacer sus cálculos con olvido completo de lo que Dios les había manifestado. He aquí sus reacciones después de desvanecerse al terror de la noche de la Pascua: “*¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva?*”, “*¡Qué locura la de habernos dejado impresionar por unos fenómenos algo misteriosos —exclaman en efecto— perdiendo así una vasta reserva de mano de obra barata!*”.

Ahí se hallaba el ejército aún, intacto, bien organizado, y capaz de movimientos rápidos, gracias al uso de los carros de caballos introducidos por los hiksos. Parece ser que Faraón mismo se puso a la cabeza de sus fuerzas (versículos 8 y 10), pero eso en sí no

prueba que el rey siguiera a Israel por el camino que se abrió en el mar, ya que su vida sería sagrada para sus consejeros, quienes procurarían protegerle. Al continuar la narración sólo declara que las aguas volvieron sobre el ejército de Faraón (**Ex 14:28**). Los generales egipcios pronto tuvieron a la vista la multitud de Israel, acampada frente al mar Rojo.

Las reacciones y murmuraciones de los israelitas (**Ex 14:10-12**). Si bien los egipcios rechazaron las lecciones de los juicios del Señor hasta el extremo de lanzarse a un acto de desafío, osado y desastroso, los israelitas no les aventajaban como hombres naturales, ya que desaprovecharon las enseñanzas, escritas en letras de molde, que Dios les había concedido por reiteradas intervenciones a su favor. Al ver a los egipcios *“temieron en gran manera”*, y bien que el historiador añade que *“clamaron a Jehová”*, las palabras que dirigieron a continuación a Moisés muestran que se trataba más de un “clamor de protesta” que de fe. Sin duda no faltaban otros hombres fieles, pero el peso de la responsabilidad recae sobre el caudillo, cuyo espíritu se había templado hasta tal punto por las pruebas pasadas, que no limitaba en nada el poder de Dios, confiado en sus promesas. Dejando aparte las murmuraciones anteriores a las revelaciones especiales que Dios les había concedido (**Ex 5:20-21**), ésta es la primera de las muchísimas protestas del pueblo que se han de notar en este libro y en el de Números —recogidos con comentario espiritual en el Salmo 106— y señala la triste pauta para las reiteradas reacciones incrédulas y rebeldes de los israelitas.

El gozoso triunfo de las primeras marchas se cambia en amargas quejas y negro pesimismo. “¡Hemos de morir todos! ¿Por qué no morimos en Egipto en lugar de ser muertos en este lugar de exilio y de desolación? ¡Ya te lo dijimos!”. Por lo menos estos lloros, que pueden caracterizarse casi de “rabieta infantil”, sirven de telón de fondo sobre el cual se destacan tanto la gracia de Dios como la constancia de Moisés, el siervo que ya se hallaba a la altura de su ardua misión.

La exhortación de Moisés (**Ex 14:13-14**). El hecho de que Dios dijera luego a Moisés: *“¿Por qué llamas a mí?”*, no anula el gran valor del mensaje que el caudillo dirigió al pueblo desanimado, cobarde y rebelde, sino sólo indica que el momento había llegado para la marcha ya determinada y provista, que había de efectuarse por la calzada más extraña que jamás utilizara pueblo o ejército en el curso de la historia. Moisés quiso consolar al rebaño atemorizado por medio de una magnífica declaración de fe. No sólo exhorta al pueblo a perder el miedo, permaneciendo firmes frente al peligro —veía quizá, que se hallaban cerca de una desbandada general motivada por un pánico colectivo— sino que prometió que habrían de presenciar una obra de Dios de tal magnitud que jamás volverían a ver a sus enemigos. Ellos podían estar tranquilos, ya que Jehová había de pelear por ellos. Es probable que —siglos más tarde— el fiel rey Josafat hallara inspiración en estas mismas palabras al dar expresión a idéntica confianza en Dios, frente a una situación “imposible” (**2 Cr 20:12,17**).

Se prepara el camino por el mar (**Ex 14:15-20**). Jehová anuncia el modo en que el éxodo ha de llegar a aquella consumación que entrañaría la destrucción total de la fuerza del enemigo. Las aguas del mar Rojo no han de ser obstáculo para la marcha, sino camino real a la libertad, además de constituirse en el medio para el aniquilamiento del ejército egipcio. Al levantar Moisés la vara —consagrada en tantas ocasiones como símbolo del poder de Dios obrando por medio de su siervo— las aguas del mar han de dividirse al efecto de que los israelitas pasen por en medio de ellas pisando tierra seca. No sólo eso, sino que los egipcios han de sentirse envalentonados, creyendo que podrán seguir por donde Israel ha pasado, lo que dará lugar a la destrucción total de su magnífico ejército, quizá el mejor del mundo en aquella época. Será la lección final de la larga serie, y *“sabrán los egipcios que yo soy Jehová”* (versículo 18). No sólo habría luto en Egipto por

la pérdida de los primogénitos, sino también por la muerte de la flor y nata de sus hombres valientes ahogados en las aguas del mar.

La protección que otorga la nube (**Ex 14:19-20**). “*El Ángel de Jehová*” iba delante de Israel, y el título corresponde a la manifestación de la presencia de Dios en sentido “ejecutivo”. Se menciona aparte, pero sin duda la presencia del “Ángel” se asocia estrechamente con la nube de sombra y de gloria, que también cambia de situación, quitándose de la cabecera de las huestes de Israel con el fin de proveer la necesaria protección de retaguardia. Es muy significativo el fin del versículo 20: “... y era nube y tinieblas para aquéllos (los egipcios) y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros”. Cuando Dios se manifiesta a espíritus rebeldes no son conscientes sino de nube, oscuridad y terror, pero la misma presencia es luz, alegría y socorro para los suyos.

El camino abierto (Ex 14:21-31)

Los hijos de Israel entraron por el camino abierto (**Ex 14:22**). El momento de dudas y de lamentos había pasado. El pueblo, al ver a Moisés extender la vara —como lo había hecho tantas veces en Egipto— y comprobar los maravillosos resultados, se acordó de los milagros anteriores, llegando a la convicción de que Jehová seguía peleando por ellos, comentando el escritor inspirado de Hebreos: “*Por la fe (los israelitas) pasaron el Mar Rojo como por tierra seca*” (**He 11:29**). Soplaban un viento recio en sus rostros, y allí, a lo lejos, se amontonaban las aguas inestables, pero la gloria de Dios se dejaba ver entre ellos y sus enemigos, dándoles tal confianza que los hombres animaban a sus bueyes, otros arreaban a sus burros, las mujeres agarraban la mano de sus pequeños, caminando todos por donde, horas antes, no había más que extensiones de agua. De todas las maravillas que hiciera Dios por su pueblo, ésta se lleva la palma como manifestación de su control de todas las fuerzas naturales, ya que fue hecho “*camino en el mar*”, tema de innumerables cánticos de triunfo de los cuales el de Moisés fue el primero. Ha llegado el momento de la consumación del ÉXODO, el “camino fuera”, el acto final de la separación de Israel de Egipto.

El atrevimiento de la incredulidad (**Ex 14:23**). Montados en sus carros y viendo el buen orden de sus escuadrones, los líderes egipcios volvieron a confiar por completo en el “brazo de la carne”, con olvido de que Dios les había dado a conocer su NOMBRE a través de la prolongada sucesión de plagas. “¡Si los israelitas, con sus mujeres y niños, arreando bueyes y asnos, pueden pasar por el camino abierto por el viento del este, ¿por qué no lo hemos de hacer nosotros, montados en nuestros veloces carros de combate? ¡Vamos tras ellos!”. ¡Pobres “razones” humanas que dejan fuera de sus cálculos al Dios omnipotente! El versículo 23 subraya la locura de ordenar el avance de la totalidad del ejército “*hasta la mitad del mar*”, pese a la oscuridad de la nube que les separaba de los fugitivos.

El principio de la derrota (**Ex 14:24-25**). Se trata ya de la última batalla entre Jehová, Dios de Israel, y las fuerzas humanas y diabólicas de Egipto. “*A la vigilia de la mañana Jehová miró las huestes de los egipcios*” escribe el autor, utilizando el acostumbrado lenguaje antropomórfico para recordar el momento de iniciar la última acción bélica de la gran campaña. Dios “*miró*” y “*obró*”, estorbando los movimientos del enemigo y dando lugar a que todos los israelitas pasasen a salvo a la ribera oriental del mar Rojo. Es probable que el verbo traducido por “*quitar*” en el versículo 25 signifique más bien “*entorpecer*”, tratándose de las ruedas de los carros, que se hundían en los blandos arenales reduciendo muy considerablemente el ritmo de la marcha. La firmeza del piso había sido parte del milagro del éxodo, al permitir el paso de los israelitas con sus pesados carros,

pero ya no hay “calzada firme” para el ejército enemigo, sino terreno pantanoso. Al darse cuenta de este serio impedimento, se despertaron a la realidad de su peligrosa situación. Demasiado tarde se acordaron de que Jehová era el “General” de los israelitas, luchando a su favor, y muy tarde emprendieron la retirada a su tierra (versículo 25).

La última arma de guerra (**Ex 14:26-28**). Dios había empleado los recursos naturales de Egipto y los peligros normales de sus condiciones climatológicas en su guerra con el enemigo recalcitrante, humillando a sus dioses y rebajando el orgullo nacional. El arma que se emplea para asestar el golpe final consiste en las aguas que protegían la frontera oriental del país y que habían coadyuvado tantas veces en la historia de Egipto como medio para defender su civilización peculiar y recluida contra ataques e infiltraciones ajenas. A causa de su ceguera persistente y su loca soberbia, estas mismas aguas amigables y protectoras se convierten en el elemento que Dios utiliza para la destrucción total de su poder. Las huestes de Egipto se hallan a mitad del camino, comprendiendo demasiado tarde la imposibilidad de alcanzar su presa, y, a la vez, impedidos en sus deseos de huir a la ribera occidental. Los israelitas están ya a salvo. Es entonces cuando viene el mandato divino a Moisés: “*¡Extiende tu mano sobre el mar!*”. La falta de una referencia a la vara no indica que Moisés la hubiese soltado, sino más bien se supone que lleva la vara en la mano. Fue la señal para que cesara la fuerte presión del viento del este sobre las aguas, que volvieron a su cauce normal. No hacía falta mucha profundidad de agua para conseguir el total aniquilamiento de las fuerzas egipcias que se habían atrevido a avanzar por el ancho camino antes abierto, y tanto los carros como la caballería e infantería quedaron sumergidos. El autor sigue utilizando metáforas militares cuando escribe: “*Jehová derribó a los egipcios en medio del mar*” (versículo 27). El momento de extender Moisés su mano coincidió por una parte con la salida de los últimos israelitas a la firme ribera oriental, y por otra con el avance de la totalidad del ejército enemigo hasta el punto medio del mar Rojo, de modo que, al salvarse todos los hebreos, “*no quedó de (los egipcios) ni uno*”.

Los israelitas contemplan la obra consumada (**Ex 14:29-31**). El hecho histórico acaba de narrarse, pero tan sublime obra merece un resumen, que sirve también para introducir las reacciones del pueblo salvado. El autor (o redactor) quedó impresionado por la protección que Jehová había otorgado a su pueblo, proveyéndoles de un “muro” a derecha y a izquierda, llevándoles por la mano a la tierra de su liberación y a la vez convirtiendo el muro protector en arma destructora que derribó al enemigo. Se reitera la consumación de la obra: “*Así salvó Jehová aquel día a Israel de mano de los egipcios*”. Según tradiciones que recogió Flavio Josefo, el viento del este viró hasta soplar del oeste, lo que llevó muchos de los cadáveres de los egipcios a la ribera donde se hallaban los israelitas, que así recibieron prueba ocular de la destrucción del temido ejército (versículo 30). Siempre según Josefo, los despojos de los militares muertos aumentaron considerablemente los pertrechos militares de los israelitas, quienes quedaron en mejor situación para enfrentarse con los enemigos del desierto, con referencia especial a los amalecitas (**Ex 17:8-16**). Pero lo importante —desde el punto de vista estratégico— fue la destrucción del ejército, inmediatamente después de las severas pérdidas que había sufrido la economía egipcia. Esto proveyó para Israel el tiempo que necesitaba para llevar a cabo su cometido de organizarse como nación, en circunstancias de paz en lo que respecta a Egipto. Este imperio recobró pronto su poderío, pero mientras tanto Israel había llegado a ser un pueblo libre y fuerte, sin que existiera la más remota posibilidad de que fuese sujeto de nuevo, por la fuerza, a la servidumbre de Egipto.

Los israelitas aprenden la lección (**Ex 14:31**). “*Y vio Israel aquel grande hecho ... y temió a Jehová y creyeron a Jehová ... y a Moisés su siervo*”. La fe no consiste en impresiones místicas y nebulosas, sino en la confianza total que comprende y acepta la obra de Dios.

Habremos de lamentar muchos fracasos en el testimonio posterior de Israel, pero no hemos de creer que anulan todo el efecto que el éxodo produjo en su ánimo. Nos atrevemos a pensar que el “resto fiel” de hombres y mujeres piadosos existía siempre dentro del “cuerpo carnal” de la nación desde el principio, y que los fieles nunca se olvidaron de la victoria de aquel día, obra sublime que tan claramente revelaba el poder de Dios y su tierno cuidado del pueblo redimido. Antes habían sido redimidos por la sangre, que hablaba del sacrificio eterno de Cristo, y ahora se gozan en ser redimidos por el poder de Dios, hallándose en “tierra nueva”, lo que nos recuerda la posición de los creyentes que han aprovechado la muerte y resurrección de Cristo. Hay una nueva creación, en la que *“... las cosas viejas pasaron ... todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios...”* (2 Co 5:17-18). Siglos después el salmista había de memorar la gran liberación y el efecto que produjo en el pueblo: *“Pero él los salvó por amor de su nombre, para hacer notorio su poder. Reprendió al Mar Rojo y lo secó, y les hizo ir por el abismo como por un desierto. Los salvó de mano del enemigo, y los rescató de mano del adversario. Cubrieron las aguas a sus enemigos; no quedó ni uno de ellos. Entonces creyeron a sus palabras y cantaron su alabanza”* (Sal 106:8-12).

El cántico de alabanza (Ex 15:1-21)

Consideraciones generales sobre el cántico Moisés como poeta. Hoy en día pocos eruditos negarían la antigüedad y autenticidad de este hermoso cántico, ya que se sabe que distintos géneros de literatura se habían desarrollado en las tierras del Próximo Oriente siglos antes de los tiempos de Moisés. Lo que podría extrañarnos es que en este primer cántico completo conservado en la literatura israelita halláramos plenamente desarrolladas las formas típicas de la métrica hebrea, sin influencias perceptibles de la egipcia. En cuanto a esto hemos de tener en cuenta que Moisés —hombre polifacético y profundo a la vez— se había identificado totalmente con su pueblo natal; además había pasado cuarenta años entre los pueblos del desierto, semitas y descendientes también de Abraham. Se ve que había cultivado la poesía en el medio cultural semita, como evidencia el cántico que tenemos delante, además de las hermosas y elocuentes estrofas del Salmo 90, que lleva su nombre como autor, sin que existan razones para dudar de que fuese suyo.

La poesía hebrea. No podemos interrumpir el curso del comentario insertando largos paréntesis sobre el arte poético de los hebreos, pero parece necesario recordar que su belleza consiste no sólo en el sabio, delicado y dramático uso de la metáfora —con los demás giros retóricos propios de la poesía— sino en la reiteración de conceptos según el principio conocido por el término “paralelismo”. El ritmo que surge del orden de acentos tónicos no puede pasarse a una traducción que pretenda ser fiel, pero el delicado equilibrio de conceptos puede transferirse perfectamente a distintas versiones, y gracias a esta característica, nosotros podemos deleitarnos en la belleza poética de este cántico. Cada verso consta de una declaración, y el siguiente recoge sus términos, sea para enfatizarlos por medio de sinónimos, sea para presentar marcados contrastes antitéticos. “La estrofa” consiste de varios versos que suelen producir un efecto acumulativo, llevándonos a menudo a un refrán que se repite a través de la poesía. Dentro de este principio de paralelismo de conceptos cabe una diversidad de combinaciones de gran fuerza poética y dramática.

La construcción del cántico. Moisés comienza el cántico con un leit motif que luego recoge María y las mujeres, quienes, quizá, intervienen a intervalos con este refrán antifonal, o sea, como “contestación musical” a lo que han cantado otros.

“Cantaré yo a Jehová porque se ha magnificado grandemente; Ha echado en el mar al caballo y al jinete” (Ex 15:1,21). Los versos del cántico que corresponden a los versículos 2 y 3 de nuestro capítulo —correctamente separados en la RV-60— reiteran conceptos sobre la grandeza y la gloria de Jehová, Dios del salmista, volviendo los versículos 4-8 a elaborar más la victoria señalada en el “refrán” inicial. Los versículos 9 y 10 contrastan las vanas pretensiones del enemigo orgulloso con la obra de Jehová, y el viento del oriente se describe poéticamente como *“el soplo de Jehová”*. Las alabanzas de los versículos 11 y 12 se fundan sobre la sublime obra que *“la diestra de Jehová”* acababa de llevar a su consumación. Los versículos 13-18 constituyen una profecía que abarca el establecimiento de Israel en su morada en Canaán, destacándose tan tempranamente los conceptos de un santuario ordenado por el Señor, y el del reino eterno. Las obras del Señor se realizan a la vista de los enemigos de Israel, sin que éstos puedan oponerse a un proceso que les llena de recelo y de temor. Después del cántico se introduce otro resumen de la destrucción de los egipcios en el mar (**Ex 15:19**) y después se nota la manera en que María, hermana de Moisés y profetisa, guiaba a las mujeres de Israel en sus danzas de triunfo mientras que ella repetía el refrán del cántico que ya hemos citado.

El porqué del cántico (**Ex 15:1-3**). El cántico constituye una hermosa expresión de alabanza y de adoración que surge del corazón de Moisés y del pueblo en vista de la maravillosa redención que Dios acaba de realizar a su favor y que revela su *“nombre”*, o sea, su naturaleza, su poder y su autoridad. Queda como una bella muestra de tales cánticos —que tanto agradan al Señor— bien que, posteriormente, a la luz de la revelación completa en Cristo, el tema será *“de Moisés y del Cordero” (Ap 15:1-4)*. En la revelación judeocristiana Dios se revela por medio de sus obras, cada una de las cuales añade una pincelada al “cuadro” que nos da a conocer al Dios omnipotente, justo, santo, misericordioso, amante y fiel. Así Moisés entona: *“Cantaré yo a Jehová porque se ha magnificado grandemente ... Jehová es mi fortaleza y mi cántico”*. Cantando en términos que describen la gran batalla que Dios libró en contra de los enemigos de su pueblo —y de sus propios propósitos— Moisés alterna la mención de lo que Dios hizo con la manifestación subsiguiente de lo que él es. Viene a ser una experiencia personal de Moisés, quien emplea pronombres personales y singulares, sin que deje de hablar al mismo tiempo en nombre de todo el pueblo que constituye un solo ser, como “hijo” de Jehová.

La obra de Dios en contraste con las pretensiones del enemigo (**Ex 15:4-12**). El tema es el del maravilloso triunfo del poder de Dios que los israelitas acabaron de presenciar, desarrollado en términos altamente poéticos. El hecho de que Dios utilizara el fuerte viento del oriente para dividir las aguas no mengua para nada la realidad de su intervención directa. Los hebreos no distinguían entre una “naturaleza abstracta”, que sigue su marcha automáticamente según sus “leyes”, y el Dios Creador, quien hizo y sostiene todas las cosas, de modo que es natural que la fuerza del viento se describa en los términos de los versículos 8 y 10: *“Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas ... soplaste con tu viento; los cubrió el mar...”*. La frase del versículo 8, *“Los abismos se cuajaron en medio del mar”* no supone más milagro que el efecto de amontonarse y retenerse las aguas por la fuerza del viento, ya que no se trata de un análisis científico sino de expresiones poéticas. Otro término antropomórfico que ha de repetirse mucho a través del Antiguo Testamento es el de *“la diestra de Jehová”* (versículo 6), que expresa gráficamente las poderosas operaciones de Dios a favor de su pueblo y en contra de los enemigos pertinaces que se oponen a la luz. Las jactancias del enemigo —recogidas en el versículo 9— prestan fuerza adicional a las alabanzas de la obra de Dios. Los jefes del ejército, que quizá sería el mejor equipado y entrenado del mundo de entonces, expresan su determinación de perseguir y apresar al pueblo fugitivo, repartiendo luego aquellos valiosos despojos que habían sacado de Egipto. No sólo eso, sino que se deleitan en el

pensamiento de poder vengarse en los cuerpos de los israelitas “rebeldes” por medio de la espada. Es un ejemplo sobresaliente del espíritu de rebeldía en contra de Dios y de su unguento que se ha manifestado repetidamente entre los gobernantes de una raza caída al querer afirmar su frágil dominio frente al reino de Dios: *“Se levantarán los reyes de la tierra y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su unguento, diciendo: Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas” (Sal 2:1-3)*. Se nota el énfasis sobre el YO en el original: *“Yo perseguiré, yo apresaré ... mi alma se saciará de ellos”*. Es el “yo” del hombre caído que aceptó la sugerencia satánica: *“Vosotros seréis dioses...”*. Sólo se rebaja cuando el hombre arrepentido contempla la cruz donde el que se halló revestido de todos los derechos se entregó a la muerte total con el fin de hacer posible la salvación de este pobre rebelde. Los demás, movidos por la demencia del pecado, se imaginan fuertes y capaces de mantener la lucha contra el Omnipotente.

Como en diversos salmos, el versículo 11, en lenguaje poético, admite la existencia de “los dioses” ya que son reales para sus engañados secuaces, siendo necesario mostrar la victoria del Dios único sobre todas las supuestas fuerzas que han surgido de la imaginación humana, inflamada por Satanás, en el intento de llenar el vacío que se ha producido por el abandono del Creador (**Ro 1:18-23**). Dios había ejecutado sus juicios contra los dioses de Egipto, y Moisés puede exclamar: *“¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?”*. Esta mención de la santidad de Dios es la primera que hallamos en las Escrituras, e introduce uno de los conceptos más importantes de la revelación escrita. Parece ser que el término “*gados*” se deriva de una raíz que significa “*separación*”, y, aplicado a Dios denota que él es “*totalmente otro*”, llegando a expresar la esencia de su ser. En el libro de Levítico se aplica mucho a hombres y a cosas, señalándolos así como “separados” o “consagrados” para el uso exclusivo de Dios, y de ahí pasa al Nuevo Testamento donde “*los santos*” son los apartados para Dios por hallarse en Cristo Jesús.

El futuro de Israel (**Ex 15:13-18**). El tiempo de la mayoría de los verbos usados en esta sección denota acontecimientos consumados, pero la totalidad del movimiento poético la revela como una profecía. Es normal que el profeta vea una obra futura como algo ya realizado, puesto que, en su íntima comunión con Dios, “ve” el propósito divino como consumado. Por eso se le llama, no sólo “profeta”, sino también “vidente”. Moisés, como profeta, recoge la herencia de Abraham, quien recibió promesas detalladas como las que fueron otorgadas en las circunstancias de (**Gn 12:1-3**) (**Gn 15:4-5,18**) (**Gn 17:5-8,16**) (**Gn 22:15-18**). Algunas de las promesas se habían cumplido ya cuando Moisés entonó su cántico, ya que un pueblo numeroso y fuerte había sido redimido del poder de Egipto. Pero quedaron por cumplir otras: las que aseguraron la posesión de la tierra de Canaán. Esta porción profética no sólo ve el cumplimiento del establecimiento de Israel en la tierra como un hecho real, determinado por Dios, sino que añade detalles adicionales, puesto que la luz de la revelación ya iluminaba áreas más amplias. La tierra de promisión se llama “*tu santa morada*” (versículo 13) ... “*el monte de tu heredad*” ... “*en el lugar de tu morada*” (versículo 17). Todas estas frases señalan la Tierra Santa como el lugar que Dios había escogido para dar a conocer “su Nombre”, y donde, en la “*consumación de los siglos*”, se había de llevar a cabo el gran misterio de la redención (**He 9:26**). “*El monte de tu heredad*” puede referirse a toda la tierra, ya que Israel empezó por posesionarse de las tierras montañosas de Judea en el sur y del “*monte de Efraín*” (según el término que corresponde a tiempos posteriores) en el centro. Sin embargo, al ver “*el monte*” en íntima relación con el “*santuario*” y con el “*reino*”, no podemos por menos que vislumbrar una alusión al “*monte de Sion*”, que, bajo el gobierno de David, había de ser el centro inmovible tanto del reino como del santuario. Hay profecías bíblicas que siguen señalando este mismo lugar como el centro del reino futuro. Todo se encaja —como en

tantos salmos— dentro de la perspectiva aún más del reino eterno, que supone la manifestación y el pleno señorío del Mesías: *“Jehová reinará eternamente y para siempre”* (versículo 18).

Otro resumen de la victoria (**Ex 15:19**). No necesita comentario este resumen que reitera la gran victoria sobre Faraón, y que podría haber sido añadido por algún redactor. Como en el cántico mismo, el énfasis recae sobre la caída estrepitosa del orgulloso monarca que quería desafiar a Dios. Si aceptamos la traducción de la versión RV-60, *“Faraón”* simboliza el poder de Egipto, ya que no hay otra evidencia de que el monarca mismo pereciera, pero quizá es más exacta la traducción de la Standard Revised Version (en inglés) que damos como sigue: *“Porque cuando los caballos de Faraón con sus carros y jinetes, descendieron al mar, Jehová volvió a traer las aguas del mar sobre ellos...”* no habiendo mención de la persona de Faraón.

La participación de las mujeres de Israel (**Ex 15:20-21**). Es siempre la referencia a las mujeres quienes, bajo la guía de María, también celebraron la gran victoria que Dios les había concedido. El pueblo de Israel se componía, como todos, de varones, mujeres y niños, y bien que el papel del varón se destacaba mucho más en aquellos tiempos que ahora, la presencia y el testimonio de las mujeres no pudieron faltar. De igual modo hay mención específica de la presencia de las mujeres cuando fue formada la Iglesia (**Hch 1:14**). Seguramente muchas mujeres piadosas habían penetrado más profundamente en el significado de las obras de Dios —desde que Moisés llegó con su comisión de parte de Jehová— que los varones, que tantas veces iniciaban la murmuración si no veían salidas inmediatas de circunstancias difíciles. La celebración por medio de tambores y danzas no debiera extrañar a nadie, ya que la danza sagrada fue algo muy conocido y el mismo David no desdeñó métodos parecidos siglos más tarde. No se trata de “compases de baile” entre los dos sexos, con “agarrados” que inflaman la concupiscencia, sino de movimientos rítmicos que acompañaban los sagrados cánticos de Israel. Por medio de los panderos se marcaba al compás que por supuesto, tendría poco en común con los ritmos modernos. Es María quien recoge el refrán del cántico de su hermano (versículo 21), pero cabe la posibilidad de que las mujeres en general la siguieran en esta expresión poética de alabanza al Señor. María es la primera *“profetisa”* que se menciona en la Biblia, y bien que el número de referencias a ellas es mucho menor que a los profetas, parece ser que ejercían el mismo ministerio, siendo “portavoces” de Dios, consultadas por igual cuando se quería discernir la voluntad de Dios (**Jue 4:4**) (**Jue 5:7**) (**2 R 22:14**) (**Lc 2:36**).

Temas para meditar

1. Discurra libremente sobre la Pascua, notando primeramente las características principales de la fiesta primera e histórica celebrada en la tierra de Egipto, y luego las de la celebración anual y perpetua establecida para el pueblo de Israel.
2. Describa el éxodo como la salida de Israel de Egipto, notando las circunstancias que motivaron la salida, la ruta que siguió la multitud y la travesía del “mar Rojo”.
3. Haga un análisis del Cántico de Moisés y del pueblo (**Ex 15:1-18**), discurrendo sobre su forma poética y notando los grandes temas que se destacan en esta poesía.

Primeras experiencias en el desierto (Exodo 15:22-16:34)

Israel en la Península de Sinaí - Condiciones geográficas y climatológicas

I. Lo que era el “desierto”

Después del cruce triunfal del mar Rojo, Israel había de pasar cuarenta años “en el desierto”. Durante este extendido período, una generación había de morir, criándose otra en las condiciones de una vida nómada, que suponía frecuentes viajes por medio de tierras generalmente inhóspitas, un factor que no podía por menos que dejar una huella profunda en la psicología del pueblo. El “desierto” había de ser “el aula” donde la nueva nación había de aprender sus primeras lecciones, fuese por medio de los mensajes proféticos de Moisés, fuese por el impacto de un sistema nuevo —perfeccionado— de leyes, fuese por las repetidas experiencias de sus propios fracasos, que motivaron distintas manifestaciones de los juicios o de la gracia de Dios. Hemos de volver sobre estos aspectos de la formación de Israel, pero antes es preciso que estudiemos las condiciones externas de la península de Sinaí, ya que éstas condicionaron muchas de las experiencias del pueblo.

Hay varios vocablos hebreos que se traducen por “desierto” cuyo significado varía desde la noción popular que persiste hoy de vastas extensiones de arena seca y de rocas áridas, hasta el sentido de tierras aptas para el pastoreo de rebaños y ganado. En el segundo caso el “desierto” recibe el refrigerio de ciertas lluvias en invierno, disponiendo a veces de aguas subterráneas que pueden ser aprovechadas por medio de pozos. No sólo eso, sino que pueden existir fuentes naturales que hacen posible el cultivo de la tierra en ciertos oasis. Tales fuentes pueden originar arroyos que llevan cierto caudal de agua hasta la próxima temporada de lluvias. Estas son las torrenteras, o “uadis”, tan típicas de las tierras bíblicas. Si pensamos en este segundo concepto de “desierto”, comprenderemos que se prestaba al pastoreo, ya que nunca faltaba hierba en algunos rincones favorecidos, y en ciertas regiones se hallaban árboles resistentes al calor como la acacia y la encina, además de las palmeras de los oasis. En la península de Sinaí se hallaban desiertos áridos y también extensiones importantes de terrenos aptos para el pastoreo. Aparte de la guía de la nube y las provisiones especiales que Dios otorgaba a su pueblo, habría sido imposible que tantas personas fuesen sostenidas en la península durante cuarenta años.

Al mismo tiempo, tenemos que quitar de la mente la idea de que Israel se hallaba todo el tiempo en medio de arenales, o entre montañas y rocas completamente áridas. Se trataba de atravesar las regiones totalmente desérticas, para llegar a oasis fértiles, o a valles donde el ganado podía hallar pastos suficientes. En fin, la península se prestaba a la vida nómada de un pueblo reducido de pastores y ganaderos, pero tan gran número de peregrinos habían de “vivir por fe” ya que sus necesidades rebasaban con mucho las posibilidades de los recursos naturales de la península. El milagro constante del maná y la provisión especial de agua en ciertos momentos cubre este margen, y, a la vez, daba reiteradas lecciones de la omnipotencia y gracia de Jehová, Dios de Israel.

2. La topografía de la península.

Dos extensiones del mar Rojo, llamadas ahora el golfo de Suez (al occidente) y el golfo de Aqaba (al oriente) delimitan el triángulo de la península, que halla su base al norte, en parte en la costa del Mediterráneo, cerca de Egipto y luego en las tierras del Néguev más al este hasta terminarse en la depresión del valle de Arabá, que, en alguna época geológica, habrá sido la salida natural del mar Muerto. Esta base, de Egipto a la Arabá, tiene una longitud de 240 km, y desde el punto céntrico de esta base del triángulo hasta la punta de la península al sur hay 416 km. Una franja de terreno arenoso, de una anchura media de 24 km, se extiende desde el mar Mediterráneo hasta las estribaciones de la meseta interior. Desde el “*río de Egipto*”, que señala la frontera antigua entre Egipto e Israel, hacia Canaán, el terreno adquiere el carácter semidesértico del Néguev. El desierto del Sur es el nombre dado a las tierras bajas que median entre lo que es ahora el canal de Suez y la meseta central, siendo ésta compuesta mayormente de altas tierras calíferas, quebradas por sierras y valles, con torrenteras.

A cierta distancia del punto sur de la península se halla la sierra granítica de Sinaí, cuyos picos más elevados alcanzan alturas de 2.000 a 2.500 metros. Entre esta imponente sierra y la meseta central se hallan terrenos quebrados de roca arenisca, con depósitos de cobre y turquesa, cuyas minas eran explotadas por los egipcios. Lo más probable es que —según una antiquísima tradición— Horeb, el monte sagrado, se hallara en la sierra de Sinaí, identificándose generalmente con Yebel Musa (monte de Moisés), al pie del cual se halla ahora el monasterio de Santa Catalina. Tal suposición coincide con las exigencias de la ruta más probable para la peregrinación desde Ramesés hasta Horeb, como también con la presencia de madianitas en la región.

Entre la meseta central y el mar Rojo (golfo de Suez) al oeste, se halla una estrecha franja litoral que los israelitas utilizaron para las primeras etapas de su viaje, hasta llegar al desierto de Sin. Entre el centro de la península y la punta norte del golfo de Aqaba se encuentra el extenso desierto de Parán, por cuyos parajes vagaban varios pueblos nómadas o seminómadas. Al norte de esta región, y a las puertas ya del Néguev (área sur de Canaán), se halla Cades-barnea que, posteriormente al período histórico del libro de Éxodo, había de ser lugar decisivo en la vida del pueblo de Israel, y su base principal durante los treinta y ocho años “perdidos” (Números 13 y siguientes).

3. Rutas permanentes en la península

1. La ruta mejor conocida y utilizada enlazaba las ciudades del Bajo Egipto con Canaán, arrancando de Menfis, pasando por On (después Heliópolis) hasta llegar a la ciudad fronteriza y fortificada de Cilo. Desde allí seguía un curso paralelo a la costa para desembocar por fin en Rafia y en Gaza en el suroeste de Canaán, puntos de arranque para comunicaciones hacia el norte, abarcando las distintas ciudades cananeas y las rutas para Mesopotamia y las tierras del imperio de los hititas. Se llama en la Biblia “*el camino de la tierra de los filisteos*”, no mediando más que 185 km. entre el delta oriental y Rafia. Los faraones del nuevo reino habían fortificado la ruta —en sí desierta— por medio de plazas de armas y de suministros al uso de sus ejércitos en marcha. Dios prohibió a los israelitas que pasaran por esta ruta normal y corta, ya que suponía la guerra antes de la debida formación y preparación del pueblo.

2. Más al sur se hallaba el “*camino del desierto del Shur*”, que tuvo su punto de origen en Pitón y Sucot, rodeando el lago Timsa y pasando en dirección oriental hasta un punto no lejos de Cades-barnea cuando se orientaba hacia las ciudades de Neguev, como Beerseba, y luego a Hebrón y Jerusalén, para unirse luego a las rutas que utilizaran el valle del Jordán, o el “*camino real*” que pasaba por lo que es ahora Jordania hacia Siria.

3. La tercera ruta enlazaba Menfis con Arabia, cruzando el corazón de la península hasta desembocar en Ezión-geber, a la cabeza del golfo de Aqaba. Se emplea hasta hoy como ruta de los peregrinos musulmanes que hacen su obligada visita a la Meca en Arabia. Después de rodear la cabeza del golfo de Suez, se unía al camino que facilitaba la llegada de los egipcios a las referidas minas de cobre y de turquesas, con centro en Dopka, explotadas por los faraones desde tiempos antiquísimos. En el vecino Templo de Hator, en Serabit —el Khaden—, se hallan gran número de interesantes inscripciones, algunas en tipo alfabético (sinaítico) que constituyen importantes ejemplos de la primitiva escritura alfabética, en la que se ve la influencia de los signos fenicios, como las que se han descubierto en Biblos, sobre la evolución de los jeroglíficos egipcios.

La ruta seguida por Israel hasta Sinaí

Las dificultades en cuanto a la identificación de las paradas. El lector comprenderá que el lapso de casi dos milenios y medio ha hecho muy difícil la identificación exacta de los campamentos de Israel mencionados en Éxodo 15-19 y en la lista ordenada de Números 33, según los cuidadosos anales que llevaba Moisés. Cuando se trata de una ciudad los arqueólogos siempre dan con restos sólidos de mampostería, de monedas, de cerámica, etc., que les ayudan a llegar a conclusiones bien basadas, deduciéndose nombres, fechas, etc., pero no hay nada de esto en un campamento temporal cerca de algún oasis o en los valles de torrenteras. Los mismos israelitas daban nombres a distintos lugares con referencia a incidentes ocurridos allí, pero no quedaban allí después para perpetuar estos nombres como datos, pues, no tenemos más que los que nos da la historia bíblica y ciertas condiciones topográficas que pueden considerarse como permanentes. Aún así, fuentes pueden quedar cegadas por tormentas de arena, o, moradores posteriores habrán podido cambiar el curso de corrientes de agua. Con todo, la ruta tradicional, que sigue paralela a la costa del golfo de Suez hasta llegar a las cercanías de Dopka, es con mucho lo más probable, y las razones aducidas para pensar en otras carecen de base sólida.

Mara y Elim. Moisés y sus huestes se hallaban al principio en la referida ruta que llevaba al sur sudeste hacia la región minera de Dopka, y, tras tres días de viaje, se hallaron en un punto que el texto bíblico llama “Mara”, pero con referencia probable al incidente que ocurrió allí, bien que la mala calidad de las aguas podía haber determinado el nombre anteriormente. Hay tales fuentes en Aín Azara, —aín = fuente en arábigo— pero algunos han pensado que los israelitas no habrían podido llegar tan lejos en tres días de marcha, con un avance medio de como 20 km. al día. Otra posibilidad es “Aín Musa”, más cerca de la travesía del mar de las Cañas. No hay nota de tiempo en cuanto al viaje de Mara a Elim, y este corresponde casi seguramente al área de Uadi Gharandel, donde hay todo un complejo de fuentes y corrientes de agua, que hace posible el cultivo del área, sin que falte arbolado. Hoy en día no se ven “setenta palmeras”, pero es un lugar donde podía haber habido tantas y más.

Elim a Sinaí. Para poder seguir esta etapa de la ruta, tenemos que recurrir al itinerario de Números 33:10-15, por el que sabemos que hubo otro campamento “junto al mar de las Cañas”, o sea, en la costa de lo que es ahora el golfo de Suez. Desde aquel punto, cuya ubicación exacta es imposible de determinar, los israelitas se adentraron en la península por las sierras del desierto de Sin, aproximadamente en dirección este hasta llegar a Dopka (o Dofa), centro de la región minera. Sería interesante saber cómo Moisés ordenaría las relaciones con los jefes egipcios que dirigían las operaciones mineras allí (sin duda con la ayuda de esclavos de otras nacionalidades) pero no hay mención de oposición ni menos aún de lucha. Si había llegado allí ya —algo muy probable— la dramática noticia de la destrucción del ejército egipcio, los encargados egipcios de obras

tendrían pocos deseos de poner obstáculos en el camino de las huestes victoriosas de Israel. Entre Dopka y Refidim no hay mención de otro campamento en Alús, orientándose la ruta ya hacia Sinaí, en dirección sureste.

El carácter montañoso de este territorio ofrecería considerables dificultades a la marcha de un ejército, y muchísimas más a la de todo un pueblo, con las mujeres, niños, ganado e impedimenta. La región en general se denomina el desierto de Sin, y antes de llegar a Refidim (con los picos de la sierra de Sinaí ya a la vista) se produjo la murmuración que fue zanjada por la provisión de codornices —algo excepcional— y del maná como provisión permanente para el pueblo peregrino. Refidim es el escenario de la murmuración que dio lugar al milagro del “agua de la roca”, y sin más incidentes mencionados en los anales, llegó el pueblo a las amplias explanadas al pie de la sierra de Sinaí. Allí erigieron sus tiendas en ordenadas filas, preparando “el hogar” que habían de ocupar durante un año, quizá el año más importante de la vida del pueblo, ya que allí los israelitas habían de recibir el Decálogo y demás ordenanzas que regularan su vida nacional, y allí habían de entrar en solemne pacto con Jehová su Dios.

Como complemento obligado de todo ello habían de ver establecido en aquellas llanuras aisladas el sistema levítico, centrándose en el tabernáculo, que sólo hacía posible la manifestación de la presencia de Dios entre ellos por simbolizar la obra de la cruz.

Las etapas de la vida de Israel en el desierto

Del mar Rojo hasta Sinaí (**Ex 15:22-18:27**) (**Nm 33:5-15**). Esta etapa es el tema de este capítulo y a través de ella los israelitas tuvieron que aprender sus primeras lecciones del desierto.

En las llanuras delante de Sinaí (**Ex 19:1-40:38**), el libro de Levítico y (**Nm 1:1-10:11**). Israel permaneció en las llanuras situadas delante de la sierra de Sinaí alrededor de un año que ya hemos señalado como, quizá, el más importante en la vida nacional de Israel, ya que allí recibieron las leyes y ordenanzas que determinaron su constitución social y su testimonio espiritual. El tema del pacto confirmado allí necesitará cuidadoso estudio, pero sin duda desempeña un papel determinante, no sólo en la vida de Israel, sino en el desarrollo del plan de la redención en su totalidad. Delante de Sinaí, también, fue levantado el tabernáculo, siendo apartada la tribu de Leví para el culto en general, y, de entre ella, la familia de Aarón como sacerdotes para ofrecer los sacrificios. Este sistema no es un mero apéndice al Decálogo, sino la base sobre la cual descansa la estructura legal y la fuente de donde deriva su valor el pacto. Cuando Israel abandonó su campamento delante de Sinaí, había sido constituido en nación, con los rasgos esenciales que han permanecido a través de los siglos. El pueblo podría ser infiel a su carácter y misión, pero no había dudas en cuanto a éstos.

El viaje desde Sinaí a Cades-barnea (**Nm 10:12-12:16**). Reconocemos, desde luego, la obra providencial de Dios en todas las etapas de las peregrinaciones de Israel, incluso durante los “años perdidos” que mediaron entre Cades-barnea y el principio del viaje que lo llevaría a la frontera del este de Canaán. Sin embargo, hemos de notar que “el plan original” —tal como le parecería a Moisés y a los líderes— fue el de avanzar desde Sinaí hasta la base en Cades-barnea, y desde allí preparar la conquista de Canaán desde el sur, ocupando primeramente el Néguev, región amada por los patriarcas, para luego atacar las ciudades del sur. Este plan fracasó por el gran pecado de Israel al “*aborrecer la tierra deseable*” (**Sal 106:24**), después de escuchar el informe desfavorable de diez de los exploradores enviados desde Cades-barnea. Aun dentro de este estudio del éxodo sería conveniente leer con cuidado Números 13 y 14 para comprender esta crisis, que

determinó treinta y ocho años de vida nómada, durante los cuales Israel no se dirigía a ninguna parte sino que esperaba la muerte de toda aquella generación rebelde. Desde luego, la próxima generación de israelitas —de veinte años y menos— se formó en condiciones de libertad, y tendría una mentalidad y preparación muy diferentes a la de la multitud de ex esclavos que salieron de Egipto, y quizá la formación de esta nueva promoción fue necesaria con miras a la conquista de Canaán. En el itinerario de Números 33 no hay mención de Cades-barnea, pero suponemos que no estaría lejos de Hazerot. Se halla en el desierto de Zin, al sur del Négev, e Israel volvía varias veces a sus valles y fuentes durante los referidos treinta y ocho años.

Los años perdidos (**Nm 14:45-20:14**). Ya hemos notado el carácter de estos años, que terminan cuando Moisés pide al rey de Edom que deje a Israel pasar por sus dominios en camino al territorio donde Moab linda con el río Jordán, antes de entrar éste en el mar Muerto. Cuando el rey edomita rehusó la petición, se inició la última etapa de las peregrinaciones antes de llegar a Canaán.

La ruta alrededor de Edom y la conquista de Transjordania (**Nm 20:22-22:1**). El capítulo 21 de Números señala la salida de Israel de la Península de Sinaí para iniciar su largo y penoso viaje por tierras lindantes con Arabia al este del valle de Arabá y el mar Muerto hasta topar con la resistencia de los reyes amorreos; Sehón primero y Og de Basán después, cuyos territorios se extendieron desde las fronteras de Moab hasta el norte, al este del Jordán. Edom y Moab fueron protegidos por antiguas promesas, pero en el caso de los reyes amorreos no existían enlaces raciales, y sus reinos fueron conquistados para ser ocupados luego por Rubén, Gad y media tribu de Manasés.

La estancia prolongada en las llanuras de Moab (**Nm 22:1**) (**Dt 34:12**). Moab estaba a salvo porque el pueblo había descendido de Lot, pero esto no impidió la ocupación por Israel de las llanuras situadas frente a Jericó, en la ribera izquierda del Jordán, como base de la cual se preparó la invasión de Canaán. El conocido incidente de Balaam, quien intentó maldecir al pueblo, ilustra gráficamente las condiciones de aquel período último de vida desértica, o semidesértica, anterior a la conquista. Los últimos discursos de Moisés (el libro de Deuteronomio, etc.) se pronunciaron en las llanuras de Moab. En el pico llamado Pisga, de las serranías de Moab, tuvo la visión de la tierra antes de morir en un valle cercano.

Del mar hasta Elim (Ex 15:22-27)

La primera experiencia del desierto (**Ex 15:22**). El versículo 22 puede traducirse como sigue: *“Entonces Moisés llevó a Israel adelante desde el mar Rojo y se adentraron en el desierto de Shur”*, lo que señala una tremenda transición en la vida del pueblo. Tras el cántico de triunfo que celebró la destrucción del ejército egipcio, vino un período de penosas jornadas por tierras inhóspitas. Procuremos ponernos en el lugar de una familia hebrea, acostumbrada a la relativa comodidad de su hogar en la tierra de Gosén, nunca muy lejos de un ramal del Nilo, para que formemos una idea clara de los graves problemas y molestias que habían de soportar necesariamente al armar y desarmar su tienda de campaña, prosiguiendo la marcha día tras día, solucionando —sin experiencia previa— los problemas de comer, beber, dormir y cuidar de criaturas pequeñas y de ganado en condiciones nuevas y penosas. Es verdad que Dios les prestaba ayuda especial, dándoles sombra por medio de la nube durante el día e iluminando el campamento de noche, además de conservarles la ropa y salvarles de hinchazón de pie (**Dt 8:4**). Sin embargo, la condición humana, aparte momentos de entusiasmo y euforia, se adapta mal a molestias y peligros, de modo que en las tres primeras jornadas empieza a producir el desánimo general que estalla en murmuraciones en Mara. Al final de su

carrera Moisés exhortó a la nueva generación que se acordase “*de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón...*” (Dt 8:2) (Salmos 78, 105 y 106). Israel se hallaba en la “escuela de Dios” con el fin de aprender lecciones que lo constituyesen en “pueblo peculiar”, instrumento para cumplir la misión ya señalada desde el llamamiento de Abraham.

La experiencia de Mara (Ex 15:23-25). Sin duda los israelitas llevaban suministros de agua consigo, que renovaban en las fuentes del camino, pero tres largas jornadas habían agotado lo que podían llevar en los carros y sobre los hombros. ¡Cómo desearían llegar a Mara, donde había posibilidad de hallar fuentes! ¡Cuán grande sería su desengaño y dolor al hallar que las aguas eran tan salobres que no les fue posible apagar la sed! La sed ardiente es un sufrimiento terrible, y produce un deseo de beber que parece irresistible. En la parte humana entendemos bien el grito del pueblo: “¿Qué hemos de beber?”. Lo triste es que los israelitas no expusieron su gran necesidad delante del Señor, que les había mostrado tantas maravillas, sino que “*murmuraron contra Moisés*”, lo que equivalía —como Moisés había de recordarle tantas veces— a murmurar contra Jehová.

Moisés inició su gran obra de intercesor a favor de Israel, que había de mantener hasta el fin de su vida. “*Moisés clamó a Jehová*” y recibió su contestación, pero, ¡cuánto mejor habría sido si todo el pueblo se hubiera colocado humildemente en la presencia de Dios suplicando el “*socorro oportuno*”! Jehová mostró a su siervo un árbol, que, echado en las aguas de las fuentes salobres, las endulzaron. Es natural buscar simbolismos en este incidente, pero primeramente hemos de comprender que se trata de un acto real. Se dice que existen árboles en el mundo con esta virtud, sin que se hallen ahora en la península de Sinaí pero eso no excluye la posibilidad de que hubiera tal árbol en Mara entonces, y, de todas las formas, la “virtud” procede del Señor, sea como propiedad “natural” del árbol, sea como un remedio específico que él proveyó entonces. El Señor señaló el árbol y Moisés obedeció al instante. He aquí las dos condiciones fundamentales para cambiar “lo amargo” en “dulce”: la manifestación de la provisión de Dios, complementada por la sumisión en fe del siervo que la percibe y la utiliza.

Desde los “padres de la Iglesia” hasta siervos del Señor de nuestros días, se ha visto en el “árbol” un símbolo de la cruz, y aún tratando las alegorizaciones con reserva, es permisible meditar en el hecho de la provisión de la obra de la cruz como remedio infalible que vuelve la amargura del pecado en las abundantes bendiciones de la salvación en el caso de creyentes fieles que lo reciben y lo aplican.

Las ordenanzas de Mara (Ex 15:25-26). La experiencia de Mara dio lugar a que Dios siguiera “probando” a su pueblo, y hemos de pensar en todo un proceso educativo y formativo. El código fundamental, con los preceptos subsidiarios, habían de ser entregados en el monte de Sinaí, pero un pueblo numeroso, que supone una vida social compleja, no puede convivir pacíficamente, ni siquiera durante unos meses, sin leyes y normas de conducta. Israel habría participado en la “ley común” de los pueblos semitas, de la cual el código de Hamurabi es un buen ejemplo. Sin embargo, fue preciso añadir algo más a la antigua “ley de sentencias” en las nuevas condiciones de la vida en el desierto, ya como pueblo libre. De allí los “*estatutos y ordenanzas*” que Dios dio a Israel en Mara, que serían confirmados después en el Sinaí. Al estudiar el capítulo 18 veremos a Moisés juzgando al pueblo según este conjunto de preceptos provisionales. No faltaban buenas leyes, pero quedaba el interrogante: ¿Habría espíritu de obediencia frente a estas leyes?

La bendición condicionada de Mara (Ex 15:26). Frente a cada nueva manifestación de la voluntad de Dios, el pueblo, como “hijo obediente”, debiera haber prestado oído a lo que

escuchaban, para guardarlo y ponerlo por obra. Es un principio general que se reitera una y otra vez. Por añadidura, después de “sanar” las aguas en Mara, el Señor prometió una bendición especial a los obedientes: serían guardados de las enfermedades típicas de Egipto. Por supuesto entran en juego leyes causales en esta promesa —leyes de causa y efectos— puesto que una vida ordenada según los preceptos divinos suele ser mucho más sana que la de los rebeldes y viciosos. Sin embargo, la promesa pasa más allá de los buenos resultados higiénicos de una vida moderada y piadosa pues Jehová proclama: “Yo soy Jehová tu sanador”. Se trata de que Dios vigila y cuida a su pueblo, que necesita fuerzas físicas para cumplir su misión. Gracias a las sabias ordenanzas de la ley mosaica, los israelitas se han conocido como pueblo de buenas costumbres y de constitución robusta, bien que han perdido estos rasgos en tiempos de rebelión, que siempre traen su secuela de decadencia.

Las fuentes y palmeras de Elim (**Ex 15:27**). Ya hemos notado que, con toda probabilidad, Elim corresponde al área que ahora se llama “Uadi Gharandel”, que aún goza de la fertilidad que surge de su complejo de fuentes y de uadis. ¡Qué gusto tendrían las cansadas familias al acampar junto a las aguas, después de las jornadas a través de secos arenales! No se narra incidente alguno en cuanto a Elim. Es sencillamente lugar de descanso y de refrigerio, y por eso mismo el nombre de “Elim” siempre ha recordado al pueblo de Dios que él sabe que los suyos necesitan tiempos de alivio de las tensiones, para los cuales los lleva, a veces, como buen pastor, a descansar *“junto a aguas de reposo”*.

La provisión del maná (Ex 16:1-36)

En el desierto de Sin (**Ex 16:1**). Hemos trazado el itinerario de Israel con bastante detalle en párrafos anteriores, y sólo necesitamos recordar al lector que los israelitas se encuentran ya en el desierto de Sin —distíngase de “Zin”— que se situaba entre la costa del mar —el golfo de Suez— y Sinaí. Se trata de la época cuando el pueblo se dirige a través de la región minera —cerca de ella— hacia Sinaí. Ya había llevado mes y medio de caminatas y campamentos.

La murmuración y sus consecuencias (**Ex 16:2-12**). Murmuraciones de carácter grave (**Ex 16:2-3**). Las narraciones de los libros del Éxodo y de Números nos acostumbran a las repetidas murmuraciones de los israelitas. Según parece, Dios no hizo provisión automática para problemas como el de las aguas amargas en Mara, o la falta de pan en el desierto de Sin, o de la escasez de agua en Refidim. Estas necesidades, que surgían de las condiciones de vida en el desierto, ofrecían oportunidades a los israelitas para demostrar si habían aprendido la lección principal. Ya que Dios les había salvado milagrosamente de Egipto, no le faltaba ni el deseo ni el poder para suplir cualquier necesidad que surgiera. Dios “les probaba”, y por desgracia, una y otra vez fallaban bajo la prueba, murmurando en lugar de orar; y llegada la crisis, dirigían sus quejas contra Moisés sin mirar a Dios. Pero la providencia de Dios sacaba bien del mal al multiplicar las intervenciones de juicio y de gracia por medio de su siervo. El corazón del pueblo, ante la prueba, se revelaba como olvidadizo, ingrato e incrédulo, pero siguen las lecciones, y es sobre este telón de fondo que Dios revela su corazón.

Los rasgos realmente feos de esta murmuración en el desierto de Sin se revelan al leer el versículo 3. No es sólo que el pueblo pide sostén material (cosa lógica y necesaria) sino que sus deseos vuelven a Egipto, recordando, no la amarga servidumbre y la falta de libertad, sino sólo las ollas de carne y la abundancia de pan. *“¡Mejor habría sido morir allí —exclaman en efecto— que no emprender esta pavorosa aventura de caminar por un desierto a un país que se aleja cada vez más!”*. Todo ello muestra un espíritu

diametralmente opuesto a los designios de Dios, tantas veces revelados al pueblo desde los días de Abraham. Sin embargo, al leer esta cadena de incidentes desagradables, hemos de recordar la analogía del propósito de la multiplicación de las plagas. La verdad en cuanto a Dios no puede aprenderse sino por una reiteración de lecciones e ilustraciones, que habían de servir luego para la orientación de incontables generaciones de creyentes, siendo válidas, por lo que Pablo escribió (**1 Co 10:1-14**).

El anuncio de la provisión (**Ex 16:4-5**). En este anuncio no hay repreensión, sino sólo el reconocimiento de la necesidad de complementar los recursos de los israelitas por medio del *“pan del cielo”*, o sea, del maná. El pecado del pueblo motiva una manifestación extraordinaria, milagrosa y constante de la provisión de Dios. Más adelante vuelve a surgir el tema del *“maná”*, pero aquí sólo se dan las buenas nuevas: *“He aquí yo os haré llover pan del cielo”*. No hay exclamaciones ni dramatismos, ya que Dios pasa en seguida a indicar la necesidad de que cada uno recoja su porción del pan que él ha de hacer “llover” sobre el campo. Todo ha de ser parte de la disciplina y formación del pueblo, *“para que yo lo pruebe si anda en mi ley o no”*. Hasta el detalle de recoger una porción doble antes de los sábados se anuncia en seguida, como preparación para el anuncio de la institución del sábado después.

El mensaje se da al pueblo (**Ex 16:6-12**). Moisés insistió en que las quejas dirigidas contra él y su hermano vinieron a ser manifestaciones de rebeldía frente a Dios, ya que ellos se habían limitado a obrar en el nombre de Jehová (versículos 7 y 8). El mensaje amplía el anuncio divino —tal como se ha redactado aquí— ya que encierra la promesa de carne además de pan. Esta provisión de carne —algo aparentemente tan imposible en el desierto— había de provenir del vuelo de una bandada de codornices, quizá traída por un fuerte viento occidental, que se posaran sobre el campamento, y respondió a las quejas de quienes recordaban *“las ollas de carne de Egipto”*.

Lo más importante del mensaje se encierra en las frases: *“veréis la gloria de Jehová ... acercaos a la presencia de Jehová! ... he aquí, la gloria de Jehová apareció en la nube”*. El pueblo había de comprender la relación directa que existía entre la provisión de pan y la presencia, gloria, poder y gracia de Jehová. Habían de hallarse delante de Dios, pese a su mala costumbre de quejarse contra sus líderes.

La provisión de carne y de pan (Ex 16:13-21)

Carne por la tarde (**Ex 16:13**). Las codornices son aves migratorias que a veces son desviadas de su ruta por los vientos y caen en bandadas cerca de las costas del golfo de Suez. Por la tarde —al tiempo ya indicado por el Señor (versículo 12)— las aves cayeron sobre el campamento, ofreciendo abundante y fácil provisión de delicada carne para aquellos que recordaban las *“hollas de carne”* de Egipto. En otra ocasión, cuando el pueblo expresó su fastidio frente a la monotonía de su dieta de maná, Dios volvió a enviarles carne por el mismo medio, pero en circunstancias más trágicas, ya que la provisión se tornó en juicio (**Nm 11:4-9,31-35**). Quizá el pueblo recibió esta ayuda en otras ocasiones también, pero fue ocasional, una especie de “lujo” que variaba su comida normal, el maná.

El maná y su naturaleza (**Ex 16:13-14**). A la mañana siguiente empezó la “lluvia” de maná que persistió hasta que los israelitas hubiesen llegado a las fronteras de Canaán, a tierras cultivadas. Primeramente caía el rocío y luego, sobre el rocío, *“una cosa menuda”*, que a primera vista parecía escarcha. Al ser examinado, sin embargo, resultaba ser más parecido a una *“semilla de culantro”*, redonda y blanca. Su gusto era como *“aguas de miel”*. Había de ser recogido por la mañana, ya que no aguantaba el calor del sol. Tenía

bastante sustancia como para ser molido, ya que las amas de casa experimentaban diversas formas de preparar este *“pan del cielo”*, variando así el “menú” de todos los días.

Exploradores hay que han hecho varios intentos de identificar el *“maná”*, pero, pese al estudio de algunos fenómenos naturales algo parecidos al maná, en escala pequeña, nunca se ha hallado una sustancia natural en la península de Sinaí —o en tierras vecinas— que verdaderamente corresponde en todo a la descripción bíblica. De todas formas, la naturaleza milagrosa de la provisión es evidente por su abundancia, como también por la falta de la “lluvia” en el día del sábado. Cuando los judíos querían honrar el nombre de Moisés, por relacionarlo con el don del maná, el Señor Jesucristo les recordó que aquél *“pan del cielo”* fue don de su Padre igual que el Pan verdadero, que era él mismo (**Jn 6:31-34**). Reconozcamos el hecho milagroso, una provisión necesaria para el sostén de Israel en el desierto, que vino a ser una prueba constante del cuidado de Dios frente a todas las necesidades de su pueblo. Ellos llegaron a cansarse del maná —de la manera en que el hombre natural se aburre por fin al usar de todos los dones de Dios— pero queda como ejemplo señalado de su gracia abundante.

El nombre de *“maná”* (**Ex 16:15**). No todos los eruditos están convencidos de que el nombre de *“maná”* pueda derivarse con pureza gramatical de la pregunta de los israelitas: *“¿Qué es esto?”* (hebreo: manhu) pero encaja perfectamente dentro de la costumbre de los hebreos de dar nombres alusivos —a veces con juego de palabras— para celebrar la importancia de ciertas personas, lugares o acontecimientos. Es tan natural la pregunta, al ver de cerca este nuevo fenómeno, siendo su origen tan misterioso que no dudamos en enlazarla con el nombre *“maná”*, que luego recordó el asombro de los receptores de este don del cielo. Muy importante es la respuesta que Moisés dio al pueblo: *“Es el pan que Jehová os da para comer”* (versículo 15). En contestación a la pregunta idéntica acerca de la Pascua, la contestación fue: *“Es la víctima (sacrificio) de la pascua de Jehová”* (**Ex 12:27**), ya que el cordero simbolizaba el sacrificio de Cristo, hecho una sola vez. Pero la vida que brota de la obra de expiación realizada por Cristo ha de ser sostenida, y aquí la misma pregunta recibe la respuesta: *“Es el pan que Jehová os da para comer”*. No podemos entrar aquí en los detalles de la explicación que el Maestro dio del simbolismo del maná en (**Jn 6:26-59**), aplicado a su propia persona como *“Pan de vida”*, pero aconsejamos mucho al lector que vuelva a meditar las discusiones del referido pasaje, varias de cuyas expresiones se iluminan por la experiencia de los israelitas al recibir su *“pan del cielo”*.

Recogiendo el maná (**Ex 16:16-21**). Dios dispensa las provisiones de su gracia, que surgen de los recursos infinitos de su ser, por el solo impulso de su amor, sea en los siglos preparatorios —al advenimiento del Dios-hombre— sea después de la plenitud ya manifestada en Cristo. Pero si el hombre ha de beneficiarse de la gracia es preciso que reciba la provisión con sumisión y fe. De ello los versículos 16 al 21 proveen una bella ilustración. El misterioso maná yacía sobre el rocío de los terrenos alrededor del campamento, y contenía todo lo necesario para sostener la vida material de los israelitas. Sin embargo, para que llegara a alimentar a hombres, mujeres y niños, fue necesario cumplir el mandato: *“Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer”*. El mandato total enfatizó mucho la medida justa de lo que cada uno pudiera aprovechar durante el día, siendo el *“gomer”* una medida para granos o harinas, que corresponde a 3,7 litros (0,98 galones) si se tratase de un líquido. El versículo 18 parece indicar que había un ajuste milagroso de las cantidades, con el fin de impedir que los codiciosos acumularan mucho, o que los débiles quedaran con menos de lo suficiente.

De todas formas se había de eliminar todo intento de acopiar el maná con el fin de ahorrar el trabajo diario de salir al campo, de agacharse al suelo y recoger lo que necesitaba cada uno (versículos 19-21). Quienes querían evadir tanto las condiciones impuestas, como el

trabajo diario, veían con disgusto que si demoraban su tarea matutina buscarían en vano su comida, pues se derretía al avanzarse el día; además, lo reservado del día anterior se corrompía, criando gusanos.

Los israelitas habían de aprender a depender diariamente de Dios, sin intentar evadir la necesidad de su propia participación diaria, que surgía de la obediencia, humildad y fe. Tampoco se excusaba la responsabilidad de cada persona, bien que, en cada tienda, el ama de casa podría tomar las medidas culinarias que fuesen del caso para el bien de toda la familia. Esta faceta del milagro del maná corresponde a las expresiones de Juan 6 que enfatizan la fe —simbólicamente el “comer”— en el “*pan de vida*” que daba “*vida eterna*”, y participación en la resurrección en el día postrero.

La institución del sábado (Ex 16:22-30)

El maná y el sábado (**Ex 16:22-24**). Como mandamiento, el guardar el sábado había de destacarse en el cuarto precepto del Decálogo (**Ex 20:8-11**). Es interesante observar, sin embargo, que su institución —por lo menos como parte integrante de la vida de Israel— surge del don del maná, y se presenta, no como una obligación legal, sino como una vertiente más de la gracia de Dios que obra para el bien de su pueblo. No sabemos cómo fue que el pueblo común había comprendido la necesidad de recoger una ración doble del maná la víspera del sábado y no los príncipes (versículo 22), pero es posible que éstos, habiendo presenciado de cerca el enojo de Moisés contra los desobedientes que querían hacer acopios del maná, deseaban asegurarse bien en cuanto al caso excepcional (versículos 22 y 23).

Efectivamente, Dios había ordenado el recogimiento de una cantidad doble el día sexto para evitar el trabajo de ir a buscar el maná en el campo en el día del sábado, viéndose, en este caso, que el contenido del “*gomer*” adicional se conservaba bien, sin corromperse. Este sencillo hecho subraya la naturaleza milagrosa de esta provisión, pues resulta completamente inútil buscar explicaciones naturales para tal fenómeno. Las prescripciones sobre el sábado, que pertenecían al cuerpo provisional de leyes que regía hasta la promulgación de la ley en el Sinaí (**Ex 16:28**), surgieron de la aclaración que Moisés dio sobre la “*doble porción*” de maná en la víspera del día sagrado.

Algunas características del sábado (**Ex 16:23-30**). De nuevo nos sale al paso un tema que, para su debida presentación, requería varias páginas de referencias y de estudio, y que algunos entienden mal hasta el día de hoy. La palabra “*sábado*” representa el “*sabbat*” del hebreo, que se deriva del verbo “*sabat*”, con el significado de “*cesar*” o “*desistir*” de un trabajo o empeño. Como vocablo no se halla en el libro de Génesis, pero sí el hecho fundamental de que Dios “*acabó en el séptimo día la obra (de creación) que hizo; y reposó el día séptimo...; y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó...*” (**Gn 2:2-3**). Los “*días*” serían períodos de tiempo, y Dios no necesitaba “*descansar*”, pero estableció el principio básico, para el bien del hombre y la gloria suya, del ritmo de trabajo y de descanso, escogiendo el ciclo de seis días de trabajo seguido por uno de reposo. No sabemos hasta qué punto los patriarcas entendían esta institución o la guardaban, pero la manera de introducir el tema en nuestro pasaje parece indicar algún conocimiento anterior de tal día, pero sin que se hubiese establecido como una institución nacional. Si juntáramos las distintas referencias al sábado en el Pentateuco, observaríamos varias vertientes, algunas de las cuales enfatizan la importancia del día como tiempo consagrado al Señor; otras el ejemplo de la creación ya citado; otras el bien que hace al hombre este descanso y cambio de rutina.

Hay otras que lo relacionan con Israel como recordatorio de su redención de Egipto y del pacto que existía entre el pueblo y su Dios (**Ex 20:8-11**) (**Ex 31:16-17**) (**Dt 5:12**) (**Lv 19:3,30**). Que un miembro de la comunidad de Israel dejara deliberadamente de guardar el sábado suponía una actitud de rebeldía consciente, merecedora de la pena de muerte en tiempos cuando existía autoridad suficiente para ello (**Nm 15:33-36**). Los choques que se producían entre el Señor y los fariseos en días del sábado no indican que Jesús dejara de cumplir el mandamiento —en su calidad de hombre nacido bajo la ley— sino que los formalistas habían cambiado su esencia, sin comprender que *“el sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado”*, y que él, como Dios Creador, hecho Hombre, era *“Señor del sábado”* (**Mr 2:27-28**). Por lo tanto era legítimo hacer bien en tal día, pero no vulnerar su sentido íntimo por meros intereses particulares y egoístas. El *“primer día de la semana”* reemplaza el sábado en el régimen cristiano, enfatizando más el principio de una nueva creación que no el descanso tras la primera. No es bíblico el intento de aplicar todo lo que se mandaba a los israelitas sobre el sábado a este *“primer día de la semana”*, pero quedan los principios fundamentales de la necesidad de dedicar tiempo conscientemente al Señor —como señal de que todo es suyo— y del bien que hace al hombre dejar sus ocupaciones normales un día cada siete. Como precepto legal Pablo no lo rechaza tajantemente (**Col 2:16**) (**Ga 4:10**) (**Ro 14:5-6**).

Moisés, al explicar lo relativo a la recolección del maná, enfatiza que el sábado es don de Dios para el bien de su pueblo, y que éste ha de aprovecharlo dedicándose al descanso: *“Mirad que Jehová os dio (mejor “os ha dado”) el día de reposo. Estése pues cada uno en su lugar...”* (versículo 29). La referencia a la obediencia del pueblo en (**Ex 16:21**) parece indicar una nueva costumbre que surgió del precepto, ya explicado con toda claridad.

Un resumen del tema del maná (Ex 16:31)

Una nota sobre el maná (**Ex 16:31**). Antes de pasar a un tema nuevo relacionado con el viaje del mar Rojo hasta el Sinaí, el escritor quiere redondear el del maná. Los versículos 31 al 36, o en su totalidad, o en parte, representan una redacción posterior, como es evidente por la referencia al período total de la caída del maná (**Ex 16:35**). También la referencia a *“la casa de Israel”* parece señalar una época cuando la totalidad del pueblo recuerda la misericordia de Dios, y, notando de nuevo las características del don de Dios, vuelve a enfatizar su nombre, maná, que expresó la extrañeza de una generación anterior ante un fenómeno nuevo.

El vaso conmemorativo (**Ex 16:32-34**). Esta nota recuerda un momento posterior a la construcción del tabernáculo y a la consagración de Aarón como sumo sacerdote. El mandato que Moisés dio en aquella ocasión a su hermano anticipaba la vida de Israel en su tierra, cuando sería muy fácil que generaciones futuras dejaran caer en el olvido las maravillas de la gracia divina durante el período formativo del pueblo en el desierto. Más adelante veremos que el arca del pacto constituía el corazón del tabernáculo, siendo, en cierto sentido, el “trono de Dios” en medio de su pueblo. Dentro de ella se habían de colocar las tablas de la ley, como otra señal de una obra divina que no había de olvidarse nunca, y la vara de Aarón que reverdeció. Como recuerdo del maná Aarón había de tomar una vasija conveniente —en (**He 9:4**) se llama *“una urna de oro”*—, pero quizá tal receptáculo corresponde al lujo del templo de Salomón, colocando en ella un gomer del pan del cielo. *“Ponlo delante de Jehová”* parece indicar que, al principio, se colocara delante del arca, y no dentro; en cualquier caso el propósito es igual: *“para que sea guardado para vuestros descendientes”*.

Los israelitas, como tales, no tenían acceso al lugar santísimo, pero, por el testimonio de los sacerdotes, sabrían que aún quedaba allí la “comida de un día” de sus antepasados

en el desierto, que de tal modo habían sido sostenidos por la mano bondadosa de su Padre. Tales objetos se vuelven fácilmente en talismanes, rodeados por una reverencia supersticiosa —del modo en que los “cristianos” han trocado la comida de recordación de la Cena del Señor en “sacrificio” del “verdadero cuerpo del Señor”— pero los abusos humanos no anulan el significado profundo de los símbolos que nos ayudan a reanimar nuestra comprensión de la persona de Cristo y de su obra.

El cese del don del maná (**Ex 16:35-36**). La lluvia diaria de maná sólo cesó cuando Josué había llevado al pueblo a través del Jordán, situándolo en Gilgal, dentro de las fronteras de Canaán (**Jos 5:12**), donde podía comer ya de los frutos de la tierra. El versículo 35 no especifica claramente este momento y lugar, sino sólo indica la maravilla de que el “*pan del cielo*” hubiese estado a la disposición de Israel a través de tantas jornadas hasta que llegase a tierras habitables. De hecho, Israel ya había ocupado terrenos relativamente fértiles al este del Jordán antes de llegar a Gilgal, pero sólo se trata aquí de señalar, en términos generales, la duración de la provisión divina, de la cual Israel había de guardar eterna memoria.

Pruebas y enseñanzas en el desierto (Exodo 17:1-18:27)

Agua de la peña (Ex 17:1-7)

Falta agua en Refidim (**Ex 17:1**). El pueblo se había internado bastante ya en la península, y en Refidim tendría a la vista los picos de la sierra de Sinaí. Se adelantaban hacia la meta del Monte Sagrado donde habían de recibir las ordenanzas de Jehová, sellando con él su pacto. Pero, al armar sus tiendas, según el mandamiento del Señor por boca de sus siervos, no hallaron fuentes ni corrientes de agua —las torrenteras se habían secado— y brota de bocas sedientas el reproche duro y malhumorado: “*¡Danos agua para que bebamos!*”. Es como si dijeran: “¡Vaya organización! ¿A quién se le ocurre acampar en un lugar sin manantiales ni corrientes de agua!”.

La queja fue una verdadera altercación (**Ex 17:2-3**). No hace falta reiterar más lo que ya hemos notado en cuanto a las murmuraciones de Mara y del desierto de Sin. Lo malo no consiste en el reconocimiento de una gran necesidad, sino en la manera en que el pueblo pierde tan pronto toda noción de someterse a Dios, presentando delante de él sus súplicas. Dentro de la perspectiva de la formación del pueblo fue necesaria la repetición de las lecciones que Dios le daba por medio de las crisis sucesivas, y en este caso surge del mal humano un simbolismo hermoso que ilumina muchas páginas de las Escrituras. Pero el malhumor del pueblo estalla contra Moisés: la persona que tienen delante y en quien pueden descargar su despecho. Con razón decía una vez más: “*¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?*”. Estaban “poniendo a prueba” la paciencia de su Dios en lugar de someterse debajo de su mano, esperando que la solución del problema surgiera una vez más de su omnipotencia y gracia. Pese a la acertada contestación de Moisés, siguen con sus amargas quejas contra él, calificándole del hombre que les había hecho subir de Egipto para matarles a ellos, a sus mujeres, hijos y ganados de sed. Hubo tumulto de lamentadores levantiscos, quienes querían apedrear al caudillo, autor de su liberación bajo la mano de Dios.

La intercesión y la solución (**Ex 17:4-6**). Si el pueblo había perdido contacto con su Dios, —por lo menos en aquellos momentos— no así Moisés, quien acude a Jehová pidiendo su guía: “*¿Qué haré con este pueblo...?*”. Por el momento —recordemos el incidente del maná— no hay repreensión de parte de Dios, bien que la gravedad del pecado se plasma más tarde en los nombres que se darán al lugar (**Ex 17:7**), sino la indicación de un remedio expeditivo al mal que apremiaba. Fue necesario buscar el lugar de bendición y de suministro fuera de aquella multitud rebelde. Moisés había de tomar en su mano la vara —símbolo del poder de Dios obrando por medio de él— y, después de convocar a algunos de los ancianos del pueblo —los fieles, quizá— había de adelantarse hasta llegar a una roca que se llama “*la peña en Horeb*”. No sabemos la distancia que anduvieron, ni si, hallándose Refidim tan cerca de Sinaí, cierta peña podía ser considerada ya como del distrito “santo” de Sinaí. Moisés era muy conoedor del distrito, pero la peña se destacaba, no a causa de sus conocimientos, sino porque Jehová había de estar sobre ella, concediendo, quizá, alguna manifestación de su gloria.

No es desconocido que se hallen venas de aguas debajo de estratos de roca en aquella región, y, sobre el nivel natural, se trata de abrir un depósito subterráneo de agua de tal forma que una corriente alcance el campamento. Sin embargo, el golpe de la vara no

sería suficiente en sí para romper el “sello” de las rocas, y fue Dios quién abrió este manantial para su pueblo, y de tal fuente salió agua abundante.

“La roca era Cristo” (1 Co 10:3-4). Al memorar las experiencias de Israel, como lección y advertencia para los hermanos en Corinto, Pablo escribe: *“Y todos comieron el mismo alimento espiritual y ... bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”*. ¿Se trata de un ejemplo de las alegorizaciones fantásticas, tan en boga entre algunos de los ex compañeros de Pablo, los rabinos judíos? Y si no, ¿qué significado pueden tener tales palabras, que se fundan, evidentemente, sobre el incidente que estudiamos, juntamente con otro análogo, que corresponde al fin de las peregrinaciones y se narra en **(Nm 20:2-13)**? No creemos que el apóstol tuviera la menor intención de rebajar el valor histórico de los incidentes, que constituyen la base de las enseñanzas de ellos derivadas, ni tampoco que alegorizara más allá de lo conveniente. Acordémonos de que Jehová iba delante de su pueblo, y que la peña se convirtió en manantial en virtud de su presencia sobre ella.

La repetición de un milagro parecido enfatizó que las bendiciones —tanto materiales como espirituales— se debían a aquella presencia divina. Otro factor, que ya hemos notado de paso, es que el Ángel de Jehová se presenta como ejecutor del Señor, y que a la luz del Nuevo Testamento es posible identificarle con la segunda persona de la Deidad, llamado, en términos de su misión, el Ungido, o el Cristo. A la visión esclarecida de Pablo, este Mediador divino, el Cristo, ya obraba cuando Dios satisfacía las carencias de su pueblo, que no son sino la forma externa y visible de sus perentorias necesidades en todos los órdenes. La *“roca”* o la *“peña”* —fortaleza, fundamento, sombra del calor, refugio y fuente de aguas refrescantes— se convirtió en un título mesiánico bien conocido en el Antiguo Testamento y que pasó al Nuevo Testamento aplicándose explícitamente al Señor Jesucristo **(1 P 2:4-10)**.

El mismo Señor se valió de la figura al presentarse como el Dador del Espíritu Santo, con obvia referencia a la escena que estudiamos, algo que se discierne mejor si damos la debida puntuación a **(Jn 7:37-39)**: *“... Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu...”*. A fin de cuentas, toda obra mediadora y salvadora realizada a favor del hombre se lleva a cabo por medio del Ungido, el Cristo. La figura de una roca que *“siguiera”* a los israelitas, es atrevida en sentido literario, pero bien comprensible a la inteligencia espiritual, ya que significa, sencillamente, que el Señor estaba siempre a mano para “abrir fuentes de bendición” a favor de su pueblo.

Los nombres *“Masah”* y *“Meriba”* **(Ex 17:7)**. La reprensión divina no fue expresada claramente hasta después de beber el pueblo —otro indicio de la gracia de Dios— pero quedó plasmada en dos nombres, que luego se repiten mucho como designaciones aptas para las murmuraciones en general. Las quejas de los versículos 2 al 4 fueron expresiones de verdadera rebeldía, ya que los hombres ponían a prueba a Dios, diciendo en efecto a Moisés: “¿Dónde está ese Dios tuyo, y qué hará ahora?”. “Masah” significa “prueba”, en este sentido malo cuando los hombres se proponen “ver hasta dónde pueden llegar” en su despecho delante de su Creador. “Meriba” equivale a “rencilla”, y deja triste recuerdo de los ataques personales que se dirigieron contra Moisés, quien sólo actuaba como siervo de Dios **(Sal 78:17-31,40-42) (Sal 106:13,15) (1 Co 10:1-13)**.

La victoria sobre los amalecitas (Ex 17:8-16)

Los enemigos eran amalecitas **(Ex 17:8) (Dt 25:17-19)**. Amalec, antecesor del pueblo que aquí se menciona, era nieto de Esaú **(Gn 36:12,16)**, quien, por razones desconocidas que

podrían haber sido personales, o que surgiesen de la abundancia de sus descendientes, decidió separar sus destinos de los demás edomitas. Era pueblo nómada con bases en el Néguev y en el norte de la península de Sinaí, siendo probable que viera en la marcha de Israel hacia Sinaí una amenaza contra los pastos de verano que solían encontrar en los valles del Sur. La referencia que Moisés hace a ellos en **(Dt 25:17-19)** parece indicar que se valieron de tácticas de guerrilleros, sorprendiendo a los rezagados de la larga columna de israelitas, aprovechando su cansancio para conseguir algunas victorias preliminares. De todos modos, estos ataques de parte de un pueblo emparentado con Israel fueron considerados como actos de traición, convirtiendo a Amalec en el enemigo perpetuo de Israel hasta su exterminio en las circunstancias detalladas en **(1 Cr 4:43)**.

Aparece Josué como capitán **(Ex 17:9)**. Moisés ya sabía quién podría tomar el mando de las fuerzas armadas de Israel en este primer encuentro bélico. Jehová mismo había “llevado la guerra” contra Egipto por medio de las plagas y las aguas del mar Rojo con la colaboración de sus “embajadores”. Sin embargo, frente a un enemigo del desierto, cuya presencia podría constituirse en amenaza continua, fue preciso luchar, bien que la victoria no vino sólo del valor de los israelitas ni de la pericia de Josué, quien ordenaba sus tropas en “guerra caliente” por vez primera, sino del socorro divino, según la intercesión de Moisés. Luego hemos de ver que el sucesor de Moisés no era sólo hombre de acción, sino un fiel siervo del Señor que hallaba su gusto en la presencia divina. Aquí, sin embargo, el que había de ser conquistador de Canaán —en la parte humana— se revela ya como capitán; un caudillo a quien Dios había concedido el don de mando. Quisiéramos saber si los “*varones de guerra*” de Israel habían recibido ya algún entrenamiento, pero nada de ello se revela. Siempre hemos de suponer un trasfondo mucho más rico en acontecimientos y medios de lo que dan a conocer las breves narraciones de los puntos fundamentales e ilustrativos de la vida del principio de la nación. La frase “*vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim*” implica el plan de estorbar su marcha, quitándoles de en medio si fuese posible. Josué había de escoger varones llevándoles al contraataque.

La mano alzada de Moisés **(Ex 17:9-12)**. Cerca del campo de batalla se hallaba un cerro desde lo alto del cual Moisés podía presenciar la batalla. Se habían de utilizar medios humanos para resistir al enemigo, pero ni Moisés, ni sus compañeros, ni Josué pudieron olvidar el simbolismo de la vara —tantas veces alzada en Egipto— como señal del poder de Dios que obraba por medio del siervo que él había escogido. Los compañeros de Moisés en lo alto del cerro habían de ser Aarón (de la tribu de Leví) y Hur, de la de Judá, hombre principal según la referencia de **(Ex 24:14)**. Josué era de la tribu de Efraín. De nuevo la vara levantada en la mano de Moisés había de ser señal de victoria, pero, prolongándose los vaivenes de la lucha, Moisés se cansó y fue preciso que se sentara en una roca mientras que sus compañeros sostuvieran sus manos por un lado y por otro. Antes, al bajar Moisés su mano, se reflejaba la falta de poder en la llanura, prevaleciendo los enemigos. Al alzarlas —con la referida ayuda— la victoria se confirmó, y “*Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada*” (versículo 13). Moisés, desde un punto de vista, no necesitaba ni alzar las manos ni llevar en ellas la vara para constituirse en intercesor, cuyos ruegos fuesen aceptados por Dios, ya que se revelaba como “abogado” por el pueblo en las maravillas de Egipto y de nuevo podían aprender la lección: “*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*”. Las figuras de Aarón y de Hur destacan la importancia de comunión en la intercesión, lección que no se ilustra mucho en la vida de Moisés quien tantas veces se hallaba solo en la presencia de Dios al suplicar misericordia a favor de un pueblo contumaz que había de llevar adelante.

El libro conmemorativo **(Ex 17:14)**. Hemos considerado cuestiones de escritura anteriormente, llegando a la conclusión de que los patriarcas habían escrito anales de familia que fueron aprovechados por Moisés al redactar el libro de Génesis. Aquí hallamos

la primera referencia directa al acto de escribir anales en un libro, o, más bien, en el libro, tratándose de una compilación ya conocida. Nada se nos dice del material del libro, pero es posible que los israelitas utilizaran ya el papiro, conocido en Egipto desde tiempos remotos como material para escribir, bien que su fragilidad impide el hallazgo de ejemplares manejables. La vasija para el maná servía como recuerdo de la provisión de Dios y de forma análoga los actos rituales —como el de la Pascua y de la redención de los primogénitos— conmemoraban la liberación de Egipto. Un libro, sin embargo, se revestía de mucho más valor que meros objetos, piedras monumentales, o ritos, como recuerdo, ya que servía para explicar las circunstancias del momento histórico con algún detalle al uso de generaciones sucesivas. El *“libro del pacto”* que se menciona en (**Ex 24:4**), tomando en cuenta su contexto, parece indicar ya alguna forma de rollo, fuese de papiro o de pergamino.

Josué había de vincular el testimonio entregado a Moisés con la vida de la generación posterior, de modo que le corresponde a él tomar nota especial del significado de la victoria de aquel día, como también del propósito de Dios con respecto a los amalecitas, que habían de ser destruidos (versículo 14). Ya hemos notado la persistencia de las tradiciones orales entre los antiguos pueblos del Oriente —recordemos la momia de José, por ejemplo— pero aquí la tradición se refuerza por medio del memorial escrito, algo muy importante, ya que supone que Israel, en el cumplimiento de su cometido como guardián de los oráculos de Dios, había de valerse de medios que podrían aprovechar otros pueblos, y no sólo el suyo propio (**Ro 3:1-2**) (**Ro 9:4-5**).

El altar y su nombre (**Ex 17:15-16**). Hasta regularizarse el culto levítico, los israelitas continuaban las costumbres de los patriarcas, quienes solían levantar altares al invocar el nombre de Jehová. El altar supone sacrificios, por lo menos dentro del régimen normal de la vida de Israel, y la víctima es siempre símbolo de la obra de expiación del pecado que Dios determinó antes de los tiempos de los siglos. Siendo el altar conmemorativo, recibió un nombre alusivo a la victoria sobre Amalec: *“Jehová nisi”*, o sea, *“Jehová es mi bandera”* (**Gn 33:20**), siendo el título una confesión de la flaqueza de todo esfuerzo humano aparte de la guía del Señor, quien, ensalzado en medio de su pueblo fiel, asegura la victoria.

El hebreo del versículo 16 se ha interpretado de varias maneras, pero la versión RV-60 concuerda exactamente con las exigencias del contexto. Amalec, pese a sus antiguas relaciones con Israel y probable conocimiento de los planes de Dios en orden a Israel, había levantado su mano *“contra el trono de Jehová”*; o sea, se había revelado conscientemente contra los decretos de Dios, repitiendo el crimen de Faraón, pero pecando contra mayor luz. Por eso la nación había de desaparecer, bien que este ramal rebelde de la familia de Esaú pudo defenderse y molestar a Israel durante siglos. El pueblo de Edom sería respetado en el proceso histórico, pese a frecuentes manifestaciones de odio en contra de su “hermano”, pero no así el primer enemigo que se opuso a la marcha de Israel que Dios mismo había ordenado bajo la guía de su propia presencia.

La visita de Jetro y sus consecuencias judiciales (Ex 18:1-27)

La visita de Jetro (**Ex 18:1-7**). Estos versículos enlazan la narración con (**Ex 4:18-26**), donde vimos las últimas referencias a la familia de Moisés. Tantas veces se destaca el servicio público de los hombres de Dios que es fácil olvidamos del hecho de que ellos también han de tener vida de familia y de hogar, con todos los privilegios y responsabilidades correspondientes. Al despedirse Moisés de su suegro en la tierra de

Madián, había llevado consigo a su mujer Séfora y a sus hijos, sucediendo en el camino el incidente de la circuncisión de uno de éstos que ya comentamos (**Ex 4:18-26**). En algún momento (que no se ha notado en la narración) Moisés había enviado a Séfora y sus hijos de nuevo a Madián para estar bajo la protección de Jetro durante los tremendos acontecimientos de las plagas y del éxodo, siendo inútil procurar adivinar lo que habrá motivado esta separación temporal de los esposos, aunque el incidente ya citado revela cierta resistencia de parte de Séfora frente a la obra que Dios encomendó a su marido. Más tarde Moisés se casó con una mujer cusita, lo que dio lugar a las quejas de Aarón y de María; esto, a su vez, fue aprovechado por el Señor para reafirmar la autoridad de Moisés (**Nm 12**). Se supone la muerte anterior de Séfora, puesto que estaba prohibido en Israel tener una segunda esposa.

Las noticias de la gran obra de Dios en Egipto habían llegado a oídos de Jetro, quizá por comunicaciones directas enviadas por Moisés, y ahora la marcha de los israelitas los acercan al antiguo hogar del caudillo durante sus cuarenta años en Madián. Quizá Jetro recibió indicaciones de que la estancia de Israel en las cercanías de Sinaí había de prolongarse, y pareció natural que la familia fuese reunida. Según el relato, Jetro tomó la iniciativa en este asunto, lo que no excluye la posibilidad de indicaciones anteriores de parte de su yerno, bien que, dentro del protocolo del Oriente, se conservaría el prestigio y la autoridad del hombre mayor, *“sacerdote de Madián”*.

Se repiten los nombres de los hijos de Moisés, alusivos a las condiciones de sus años de destierro, quizá para enlazar el pasado con el presente. El nombre de Gersón recordaba el destierro de Moisés, mientras que, al nacer Eliezer, Moisés era muy consciente de la ayuda que había recibido del “Dios de mi padre” —podría pensar en Amram, en Abraham o en ambos— al ser librado del poder de Faraón. Serían hombres hechos y derechos en este momento de la historia.

El encuentro entre Moisés y Jetro (**Ex 18:6-7**). El versículo 6 declara que Jetro dijo a Moisés: *“Yo tu suegro Jetro vengo a ti, con tu mujer, y sus dos hijos con ella”*. No pudo ser una comunicación directa, ya que aún se hallaba en camino; sólo supone que se había enviado un recado en este sentido por medio de una tercera persona. Las conversaciones notadas en los versículos siguientes ponen de manifiesto que existían buenas relaciones entre suegro y yerno, con respeto mutuo, pero de todos modos el encuentro ceremonioso que se describe en el versículo 7 sería normal dentro de las costumbres del Oriente. Jetro era suegro de Moisés y todo un personaje en su tierra, de modo que el protocolo no podía abreviarse.

Jetro escucha la narración de Moisés (**Ex 18:8**). Al aparecer el nombre de Jetro (o Reuel) por primera vez en la historia del éxodo, señalamos la posibilidad de que, como *“sacerdote de Madián”*, hubiera conservado algún conocimiento del Dios verdadero, sin que ello excluyera cierto sincretismo cáltico, o sea, la mezcla de unas creencias y prácticas con otras. Después de oír el detalle de la obra de la redención de los israelitas de Egipto, Jetro bendice a Jehová, por tal nombre. Esto podría ser eco de los términos empleados por Moisés en su narración, pero también admite la probabilidad de conocimientos anteriores. Hay cierta analogía entre Jetro y Melquisedec, *“sacerdote del Dios Altísimo”* y rey de Salem, de la época patriarcal, cuando aún no se había formado la nación de Israel (**Gn 14:18-20**). Este también adora a Dios, actúa de “rey sacerdote” y se goza en las victorias de Abraham.

La narración de Moisés fue realista; por una parte ensalzaba el poder y la gracia de Dios manifestados a través de sus grandes obras *“por amor de Israel”*; por otra, no escondía *“los trabajos”* —el vocablo indica trabajos con cansancio— que el pueblo había pasado en el camino, bien que en todo habían tenido experiencia de la mano de su Dios.

Las reacciones de Jetro (**Ex 18:9-12**). La alegría de Jetro al enterarse de las bendiciones que Jehová había derramado sobre Israel es genuina, y le lleva a expresiones de alabanza. Percibe claramente que el gran pecado de los egipcios había sido su soberbia, al oponerse a la revelación que Dios daba de sí mismo por medio de las plagas. Ya hemos notado que no emplea el nombre generalmente conocido para Dios —Elohirn— ni la designación conocida por Melquisedec —el Dios altísimo, Creador de los cielos y la tierra— sino el de Yahweh, el Dios del pacto con Israel. Aún supone la existencia de otros “dioses” (versículo 11), pero comprende que Jehová es más grande que todos ellos. No ha llegado a una comprensión total de la revelación divina, pero acepta gozoso la luz que ha recibido hasta este momento. Sobre esta base ofrece “*holocaustos y sacrificios para Dios*” y —además de Moisés mismo como es de suponer— Aarón y los ancianos de Israel participan con él del “festín sagrado” que siguió; estos sacrificios, que luego se habían de incorporar en el sistema levítico, no eran desconocidos entre los paganos. Lo más probable es que la revelación primitiva que Dios dio a Abel, a Noé y a los patriarcas sobre holocaustos y presentes se conservara pura entre piadosos semitas, degenerándose las prácticas cúllicas paulatinamente entre los paganos que abandonaron la luz verdadera. No debe extrañarnos, pues, las coincidencias que hallan los eruditos al escudriñar bibliotecas como la de Ugarit (Ras Shamra), en la costa de Siria, entre la terminología cúllica de los politeístas y la del régimen levítico. Ahora bien, el espíritu e intento de las ofrendas difieren enormemente tratándose o de los sistemas degenerados paganos, o del bíblico, tanto sobre el terreno moral como en el de las enseñanzas espirituales. Los holocaustos se consumían totalmente sobre el altar, como señal de que todo había de presentarse a Dios. Los demás sacrificios mencionados en el versículo 12 sería “*de paces*”, o “*de comunión*”, y en este tipo sólo se ofrecía una parte simbólica sobre el altar, quedando el resto como comida comunal para los oferentes. La frase “*delante de Dios*” subraya el carácter sagrado del festín.

Los consejos de Jetro (18:13-27)

Moisés como juez del pueblo (**Ex 18:13-16**). Una gran compañía de personas no pueden convivir sin que surjan cuestiones de derecho. Si todo el pueblo de Dios hubiese sido inspirado por el espíritu del amor, quizá habrían sobrado los fallos jurídicos, pero aun así tendrían mucho que aprender en cuanto a sus deberes para con Dios, además de sus obligaciones frente al prójimo. Lo más normal es que cada persona desee defender lo que imagina ser “lo suyo”, y esto se reconoce en el cuerpo de leyes que sigue a la proclamación del Decálogo (**Ex 21:1-23:19**). La ley se promulgó frente a la condición y las necesidades de hombres caídos, y las Escrituras, presentando su diagnóstico realista del corazón humano, nunca se desvían tras sueños utópicos. Sólo en el reino de Dios, basado sobre el hecho de la redención, pueden abrirse perspectivas de actuaciones que se arraigan en el amor que “*no busca lo suyo*”.

Moisés declaraba al pueblo “*las ordenanzas de Dios y sus leyes*” (**Ex 18:16**), que ya hemos visto (**Ex 15:25**) como “el derecho común” de los pueblos orientales, además de los preceptos que surgían de las revelaciones que Moisés iba recibiendo de Dios. La misión de Moisés fue muy especial, ya que él era el profeta y vidente, quien sólo podía mantener contacto con Dios y “*consultarle*” frente a las cuestiones que surgían entre el pueblo (**Ex 18:14**). A Jetro le extrañó que su yerno procurase llevar tan ingente carga solo, ya que él mismo se cansaba, y también el pueblo litigante que tenía que esperar su turno para poder presentar su problema o petición al legislador.

Jetro sugiere una organización jurídica (**Ex 18:17-26**). A algunos expositores les extraña que una sugerencia de tanta importancia para la organización del pueblo de Dios, en

período formativo, poco antes de proclamarse el Decálogo, viniese del “*sacerdote de Madián*”, un gentil que no se había unido al pueblo escogido. Jetro, sin embargo, se mantiene en un terreno humilde, sabiendo que sus consejos han de ser sometidos a la declaración de la voluntad de Dios. El versículo 19 debiera traducirse: “*¡Y el Señor esté contigo (en la decisión)!*”, a lo que hemos de añadir sus palabras del versículo 23: “*Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte....*”. Lo extraño es que no se nota una consulta directa de parte de Moisés frente a Dios sobre este asunto, pero quizá está implícita en las circunstancias. De todas formas esta organización del sistema jurídico, según los términos que veremos, nada tiene que ver con el nombramiento de los setenta ancianos que habían de prestar su apoyo a Moisés en una época posterior (**Nm 11:10-30**) ya que éstos llevarían cargas más bien espirituales, y hasta cierto punto proféticas. Aquí se trata solamente de “*juzgar entre hermano y hermano*”.

Los términos de la organización (**Ex 18:19-22**). Jetro comprendió bien que Moisés había de actuar como mediador entre Dios y el pueblo, estando “*delante de Dios*” para consultar sobre lo desconocido que podría ir surgiendo en esta etapa formativa de la vida de la nación (**Ex 18:1**). De igual forma, sólo Moisés era capaz de enseñar las ordenanzas recibidas de Dios (versículo 20). Pero muchos asuntos de menor importancia podrían hallar solución por un procedimiento que no se apartaba de las costumbres de los pueblos orientales, entre los cuales Jetro había tenido mucha experiencia. La organización tuvo su expresión mínima en un grupo de diez personas, una de las cuales, conocida por su sabiduría y autoridad, podría dictar sentencia en el caso de los conflictos que normalmente surgían. Cinco grupos de diez formarían una agrupación de mayor importancia, que podríamos comparar a un “juzgado municipal”, y lo mismo se aplica al grupo de cien.

Al llegar a mil, había lugar para la actuación de un juez de mayores atribuciones, como si fuera hoy en día “de primera instancia”, y si él no hallara soluciones habría de acudir a Moisés, quien daría sentencia en nombre de Dios. No nos olvidemos de que se trata de una teocracia —o sea, el gobierno directo de Dios— quien utilizaba a Moisés, o a otro siervo suyo expresamente indicado, para dar curso a sus mandatos. El pensamiento de Jetro pareció muy sensato: que las fuerzas psíquicas y espirituales de Moisés no se desgastaran en menudencias que podrían solucionarse por el tipo de hombre que él señaló. Seguramente el sistema funcionaba dentro de la organización tribal de Israel, que sobrevivía a las peregrinaciones y aun se destacaba bajo la monarquía en ciertas ocasiones.

Las cualidades de buenos jueces (**Ex 18:21**). ¡Cuán difícil es hallar hombres capaces e imparciales, en un mundo de hombres caídos, de tal calidad moral que sepan juzgar con rectitud frente a los encontrados intereses de sus prójimos! “*Varones de virtud*” son hombres de carácter fuerte, sin que sean dominantes, y esta capacidad suya ha de ejercerse dentro del “*temor de Dios*”, ya que los jueces han de obrar en su presencia. Muy importante en un juez es que sea “*varón de verdad*”, odiando la mentira él mismo y capaz de distinguir la verdad entre varios testimonios, a veces torcidos por malicia, a veces por las innatas tendencias del corazón humano, y muy a menudo por defectos de observación. Ha de aborrecer la codicia, pues un hombre dominado por el afán de lucro hallaría abundantes oportunidades de dejarse influir por el soborno. A Moisés no le sería muy fácil el nombramiento de los jueces, pero las cualidades de las personas se destacan netamente en una sociedad de tipo nómada, en la que cada uno vive a la vista de sus semejantes; dispondría también, en caso de duda, de aquel “discernimiento de espíritus” que es propio del don profético (versículo 21).

Las condiciones nos recuerdan —con todas las salvedades que surgen de circunstancias muy diversas— las que regían para el nombramiento de los siete administradores de la

primitiva comunidad cristiana en Jerusalén, pues aun tratándose de “*servir a las mesas*” —o sea, de una labor administrativa— habían de ser “*varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría*” (**Hch 6:3**). Es algo muy serio poner la mano a la obra del Señor, ya que el mayordomo tendrá que rendir cuentas exactas de su administración en la esfera que sea.

Moisés aceptó los consejos de su suegro, y aunque no leemos más de cómo funcionaba el sistema, podemos suponer que operaba siempre, con las naturales modificaciones introducidas en el proceso histórico por jueces y reyes (versículo 26).

La despedida de Jetro (**Ex 18:27**). Jetro volvió a su tierra, seguramente tras las prolongadas ceremonias propias de la época. Más tarde Moisés invitó a su cuñado Hobab para que acompañara a Israel por el desierto como guía, y bien que no contestó afirmativamente entonces, es evidente por referencias posteriores que Jetro pertenecía a la familia madianita de los ceneos, y que éstos terminaron por identificarse con el pueblo de Israel acompañando a la tribu de Judá en la conquista del Néguev (**Jue 1:16**). Por eso se salvaron de los juicios que más tarde alcanzaron a los madianitas —por colaborar en la seducción de una parte de Israel— y de ellos surgieron los recabitas, muy conocidos en la nación tanto antes como después del destierro de Israel en Babilonia.

Temas para meditar

1. Con la ayuda de un mapa sencillo, describa la península de Sinaí, detallando sus condiciones geográficas y climatológicas. Señale las rutas principales que atravesaban la península, y la que siguió el pueblo de Israel desde Ramesés hasta el monte de Sinaí. Se permite calcar las costas marítimas y el curso del río Nilo al preparar el mapa, pero lo demás ha de hacerse de memoria. El mapa no excusa las descripciones y explicaciones que sean precisas.
2. Describa los incidentes más importantes del viaje de los israelitas desde el mar Rojo hasta Refidim, dejando aparte la provisión del maná. ¿Qué aprendemos de estos incidentes: a) en cuanto a Dios, b) en cuanto al pueblo de Israel, y c) en cuanto a Moisés? Discurra sobre el valor general de estas experiencias, explicando por qué Israel no pudo caminar en seguida desde Egipto hacia la tierra de Canaán.
3. Discurra ampliamente sobre el don del maná según se describe en (**Ex 16:1-36**), notando las circunstancias de la primera provisión, la naturaleza del maná, su relación con el sábado y las referencias que el Señor Jesucristo hizo al maná en (**Jn 6:25-59**).

La proposición del pacto (Ex 19:1-25)

El pacto y la ley

I. Una nueva etapa en el desarrollo de la vida de Israel

La consumación del pacto abrahámico. El estudio de los capítulos 12-22 de Génesis revela la base de la separación de la nación de Israel de los demás pueblos de la tierra con el fin de ser “*siervo de Dios*” en la tierra, llamado para conservar el conocimiento del Dios único y verdadero en medio de civilizaciones paganas y dispuesto a recibir la revelación progresiva que Dios, en gracia, había de dar de sí mismo. Así Israel había de ser, de forma muy especial, el guardián de la Palabra. Es muy importante recordar que el pacto de Dios con Abraham era unilateral e inmutable, ya que fue formulado sobre la base de las promesas de Dios y confirmadas por su juramento. Nada dependía de Abraham como tal, bien que la gracia de Dios siempre ha de ser recibida por la sumisión y fe del receptor de los bienes garantizados. El apóstol Pablo explaya estos rasgos del pacto en **(Ga 3:15-18)**. El pacto abrahámico sólo “termina” al ser incorporado en el nuevo pacto, del cual fue un fulgor adelantado, y sería más propio hablar de su “consumación” por medio de la simiente prometida.

Pero Abraham era un hombre solo, y aun en la fecha de recibir el sello del pacto por medio del juramento de Jehová sólo tenía un heredero, Isaac. Pero Dios había prometido abundante descendencia y la formación de un pueblo al que había prometido la tierra de Canaán. En la primera parte del Éxodo hemos visto el cumplimiento de las promesas que garantizaban el crecimiento de Israel hasta constituirse en una nación fuerte e independiente. La sección que nos toca estudiar ahora describe la renovación del pacto, pero ya con el pueblo formado, redimido y libre; dispuesto, según los propósitos de Dios, a emprender su importante misión en el mundo. Veremos, sin embargo, que el estudio del pacto sinaítico dista mucho de ser fácil. Fue sencilla la relación íntima entre Dios y el fiel Abraham, pero la nueva relación (entre Dios por una parte y un pueblo numeroso por la otra) había de ser muy compleja. Ya hemos notado la inveterada costumbre de murmurar y rebelarse del pueblo de Israel que ahora ha de prometer la sumisión y la obediencia.

La vertiente positiva del pacto. Al estudiar el capítulo 19 veremos que Dios recuerda a Moisés todas sus obras de gracia para con Israel, desde su intervención a su favor en la tierra de Egipto hasta llegar a Sinaí. Es natural e inevitable que el pacto se eleve desde el nivel personal al nacional, pero ahora ha de haber condiciones, y estas se asocian con la promulgación de la ley.

El meollo del pacto consiste en que Dios reconoce a Israel como su pueblo propio, su “*especial tesoro*”, escogido de entre todas las naciones de la tierra. Por su parte, Israel acepta a Jehová como único Dios y Salvador, acatando la declaración divina: “*Yo soy Jehová tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto ... no tendrás dioses ajenos delante de mí*” **(Ex 20:2-3)**. Ya veremos que no era posible la perfección bajo la ley, y la desobediencia de Israel había de manifestarse con caracteres graves. Sin embargo, a través de muchos siglos de su historia, Israel, después de períodos de apostasía podía “renovar el pacto” si renunciaba a los “dioses” y volvía al culto único de Jehová. Sólo después de una actitud rebelde, persistentemente contumaz, Jeremías tuvo que anunciar que el pacto sinaítico había caducado, y que había de ser reemplazado por otro nuevo, obra de la gracia de Dios: “*He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con*

sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto aunque fui yo un marido para ellos dice Jehová” (Jer 31:31-32) (He 8:7-13).

Notamos bien el precioso término “*marido*”, ya que el pacto se parece a un contrato matrimonial, en que cada parte jura fidelidad a la otra, y esta figura llega a su culminación en la profecía de Oseas. De parte de Dios no pudo haber fallo; sin embargo, puesto que Israel había de obedecer, la condición humana en toda su imperfección llega a ser un factor importante. La apostasía del “*becerro de oro*” había de ser el primero de una larga serie de períodos de infidelidad al “pacto matrimonial”, y por fin, cuando pacto y ley habían cumplido sus propósitos transitorios, el “pacto de gracia”, —ya en estado germinal en el abrahámico y plenamente manifestado en el nuevo pacto— grabará la voluntad de Dios en todos los corazones sumisos. Es preciso no perder de vista estas perspectivas generales al pasar a escudriñar el detalle del texto de Éxodo.

2. La promulgación de la ley

Puesto que Israel había de hacer válida su aportación al pacto sinaítico mediante la obediencia (**Ex 19:5**), fue necesaria la promulgación de la ley, como resumen de lo que Dios requiere del hombre en la tierra. Los capítulos 19 y 20 describen uno de los actos culminantes de la revelación de Dios a los hombres, siendo imprescindible que colocara delante de ellos las normas de su justicia, lo cual llevó a cabo en medio de imponentes manifestaciones de su santidad. No habría sido posible pasar a la plena manifestación de la gracia de Dios —bien que era anterior a la ley en cuanto al propósito divino (**2 Ti 1:8-9**)— antes de ponerse al descubierto el estado moral del hombre caído. Veremos en su lugar que la ley tiene muchas vertientes, que determinan distintos usos, pero sobre todo “*por la ley es el conocimiento del pecado*” (**Ro 3:20**). El hombre había de verse como Dios lo veía a fin de que abandonara toda pretensión de justicia propia, acudiendo con sumisión y fe al Cristo del Calvario (**Ga 3**).

En el caso de los israelitas, considerados como miembros de un pueblo separado para Dios, las Escrituras revelan tres posturas que podrían adoptar frente a la manifestación de la justicia de Dios y las condiciones del pacto. Estas actitudes personales e internas se descubren por las experiencias de los hombres piadosos que escriben los Salmos, bien que afloran en diversas partes del Antiguo Testamento.

1. Un hebreo podría ser rebelde y perverso, asociándose con los diferentes alzamientos en contra de Dios que, por desgracia, afeaban la historia del pueblo, o inclinándose a la idolatría. Para el rebelde no había remedio previsto, ni siquiera por medio de la sangre de los sacrificios que señalaban hacia el Calvario, ya que él mismo volvía las espaldas al sol de la gracia. Podía ser muy patriota, muy orgulloso de su categoría como israelita, pero no podía estar en relaciones de paz para con Dios. El despreciaba la ley y el pacto, a no ser que sirviesen de pábulo para su patriotismo carnal.

2. Otros israelitas —con aparente lógica— argumentarían así: “Si Dios nos ha dado la ley, es para que la cumplamos, y vamos, pues, a procurar los medios para hacerlo”. Estos ni percibían las sublimes alturas de la santidad de Dios, ni sabían medir las abismales profundidades del mal en el corazón del hombre caído, sea israelita, sea gentil, y según su modo de pensar, no les quedaba más remedio que rebajar las normas divinas al par que daban una importancia exagerada a sus esfuerzos en el terreno religioso. Esta actitud les llevaba indefectiblemente a la hipocresía y al formalismo religiosos, es la típica “*piedra de tropiezo*” de la vida oficial de Israel, que llegó a la frondosidad engañosa del abundante follaje de la “*higuera estéril*” que Cristo maldijo. Siempre había existido, pero se manifestó más claramente después de ser desterrada de la nación la idolatría, al volver el pueblo del destierro babilónico e iniciarse las “explicaciones” de la ley, o sea, desde la época de

Esdras en adelante. Esta actitud dio su forma al Israel legalista que rechazó a su Mesías, y el diagnóstico de esta enfermedad religiosa del pueblo lo realiza tajantemente Pablo en **(Ro 9:30-10:4)**.

3. Otros hebreos aprendieron bien la lección de la suma santidad de Dios y de su justa ira frente al pecado, tal como se dio a conocer en el memorable día de la promulgación de la ley. También habían tomado buena nota de los constantes fallos del hombre, fuese por su experiencia particular, fuese por los desvíos de Israel como pueblo. Comprendieron que el hombre caído jamás podría dar satisfacción personal a las demandas de la justicia de Dios. Al mismo tiempo, Dios les había dado la ley y ésta había de ser la norma. El problema parecía insoluble, pero los sumisos de corazón sabían, por íntima revelación divina (ayudados por el simbolismo de los sacrificios) que la gracia de Dios entrañaba la solución del problema de la salvación, aun de los hombres condenados por la ley, con tal que éstos buscasen su presencia, humillándose y confiando solamente en el Dios Salvador, quien les había manifestado su misericordia en tantas ocasiones. No podían expresar la doctrina de la “justificación por la fe” tal como la hallamos en Romanos capítulos 3-8, en Gálatas capítulos 3-6, o en Hebreos capítulos 8-10, pero podían decir con David: *“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad...”* **(Sal 32:1-2)**.

Nosotros podemos ver toda la perspectiva, y saber que Dios anticipaba a los humildes y fieles los beneficios de la cruz **(Ro 3:24-26)**; pero no faltaba luz jamás a aquel que quería recibirla. El conjunto de los hombres y mujeres fieles, que se sometían a la ley a la vez que buscaban la salvación por medio de la gracia de Dios, se llama “*el resto fiel*” **(Ro 11)** y constituye el verdadero pueblo de Israel dentro del marco de la nación histórica, siendo ésta carnal siempre y, a menudo, rebelde. El cumplimiento de los propósitos de Dios y la continuidad del testimonio espiritual de Israel dependen de este “*resto fiel*”. Si no recordamos todos estos componentes de la nación, frente a la luz de la ley y de las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo, la interpretación del Antiguo Testamento se hace enigmática y confusa en extremo.

3. La víspera de la teofanía

Israel había tenido la experiencia de: 1) las plagas de Egipto, cuyo valor como revelación de Dios hemos estudiado; 2) la salvación “*por la sangre*” en la noche de la Pascua; 3) el gran triunfo del mar Rojo, con la destrucción de las fuerzas armadas de su único enemigo, Egipto; y 4) las vicisitudes del camino en el desierto hasta llegar a la llanura de Sinaí. El hebreo humilde y observador había tenido abundante ocasión de aprender en el “libro” de esta historia las maravillas tanto de los juicios como de la gracia de Dios. Al mismo tiempo, había podido comprobar el estado de ánimo del hombre en general, como también la inclinación del corazón de los hebreos en particular. Llega el momento en que Dios se ha de manifestar en la gloria de su santidad frente a este pueblo. Hemos meditado en los efectos generales y lejanos, pero los aparentes fracasos futuros no han de cegarnos a la importancia del acontecimiento en sí, que, pese a su sentido aparentemente negativo, es eje importantísimo del plan de la redención.

El primer anuncio de Dios a Moisés (Ex 19:1-25)

1. El tiempo y el lugar de la manifestación (Ex 19:1-2)

El mes tercero **(Ex 19:1)**. El viaje del mar Rojo hasta Sinaí había durado exactamente tres meses (meses lunares), sin duda, durante los cuales los israelitas habían pasado por las variadas experiencias que tanta importancia entrañaban para su disciplina espiritual. Al mismo tiempo, les dejaba sin excusa al confiar en su fuerza carnal, para luego rebelarse

escandalosamente contra Jehová, a quien acababan de aceptar como su Dios, y marido divino, en el caso del “becerro de oro”.

El lugar de la revelación (**Ex 19:1-2**). Los israelitas habían pasado por los puertos del terreno montañoso al norte de Sinaí para desembocar en la llanura que había de ser su residencia durante el año siguiente: quizá el año más importante de toda su historia nacional, ya que determinó la unión de Jehová con su pueblo, la promulgación de la ley, la construcción y montaje del tabernáculo con la inauguración del sistema levítico. No todos los eruditos están de acuerdo con la identificación del lugar exacto del pico “Sinaí”, ni la de la llanura que se extendía delante de él, puesto que se trata de una sierra —dirección N.O. a S.E.— en la que se alzan varios imponentes picos de un extremo a otro. Desde el tiempo de Justiniano la tradición señala Gebel de Musa (“*el monte de Moisés*”), pero faltan tradiciones firmes que recojan los conceptos de los judíos en el primer siglo o antes.

Lo que parece absolutamente necesario —para la comprensión de las frases del relato— es que el pico tenga delante una amplia llanura, capaz para la congregación de todo el pueblo, desde la cual habían de presenciar la manifestación de la gloria de Jehová, sin tocar la base de la montaña. El único alto que cumple plenamente estas condiciones es el monte Ras es-safsafeh, situado a la parte norte de la cordillera. Puesto que una tradición no determina nada, y las características de la llanura ante Ras es-safsafeh coinciden exactamente con lo que el relato requiere, creemos acertado aceptar la opinión de Stanley, quien exploró la región y llegó a esta conclusión concreta. El campamento mismo podría haberse extendido por los “uadis” por donde el pueblo había pasado, pero lo que nos interesa es la posibilidad de que se reuniese una vasta congregación a plena vista del monte Sinaí.

2. El primer encuentro de Moisés con Dios (Ex 19:3-6)

La cita esperada (**Ex 19:3**). Cuando Dios llamó a Moisés desde las llamas del arbusto que ardía y no se consumía, le había anunciado: “*Cuando hayáis sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte*”, ya nombrado como Horeb, designación alternativa para Sinaí. Moisés sabía, pues, que el pueblo había llegado a la cita, y el versículo 3 parece indicar que él mismo tomó la iniciativa de “*subir a Dios*”. En algún lugar de la subida oyó la voz de Dios que le hizo el primer anuncio, preliminar a la sublime manifestación de Jehová a todo su pueblo.

Es inútil procurar comprender con exactitud los medios y métodos de estas comunicaciones. Sabemos que Dios no puede ser visto en la plenitud de su gloria por ojos humanos —en este cuerpo mortal— pero, en uso de su omnipotencia, puede revelar aquella parte de su gloria que convenga a las lecciones que dirige al hombre. No hay nada que impida que él haga llegar sonidos articulados al oído del hombre individual, o a los de toda la congregación de Israel. Solamente los inveterados enemigos de todo lo sobrenatural encuentran dificultades en estos pasajes, y no es por el problema en sí —ya que Dios está obrando conforme a su beneplácito— sino por la pequeñez del entendimiento de los críticos, que no quieren recordar que tampoco comprendemos los misterios de nuestra propia existencia física, psicológica y espiritual, con ser de menos trascendencia.

Dios habló a solas con Moisés en esta ocasión, pero el mensaje había de ser para “*la casa de Jacob*”: una designación que no se halla en otro lugar del Antiguo Testamento fuera de las profecías de Isaías. Es posible pensar que enfatiza la condición natural del pueblo, como descendientes del patriarca Jacob, ya que “*Israel*” recuerda las bendiciones espirituales que Jacob recibió después de las disciplinas del camino y la gracia que Dios había derramado sobre él, sobre todo en la lucha en Peniel, donde recibió su nuevo nombre de Israel el “*vencedor*”.

El recuerdo de las misericordias de Dios (**Ex 19:4**). Toda la historia de la redención de Egipto se resume en dos cláusulas, que recuerdan, además, que los hijos de Israel habían sido testigos oculares de las maravillas que encierran. En primer lugar: *“Vosotros visteis lo que hice a los egipcios...”*. Los israelitas habían presenciado los juicios de las plagas y la destrucción del ejército de Faraón. ¡Cuánta historia, cuánto drama se condensa en esta breve frase! Lo importante era saber si los hebreos habían aprendido la lección de su propia redención. Jehová añadió un recuerdo de su gracia que se plasma en una hermosa figura poética: *“Como os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí”*. El lenguaje aquí podría significar que Dios había dotado a su pueblo (figurativamente) de *“alas de águilas”*, con las que sobrevolaron todos los obstáculos del cerco de la esclavitud de Egipto. Con todo, Moisés mismo, al cantar más tarde las obras de gracia de Jehová para con su pueblo, vuelve a la misma figura, elaborándola de tal forma que hemos de ver en ella al águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma y los lleva sobre sus plumas. Encontramos esta figura en (**Dt 32:11**), y Moisés termina diciendo: *“Jehová solo le guió, y con él no hubo dios extraño. Lo hizo subir sobre las alturas de la tierra...”*. De forma tan hermosa se describen los primeros pasos de la vida nacional de Israel, y se enfatiza que todo había sido por el tierno amor y gracia de su Redentor.

Debiéramos notar que cuando Jehová había sacado a su pueblo de Egipto les había prohibido caminar por el peligroso y frecuentado *“camino de Egipto”*, con el fin de llevarles a sí mismo. Ya hemos destacado la íntima figura del *“matrimonio”*, y la referida frase subraya la necesidad de que Jehová hiciera provisión para el apartamiento del pueblo de toda otra complicación con tal de poder pasar un tiempo a solas con él dentro de este escondido rincón de las serranías de Sinaí.

El anuncio del pacto y sus condiciones (**Ex 19:5-6**). Por primera vez en la historia de Israel se oye hablar de condiciones: *“Si diereis oído a mi voz y guardaréis mi pacto...”* Seguían preciosas promesas que hemos de meditar, pero la palabra *“si”* inicia una serie de promesas condicionadas, que han de entenderse a la luz de las consideraciones sobre el pacto y la ley que preludian este capítulo. Se echan responsabilidades sobre el israelita —e indirectamente sobre todo hombre— y si éste es incapaz de cumplirlas, las promesas se tornarán en juicios a causa de la desobediencia. Lo primordial es la sumisión del corazón del pueblo a la voluntad de Dios, y ya hemos notado la manera en que esta advertencia fue comprendida de diversos modos por las tres categorías de israelitas.

La posición ideal de Israel (**Ex 19:5-6**). Al otorgar sus promesas al pueblo, Jehová reafirma su soberanía, diciendo: *“Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra”*. Si alguien se atreviera a acusar a Dios de favoritismo podría contestar con las palabras de una parábola del Maestro: *“¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”* Muchos otros pasajes bíblicos enfatizan el hecho de un llamamiento para el servicio, que si bien, de necesidad, entrañaba privilegios especiales, también suponía pesadas responsabilidades y juicios más severos en el caso de pecados contrarios al sentido del pacto.

“Mi especial tesoro”, equivale a una posesión adquirida para el uso exclusivo de la persona en cuestión, fuese por pagar el precio necesario, fuese por otros esfuerzos suyos. Nadie podía disputar al dueño la posesión, que viene a ser un término muy precioso que describe al pueblo de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (**Sal 135:4**) (**Is 43:1-4**); en el Nuevo Testamento hallamos la frase griega *“laos eis peripoiesia”* y similares (**Tit 2:14**) (**1 P 2:9**).

“Un reino de sacerdotes” (**Ex 19:6**). Pronto había de establecerse el sacerdocio levítico en Israel para que cuidara de los servicios del tabernáculo. Con todo, la religión de Israel, en

su esencia espiritual, no se parecía en nada a las establecidas sobre sus jerarquías sacerdotales que monopolizaban y “vendían” el culto. Idealmente cada israelita era “sacerdote”, ya que podía invocar el nombre del Señor desde cualquier lugar, en el momento de sentirse movido a adorar o a implorar la misericordia divina. El culto colectivo podía complementar este libre acercamiento al trono de Dios, pero no podía sustituirlo.

Así que “*el sacerdocio de todos los creyentes*” halla sus raíces en el Antiguo Testamento, bien que el pleno desarrollo del concepto había de esperar al Nuevo. Pedro no tenía que inventar términos nuevos para expresar este sublime concepto, sino sólo echar mano del pasaje que estamos considerando (**1 P 2:9**) (**Ap 1:6**). Naturalmente, por lo que ya señalamos en la introducción de esta lección, los privilegios de los israelitas eran nacionales en potencia, pero sólo se hacían válidos y eficaces en el caso de los fieles, aquellos que constituían el resto fiel. Ni los rebeldes ni los hipócritas pueden disfrutar del privilegio de servir y adorar en la presencia de Dios, en primer lugar porque no lo desean.

Aquí el término “*reino*” se emplea por primera vez en relación con Israel. No ha de tomarse como anticipo del reino davídico, sino sólo como un término que indica el conjunto de la comunidad, cada miembro del cual era “sacerdote en potencia”. Pero aflora el concepto de una comunidad ordenada, bajo el gobierno de Dios a través de Moisés: sistema que se denomina la teocracia, o sea, el gobierno directo de Dios.

“*Una nación santa*” (**Ex 19:6**). Una nación santa (VM) es mejor que “*gente santa*”, ya que, en el castellano popular de hoy “*gente*” puede tener un sentido despectivo. Ya se sabe que “*santo*” quiere decir “*separado para Dios*”, y de nuevo el término pasa a enriquecer el vocabulario del Nuevo Testamento. No se trata de una mera multitud que se separa para Dios sino de una nación ya formada, que ha de dar sus primeros pasos al unirse en estrecha alianza con Jehová. De nuevo hemos de recalcar que esta separación nacional no es arbitraria sino una fase necesaria para el cumplimiento de la misión de Israel en la tierra. Según el plan de Dios no puede mezclarse Israel con las naciones circundantes, so pena de caer en el paganismo, considerando a Jehová como uno más en su panteón de dioses: algo que Dios no puede admitir por las exigencias fundamentales de su ser. Lo triste es que Israel —como entidad política— había de caer una y otra vez precisamente en este pecado fundamental.

3. De forma preliminar el pueblo acepta las condiciones del pacto (Ex 19:7-9)

Moisés actúa como mediador. El hombre de Dios, que vivía en la presencia de Dios, había de ser el portavoz de Jehová frente al pueblo, y luego llevar la contestación de la congregación a Dios (**Ga 3:19-20**). Ya veremos la distancia que se impone entre Dios y el hombre que toma sobre sí alguna obligación en la esfera religiosa.

Moisés bajó del monte y llamó a los ancianos del pueblo para exponerles el mensaje trascendental que acababa de recibir de parte de Jehová. Puesto que “*todo el pueblo*” dio la respuesta afirmativa, es evidente que los ancianos habían convocado a las tribus, y, según costumbres ya comprendidas, les había declarado los términos del pacto, invitando a su asentamiento. Fue momento muy solemne, pues la contestación afirmativa comprometía a la totalidad de la nación. Algún expositor ha pensado que todo ello fue muy fácil y muy hermoso, ya que Dios otorgaba promesas tan bellas a su pueblo escogido, y que a éste no le tocaba más que decir que “*Sí*”, como la novia que acepta al marido.

En las notas introductoras de este capítulo hemos visto razones suficientes para que tengamos en cuenta la suma complejidad de la situación que entrañaba una paradoja aparente. Si la promesa hubiese sido incondicional, como en el caso de Abraham, todo habría sido claro. Si se hubiese tratado de un pueblo de perfecta espiritualidad, tampoco

hallaríamos dificultades para entender la situación. Pero, de hecho, la promesa es condicionada a la obediencia del pueblo, y éste ha mostrado ya repetidas veces que no puede, ni quiere obedecer, excepción hecha de los fieles y humildes que nunca podían faltar. En este momento de “bodas”, Dios inicia un sistema de disciplina y de prueba — algo inexcusable— que tendrá que durar hasta que se ejecute la sentencia del pecado en la Víctima de la cruz. Literalmente Pablo nos dice en **(Ro 5:20)** que *“la ley se introdujo para que el pecado abundase”*, y la aparente confusión del suceder histórico había de ser grande. Con todo, tan áspero camino conducía a la cruz y a la resurrección, o sea, hacia el triunfo sobre el mal.

La respuesta del pueblo **(Ex 19:8)**. *“Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”*, fue la contestación unánime de todo el pueblo por medio de sus ancianos. No había nadie que dijera: “Anhelamos entrar en estas relaciones especiales que señala Jehová, dejando todos los llamados dioses de las naciones. Pero pone como condición que nosotros le obedezcamos. Queremos hacerlo, ¿pero no sería bueno suplicar su gracia para hacerlo posible, ya que somos pueblo murmurador y rebelde?”. Sin duda los humildes —hasta el límite de la comprensión posible de la situación en aquel momento decisivo— decían algo así en su corazón porque sus obras posteriores lo demuestran. En cuanto a Dios, la cruz se hallaba en medio de la perspectiva de su plan de redención y pronto había de establecerse el régimen levítico que prefiguraría la expiación hecha posible por la sangre del Cordero de Dios. Pero hemos de ir siguiendo los pasos del proceso de revelación según se encuentra en las páginas bíblicas.

“Yo vengo a ti en nube espesa” (Ex 19:9). Parece ser que el día de “las bodas” se oscurece, ya que Dios, en el momento mismo de recibir *“la promesa”*, anuncia que se manifestará en *“nube espesa”*, y que Moisés ha de actuar como mediador, manteniéndose a distancia el pueblo que llegaba a ser “la esposa” de Jehová. El hecho del pecado existe en el corazón de todo el pueblo, y ya que la gracia ha de obrar indirectamente, el pueblo se encuentra sobre el terreno de las obligaciones que ha adquirido. Entre la santidad y la justicia de Dios por una parte, y el pecador “al descubierto” por otra, no puede haber más que “ira”. Al mismo tiempo, había llegado el momento de manifestar la gloria, la majestad, la santidad y la justicia del Dios de Israel, primeramente al pueblo, y a través de ellos al mundo en general. No ha de extrañarnos pues que el telón del escenario de las “bodas” fuese de humo espeso, y por música había el estruendo de los truenos y el toque penetrante de la trompeta de Dios. El pueblo había de aprender *“el temor de Jehová”*, como principio de sabiduría. También se ha de establecer el prestigio del caudillo Moisés ya que todo sirve *“para que te crean para siempre”*. Habríamos esperado otra frase: “Para que me teman para siempre”, que sin duda está implícita en todo este pasaje.

La *“nube”* se asocia frecuentemente con manifestaciones de la presencia de Dios, sirviendo de velo, escondiendo la plenitud de la gloria que sería fatal para el hombre pecador. Sólo *“en Cristo”* podemos estar con toda tranquilidad y paz en la presencia de Dios **(Ro 8:1)**.

4. La santificación del monte y la del pueblo (Ex 19:10-16)

El cerco alrededor del monte **(Ex 19:12)**. El monte de Horeb, o de Sinaí, había de considerarse como un templo provisional, ya que Dios lo había escogido como lugar para la manifestación de su presencia. *“Señalarás término”* quiere decir, sencillamente, levantar un cerco que separe “lo común” de “lo sagrado”. Ni persona ni animal habían de traspasar la barrera a no ser que fuese expresamente llamado por Dios, como en los casos que veremos. Se enfatiza aún el concepto de la distancia que existía entre el Dios santo y el pueblo pecador, hasta que Cristo abriera *“un camino nuevo y vivo”* como entrada al santuario **(He 10:18-19)**. El concepto de santidad y de separación afectaba hasta a los

animales, pues si uno se extraviaba por los pastos al pie del monte, no sólo había de morir, sino que había de ser matado desde lejos, sin que le tocara mano humana, empleándose piedras o saetas para rematarle (**Ex 19:12-13**). Se ilustra de forma muy solemne que *“lo santificado”* ha de conservarse para el uso exclusivo de Dios.

La purificación del pueblo (**Ex 19:10,15**). Según conceptos muy bien entendidos en el Oriente en aquella época, el pueblo había de mostrar de forma externa su *“separación para Dios”*, siendo ellos también *“santificados”*. Naturalmente, la única santificación verdadera es la interna del corazón, pero ya que Dios había de valerse de esta nación, —entidad política y externa— el pueblo como tal había de demostrar que estaba preparado para el gran encuentro con su Dios. Las señales externas consistían en lavar los cuerpos y la ropa —figurativamente se echa fuera toda suciedad— y prescindían del trato sexual durante los tres días de preparación. Esta última manifestación de *“santificación”* no ha de interpretarse en el sentido de que el acto sexual, dentro del matrimonio, es indigno o impuro en sí, ya que es ordenanza de Dios y algo que él bendice en condiciones de pureza moral, como consta en múltiples pasajes bíblicos.

Lo que implica es que, en aquella ocasión solemne, Dios había de ser todo para su pueblo, dejándose hasta lo legítimo y necesario como señal de apartamiento para él. Quizá debiéramos añadir que, bajo un régimen de sombras, como lo había de ser el levítico, cosas perfectamente legítimas —y hasta inevitables— en sí podían crear condiciones de *“impureza ceremonial”*, que se ha de quitar por los medios indicados, pero eso no afecta la esencia de la vida humana, que había de desarrollarse libre de los *“rudimentos del mundo”*, una vez que se hubiese consumado la gran obra de expiación del Calvario.

El descenso de Moisés del monte, según el versículo 14, puso en operación todos estos preparativos para que la manifestación de la gloria de Dios y la promulgación de su santa ley se realizase al tercer día.

El sonido de la trompeta (**Ex 19:16,19**). El sonido de una trompeta puede tener diversos significados, pero aquí se trata del solemne anuncio de que Dios había de hablar. La figura es la de un heraldo que toca su instrumento antes de leer una proclamación real. El sonido de esta *“trompeta del Señor”* fue extremadamente penetrante y solemne, siendo elemento importante como medio para despertar el temor de Dios en el pueblo.

5. Se produce el encuentro (Ex 19:17-20)

Dios y su pueblo (**Ex 19:17-20**). Las circunstancias del encuentro eran terroríficas, ya que parecía que la mole montañosa ardía, subiendo el humo como si fuese de un horno gigantesco. Los violentos truenos y brillantes relámpagos procedían de una tormenta de intensidad descomunal. Todo ello, como hemos visto, fue necesario para que el pueblo temblara en la presencia de su Dios (**He 12:18-21**), pero no por ello ha de distraer nuestra atención del punto central: el encuentro entre Dios y su pueblo en estas extrañas *“bodas”*. Enlacemos dos cláusulas que describen este hecho: *“Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios, y se detuvieron al pie del monte. Y descendió Dios sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte...”* (**Ex 19:17,20**). El monte se convirtió en templo, y el pueblo llegó a su límite señalado. Todo el pueblo había de pasar por esta tremenda experiencia de ver la gloria de Jehová y escuchar personalmente la comunicación, hecha *“con voz tronante”* (versículos 19). No hace falta volver a hablar del misterio de las teofanías, ni considerar de nuevo el uso de frases antropomórficas, ya que Dios, en el uso de su soberanía, se iba revelando según los medios que él había determinado, que serían los posibles y mejores para aquella ocasión. Durante esta fase de la manifestación es Moisés quien vuelve a subir al monte.

6. La reiteración del mandato de la santificación del monte (Ex 19:21-25)

Se ha de respetar el cerco (**Ex 19:21-25**). Este pasaje parece ser una redundancia, y así lo consideró Moisés, ya que toda provisión se había hecho para que se respetase el “templo” del monte donde Dios manifestaba su presencia (**Ex 19:23**). Con todo, Dios conocía la condición del pueblo, y lo fácil que sería el que se apoderase de ciertas mentes la curiosidad carnal, con el afán de acercarse más de lo previsto para ver el “espectáculo”. El peligro del pueblo pecador, colocado en la presencia de Dios, era algo nuevo que necesitaba ser enseñado por medio de la reiteración, so pena de un “estrage” de juicio sobre los atrevidos.

Los sacerdotes de aquel día (**Ex 19:24**). No tenemos información exacta sobre quiénes cumplían los deberes de “sacerdotes”, ya que Aarón y su familia no habían sido apartados aún para el sacerdocio que más tarde había de ser instituido. Es posible que fuesen los primogénitos del pueblo; de todas formas, fue un arreglo provisional, relacionado, por supuesto, con la presentación de holocaustos y sacrificios de paces, ofrendas ya conocidas. Quizá el mandato reiterado sobre lo sagrado del monte tuviera relación especial con estos “sacerdotes”, que podrían presumir de derechos especiales que les permitieran pasar más allá del cerco (versículo 24).

Moisés y Aarón (**Ex 19:24-25**). Todo el pueblo había de ver la gloria y oír la augusta Voz que proclamaba sus santas leyes, pero sólo dos personas estarían en el monte y todas las demás en la llanura, al otro lado del cerco. Quizá hemos de olvidarnos por el momento de la terrible caída de Aarón en el asunto del “*becerro de oro*” para recordar que, según el propósito y beneplácito de Dios, el hermano de Moisés había de ser sumo sacerdote y mediador en el sistema levítico que Dios había de reseñar dentro de poco. Para poder ejercer sus sagradas funciones necesitaba aprender lecciones que sólo se dan en la presencia de Dios.

La promulgación de la ley (Ex 20:1-26)

Los rasgos esenciales de la ley

La ley y el pacto nacional. A riesgo de alguna repetición es preciso hacer constar que la ley es parte esencial del pacto. Dios dice a su pueblo, en efecto: “Para que yo sea vuestro Dios y vosotros seáis una nación santa para mí, es preciso que vuestra conducta se conforme a los principios de justicia y de moralidad que voy a declararos”. Por el momento no surge la cuestión de cómo podían obedecer, ni de otras vertientes de la ley, sino de establecer normas que podrán sublimarse en el nuevo pacto, pero que nunca pueden dejar de ser la expresión de la voluntad de Dios mientras existan hombres sobre la tierra. El pueblo, por lo menos, tiene que colocarse en “postura de obediencia” para que se pueda ratificar el “matrimonio espiritual”.

La ley como norma de justicia para toda la raza. Israel había sido llamado para dar a conocer al único Dios —y sus caminos— a las naciones, de modo que las Diez Palabras no pueden quedar encerradas dentro del círculo nacional, sino que han de proveer una sólida base de enseñanza para todos los hombres. Una lectura —siquiera somera— de los mandamientos revela que presentan principios fundamentales, que después se han de ampliar y aplicar de diversas maneras, según el caso concreto y humano que surja. Ejemplos hay de esta aplicación en los preceptos de **(Ex 21:1-23:19)**. Desde luego, los egipcios habían estudiado la ética, redactando sus sacerdotes una larga serie de ofensas que constituían “pecado” ante los dioses, pero dentro del marco del politeísmo lo interno se mezclaba con lo externo, confundándose lo moralmente grave con meros actos rutinarios. El célebre Código de Hammurabi recogió otros anteriores, sistematizando la jurisprudencia de la ley común tal como se entendía y se aplicaba en la cuenca de los ríos Tigris y Éufrates, hallándose en este cuerpo de leyes puntos prácticos que coinciden con algunos de los preceptos de Éxodo 21 y siguientes. Sin embargo, no intenta establecer la justicia y la moralidad sobre una firme base de principios, sino sólo ve la necesidad de compensaciones dentro de la sociedad ya establecida. De hecho, una declaración de justicia sólo pudo brotar de la autoridad de un sólo Dios, lo que la eleva por encima de la mera relatividad, según las conveniencias del egoísmo o de las costumbres humanas. Por lo tanto en la jurisprudencia como en las normas sociales de todos los pueblos que han recibido iluminación o revelación —siquiera indirecta— de la esfera judeocristiana, puede percibirse esta influencia de la ley.

La ley como norma que condena el hombre. Recordamos lo que ya hemos expuesto en los párrafos introductorios: el uso principal de la ley es el descubrimiento y el diagnóstico del pecado que influye en el corazón del hombre caído, según las claras indicaciones del apóstol Pablo en Romanos 3-11 y en Gálatas 3-4, apoyadas por múltiples versículos y pasajes del Nuevo Testamento. El bisturí de la Palabra tiene que penetrar hasta lo más recóndito del alma y del espíritu para discernir “*los pensamientos y las intenciones del corazón*” **(He 4:12)**, y sólo después de este penoso proceso será posible aplicar el bálsamo de la redención que brota de la gracia de Dios. Con todo, esta obra fundamental de la ley no debe cegarnos a los usos señalados en los párrafos anteriores, que forman una parte esencial del engranaje de la historia jurídica del hombre, y aun del plan de la redención.

La naturaleza espiritual de la ley. Es fácil comprender que el décimo mandamiento es “espiritual”, ya que condena la codicia, el anhelo de apropiarse para sí lo que es de otros. Obviamente, nadie podía ir al juez con la denuncia: “Mi vecino está codiciando mi casa o

mi mujer”, pues el deseo interno tendría que exteriorizarse de algún modo —por palabras o por obras— antes de que el magistrado pudiera tomar en cuenta el crimen. Pero ante el tribunal de Dios —que lee los corazones— el pecado consiste precisamente en el movimiento interno, la inclinación del corazón, según las claras enseñanzas del Maestro en **(Mt 5:17-48)** y la íntima experiencia de Pablo **(Ro 7:7-14)**, ya que, delante de él, el resorte íntimo que produce el mal se halla en el brotar de los deseos del corazón.

Pero hay más que eso. Bien mirado, la ley en su totalidad siempre ha sido “*espiritual*”, ya que los crímenes que condenan (de comisión y de omisión) surgen del hecho de que el hombre caído no ama a Dios con todo su ser ni al prójimo como a sí mismo, y de estos dos mandamientos compendiosos —dice Cristo— “*depende toda la ley y los profetas*” **(Mt 22:34-40)**. Es decir, detrás de todo crimen se halla el grave mal de la falta de verdadero amor para con Dios y el prójimo, de modo que el móvil último es profundamente espiritual.

El prólogo de los mandamientos (Ex 20:1-2)

“*Y habló Dios todas estas palabras*” **(Ex 20:1)**. Ya hemos visto la preparación del escenario para la promulgación de la ley. El pueblo está a la vista, pero no le es permitido traspasar el cerco al pie del monte. Ni tampoco quiere, pues se halla aterrado ante las manifestaciones de poder y de gloria que acompañan la declaración. Dios habló, haciendo uso de palabras articuladas según los medios que, en su omnipotencia, consideraba adecuados, y no hemos de rebajar en nada la tremenda solemnidad de la ocasión por medio de “explicaciones” humanas, puesto que, como hemos visto, el intento de levantar estructuras morales sin que exista una plena autoridad suprahumana es edificar sobre arena. Esta justicia, públicamente proclamada, refleja la del Dios de justicia, siendo intangible e inexpugnable, como la esencia de la moralidad que el Dios único y Creador da a conocer a sus criaturas.

“*Yo soy Jehová tu Dios*” **(Ex 20:2)**. En las notas sobre Éxodo 3:12-16 tratarnos con algún detalle la declaración del nombre de Jehová a Moisés, revelado al “embajador” a fin de que él lo diera a conocer en su plenitud al pueblo de Israel. El versículo 2, por lo tanto, nos enlaza con el llamamiento especial de Israel, que había de aceptar las Diez Palabras por haber comprendido que su Dios era Jehová el Eterno, a quien le correspondía ordenar la vida de su pueblo. Si llegara el día en que Israel se olvidara de esta relación fundamental se habría roto el pacto.

Habla el Redentor de Israel **(Ex 20:2)**. Israel no sólo era un pueblo llamado para entrar en una relación especial con Jehová sino, además, una nación redimida por el brazo fuerte de Jehová de la potencia de Egipto. Los capítulos 5-15 de este libro describen, como hemos visto, el poder de este “brazo” al sacar Jehová a los suyos de “*la casa de servidumbre*”. El concepto había de desarrollarse en años posteriores cuando Israel, en su parte fiel, necesitaría otro “éxodo”, de dimensiones aun mayores, y Dios dirá: “*Así dice Jehová, Creador tuyo oh Jacob y Formador tuyo oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú*” **(Is 43:1)**. Como Creador, Formador y Redentor de su pueblo, Dios tenía derecho a su obediencia y su misión. Nada tenían que no les hubiese sido otorgado por su gracia.

Los mandamientos en contra de la idolatría (Ex 20:3-6)

El mandamiento fundamental **(Ex 20:3)**. “*No tendrás dioses ajenos delante de mí*”. Es condición básica e imprescindible si ha de haber un pacto entre Dios e Israel. Podemos anticipar aquí la consideración del adjetivo “*celoso*” del versículo 5, que no significa una

irritación superficial porque otros reciben atención y Jehová no, sino que señala el hecho de que Dios Creador de todas las cosas no puede admitir rivales que pretendan “divinidad”. Por una parte está el Creador y por otra los seres y las cosas que él ha creado, de modo que si alguien pretende reconocer un “dios” en las esferas humanas, angelicales o materiales de la creación, atenta contra el principio fundamental que rige el universo. En el caso de Israel —tomando en cuenta la estrecha relación entre el pacto y el Decálogo— el “marido” no podía admitir que la “esposa” recibiera a otro hombre, pues la íntima relación cesaría de existir por el crimen de “adulterio espiritual”.

La naturaleza y las consecuencias de la idolatría. Siendo criados en un ambiente que ha conocido alguna influencia directa o indirecta del cristianismo, sin experiencia de los sistemas paganos, nos es difícil comprender la gravedad del pecado de la idolatría, o medir adecuadamente sus funestas consecuencias. Los estrechos límites de nuestro espacio no nos permiten introducir aquí un estudio del tema, y quizá la mejor manera de comprenderlo es la lectura de su historia —con el diagnóstico— que nos ofrece el apóstol Pablo en **(Ro 1:18-32)**, y recomendamos el estudio de lo que Erich Sauer escribe sobre el tema en “La aurora de la redención del mundo” (Grand Rapids: Editorial Portavoz, páginas 110 y siguientes).

El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, está creado para que la plenitud de su Dios le llene el corazón. Al aceptar la sugerencia de Satanás de hacer de sí mismo su propio dios, intenta lo imposible, pues le faltan recursos para llenar el hueco espiritual de su ser que Dios debiera ocupar. Tiembla ante las fuerzas de la naturaleza, y está sujeto al temor de la muerte **(He 2:14-15)**. En el animismo —el reconocimiento de espíritus elementales— el hombre busca la manera de aplacar la ira de estas fuerzas o controlarlas por la magia.

En la idolatría, el hombre que no quiere someterse al Todopoderoso, su Creador, se dedica a labrarse ídolos según su concepto de poderes personales suprahumanos, y se inclina ante las obras de sus manos, relacionadas muy a menudo con leyendas que surgen de lo que cree constituir los procesos de la naturaleza. Como el hombre se hace semejante a lo que adora, empieza a descender una escalera moral y espiritual, y, degradado ya, persiste en su creación de “divinidades”, peores que las primeras, y llegando a los abismos del mal que señala Pablo en Romanos 1; Isaías condenaba la idolatría en términos irónicos, bien merecidos **(Is 44:9-20)**, pero tanto el apóstol Pablo como otros escritores inspirados reconocían que habían de tomar en cuenta algo que pasa más allá de la locura de la idolatría, ya que el diablo no sólo inspiró la idea en el hombre que había engañado sino que supo aprovechar los sistemas resultantes para facilitar la funesta labor de espíritus rebeldes a Dios y sumisos a la autoridad satánica.

Los arqueólogos encuentran infinidad de muestras de los abominables frutos de la idolatría dentro de las civilizaciones paganas del Medio Oriente, de modo que todas las admoniciones de Moisés y de los demás profetas se hallan plenamente justificadas. Los israelitas —hasta cumplirse el castigo del cautiverio babilónico— se desviaban una y otra vez al sincretismo religioso, o sea, la mezcla del culto oficial a Jehová con alguno de los sistemas idolátricos propios de sus vecinos de Canaán y de las naciones adyacentes, pese a este mandamiento fundamental base de su pacto con Jehová.

La prohibición de hacer imágenes **(Ex 20:4-6)**. Existe una obvia relación entre el primer mandamiento y el segundo, como queda patente por lo que acabamos de escribir. La idea de un “Dios espiritual”, que no tenía necesidad de representaciones ni de “casas” donde morar, era ajena a la mentalidad de los habitantes de los países del Oriente Medio. La prohibición de imágenes de fundición o de talla complementó la de desterrar la idolatría.

Los términos de los versículos 4 y 5 reflejan las tendencias del lugar y de la época histórica, bien que pueden aplicarse fácilmente a todas las esferas donde predomina el paganismo. Una vez perdido el conocimiento del Creador único del cosmos era natural que los hombres mirasen arriba, creyendo discernir fuerzas poderosas que emanaban de los cuerpos celestes, concediéndoles rango divino, con referencia muy especial al sol y a la luna. Las ideas persisten en los horóscopos de hoy, que oficialmente se consideran como un juego, pero que de hecho influyen mucho en el pensamiento de gente supersticiosa. En la tierra se hallan hombres y animales, y ya notamos en la Introducción que los griegos llenaron su Olimpo con seres que reflejaban en escala mayor lo bueno y lo malo de la humanidad; dotaron a sus “dioses” de poderes especiales según la esfera supuesta de su actuación.

Los egipcios, pese a su inteligencia práctica, crearon un panteón en parte humano y en parte bestial. Una vez acostumbrada la gente a la adoración de ciertas “divinidades” —domésticas o públicas— sólo la gracia de Dios es capaz de librarles de tan vergonzosa esclavitud: *“los rudimentos del mundo”* que Pablo menciona en **(Ga 4:1-7)** y en **(Col 2:8-23)**. El faraón Akhenaton procuró reformar la religión egipcia, limitando la adoración sólo al sol como fuente de vida. Sin embargo, fracasó, pues ni la gran autoridad faraónica pudo mudar las creencias, tradiciones y costumbres religiosas de la nación. Tampoco fue permitido a los israelitas buscar “modelos de dioses” entre los peces y animales marítimos de *“las aguas debajo de la tierra”*, como hacían los filisteos con su “dios-pepe” Dagón, y los egipcios con sus cocodrilos sagrados. Se trataba no sólo de imágenes como tales, sino de toda *“ semejanza ”*, término que, interpretado con mucho literalismo, impidió el desarrollo de las artes entre los hebreos.

De hecho el segundo mandamiento tiene que ver con imágenes y representaciones relacionadas con la idolatría y no con el arte en general. Tanto el tabernáculo en el desierto (como veremos) como el templo de Salomón se construyeron —por mandato de Dios— según conceptos simbólicos que se plasman en obras artísticas. En la polémica entre católicos y protestantes sobre el uso de imágenes, los católicos señalaban las figuras de los querubines que eran parte del propiciatorio del lugar santísimo como también las figuras análogas del templo de Salomón, además de la serpiente de bronce de Números 21. De hecho estos ejemplos tienen poco que ver con la cuestión central, ya que los querubines eran figuras simbólicas y no representación de seres reales. Además, fueron escondidos y no exhibidos, guardando su valor simbólico sin servir como ayudas para concentrar la atención del adorador. La serpiente de bronce fue hecha como señal de obediencia, frente a la plaga de serpientes. Cuando, más tarde, los israelitas trocaron su uso, haciendo servir un objeto material como ídolo, con pintas de satanismo, el piadoso rey Ezequías la desmenuzó llamándola despectivamente: *“cosa de bronce”*.

El hecho es que la imagen o representación pictórica, aun tratándose de algo sagrado en sí, NO eleva el espíritu a Dios sino que interpone un objeto que distrae el pensamiento, y por fin es este “objeto” que es adorado y no Dios. Ya veremos que el simbolismo es otra cosa que puede ayudar el pensamiento a llegar a una mejor comprensión de verdades relacionadas con el plan de salvación. Pero, al final del camino, el alma creyente queda postrada delante de Dios, adorándole en espíritu y en verdad, que es el único culto que Dios puede recibir.

El efecto de la maldad de los padres en los hijos **(Ex 20:5-6)**. Como colofón de los mandamientos sobre la idolatría, Dios se muestra como Dios *“celoso”*, término cuyo significado hemos considerado ya, y luego añade: *“Que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen; y hago misericordia a millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”*. Es muy natural que estas expresiones hayan sido muy criticadas por los incrédulos, para quienes

plasman un concepto muy primitivo de un Dios injusto y vengativo, manifestando este carácter aun en el momento de proclamar sus leyes. También se comprenden las dificultades que se han presentado a la comprensión de buenos creyentes, ya que, a primera vista, hacen ver que los hijos inocentes han de padecer castigos por los crímenes de sus padres o antepasados.

Llamamos la atención del lector a algunas consideraciones que podrían echar alguna luz sobre el sentido hondo de estas palabras a la luz de toda la revelación escrita, y tomando en cuenta también la experiencia de cualquier buen observador humano.

1. Subrayamos que este principio se anuncia en relación con la idolatría, y por desgracia, es un hecho que si una generación deja a Dios para crear su sistema politeísta de religión, a no ser que se levante un reformador esforzado en seguida, sucesivas generaciones de “los hijos” seguirán por el mismo camino, con efectos desastrosos tanto para los individuos como para la sociedad en general. Vemos un caso análogo en todos los tiempos cuando padres viciosos y degradados dejan una herencia funesta para sus hijos y nietos, que se crían en un ambiente envenenado por males que corrompen la familia y la sociedad. Es un ejemplo más de la ley de siembra y siega, y se reconoce que el mal de un solo pecador puede causar terribles daños en su comunidad. Comentando sobre el pecado de Acán en **(Jos 22:20)** Finees dice: *“¿No cometió Acán hijo de Zera prevaricación en el anatema, y vino ira sobre toda la congregación de Israel? Y aquel hombre no pereció solo en su iniquidad”*.

Esta responsabilidad colectiva, y de “presente a futuro”, se ilustra desde el principio de la revelación bíblica, ya que Caín era guarda de su hermano con obligación de ayudarlo y no matarlo. Por difícil que nos parezca la operación del principio sabemos que no podemos evadirlo.

2. Al mismo tiempo, la Biblia insiste en la responsabilidad de cada persona frente a Dios y a su prójimo. Al detallar la aplicación de diversas leyes, Moisés declara más tarde: *“Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado” (Dt 24:16)*.

Es claro, pues, que no se trata en **(Ex 20:5-6)** de una ordenanza judicial, sino de la operación de un principio general e inevitable que no anula la posibilidad de una reacción personal que permite el fluir de la gracia de Dios. Durante el exilio en Babilonia los israelitas querían justificarse a sí mismos alegando que sufrían por los males de sus antepasados, citando el refrán: *“Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera”*. El profeta Ezequiel rechaza la disculpa y pasa a declaraciones claras y tajantes sobre la responsabilidad moral de cada alma: *“He aquí, dice Jehová el Señor, que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá” (Ez 18:4)*. En muchas predicaciones del evangelio se ha enfatizado el texto de otra forma, dando el sentido: *“El alma que pecare, morirá”*, que es una verdad aparente, pero no es lo que quiso decir el Señor por boca del profeta, ya que se trata de que cada alma llevará su propia responsabilidad, muriendo el culpable y no otro.

3. Podemos notar que se trata de una sucesión hasta la cuarta generación *“de los que me aborrecen”*, y ya vimos que el contexto señala sobre todo el *“aborrecimiento”* de quienes se entregan a la idolatría o persisten en ella volviendo las espaldas a Dios. El odio es un mal que brota del fuero interno de un individuo, y podemos deducir que si cualquier descendiente de la primera generación pecadora dejara de “odiar” al Señor, pasando a invocar su nombre, sería salvo, según los constantes principios del camino de la salvación. De igual forma la misericordia se extiende a mil generaciones de *“los que me aman y guardan mis mandamientos”*, y en esta frase sobresale de nuevo un movimiento

afectivo personal. Se trata, pues, de ver en operación dos principios complementarios, dentro del cuadro de la perfectísima justicia de Dios, sin que los efectos comunales del pecado anulen la responsabilidad moral de cada ser humano, ni mucho menos que alteren las normas de la justicia divina.

4. Como Pablo enfatiza en **(Ro 5:12-21)**, la gracia de Dios siempre “*sobreabunda*” por fin, y así los efectos de la idolatría (y el mal que ha de ser visitado) duran hasta la cuarta generación, mientras que la misericordia divina, frente a los que abren la puerta de su corazón a Dios, no conoce límites. No se trata de ir contando generaciones sino de ver que la escuela del mal es inevitable en términos limitados, sin que la operación de la gracia divina conozca más límites que los que surgen de la rebeldía de hombres que la rechazan.

El nombre de Jehová es sagrado **(Ex 20:7)**. Sin duda el nombre de Jehová ha de pronunciarse con reverencia, ya que representa su persona y autoridad, pero sin llegar a los extremos de los judíos que posteriormente buscaban toda clase de perifrasis con tal de no pronunciar el nombre de Jehová. Ya explicamos en su lugar que la forma del nombre que empleamos —Jehová— surge de este temor exagerado de los judíos, ya que representa las consonantes del nombre sagrado YHWH con la vocalización de Adonai, siendo otra alternativa YAHWEH. Quizá, como mandamiento del Decálogo, base del sistema legal, hemos de entender, no sólo la necesidad de pronunciar el nombre de Jehová con reverencia, sino también la obligación legal de evitar juramentos falsos en los que se apela al nombre para apoyar una falsedad. Esto se califica como crimen en todos los códigos, ya que socava el fundamento de la verdad y trastorna el curso de la justicia. Así lo entendió el Maestro al decir: “*Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No jurarás*”, pasando a enseñar que, en la esfera de su reino, sobran todos los juramentos, ya que el “*si*” y el “*no*” de los hijos de Dios debieron bastar para todos los casos. Esto no ha de tomarse como una prohibición de proceder según la ley del país cuando se trata de dar testimonio veraz ante los jueces.

El mandamiento acerca del sábado (Ex 20:8-11)

Lo que exige el mandamiento **(Ex 20:8-10)**. Los israelitas habían de trabajar seis días, según las exigencias normales de su vida, pero el séptimo día habían de dejar todo trabajo aparte de asuntos ineludibles que surgiesen de nacimientos, muertes, la continuidad del culto del tabernáculo, etc. Este mandamiento obligaba no sólo a los padres sino a los hijos, a los siervos, a los esclavos, a los extranjeros accidentalmente en el país, y a los animales domésticos. El término en sí viene del hebreo “*sabbar*” que, a su vez, se deriva del verbo “*sabat*”, con el significado de “*cesar*” o de “*desistir*”, llegando a ser el nombre del día séptimo cuando todos habían de cesar de todo el trabajo.

La observancia anterior del sábado **(Ex 20:11) (Ex 16:22-30)**. No hallamos ningún mandamiento anterior sobre el sábado, pero ya vimos que se presenta como algo conocido en la ocasión de iniciarse la provisión del maná **(Ex 16:22-30)**. No hallamos el sustantivo “*sábado*” cuando Dios santificó el séptimo día después de la creación **(Gn 2:2-3)**, pero la raíz verbal —“*él reposó de toda la obra*”— es la que hemos notado, y la traducción literal es: “*El cesó de toda su obra*”. No hay luz que nos ayude a determinar de qué manera los israelitas podían tener una idea —incompleta según el contexto de esta institución— al iniciar su vida nómada en el desierto, pero sin duda **(Gn 2:2-3)** implica un principio fundamental que no depende de la duración de los “*días*” de la creación.

La vertiente humana **(Ex 20:10)** con **(Ex 16:29)**. En la ocasión del maná insistió Moisés en que Jehová había dado el día de reposo a su pueblo para proporcionarles un paréntesis

de descanso que interrumpiera los giros de la noria del trabajo de todos los días. La bendición física, psicológica y espiritual que recibían los israelitas por medio de este “don” era de valor incalculable, y la inclusión de las bestias evidencia aquel cuidado por la creación animal que sólo se encuentra dentro de la revelación que Dios dio a través de Israel y de la Iglesia.

La vertiente divina (**Ex 20:8**). “*Acuérdate del sábado*” no quiere decir que había de traerlo a la memoria como algo una vez conocido y luego olvidado, sino que, constantemente, en toda su vida nacional como “*siervo de Dios*” en la tierra, no descuidasen la observancia del sábado, como ordenanza santificada por Jehová. Un hombre de negocios podía tener un asunto casi terminado en víspera del sábado, pero no podía llevarlo a cabo hasta después del día de reposo, ya que le tocaba decir: “Este es el día consagrado a Jehová. Todo mi tiempo es de él. Este es el día consagrado a Jehová, siendo El mi Creador y Redentor; en este día sagrado tengo que manifestar el hecho y posponer el mío, manifestando los derechos que Dios ejerce sobre mi persona, mi tiempo y mis actividades”. Si un israelita no reconociera este hecho, mostraría tener corazón frío y rebelde. De ahí la gran importancia del mandamiento en la vida de Israel. Aún queda por considerar la faceta que enlaza el sábado con el pacto.

La vertiente del pacto. Esta vertiente no se destaca tanto en Éxodo 20 como en la repetición de la ley dada por Moisés en Deuteronomio, donde leemos: “*Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo*” (**Dt 5:15**). Más adelante, en Éxodo, hallamos este mandamiento: “*guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico*” (**Ex 31:13**). Además de los principios generales, sobre los cuales se basa la observancia del sábado, hallamos una aplicación específica de la institución al pueblo de Israel en relación con su Redentor que los había librado de Egipto con el fin de entrar en estrecha alianza con ellos. El guardar el sábado venía a ser la sortija de la alianza, que recordaba el hecho fundamental del pacto, como perpetua señal para los israelitas. Por ello es fácil comprender la gran importancia del guardar el día dentro de la comunidad de Israel, pues el que quebrantaba el sábado mostraba a las claras su desprecio por el pacto mereciendo la lapidación en épocas en que se mantenía el debido orden en Israel (**Nm 15:32-36**). La interpretación legalista de los fariseos, contra la cual se enfrentó tantas veces el Maestro, no ha de cegarnos al alto valor de la observancia tal como Dios la dio.

Los mandamientos que se relacionan con el prójimo (Ex 20:12-17)

Los dos capítulos de la ley. Se suele dividir el Decálogo en dos partes, ya que los mandamientos 1 al 4 enfatizan los deberes del hombre para con Dios, y los del 5 al 10 sus obligaciones para con su prójimo.

Honra a los padres (**Ex 20:12**). El verbo “*honrar*” abarca no sólo el respeto debido a los autores de nuestra vida sino también su mantenimiento material, como se destaca claramente del caso del “*Corbán*” que comenta el Maestro en (**Mr 7:9-13**). Según las Escrituras —y conforme a los pensamientos y prácticas de las comunidades humanas más santas que ha conocido la historia— la familia es la unidad esencial de la sociedad. Existe un enlace vital y fundamental entre padres e hijos, dependiendo éstos de aquéllos durante los años de la niñez y la adolescencia.

Desde luego es posible que estas relaciones se trastornen a causa del pecado. Los padres pueden ser dominantes y arbitrarios, y los hijos rebeldes y perversos, pero estos desvaríos proceden del pecado y no del orden que Dios ha establecido. Si los padres cristianos ordenasen su hogar según las exhortaciones apostólicas (**Col 3:20-21**), la gloria de esta institución fundamental resplandecería para el gozo de todos, aparte las tristes excepciones que son parte de la experiencia humana. Llega el momento cuando es preciso soltar a los hijos, pero esto no les exime de sus responsabilidades de cuidar eficazmente de sus padres.

El apóstol Pablo nota que este *“es el primer mandamiento con promesa”*, ampliando un poco el texto original diciendo: *“para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra”* (**Ef 6:2-3**). No todos los hijos fieles llegan a viejos, pero, pensando especialmente en la Tierra de Promisión, es seguro que en las comunidades donde florecían las virtudes filiales se aumentaba el bienestar general, con la prolongación del término medio de vida, ya que tan buenas normas promovían la sanidad de la célula vital de la sociedad —la familia— sin la cual el cuerpo comunitario se hallaría enfermo. Los comienzos de la historia de Roma ilustran las energías que se engendran dentro de una comunidad basada sobre una disciplina que empieza con la sujeción de los hijos a los padres.

La vida humana es sagrada (**Ex 20:13**). En cuanto a la luz que nos viene por la revelación escrita, la prohibición expresa de considerar sagrada la vida humana se destaca por primera vez en el pacto noético: *“El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre”* (**Gn 9:6**). Podría ser que la absoluta corrupción de la raza que motivó el exterminio del diluvio brotara en gran parte del egoísmo violento del hombre rebelde que no respetaba siquiera la vida del prójimo. De todas formas, hallamos a Lamec, presentado sin duda como producto típico de su época, gloriándose con satánica soberbia por haber cometido un homicidio, y amenazando venganza sin límites si alguien intentara hacer justicia (**Gn 4:23-24**). El mandamiento noético basa la necesidad de hacer justicia, exigiendo vida por vida, sobre el hecho permanente de que el hombre fue creado a la imagen y semejanza de Dios.

En comunidades donde no se había organizado aún un sistema jurídico con jueces capaces para investigar crímenes, pronunciar sentencias y aplicarlas —desarrollo tardío en el Oriente— el encargado de vengar una muerte venía a ser el *“pariente próximo”* (“goel” en hebreo), figura importante también en la legislación civil. Al pasar a los “juicios” (**Ex 21**), que tienen que ver con la solución legal de casos específicos, se hace una distinción entre homicidios que surgen de la defensa propia o de la protección de la propiedad, que son excusables (**Ex 22:2**); homicidios accidentales (**Ex 21:13**) y los verdaderos crímenes premeditados que brotan del odio (**Ex 21:14**). En el último caso no hay excusa para el crimen ni demora en la aplicación de la sentencia, aun si el criminal hubiese buscado la protección del altar de Jehová. La legislación mosaica había de proveer *“ciudades de refugio”* que permitieran protección y ayuda a aquel que había quitado una vida humana accidentalmente o en circunstancias justificables. Es evidente que el sexto mandamiento tiene que ver con el homicidio cometido con alevosía, en el que un hombre intenta destruir la “obra maestra” de Dios en cuanto a esta creación. Según el Maestro, el crimen empieza con el odio y el deseo de dañar al objeto del aborrecimiento, que es precisamente lo que se juzga delante del tribunal de Dios. Naturalmente, a los jueces en la tierra sólo les corresponde castigar el hecho consumado, y deberían hacerlo (**Mt 5:21-26**).

Como es evidente por mandamientos posteriores que ordenan guerras —y aun el exterminio de pueblos enteramente corrompidos en el plano moral— el sexto mandamiento no tiene nada que ver con el pacifismo. Anuncia un principio general —que la vida humana es sagrada— pero el Decálogo no es el lugar para detallar cómo se ha de

aplicar en un mundo donde el diablo ha introducido el pecado, perversión de todas las sanas normas que habían de regir la vida del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. La providencia de Dios no ordena males para conseguir bienes, justificando los medios por los fines, pero sí sabe aquilatar las fuerzas del mal y sus funestas consecuencias —el impulso es siempre satánico en último término— y la perfectísima sabiduría de Dios puede adoptar los medios necesarios para poner dique a las inundaciones del mal con el fin de adelantar su plan final, que tiene por objeto la bendición de todo hombre que la desee y que invocare el nombre del Señor.

El matrimonio es sagrado (**Ex 20:14**). La fornicación es todo acto sexual entre dos personas que sale fuera del marco de su legítimo ejercicio dentro del matrimonio. El adulterio es fornicación en la que uno o dos de los culpables es ya casado con otra persona en legítimo matrimonio. Este acto criminal rompe la unicidad del lazo matrimonial tal como Dios lo había instituido y destroza la unión más sagrada que se conoce en el plano natural de la vida humana. El adulterio se castigaba por la muerte bajo la legislación mosaica, si los dos culpables eran casados, bien que el hombre casado que pecara con una doncella podría hacer compensaciones. Veremos que los grandes principios básicos del Decálogo habían de aplicarse dentro de una sociedad que ya tenía su jurisprudencia común, y no se trata aún ni de la sublimación de la ley señalada en el Sermón del Monte ni de las admoniciones y exhortaciones de las epístolas apostólicas. Consta el gran principio: el matrimonio es sagrado y el adulterio es un crimen.

La propiedad ha de ser respetada (**Ex 20:15**). Para la Iglesia naciente, cuya vida comunal se describe en Hechos 2 al 6, la propiedad sólo tenía importancia como medio para mostrar el amor fraternal, ya que todos entregaban sus posesiones para el bien común, aunque nunca fueron anulados los derechos a la propiedad si alguien quería mantenerlos. Se trata de un hermoso momento en la historia de la Iglesia cuando la proximidad de la cruz y el poder del Espíritu Santo anulaban el egoísmo, de modo que sobraba la enfática declaración: “Esto es mío”. Pero el momento pasó, dejando una estela de ejemplaridad, convirtiéndose más tarde en el “principio de mayordomía” en la Iglesia en general. El Decálogo está hecho para hombres pecadores (**1 Ti 1:8-10**), cuya característica más evidente es el egoísmo. Tratándose de una raza caída, es imposible establecer sociedades estables si no se reconoce de algún modo que hombres y mujeres tienen derecho de poseer lo suyo, de modo que el robo es un mal que ha de ser castigado. Esto no justifica una sociedad capitalista ni condena otra comunista, sino que reconoce un hecho humano que se revela hasta en los niños tan pronto como saben distinguir “cosas” de “personas”.

El falso testimonio es un crimen (**Ex 20:16**). Ya hemos notado la extrema gravedad de jurar falsamente en el nombre de Dios. La prohibición del noveno mandamiento abarca más que el crimen de perjurarse ante los tribunales, pues incluye todo rumor falso o difamación de carácter. El buen nombre de un hombre —si es que lo tiene— es su posesión más preciosa dentro de la sociedad, y si alguien, movido por celos o por pura malicia, se lo roba, comete un crimen que es difícil de discernir y de castigar, pero que constituye una manifestación cruel y satánica del mal. En los “juicios” se amplía el concepto: “*No admitirás falso rumor. No te concertarás con el impío para ser testigo falso*” (**Ex 23:1**).

“*No codiciarás*” (**Ex 20:17**). Ya hemos comentado este mandamiento, que es el que reveló al apóstol Pablo la naturaleza espiritual de la ley, concebida como la fuerza reveladora que escudriña el corazón del individuo delante de su Dios (**Ro 7:7-14**). Ya dijimos que no sería posible llevar una acusación de “*codicia*” delante de tribunales humanos, pues sólo Dios puede ver el móvil que induce al pecador a cometer robos, adulterio u homicidios. Si el deseo para acaparar lo que es de otro queda frustrado, la justicia humana es impotente,

pero no la de Dios. Es muy propio que el Decálogo descubra la raíz de tantos pecados, pese a que no puede aplicarse la prohibición en los “juicios”, ya que este código es fundamental, rebasando con mucho la finalidad de aplicar la justicia humana en el detalle. El décimo mandamiento, con los dos “principales” que señaló el Maestro, establece la unidad espiritual de los dos pactos, sin menguar de la importancia de la ley total en su sentido condenatorio frente a todos los hombres, obligando al hombre a buscar la justificación en la gracia de Dios.

El uso del pronombre singular en el Decálogo

Habríamos esperado el uso del pronombre plural en el Decálogo: “*Vosotros no tendréis dioses ajenos delante de mí*”, etc., pero se emplea sólo el singular: “*Tú no tendrás*”. En primer término hemos de entender que “*tú*” señala el sentido colectivo y comunal de los mandamientos: Dios habla a su pueblo como si fuera “una persona”, siendo ésta su siervo en la tierra; este uso tiene numerosas analogías a través del Antiguo Testamento. Con todo es posible discernir la intención de enfocar la atención del oyente de la ley sobre la responsabilidad individual, ya que Dios hablaba a la totalidad del pueblo de Israel y también a cada israelita en particular. Pese a consideraciones de responsabilidad corporativa que notamos al comentar (**Ex 20:5-6**), el pecado es un movimiento de la voluntad que se desarrolla en el corazón del hombre caído. El movimiento es personal, y trae como consecuencia la condenación también personal de quien se aparta de la voluntad de Dios. Hay muchos casos —en la Biblia y fuera de ella— de hombres que influyen poderosamente en la voluntad de otros, llegando a impulsar grandes movimientos de masas que cometen pecados corporativos. Sin embargo, en último análisis, eso no impide que cada individuo implicado sea culpable a causa de su propio pecado. Ni nos perdemos ni nos salvamos por “masas” sino como individuos en la presencia de Dios.

La obra mediadora de Moisés en vista del saludable temor del pueblo (Ex 20:18-21)

El temor del pueblo (**Ex 20:18-21**). Cuando Moisés, en las llanuras de Moab, recuerda esta escena al pie del monte, nos da más detalles sobre la petición del pueblo, que llegó a él por medio de una embajada de los jefes y ancianos, quienes suplicaron su intervención mediadora en vista de la majestad aterradora de las manifestaciones de la presencia de Dios en el monte. Dios aprueba su actitud, ya que el terror del monte debiera haber inducido en el pueblo el santo temor de Dios que, a través de la larga historia de Israel, se reconocía como “*el principio de la sabiduría*”. “*¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos!*”, exclama Jehová (**Dt 5:22-23**). En el resumen del incidente que hallamos en nuestro texto vemos que Moisés comprendió perfectamente los distintos matices del “*temor*”. Fue necesario que el pueblo se diera cuenta de la terrible majestad del Dios de Israel por medio del gran “encuentro” de Sinaí, aun cuando llegasen a pensar que podrían “morir” por hallarse como hombres pecadores en la presencia manifiesta de Dios. Como resultado de tan terrorífica experiencia debiera haber permanecido en ellos el “santo temor”, que consiste en tomar a Dios en cuenta en toda actividad humana con referencia especial a las actitudes del corazón.

La obra mediadora de Moisés (**Ex 20:18-21**). Moisés también era hombre pecador, y en algún momento exclamó: “*Estoy espantado y temblando*” (**He 12:21**). Con todo, después de la primera resistencia delante del arbusto que ardía y no se consumía, se había sometido al proceso educativo que Dios le ordenó. Ya le hemos visto en el digno ejercicio

de su comisión como embajador de Jehová delante de Faraón, y ahora acepta la tremenda responsabilidad de mediar entre Dios y el pueblo en esta solemne ocasión de promulgarse la ley y ratificar el pacto. Según Deuteronomio, el pueblo se alejó hasta donde tenía el campamento, quizá contemplando el monte desde las puertas de sus tiendas, pero Moisés “se acercó a la oscuridad” para seguir escuchando la voz de Dios que el pueblo no podía soportar más (**Ex 20:21**). No era hombre perfecto, pero Dios había obrado de tal forma en su siervo que su voluntad estaba sumisa a cuanto quería su Señor de él; y es esta actitud que hace posible una comunicación íntima que sobrepujo el temor, dejando sólo el amor (**1 Jn 4:18**).

Ni este relato ni el de Deuteronomio 5 menciona la mediación de ángeles, conjuntamente con la de Moisés, que Pablo nota en (**Ga 3:18**) —reflejando la distancia que separaba las partes en el pacto sinaítico—pero hemos de tener en cuenta que el proceso total fue extenso, pudiendo haber aspectos que no se notan en el texto que estudiamos.

La reiteración de dos mandatos fundamentales (Ex 20:22-26)

La idolatría destroza el pacto (**Ex 20:23**). Algunos expositores incluyen la renovada prohibición de la idolatría y las instrucciones sobre el altar dentro del “libro del pacto”, o sea, la serie de mandatos y ordenanzas que Dios dio a Moisés en el monte con el fin de que se viera cómo habían de aplicar los principios básicos del Decálogo a la vida individual dentro de la teocracia de Israel. Creemos, sin embargo, que constituyen el remate de la promulgación como algo que Israel había de tener especialmente en cuenta, ya que tocaba el meollo de lo que se había tratado. La prohibición se expresa de una forma especial: “*No hagáis conmigo dioses de plata ni dioses de oro*”. Jehová abomina el sincretismo que le coloca a él en uno de los tronos de las divinidades paganas. No había más que un TRONO, en el que se sentaba el Dios Creador.

El altar de tierra o de piedra (**Ex 20:24-26**). Muy pronto había de quedar constituido el sistema levítico del culto ordenado por Jehová, y se había de insistir en que los israelitas habían de acudir al lugar donde el Señor colocara su nombre. Sin embargo, quedaba un espacio de tiempo antes de la inauguración del tabernáculo y el rito de los sacrificios. Además —y por desgracia— en muchas ocasiones Israel había de ser infiel a la unidad religiosa que Dios les ordenaba. ¿Qué harán los fieles en tales tiempos, cuando el altar en Jerusalén se hallaba profanado o abandonado? Lo que hizo Elías en el monte Carmelo frente a los sacerdotes del sistema abominable del culto a Baal que Jezabel había introducido en Israel del norte: levantar un altar sencillo y ofrecer los sacrificios fundamentales —los holocaustos y los de paces— según las normas que regían antes de implantarse el sistema levítico (**1 R 18:20-40**).

Los orientales no concebían culto sin sacrificio, de modo que era imposible separar el tema del altar de la renovada prohibición de la idolatría. En tal momento no era algo que se podía dejar flotando como cabo suelto. Para los israelitas lo importante había de ser el sacrificio mismo, entrañando peligros la forma del altar, ya que el arte humano podría derrocharse sobre lo que no era más que sencillo instrumento, llegando a plasmar en su construcción hasta las imágenes que la ley prohibía. Frente a la infinita majestad de Dios, lo que más convenía sería que los adoradores —en estos tiempos especiales— se limitasen a juntar un pequeño montón de tierra, como mera conveniencia para el sacrificio, y que sobre él inmolasen sus holocaustos. Si algo más habían de hacer, que no pasase de juntar piedras sin labrar, de aquellas que se encontraban desparramadas por todos los parajes de Sinaí y de Canaán. Elías escogió este último método con el fin de recordar las

doce tribus de Israel. También hallamos aquí la frase típica: *“En todo lugar donde yo hiciera que esté la memoria de mi nombre”*, añadiendo la promesa: *“Vendré a ti y te bendeciré”*. Naturalmente, estos sencillos altares no podían sustituir el gran centro que Dios había de escoger en Sion, pero si existía el espíritu de adoración en cualquier lugar, sin confusiones religiosas y frente al Dios único, con exclusión de la gloria humana que podía expresarse en las piedras labradas de magníficos altares, allí estaría el Señor, manifestando su nombre y dispuesto a bendecir al pueblo fiel.

Las gradas del altar (**Ex 20:26**). Este aviso ha de entenderse sobre el telón de fondo de las costumbres del culto pagano, que no estaba lejos ni de aquel rincón escondido de Sinaí. Los sacerdotes de los “cultos de la naturaleza” no llevaban la ropa talar que más tarde fue ordenada para Aarón y sus hijos, y a la vez construían el tipo de altar monumental que Dios acaba de prohibir para su pueblo, que imponía la necesidad de subir gradas para ofrecer los sacrificios. La vestidura somera y la altitud del altar hacía a muchos sacerdotes paganos pecar contra las normas más elementales de la decencia, cosa que no podía ser permitida al ofrecer sacrificios dentro de la comunidad de Israel, pueblo del Dios Santo. Debiera haber bastado la visión de la gloria de Dios para inducir a un espíritu de modestia y de suma reverencia cuando se trataba de acercarse a la presencia del Omnipotente.

La redacción del resto del libro de Éxodo

Desde el punto de vista de la continuidad y coordinación de los temas, sería muy conveniente poder pasar en seguida a la ratificación del pacto por el pueblo según los términos de (**Ex 24:1-8**), y después al gran fallo del pueblo al adorar el becerro de oro, con la renovación del pacto gracias a la intercesión de Moisés (**Ex 32:1-34:35**). Después sería imposible juntar los detalles del diseño del tabernáculo (**Ex 25:1-31:18**) con los de su construcción (**Ex 35:1-40:38**), dejando ya el sistema levítico del culto inaugurado al terminar el libro. De este modo se destacarían los grandes temas que constituyen la urdimbre de esta última parte del libro. Rogamos al lector que recuerde que el orden de presentación sigue un plan divino que surge de hondas necesidades espirituales, y que será necesario que intente seguir los hilos esenciales de las instituciones, los acontecimientos y su significado, pese a lo que podrá parecer cambios bruscos de rumbo en las narraciones e instrucciones de Éxodo. Este es un comentario, y, por lo tanto, habrá que seguir el orden del texto, sin dejar de poner de relieve los eslabones que unen las secciones, pese a los bruscos cambios que hemos notado.

Después de la promulgación de la ley y la aceptación provisional del pacto, Dios dio al pueblo el llamado *“libro del pacto”* que contiene los juicios, preceptos y mandamientos detallados que habían de servir para que los jueces aplicasen los principios básicos del Decálogo a la realidad de la vida nacional, con miras especiales a la que habían de llevar en la Tierra de Promisión. Fue necesario la entrega de este cuerpo de legislación antes de que el pueblo pudiese ratificar el pacto en los términos que estudiaremos en (**Ex 24:1-8**).

Temas para meditar y recapacitar

1. Describa la preparación para la promulgación de la ley, según el contenido del capítulo 19, subrayando los puntos que le parecen ser de mayor importancia.
2. Discurra sobre la introducción a la proclamación del Decálogo notando los cuatro mandamientos relacionados con Dios (**Ex 20:1-11**). Destáquese: a) la importancia de estos principios y mandatos en relación con el pueblo de Israel que entraba entonces en

un pacto con Jehová, aceptándole como su Dios; y b) la influencia que el monoteísmo ha ejercido en el mundo en general, en contraste con la nefasta influencia de la idolatría.

3. Discurra sobre los mandamientos 5 al 10 como resumen de los deberes morales frente al prójimo. ¿Cuál es el mandamiento que indica más claramente el carácter espiritual de la ley?

El libro del pacto y su aplicación (Exodo 21:1-23:13)

Las características generales de la sección

“*El libro del pacto*”, su lugar en el libro de Éxodo. La mayor parte de la sección que vamos a estudiar presenta los “preceptos” o “reglamentos” que habían de regular la vida normal del pueblo de Israel. Los preceptos de carácter civil o moral se llaman mishpatim, mientras que las obligaciones religiosas se denominan debharim. Los mishpatim tratan de casos hipotéticos que podrían ser llevados a los jueces, y se introducen por frases como las siguientes: “*Si comprares siervo... el que hiriere a alguno...*” etc. Los preceptos religiosos se expresan por verbos, generalmente en el tiempo futuro, con sentido fuertemente imperativo, por ejemplo: “*La fiesta de los panes sin levadura comerás*”.

Se trata de aplicar los grandes principios fundamentales del Decálogo a la vida normal del pueblo de Israel, pensando, sobre todo, en la que llevarán en la tierra. Recordamos que, antes del fracaso de Cades-barnea, se conceptuaba la invasión y conquista de Canaán como algo que tendría lugar en el futuro próximo. Volveremos sobre el contenido y naturaleza de este “*libro del pacto*”, pero si aceptamos la redacción tradicional, tal como la hallamos en nuestras versiones —pues la antigüedad no conoce otra— no hallamos dificultad alguna en comprender por qué este “*libro*” había de colocarse entre la promulgación de la ley y la confirmación del pacto. Aun antes de llegar Israel a Sinaí —como ya hemos visto— Moisés tenía la obligación de administrar justicia entre el pueblo, y Jetro había sugerido un plan para dar solución a los muchos pleitos sin que Moisés se agotara. El Decálogo constituía el fundamento del sistema legal, pero los jueces necesitaban preceptos más explícitos en el momento de aplicar sus amplios principios a las tensiones que surgían de la vida normal de un pueblo oriental. Este “*libro del pacto*” llegó a ser su “manual de jurisprudencia”, sin que esto obstara para la ampliación o modificación de ciertos preceptos más tarde. Tal fue el libro que el pueblo aceptó al ratificarse el pacto entre Jehová y su pueblo (**Ex 24:4-8**), y fue escrito por Moisés mismo, o por mandato suyo (**Ex 24:4**). Según se entiende por (**He 9:19**), Moisés roció el libro mismo, además del pueblo, con la sangre de la víctima del pacto. El pueblo no podía comprometerse a cumplir declaraciones de principios muy generales, de modo que el “*libro del pacto*” llegó a ser instrumento legal imprescindible para la confirmación del “matrimonio” entre Dios y su pueblo.

El libro del pacto y la ley común. No podía haber nada en lo legislado, según consta en los capítulos 21-23, que estuviera en desacuerdo con los principios del Decálogo, pero ya hemos visto que la ley fundamental tuvo que influir en la jurisprudencia y prácticas religiosas y sociales de pueblos que ya tenían largos siglos de historia, habiendo llegado a estructurar sistemas de vida social de gran consistencia, gracias a costumbres transmitidas de generación en generación. Como en el caso del nuevo pacto, la verdad que Dios revela según el plan de redención no destruye lo viejo y conocido de la vida social, civil y jurídica de las gentes por medios revolucionarios, sino que introduce principios, que operan dentro de grupos obedientes, capaces de cambiar por completo e inmediatamente la vida del hombre fiel, y, a la vez, ir modificando paulatinamente prácticas sociales por la influencia creciente de los núcleos primarios, con el fin de que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, pueda llevar adelante su vida en condiciones de mayor seguridad y libertad, en mayor consonancia con su naturaleza.

En el libro del pacto tropezamos en seguida con la dificultad de que Dios admita la esclavitud, pero hemos de tener en cuenta que todos los sistemas económicos de los países “bíblicos” se fundaban entonces, en menor o mayor escala, en la labor de esclavos. El intento de fomentar una sublevación de éstos habría envuelto a aquellas tierras en la confusión de terribles luchas, ajenas al propósito de Dios. Lo que cabía hacer, pues, era salvaguardar el respeto a la personalidad humana, pese a las condiciones sociales y económicas. El aprecio de los valores humanos, que es el fruto más escogido de nuestra civilización occidental, brota principalmente del conocimiento de las Escrituras, pese a que la acción suele ser indirecta, como en los casos que estamos estudiando.

Como en todos los reglamentos que pretendan mediar entre hombres y mujeres en la tierra, los principios básicos de la ley común surgieron de la necesidad de proveer para la debida compensación por daños sufridos, y la restauración y restitución en casos que se prestaban a ello. El principio de *“ojo por ojo y diente por diente”* es necesario en la sociedad de hombres caídos, pues prescribe una compensación exacta, excluyendo la venganza del hombre irritado que, al serle posible, exigiría dos ojos por uno, o toda la dentadura por un diente perdido, dando satisfacción a los bajos impulsos del amor propio que pueden llevar al hombre caído a la crueldad más despiadada. Recordemos que en el llamado “Sermón del Monte” Cristo señaló los principios y las normas para el reino de Dios, de modo que, entre los hijos de Dios y por el poder del Espíritu Santo, sería posible superar la norma legal de “compensación exacta” y pasar al amor al enemigo, a quien se le permitiría llevar todo lo que quisiera (**Mt 5:38-48**).

Lo religioso y lo civil en el libro del pacto. No es fácil analizar los preceptos de este código ordenándolos en capítulos homogéneos a la manera de los estatutos de la jurisdicción occidental, y eso por la sencilla razón de que la mentalidad oriental, desarrollada a través de su historia religiosa, no hacía clara distinción entre los deberes frente a Dios —o ante los dioses si se trataba de sistemas paganos— y las obligaciones de los hombres entre sí. Al echar una breve mirada a los distintos preceptos notaremos esta tendencia, que, en un sistema monoteísta, no supone la inferioridad sino más bien superioridad. Los sistemas “laicos” de nuestros días, que intentan mantener normas de moralidad sin que sean afirmadas por el temor de Dios, terminan por fracasar, pues el hombre caído no percibe ninguna razón convincente que le impulse a hacer el bien, quizá en contra de sus propios intereses materiales y egoístas. El hebreo, al guardar el sábado, o cuando celebraba la fiesta de la Pascua, podía percibir principios espirituales capaces de inspirarle y potenciarle por la gracia de Dios, de tal forma que haría bien al prójimo durante los demás días de la semana. Es decir, las obligaciones religiosas impulsaron mejoras en las relaciones sociales, de modo que no existían razones para divorciar las dos clases de preceptos. Veremos en los mishpatim algunos reglamentos que dan forma concreta al compañerismo humano. Fundamentalmente el amor al prójimo le concede el mismo trato que cada uno espera para sí mismo.

El fondo agrícola del libro del pacto. Ya notamos que el libro se redactó con miras a la vida de Israel en Canaán. Si alguien objetara que el libro quedaría sin aplicación ni eficacia durante los cuarenta años en el desierto se podría contestar que los israelitas eran nómadas por excepción y no por llamamiento nacional. Antes del éxodo no habían llevado una vida ajena a la agricultura, ya que Gosén era región fértil, donde los israelitas practicaban no sólo la ganadería sino también el cultivo del suelo, bien que en circunstancias diferentes a las de Canaán, puesto que el Nilo hacía posible el riego. Bastante había en el libro para orientar a los jueces al procurar una justa solución para los pleitos que surgiesen en el desierto, pese a que la legislación tomaba en cuenta, en general, las condiciones de la tierra que era su meta y había de ser su hogar permanente. Cuarenta años son muchos en la vida de un individuo, pero no en la historia de un pueblo,

y este libro del pacto daba consistencia al orden jurídico en los principios de la vida de Israel como pueblo apartado para Dios. Después Moisés había de recibir ordenanzas más amplias en relación con distintas vertientes de la vida nacional, pero, para los israelitas, el libro del pacto nunca perdía su primacía como el primer cuerpo legal de la nación, asociado tan íntimamente con el Decálogo y el pacto.

La confirmación del pacto (Ex 24:1-8)

La redacción del libro del pacto hizo posible la ratificación final del pacto, que examinaremos en su lugar.

Un epílogo y una introducción. La visión de los setenta ancianos de Israel, al contemplar una manifestación de la gloria de Dios sin que muriesen, puede considerarse como la culminación y punto final del período de la promulgación de la ley y de la ratificación del pacto (**Ex 24:9-11**). Tan gloriosas experiencias habrían sido normales en la historia del pueblo si los israelitas hubiesen podido cumplir la obligación de la obediencia. Tristemente la narración pasa rápidamente a la oscuridad y a los juicios que correspondieron al terrible desvarío de la adoración del becerro de oro.

El final de esta sección del libro toma nota de los preparativos para una nueva revelación: la que Dios había de conceder a Moisés sobre el sistema levítico, tema que ocupa lo demás del libro de Éxodo, aparte el trágico paréntesis que narra el gran pecado nacional.

Reglamentos sobre esclavos hebreos (Ex 21:1-11)

Esclavos extranjeros y hebreos. Si los israelitas adquirían esclavos, como cautivos de guerra, o por compra de extranjeros que habían perdido su libertad anteriormente, parece ser que obraban según la ley común de las naciones de su zona, quedando el esclavo como propiedad de su amo para siempre. Con todo, pudo llegar a ser circuncidado y recibido en la comunidad de Israel, participando en las fiestas religiosas, con posibilidades que no se aclaran del todo. Entre los hebreos no pudo haber esclavitud a no ser que el hombre se vendiera a sí mismo (o que vendiera a hijos suyos), y en este caso el período de servidumbre se limitaba a siete años. Si intervenía el año de jubileo antes, el período sería aún más breve, pues quedaría libre entonces.

Los descubrimientos de la arqueología han echado mucha luz sobre las costumbres sociales de las naciones de Mesopotamia y Canaán, por lo que sabemos que la economía de estas naciones y pueblos se basaba sobre los trabajos de esclavos, bien que el bracero a jornal también era conocido. Podría ser que el esclavo lo pasara mejor que el trabajador, pese a su independencia teórica de éste, que a menudo recibía jornal inadecuado o podía quedar sin empleo día tras día sin que nadie pidiera sus servicios. Por eso la causa más frecuente de la esclavitud, tratándose de los hebreos, era la pobreza y el cúmulo consiguiente de deudas. Se ha comentado que muchos preferían la libertad económica por vía de la servidumbre de la persona, que no la libertad teórica con el peso de la pobreza que llegaba a ser una carga insoportable.

Las salvaguardias de la ley (**Ex 21:1-3**) con (**Dt 15:12-15**). Las instrucciones paralelas de Deuteronomio enfatizan que el amo no sólo tenía la obligación de libertar a su esclavo hebreo al séptimo año sino que había de suministrarle lo necesario para reanudar su vida independiente, entregándole recursos que compensaran los trabajos de los siete años, pues si no, volvería a caer en seguida en el mismo estado que le había inducido a venderse. No había de salir vacío sino provisto de animales y de las sencillas provisiones necesarias para trabajar la tierra o dedicarse a la ganadería. Sus terrenos hereditarios se

salvaguardaban por medio del jubileo. Estas provisiones ilustran bien el impacto de la ley divina sobre la jurisprudencia de las costumbres antiguas.

El esclavo casado que prefiere la esclavitud (**Ex 21:3-6**). Esta norma toma en cuenta una circunstancia que, sin duda, era bastante común. El que se vendiera se hallaría después en una “casa” (establecimiento) bajo el gobierno y égida del cabeza de familia, donde podía hallarse la esposa legítima, otras secundarias, siervos a sueldo y esclavos, tanto masculinos como femeninos. Por iniciativa propia, o por la de su amo, podría casarse con una de las esclavas, estableciendo su propio “hogar” dentro del establecimiento de su jefe. Pero la esclava, como también los hijos que podrían nacer del matrimonio, eran propiedad en ley del dueño, de modo que, al llegar al fin de su período de servicio, el esclavo hebreo tendría que llegar a una determinación: o salir solo, dejando a su mujer e hijos, o escoger la esclavitud perpetua, fuese por amor a su dueño, fuese por los vínculos que le unían a su mujer e hijos.

El esclavo tiene que tomar la iniciativa. Por la ley queda libre después de los siete años de servicio, pero le podía parecer más llevadera la esclavitud que no una vida solitaria e insegura. Se supone que a él le corresponde hacer la primera declaración delante de su amo: *“Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos; no saldré libre”*. Su declaración entraña importantes principios legales, de modo que se ha de ratificar delante de los jueces, pero en íntima relación con la casa donde, por decisión propia, ha de servir para siempre. Por medio de una lesna se le traspasa la oreja, uniéndole momentáneamente al poste de la puerta como señal de sumisión y de identificación. Después, en relación con su amo: *“será su siervo para siempre”* (versículo 6).

Tradicionalmente, el oído o la oreja, como miembro físico que “oye”, llega a ser símbolo o del discipulado o del servicio, y el esclavo declara que su oído estará siempre pendiente de lo que manda su dueño, en relación con esta “casa” que ha escogido. Es natural que este acto haya llegado a ser símbolo de la sumisión del discípulo del Señor, quien, redimido por su amo, no quiere la libertad de la carne sino la sumisión del amor. Muchas veces se ha interpretado el (**Sal 40:6**) —*“Has abierto mis oídos”*— como si la sumisión del gran siervo se ilustrara por (**Ex 21:6**), pero el verbo no es “horadar”, y la figura del “oído abierto” es normal tratándose de quien aprende verdades divinas (**Is 50:4-5**).

Jóvenes hebreas vendidas por esclavas (**Ex 21:7-11**). La condición social de la mujer en una comunidad oriental impone importantes modificaciones en la ley que acabamos de considerar, ya que la mujer decente tenía que pertenecer a alguna familia. El hecho de que un padre llegara a *“vender a su hija por esclava”* nos parece horrible, y repetimos que la ley divina opera dentro de la sociedad que existía ya, modificando los males hasta donde fuese posible entonces y preparando mejores cosas para días futuros. El hecho de que nos choque tal práctica es una prueba de la diferencia que la revelación de Dios ha obrado en las costumbres de las sociedades civilizadas, en las que la luz ha penetrado siquiera hasta cierto grado.

Lo normal de tal “venta” era que el amo “comprara” a la joven para ser su esposa, con mayor probabilidad de que fuese una de segunda categoría, ya que la poligamia fue permitida bien que suponía un desvío del propósito original del matrimonio (**Mt 19**). La vida y personalidad de la joven hebrea había de ser salvaguardada de alguna manera. Si el amo la tenía por esposa había de disfrutar de los derechos correspondientes. Ahora bien, la joven peligraba si no agradaba a su amo, y se exige en este caso que el amo ha de escoger una de las alternativas siguientes: 1) buscar un hebreo que la rescatara, que suponía también el matrimonio, siquiera de segundo orden; 2) casarla con su hijo, teniendo ella todos los derechos de hija; y 3) dejarla en completa libertad para volver a la casa de su padre. Si la guardaba en casa tenía que ser con la plenitud de los derechos de

una mujer suya, aun si tomaba otra además de esta. Todo ello nos parece muy complicado, pero aún vemos que —dentro de costumbres antiguas, intocables en su totalidad— se proveían salvaguardias para la personalidad de seres humanos tan desgraciados que llegaban a ser esclavos, o por venderse a sí mismos o por la determinación de padres que se hallaban hundidos en la mayor pobreza. Las bibliotecas descubiertas por los arqueólogos en Nuzzi, no muy lejos de Harán, detallan muchos casos parecidos, pero sin que los preceptos legales de los paganos llegasen al respeto a la personalidad humana que hallamos en el libro del pacto.

Crímenes de extrema violencia (Ex 21:12-17)

El móvil de la violencia. La legislación mosaica es realista cien por ciento, de acuerdo con el diagnóstico constante bíblico que, insistiendo en el hecho de que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, señala también su caída que abrió todo su ser a las influencias e impulsos satánicos. Por lo tanto, en algunos momentos percibimos la nobleza de su origen, según la obra del Creador; en otros momentos vemos tales manifestaciones del mal que recordamos el veredicto del Maestro frente a ciertos judíos: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer...”* (Jn 8:44). El hombre que no busca el auxilio de la gracia de Dios, dejándose llevar por impulsos que surgen del amor propio herido, es capaz de cualquier crimen por horrendo que sea.

El respeto a la vida. Los versículos que tenemos delante son una ampliación del sexto mandamiento, *“no matarás”*. Al comentar este precepto del Decálogo discurrimos sobre lo sagrado de la vida humana, tal como se presenta en la Biblia, notando que normalmente la sangre sólo podía limpiar la mancha de la sangre, derramando la del agresor en vista del concepto de *“vindicación”* o de *“sustitución”*. Más adelante veremos que aun si un animal mataba a un hombre había de ser sacrificado y no se había de comer su carne. La bestia no tenía responsabilidad moral en tal caso, pero fue preciso señalar la santidad de la vida humana.

Homicidios premeditados o accidentales (Ex 21:12-14). El principio que subrayamos en el último párrafo hace difícil libertar a un homicida, ya que se ha derramado sangre hasta extinguirse la vida. Se anticipa la provisión de ciudades de refugio (Nm 35:9-28) sin más detalle, pero se enfatiza mucho que no hay (ni habrá) provisión para el homicida que preparaba su crimen de antemano movido por el odio y determinado a matar. La frase relacionada con la muerte accidental —*“más Dios lo puso en sus manos”*— no pasa de ser una expresión propia de la tendencia lingüística hebrea de evitar lo abstracto en aras de lo concreto y personal, y sólo quiere decir que el accidente se hallaba dentro de la providencia de Dios, sin que el homicida hubiese buscado ocasiones. Tratándose del homicida criminal, ni lo sagrado del altar de Jehová podía librarle de la justicia, que no conocía matices, ya que sólo el derramamiento de la sangre pudo librar la tierra del borrón dejado por la sangre de la víctima.

El respeto a los padres (Ex 21:15,17). Se prescribe la pena capital para quien hiere o maldice a sus padres; esta vez se trata de aplicaciones del quinto mandamiento que analizamos en su lugar. El que maldice a su padre o a su madre ha roto deliberadamente, movido por la perversidad del pecado, las relaciones más fundamentales de la vida natural, de modo que su permanencia en la sociedad constituye un peligro y un foco contagioso de maldad. Pese a la sensiblería de mucha gente en nuestros días, es mejor que tales personas no vivan. Se trata no sólo de medidas judiciales necesarias para mantener las normas básicas de la sociedad, y de la ejemplaridad de castigo, sino, contrariamente a las nociones de muchos criminólogos de nuestros días, de que el

criminal merece su suerte. Si se reducen las normas jurídicas a consideraciones meramente utilitarias, o si se piensa sólo en la educación del criminal, falta el principio fundamental de la justicia que la Palabra de Dios siempre mantiene y que se reconoce en el fuero interno de todo ser humano normal: que el castigo se aplica porque el criminal es culpable. “Ha recibido lo que merecía...”, “aquello es una injusticia...” son frases que se oyen constantemente en los labios de nuestros prójimos, y aunque no podemos dar ideas personales de “justicia” —pasada por el prisma del egoísmo y prejuicios de cada cual— las frases revelan este hondo sentir de que el hombre es culpable o inocente según lo que ha hecho o ha dejado de hacer.

El crimen de robar a un hombre (**Ex 21:16**). La ley había de admitir el sistema de esclavitud que hallaba ya en la sociedad, procurando que en Israel se establecieran las salvaguardias pertinentes. Sin embargo, el reglamento que hallamos en el versículo 16 revela el verdadero sentir de la ley, pues procurar “robar a un hombre”, con el propósito de quitarle su libertad y venderle como esclavo, constituye un crimen castigado con la pena capital igual que el homicidio. La libertad personal es parte constituyente del hombre, tal como Dios le creó, y quitársela es dejarle mermado muy seriamente en su personalidad. Pero el robo de hombres —el tráfico de esclavos— ha sido muy lucrativo, y nos dicen que Voltaire, gran defensor de libertades políticas y cívicas en su país, tenía acciones de compañías que robaban hombres y mujeres negros del centro de Africa para venderlos en los mercados de esclavos de América. Nos alegramos que fuesen mayormente cristianos evangélicos (Wilberforce trabajó incesantemente en esta tarea) quienes insistieron en informar y orientar al parlamento británico hasta que consiguieron abolir el tráfico de esclavos en todos sus dominios, y, posteriormente, hasta la esclavitud misma. Sin embargo, no podemos estar seguros de que no se practique en secreto aun hasta en nuestros días, pese a los derechos humanos de las Naciones Unidas.

La ley de compensación en casos de daños físicos (Ex 21:18-36)

“Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente” (**Ex 21:23-25**). Hemos anticipado ya algún comentario sobre el principio fundamental de toda la ley civil, que provee para una compensación justa entregada por quien hizo el daño a quien lo sufrió. De hecho la mente humana no admite otra clase de solución, bien que puede haber muchos argumentos sobre los móviles, el grado del daño, y la naturaleza de la satisfacción que se ha de imponer ... de eso viven los abogados. En sociedades muy primitivas, los daños físicos se compensaban por medio de otros iguales o mayores, ya que apenas se hacía distinción entre “justicia” y “venganza”, de modo que la víctima quería que su agresor sufriera tanto o más que él. Según se desarrollaba la sociedad, aquella bárbara sencillez fue sustituida por la costumbre de imponer compensaciones monetarias o materiales, que no sólo satisfacía a la parte perjudicada sino que le favorecía al ayudarle a hacer frente a la vida con un posible impedimento físico.

Reiteramos que esta “ley del talión” en estas formas desarrolladas y sofisticadas aún constituye la base de todo sistema jurídico civil, y que las enseñanzas del Sermón del Monte presuponen el reino de Dios, en el que los súbditos son regenerados, pudiendo ser movidos por el espíritu de amor y de sacrificio que caracterizaban a su Rey. Sólo así pudo exhortar Jesús a sus discípulos: *“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”* (**Mt 5:48**).

Varios ejemplos de posibles daños (**Ex 21:18-27**). No es nuestro propósito examinar el detalle de los posibles daños que podrían producirse, que se daba para la guía de los

jueces que habían de imponer sentencia. El principio básico es igual en todos los casos en que hombres o mujeres libres han sufrido daños y perjuicios, pues los jueces han de intentar aquilatar el daño y obrar en conformidad con la “ley del talión”. Lo que nos choca es la diferencia que se nota cuando se trata de un esclavo: caso muy común tratándose de un hombre colérico, dentro de un sistema que coloca a un ser humano bajo su sola potestad. Una vez que existe este gran mal, y pensando en compensaciones monetarias, hemos de recordar que es el amo mismo quien más pierde si, a causa de su violencia, su esclavo queda incapacitado. Por eso apenas surge la cuestión de “compensación”. Ahora bien, si mata a su esclavo será castigado, y el castigo normal para el homicidio era la muerte.

El complemento de los reglamentos de **(Ex 21:20-21)** se halla en los versículos 26 y 27, que ordenan que si el dueño, a causa de su violencia, ha hecho perder a un esclavo o esclava un ojo, o aun un diente, ha de compensar el daño físico permanente concediendo la libertad total de la víctima, que, en vista del elevado valor de un buen esclavo o esclava, ya suponía una pérdida considerable. Sin duda este reglamento servía para refrenar las iras de los amos, constituyendo otra de las salvaguardias de las que hemos visto tantas, y que distinguen la legislación mosaica de la de las naciones circundantes.

Daños causados por animales **(Ex 21:28-36)**. Las ovejas no suelen hacer daño a personas, pero el cuidado de ganado siempre supone riesgos, ya que un buey malicioso puede cornear, y hasta matar, a una persona humana. Si el dueño del animal ha tomado las debidas precauciones no le corresponde culpa alguna, aun en el caso de que su buey haya matado a una persona. Con todo, el principio de lo sagrado de la vida (la sangre) del hombre ha de ser mantenido, de modo que el buey ha de ser apedreado pese a que el incidente no entraña cuestión alguna de conciencia ni de culpabilidad. No sólo eso, sino que se prohíbe comer la carne del “matador del hombre”, aun siendo animal, con el mismo fin de poner de relieve el valor de la vida humana. Algunos expositores ven en esto la persistencia de antiguos “tabúes”, pero, a la luz del simbolismo de Levítico 17, el reglamento encaja perfectamente dentro del cuadro del régimen preparatorio del plan de la redención.

El caso era diferente si el dueño sabía que su animal era malicioso, pues entonces le tocaba tomar precauciones especiales con el fin de evitar que alguna persona sufriese las consecuencias. Tanto es así que había de sufrir pena de muerte si el buey corneara a un ser humano, matándole, siendo destrozado también el animal **(Ex 21:29)**. El versículo 30 no es muy claro, pero parece permitir la posibilidad del rescate de la persona culpable en este caso de “muerte indirecta”, por descuido más que por malicia, pero tal provisión parecería anular el significado del versículo 29. Si la víctima era esclavo se admite la compensación de los treinta siclos de plata, el valor de una persona que se mantuvo hasta el fin del período del Antiguo Testamento **(Zac 11:12-13)** y se relaciona con el precio que recibió Judas por su negra traición. La norma general sigue siendo el grado de responsabilidad, y se ilustra una y otra vez el valor de la vida humana.

El pozo abierto **(Ex 21:33-36)**. La ley exige el amor al prójimo, y su aplicación supone una preocupación por otras personas en toda circunstancia. A un agricultor le convenía abrir un pozo o una alberca, y si se trataba de su propiedad y de su conveniencia era libre de hacerlo. Con todo, le correspondía pensar si sus obras podían perjudicar a otros, de modo que le tocaba cubrir los huecos, previniendo contra posibles males. No sería muy probable que transeúntes humanos pasaran por lugares donde se abrían pozos, pero los animales vagan por donde pueden, y bien podría caer en el hoyo un buey o un asno. La “ley de compensación” exige que el dueño del animal dañado o muerto reciba lo que equivale a la pérdida, pero la víctima sería del dueño del terreno. Los versículos 35 y 36 tratan de asuntos análogos, y los reglamentos proveen para el “reparto” de los daños

accidentales y para la debida compensación si ha habido descuidos que encierran grados de culpabilidad.

Aplicaciones del mandamiento: “No hurtarás” (Ex 22:1-15)

El robo común (**Ex 22:1-4**). Al comentar el octavo mandamiento notamos que la plena aplicación de la ley del amor en una comunidad que profesa obediencia a Dios reduce la importancia de leyes que exigen el respeto a los bienes de otros, ya que se exhorta a “dar” y no a “guardar”. Sin embargo, la ley es para la sociedad humana en general, y, aparte de una obra especial de la gracia de Dios, cada uno quiere conservar —y aun aumentar— sus posesiones. El robo, pues, es un crimen que ha de ser castigado en los intereses del bien común de la sociedad. El primer versículo trata del robo común, tal como se perpetraba en comunidades pastorales. Como castigo y medio disuasivo, el criminal pagaría cinco bueyes por cada uno robado, o cuatro ovejas por una hurtada.

Crímenes que surgen del hurto y de la defensa de la propiedad (**Ex 22:2**). Las casas en áreas rurales, a través de largos siglos de la historia de Israel, solían edificarse con adobes, lo que hacía posible que un ladrón “forzara” una casa, abriendo un agujero en la pared (**Mt 6:19-20**) en su intento de hacerse con propiedad ajena. El propietario tenía derecho de defender lo suyo, y si al resistir a un ladrón de noche ocurriera que le matara, se le tendría por inocente. Ahora bien, a la luz del día podría también proteger lo suyo, pero las condiciones serían otras, ya que le sería posible pedir ayuda y luchar con el ladrón sin asestarle un golpe mortal. Entonces entraba en juego el principio fundamental de lo sagrado de la vida, aun tratándose de la de un ladrón. Por lo tanto, si el propietario cometiera un homicidio, se le tendría por culpable, igual que en otros casos de muertes violentas. Como siempre en la jurisprudencia, la norma secundaria había de subordinarse al principio fundamental. Las restituciones y multas requieren dinero o propiedades para hacerse efectivas, de modo que el ladrón indigente, que no podía hacer restitución, había de ser vendido.

Pérdidas que necesitan compensaciones (**Ex 22:5-6**). El hombre que mete sus ovejas o ganado en pastos ajenos es un ladrón, ya que alimenta sus animales con lo que no es suyo, y de nuevo se aplica la ley de la compensación (versículo 5). Al final del verano es normal en áreas rurales recoger espinos, zarzas y maleza que estorban en el campo, para hacer de ellos una hoguera, y a veces, se quema la maleza a ras de la tierra. Existe el riesgo evidente de que las llamas se extiendan más de lo que se pensaba. Es evidente que el que encienda el fuego es responsable de su debido control, y si por su culpa se queman las mieses del vecino pagará el precio de lo que se consumió. El “amor al prójimo” le habría llevado a tomar precauciones antes de encender la lumbre.

Bienes en depósito (**Ex 22:7-13**). Cuando no existían bancos con fuertes cajas de caudales, los miembros de una comunidad tenían que buscar la ayuda de sus vecinos en el caso de emprender un viaje largo, pidiéndoles que guardasen dinero, alhajas y aun los animales del campo. La responsabilidad tradicional del guardián, como norma reconocida en la comunidad, solía evitar dificultades, pues todos podrían necesitar esta clase de protección en alguna coyuntura. Pero podría perpetrarse un robo durante la ausencia del dueño, de los objetos o animales en depósito, y entonces surgiría la pregunta: “¿Es un verdadero robo, que el protector de los bienes no podía evitar, o se trata de un fraude, urdido por él mismo?”. Entonces los jueces habían de actuar, y en ciertos casos el resultado del pleito dependería del “*juramento de Jehová*” (versículo 11). Estos juramentos hallan su reglamento en Números capítulo 30.

Animales prestados (**Ex 22:14-15**). Los posibles daños sufridos por animales prestados habían de recompensarse totalmente por quien los utilizaban, ya que se trataba de una transacción voluntaria. Sin embargo, si estaba el dueño del animal, él mismo sería el responsable, pues le correspondía a él insistir en que se tomara todas las precauciones que fuesen del caso.

Reglamentos de índole variada (Ex 22:16-31)

“Me seréis varones santos” (**Ex 22:31**). El único hilo que une los preceptos de esta porción se halla en la frase que nos sirve de epígrafe, ya que esta “santidad” (“separación para Dios”) se ve en operación en muy distintas circunstancias y frente a muchas de las tentaciones y desvaríos que surgen de la obra de Satanás en el mundo.

La joven seducida (**Ex 22:16-17**). Entre los israelitas no tenía que haber ligereza sexual entre los jóvenes. Normalmente la joven se hallaba guardada en la casa de sus padres, pero muchas hijas de padres pobres tenían que trabajar en los campos, y siempre surge ocasión para quien la busca. El remedio del libro del pacto consiste en que el joven que seduce a una joven ha de casarse con ella, pagando la dote a los padres. Así se subrayaba la seriedad de la unión. En el caso de la joven ya desposada, la seducción se consideraba equivalente al adulterio y se castigaba con la pena capital.

La hechicera no ha de vivir (**Ex 22:18**). En este resumen preliminar de las leyes más importantes, el crimen de la magia se menciona escuetamente, con referencia sólo a la hechicera, ordenándose que tal persona no ha de vivir. La magia consiste en procurar el control de fuerzas sobrehumanas, y se relaciona con todas las formas de satanismo. El tema —desde el punto de vista legal— se trata más ampliamente en (**Dt 18:9-22**). En aquel contexto se explica que los israelitas no tenían por qué prestar oído a los agoreros, puesto que Dios les daba la palabra profética por boca de siervos suyos bien acreditados, y toda pretendida comunicación que pasaba de eso procedía del reino de las tinieblas. Por desgracia, no es un tema desfasado, pues cuando las civilizaciones llegan a su período de decadencia —que es el caso de la nuestra occidental— las gentes que rechazan la Palabra de Dios prestan oído a toda suerte de abominaciones. Además del espiritismo, hay centenares de sociedades que practican diferentes formas de magia o de satanismo en los Estados Unidos y otros países.

Idolatría y bestialidad (**Ex 22:19-20**). Se notan tres penas capitales en tres versículos seguidos, y la severidad del castigo corresponde a la gravedad de los crímenes. La hechicería intenta reemplazar la obra del Espíritu de Dios valiéndose de potencias satánicas. La bestialidad es una perversión que anula toda moralidad y atenta contra la naturaleza y dignidad de la raza creada a imagen y semejanza de Dios. La idolatría, como hemos visto ya repetidas veces, procura destronar al Altísimo. Los jueces no habían de permitir tal corrupción dentro del pueblo de Jehová, llamado a ser santo para Dios. Recordemos que estos asuntos repugnantes no se mencionan por falta de delicadeza sino porque reflejaban pecados que abundaban entre las naciones que habitaban Canaán antes de la conquista de Josué, y, por desgracia, muchos israelitas habían de practicar las mismas abominaciones en días cuando se aflojaba la autoridad de los jueces.

Consideraciones humanitarias (**Ex 22:21-27**). Siempre se hallan ciertas personas más expuestas que otras a las presiones de las circunstancias y a la posible opresión de personas encumbradas y endurecidas. La ley del amor el prójimo debía haber estimulado un espíritu de compasión entre los israelitas, en días cuando nadie pensaba que era deber del estado proveer para las necesidades de los desvalidos. Aquí, Dios mismo se proclama protector de tales personas, dispuesto a juzgar y castigar a aquellos de su

pueblo que se olvidasen de la compasión. Se menciona a los extranjeros, que podrían encontrar dificultades al luchar contra prejuicios raciales durante su estancia en el país, y los israelitas habían de recordar que ellos habían sido extranjeros en Egipto. Muy conocidos son los sufrimientos y luchas de viudas y huérfanos, que necesitan ayuda especial (versículos 21 y 22). Cada uno debería ayudar a su *“hermano israelita”*, y los préstamos no llevarían intereses. El pobre quizá tendría que ofrecer su prenda externa como única garantía en su poder, pero el acreedor no había de guardar el vestido de noche, puesto que la misma pieza de tela servía de manta para dormir. Estos detalles echan bastante luz sobre las condiciones económicas y sociales de tiempos primitivos. Gracias a instrucciones como éstas, los judíos tienen fama hoy de cuidar bien de sus hermanos de raza, aun cuando algunos son notorios como usureros.

Se ha de mantener el principio de autoridad (**Ex 22:28**). El texto de RV-60 reza: *“No injuriarás a los jueces, ni maldecirás al príncipe de tu pueblo”*, recalcando las dos cláusulas la necesidad de mantener el debido respeto ante las autoridades: mandato que Pablo tuvo que recordar en las circunstancias de (**Hch 23:5**). El vocablo traducido por *“jueces”* es *“elohim”*, que puede significar *“seres exaltados”*, y también *“Dios”*, como al pie de la versión citada. Parece ser que el equilibrio de las cláusulas hace preferible el sentido que da la referida versión.

La ley del primogénito (**Ex 22:29-30**). No podía faltar en el libro del pacto el recuerdo de los mandamientos que Moisés dio al pueblo, recién salido de Egipto, sobre la necesidad de consagrar a todo primogénito al Señor en reconocimiento de la redención de los primogénitos israelitas en la noche de la Pascua. Se une esta ordenanza con el mandato parecido de apartar las primicias de las cosechas a Jehová. Estos actos de consagración recordaban que toda la nación, con todos sus hijos y todos sus productos, eran del Creador y Redentor de Israel, y *“la parte”* representaba a la totalidad. Eran mayordomos del Señor y no dueños absolutos de sus hijos y posesiones. Al mismo tiempo, al reconocer el derecho divino, ellos mismos eran prosperados, ya que nada se conseguía sin la bendición del Altísimo.

Carne destrozada (**Ex 22:31**). Esta prohibición adquiere más sentido cuando pensamos en reglamentos posteriores sobre la necesidad de no comer carne con la sangre, lo que requería una técnica especial de parte de los carniceros. Hoy en día los judíos ortodoxos sólo comen carne Kosher. Si un animal había sido muerto por una fiera sería imposible garantizar que la carne no retuviera sangre aún, de modo que había de ser echada a los perros de los pastores.

Varias normas éticas (Ex 23:1-9)

Rasgos de un carácter noble (**Ex 23:1-3**). Los tres versículos prescriben acciones diferentes, frente a variadas circunstancias, pero parece propio caracterizar las actitudes recomendadas como las de un carácter noble, que no escucharía rumores difamantes, que no se prestaría a las intrigas de los impíos, y que no se dejaría llevar por palabras de demagogos que despiertan las pasiones de multitudes volubles. También haría justicia — si tal cosa estuviera en sus manos— igual si se tratara de un pobre como de un rico. He aquí un ejemplo de la *“instrucción en justicia”* que recibimos al meditar en las Sagradas Escrituras (**2 Ti 3:15-17**).

Ejemplos del amor al prójimo (**Ex 23:4-9**). Hacer un bien a aquel que nos aborrece se anticipa hasta cierto punto al mandato del Maestro de amar al enemigo (versículo 5). Hay actos de bondad y de consideración que son partes integrantes y necesarias en cualquier comunidad humana, aun desde el punto de vista del bien común. Es lamentable leer (y

oír) en nuestros días de personas que enferman o se accidentan a la vista de muchos vecinos sin que ninguno de éstos se acerque por miedo a “comprometerse”, evadiendo el deber de prestar la ayuda mutua que necesitamos todos como hombres y mujeres en la tierra. Sin este “aceite”, la “máquina” de la sociedad corre peligro de desintegrarse, sin hablar de las sagradas obligaciones de quienes profesan conocer el amor de Dios. Los demás preceptos animan a los israelitas a caminos de rectitud, de compasión y de misericordia. Los jueces no podrán lograr la aplicación de sentencias enteramente justas, y hay mucho que se escapa de su jurisdicción, pero Dios no abdica de su trono de justicia y declara: “Yo no justificaré al impío”.

El año y el día sabáticos (Ex 23:10-13)

El versículo 12 reitera los preceptos en cuanto al sábado, que ya hemos considerado al meditar el quinto mandamiento. Los versículos 10 y 11 extienden el mismo principio a períodos de siete años, siendo el séptimo el “año sabático”, cuando los agricultores habían de dejar sus tierras sin cultivar, comiendo los pobres y las bestias lo que crecía libremente en las fincas. Este precepto entrañaba gran valor práctico, pues en aquel tiempo no sabían nada de abonos químicos ni habían comprendido el refrigerio que puede dar a la tierra la rotación de cosechas. En el año de descanso la tierra tenía oportunidad de recuperar algo de lo perdido durante los seis años de desgaste, gracias a las lluvias — que traen sustancias químicas consigo— y la vegetación podrida. Debíamos leer, juntamente con estos dos versículos, los detalles de (Lv 25:1-13) y los de (Dt 15:1-6). En Levítico hallamos la frase “*reposo para Jehová*”, que aplica al año sabático las lecciones que hemos aprendido del día sabático; es decir, que los israelitas no habían de considerarse dueños de su tiempo y de sus tierras, sino reconocer que todo era de Dios, quien se lo había otorgado.

En el caso del año sabático, Jehová les enseñaba lecciones de dependencia y de fe, pues frente a estos mandamientos, el hombre, como tal, podría alarmarse, ya que había de perder las cosechas de casi dos años, pues no le era permitido volver a cultivar nada hasta que se cumpliese al año sabático, y las cosechas necesitaban su tiempo para crecer y madurarse. Con todo, Dios prometió una bendición especial a los obedientes, dando cosechas abundantes durante el año sexto que ayudaría a todos a tener reservas hasta la época de nuevas cosechas.

El año sabático servía también para inculcar lecciones de “amor al prójimo” —evitamos el uso del término caridad por ser muy gastado— ya que todos podían disfrutar de lo que la tierra producía de suyo. No sale el tema aquí (véase todo el capítulo 25 de Levítico), pero, con el fin de apreciar la perspectiva total del calendario que Dios ordenó para su pueblo, con sus ciclos de trabajo y descanso, debíamos recordar que siete septenios (períodos de siete años) tenían su consumación en el gran año del jubileo, cuando todas las deudas habían de ser remitidas, todas las tierras hereditarias enajenadas tenían que ser devueltas a los herederos, y (como en el caso del septenio) todos los esclavos libertados. Es figura de la gran culminación de los proyectos de Dios, cuando dará descanso a su pueblo y llegará a la consumación de su propia obra.

Como epílogo a tantos preceptos éticos y religiosos hallamos el doble imperativo: obediencia a lo mandado, y fidelidad acrisolada a Dios (versículo 13).

Preparándose para entrar en la Tierra Prometida (Exodo 23:14-24:18)

Las tres grandes fiestas del año religioso (Ex 23:14-19)

El valor de las fiestas. A primera vista parece una obligación bastante onerosa que todos los varones israelitas tuviesen que dejar sus trabajos para realizar el viaje al centro religioso de la nación, fuese el tabernáculo o el templo en Jerusalén, tres veces al año, con el fin de participar en las fiestas prescritas. Tengamos en cuenta que tales reuniones, en escala masiva, eran conocidas en varias zonas y épocas de la antigüedad. Dentro de Israel eran conocidas en varias zonas y épocas cortas. Siglos más tarde de la promulgación de la ley, los griegos de distintas ciudades dispersas acudían a los juegos olímpicos (y otros), siendo estos viajes mucho más largos que los necesarios para llegar al centro de Israel desde sus puntos extremos. Muchos historiadores conceden gran valor a estos juegos de los griegos, ya que promovían la intercomunicación, afirmando la unidad de la raza y de la civilización, pese a la fragmentación política que era normal en las épocas de la libertad.

En el caso de Israel, estas santas congregaciones ayudaban poderosamente a mantener la unidad religiosa y política de las doce tribus, pese a ciertas tendencias dispersivas. Si hoy en día se considera normal que muchos disfruten de un mes de vacaciones, no debe considerarse una pérdida extraordinaria de tiempo el que los israelitas hicieran su peregrinación tres veces al año en compañía de sus familiares y vecinos. Seguramente el pueblo ganaba mucho en salud, y, tratándose de tiempos de obediencia, se gozaban en el Señor y en comunión los unos con los otros. Esta alegría y comunión halla expresión poética en los llamados “salmos graduales”, exclamando el israelita piadoso: *“Yo me alegré con los que me decían, a la casa de Jehová iremos” (Sal 122:1)*. No había televisión, ni radio ni periódicos, de modo que las peregrinaciones orientaban a los israelitas en cuanto a lo sucedido en el país y en el extranjero.

Naturalmente, las ventajas que hemos notado son de orden secundario, ya que el objeto de cada fiesta era el de glorificar al Señor, rindiéndole el culto que debía recibir de su pueblo redimido.

El origen de las fiestas. Las tres grandes fiestas correspondían a tres señaladas épocas del calendario agrícola, muy conocidas antes de redactarse el libro del pacto: 1) la primavera, con las primicias que prometen la abundancia de las cosechas; 2) la siega de lo sembrado, cincuenta días después, con la posibilidad de presentar panes de la harina nueva; y 3) la recolección de los frutos del campo en lo que —en otros lugares— se llama la fiesta de los Tabernáculos, o enramadas, ocasión de gozo al finalizarse el año agrícola en el otoño. Como tales fiestas agrícolas, eran conocidas por todas las tierras del Medio Oriente, pero plugo a Dios poner su sello sobre ellas, dándoles un sentido profundamente religioso en relación con la adoración del Eterno, Dios de Israel y también el Creador de todas las cosas. Notemos estas frases determinativas en cuanto al calendario total: *“Tres veces en el año ME celebraréis fiesta ...y ninguno se presentará delante de mí con las manos vacías”* (versículos 14, 15 y 17).

La fiesta de los panes sin levadura (**Ex 23:15**). *“Como yo te mandé”* recuerda que Moisés ya había recibido amplias instrucciones sobre la celebración de la Pascua, y referimos al lector a las notas sobre ella. En este resumen del libro del pacto se recuerda la salida de

Egipto, pero enfatizando que la fiesta había de durar siete días, durante los cuales los israelitas habían de comer ázimos, o panes sin levadura. No se pierde el significado histórico, pero se subraya la necesidad del alejamiento del pecado, manifestándose un verdadero espíritu de obediencia.

Esta fiesta se reviste de tal importancia que se vuelve a mencionar en el versículo 18, pues, sin duda, hemos de entender aquí la sangre derramada del cordero pascual al emplear la frase *“la sangre de mi sacrificio”*, que hace eco de **(Ex 12:26-27)**. En relación con este sacrificio hallamos en los dos pasajes la misma prohibición de la presencia de pan leudo. El mandato de no dejar *“la grosura de mi víctima”* hasta la mañana nos recuerda que los restos del cordero pascual habían de ser quemados para evitar todo riesgo de corrupción **(Ex 12:10)**.

La fiesta de la siega **(Ex 23:16)**. El capítulo 23 de Levítico complementa la información que se da aquí sobre el calendario religioso de los israelitas, y, muy relacionado con la Pascua, tenemos la fiesta de Primicias. Aquí se pasa a lo que, posteriormente, se había de llamar la fiesta de pentecostés; nombre que se deriva de los siete septenios que la separaban de la Pascua. Se llama aquí *“la fiesta de la siega”*, los primeros frutos de tus labores que hubieres sembrado en el campo. No se trata de la primera espiga posible (primicias), ni de la siega otoñal, sino de las primeras cosechas de cereales, que empezaban con las de cebada y pasaban a las del trigo. En **(Lv 23:16-17)** se habla del *“nuevo grano”* que se ofrece a Jehová, y al mismo tiempo se presentaban dos panes con levadura como ofrenda mecida. Era ocasión de gozo, ya que el pueblo empezaba a aprovechar el fruto de sus trabajos en los campos. Los judíos asociaban esta fiesta con la promulgación de la ley; sin embargo, bien que la época del año coincide más o menos, no es concepto bíblico.

La fiesta de la salida del año **(Ex 23:16)**. Hallamos aquí el primer esbozo de una fiesta que había de adquirir gran importancia en la vida del pueblo de Israel, sobre todo después de su retorno del cautiverio de Babilonia. La *“salida del año”* se refiere al año agrícola, pues ya se lleva a cabo la vendimia, se recogen las aceitunas, y se mete en casa el rendimiento de los árboles frutales. Coincidió aproximadamente con nuestro mes de octubre.

El valor simbólico de las fiestas. Puesto que el Cordero de Dios fue ofrecido en la época de la Pascua, enlazando él mismo los conceptos de lo antiguo de la fiesta con la consumación del nuevo pacto, es natural que la Iglesia haya recogido tal fecha para celebrar la muerte y la resurrección del Señor. No existe necesidad para ello, y llega a ser un mal si el sagrado recuerdo de la muerte se limita a cierta época. Pero hacemos bien en notar que la *“Semana Santa”* halla sus raíces en este antiquísimo documento llamado el *“libro del pacto”*. De igual manera, pentecostés fue escogido por Dios como fecha para el descenso del Espíritu Santo y el nacimiento de la Iglesia, ilustrando la manera en que el *“grano de trigo”* que cayó en tierra y murió llegó a ser *“dos panes con levadura”*: el conjunto de los suyos, no sin manchas del pecado pero surgido de la cosecha de la cruz. Lo que nos interesa es el gran plan de la redención, pero nos gozamos en poder discernir un esbozo, muy borroso aún, de lo que ha de revelarse como el plan de la redención.

Al final de las instrucciones acerca de las fiestas principales hallamos una reiteración de la obligación de traer los primeros frutos de la tierra *“a la casa de Jehová tu Dios”* **(Ex 23:19)**. En esta etapa de la revelación sobre un culto centralizado se suele emplear una paráfrasis para el templo, algo como (con variantes): *“El lugar que el Señor tu Dios escogiere para poner allí su nombre”*, puesto que nada se había determinado aún sobre Sión, que había de surgir conjuntamente con el trono de David. Naturalmente *“la casa de Jehová tu Dios”* puede entenderse en sentido muy amplio para incluir el Tabernáculo en

su día, además de los arreglos hechos durante el período de los jueces, hasta llegar a la culminación de la gran obra de David y de Salomón.

El cabrito y la leche de la madre (**Ex 23:19**). La extraña prohibición que termina los preceptos del libro del pacto se repite tres veces en los libros de Moisés, aquí, en (**Ex 34:26**) y en (**Dt 14:21**), lo que pone de relieve su importancia. Los antiguos expositores no sabían qué explicación dar a la prohibición, y solían atribuirlo al carácter antinatural del rito, aun tratándose de animales. La arqueología ha venido a echar luz sobre el asunto, puesto que se halla un texto denominado “El nacimiento de los dioses” entre los libros de la biblioteca de Ras Shamrah (véase Peake’s Commentaty, 1964 in. loc.) por el que sabemos que era costumbre de los paganos guisar cabritos en la leche materna con el fin de esparcir el caldo y la carne deshecha sobre los campos, como parte de los “ritos de fertilidad”. Los israelitas habían de esperar la bendición del campo de Jehová su Dios, creador del cielo y de la tierra, evitando las abominaciones de los ritos mencionados que rozaban con la inmoralidad más desenfrenada.

El Ángel guiador y protector (Ex 23:20-23)

La personalidad del Ángel. Bien que el Ángel no se menciona directamente después del versículo 23 es claro que él dirige todas las operaciones de la conquista que se detallan hasta el fin de la sección. Al comentar Éxodo capítulo 3 ya notamos que el término “*ángel*” en sí quiere decir “*mensajero*”, utilizándose tanto para hombres que llevan a cabo misiones bajo órdenes de sus superiores como para mensajeros celestiales que sirven al Altísimo en el desarrollo de sus planes. Cuando se destaca la personalidad del ÁNGEL, como en el pasaje referido de “*la zarza*” y aquí al hablar del futuro de Israel, notamos que a veces el Ángel llega a ser identificado con Jehová, bien que se percibe una nota de subordinación tratándose del cumplimiento de una misión. No sabemos por qué la obra de Dios —que se presenta en general en términos muy directos y valiéndose el autor de expresiones antropomórficas— se ha de describir indirectamente aquí como misión del Ángel, pero no nos toca dilucidar este misterio sino observar con cuidado los términos empleados dejando las razones fundamentales a la sabiduría infinita de Dios.

Al estudiar el Evangelio de Juan hallamos los mismos conceptos de “identificación” y de “subordinación”, con referencia al Padre y al Hijo, pero en el Nuevo Testamento nos hallamos mejor orientados puesto que se revela la encarnación del Hijo, quien lleva a cabo el plan de redención determinado desde antes de la fundación del mundo, sin perder por eso su naturaleza divina. Aquí estamos en época anterior a la encarnación, sabiendo, sin embargo, por la luz del Nuevo Testamento, que el Verbo era siempre el agente divino de todas las obras de Dios. De acuerdo, pues, con la mayoría de los expositores que toman como norma la autoridad inspirada de toda la Biblia vislumbramos aquí algo de la obra especial del Verbo, quien siempre llevaba a cabo los pensamientos y proyectos del Padre. La identificación entre Jehová y el Ángel se destaca claramente en la frase “*mi NOMBRE está en él*” (**Ex 23:21**), puesto que el nombre —para los hebreos— encarna la idea de identificación y de plena autoridad. Se confirma por el versículo 22: “*Pero si en verdad oyes SU VOZ e hicieres todo lo que YO te dijere...*”, que identifica la voz del Ángel con las palabras de Jehová.

La misión del Ángel (**Ex 23:20-23**). Largos trechos de camino desérticos separaban aún a los israelitas de la Tierra de Promisión, acechándoles bastantes enemigos en la ruta. Canaán se hallaba poblada por “las siete naciones”, según las listas como la del versículo 23. Por medio de Moisés Dios había ordenado la vida civil, religiosa y jurídica del pueblo, pero quedaba por realizar el largo viaje que lo llevaría a Canaán. El pueblo necesitaba guía, protección y potencia, y todo ello se le promete enfatizando la misión del Ángel de

Jehová, quien había de ir delante, guardando al pueblo hasta que fuese introducido en el lugar preparado (versículo 20). Se destaca la labor del Ángel como precursor en el versículo 23, ya que había de preparar la entrada de Israel en Canaán cuando tendría que hacer frente a los moradores de la tierra. El pueblo de Dios andaría por un camino ya trillado por quien se revestía de todo el poder del Omnipotente. Según la figura del versículo 22 había de ser el gran aliado de Israel, lo que suponía una lucha contra sus enemigos.

La piedra de toque de la obediencia (**Ex 23:21-22**). Dios anima a su pueblo dándole estas seguridades de ayuda especial, prometiéndole potencia, que sobrepujaría toda la fuerza de los enemigos. Sin embargo, todas las promesas dependían de su sumisión al aviso: *“Si en verdad oyes su voz...”*. A este principio tendremos que volver con mucha frecuencia.

Los juicios del Ángel (**Ex 23:21**). Algunos expositores han expresado sorpresa frente a la admonición del versículo 21: *“Guárdate delante de él y oye su voz; no le seas rebelde, porque él no perdonará vuestra rebelión...”*. Admitiendo que el Ángel sea el Verbo eterno, quien lleva a cabo las obras de Dios en la historia, les extraña que aquel que había de llamarse Jesús, porque perdona a su pueblo de sus pecados, se represente aquí como juez que no perdonará la rebelión.

De hecho no hay contradicción alguna, sino sólo distintas facetas de la verdad que Dios revela. El Señor Jesucristo —según se revela en el Nuevo Testamento— ha de ser juez, y, de hecho, puso bajo sus juicios a los líderes judíos rebeldes de su día. El Dios-hombre es Salvador y ha hecho posible la salvación de todos, pero ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se promete en parte alguna que los rebeldes serán perdonados, ya que ellos mismos se excluyen del pacto de gracia.

Es verdad que Dios conservaba al pueblo de Israel con el fin de que su misión histórica se cumpliera, pese a multitud de rebeliones que luego se notan. Con todo, no faltaban juicios severos que caían sobre los promotores de subversiones. Al mismo tiempo, Dios podía otorgar su perdón a los sumisos y conservar la nación, gracias a la obra de expiación y de redención que se representaba simbólicamente por medio del culto levítico que hemos de estudiar en el próximo capítulo.

Vislumbrando la conquista (Ex 23:23-33)

Las naciones cananeas y sus prácticas (Ex 23:23). El territorio de Canaán nos parece limitado, especialmente en la parte que media entre el Jordán y el Mediterráneo, y, pasados los siglos, los israelíes de hoy comprenden la necesidad de mayor anchura por razones estratégicas. Es preciso recordar que durante los siglos próximos al Éxodo el potentado que dominaba una ciudad y sus contornos se llamaba “rey”, y que se hallaban muchos de estos reinos diminutos en Canaán. Teniendo en cuenta la lentitud de las comunicaciones, todas las distancias parecían mucho más largas entonces. A veces —después de las iniciativas de Nimrod— grandes conquistadores se apoderaban a la fuerza de muchas ciudades y zonas, imponiéndoles su voluntad como “emperador”, pero los pueblos en sí seguían siendo muy fraccionados.

Debido a su posición geográfica, muchas gentes pasaban por Canaán, y según el significado de los movimientos migratorios o las fortunas de las guerras, algunos fragmentos de distintas razas lograron establecerse en zonas distintas del país. Los pueblos más arraigados eran los cananeos y los amorreos, que a veces se confunden, y éstos ocupaban las costas y los valles más importantes. Luego aparecerán los jebuseos como dueños de Jerusalén y de sus contornos hasta la época de las victorias de David. Los heteos equivalen a los hititas, y serían grupos de la gran raza hitita que durante siglos

dominaban el centro y el occidente de Asia Menor, extendiéndose hasta el río Éufrates. Los heteos de nuestra lista serían ramas desgajadas del reino principal que habían ocupado partes de Canaán. Los demás pueblos nombrados tenían importancia muy relativa y poco se sabe de ellos. Desde los días de Abraham se habían producido cambios, como se aprecia si comparamos la lista de **(Gn 15:18-21)** con la que tenemos a la vista, pero la raza típica era la de los amorreos, aun en tiempos patriarcales, y a Israel no le fue permitido exterminar a los moradores de la tierra hasta que hubiese llegado a su colmo la iniquidad de los amorreos **(Gn 15:16)**.

La profecía dada a Abraham echa mucha luz sobre el contenido de este epílogo, ya que nos enseña que Dios no tiene favoritos en sentido nacional y carnal, pues aun el plan de colocar a su siervo Israel en su tierra tuvo que esperar el momento de juicio, cuando las naciones cananeas habían llegado al límite de la iniquidad permisible bajo el justo gobierno providencial de Dios, siendo focos de contagio moral que envenenaban a los mismos pueblos, las generaciones sucesivas y las naciones adyacentes. En estas circunstancias el exterminio llegó a ser una operación quirúrgica ineludible.

La iniquidad de los amorreos se hallaba en íntima asociación con la idolatría que de nuevo se prohíbe, añadiéndose el mandato de quebrar totalmente sus estatuas **(Ex 23:24)**. Naturalmente, había imágenes de dioses y diosas en los templos paganos y sus laterales, pero aquí “estatuas” son estelas o columnas, que podían colocarse frente a casas particulares en “lugares altos”. Antes de consagrarse a su misión de salvar a Israel, Gedeón tuvo que derribar el altar de Baal y también cortar la “imagen de Asera” que estaba junto a él **(Jue 6:25-32)**, tratándose en el último caso de la columna levantada en honor de la diosa, llegando a llamarse los símbolos por el nombre de la diosa, “Asera”. Eran símbolos de toda clase de inmoralidad —la “asera” representaba el “árbol de la fertilidad”— de modo que su destrucción no ha de considerarse como un acto de vandalismo —aun si fuesen notables obras de arte, que no lo eran normalmente— sino la limpieza moral necesaria antes de implantarse el culto de Jehová.

Las bendiciones prometidas al pueblo fiel **(Ex 23:25-27)**. Ya hemos notado que la “piedra de toque” había de ser la obediencia. Si Israel se consagrara al servicio de Jehová su Dios, limpiando su tierra de las abominaciones de los ídólatras, sería bendecido de varias maneras. “El pan y agua” no corresponde a un régimen de penitencia sino que simboliza el sostén material, según la analogía de la petición del “Padre Nuestro”: “*Nuestro pan cotidiano, dánoslo hoy*”. Se repiten las promesas dadas en Mara sobre el nivel de salud del pueblo, que había de estar libre de muchas de las enfermedades de las naciones vecinas. Las madres serían fértiles, sin perder a sus criaturas. Los ancianos llegarían al término adecuado de sus días en la tierra. Son promesas propias de la vida natural, puesto que de ello se trata al tomar posesión de Canaán, pero ello no excluye las bendiciones de orden espiritual, de las cuales las naturales vienen a ser la señal externa, como vemos por tantas expresiones en los Salmos. Todas estas promesas son condicionales, siendo imposible que los rebeldes reclamen para sí el bendito fruto que brota de las raíces de la gracia divina.

La ayuda divina para la conquista **(Ex 23:27-30)**. Había de caer una especie de pánico colectivo sobre los reinos de Canaán, y seguramente, si los israelitas no hubiesen fallado tan lamentablemente en Cades-barnea **(Nm 13-14)**, cuando estaba aún más vivo el recuerdo de las plagas de Egipto y la destrucción del ejército de Faraón, este “terror” habría abierto más puertas al avance de las fuerzas armadas de Israel. Pero aun después de treinta y ocho años más era notorio en Canaán que Israel disponía de un poder misterioso que multiplicaba la eficacia a sus campañas militares. Al notar el efecto de la prolongación de las plagas en Egipto recordamos la confesión de Rahab a los dos espías: “*Sé que Jehová os ha dado esta tierra ... ni ha quedado más aliento en hombre alguno por*

causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos 2:9-11). Los gabaonitas, habitantes de una de las ciudades más afamadas de Canaán, prefirieron la esclavitud al riesgo de pelear contra Israel (**Jos 9**). Otro ejemplo es el miedo de Balac rey de Moab, quien, al llamar a Balaam, buscaba auxilios mágicos con el fin de contrarrestar el misterioso poder de Israel (**Nm 22-24**).

Con todo, no era conveniente que una guerra, que suponía el exterminio de mucha gente, diera como resultado una despoblación tal de las tierras que éstas sufriesen deterioro, multiplicándose las fieras que aún abundaban en Canaán. La lectura de Josué da la impresión de una serie de grandes victorias logradas en el sur, centro y norte que puso la tierra rápidamente bajo el poder de los israelitas, pero hemos de fijarnos también en la mención frecuente de pueblos que no fueron expulsados o exterminados entonces. Una victoria militar es siempre importante, pero los vencedores no se hallan siempre en condiciones de explotar su triunfo hasta el punto de poder dominar y organizar grandes extensiones de territorios, y por ello las fuerzas enemigas pueden recuperar bastante de lo perdido. De hecho, en el tiempo de Josué y los jueces, los israelitas se hacían fuertes más bien en las regiones montañosas del sur, centro y norte, y sobre la misma época los filisteos afirmaron más su dominio en la región costera del S.O. Sólo las victorias de David lograron el pleno fruto de la conquista. Más tarde, en vista de los muchos desvaríos del pueblo, Dios dio otra razón para no desplazar a todos los cananeos en seguida, dejándolos judicialmente para la prueba y castigo de Israel en sus épocas de apostasía (**Jue 2:20-23**).

“Enviaré delante de ti la avispa” (Ex 23:28) es una frase que ha dado lugar a mucha discusión. ¿Acaso sería la avispa capaz de echar fuera al heveo, al cananeo y al heteo delante de Israel? Una plaga de avispones en gran escala, cuya picadura provoca mucho dolor, siendo capaz de causar la muerte, podría determinar la evacuación de ciertas zonas afectadas por ella, de modo que el sentido literal dista mucho de ser imposible o ridículo. Con todo, el célebre arqueólogo Garstang, basándose en el hecho de que cierto tipo de avispon —al igual que la serpiente— se consideraba como símbolo de la fuerza de Egipto, creía que la frase representa las frecuentes invasiones de Canaán realizadas por los faraones de Egipto durante el período de las peregrinaciones en el desierto, con el fin de establecer —o mantener— su soberanía sobre los pueblos de Canaán. Sin duda estas incursiones debilitaban a distintos reinos de Canaán, envolviéndolos en frecuentes luchas que surgían de las intrigas de la diplomacia egipcia, según se lee en la biblioteca descubierta en Tell-el-Amarna, Egipto, que conserva la correspondencia del Departamento para Asuntos Extranjeros de la casa real de Egipto durante el período que precedió a la invasión israelita. La teoría de Garstang es interesante y toma en cuenta las condiciones de la época, pero no puede darse por probada.

La extensión de la tierra (**Ex 23:31-33**). ¿Cuáles son los límites de la Tierra Santa? A veces la tierra parece ser la que se extiende entre el Jordán y el Mediterráneo, y desde el río de Egipto hasta el Líbano. Sin embargo, las tierras de Galaad y de Hesbón, al este del Jordán, fueron conquistadas antes que las del oeste del Jordán, y, entregadas a las dos tribus y media, formaban parte de la herencia de Israel. Fue desde aquella región de donde David volvió a hacerse con el poder real después de la sublevación de Absalón. Hubo pues una “Canaán mayor” que abarcaba tierras colindantes con los reinos de Amón, Moab y Edón, sujetos éstos a Israel en días de prosperidad. La promesa original que Dios dio a Abraham, después de la ratificación del pacto abrahámico, abarcaba mucho más que esto, asegurando el Señor al patriarca: *“A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates” (Gn 15:18)*. Efectivamente, como imperio, bajo el dominio de Israel, David dejó esta vasta extensión de territorio a su hijo

Salomón, y la promesa se cumplió literalmente. Sin embargo, una cosa es dominar sobre varios pueblos y otra es habitar la tierra.

Los términos del versículo 31 no son fáciles de comprender. Como vimos al describir el Éxodo, “el Mar Rojo” se emplea o para la zona del canal de Suez, o para el mar profundo que rodea la península de Sinaí. “El mar de los filisteos” sólo puede ser el que baña el litoral S.O. de Israel, y sorprende que hubiese recibido un nombre que lo asocia tan íntimamente con los filisteos en la época de esta comunicación. Es el único texto que da a entender que Dios incluía la península de Sinaí en su donación a su pueblo. El epílogo al libro del pacto termina con otro aviso sobre el peligro de hacer alianzas con los pueblos de Canaán, “*ni con sus dioses*”, ya que se reconocía una identificación entre las divinidades, los reyes y los pueblos que las adoraban. Inspira este último aviso el principio fundamental de que la tierra había de ser de Jehová, entregada a Israel para el cumplimiento de su misión, y no como propietarios. Según el plan de Dios esta área había de ser “tierra santa”, separada geográfica y étnicamente de las gentes para el servicio de Dios. Cualquier clase de sincretismo llegaría a ser “tropiezo” para el pueblo-siervo, deshonrando, además al Dios de la tierra.

La confirmación del pacto y su importancia

La ocasión de la ratificación. Volvemos a resaltar el orden de la presentación de las distintas facetas de la promulgación de la ley y la aceptación del pacto por el pueblo. Primeramente, hubo la proposición de parte de Dios y la aceptación preliminar del pueblo, que aún no sabía lo que implicaba este tremendo contrato entre Jehová y ellos (**Ex 19:3-8**). No era posible proceder a la confirmación del pacto hasta que Dios se hubiese revelado en su majestad y gloria, con el fin de que el pueblo “*temiese*” al comprender el dominio, la santidad y la justicia de su Dios. De en medio de la “*nube*” procedía la voz que promulgaba los grandes principios de las demandas de Dios frente a una raza que él había creado, pero que había caído siguiendo directrices satánicas. En cuanto a Israel en particular, el “matrimonio” entre Jehová y el pueblo había de fundarse en la obediencia de modo que el anuncio del Decálogo había de preceder a la ratificación del pacto. Pero el DECÁLOGO pese a la claridad y la autoridad de sus diez palabras, no aplicaba los principios a la vida diaria de un pueblo oriental, ya regido por su “ley común”, y de ahí la necesidad de la comunicación del LIBRO DEL PACTO que acabamos de estudiar. El pueblo ya pudo expresar su voluntad de confirmar su pacto con Jehová con mucho más conocimiento de causa, que involucrara mayor sentido de responsabilidad. Antes de completarse cuarenta días se había de ver que ni aun la visión de la gloria de Dios había inculcado aquel santo temor en grado suficiente. En la respuesta del pueblo volvemos a echar de menos una confesión sincera de debilidad moral frente a las exigencias de la ley, que ya conocían.

Un aviso preliminar (**Ex 24:1-2**). Antes de la lectura del libro del pacto y la ratificación del pacto mismo se introduce un aviso preliminar sobre el ascenso al monte —hasta un lugar determinado— de Aarón, con Nadab y Abiú, sus hijos mayores, además de setenta ancianos del pueblo. No había de subir el pueblo, y sólo Moisés llegaría al máximo acercamiento a Jehová que fuese posible. El anuncio fue dado a Moisés en el monte y se cumplió después de la solemne ratificación del pacto, según el relato de los versículos 9 al 11.

Un anuncio general (**Ex 24:3**). Moisés tuvo otro encuentro con el pueblo después de haber recibido los preceptos del libro del pacto, y suponemos por el versículo 3 que les dio por lo menos un resumen de cómo se había de aplicar el Decálogo a la vida del pueblo. En contestación el pueblo afirmó: “*Haremos todas las palabras que Jehová ha*

dicho". Reiterando las consideraciones que expresamos frente a la declaración anterior es evidente que Israel había de colocarse en postura de obediencia y de sumisión frente a la voluntad manifiesta de Dios; sin embargo, no hay señal alguna de la necesaria comprensión de que no eran capaces de obedecer aparte de las provisiones de la gracia de Dios. La suficiencia propia era mal consejo en aquel momento solemne en que Israel se colocó debajo de la ley.

El libro escrito (**Ex 24:4**). No se dice nada del tiempo que invirtió Moisés en la redacción por escrito de los preceptos y ordenanzas del libro del pacto. Como profeta que era no tenía dificultad en recordar los oráculos divinos, y el arte de escribir era ya muy conocido. Podemos pensar en rollos de pergamino como medio material para plasmar el mensaje, ya que el papiro sería poco duradero, y bien que los babilonios y otros escribían en tablillas de barro no parece que este medio vaya bien con el contexto, según se interpreta en (**He 9:19**). No nos olvidemos que esta labor de redacción dio principio a la publicación de la ley, y quizá fue el primer núcleo de todo el Pentateuco. Sin duda Moisés empleaba documentos muy antiguos al redactar Génesis, pero es probable que aquella labor fuese posterior a estos principios de plasmar la ley en un documento; en este caso el versículo 4 señala la primera entrega de "la Palabra de Dios escrita".

El altar y las doce columnas (**Ex 24:4**). Ya que la voluntad de Dios se había plasmado en un libro, Moisés procedió rápidamente al solemne acto de ratificación, madrugando para ello (versículo 4). El altar era necesario para los sacrificios, y sin la sangre de éstos hubiese sido imposible confirmar el pacto. Sin duda Moisés, al levantar el altar, siguió las instrucciones ya recibidas según (**Ex 20:24-25**), empleando o tierra o piedras sin labrar. Las "columnas" encerraban peligros en comunidades dadas a la idolatría, pero los hebreos podían levantarlas como memoriales de personas o de acontecimientos señalados que habían de ser recordados. El altar hablaba del acceso a Dios por medio del sacrificio. Las columnas representaban a la totalidad del pueblo de Israel: las "doce tribus" como número completo y redondo. El escenario sigue siendo el pie del monte donde Jehová aún manifestaba su presencia.

Los holocaustos y sacrificios de paces (**Ex 24:5**). Los holocaustos eran conocidos desde antes de los tiempos de Noé, y también se ofrecían sacrificios de paz en los albores de la historia de este pueblo y de otros. No habiendo aún sacerdotes consagrados al servicio del tabernáculo, son "jóvenes" escogidos —hombres en la plenitud de la vida— que actúan para inmolar los becerros, y probablemente se escogerían de entre los "primogénitos" especialmente dedicados al Redentor. Después habían de prescribirse otros tipos de sacrificios de sangre, pero lo importante es el simbolismo de la sangre misma. Otros pueblos orientales confirmaban solemnes pactos por medio de "la víctima del pacto", según diversos ritos, uno de los cuales se empleó en el pacto abrahámico (**Gn 15**). Quizá es conveniente recordar que el holocausto ("del todo quemado") ascendía totalmente a Dios (es símbolo de llamas y humo) como algo para él solo. En cambio, los sacerdotes y los oferentes podían participar de los sacrificios de paces, que añadían al concepto de expiación por la sangre el de la comunión (o participación), expresado por comer distintas partes de la víctima del pacto. Proveían la carne para el banquete que solía comerse después de la confirmación de los pactos.

"He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros" (**Ex 24:6-8**). Los "jóvenes" inmolaban los sacrificios, pero fue Moisés quien recogió parte de la sangre en tazones con el fin de esparcir inmediatamente una porción sobre el altar, lo que equivalía a presentar la "vida" de las víctimas delante de Dios. Luego vino la lectura del libro del pacto con el fin de que todo el pueblo oyera los preceptos. Esto motivó la tercera declaración del pueblo y la más completa: "Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos". Moisés volvió a actuar en seguida, rociando al pueblo —en las

personas de sus representantes— con la sangre reservada en los tazones, haciendo la solemne declaración: *“He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas”*. El comentario inspirado de **(He 9:18-22)** da la impresión de “cierta prisa” de parte de Moisés **(Ex 24:4)** y el escritor enfatiza: *“De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre ... sin derramamiento de sangre no se hace remisión”*.

Hemos de interpretar la escena de la ratificación a la luz del simbolismo de toda la Biblia en sus referencias al derramamiento de sangre. Según Levítico 17 la vida está en la sangre, que, derramada según el ritual, hace expiación *“en virtud de ser la vida”* **(Lv 17:11)**. El concepto de una *“vida”* entregada por otra —a favor de la persona que no muere— se destaca claramente, pero el plan de la redención tiene por centro la cruz, donde el Cordero de Dios entrega su VIDA de valor sin límites; cada sacrificio de sangre ordenado por Dios en el Antiguo Testamento refleja el valor supremo del sacrificio del Calvario. Después de prometer obediencia, sabiendo bien ya lo que exigía la ley, el pueblo se hallaba expuesto a la ira de Dios, pues no pasarían minutos sin que hubiera algún pensamiento pecaminoso —o quizá palabras y hechos en los corazones del pueblo al pie del monte. Fue necesario que empezara el largo período de disciplina y del escrutinio del corazón del hombre caído (bajo la ley) pero, según las palabras ya citadas de Hebreos, ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre, de este modo se manifestaba públicamente la realidad de la obra de expiación, ordenada antes de la fundación del mundo, y que había de consumarse en la historia en el monte del Calvario. Por eso Balaam, obligado por el Espíritu Santo, tuvo que decir en cuanto a este pueblo: *“No ha notado (Dios) iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel...”* **(Nm 23:21)**.

Continuidad y contraste. Resaltamos de nuevo la complejidad del pacto de Sinaí y la promulgación de la ley. Por una parte, como ya hicimos constar, el pueblo recoge el pacto abrahámico, también sellado con sangre, y llega a ser *“pueblo de Dios”* y *“esposa”* de Jehová. Para que esto sea posible no puede faltar el simbolismo de la sangre, y ya estudiaremos la importancia del simbolismo al ver el lugar que ocupa el sistema levítico en la vida nacional de Israel. Lo nuevo del pacto sinaítico es la expresa declaración de las demandas morales y espirituales de Dios frente al hombre: la criatura que se dejó seducir por Satanás llegando a ser pecador.

Esta norma divina que se coloca delante de Israel, (y a través de Israel al mundo) es una necesidad para los múltiples fines que estudiamos en su lugar. Fue preciso también que Israel reconociera la necesidad de obedecer; al mismo tiempo ni un solo israelita era capaz de cumplir la condición. Ya hemos visto que esta piedra de toque dividía el pueblo en tres grandes clases, según su actitud ante la ley, que, en último término, equivale a su actitud delante de Dios. Todos estos caminos se orientan de diversos modos a la persona de Cristo y al sacrificio del Cordero de Dios. Mientras tanto, Dios cumple sus propósitos eternos y providenciales a través de la extraña historia de Israel, siendo posible la prolongación en esta historia, y el éxito final de la misión encomendada al pueblo escogido, gracias al profundo significado de la obra del Cordero inmolado antes de la fundación del mundo **(Ap 13:8) (1 P 1:18-20)**.

Los ancianos en el monte (Ex 24:9-11)

¿El banquete del pacto? Algunos expositores señalan el hecho de que la confirmación de un pacto solía terminarse con un banquete celebrado entre las dos partes y los amigos de ambos, siendo el plato principal la carne de la *“víctima del pacto”*. Si hay tal celebración después del pacto sinaítico se ha de dar un sentido literal a la frase *“y comieron y bebieron”*. La idea es atrayente, puesto que la subida de la familia de Aarón y los setenta

ancianos había sido anunciada antes de la confirmación del pacto y en íntima asociación con ella (**Ex 24:1-2**). Con todo, es bastante difícil pensar que la carne de los becerros de las ofrendas de paces fuese transportada tan arriba en el monte, y en banquete tan literal sería imposible la participación de Dios como parte principal.

La frase “*vieron a Dios y comieron y bebieron*” (versículo 11) se relaciona con la visión del Altísimo, que había sido otorgada a los setenta, notándose después que, pese a la manifestación de la gloria divina, considerada como fatal para la frágil vida del hombre pecador, no sufrieron daño alguno sino que seguían adelante con su vida normal, que es lo que significa “*comieron y bebieron*”. Dejamos abierta la cuestión, pero queremos subrayar que la visión de los ancianos llega a ser la culminación de todo el proceso de promulgar la ley y confirmar el pacto. Aprendamos que la obediencia —si hubiese sido posible— habría introducido a Israel a una vida maravillosa de revelación y de comunión con Dios.

“*Vieron al Dios de Israel*” (**Ex 24:10-11**). En varias ocasiones anteriores hemos tenido ocasión de señalar que el hecho de ser Dios Espíritu, eterno e infinito, a quien el hombre no puede ver en su plenitud (**Jn 1:18**) (**1 Ti 6:16**), no impide que se revele a los hombres según los medios determinados por su soberanía y omnipotencia. Para su primer encuentro con Moisés escogió como instrumento el arbusto que ardía y no se consumía. Aquí nos hallamos en el monte de Sinaí —en una explanada por debajo de la cumbre adonde sólo Moisés fue admitido— y los ancianos contemplaron una manifestación de la gloria divina por encima de una extensión que parecía de zafiro. El “*embaldosado*” no está en el original. Cómo sería aquella manifestación no lo sabemos, pero, dentro de sus límites, se trata de una visión real de Dios, a quien los jefes de Israel “*vieron*”. No hemos de envidiarles tan sublime experiencia, ya que la consumación de la revelación de Dios al hombre —antes y después de que se rasgue por completo el velo que separa lo celestial de lo material en la nueva creación— se halla en Cristo, el Verbo encarnado, comentando el apóstol Pablo: “*Porque Dios ... resplandeció en nuestros corazones, para la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*” (**2 Co 4:6**). En el Hijo —dice el autor de Hebreos— tenemos a uno que es “*el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia*” (**He 1:1-3**).

Preparaciones para la estancia de Moisés en el monte (**Ex 24:12-18**)

Arreglos administrativos (**Ex 24:14**). Entre el versículo 11 y el 12 hemos de suponer un inciso durante el cual los ancianos descendieron del monte después de su sublime visión, y estando de nuevo en la llanura Moisés deja poderes administrativos con Aarón y Hur, comprendiendo que su estancia en el monte, ya ordenada por Dios (versículo 12), ha de ser prolongada. Suponemos que estos dos dirigentes eran capaces de ordenar los asuntos normales de la comunidad israelita, pero fracasaron cuando llegó la gran crisis de la adoración del becerro de oro. Volvemos a encontrarnos con Josué en este párrafo, no ya como capitán de las fuerzas armadas de Israel, sino como “*servidor*” o “*ministro*” de Moisés, lo que entraña la idea de discipulado. Buscaba la presencia de Dios y estaba dispuesto al servicio que viniera al caso bajo la dirección de Moisés, caudillo del pueblo y profeta del Altísimo. Así servía durante el aprendizaje que le capacitaba para poder recoger el liderazgo del pueblo cuando Moisés hubiese cumplido su misión. Podemos deducir que Josué volvió a subir al monte hasta el rellano donde, al entrar Moisés en la nube, esperó hasta que éste volviera del sagrado coloquio en el monte (**Ex 24:15-18**).

Los cuarenta días y noches en el monte (**Ex 24:15-18**). El pueblo aún veía la manifestación de la gloria de Dios en la cumbre del monte “*como un fuego abrasador*”, y no se quitaba la simbólica nube, que velaba el encuentro más íntimo que Dios concedió a Moisés. Este hecho resalta la negrura moral y espiritual de la apostasía en que incurrieron los hebreos, hallándose aun al pie del monte, y teniendo delante evidencias visuales de la presencia de Jehová. Moisés no fue llamado en seguida a entrar en aquel “*lugar santísimo*” que se había establecido temporalmente en la cumbre de Sinaí, sino que, juntamente con Josué, pasó seis días de espera en el rellano, entregado, sin duda, a la oración y meditación, preparándose para una experiencia que quizá fuese la más sublime que jamás se había concedido a hombre en la tierra.

El día séptimo —tantas veces el momento culminante de un proceso en las Escrituras— la voz dio la orden de subir, y Moisés, el hombre preparado y consagrado, emprendió su marcha solitaria para oír lo que su Dios había de decirle en la cumbre del monte. Ya se había anticipado que Dios daría a su siervo las tablas de la ley escritas con su “*dedo*”, pero el tema del coloquio había de ser el establecimiento del servicio levítico. Seguramente Moisés pensaba que el levantamiento de las tablas había de ser el acto final del pacto, pero veremos que la flaqueza del corazón de Israel convirtió las primeras tablas en símbolo de su fracaso nacional. Sin embargo, la renovación del pacto, después del fracaso, no pudo llevarse a cabo sin tales tablas que exponían las leyes fundamentales revestidas de divina autoridad. Veremos que en la nueva etapa del pacto fueron escondidas en el arca y no alzadas en medio del campamento.

Temas para meditar

1. Discurra sobre el “libro del pacto”, explicando el lugar que ocupa entre la promulgación del Decálogo y la confirmación del pacto. ¿Cuál fue su significado para Israel en el principio de su vida como nación organizada?
2. ¿Cómo es que el libro del pacto permite la esclavitud y la poligamia? ¿Cuáles fueron los resultados finales de la proyección de los mandamientos del Decálogo sobre las costumbres de Israel y las de naciones civilizadas?
3. Detalle la confirmación del pacto (**Ex 24:3-8**) resaltando el significado del libro, del altar, de las doce columnas y del esparcimiento de la sangre.

Una visión general sobre el Tabernáculo (Exodo 25:1-31:18)

Notas introductorias

I. La comunicación en el monte (Ex 25:1-9)

La importancia de la revelación. El pueblo acababa de confirmar el pacto, y Aarón, con dos de sus hijos y “*setenta ancianos*” habían visto una manifestación de la gloria de Dios. Moisés había subido a la cumbre después de una semana de espera, dejando a Josué en el rellano. Llega, pues, el momento solemne de una nueva revelación a Moisés. ¿Qué asunto habrá que tratar de tanta importancia que justifique la ausencia de Moisés del pueblo tan recientemente incorporado en el pacto, tan “niños” aún, que prometen alegremente una obediencia completa a Dios de la cual ninguno ha dado prueba todavía? Esperamos revelaciones tan impresionantes como la sublime declaración del Decálogo, y quedamos sorprendidos, y casi decepcionados, al oír la primera frase de la comunicación que Jehová entrega a su siervo: “*Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda...*”.

El Señor sigue enumerando una lista de los materiales necesarios para la construcción del tabernáculo, y después dará instrucciones de carácter más bien técnico sobre la preparación de cada uno de sus componentes y muebles. Allí abajo, en la llanura, la gente carnal ha de cansarse de la espera, y empiezan muy pronto los comentarios en los corrillos de los desafectos que pronto darán lugar a un trágico desvío del camino que Dios había señalado, siendo incapaces Aarón y sus colegas de controlarlo.

Surge inevitablemente la pregunta: ¿por qué fue necesario que Moisés abandonase al pueblo tan pronto para escuchar una serie de detalles técnicos sobre la construcción del tabernáculo? Ahora bien, si creemos que el Espíritu Santo es autor de las Sagradas Escrituras, guiando a los instrumentos humanos en su obra de redacción, hemos de llegar a la conclusión de que, detrás de estos detalles —áridos aun hoy para la comprensión de muchos creyentes— se esconde un gran secreto divino.

Volveremos sobre el tema, pero queremos destacar en seguida que el “modelo” que Moisés contempló en el monte, explicado por Dios mismo, revelaba aspectos fundamentales del plan de Dios. El tabernáculo era una “*sombra*” y se construyó por medio de manos humanas, pero la sombra delataba la existencia de la realidad de cosas celestiales, y éstas tenían por centro a la persona y obra redentora de Cristo (**He 8:5**). La ley ya promulgada sólo podía cumplir su variado cometido gracias al plan que la gracia divina había preparado antes de los tiempos de los siglos (**2 Ti 1:9-10**), y que llegó a su realización histórica en el Calvario (**He 9:26**). No es la ley, pues, lo que sustentaba temporalmente al sistema levítico, sino que éste —por lo que simboliza— es la base para la operación de aquella, según el sentido literal de (**He 7:11**): “*Pues a base de él (el sacerdocio levítico) recibió el pueblo la ley que tiene*” (VHA).

El tabernáculo fue el centro del sistema levítico. Tendremos ocasión de examinar aspectos de la tipología del tabernáculo más adelante, pero, al señalar la importancia del contenido de los capítulos 25 al 31, necesitamos recordar el valor primordial del simbolismo de la sangre, que ya ha aflorado muchas veces en Éxodo, sobre todo en relación con la Pascua. Aún en el libro del pacto veíamos que la “*vida está en la sangre*”, y por eso es sagrada, hasta tal punto que sólo la sangre podía borrar el crimen de derramarla. Acabamos de notar, además, que aun el “pacto de obras” había de fundarse

sobre el sacrificio si había de conservar, siquiera por un momento, su valor dentro de los planes de Dios (**Ex 24:3-8**) (**He 7:11**) (**He 9:18-22**).

El comentario inspirado sobre el fin de Éxodo, con Levítico capítulos 1 al 10, 16 al 17, se halla en Hebreos 9 al 10 y constituye la clave para una interpretación bíblica. No podemos pensar en la sangre aparte del sacrificio, ya que la sangre de la expiación es la de la víctima ofrendada y no la que fluye en las venas del ser vivo. Pero el derramamiento de la sangre de los sacrificios no podía realizarse caprichosamente, sino que había de ser ordenado según el ritual establecido por Dios mismo. Sólo así podía ser sombra de bienes celestiales. De ahí surge la necesidad de un sacerdocio, que llevara a cabo su labor simbólico dentro del marco de un “templo”, o sea, un lugar separado de la inmundicia del mundo y aun de las actividades legítimas de los hombres, para ser consagrado al servicio de Dios según su propia revelación. Durante los años de la peregrinación de Israel, tal “templo” había de ser “portátil” necesariamente si había de responder a las necesidades de un pueblo de nómadas, y por eso fue construido el tabernáculo: un templo, centro del culto que Dios había establecido sobre la base del sacrificio que podía colocarse en cualquier lugar —señalado por Dios— en medio de la congregación del pueblo escogido.

2. El tabernáculo y las necesidades de los israelitas

Los vocablos que describen el tabernáculo. El vocablo hebreo “*ohel*” da a entender que se trataba de una “*tienda*”, enfatizando su frágil estructura y la posibilidad de llevarla desde un lugar a otro. Pero ya hemos visto que, pese a la fragilidad material, no dejaba de ser “templo” o “santuario”, que significa un lugar apartado para el servicio de Dios, y el término que corresponde a su carácter y función es “*miqdash*”, traducido por “*santuario*” en (**Ex 25:8**), y relacionado con “*gadosh*”, “*santo*”. Al hablar del santuario dice Dios: “*habitaré en medio de ellos*”. El conjunto de las Escrituras nos enseña que no se trata de “un concepto primitivo” de pueblos que pensaban que su “dios” necesitaba una morada para poder quedar con ellos. Es el Dios Creador de los cielos y de la tierra quien habla, y el santuario (o “*morada*”) indica un lugar donde podría dar una manifestación especial de su presencia en medio de los suyos. Los mismos conceptos surgen cuando se trata de la edificación y consagración del templo permanente levantado por Salomón, y creyentes de criterio espiritual no hallarán dificultad alguna en reconciliar las declaraciones que hace el rey sabio en la presencia del Señor: “*Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tu habites para siempre*” (**1 R 8:13,27**). Dios es trascendente y omnipresente, pero eso no excluye la posibilidad de que se manifieste a los hombres, criaturas suyas, hechas a la medida que él determinó, y a quienes le place revelarse. Dejemos que Él ordene el modo en que el Infinito puede revelarse a seres finitos, manifestando su presencia entre ellos.

El plano del tabernáculo. Una vez construido y levantado el tabernáculo (seguimos empleando este término, ya que distingue la “*tienda sagrada*” de las que utilizaban los hebreos), los israelitas no podían ver mucho de las riquezas que encerraba, ya que la “*morada*” se hallaba rodeada por una barrera de cortinas con una sola entrada que les permitía llegar hasta el altar de holocaustos. Por encima de la barrera podían discernir la cubierta externa del tabernáculo y muy poco más. Sin embargo, había una manifestación notable que sin duda llenaba el corazón del israelita piadoso de gozo, y quizá el del inicuo de terror: la nube de la “*presencia*” que posaba sobre el lugar santísimo, y que reflejaba a menudo la gloria de diversas revelaciones divinas.

Hablaremos de los detalles del tabernáculo en su lugar, pero necesitamos tener una idea del conjunto de la “*morada*” desde el punto de vista de lo que ello podía significar para los hombres y mujeres de la congregación. Al israelita oferente le fue permitido llevar la

víctima que presentaba hasta el altar de holocaustos, donde sería sacrificado según el ritual establecido para cada tipo de ofrenda de sangre. Sabía que tocaba a los sacerdotes presentar la sangre de expiación delante del Señor. Desde aquel lugar podía ver el lavacro que servía para las abluciones de los sacerdotes, y más allá vislumbraba la hermosa cortina exterior del tabernáculo. Los sacerdotes podían pasar, según las exigencias de su servicio, al lugar santo, que constituía la primera pieza del tabernáculo en sí, y donde se hallaba la mesa del pan de la proposición al lado norte, con el candelero enfrente, al lado sur. El lugar santísimo fue separado del lugar santo por medio de un hermoso velo, y delante de él, justamente en medio, se situaba el altar de oro, que no servía para sacrificios de sangre, sino para ofrecer incienso.

Nadie pasaba más allá del velo —dejando aparte las mudanzas necesarias que se hacían con muchas precauciones— sino el sumo sacerdote, una vez al año, en el día de la expiación (**Lv 16**) cuando esparcía la sangre de la víctima a favor de todo el pueblo. El arca no era más que una caja rectangular de madera de acacia cubierta de oro, pero la tapa era de oro puro, de la que surgían las misteriosas figuras de los querubines alados que miraban para abajo, hacia el propiciatorio —así se llamaba la tapa— donde caían las manchas de la sangre expiatoria. Dentro del arca se hallaban las segundas tablas de la ley, de las cuales hablaremos en su lugar.

El israelita y el tabernáculo. Sabiendo ya de manera muy superficial lo que era el tabernáculo, volvamos al caso del israelita piadoso que quería saber lo que significaba todo aquello y cómo se relacionaba el tabernáculo y sus servicios con su propia personalidad y vida. Ya hemos notado su gozo al pensar: ¡Dios mora en medio de su pueblo! ¡Ha cumplido su promesa, y nosotros somos pueblo suyo! Pero él mismo no podía pasar más allá del altar, a sólo unos metros de la entrada del patio. Y aun así, no sin sangre. Parecía que había un “camino” que podría llevarle a la misma presencia de Dios, pero, a la par, no se le había abierto para él. Aún tratándose de un hombre piadoso e inteligente, que meditaba en los caminos del Señor, no podemos suponer que llegara a entender todo lo que “*la sombra*” significaba, pero le era posible saber que el pecado separaba a los hombres de Dios, y que sólo Dios pudo hacer provisión para el perdón y la recepción del pecador, diciendo con David: “*Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado*” (**Sal 32:1**). Podría ver, al colocar su mano sobre la víctima, que ésta moría mientras que él se mantenía con vida. Le sería posible comprender que había una relación estrecha entre su culpabilidad y la muerte del sustituto.

Lo positivo fue que, por una obra de la gracia de Dios, podía ser perdonado y recibido al favor de Dios como miembro de su pueblo. La parte negativa del régimen de sombras se expresa muy claramente en (**He 9:6-8**): “*Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente ... pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo...*”.

Sin duda el israelita humilde y piadoso que aprovechara los medios de gracia que se ponían a su alcance por medio del sistema levítico podía comprender, pese a la escasa luz de tipos y figuras, que le era posible andar con Dios, aun confesando su impotencia frente a las demandas absolutas de la ley. Se sometía a lo que Dios le revelaba, y, como David, sabía que había provisión para cubrir las transgresiones del pecador arrepentido y sumiso. Es preciso realizar el esfuerzo de colocarnos en el lugar de los israelitas de entonces, a favor de los cuales fue levantado el tabernáculo, evitando la tentación de lanzarnos en seguida a la tipología que, sin duda, revela facetas de la gloria del Señor y de su obra. Pero lo tipológico “nuestro” no ha de hacernos olvidar el fondo histórico,

recordando que esta obra de Dios fue ordenada para la bendición de Israel a través de largos siglos.

Resumiendo el significado del tabernáculo y sus servicios desde el punto de vista del israelita durante la época cuando funcionaba normalmente, podemos hacer constar lo siguiente:

1. Era “templo portátil”, santuario y “morada”, donde Jehová, Dios de Israel, se manifestaba en medio de su pueblo. El lugar santísimo fue “sala del trono” del Altísimo.
2. Para el israelita mismo, el mueble más importante era el altar de holocaustos, hasta donde podía llegar, viendo cómo las víctimas inocentes morían en su lugar derramando su sangre. La pobreza de la “vida” de los animales domésticos era evidente, pero no había otro modo de enseñar la lección de la “expiación” hasta que la realidad se cumpliera en el Cordero de Dios. El acto de colocar la mano sobre la víctima antes de que ésta fuera inmolada enseñaba la “sustitución”, ya que el oferente se había identificado con la víctima expiatoria. Nosotros sabemos que el valor de la sangre era simbólico y que siempre hablaba de la que había de ser derramada en el Calvario. Sin embargo, esto no quiere decir que el acto fuese desprovisto de todo sentido para el israelita fiel.
3. El lugar separado enfatizaba la santidad de Dios, como también todos los actos necesarios para que el israelita se mantuviera en un estado de limpieza ceremonial. Había camino al lugar santísimo, pero aún no se había abierto. El símbolo reforzaba las profecías sobre una obra futura de la gracia de Dios.
4. El tabernáculo también constituía el lugar de comunicación, pues Dios quería “hablar” con su pueblo. Esto se ve muy claramente en el caso de Moisés, quien tenía el privilegio de entrar en el lugar santísimo, como fiel mayordomo sobre toda la casa de Dios, diciéndole el Señor: *“Y de allí (del arca y del propiciatorio) me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio...”* (Ex 25:22 (He 3:2)). Parece probable que el sumo sacerdote debía haber heredado este privilegio, como mediador entre Dios y el pueblo, pero el pecado de Nadab y Abiú, quienes quisieron entrar a su manera en el santuario, recibiendo el castigo correspondiente (Lv 10:1-2), dio lugar a las condiciones señaladas en Levítico 16 por las que el sumo sacerdote sólo entraba en el lugar santísimo una vez al año en misión de expiación y no de comunicación. Con todo, “la puerta del santuario” fue lugar normal para comunicaciones de Dios a su pueblo, siendo el lugar donde se ofrecían los holocaustos diarios y continuos (Ex 29:42-45).

La tipología y el tabernáculo

I. Principios básicos sobre la tipología

¿Cómo hemos de discernir un verdadero tipo? Ningún estudiante que admite la autoridad inspirada de la Biblia niega la existencia de tipos en el Antiguo Testamento que prefiguran aspectos de la persona y obra de Cristo. Además, la historia de Israel abunda en incidentes que sirven para la admonición de los creyentes de esta dispensación, escribiendo Pablo: *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”* (1 Co 10:11). El libro de Hebreos está estructurado sobre la base de personas e incidentes del Antiguo Testamento cuyo testimonio —de gran valor en su época— se ha superado por la persona y obra de Cristo. Ya hemos visto que aquel libro nos otorga la clave inspirada para entender el simbolismo del tabernáculo, por lo menos en sus líneas más destacadas. Es evidente, sin embargo, que una viva imaginación podría discernir “tipos” en el Antiguo Testamento al meditar en personas e incidentes históricos que no tienen más que su valor

natural dentro de las lecciones morales y espirituales que surgen en todas partes de las Sagradas Escrituras. ¿Cómo hemos de evitar los peligros de interpretaciones forzadas y humanas, y, a la vez, conservar lo que Dios nos ha dado? Para distinguir un verdadero tipo hemos de hacer dos preguntas:

1. ¿Fueron ordenadas las circunstancias y el desarrollo del incidente (o del rito) por Dios mismo, o fue algo que surgió de la experiencia de los protagonistas que seguían el curso de su vida en aquella época o momento? Es preciso que veamos la mano de Dios obrando de una forma directa, pues si no, es imposible tener la seguridad de tener delante un incidente o rito revestido de valor profético.

2. Hemos de buscar la confirmación del tipo en las enseñanzas del Nuevo Testamento, bien que esta confirmación —si se ha cumplido la condición 1 de más arriba— puede ser indirecta, ya que no es posible hallar comentarios en los evangelios y epístolas sobre todo el abundante material del Antiguo Testamento. Ya hemos visto un ejemplo indudable de un tipo, muy rico en significado espiritual y profético, en la Pascua, según se detalla en Éxodo 12. Por una parte Dios ordenó todo lo que los israelitas habían de hacer, y por otra el Nuevo Testamento declara: *“nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Co 5:7)*. Huelga decir que hay mucho más en el Nuevo Testamento que confirma el tipo central del Cordero pascual.

El peligro de las alegorías. La alegoría mejor conocida y más lograda de la literatura extrabíblica es “El peregrino” de Juan Bunyan, y el lector se acordará de la maestría de Bunyan al hacer que sus personajes “representen” ciertas características, ilustrando los incidentes y coyunturas de la vida, o de los creyentes o de los enemigos del evangelio. En el terreno de los estudios bíblicos se trata de escoger un incidente del Antiguo Testamento, dando “significado” a los protagonistas, que llegan a representar conceptos abstractos. Los rabinos judíos utilizaban este método, y el filósofo judío Filón de Alejandría, alegorizaba extensamente el Antiguo Testamento, convirtiendo los caracteres e incidentes históricos en ideas filosóficas, de acuerdo con los conceptos de los griegos.

El único ejemplo desarrollado en el Nuevo Testamento se halla en **(Ga 4:21-31)**, y es digno de notar que Pablo lo emplea frente a los gálatas, que se hallaban en peligro de ser arrastrados por los judaizantes, como si dijera: “Os hago ver vuestra locura siguiendo los métodos de vuestros falsos enseñadores”. La buena exégesis exige que examinemos cada palabra del texto bíblico según su sentido original, entendiendo las frases en su debido contexto y a la luz de toda la Palabra de Dios. Sin duda el material del Antiguo Testamento nos ofrece valiosas ilustraciones, y siempre existen analogías fundamentales cuando coinciden principios básicos; sin embargo, hemos de tratar el texto con honradez, no pasando nunca analogías, ilustraciones o aplicaciones secundarias antes de haber visto y proclamado el sentido exegético de lo que tenemos delante, y, para llegar a él, tenemos que preguntamos en primer término lo que significaba para el escritor inspirado y para sus lectores.

2. Consideraciones sobre la tipología del tabernáculo

El conjunto y sus partes. Al considerar el significado del tabernáculo para el israelita piadoso notamos muy de paso el significado del conjunto, y volveremos al tema en el párrafo siguiente. Los capítulos ya mencionados de Hebreos determinan, sin lugar a dudas, que el modelo que fue enseñado a Moisés en el monte constituyó el símbolo de maravillas en lugares celestiales. Sin embargo, las interpretaciones no son tan claras cuando se llega al detalle. Desde luego, la primera condición para reconocer un tipo —que Dios ordena todo el proceso— se cumple abundantemente en este caso, y, empezando con ciertos componentes que reciben aclaración en el Nuevo Testamento, es legítimo aplicar el principio de la analogía a otros semejantes. Con todo, mucho depende

de la comprensión de quien estudie esta extraña “asignatura” del tabernáculo, y conviene evitar el dogmatismo. Entre muchos comentarios bien basados en realidades bíblicas, Scofield afirma “sin más”: “El significado tipológico de las tablas es una clara referencia a Cristo” (Biblia Anotada de Scofield, p. 97, nota 1, refiriéndose a Ex 26:15). Ya veremos lo que podrá haber de evidencia para sacar esta conclusión, pero, por lo pronto, el tono dogmático es inconveniente, y la reacción en contra de una excesiva espiritualización del tabernáculo —con escasa referencia a las condiciones históricas del pueblo de Israel y la revelación que suponía para entonces— ha dado lugar a la actitud contraria, que rehúsa ver más que conceptos religiosos análogos a los normales entre las naciones vecinas. De paso, podemos notar que ciertos términos técnicos con referencia a santuarios y sacrificios, que antes no se conocían fuera de la Biblia, se han hallado en “manuales sacerdotales” de la biblioteca que los arqueólogos encontraron en Ras Shamrah. Esto sitúa el tabernáculo en el fondo religioso de aquellos tiempos y tierras, pero las instrucciones de Éxodo y Levítico —comparadas con las de los ritos idolátricos— muestran que la fe en el Dios único, Creador de todas las cosas, quien ordena los detalles de su propio culto, eleva todo el sistema levítico a alturas morales y espirituales muy por encima de la superstición y corrupción de los ritos y costumbres paganos.

Distribución del conjunto. Las primeras palabras de Hebreos 8 afirman la realidad de Cristo como Sumo Sacerdote, sentado ya a la diestra ministrando en *“aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (He 8:1-2)*. Sigue una referencia a los sacerdotes que presentan ofrendas y de ellos se dice: *“los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés ... Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte” (He 8:5)*. ¿Qué es lo que fue mostrado a Moisés en el monte? Al repasar los detalles que determinan la construcción del tabernáculo y sus muebles, uno pensaría en una especie de maqueta que utilizara el divino Instructor con el fin de grabar las lecciones en la mente y memoria de Moisés, responsable de realizar una perfecta reproducción de lo que había visto. Quizá había algo de eso, pero seguramente había mucho más también, como se indica por las citas que se han destacado de Hebreos 8, según las cuales Cristo ministra en un santuario que tiene por centro *“la diestra del trono de la Majestad en los cielos”*.

Lo que corresponde a este centro, en el santuario hecho con manos, es el arca, con el propiciatorio y los querubines. Al pasar al capítulo 9 de Hebreos encontramos una descripción de los dos compartimentos del tabernáculo, seguida por una lista de los muebles del interior de la *“morada”*. El valor simbólico se señala en el versículo 9, donde se nota la insuficiencia de las comidas, bebidas, abluciones y ordenanzas “camales” impuestas hasta el tiempo de “enderezar” todas las cosas (así el fin del versículo 10, literalmente). Pero Cristo, ya presente, es Sumo Sacerdote de los *“bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación” (He 9:11)*.

Siguiendo el simbolismo del día de la expiación (**Lv 16**), el autor de Hebreos dice: *“entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He 9:12)*. Con referencia a la sangre de toros y de machos cabríos y las cenizas de la becerra, el autor declara en (**He 9:23**): *“Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (He 9:23-24)*. El versículo 26, con referencia —en el tipo— a los sacrificios del día de la expiación, sitúa el sacrificio en el centro de todos los siglos: *“ahora, en la consumación de los siglos, se presentó (Cristo) una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”*. El capítulo 10 de Hebreos enfatiza el valor del sacrificio y

de la entrada del gran Sumo Sacerdote al verdadero lugar santísimo, abriendo camino a través del velo, es decir, de su carne (**He 10:10,13,14,18-22**).

Moisés vio las esferas que rodean el trono de Dios, y quizá le fue concedido comprender algo del único sacrificio que podía *“quitar de en medio el pecado”* en la consumación de los siglos. No podemos ir más allá de lo que se ha revelado, pero los versículos que hemos citado hacen constar muy claramente que hay un tabernáculo real, no hecho de manos —es decir no material— y allí los dos puntos ejes son el trono, el lugar donde Dios se digna dar una manifestación especial de su gloria, y el Altar, o el lugar de sacrificio, que se sitúa en la cumbre de todos los siglos. El sacrificio ya pasó, pero queda su significado eterno. Al pasar a la nueva situación, *“estando presente Cristo”*, y habiéndose consumado el único sacrificio una vez para siempre, el velo se rompe y, lejos de excluir al pecador —ya redimido— constituye el nuevo *“camino”*. Ya no hay patio externo, un lugar santo y otro santísimo, sino la morada de Dios que se extiende a todos sus dominios, presidiéndolo todo Cristo como Sumo Sacerdote a la diestra, garantizando a todos sus dominios la plena bendición y la seguridad de todos los redimidos. Por fin, en el régimen de los siglos, no hará falta templo en la ciudad *“porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”* (**Ap 21:22**).

En su conjunto, pues, el tabernáculo representaba las esferas que rodean el trono de Dios, ilustrando a la vez la obra de la redención. Pero no estaba presente Cristo aún, de modo que, al contemplar el tabernáculo material, volvemos a las vertientes positivas y negativas de su simbolismo; positivo fue el hecho de la manifestación de Dios entre su pueblo y la posibilidad de que su pueblo le rodeara, gracias a las provisiones plasmadas en los sacrificios; negativa es la indicación de que, en el tiempo preparatorio, el camino hasta el lugar santísimo no estaba franqueado. Los capítulos 8 al 10 de Hebreos nos llevan a la consumación del significado del plan de la redención formulado antes de la fundación del mundo, destacando la gran diferencia del nuevo pacto, ya que el único sacrificio se ha ofrecido, permitiendo que todos los que se humillen y crean puedan pasar a la presencia inmediata de Dios como sacerdotes espirituales.

3. Materiales, colores y números

Materiales. Los materiales que más se mencionan en relación con la construcción del tabernáculo son: oro, plata, bronce (cobre), madera de acacia, lino fino, tela de pelo de cabra, pieles de otros animales. Al pensar en el posible significado simbólico de estos materiales hemos de evitar dos extremos: el de dogmatizar en todos los casos, creyendo que el sentido ha de ser el mismo siempre a través de toda la Biblia; o el de menospreciar el lenguaje simbólico, limitándonos a meras consideraciones prácticas e históricas, atribuyendo el uso de los materiales a las costumbres religiosas generalizadas en el Oriente. No es posible hacer un largo inciso aquí sobre el simbolismo relacionado con los materiales, pero invitamos al lector a meditar en este hecho sencillo y fundamental: debido a que Dios nos revela verdades que pasan más allá de nuestra experiencia en este mundo, el lenguaje humano llega a ser inadecuado para este propósito, puesto que no sabemos cómo será la realidad espiritual y celestial detrás del velo de las cosas materiales que manejamos y las circunstancias humanas que nos son conocidas. Podemos tomar como norma el que Dios emplea lenguaje normal, que ha de interpretarse según las reglas de la hermenéutica, siempre que ello sea posible. Pero al pasar más allá de las posibilidades de los conceptos humanos y su expresión normal Dios se digna valerse del símbolo, que no nos dirá toda la verdad ni fijará exactamente el sentido de lo que se quiere revelar, pero sí abre una ventana en el cielo y nos ayuda a vislumbrar algo de lo de más allá. Esto se ve especialmente en los libros apocalípticos de Daniel y del Apocalipsis.

En la sección que estudiamos se trata no sólo de “lo de más allá”, sino de los misterios de la redención que no podían contemplarse claramente hasta que viniera Cristo. En general el valor simbólico de un material se fija por su uso en repetidos contextos. Con todo, puede haber excepciones que se determinan por el contexto, y de allí surge el peligro del dogmatismo. Por ejemplo, fijándonos en el oro, parece razonable tomar este mineral precioso, duradero, resistente a los ácidos, símbolo y norma de valores monetarios hasta el día de hoy, como expresión de la divinidad del Señor en la obra del tabernáculo. Con todo, en el contexto de **(1 P 1:18-20)**, representa los valores más altos de los hombres, que son “corruptibles” e incapaces de procurarnos la redención.

No es posible justificar todos los simbolismos que hemos de notar a continuación, pero hallaremos “claves” que nos abrirán posibles significados en el curso del estudio detallado de los muebles. La plata se toma como el símbolo de la redención por razones que se indicarán más abajo. El bronce (cobre) se asocia con el juicio, y esto se deduce primordialmente por su uso en el altar de los holocaustos. La madera de acacia, desde el punto de vista histórico, se empleaba porque se hallaba poca madera en la península de Sinaí aparte de este árbol que resiste el calor y puede desarrollarse con un mínimo de agua. Con todo, en contraste con el oro, y siendo producto de la tierra, no es descabellado —en vista de muchos contextos— pensar que podría señalar la humanidad del Señor. El lino fino, con los dibujos y colores asociados con él en el tejido del velo, recibe, como veremos, luz especial en la Epístola a los Hebreos. Con las cubiertas de pelo de cabra y de tejones —animal que no se ha identificado— pasamos a un terreno donde poca luz se recibe de sus contextos bíblicos; en tales casos no se han de excluir suposiciones discretas, pero debemos evitar todo dogmatismo, pues se trata de nuestro concepto de lo que sería adecuado. Es de lamentar que, al querer sacar el sentido espiritual del tabernáculo, haya enseñadores que echan mano de clichés del siglo pasado como si tuviesen una autorización dogmática, sin volver sobre las fuentes para ver si estas cosas son así.

Colores. Una obra de tanto prestigio como The International Standard Bible Encyclopedia dedica algunos artículos al uso de los colores en la Sagradas Escrituras, discurriendo sobre sus posibles simbolismos, de modo que no hemos de creer que la consideración de ellos es algo limitado a escuelas tradicionalistas. De hecho, los términos hebreos del original no son siempre tan claros como aparentan ser en nuestra traducción, ya que el oriental pensaba más en la sustancia y el uso del material que no en su color. Los colores azul, púrpura y carmesí se emplean en el velo, en la “tienda” interior, en la cortina exterior y en la cortina a la puerta del patio; y como veremos, el velo se define en **(He 10:20)** como “la carne” del Señor Jesucristo, término que necesitará más explicación en su lugar. El azul se toma —por una analogía obvia— como símbolo de lo celestial. La púrpura, por ser un tinte de gran valor que los fenicios extraían del marisco murex, señalaba realeza o la preeminencia de magnates. Carmesí se traduce también por escarlata o grana, y el tinte se derivaba de la hembra del insecto coccus ilisis. La característica que más se destaca es su brillantez y se emplea en contextos muy variados. Es un error, por lo tanto, pensar: “La sangre es de color carmesí, y, por lo tanto, este color tiene que representar simbólicamente la sangre”. Recordemos que en **(Is 1:18)** describe el horror llamativo del pecado. El uso de este color en el velo podrá destacar las glorias del Señor.

Números. Las dimensiones del tabernáculo y su atrio se determinan con gran exactitud en la descripción del “modelo” que Jehová dio a Moisés, pero ni los escriturarios más dados al simbolismo se atreven a muchas explicaciones en este caso. Existe lo que se conoce como numerología, pero tratándose de las dimensiones del tabernáculo los números son muy variados, empleándose poco los que llevan significados más o menos reconocidos, como tres, cuatro, siete, doce, cuarenta. Lo importante parecen ser las proporciones de

las dimensiones de los componentes del tabernáculo. El número siete —que suele significar algo que llega a su debida consumación— se halla en relación con la serie de sacrificios ofrecidos para la consagración de Aarón y de sus hijos (**Ex 29:37**).

El sacerdocio y los sacrificios

I. La importancia del sacerdocio

Aarón y sus hijos. El complicado ritual del sistema levítico no podía ponerse en marcha hasta que hubiera “templo”, siquiera portátil, que proveyera el marco adecuado y el instrumental necesario para las funciones sacerdotales. Por eso la descripción del tabernáculo ocupa dos secciones del libro de Éxodo, separadas por el triste inciso del pecado de la adoración del becerro de oro. Levítico había de ser el libro que desarrollara el tema de los sacerdotes y de los sacrificios, pero, con todo, a fin de que el tabernáculo no fuese una mera “cáscara” material, Dios dio a Moisés los detalles de las vestiduras del sumo sacerdote y de sus hijos (capítulo 28) y ordenó el culto de consagración para ellos (capítulo 29), bien que esta ceremonia había de detallarse más cuando llegara el momento histórico de su cumplimiento (Levítico capítulos 8 y 9). Aquí nos limitaremos a subrayar los conceptos primordiales del sacerdocio ateniéndonos a los datos que constan en el texto inspirado. Ya hemos visto que el centro del lugar sagrado era el “*trono de Dios*”, ya que su presencia se manifestaba en el lugar santísimo. De Dios, por Dios y para Dios son todas las cosas, exclama Pablo en (**Ro 11:36**), de modo que la meta final había de ser el disfrute permanente de su presencia.

Mientras tanto se había de mantener la comunión posible con Dios, pese al hecho del pecado que anidaba en el corazón de todos los israelitas, afectando tantas veces su comportamiento colectivo a través de los siglos que habían de intervenir antes de convertirse la sombras del tabernáculo en la gloriosa realidad de la obra de Cristo que hemos notado en Hebreos 8 al 10. Sólo la sangre, como señal de la vida de valor infinito que había de ofrendarse en el Calvario, podía procurar la continuación de la comunión de Dios con el pueblo escogido. En esencia, el sumo sacerdote del orden levítico era mediador entre Dios y el pueblo sobre la base de los sacrificios, que, sin duda, representaban distintos aspectos de la obra de la cruz.

El autor de Hebreos resume las funciones del sumo sacerdote de este modo: *“Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados”* (**He 5:1**). Así era Aarón, y así había de ser Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, pero éste había de ejercer sus funciones sobre un plano de realización y de consumación. Los hijos de Aarón se asociaban con él para el debido cumplimiento de sus funciones, pero la figura que se destaca es el mismo sumo sacerdote. Los levitas eran “dados” a los sacerdotes para lo que podemos calificar de “trabajo manual”, sin llegar a sacrificar víctimas salvo en circunstancias muy especiales. Ya hemos visto que todo israelita piadoso tenía el privilegio de mantener comunión espiritual con Dios, pero la vida corporativa del pueblo escogido exigía que determinados hombres y mujeres se mantuvieran en estado de “limpieza ceremonial” para poder participar en el culto nacional ordenado por Dios. Estas provisiones y los esfuerzos por mantener esta “limpieza” externa podían llegar a ser onerosos, o convertirse en mero legalismo, si no tocaban el corazón del adorador, pero Dios ordenó este largo período de disciplina y de entrenamiento, y nosotros no somos llamados a criticarlo sino a aprender las lecciones de esta escuela divina. De paso podemos recordar que muchos de los términos que expresan la doctrina neotestamentaria de la cruz se forjaron mediante las sombras del tabernáculo, pasando al idioma griego a través de la traducción griega LXX.

El sacerdocio aarónico y el del “orden de Melquisedec”. Aun antes de presentar a Cristo como el Sumo Sacerdote del tabernáculo, el autor de Hebreos había dedicado bastante espacio a su carácter y misión como “Rey-sacerdote” según el orden del Melquisedec, siendo Hebreos capítulo 7 el comentario inspirado sobre **(Gn 14:17-20)** y el **(Sal 110:4)**. El salmo profético declara: “Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Sin duda resulta sumamente difícil resumir un tema tan complicado en un párrafo introductor de este capítulo de nuestro comentario, y sólo cabe decir que el sacerdocio aarónico ocupa una especie de paréntesis que tiene por término el sacrificio de Cristo en el Calvario en la consumación de los siglos. Al llegar a la consumación de la obra redentora, Cristo, el Dios-hombre, actuó como Sacerdote y era, a la vez, la víctima inmolada, ya que “se ofreció a sí mismo”. Después de la muerte y resurrección de Cristo el sacerdocio de los sucesores de Aarón en la tierra llegó a ser (espiritualmente) inoperante, ya que el velo había sido rasgado, abriéndose camino vivo que llegaba hasta el lugar santísimo. Antes de inaugurarse el sistema levítico cada rey —o jefe de tribu—había sido también sacerdote de su pueblo, como en los casos de Melquisedec mismo, Job, Abraham, Isaac, etc. Sigue la necesidad de un Mediador y de un Sumo Sacerdote compasivo que actúe a favor del pueblo, pero el sacrificio no ha de repetirse, ya que el ofrecido en el Calvario satisfizo una vez para siempre las justas demandas de Dios frente a un pueblo pecador. El valor de la sangre permanece; y es base del sumo sacerdocio actual; pero el Mediador mismo es Rey-sacerdote que no sólo sirve a su pueblo sino que “espera hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” **(He 10:12-13)**.

El nuevo pacto

No podemos estar seguros de la propiedad de saltar, sin más, de la forma y detalles del tabernáculo a la Iglesia. Sin duda la Epístola a los Hebreos fue dirigida a creyentes de origen judío, que formaban parte de la Iglesia. Sin embargo, lo que interesaba al autor era hacerles ver —en vista de una tendencia a volver al judaísmo— que el nuevo pacto había traído a una gloriosa consumación todo lo prefigurado en el Antiguo. El tema, pues, es la consumación del nuevo pacto en relación con el pueblo de Dios, designación que podría abrir horizontes más amplios que sólo la Iglesia en su testimonio especial durante esta dispensación.

El tabernáculo y sus muebles (Exodo 25:1-27:21)

Las ofrendas del pueblo (Ex 25:1-9)

Los tesoros del pueblo. Para la construcción del “templo portátil”, de cuyo significado histórico y típico ya hemos escrito, hacían falta materiales que se prestaran a esta obra, pensando no sólo en el tabernáculo en sí sino también en los muebles que se habían de colocar dentro de la “tienda” en el atrio y en las vestimentas de los sacerdotes, además de ciertas provisiones que se necesitaban para el culto. Es lógico, pues, que la primera comunicación de Dios a Moisés —tratándose del tabernáculo— indicara el modo de tener a mano los materiales precisos. Dios no los proveyó de una forma milagrosa sino que invitó a su pueblo a la colaboración con el fin de despertar en él un espíritu de sacrificio, evidencia en su día de que los israelitas entendían que lo suyo, aun en esta parte material, era de Jehová su Dios. Una vez que se había solucionado la terrible crisis del becerro de oro, el pueblo se hallaba a la altura de esta oportunidad de colaboración con Dios, haciendo su contribución con generosidad y nobleza de corazón (**Ex 35:21**).

¿De dónde podían sacar estos tesoros este pueblo de antiguos esclavos? Ya vimos en su lugar que el tipo de cautiverio en Egipto permitía que los israelitas siguieran viviendo en sus casas y comunidades en la tierra de Gosén, manteniendo sus empresas de ganadería y de cultivos los varones que no estuvieran en las levas de Faraón. No todos eran pobres, pues, y algunos podían disponer de riquezas heredadas: Sobre todo, Dios había hecho provisión para esta entrega al ordenar que los hebreos aceptasen los regalos que los egipcios les hacían al salir de Egipto (**Ex 11:2-3**), que hemos considerado como recompensa razonable por los trabajos forzados de tantos años. Podemos añadir que los israelitas habían derrotado a los amalecitas, que suponían el despojo de los derrotados. Las tiendas de los hebreos, pues, no eran chozas de gente indigente, sino moradas de personas que disponían, en grado diverso, de objetos de valor material.

La ofrenda voluntaria (**Ex 25:2**). La ofrenda había de ser para el Señor, pero él no forzaba la voluntad de nadie. La frase: “*de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda*”, puede traducirse más literalmente: “*de todo varón cuyo corazón le estimuló a ello*” (**Ex 35:21**). El corazón es sede de los deseos y los anhelos de la personalidad humana, y si la ofrenda no procediera, en último término, del “corazón”, estaba desprovista de valor delante de Dios. En este pasaje el énfasis recae sobre el varón, pero, cuando llegemos a considerar la realización del plan, veremos que la participación de las mujeres era muy importante.

Distintos géneros de materiales (**Ex 25:3-7**). Ya hemos hecho alguna alusión a los materiales y colores usados en el tabernáculo, discerniendo un simbolismo que ha de reconocerse siempre que se apoye sobre buena evidencia bíblica sin que llegemos a dogmatizar sobre lo dudoso. El estudio de la estructura del tabernáculo y de sus muebles aclarará el uso de los materiales que aquí se nombran. Es evidente que Moisés había de establecer un depósito que estaría a la disposición de los hábiles artesanos en cuyas manos se había de entregar la obra técnica. No parece muy probable que las pieles de tejones (**Ex 25:5**) procedieran de los “tejones” del tipo que conocemos, y se piensa más bien en un animal marítimo, que podría ser la foca. En cuanto a la madera, una especie de acacia florece en la península de Sinaí, pero no se presta a hacer tablas de las dimensiones de las que se describen en (**Ex 26:15**); pero ya veremos la posibilidad de que por “tablas” entendemos más bien “marcos” de madera. Anticipando el tema de las

vestiduras sacerdotales se nota que las piedras preciosas se necesitan para el efod y el pectoral (**Ex 25:7**).

El diseño en su totalidad (**Ex 25:8-9**). Los israelitas habían de construir el santuario, pero ateniéndose rigurosamente al diseño que vio Moisés, tanto en la estructura del tabernáculo en su totalidad como en el detalle de los muebles. El modelo reflejaba las glorias del plan de Dios en orden al hombre y su redención, y nada había de dejarse a la imaginación del hombre mismo. Queda permanente la lección, pues si tan importante resultaba ser la exactitud del modelo, ¡cuánto más la expresión fiel del evangelio en su plenitud, como algo que sólo Dios puede revelar!

El arca del pacto (Ex 25:10-15)

La forma del arca. Al describir el tabernáculo y sus muebles, Dios no empieza con el plan general sino con lo que había de ser centro y “corazón” del tabernáculo y del sistema de culto que representaba: el arca del pacto y el propiciatorio que la cubría. El arca en sí no podía ser más sencilla, pues no pasaba de ser una caja oblonga de 2 codos por 1 por 1. El codo equivale a 45 cm, de modo que, para formar una idea aproximada de las dimensiones notadas en estos capítulos, podemos dividir los números de codos por dos, pensando en lo que sería aquello en metros. La preciosa caja había de hacerse de madera de acacia, cubierta de placas de oro. Se halla en íntima relación con el propiciatorio y su significado depende de esta “tapa”. Sin embargo, a los efectos de la descripción hemos de ir por partes.

Los nombres del arca. La denominación “arca” se traduce del hebreo *‘aron*, que es distinto del “arca de Noé” (*teba*). Se amplía esta denominación por medio de frases que indican aspectos de su significado, llamándose en distintos lugares: “el arca del Señor”, “el arca de Dios”, “el arca del pacto de Jehová” (**Dt 10:8**) y “el arca del testimonio”. El arca era el depositario de las segundas tablas de la ley y sobre ella se manifestaba la gloria del Señor. Volveremos a considerar su significado después de describir el propiciatorio, pues lo importante es el conjunto del arca, las tablas, el propiciatorio y sus querubines.

El arca en sí no constituía ninguna novedad en los sistemas del culto de Egipto y de las naciones adyacentes a Canaán, pues tales cajas se utilizaban corrientemente como depositarios para símbolos religiosos, sacándose en procesiones en días festivos, a la manera de las imágenes de los santos en países donde predomina el culto católicorromano. La diferencia no se halla en la forma sino en el uso, ya que el arca del testimonio no se exhibía al pueblo sino que servía para simbolizar el trono de Jehová, quien había prohibido el uso de imágenes. Las tablas de la ley representaban las exigencias de su justicia, pero el trono de justicia se transformaba en trono de gracia por medio del simbolismo del propiciatorio.

La cornisa, los anillos y las varas (**Ex 25:11-15**). La cornisa era una moldura que adornaba el arca en sus bordes superiores. Los anillos (de oro) eran necesarios para el transporte del arca durante las peregrinaciones, y el hebreo indica que no se colocaban en las esquinas superiores, como generalmente se representan, sino en las “bases”, o esquinas inferiores, quizá con el propósito de hacer aún menos probable el contacto de los levitas —hijos de Coré y portadores del arca— con el sagrado símbolo. Las varas eran palos de madera de acacia cubiertas de oro, y, pasadas por los anillos, servían para el transporte del arca. Normalmente no se quitaban las varas de los anillos, pero (**Nm 4:5-6**) parece indicar que, en el momento de cubrir el arca con el velo antes de un viaje, las varas se quitaban y volvían a colocarse de acuerdo con la necesidad de esta operación. (**He 9:4-5**) indica que el pote de maná y la vara de Aarón que reverdeció se hallaban

dentro del arca, juntamente con las tablas de la ley, pero quizá se trata de la costumbre de un período determinado, ya que no había nada dentro, aparte de las tablas, cuando fue colocada en el templo de Salomón (**1 R 8:9**). Cuando el arca llegó a su “descanso” en el templo era posible quitar las varas, ya que la época de las “peregrinaciones” había acabado al inaugurarse la plenitud y la consumación del plan de Dios simbolizado por el templo.

El propiciatorio (Ex 25:17-22)

El propiciatorio y los querubines (**Ex 25:17-20**). El propiciatorio tenía las mismas dimensiones de longitud y de anchura que el arca y formaba la tapa de ésta. Sin embargo, no se ha de considerar meramente como medio de cubrir el arca, pues tenía su propio significado en relación con ella. Era una plancha de oro macizo, siendo el mueble más costoso del tabernáculo. De la misma sustancia del oro, y surgiendo de los extremos del propiciatorio, se hacían dos querubines cuyas alas se extendían de tal forma que, tocándose las puntas, cubrían el precioso símbolo. Las caras de los querubines miraban hacia el propiciatorio. Quizá hemos de imaginar dos figuras arrodilladas, de tipo humano, con las alas ya mencionadas.

Es necesario distinguir entre ángeles (mensajeros celestiales) y querubines que se hallan en contacto íntimo con el trono de Dios y simbolizan las potentes operaciones del Altísimo, siendo equivalentes, quizá, a los “seres vivientes” de Ezequiel capítulo 1, y Apocalipsis capítulos 4 y 5. Los querubines de (**Gn 3:24**) podrían dar la idea de personas celestiales, pero generalmente la naturaleza simbólica de estos seres es lo que se destaca, bien que algunos escriturarios creen que se trata de un género de seres reales. Las “alas” hablan del rápido “vuelo” de los instrumentos que Dios escoge para su servicio, especialmente en la ejecución de sus juicios.

Además de las referencias a estos querubines se hallan principalmente en relación con las visiones de Dios entronizado que recibió el profeta Ezequiel. Ya hemos notado que el conjunto del arca, las tablas de la ley y el propiciatorio con sus querubines, señalan el lugar de la manifestación de la gloria de Jehová, y frecuentemente se considera como su “trono” por esta razón. Tenemos que usar lenguaje extrabíblico con mucho cuidado, pero era corriente la expresión “*Jehová que mora entre (o por encima de) los querubines*” (**1 S 4:4**).

El propiciatorio como lugar de expiación. El vocablo hebreo traducido por “*propiciatorio*” es “*kapporet*”, que a veces se ha considerado como la “*tapa*” del arca y nada más. Sin embargo, la forma gramatical del vocablo y su uso en distintos contextos, indican su relación con el verbo “*expiar*” y justifican nuestra traducción de “*propiciatorio*”. El sumo sacerdote, al entrar una vez al año en el lugar santísimo en la ocasión del día de la expiación, salpicaba la sangre de las víctimas —la que ofrecía por sí mismo y la que era ofrendada por todo el pueblo— delante y sobre el propiciatorio, de tal forma que, entre la gloria del Dios santísimo y las tablas de la ley dentro del arca, se hallaban las manchas de la sangre, que era la “*vida ofrendada*” de las víctimas de expiación. El acto de salpicar la sangre dentro del lugar santísimo y sobre el propiciatorio constituye el rasgo más destacado del ritual del día de la expiación, y este día era el de mayor relieve de todas las fiestas del año. Gracias al simbolismo del arca, del propiciatorio y del altar de holocaustos, Dios podía prometer a Moisés que no quitaría su presencia de en medio del pueblo, pese a los desvíos de la mayoría.

El arca y propiciatorio como lugar de comunicación (Ex 25:21-22)

El conjunto del arca y del propiciatorio (**Ex 25:21**). El elocuente conjunto del arca, del propiciatorio y de las tablas se destaca en el versículo 21. Estas tablas no se habían entregado aún, pero Dios ordenó que habían de ser colocadas dentro del arca que, con el propiciatorio, hablaba no sólo de la justicia sino también del perdón.

Las comunicaciones en el lugar santísimo (**Ex 25:22**). Idealmente el conjunto sagrado que ocupaba el centro del lugar santísimo había de ser lugar de comunión y de comunicación, pero, por lo que podemos deducir de otras Escrituras, sólo Moisés llegó a disfrutar de este privilegio, declarándose aquí: *“Y de allí me declararé a ti y hablaré contigo...”*. Mientras Moisés actuaba de mediador, las comunicaciones divinas habían de proceder del lugar de máxima autoridad, y aun después de las circunstancias que limitaban la provisión ideal, la Palabra de Dios se anunciaba al pueblo en relación con el tabernáculo, cuyo “corazón” era el sagrado conjunto del lugar santísimo.

Parece ser que las limitaciones posteriores se relacionan con el grave pecado de Nadab y Abiú, hijos mayores de Aarón, quienes, después de la inauguración del culto del tabernáculo se atrevieron a presentarse delante de Jehová con incienso extraño, preparado según su propia imaginación (**Lv 10:1-3**). Murieron ambos por medio del fuego divino que salió del lugar santísimo. Si personas tan responsables podían abandonar en seguida la Palabra de Dios y deformar el culto, resultaba necesario enfatizar aún más lo sagrado de la presencia de Dios. Por eso, como introducción a las instrucciones para el ritual del día de la expiación, hallamos estas palabras: *“Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón... Dí a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera...”* (**Lv 16:1-2**). Aarón tuvo que ofrecer un sacrificio que le dejara ceremonialmente *“limpio”*, y sólo después de eso podía ofrecer la ofrenda a favor del pueblo, pasando más allá del velo.

La mesa de los panes de la proposición (Ex 25:23-30)

La forma de la mesa (**Ex 25:23-27**). La mesa era pequeña —dos codos de largo, uno de ancho con una altura de codo y medio— ya que sus dimensiones se ajustaban a las costumbres de la época que desconocían nuestras mesas altas con asientos para muchas personas. Los materiales eran iguales que los del arca, o sea de madera de acacia revestida de oro. La cornisa de oro impediría la caída del pan y de los vasos colocados en la mesa. Es probable que la moldura del versículo 25 fuese una banda del ancho de un palmo que pasaba de una pata a otra de la mesa a la mitad de la distancia entre la tabla y el suelo, y que las esquinas sirvieran para fijar los anillos, a no ser que éstos se hallaran a los pies, como en el caso del arca. El original no es muy claro.

Los panes de la proposición. Sobre la mesa se colocaban los doce panes que se llaman en (**Mr 2:26**) *“panes de la proposición”*. Esta frase del Nuevo Testamento es más bien una interpretación que una traducción, fundada sobre el hecho de que los panes “se exponían” en el lugar santo, muy cerca del velo que escondía la presencia de Dios. El hebreo indica *“el pan del rostro”*, y en (**Nm 4:2**) se llama *“el pan continuo”*, que jamás podía faltar en la mesa. La relación entre los panes y la presencia de Dios es evidente. No se nos dice si se amasaban con o sin levadura, lo que hace más difícil el estudio de su significado simbólico. Además de los panes —colocados en dos montones de seis cada uno— se

hallaban sobre la mesa los accesorios y vasos que se precisaban para quemar el incienso y echar las libaciones, siendo éstas el vino que se derramaba sobre ciertos sacrificios.

En sentido muy literal la mesa estaba allí para facilitar el servicio de los sacerdotes, y no hay nada en el Nuevo Testamento que aclare el simbolismo del todo. Sería fácil identificar el símbolo “*pan*” con el del “*pan del cielo*” de Juan capítulo 6, pero allí se trata del maná, cuya naturaleza y uso fueron muy diferentes de los de los panes de la proposición. El número doce nos hace pensar en las doce tribus de Israel colocadas en la presencia de Dios, y pensamos en la posición ideal de estas tribus que señala Pablo en (**Hch 26:7**) al hablar de la “*promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche*”. Las doce piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote (**Ex 28:15-21**) significan el valor único y peculiar de cada tribu, que se exhibe en el pecho del sumo sacerdote, mientras que aquí discernimos más bien lecciones del servicio y del testimonio de las tribus en la presencia de Dios.

Los sacrificios en general se llaman “*el pan de tu Dios*” (**Lv 21:21-22**), indicando que agradaba a Dios lo que las ofrendas significaban, y quizá sea lícito aplicar el mismo término a los panes de la presencia, ya que Dios se gozaba en el testimonio de su pueblo en su sentido ideal. El hecho de que los sacerdotes habían de comer los panes al final de cada semana, cuando se sustituían por otros, nos ofrece otra posible vertiente simbólica, ya que los sacerdotes se alimentaban del pan que se había presentado delante de Dios. De hecho, es natural, y hasta fundamental, que los sacerdotes, consagrados al servicio de Dios, se alimentasen de lo que satisfacía el corazón de Dios mismo. Por analogía todo ello puede pasarse a la nueva dispensación, ya que los principios fundamentales son iguales, y en ella se ve con mayor claridad cómo las distintas facetas del simbolismo del “*pan de la presencia*” pueden unirse en Cristo, ya que su pueblo se halla “*en El*”, y la satisfacción que Dios encuentra en sus hijos se deriva de la unión espiritual de éstos con Aquel que le rindió la perfecta satisfacción del sacrificio de la cruz.

El candelero de oro (Ex 25:31-40)

La forma del candelero (**Ex 25:32-40**). En el Arco de Triunfo de Tito en Roma se hallan en bajo relieve representaciones de algunos de los muebles del templo de Herodes en Jerusalén, que había sido destruido por los romanos, quienes llevaron ciertos muebles de valor especial para añadir lustre a su triunfo. Claro está, se trata de representaciones de muebles sacados del templo de Herodes, y no podemos aseverar que fuesen idénticos a los del templo de Salomón que, a su vez, introdujo bastantes modificaciones con respecto al tabernáculo de Moisés. Con todo, es casi seguro que, a través de todas las etapas, se conservasen las líneas generales de los muebles más importantes, y la descripción en el texto que tenemos delante coincide bien con las indicaciones del Arco de Tito. Se puede pensar en un tronco central con tres ramas en cada lado, todo hecho de oro labrado, terminándose el tronco y las ramas del mismo nivel, llevando cada una su lámpara o depósito para el aceite. Los brazos eran curvos y muy adornados, utilizándose los motivos que se describen en los versículos 31 al 35. Se reitera aquí que la forma había de corresponder exactamente a lo que Moisés vio en el monte, y el valor del símbolo se destaca del hecho de que hasta las despabiladeras habían de ser de oro puro.

El simbolismo del candelero. No debiéramos lanzarnos a buscar analogías en el Nuevo Testamento antes de considerar el propósito y el significado del candelero para Israel. Parece probable —bien que no es del todo seguro— que el lugar santo no recibía luz del exterior estando caídas las cortinas, de modo que este candelero, en primer término, iluminaba el sagrado recinto para facilitar la labor de los sacerdotes, de la misma manera en que la mesa era instrumento de servicio. Ahora bien, cuando se pone de relieve el

valor del oro, cuando se describe tan minuciosamente la belleza de los adornos, y cuando se recalca la necesidad de alimentar las lámparas del aceite más puro —como veremos más adelante— hemos de pensar en una “iluminación” muy especial, o sea, una provisión de Dios con el fin de que sus siervos le prestasen su culto en condiciones de perfección, tal como él mismo había determinado. La esperanza del Mesías fue la luz que mantuvo vivo el testimonio de Israel durante tantos siglos, y el uso del aceite como símbolo del Espíritu Santo es tan repetido en las Escrituras que no dudamos en ver en el candelero la iluminación del pueblo de Dios por medio de la esperanza mesiánica y de las operaciones del Espíritu Santo. No hemos de pensar que el Espíritu Santo empezó a obrar en el día de pentecostés, sino sólo que había de obrar de otra manera después, a través de la Iglesia y del conjunto de sus miembros.

Aplicaciones del simbolismo a nuestra época. Ya hemos llamado la atención sobre la ligereza con que algunos expositores aplican todo el simbolismo del tabernáculo a la Iglesia de nuestra dispensación con olvido del hecho evidente de que Moisés había de levantar la tienda como lugar para la manifestación de la presencia de Dios en medio de su pueblo Israel. Sólo después de referir el significado de todo el sistema a Israel, en las circunstancias históricas de su construcción y dedicación, es legítimo pensar en analogías del régimen posterior. Es natural pasar del Mesías esperado al Verbo encarnado ya manifestado en la tierra, y mayormente en vista de que él mismo declara: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8:12) (Jn 1:4-5). Con todo, es preciso notar que el candelero iluminaba el santuario, donde se entregaban a su servicio los sacerdotes, no siendo perceptible al mundo exterior. Además, había siete lámparas colocadas en los extremos de los brazos de un solo candelero, que une —en primer lugar— el múltiple testimonio de Israel con el del Mesías esperado y la diversa obra del Espíritu Santo. Recordando los doce panes en una sola mesa, no nos extraña esta multiplicidad dentro de la unidad, ya que Cristo sostiene el testimonio de los suyos. Al pasar al simbolismo análogo de Apocalipsis 1-3, la diversidad llega a la separación de varios candeleros —definidos como iglesias— en medio de los cuales anda el Señor. Desde luego, los candeleros apocalípticos habían de dar su luz en el mundo, pero el contexto señala más bien algo más íntimo: sus relaciones con su Señor, y de qué modo han de cumplir su voluntad por medio de su variado brillo. En las cartas a las siete iglesias se veía la necesidad de que el sumo sacerdote emplease las “despabiladeras”, limpiando las mechas, con el fin de que no se extinguiera la luz, lo que daría lugar a que cualquier candelero fuese quitado de su lugar.

Lo antedicho ha tenido que abreviarse mucho, pero esperamos que haya ayudado al lector a desechar dos extremos igualmente peligrosos para la buena comprensión de la Palabra: el rechazamiento “sin más” de conceptos simbólicos, pese a la solemnidad que rodeaba la comunicación divina que fue dada a Moisés en el monte; y el afán de lanzarse sobre explicaciones dogmáticas de los símbolos sin el examen de las circunstancias históricas, que se relacionan con la formación de Israel como pueblo de Dios. Lo que verdaderamente ilumina el Antiguo Testamento es la comprensión de la norma exegética siguiente: Dios “siembra una idea”, o ilumina un concepto, dentro de determinadas circunstancias, velando sobre el crecimiento de esta semilla hasta su pleno desarrollo e incorporación en la consumación de su revelación en el Nuevo Testamento. Necesitamos paciencia y moderación para que el Espíritu Santo nos revele el principio y el desarrollo de conceptos que pertenecen al entramado total de las Escrituras, como revelación escrita de Dios.

La estructura del tabernáculo (Ex 26:1-30)

El concepto general. No pocos escriturarios han dedicado muchísimas horas al estudio de la construcción del tabernáculo, hallando bastantes problemas técnicos que no han recibido siempre la misma solución. A los efectos de este comentario basta que comprendamos lo que es claro, ya que no tenemos por qué ser especialistas en cuanto a la parte técnica. Nuestro pasaje empieza con la preparación de la tienda interior: la más importante por ser la que veían los sacerdotes desde dentro, siendo iluminadas las cortinas por el candelero.

Sin embargo, para formar una idea de la tienda interior hemos de anticipar la descripción de las llamadas “*tablas*” que se hallan en los versículos 15 al 30. Se hallan tantas dificultades al pensar en la utilización de tablas sólidas de acacia que los especialistas en este estudio piensan en “marcos de madera de acacia” como elementos para “las paredes” del santuario. El vocablo hebreo no exige que tenga que ser “tabla sólida”. Estos marcos, ordenados según la descripción que Moisés recibió, constituían el armazón del santuario, siendo apoyados en “bases” hundidas en las arenas. Las dimensiones de esta armazón de la casa portátil eran de treinta codos por diez (aprox. 15 x 5 m) y por encima de él se colocaba la tienda interior de lino fino.

Tendremos que estudiar el tejido, los colores y los dibujos de esta tienda interior más abajo, pues corresponden a los de las cortinas y los del velo, lo que nos da una clave importante para formar un concepto sobre su significado. Por encima de la tienda de lino fino se colocaba otra de forma similar, pero de mayores dimensiones, y tejida de pelo de cabra. Había especies de cabras cuyo pelo, largo y blando, se prestaba a ser hilado y tejido, y esta segunda tienda prestaba consistencia y fuerza a la construcción. Ya veremos cómo las piezas se juntaban. Hemos de suponer que esta tienda sustancial había de ser pegada al suelo y estirada por medio de cuerdas y estacas. Las dos cubiertas de pieles de carnero, teñida de rojo la primera y la otra hecha de pieles de “tejones”, se mencionan muy brevemente en (**Ex 26:14**), lo que da la idea de una doble protección contra los vientos, temporales de arena, lluvias ocasionales y cualquier otro accidente que correspondiera al clima de la península de Sinaí.

El interior —de forma oblonga— se dividía en dos piezas por medio del velo, sin que se indique claramente la proporción entre una y otra. Generalmente se piensa que el lugar santísimo —con el sagrado conjunto que hemos estudiado— sería más pequeño que el lugar santo donde servían los sacerdotes. El extremo abierto del tabernáculo se cerraba con una cortina, además de una parte de la tienda de pelo de cabra que se recogía en lo alto del hueco. Ya hemos descrito el arca y el propiciatorio del lugar santísimo, como también la mesa que se colocaba al lado del norte del lugar santo con el candelero en frente al lado sur. Falta el altar de incienso, que se describe más tarde, y que se situaba delante del velo en línea con el arca.

El atrio exterior rodeaba el tabernáculo, creando un recinto sagrado de 100 codos por 50, separado del campamento por cortinas de lino fino. Tenía una abertura al extremo oriental, y es probable que la cortina de lino fino, mencionada en (**Ex 27:16**) se situaba a cierta distancia de la abertura, escondiendo el altar de holocaustos de la vista del público, pero dejando paso para que los oferentes acudiesen con sus sacrificios.

El altar de holocaustos (o de bronce) se hallaba detrás de esta cortina, y conjuntamente con el arca y el propiciatorio constituía el mueble de mayor significado simbólico del tabernáculo, ya que allí se derramaba la sangre de los sacrificios. Entre este altar de holocaustos y la entrada al tabernáculo se hallaba el lavacro, o sea, una fuente de agua que servía para las abluciones de los sacerdotes. No se describe en detalle, pero,

teniendo en cuenta el tamaño muy considerable del mueble análogo del templo de Salomón, hemos de pensar en un depósito donde se guardaba abundancia de agua, con la posibilidad de vaciar el agua sucia y de llenarlo de agua limpia. Los levitas estaban allí para tales servicios.

He aquí las perspectivas generales del “templo portátil”, y ahora nos corresponde volver al detalle según el orden del éxodo. Que el lector vuelva a meditar en lo que ya escribimos sobre “el camino señalado” y “el camino cerrado” hasta que viniera el tiempo de reformatión, que indica la época de enderezarlo todo a la luz de la misión del gran Sumo Sacerdote (**He 9:8-10**).

Las cortinas de lino fino (Ex 26:1-6)

Los géneros, los colores y los dibujos de las cortinas interiores. Tanto para la tienda interior, el velo, la cortina a la puerta del tabernáculo y el altar de holocaustos se empleaba tela de “*lino torcido*”, que viene a ser un tejido de hilos, cada uno de los cuales se componía de varias hebras finas. Se conoce este tipo de lino torcido en Egipto, y tendría mayor resistencia que tela de lino común. Los colores, que siempre se repiten en el mismo orden, azul, púrpura y carmesí, se suponen trabajados en rayas o dibujos estilizados, con las formas de querubines tejidas en la misma tela como en tapicerías y no bordadas encima. Tal era la obra “*primorosa*” del velo y las demás cortinas.

En este caso hallamos una “clave” que nos orienta en (**He 10:19,22**): “*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo; por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote ... acerquémonos...*”. El tema es el de la libertad otorgada a los “sacerdotes espirituales” que ya pueden entrar en la misma presencia de Dios, gracias al velo rasgado. Nuestro objeto al citar el texto, sin embargo, es el de aprovechar la clara referencia al simbolismo del velo (que es su carne) como medio para echar luz sobre el significado del lino torcido y sus preciosos colores y dibujos, pues la definición inspirada tendrá estrecha relación con la de las demás cortinas. “*La carne*” del Señor Jesucristo ha de entenderse como en (**Jn 1:14**) — “*Y aquel Verbo fue hecho carne*”— siendo la esencia misma de su perfectísima humanidad, con la cual el Verbo entró en una unión perfecta. Todas las glorias imaginables corresponden al bendito Verbo encarnado y se revelan en las páginas de los evangelios. Con todo, la misma perfección fue “barrera” y no “camino”, ya que los hombres pecadores podían comprender que jamás les sería posible ser como él por el esfuerzo natural, entrando así en la presencia de Dios. Cuando él fue sacrificado por todos el velo fue rasgado, y la hermosa barrera se convirtió en “*camino nuevo y vivo*” (**He 10:20**).

Pero si el tejido de lino torcido con su “*azul, púrpura, carmesí y dibujos de querubines*” significaba la perfecta humanidad en el caso del velo, no podemos dejar de discernir un simbolismo idéntico tratándose de la tienda interior, la cortina de la puerta y la del altar de holocaustos. Esto no es lanzarnos apresuradamente sobre explicaciones dudosas de simbolismos, aplicándolas a la nueva dispensación, sin base, porque ya hemos visto que el autor de Hebreos recuerda lo antiguo —reconociendo su importancia en su propia perspectiva— para hacernos ver luego que Cristo cumple y supera la provisión anterior. La esperanza mesiánica existía (**Ef 2:12**) y había de convertirse en la realidad del Hijo encarnado, fundamento único de toda la obra de gracia de Dios. Si ha de haber comunión con Dios, y adoración en su presencia, es preciso que Cristo sea presentado, y es significativo que, por dondequiera que mirasen los sacerdotes al ministrarse en el tabernáculo, tenían a la vista la representación simbólica de sus glorias. El grado de su comprensión en aquella época no afecta la realidad del simbolismo en sí.

La preparación de la tienda interior (**Ex 26:1-6**). Tanto para la conveniencia de los levitas al trasladar el tabernáculo de un campamento a otro como para facilitar la labor del tejido, la tienda interior —el verdadero tabernáculo (versículo 6)— se componía de diez cortinas de 28 codos por 4, juntadas en dos juegos cuando se armaba el tabernáculo. Por cortinas hemos de entender tiras de la preciosa tela ya descrita y no colgaduras. No podemos saber exactamente cómo funcionaban las “lazadas de azul” y los “corchetes de oro” a lo largo de los bordes de las cortinas que servían para su unión, pero basta saber que cumplían su propósito haciendo posible la colocación de la tienda interior por elementos. Hasta en estos detalles se mantiene la gloria representada por el azul y el oro. La tienda interior cubría por completo la armazón de los marcos de madera de acacia cubiertos de oro, y tratándose de marcos abiertos, las bellezas de la tienda estarían a la vista de los sacerdotes.

Las cortinas de pelo de cabra y las demás cubiertas (Ex 26:7-14)

La colocación de la segunda tienda (**Ex 26:7-13**). El sistema para unir las partes —las cortinas— de la segunda tienda que cubría la interior era igual que en la primera, pero hay once cortinas en lugar de diez, y la longitud es de 30 codos, siendo la anchura de cada una de 4 codos. Hay lazadas y corchetes para unir las piezas, pero el metal es ahora el bronce. La cortina adicional había de tapar la parte posterior del tabernáculo, y aún quedaba para doblar sobre la parte superior de la entrada. Ya hemos visto que esta tienda es semejante a las de los israelitas, hallándose en ella la fuerza precisa para la construcción. Se supone su sujeción al suelo por medio de estacas y cuerdas estiradas.

¿Es posible asignar un significado simbólico a esta tienda? Que sepa el autor no existe ninguna clave en el Nuevo Testamento que ilumine de una forma clara el significado simbólico de esta tienda, de modo que cualquier comentario tendrá que ser o por vía de deducción o de imaginación. Si la hermosa tienda interior representaba las glorias del Verbo encarnado, tal como se apreciaban por el ojo del “sacerdote espiritual”, sería lógico pensar que la tienda de tela de pelo de cabra podría representar la persona y vida de Jesús de Nazaret tal como le contemplaban sus coetáneos, quienes en su mayoría llegaron a esta conclusión: “no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, más sin atractivo para que le deseemos” (**Is 53:2**). El paralelismo es atrayente y lo admitimos como sugerencia que encierra una gran verdad, pero sin dogmatismos que no caben donde falta evidencia concreta.

Las dos cubiertas (**Ex 26:14**). Lo que acabamos de describir constituía el tabernáculo propiamente dicho con su tienda interior y exterior. Son sencillamente cubiertas protectoras las fundas de pieles de carnero teñidas de rojo, y la de pieles de tejones o de foca. No hay razón alguna para pensar que el color rojo ha de significar la sangre de la obra de la cruz, sino sólo que llama la atención a la importancia de la estructura. La breve mención de la cubierta exterior no da pie a buscar simbolismo alguno.

La armazón del tabernáculo (Ex 26:15-30)

Las “tablas” o “marcos” y sus bases (**Ex 26:15-25**). Al intentar una descripción general del tabernáculo indicamos que escriturarios que han hecho un estudio detallado de los datos bíblicos y de las costumbres orientales (el Dr. David W. Gooding, conocido en España, es uno de ellos; véase su artículo “Tabernáculo” en Nuevo diccionario bíblico - Buenos Aires: Ediciones Certeza, pp. 1320-1323) consideran que las tablas han de entenderse como

marcos hechos con listones de madera de acacia, y la versión inglesa RSV traduce el versículo 15 como sigue: *“Harás marcos verticales para el tabernáculo de madera de acacia”*. No entramos en detalles técnicos, pero es evidente que este tipo de estructura facilitaría mucho la labor de los levitas al desarmar y armar la armazón, además de permitir que la tienda interior fuese visible desde dentro.

Cada marco medía diez codos de largo y codo y medio de anchura. Recordando la idea de una estructura por elementos, no nos costará trabajo pensar en espigas en los lados de cada marco, con agujeros correspondientes en el próximo, logrando así su debida unión hasta armar primeramente una “pared” y luego la de enfrente y la de detrás. La ensambladura de las esquinas presenta dificultades técnicas —sobre la base de la descripción bíblica— pero tenemos que tener en cuenta que Moisés no sólo escuchaba las instrucciones sino que podía ver el modelo, y sabría pasar su información a los artesanos que construyeron la armazón.

¿Cómo podía mantenerse en pie y con firmeza, sobre las arenas o tierras del desierto, una armazón ligera tal como acabamos de describir? Cada marco había de tener dos bases de plata que se hundían en la tierra, ajustándose el marco a la base —se supone de bastante peso— por medio de las espigas apropiadas medidas en los agujeros de las basas. Podemos decir, pues, que toda la armazón fue asegurada sobre un “fundamento de plata”. Esta buena base sería reforzada por medio de las cuerdas y estacas de las tiendas y cubiertas de tal forma que podía resistir fácilmente todos los cambios climatológicos del desierto.

Las barras (**Ex 26:26-28**). Las barras descritas en estos versículos contribuían mucho a la seguridad de la construcción. Eran palos de madera de acacia preparados para su función que pasaban en sentido horizontal por anillos de oro trabajados en los marcos, ya que la madera de acacia estaba cubierta de oro tanto en los marcos como en las barras. Cinco barras pasaban por sus anillos en las “paredes” norte, sur y oeste del tabernáculo, y la de en medio atravesaba toda la longitud de la pared en cuestión. Se supone que las cuatro restantes en cada caso reforzaban la mitad de cada “pared”, en sentido horizontal y una encima de la otra, con la debida simetría. De nuevo, frente a la gran importancia de la armazón, Dios reitera a Moisés: *“Y alzarás el tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte”* (**Ex 26:30**).

¿Es posible percibir valores simbólicos en la armazón del tabernáculo? Muchas explicaciones detalladas del simbolismo del tabernáculo han llegado a desacreditarse debido al dogmatismo de expositores que han pasado más allá de la clara luz del Nuevo Testamento, agarrándose de analogías fuera de lugar. Con todo, las enseñanzas de Hebreos capítulos 8 al 10 han de tomarse en cuenta seriamente, ya que el escritor inspirado declara: *“Los cuales (las del tabernáculo) sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales...”* (**He 8:5**), y el escritor nombra una serie de los muebles más importantes en (**He 9:5**). Por lo menos, la disposición de estos muebles llegaba a ser *“símbolo para el tiempo presente”* (**He 9:9**) en cuanto al tema del camino cerrado y el camino abierto que ya hemos señalado.

En la armazón se destacan los factores siguientes: 1) la madera es siempre la de la acacia que crece en el desierto; 2) todo se cubre de oro, que significa realeza y permanencia; 3) toda la estructura descansa sobre el “fundamento” de bloques de plata, metal que, por la luz de numerosos contextos, llega a ser símbolo de redención; 4) hay barras —también de madera de acacia y de oro— que unen los diferentes elementos de la estructura; y 5) el todo representa la diversidad dentro de la unidad, y constituye el santuario en el cual Dios se manifiesta. En vista de que el mismo Señor anuncia que su cuerpo (antes y después de su muerte y su resurrección) es el verdadero *“templo”* (**Jn**

2:19-22), y que Pablo hace constar que Cristo es piedra angular y armazón de la Iglesia, pues en él *“todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”* (**Ef 2:20-22**), no parece extravagante pensar que todo lo sustancial de lo que es templo como lugar separado para el servicio de Dios y donde manifiesta su gloria halla su sentido final en Cristo. Además, por su gracia, recoge en sí a los creyentes como unidades del templo, y éstos siempre se hallan en Cristo.

La madera del desierto y el oro sugieren la doble naturaleza de Cristo, la humana y la divina, como base para toda la casa de Dios en la cual Moisés era tan fiel. Que el fundamento del tabernáculo simbolice la redención, sin la cual los pobres “marcos” se hundirían en las arenas, es también una deducción razonable del uso de esta misma figura en otras partes, y pensamos sobre todo en el ciclo de plata *“de rescate”* que cada israelita había de entregar según (**Ex 30:11-16**). Las *“barras”* —que dan unidad a la estructura— se han tomado como símbolo del Espíritu Santo en vista de (**Ef 4:3**): *“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*. La analogía es interesante, pero notemos que los materiales de las barras son idénticos con los de los marcos, y hemos visto a Cristo en todo ello. Quizá esta identidad de simbolismo nos recuerda que el Espíritu es *“Espíritu Santo”*, basándose la unidad de los creyentes sobre Cristo y la obra de su Espíritu.

De todos modos, el simbolismo se relaciona con la obra total de Dios, ya que el arca y el propiciatorio corresponden al trono de Dios —centro de justicia y de gracia— y el autor de Hebreos ve la superación del tabernáculo en la persona y obra de Cristo en relación con el nuevo pacto. Las sugerencias anteriores son para nuestro estudio y meditación presentadas sin dogmatismos. Lo importante es ver todo dentro de las amplias perspectivas del nuevo pacto, como hace el autor de Hebreos, y que abarca toda la obra que brota de Cristo y del Calvario para todos los redimidos del reino de Dios en cualquiera de sus múltiples “provincias”.

Los velos del tabernáculo (Ex 26:31-37)

El velo que cubría el lugar santísimo (**Ex 26:31-35**). Ya hemos visto que el velo interior es uno de los pocos elementos del tabernáculo que se define en el Nuevo Testamento, ya que corresponde a *“su carne”*: la de la víctima que era, a la vez, el Sumo Sacerdote (**He 10:20**). Las glorias del Verbo encarnado se destacan en la obra primorosa de este símbolo, y repetimos que cerraban el paso a la presencia de Dios hasta que fue rasgado por medio del sacrificio final. El ejemplo supremo del Dios-hombre interpone barrera entre Dios y el hombre pecador, mientras que la ofrenda de sí mismo, como representante de la humanidad, provee el único camino a la presencia sagrada. El velo fue colgado sobre cuatro columnas cubiertas de oro, y éstas descansaban, como los marcos de las paredes, sobre bases de plata. El concepto de “barrera”, que se recoge en Hebreos 9, se destaca claramente de la frase final de (**Ex 26:33**): *“aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo”*.

La distribución de los muebles (**Ex 26:34-35**). El debido orden de los muebles dependía del velo, de modo que, tras la orden de colgar el velo en el lugar señalado, se repite que el propiciatorio ha de colocarse sobre el arca en el lugar santísimo, que se crea por la colgadura del velo. Ya hemos meditado en la íntima relación que existe entre estos elementos del tabernáculo. De igual forma se vuelve a notar la posición de la mesa y del candelero. Sólo falta la mención aquí del altar de incienso, que no se debe a distintos “documentos literarios” o “fuentes tradicionales” sino a razones espirituales, y aún no se ha ordenado la separación de Aarón y de sus hijos para el sacerdocio.

La cortina de la puerta (**Ex 26:36-37**). Esta cortina estaba tejida de los mismos géneros que el velo central, con los mismos colores y dibujos, y se hallaba en la “línea de entrada”, desde el altar de holocaustos hasta el arca y el propiciatorio. Hay que suponer un dintel que atravesara el hueco de la entrada del tabernáculo, y la quinta columna —la de en medio— servía para apoyar este dintel. No había más de cuatro columnas para el velo interior. Las columnas tenían sus capiteles de oro, pero descansaban, en este caso, sobre bases de bronce, con su connotación de “juicio”, que hace posible la “redención” significada por las bases de plata del velo interior. Se conserva el concepto general de distintos aspectos de Cristo y de su obra como “camino” al lugar santísimo.

El altar de holocaustos (Ex 27:1-8)

El altar de bronce (o de holocaustos). Se hallaba cerca de la entrada al atrio, escondido detrás de la cortina tejida de forma idéntica a la del velo. Siendo el lugar donde se inmolaban todos los sacrificios normales de sangre (Nm 19:1-3 señalan una excepción) se reviste de gran importancia como centro del servicio levítico, y no cabe duda en cuanto a su simbolismo ya que es el lugar señalado por Dios para el derramamiento de la sangre, y esta, en todos los casos, habla de la expiación de los pecados que había de efectuarse por la ofrenda de sí mismo de Cristo en la cruz.

La descripción del altar parece bien comprensible, tal como la tenemos en los versículos indicados, pero, de hecho, hemos de modificar algunas ideas que quizá hayamos tenido sobre la construcción y el empleo de este elemento tan importante. Entre otros muchos usos había de servir para consumir enteramente los holocaustos, que podrían ser becerros. Si las paredes eran de madera de acacia, forrada de bronce (cobre), ¿cómo podrían resistir el calor tan intenso y continuo que sería necesario para incinerar las víctimas dentro de una caja de 5 x 5 codos por 3 de altura? Quizá hemos pensado que el “enrejado” se hallaba dentro de la caja, y que sobre él se ordenaban las piezas de las víctimas, pero un examen del hebreo hace ver que fue una extensión de la caja para afuera. Además, la incineración en el interior de la caja exigiría agujeros a la base del altar para una adecuada ventilación, y el texto no dice nada de tal cosa.

De nuevo hacemos notar que las paredes no estaban hechas para resistir el calor necesario. En (**Ex 20:24-25**) el Señor había prescrito un altar de tierra o de piedras sin labrar. Hicimos comentarios sobre el significado de esto en su contexto, pero hacemos notar aquí que, al fijar un lugar para los sacrificios, no se abandona la idea de la sencillez, siendo preciso que los adoradores fijen su atención en la ofrenda y no en el altar. Para hacer esto efectivo, la “caja” del altar —de gran sencillez— pudo colocarse en el sitio indicado para luego ser llenado de arena o de tierra hasta el borde de la caja. La rejilla se extendía debajo del borde externo del altar para evitar que ninguna parte de la víctima ofrecida cayera al suelo, impidiendo también que los sacerdotes pisaran la sangre.

En las esquinas de la rejilla se colocaban los anillos para su transporte, pero los cuernos —proyecciones que podían “exhibir” la sangre— se hallaban a las esquinas del mismo altar. La palabra “dentro” de la versión RV-60 en el versículo 5 no está bien traducida, pues ha de ser “debajo”, tratándose del borde exterior del altar. La disposición exacta de la rejilla, que llegaba “*hasta la mitad del altar*” desde este borde, no se conoce. La altura de aproximadamente metro y medio pondría los sacrificios al alcance de los sacerdotes que ministraban en esta sagrada unción. El manejo de las piezas habría sido muy difícil si se hubiesen hallado hundidas dentro del altar.

Frente a este elemento central del culto se reitera la admonición de que todo sea construido exactamente conforme a lo que Moisés contemplaba en el monte (**Ex 27:8**).

Aparte de la madera de acacia, todo lo que se relacionaba con el altar se hacía de bronce (cobre), de donde se saca que este metal simbolice “juicio”, y sobre todo “juicio vicario”.

El atrio y sus cortinas (Ex 27:9-19)

Las cortinas de lino torcido (**Ex 27:9-15**). Todo templo es un lugar “recortado”, dedicándose el recinto a Dios. Las cortinas de lino —sin adornos— que rodeaban el atrio establecían esta separación necesaria: concepto esencial para un santuario. Las dimensiones generales eran de 100 x 50 codos, con provisión para la entrada en la parte oriental, que ya veremos. La altura de la cortina —5 codos— (versículo 18) impedía que los israelitas echasen miradas curiosas a lo que pasaba por dentro, y la blancura del lino les recordaba la perfecta justicia divina. Los postes tenían capiteles de plata, pero sus bases eran de bronce (cobre), con su simbolismo de juicio. Es posible que las columnas que hacían esquina se cuenten dentro de los veinte del lado norte y del sur, y entre los diez del occidental; no se hace una suma total del número de los postes. Se ha de suponer las cuerdas y estacas necesarias para el sostén del cerco.

La cortina de la entrada (**Ex 27:16-19**). En el lado oriental había una abertura de 20 codos que servía de entrada. No es probable que la cortina que se describe en los versículos 16 y 17 formase parte del cerco exterior, y probablemente se hallaba retirada de la entrada, sirviendo de pantalla separada para esconder el altar de holocaustos. Los géneros, los colores y los dibujos corresponden a los del velo, de la cortina de entrada al tabernáculo, y a la tienda interior del mismo, y de nuevo hemos de percibir que se trata de la “línea de entrada” a la presencia de Dios, recordando lo que ya hemos expuesto sobre el “*velo, que es su carne*”. Las glorias del verbo encamado constituían una barrera porque manifestaban la justicia perfectísima de Dios. Sin embargo, detrás de la cortina, se colocaba el altar de holocaustos que presentaba otras vertientes de la persona y obra de Cristo, enfatizando la ofrenda expiatoria que había de rasgar el velo y abrir el camino.

El aceite para el alumbrado (Ex 27:20-21)

Una responsabilidad del pueblo (**Ex 27:20**). La necesidad de traer aceite para el alumbrado se había indicado ya en (**Ex 25:6**), pero, siendo elemento de proveerlo se repite aquí, antes de la descripción de la consagración de los sacerdotes. Ha extrañado a algunos expositores que este mandato se inserte aquí, al final de la lista de la mayoría de los muebles del tabernáculo, y antes de la referida consagración, pero hay sin duda un orden espiritual superior a nuestras ideas occidentales del análisis y de la clasificación lógica de los asuntos. Su íntima relación con el servicio de los sacerdotes es evidente, y se ha de mencionar en el capítulo 29. Los dos otros muebles que no se han mencionado aún —el altar de incienso y el lavacro—también se relacionan estrechamente con el servicio sacerdotal, y quizá por eso fue precisa la consagración de Aarón y de sus hijos antes de describirse estas piezas.

La pureza del aceite (**Ex 27:20**). Para evitar las posibilidades de impurezas, el aceite no había de traerse del molino (almazara) común, sino que las olivas habían de ser machacadas a mano trayéndose lo más puro y refinado del aceite resultante. Los muchos contextos en que el aceite se emplea, sea para el culto, sea para la consagración de ciertos siervos de Dios, determinan que, en contextos apropiados, es símbolo del Espíritu Santo. Pensamos especialmente en el “*ungimiento con aceite*” que fue parte esencial de la consagración de sacerdotes y reyes al ser apartados para su sagrada función, hasta tal punto que el gran Sacerdote-rey se llama el “*Mesías*”, el “*Ungido*”, viéndose su unción en (**Is 42:1**) (**Mt 3:16**).

El cuidado de las lámparas (**Ex 27:21**). No es fácil determinar si las lámparas ardían siempre —como parece indicar el vocablo “continuamente” en el versículo 20— o se encendían sólo de noche; (**1 S 3:3**) señala un momento —por la madrugada— cuando la lámpara se apagaba, pero se trata de un período de decadencia. Sin embargo, el versículo 21 de nuestro pasaje parece indicar lo mismo, a no ser que se trate de la renovación de la luz, el cuidado de la mecha, etc., que sin duda se efectuaba por las mañanas y por las tardes a la hora de ofrecerse los sacrificios diarios que habían de ordenarse más adelante. La importancia del simbolismo de la luz se subraya por la frase —no muy repetida en el Pentateuco— “*(Será) como estatuto perpetuo de los hijos de Israel por sus generaciones*” (**Ex 27:21**).

Las vestimentas de los sacerdotes (Exodo 28:1-43)

Se aparta la familia sacerdotal (Ex 28:1)

Las funciones de los sacerdotes. El apartamiento de Aarón y sus hijos para ser sacerdotes se introduce de una forma casi incidental; sin embargo, su función ha estado implícita en toda la descripción del tabernáculo y de sus muebles, que para nada habrían servido si no se hubiera instituido un servicio sacerdotal para darles validez. La importancia de estas personas y su función se destacará más en los detalles de su consagración en el capítulo siguiente, pero las palabras: *“Harás llegar delante de ti a Aarón ... y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes”*, nos recuerda el resumen del significado de las funciones del sumo sacerdote que se exponen en **(He 5:1)**: *“Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados”*. El sacerdote había de ser escogido de entre su pueblo con el fin de actuar a su favor en todo lo que se refería al culto público, sin que su obra anulase la adoración espiritual que subiera del corazón de cualquier israelita en aquel *“reino de sacerdotes”*. En fin, era mediador entre Dios y los hombres, y las referencias en Hebreos nos hacen ver que el contacto necesario con hombres pecadores era perfecto en su caso, ya que él mismo era uno de ellos. En cambio, su contacto con el Dios santísimo era difícilísimo por la misma razón. Cuando se manifestó el gran Sumo Sacerdote todo cambió, pues El tenía perfecto contacto con Dios, siendo Dios, pero había de conseguir el enlace con la raza pecadora por los extraordinarios medios de la encarnación, su vida de sufrimiento entre los hombres y su entrega a la muerte a su favor bajo el peso de su iniquidad. He aquí el significado del tema del sacerdocio en ciertas secciones de Hebreos capítulos 2 al 7.

La presentación **(Ex 28:1)**. En toda la obra de la formación de Israel —llamada *“la casa de Dios”* en **(He 3:1-6)**— Moisés había de actuar de parte de Dios, siendo fiel en todos los aspectos de su ingente labor. Delante de él, pues, hubieron de presentarse Aarón, Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. Aparentemente había un enlace especial entre Nadab y Abiú, que siempre se mencionan juntos y que perecieron juntos en su pecado. Eleazar había de suceder a Aarón como sumo sacerdote, mientras que Itamar cumplía importantes cometidos al ordenar el servicio de los levitas.

Ya hemos notado el significado de que esta familia aarónica no se distinguía por ser diferente de sus compañeros de raza sino precisamente podía servir porque estaban identificados con ellos. No era necesario “importar” una raza sacerdotal para prestar dignidad a esta función —nueva en Israel— ya que toda la gloria había de ser del Señor, mientras que estos pocos hombres representaban a los demás al tener derecho de entrar en el tabernáculo.

El conjunto de las vestimentas sagradas (Ex 28:2-5)

La importancia de las vestimentas. El sistema levítico ha de considerarse como una “escuela” por medio de la cual Dios iba enseñando lecciones que se incorporarían en la plenitud del nuevo pacto fundado sobre el único sacrificio valedero. Hasta cierto punto las manifestaciones externas del sistema correspondían a nuestras ayudas audiovisuales que empleamos para captar la atención de los niños, recalcando ciertas lecciones. Es evidente que se da mucha importancia a las vestiduras, que se llaman *“sagradas”* siendo *“para*

honra y hermosura". El valor de la función sacerdotal había de revelarse a través de las vestimentas y sus ricos apéndices de joyas. El sacerdote, por dentro, era un pobre hombre pecador como todos los demás; sin embargo, la gloria de su función como mediador sacerdotal había de manifestarse por medio de su ropaje.

Esto no pasa a nuestro siglo, pues todos los símbolos se cumplieron en Cristo, y el ministerio del Espíritu (**Ro 10:4**) (**Ro 12:4-8**) evidencia su valor por medio del poder espiritual y la sustancia bíblica que comunica a los oyentes. La ropa talar, con las mitras, báculo, etc., de los sistemas de Roma, la Iglesia Ortodoxa, la Anglicana, y otras, deben su uso a la confusión que reinaba en los siglos II al V d.C., cuando se leían los escritos del Antiguo Testamento en la versión griega LXX, aceptándose también como canónicos los escritos apostólicos que conocemos en el Nuevo Testamento, pero con poco discernimiento, después de la muerte de los Apóstoles, entre lo "viejo" y lo "nuevo". El sencillo "ministro" llegaba a ser "sacerdote", y a éste se le comparaba con la familia sacerdotal de Aarón, cuyo cometido era muy diferente. El favor que el emperador Constantino prestó a la Iglesia dio lugar a un sincretismo que introducía ciertos elementos del pontificado pagano, con el resultado de que la sencilla comunión del Espíritu del primer siglo se convertiría paulatinamente en el sistema sacerdotal, ritualista e institucional que llegó a su apogeo en el siglo X.

Nosotros hemos de procurar volvernos al momento histórico que estamos considerando, sin permitir que errores posteriores mengüen el valor de lo que Dios ordenó para bien en su tiempo. El concedió "*espíritu de sabiduría*" a los "*sabios de corazón*" con el fin de que la obra humana reflejara en todo lo posible el pensamiento de Dios, pues las vestimentas constituían un elemento necesario "*para consagrarle (a Aarón) para que sea mi sacerdote*" (**Ex 28:3**). Iremos viendo la forma de las vestimentas de la lista del versículo 4: el pectoral, el efod, el manto, la túnica bordada, la mitra (turbante) y el cinturón. La luz se enfoca principalmente en el sumo sacerdote y sus vestimentas, siendo los sacerdotes — hijos de Aarón— una especie de reflejo o prolongación de la persona y el servicio del mediador.

Los tejidos, los colores y las joyas de las vestimentas (**Ex 28:5**). Tengamos en cuenta que, además del oro y de las piedras preciosas, se utilizaba el lino torcido con su azul, púrpura y carmesí, enfatizándose la "*obra primorosa*" que ya hemos estudiado en relación con el velo y las cortinas. Admitiendo la medida del simbolismo que notamos antes llegamos a la conclusión de que las vestimentas representan lo más sagrado de esta preparación para el ritual completo, y Hebreos identifica el sacerdocio de Aarón (como símbolo) con la consumación de la obra sacerdotal de Cristo.

El efod (Ex 28:6-14)

El efod y el pectoral. Se describe primeramente el efod, pero es evidente que su propósito principal fue el de llevar el pectoral, cuyas piedras preciosas representaban las tribus de Israel, y dentro del cual —se trataba básicamente de una bolsa— se llevaban las misteriosas piedras del "*Urim y Tumim*". Hemos de procurar formarnos una idea del conjunto de las vestimentas, distinguiendo las partes esenciales sin perdemos en la masa de detalles.

La forma del efod (**Ex 28:6-8**). Al parecer el efod constituía una especie de chaleco, con una pieza delantera y otra para las espaldas, unidas por una cinta que formaba parte integrante por lo menos de una de las piezas, pasando (probablemente) a juntar y ceñir la otra por medio de corchetes. Sin duda el oro se utilizaba en forma de hilos muy finos que podían entretrejerse con el lino torcido y los dibujos de azul, púrpura y carmesí, como en

los demás casos que hemos visto. Las dos piezas se juntaban también por los hombros. Es evidente la importancia que se quiere dar a esta prenda fundamental de las vestimentas sacerdotales, y los hallazgos rescatados de algunas tumbas en Egipto, con otros que corresponden a tierras bíblicas, nos han provisto de ejemplos de una fina labor de tapicería y de orfebrería. Esto significa que no hay nada de mera fantasía en estas descripciones sino una aplicación muy especial del arte del día a las simbólicas vestimentas.

Los nombres en las hombreras (**Ex 28:9-14**). No podemos estar demasiado seguros en cuanto a la terminología moderna que convendría para las piedras preciosas que se mencionan en este capítulo, pero el uso del término “*ónice*” (especie de ágata veteadas) para las piedras de las hombreras parece bastante acertado ya que se presta a la “*obra de grabador*”: arte muy desarrollado en la región y la época, como revelan los muchos sellos hallados por los arqueólogos. Los sellos se empleaban para garantizar o autorizar escritos, imprimiéndolos sobre algún material blando que luego se secaría. Los dibujos de los sellos se prestaban a una gran diversidad de motivos artísticos. Los ónices habían de engastarse en oro, sujetándose al efod por medio de trenzas de hilo de oro. En uno habían de figurar seis de los nombres de los hijos de Israel, cabezas de tribus, y seis en el otro, y en este caso han de inscribirse según el orden de nacimiento. Para que hubiera doce nombres sería necesario el uso de “José” para representar las tribus de Efraín y de Manasés, que, históricamente, habían llegado a ser dos tribus. Rubén vuelve a su lugar de primogénito, pese a la pérdida de sus derechos, pues se trata de lo que representan las tribus delante de Dios sin referencia a su testimonio a través de la historia.

El simbolismo de los nombres. Si recordamos que el sumo sacerdote era mediador entre Dios y su pueblo, el simbolismo del hecho de llevar él los nombres de las tribus sobre sus dos hombros “*por memoria*” delante de Jehová (**Ex 28:12**) resulta tan sencillo y sugestivo que huelgan las explicaciones. La debilidad moral y espiritual de las tribus halla poderoso auxilio en este hecho de hallarse delante de Dios sobre los hombros del sacerdote encargado de llevar a cabo una obra de mediación basada sobre la expiación. Seguramente porciones como (**He 2:15-18**) (**He 4:14-16**) (**He 6:17-20**) (**He 7:23-28**), que describen la obra actual de nuestro sumo sacerdote eterno a favor de su pueblo, se basan en parte en el simbolismo de los nombres del pueblo sobre los hombros del sumo sacerdote, que se ha de complementar con la figura igualmente hermosa de “*los nombres sobre el corazón*” (**Ex 28:21,29**).

El pectoral (Ex 28:15-30)

La forma del pectoral. Esencialmente el llamado “*pectoral del juicio*” era una bolsa de un palmo cuadrado tejido de los géneros que se empleaban para cosas muy sagradas, además del oro entretejido. La cara exterior del pectoral había de ser preparada de tal forma que pudiera sostener, por medio de filigranas de oro, doce piedras preciosas en cuatro hileras horizontales de tres joyas en cada una. Cada piedra había de ser grabada con el nombre de una de las doce tribus, en el mismo orden que vimos en cuanto a las piedras de ónice en las hombreras, pero juntándose todas las tribus en el cuadro externo del pectoral. El pectoral se sujetaba al efod por medio de trenzadas de hilo de oro, además de un cordón azul, que pasaban por los extremos inferiores del pectoral enlazándolo fuertemente al cinto del efod. Dentro del pectoral habían de colocarse las misteriosas piedras conocidas como “*Urim y Tumim*”.

El pectoral del juicio y su simbolismo. El hecho de llevar Aarón los nombres de las tribus sobre su pecho refuerza la figura de los ónices de las hombreras, ya que el mediador se hace responsable por el pueblo en la presencia de Dios. Para nosotros el pecho, o el

corazón, es sede de afectos, y el primer pensamiento es que la obra del sumo sacerdote sostiene al pueblo (los hombres) además de garantizar la manifestación del amor de Dios para con él (el pecho). Podemos aceptar esta hermosa figura en su parte esencial, pero notemos que es pectoral del juicio, y que el versículo 30 nos dice: *“y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante de Jehová”*. Seguramente esta frase, inesperada en el contexto, nos recuerda el hecho constante del pecado de las personas representadas por Aarón, y bien que cada piedra se hermosea con su brillo peculiar, solamente puede estar *“delante de Jehová”* por el hecho fundamental del juicio sobre el pecado que es el sentido de la *“expiación”*, constituyendo la esencia del sistema levítico. Aarón no ostenta la propia gloria del pueblo sino la del pueblo que Dios mismo ha redimido por haber juzgado su pecado. La hermosura del pectoral no puede separarse de la aparente fealdad de los sacrificios del altar de holocaustos, y detrás de los sacrificios se halla la obra eterna de la cruz.

Las piedras preciosas (**Ex 28:17-21,29**). Ya hemos visto que cada joya lleva el nombre de una de las tribus grabado en ella según la mejor técnica de aquellos tiempos. Sin duda, pues, cada piedra representa una tribu, y las doce conjuntas en el pectoral hablan de la totalidad de Israel en el sentido ideal que corresponde a los propósitos de Dios. Es inútil procurar relacionar la naturaleza de las diferentes piedras con las características de las tribus, pues, por una parte, la terminología no es segura, y, por otra, el ejercicio se prestaría a vuelos de imaginación que la Palabra no autoriza. Sin embargo hay dos consideraciones válidas y hermosas: 1) que cada piedra es preciosa; y 2) que cada piedra es diferente de todas las demás, reflejando la luz de una forma peculiar a su propia sustancia. Dios se deleitaba en la totalidad de su pueblo, pero no permitía que las tribus perdiesen su carácter especial, y se gozaba también en cada una de ellas.

Por deducción podemos pensar también en cada israelita, ya que la relación fundamental es la que existe entre Dios y cada personalidad de los redimidos. Este concepto del valor del individuo dentro de la colectividad pasa al Nuevo Testamento y se ve en la Iglesia. Por ejemplo, cuando Pablo habla de la unidad de la Iglesia, nunca deja de reiterar la importancia de cada uno de los miembros del cuerpo total. Ningún lector atento puede dejar de notar la reiteración de la frase cada uno en pasajes como 1 Corintios 12 al 14, Romanos 12 y tantos más. Al pasar a la perfección de *“los siglos de los siglos”* persistirá la misma preocupación divina con el individuo dentro de la perfección de la totalidad de la obra ya consumada, como es evidente por la lectura de (**Ap 2:17**): *“... Al que venciere ... le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”*. El *“nombre”* es la expresión de la personalidad total en la Biblia, y el único sentido legítimo es que cada *“vencedor”* será conocido y apreciado de una forma peculiar y única de parte de su Señor, y sin duda este aprecio peculiar será recíproco.

El Urim y Tumim (**Ex 28:30**). Los términos empleados para estos misteriosos objetos significan *“luces y perfecciones”*, y la lectura de todas las referencias a estos objetos en el Antiguo Testamento muestra que se relacionaban con los oráculos de Dios al señalar una decisión necesaria en algún asunto de gran importancia para la vida nacional (**Lv 8:8**) (**Nm 27:21**) (**Dt 33:8**) (**1 S 28:6**) (**Esd 2:63**) (**Neh 7:65**). Es inútil procurar averiguar la naturaleza de estos objetos, que podrían ser ricos diamantes (*“luces y perfecciones”*) que se empleaban en estos casos especiales de crisis, que requerían una contestación breve, no pasando de negativa o afirmativa. Se relacionaba con los secretos más íntimos de la obra mediadora de los sumos sacerdotes del antiguo régimen hasta que viniera Aquel que también era *“Verbo encarnado”*, sin que reemplazara a los medios normales de averiguar y aplicar la voluntad de Dios aun en aquel entonces.

El “manto de azul” del efod (Ex 28:31-35)

La forma de la vestidura (Ex 28:31-32). Quizá nuestra traducción “*manto*” no representa bien el sentido del original, pues se trata de una vestidura muy corriente en el Oriente: una sencilla prenda talar que se colgaba de los hombros y llegaba hasta los pies. Una abertura entre hombro y hombro permitía que el sacerdote se vistiera, pasando la cabeza por ella. Los bordes de la abertura eran reforzados para prevenir el desgaste del centro. Esta prenda se describe después del efod y del pectoral, pero, necesariamente, al vestirse, el sacerdote se ponía primero la vestidura azul, y luego el efod con el pectoral, pues de otra forma estos preciosos adornos, con todo su valor simbólico, hubieran quedado completamente escondidos debajo de la vestidura básica.

El adorno del borde inferior: granadas y campanillas (Ex 28:33-35). Las granadas eran artificiales, hechas con los sagrados géneros que ya conocemos, y, en la orla inferior, alternaban con campanillas de oro. Se conocía la campanilla en Asiria, y quizá no difería mucho de las nuestras. La granada, como fruto del granado, se distingue por el gran número de sus pepitas, llegando a ser símbolo de “lo fructífero”. En cuanto a las campanillas se nos da una pequeña “clave” de su sentido en el versículo 35, ya que “*se oirá su sonido cuando entre Aarón en el santuario delante de Jehová*”, y tan importante era el sonido que, si no se oyera, el sacerdote podía morir. Este “testimonio”, que habla del servicio del mediador distingue el culto de Israel del de las naciones paganas, cuyos sacerdotes solían envolver sus movimientos en el mayor secreto estando en el santuario interior del templo. Lo que hacía Aarón se realizaba delante de Dios, pero a favor del pueblo, y los israelitas podían tener la seguridad de que su mediador cumplía sus funciones sagradas. Algún sentido tenía el adorno para los israelitas, pero, no hemos de apresurarnos a sacar lecciones para nosotros, aparte de gozarnos al pensar en el fruto y el testimonio de la obra mediadora de nuestro Gran Sacerdote.

El turbante y la lámina “Santidad a Jehová” (Ex 28:36-39)

El turbante. Cambiamos un poco el orden de presentación de estos objetos, ya que la lámina había de ser llevada en la parte delantera del turbante. Es casi seguro que el historiador Josefo tenía razón al describir el turbante como “una especie de corona hecha entretejiendo tiras blancas de lino torcido”, que da la idea de “turbante” más que de “mitra”, derivándose la forma de ésta de las vestimentas de los sacerdotes paganos. Es normal que los orientales usen diferentes formas de turbantes para cubrir la cabeza.

La lámina sagrada (Ex 28:36-38). El turbante en sí no llevaba adorno, pero, contra el fondo de su blancura, se destacaba la lámina de oro fino en la cual se hallaba grabada la frase “*SANTIDAD A JEHOVÁ*”. Al mirar al sumo sacerdote en el desempeño de sus funciones, lo primero que vería el israelita sería este grabado, que subrayaba el hecho de “*la santidad*”, como expresión del ser de Jehová, y que se situaba en la cúspide de todo el sistema levítico. Para nosotros lo más extraño es —recordemos la analogía del “pectoral del juicio”— que la colocación de la lámina sobre la frente de Aarón indica “que llevará Aarón las faltas cometidas en todas las cosas santas, que los hijos de Israel hubieren consagrado en todas sus santas ofrendas; y sobre su frente estará (la lámina) continuamente para que obtengan gracia delante de Jehová” (versículo 38).

Al ofrendar sus sacrificios de holocaustos, de paces, etc., los israelitas presentaban símbolos de la muerte expiatoria y vicaria del Cordero de Dios en la consumación de los siglos, y por ello había esperanza para los hombres de fe. Con todo, movimientos carnales se mezclan con nuestras ofrendas más sagradas, y corresponde al sacerdote, como mediador, aceptar la responsabilidad de todas las deficiencias, haciendo constar la

base justa de la redención en la presencia de Dios. La figura del Gran Sacerdote de la Epístola a los Hebreos cumple el simbolismo del turbante y de la lámina, ya que sólo él es capaz de proclamar, como cima de su obra: “*Santidad a Jehová*”.

Algunas exhortaciones en algunas epístolas —pensemos en **(Ro 12:1-2)**— nos hacen ver que lo externo del culto no vale nada sin la consagración de todo el ser a Dios, con la “*renovación de nuestra mente*” por el poder del Espíritu Santo.

La túnica y el cinto (Ex 28:39)

En el versículo 39 se vuelve a mencionar el turbante de lino, pero las prendas nuevas que se mencionan son la túnica con su cinto. Sin duda se trata de la prenda interior: una especie de camisa larga que llevaban todos los orientales próxima al cuerpo. No se sabe bien lo que quiere decir la frase traducida por “*obra de recamador*” en relación con el cinto, pero la función del cinturón o faja era siempre la de recoger prendas sueltas al momento de ponerse la persona a trabajar. La túnica sería blanca, y esta prenda básica habla elocuentemente de la justicia personal e interior que conviene a los sacerdotes del Señor. Nadie veía la túnica aparte de Dios y el sacerdote mismo, pero sin ella éste no habría podido vestirse de sus ricos y simbólicos ornamentos externos.

Al volver a considerar las vestimentas del sumo sacerdote en su totalidad vemos que dos prendas —la túnica y el llamado “manto”, que era la vestidura externa de azul— correspondían a las de cualquier oriental de cierta posición social, con sólo unas adaptaciones en cuanto al color y al cinto de la túnica. Encima de éstas se ceñía el efod, y de esta prenda especial dependían los ónices de las hombreras y el pectoral del juicio. El turbante también era común para proteger la cabeza, pero la lámina de oro y su grabado fue peculiar y único, ya que proclamaba el sentido final de todo el ritual: “*Santidad a Jehová*”.

Las vestiduras de los sacerdotes (Ex 28:40-43)

Las vestiduras normales de los sacerdotes **(Ex 28:40)**. La descripción de las vestimentas que se prescribían para los hijos de Aarón, y para los sacerdotes en perpetuidad, es tan escueta que no basta para formar una idea exacta de su apariencia. Quizá por la palabra traducida por “*túnicas*” debiéramos entender un vestido largo, como el azul del sumo sacerdote, pero de lino blanco. El adorno podría asociarse con los cintos, y las “*tiaras*” serían gorras que quizá admitían adorno también ya que son “*para honra y hermosura*”. Los egipcios solían vestir calzoncillos, y el uso de éstos —en blanco— fue obligado para todos los sacerdotes en el desempeño de sus funciones. Estos detalles ponen de relieve que los sacerdotes eran hombres como los demás, pero, al ejercer su función mediadora, habían de estar en un perfecto estado de “*limpieza ceremonial*”, según la exhortación de Isaías muchos siglos después: “*... purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová*” **(Is 52:11)**.

Se anuncia la consagración de los sacerdotes **(Ex 28:41)**. Implícito en la descripción de las vestimentas sacerdotales se hallaba el concepto de separación para un servicio especial. Dios ya declara esto claramente a Moisés en las palabras del versículo 41. Los vocablos “*consagrar*” y “*santificar*” son sinónimos que indican la completa separación de Aarón y de sus hijos para el servicio del Señor que se habrá de describir en detalle más tarde. La unción con aceite había de ser el símbolo externo de esta separación, y el acto total se detalla —como mandato mirando al porvenir— en el capítulo 29. La realización del acto de consagración es el tema de Levítico 8-9.

La consagración de Aarón y de sus hijos (Exodo 29:1-31:18)

El propósito y el orden de la consagración

“*Para que sean mis sacerdotes*” (Ex 29:1). Los conceptos de (Ex 28:41) se recogen cuando llega el momento solemne de consagrar a Aarón y a sus hijos “*para que sean mis sacerdotes*”. Ya hemos visto que el sistema levítico —gracias a lo que simboliza— es la base y fundamento del orden legal que había de durar hasta ofrecerse el sacrificio del Dios-hombre “*como fin (consumación) de la ley para justicia*” (Ro 10:4), de modo que el acto que se ha de describir se reviste de la mayor importancia. Dios tendría sus sacerdotes, cuyo ministerio haría posible el cumplimiento de los propósitos de Dios hasta el advenimiento del Mesías.

Los sacrificios ofrecidos durante la consagración. Se hace difícil un comentario ordenado sobre el texto del capítulo 29 por el hecho de que anticipa (necesariamente) elementos del culto levítico que no se detallarán hasta Levítico 1-7, donde se ordenan los ritos para los sacrificios de sangre, con otras diversas ofrendas. Nos limitamos aquí a hacer constar que los sacrificios se dividen en ciertas categorías, cada una con sus características respectivas.

El sacrificio por el pecado se prescribe en Levítico 4 como medio para expiar (simbólicamente) el pecado de todo el pueblo, o el de distintas clases de personas que se mencionan. En la categoría más característica de este tipo de sacrificio sólo la gordura arde sobre el altar, quemándose la víctima fuera del campamento. Todo el énfasis recae sobre el pecado en sí como algo que Dios aborrece y que ha de ser expiado, siendo la víctima “*hecha pecado*” según las tremendas implicaciones de (2 Co 5:21).

Los holocaustos (sacrificios del todo quemados) eran ya conocidos y los hemos comentado anteriormente. Son sacrificios de “*olor suave*”, pues subrayan la necesidad de satisfacer las demandas de Dios por un acto perfecto de obediencia.

En los sacrificios de paces la gordura se quema sobre el altar, pero partes del sacrificio se reservan para los sacerdotes, y aun para los oferentes, introduciéndose, por lo tanto, el concepto de comunión que ya se destacó cuando los israelitas comieron juntos el cordero asado en la noche de la Pascua. El becerro del rito de consagración era “*ofrenda por el pecado*”, el primer carnero un holocausto, y el segundo una modificación del sacrificio de paces, como veremos al pasar a la consideración de estas ofrendas. Lo importante por el momento es que comprendamos, en sus líneas generales, el concepto de “*categorías*” de sacrificios, que ponen de relieve distintos aspectos de la obra de expiación.

El orden general del culto de consagración. Tengamos en cuenta que en el capítulo 29 tenemos el origen general de la consagración, tal como Dios lo dio a Moisés en el monte, y este resumen debiera complementarse por la lectura de la realización del acto según los detalles de Levítico 8-9. Veremos diez facetas del acto que son como sigue: 1) la ablución de Aarón y de sus hijos a la puerta del santuario, por supuesto utilizando el lavacro (Ex 29:4); 2) Moisés les viste con la túnica interior; 3) se ciñe esta túnica; 4) Moisés reviste a Aarón de la vestidura de azul; 5) es ceñido del efod; 6) se abrocha el cinto del efod; 7) se coloca el pectoral; 8) se colocan los “Urim y Tumim” en el pectoral; 9) Moisés coloca el turbante en la cabeza de Aarón; y 10) la lámina que dice “*Santidad a Jehová*” se ata al turbante.

La preparación, la investidura y la unción de Aarón (Ex 29:1-7)

La preparación de las ofrendas (**Ex 29:1-3**). Fue necesario preparar los elementos necesarios para las ofrendas, ya que se trata de la iniciación de un nuevo tipo de culto y de servicio que anticipa bastante lo que después será el ritual normal del culto levítico. Había de haber tres sacrificios de sangre, el becerro y los dos carneros, que habían de estar a mano en la puerta del tabernáculo. Había también ofrendas sin sangre, que se llaman “*panes sin levadura*”, “*tortas sin levadura*” y “*hojaldres sin levadura*”, desterrándose todo lo leudo como en el caso de los panes de la Pascua, ya que la fermentación llegaba a ser figura de la obra insidiosa del pecado. ¡Naturalmente eran estos panes y tortas que habían de colocarse en el canastillo, y no el becerro y los demás animales! (versículo 3). Las tortas habían sido amasadas con aceite y las hojaldres untadas con aceite. En el terreno simbólico, todo sacrificio de sangre ordenado por Dios tipificaba el sacrificio de la cruz. Las ofrendas hechas de harina de trigo, sin levadura, y asociadas con aceite, pueden tomarse como símbolos de la sagrada humanidad del Señor, nacido él por el poder del Espíritu y ungido también por el Espíritu para el cumplimiento de su excelsa misión.

La ablución de los sacerdotes (**Ex 29:4**). Antes de la investidura fue preciso lavar a los sacerdotes, utilizando, sin duda, el lavacro que se debía colocar entre el altar de holocaustos y la puerta del tabernáculo. La simbólica limpieza externa señalaba la necesidad de la santidad —separación del mal— en todo lo que se refería al servicio de Jehová. La suciedad que podía adherirse al cuerpo viene al recordar las manchas de pecado que afean al alma, de modo que se prescriben abluciones en distintas facetas del culto levítico, lo que viene a ser el símbolo más obvio de aquella “limpieza ceremonial” que se requería del israelita que participaba en los servicios del tabernáculo. No debe confundirse con “bautismos”, ya que no se conocen como parte normal del ritual levítico, bien que se habían introducido como rito inicial de la comunidad del mar Muerto antes del advenimiento del Mesías, y también se bautizaban los prosélitos al judaísmo. “*La doctrina de bautismos*”, de (**He 6:2**), significa más bien la de “*abluciones*” o “*lavamientos*”. Hemos de entender (**He 10:22**) —“*Acerquémonos ... lavados los cuerpos con agua pura*”— en sentido figurado, basándose el simbolismo sobre el pasaje que tenemos delante juntamente con las demás abluciones prescritas más tarde. Cuando el Maestro lavó los pies a los discípulos —Juan 13— les hizo comprender que aun siendo “*lavados*” por el valor de su sacrificio, próximo a consumarse, necesitaban librarse de las manchas producidas por el caminar de la vida diaria por medio de la acción purificadora de la Palabra y del Espíritu Santo.

La investidura (**Ex 29:4-6**). Véase el párrafo anterior sobre el orden general del rito de consagración.

La unción de Aarón (**Ex 29:7**). Recordemos el sentido de la unción con aceite, que significaba el apartamiento del sacerdote para su obra, la cual había de llevar a cabo en el poder del Espíritu Santo. Es la culminación de la investidura de Aarón, ya que los sacrificios subsiguientes hablan de la expiación, lo único que podía mantener al siervo de Dios en su lugar para el cumplimiento de sus funciones.

La investidura de los sacerdotes (Ex 29:8-9)

Ya hemos visto que los hijos de Aarón le sirven a él haciendo posible su labor, bien que la obra mediadora depende del sumo sacerdote. De ahí la brevedad de la descripción de su

investidura con las prendas que ya hemos notado. Con todo, el momento es solemne para todos, y se dice de ellos: "... *tendrán el sacerdocio por derecho perpetuo. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos*" (versículo 9).

La ofrenda por el pecado (Ex 29:10-14)

La imposición de manos (**Ex 29:10-12**). Recordando que el simbolismo del sacrificio por el pecado subrayaba el horror del mal delante de Dios, con la necesidad de una expiación eficaz, podemos comprender fácilmente el significado de la "*imposición de manos*" que se nota en el versículo 10, que establecía una identificación entre los oferentes y la víctima. Ellos deberían haber muerto a causa de sus pecados, pero "transfieren" la culpabilidad a la víctima inocente, cuya sangre ha de fluir al ser inmolado. La sangre siempre representa "*la vida ofrendada en expiación*" que luego se exhibe en los cuernos del altar. Sólo la sangre de la víctima por Aarón y por todo el pueblo se llevaba al propiciatorio, según los requisitos de Levítico 16 —el día de la expiación—, y normalmente los cuernos del altar servían para presentar la sangre en la presencia de Dios, dando fe de la consumación del sacrificio vicario.

El cuerpo de la víctima por el pecado (**Ex 29:13-14**). "*La grosura*" que cubría las vísceras de la víctima representaba lo más rico de la ofrenda, quemándose por lo tanto sobre el altar. En el caso especial de la ofrenda por el pecado —otro tipo se describe en (**Lv 5:13**), etc., en el que parte de la víctima servía de alimento para los sacerdotes, la víctima fue quemada fuera del campamento. El autor de Hebreos hace una aplicación de este símbolo al Señor, quien "*padeció fuera de la puerta*" (**He 13:12**). Es mejor no sacar más aplicaciones que las precisas, ya que el simbolismo de quemar la víctima fuera del real encierra profundos y sagrados misterios, y sería posible sugerir explicaciones que no rindieran todo el honor debido a la bendita persona del Señor como "*Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo*". En el caso de los sacerdotes representa la obra fundamental de expiación por el pecado sin la cual no les sería posible ejercer sus funciones.

El carnero de holocaustos (Ex 29:15-18)

Hemos señalado anteriormente que el holocausto es el sacrificio que se quemaba en su totalidad sobre el altar, y es el primer tipo que se presenta en Levítico 1. La imposición de manos tiene igual significado que en el caso del sacrificio por el pecado. La sangre se rocía sobre y alrededor del altar como acto de la presentación de la muerte consumada. Los pedazos se colocan sobre el altar y se queman. Simbólicamente este tipo de sacrificio —conocido ya por Noé, lo que indica que se ofrecía con anterioridad a sus días— sugiere que el concepto más fundamental del sacrificio de sangre es la "satisfacción" que se rinde a Dios como una respuesta adecuada a las demandas de su justicia. Aquí ni sacerdotes ni oferentes comen nada de la víctima sino que todo asciende en llamas sobre el altar. Por eso se llama "*holocausto de olor grato para Jehová*", frase que no se emplea para la ofrenda por el pecado.

El carnero de las consagraciones (Ex 29:19-28)

Un sacrificio de paces. En este tipo de sacrificio hallamos el concepto adicional de "participación", empleándose el rito normal para significar que, esencialmente, todo es de Dios, por la quema de la gordura sobre el altar. Sin embargo, éste hace provisión para los sacerdotes y normalmente para los oferentes (bien que no hay lugar para ello aquí). Así

se destaca la comunión que se basa sobre el sacrificio ázimo en la Pascua. La imposición de manos se repite en este sacrificio, y seguramente parte de la sangre fue presentada delante del Señor.

La sangre aplicada a los sacerdotes (**Ex 29:20**). Este sacrificio de “consagraciones” se reviste de rasgos muy especiales y elocuentes, ya que parte de la sangre fue aplicada por Moisés a la oreja derecha de los sacerdotes, y también al pulgar de su mano y pie derechos. Como en la primera celebración de la Pascua en Egipto, cuando la sangre del cordero fue aplicada a los postes y al dintel de las casas significando la separación de todos los de aquella familia para el Señor, aquí es señal de que el valor del sacrificio ha de ser experimentado en la vida y funciones del sacerdote afectando todo su ser: su oído para obedecer, su mano para obrar y su pie para andar en los caminos del Señor.

La aplicación de sangre y aceite a los sacerdotes y sus vestiduras (**Ex 29:21**). La aplicación de la sangre y del aceite viene a ser la consumación de la consagración en sí, ya que se añade la declaración: “... y él (Aarón) será santificado, y sus vestiduras, y sus hijos, y las vestiduras de sus hijos con él”. Las vestiduras constituían la señal externa de la dignidad y eficacia del servicio de los sacerdotes, y habían de ser rociadas, conjuntamente con las personas, relacionándose todo con el simbolismo del sacrificio y del aceite, siendo éste indicio de la presencia y del poder del Espíritu Santo.

Es natural que la figura del rociamiento se recoja en el Nuevo Testamento como figura de la aplicación del valor de la sangre (valor de expiación en vista de la vida entregada) con referencias retrospectivas al Antiguo Testamento que iluminan la posición del creyente en el Nuevo. Así, una de las características de “Sion” como esfera de la gracia en (**He 12:22-24**) es ésta: hemos llegado a “la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. En (**He 9:21-22**) se recuerda que Moisés “roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio” siendo “casi todo purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”.

Quizá se halla una referencia más directa a la consagración de los sacerdotes en (**1 P 1:2**): “Elegidos ... en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo...”. Sin duda Pedro percibía una relación entre el aceite y el Espíritu santificador, siendo el rociamiento de la sangre el recuerdo constante de la expiación de la cruz aplicado a los elegidos.

La ofrenda medida delante de Jehová (**Ex 29:22-27**). Según estas instrucciones, Moisés había de seguir actuando como mediador hasta que Aarón fuese constituido sacerdote. La ofrenda medida anticipa tipos de ofrendas que se detallan, según su uso normal, en Levítico. Ya vemos el propósito del canastillo, que había de recoger las ofrendas “medidas” dispuestas para ser elevadas en la presencia del Señor. Es obvio el significado de esta presentación que señalaba que todo era de Dios antes de ser usado según los reglamentos. La “grosura” que se nombra en el versículo 22 había de ser quemada sobre el altar, como hemos visto en otros casos (versículo 25). En cambio la espaldilla solía ser porción de los sacerdotes, juntamente con el pecho, como también las tortas, y las hojaldres (versículo 23). En este acto inicial parece ser que todo había de ser “medido” antes, y por esta vez la porción de los sacerdotes correspondía a Moisés (versículo 26). Los versículos 27 y 28 forman un paréntesis que anticipa lo que sería normal en el caso de la espaldilla y del pecho en las ofrendas de paces, pues pasarían a ser la porción de Aarón y de sus hijos.

Los siete días de la consagración con instrucciones para el porvenir (Ex 29:29-37)

Las vestimentas y los sucesores en el cargo (**Ex 29:29**). He aquí un versículo parentético que prescribe el procedimiento a seguir cuando un sumo sacerdote muere y le sucede su hijo. Las vestimentas han de ser conservadas (habiendo sido santificadas una vez para siempre) y han de servir para consagraciones sucesivas. Se suponen precauciones para mantener la vestidura sagrada en buen uso.

Los siete días de la consagración (**Ex 29:30,35-37**). Los sacrificios habían de repetirse durante un período de siete días y quizá todo el ceremonial de consagración. No hay duda de que, en las Escrituras, el número siete señala “una serie completa”, basándose el concepto sobre todo en los siete días de la creación y el descanso que se reflejan en la semana completa del calendario.

El uso de los sacrificios de paces (**Ex 29:32-34**). Existe una relación estrecha entre el sacrificio de paces —aquí se trata del caso especial de consagraciones— y “la comida sagrada” que lo seguía. Ya hemos visto que lo normal era la inmolación, la presentación de la sangre, la presentación de las porciones de los sacerdotes (incluyendo las tortas, etc.) como ofrenda mecida, la separación de la porción de los sacerdotes —la espaldilla y el pecho— y aún quedaba el resto del animal, que, normalmente, comerían los oferentes. En este caso no hay más oferentes que los sacerdotes mismos, que han de cocer la carne en “*lugar santo*” y participar de ella. Como siempre, lo que sobraba había de ser quemado para evitar el riesgo de corrupción.

La purificación del altar (**Ex 29:36-37**). Todo el tabernáculo había de ser “*santificado*” (**Ex 40:9**) por medio de una unción de aceite, pero el altar de holocaustos, dada la importancia especialísima de su significado, había de ser santificado con la sangre del becerro (ofrenda por el pecado) y por aceite, repitiendo el proceso siete veces como en el caso de los sacerdotes.

Al fin de todo este proceso se había establecido la diferencia entre “lo santo” y “lo común”, que había de ser rasgo fundamental del régimen levítico mientras durara su misión. Sólo la consumación de todo el simbolismo de la sangre por el sacrificio de la cruz pudo trasladar el concepto de “lo santo” a la esfera espiritual, quitando la importancia del símbolo material y pasándola a personas redimidas por el Señor. Sobre este terreno espiritual aún queda la verdad de que “*el extraño no las comerá, (las cosas sagradas) porque son santas*” (**Ex 29:33**). El camino a la esfera de bendición pasa por la cruz, y los elegidos son los rociados por la sangre y los santificados por el Espíritu (**1 P 1:2**).

El holocausto continuo (Ex 29:38-46)

Las características del sacrificio continuo (**Ex 29:38-41**). Muchos de los sacrificios prescritos en el libro de Levítico dependerían de la voluntad del oferente en las diversas circunstancias de su vida, pero la entrega del holocausto, símbolo del sacrificio que pertenecía a Dios en todo tiempo, no podía dejarse al libre arbitrio de los hombres. Todas las mañanas y todas las tardes un cordero de un año había de ser ofrecido sobre el altar de holocaustos, fuese en el tabernáculo o en el templo. Sin duda ya estamos familiarizados con los diferentes tipos de sacrificios, y sabemos que el holocausto se ofrecía enteramente sobre el altar como “*olor suave*”, tipificando la preeminencia de las demandas de Dios en el significado de la ofrenda.

Los acompañamientos del sacrificio continuo (**Ex 29:40**). Además de la víctima, los sacerdotes habían de ofrecer flor de harina amasada con aceite, apartando también una cantidad de vino para la “*libación*”, que, por lo menos en parte, había de echarse sobre el sacrificio. Dentro de su perspectiva histórica este rito enseñaba a Israel que había de ofrecer todos los elementos de su vida material a Jehová en sacrificio total: animales de los rebaños, flor de los cereales de los campos, y vino de los viñedos. El simbolismo es análogo a los demás holocaustos. Quizá nos sea permitido ver indicaciones de la perfecta humanidad de Cristo en la flor de harina y alusiones al Espíritu Santo en el aceite. El uso del vino como “*libación*” nos extraña, ya que se solía excluir todo elemento fermentado de los sacrificios. Pablo hace uso de la figura de “*libaciones*” en (**Fil 2:17**).

La base de reunión y de comunicación (Ex 29:38-46)

“*Me reuniré con vosotros para hablaros allí*”. En comentarios sobre varios pasajes anteriores (**Ex 25:22**) hemos subrayado que el tabernáculo, con cuanto significaba, hacía posible la presencia de Jehová con su pueblo facilitando la comunicación de su Palabra a ellos. Es oportuno que en este lugar, casi al final de la descripción del tabernáculo y de la consagración de los sacerdotes, el Señor volviera sobre el tema de una forma muy solemne. Detrás de todo el sistema levítico, que ya se ha ordenado en sus partes principales, se halla la obra de la redención determinada antes de los tiempos de los siglos (**2 Ti 1:10-12**) (**Ap 13:8**) (**1 P 1:13-22**), de modo que Dios, pese a los pecados de los israelitas, puede afirmar: “*Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios*” (versículo 45). Él mismo ha santificado el lugar y establecido el orden, de modo que podrá manifestar allí su gloria y comunicarse con su pueblo. La sección termina con la “*firma*” divina que lo garantiza todo: “*YO, Jehová su Dios*”.

El altar de incienso (Ex 30:1-10)

La forma del altar (**Ex 30:1-5**). No sabemos con certeza por qué se dejara la descripción de este importante mueble fuera de la lista de los capítulos 25 al 27 para añadirla aquí. Podría tratarse de un accidente de redacción, pero, con mayor probabilidad, convenía dejarla hasta después de los mandatos sobre la consagración de los sacerdotes por ser este altar el mueble que se relacionaba de una forma particular con la adoración. Ésta, juntamente con los trabajos de inmolación, constituía la corona y gloria de la función sacerdotal. El altar era pequeño —un cuadrado de un codo por dos de altura— y se situaba directamente delante del Señor. Los materiales de su construcción eran los normales: madera de acacia cubierta de oro, y como adorno, cornisa de oro. Sólo se habla de dos anillos para recibir las varas de transporte, quizá por ser tan pequeño el altar.

El uso del altar (**Ex 30:6-9**). El altar se reservaba para un solo uso: el de quemar el incienso aromático preparado según una receta muy especial. Todo lo que tenía que ver con los sacrificios se llevaba a cabo en el altar de holocaustos, pero, como “*rito perpetuo*”, el sumo sacerdote había de quemar el incienso sobre este altar de oro dos veces al día, coincidiendo la hora con la de la inmolación de los sacrificios perpetuos y con la operación de aderezar las lámparas. Por la narración de Lucas 1 sabemos que el servicio no se limitaba al sumo sacerdote, bien que sólo se menciona a Aarón aquí. El uso del incienso para “*agradar*” a los dioses era algo muy conocido en los sistemas politeístas de las naciones orientales, pero, sin duda, los israelitas piadosos comprendían que representaba la alabanza y la adoración que debía ascender constantemente de sus corazones delante del Señor, ya que eran su pueblo, redimido por el sacrificio.

Dentro de las vastas perspectivas del plan de la redención es este sacrificio, comprendido como centro de toda la obra, lo que hace posible la oración y la adoración de los “sacerdotes espirituales” (1 P 2:5). El autor de Hebreos recoge el mismo pensamiento en (He 13:15): “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”. La receta del incienso —que había de ser única— nos recuerda las excelencias de Cristo que nosotros presentamos delante de Dios como única “sustancia” de nuestra adoración, y ya hemos visto que el autor de Hebreos nos recuerda que es “por medio de El” por lo que nos es posible adorar a Dios. El incienso tapaba el mal olor que se producía al aderezar las lámparas de aceite, lo cual puede sugerir la idea de que sólo las excelencias de Cristo pueden “cubrir” el proceso de mantener brillante la llama de nuestro testimonio cuando la “aderezamos” por medio de la confesión.

La expiación del altar de oro (Ex 30:10). Hemos visto que este altar no había de servir para ofrendas de sangre, pero no por eso deja de haber una estrecha relación entre los dos altares, ya que una vez al año, en el gran día de la expiación, el sumo sacerdote había de untar los cuernos del altar de incienso con la sangre del sacrificio por el pecado que se ofrecía en el altar de holocaustos a favor de todo el pueblo. Así “*hacia expiación sobre él*”, ya que todo servicio del tabernáculo dependía del significado de la sangre, siendo este altar “*muy santo*” puesto que representaba nada menos que la adoración del pueblo.

El medio siclo de expiación (Ex 30:11-16)

La utilidad del impuesto. Los israelitas habían de dar con generosidad con el fin de cubrir lo necesario para la construcción del tabernáculo. Sin embargo, convenía, además, que cada uno tuviera que entregar una cantidad fija de plata, no sólo porque aquel metal se había de utilizar en grandes cantidades en los fundamentos, sino con el fin de enseñar a cada uno su responsabilidad en la gran obra. Los primeros capítulos de Números detallan el censo de los hijos de Israel en este período de formación nacional al pie del monte de Sinaí, y en relación con este recuento se exige el medio siclo de plata de los varones de veinte años en adelante.

El significado del impuesto (Ex 30:15-16). No creemos que se utilizara dinero acuñado en los tiempos de Moisés, y el medio siclo significaba un peso reconocido de plata. Es posible que el versículo 13 sea una aclaración hecha por un redactor posterior, cuando ya se había establecido la equivalencia exacta del “*siclo del tabernáculo*”. Lo que nos extraña es que se llame “*la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas*”, ya que hemos visto que la sangre es el elemento fundamental de la expiación, y no podemos pensar que se fundara sobre metales preciosos (1 P 1:18-20). Creemos que aquí se trata de evaluar la reacción del individuo, quien, al entregar lo que Jehová ordenaba, reconocía que su posición y obligaciones como miembro del pueblo redimido dependían enteramente de Dios. Si pudiéramos imaginar a un israelita que dijera: “¿Por qué tengo yo que dar medio siclo de mi plata? ¿No hemos hecho mucho ya con nuestras ofrendas?”, tal persona se separaría en espíritu de todo cuanto significaba el tabernáculo, y quedaría sin la expiación. Como sabemos por la experiencia de David, estas épocas de censo, que revelan el número y la fuerza de una nación, encierran peligros peculiares, ya que son capaces de despertar orgullo y jactancia humanos, de modo que convenía que en tal momento absolutamente todos los varones mayores de edad reconocieran sus obligaciones como israelitas redimidos por la gracia y el poder de Dios (2 S. 24).

La igualdad de las almas delante del Señor (Ex 30:15). Normalmente las ofrendas para Dios han de presentarse en proporción a la prosperidad en lo material del donante (1 Co

16:2), pero no en este caso especial del medio ciclo. Significaba el valor de cada alma delante del Señor, y dentro de este concepto no hay ni rico ni pobre. Cada uno ha de aceptar la obra de la redención como un pecador que sólo vive espiritualmente gracias a la obra de misericordia que emana de Dios: *“Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá del medio ciclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas”*.

El lavacro o fuente de bronce (Ex 30:17-21)

La forma y el lugar del lavacro (**Ex 30:17-18**). No sabemos nada de la forma del lavacro aparte de que se colocaba sobre una base. En el templo de Salomón se dio mucha importancia al lavacro, que se llama *“un mar”*, siendo perfectamente redondo y de anchura de diez codos. Las bases tenían la forma de doce bueyes, muy adornados (**1 R 7:23-40**). Así enfatizaba la importancia de las abluciones de los sacerdotes. Sin duda todo era mucho más sencillo en el tabernáculo, pues la fuente había de ser llevada a hombros por los levitas durante las peregrinaciones, y quizá podemos pensar en una fuente circular de la anchura posible en tales circunstancias con provisión para renovar y verter el agua.

El uso del lavacro (**Ex 30:19-21**). Ya hemos notado la importancia de las abluciones en el sistema levítico (**Ex 29:4**), de modo que basta señalar aquí que los sacerdotes habían de lavar sus manos y pies antes de realizar los actos de servicio en el lugar santo, *“para que no mueran”*. Percibimos una vez más la necesidad de la pureza en todo cuanto atañía al servicio de Jehová, Dios de Israel. Su labor al lado del altar de holocaustos suponía el manejo de animales con las manchas consiguientes. No podían entrar así en el lugar santísimo, y en el camino a la puerta habían de parar junto a la fuente con el fin de llegar con manos y pies limpios a la mesa, al altar de incienso y al candelero. En el día de la expiación el sumo sacerdote había de lavarse todo el cuerpo (**Lv 16:4**). Recordamos al lector las aplicaciones del simbolismo en el Nuevo Testamento que hemos señalado anteriormente.

El aceite de unción y el incienso (Ex 30:22-38)

La importancia de estas instrucciones. La unción de Aarón y de sus hijos se había prescrito ya, como también la construcción del tabernáculo y de sus muebles, y todo había de ser “santificado” por un acto simbólico. Era preciso, pues, que Moisés tuviera a mano el aceite de la unción y que recibiera minuciosas instrucciones en cuanto a su composición. Había de ser preparado con sumo cuidado, reiterándose que nadie había de imitar su composición puesto que era cosa santísima. Si recordamos que la intención espiritual de toda santificación depende del Espíritu Santo comprenderemos la insistencia sobre este punto de este pasaje.

La composición de la unción (**Ex 30:23-24**). La base era aceite fino, que *“por arte del perfumador”* —un arte muy apreciado en el Oriente— había de recibir la esencia de varias especias y sustancias vegetales, sin que sea posible dar a todas una equivalencia exacta en castellano. Arabia era una región famosa por sus hierbas aromáticas, y su cultivo y comercialización adquirían proporciones importantes en los tiempos de los grandes imperios de Egipto y de Mesopotamia.

El uso del aceite de unción (**Ex 30:26-27**). En cuanto a personas, sólo podía emplearse para la unción de Aarón y de sus hijos. Pero antes de ungir a los sacerdotes fue necesario santificar el tabernáculo mismo, con sus muebles y utensilios, con el fin de que los sacerdotes consagrados sirviesen en medio de *“cosas santas”*, o sea, apartadas para

Dios. Todo esto se realizó después de erigirse el tabernáculo, según el resumen que se nos da en el capítulo 40.

El incienso (**Ex 30:34-38**). El uso principal del incienso se ha contado al hablar del altar de oro. También el sumo sacerdote había de quemar incienso al entrar en el lugar santísimo en el día de la expiación (**Lv 16:12-13**). Como en el caso del aceite de unción, la composición había de ser única y lo mejor que pudiera producir el perfumador. Varias de las sustancias mencionadas se derivan de la sabia de varios árboles y de gomas aromáticas, y bien que todo ello no se producía en la península de Sinaí, no hay nada que impidiera a los israelitas que consiguieran las especias de los comerciantes que pasaban por las rutas de aquella región. Tan grave sería el pecado de imitar la composición que la persona que lo intentara había de ser *“cortada de entre su pueblo”*, que, por supuesto, equivale a una sentencia de muerte. Igualmente grave era el pecado de procurar cualquier otro incienso para el culto de Jehová, como lo prueba el castigo de Nadab y de Abiú, quienes murieron delante del Señor por intentar usar falsificaciones a su propio gusto (**Lv 10:1-3**).

Bajo el nuevo pacto estas sustancias materiales no tienen importancia en sí, pero estos reglamentos contienen “lecciones gráficas” de gran importancia, prohibiendo la idea de salir de los límites de la Palabra de Dios o de intentar agradarle con algo que no sea el evangelio en su pureza, con la fragancia de Cristo como la esencia de nuestro culto. Somos llamados a aprender en la escuela de Cristo, y no a inventar religiones ni a modificar lo que Dios, en su gracia, nos ha revelado.

El llamamiento de Bezaleel y de Aholiab (Ex 31:1-11)

Los directores de la obra (**Ex 31:1-6**). Moisés ya ha recibido información exacta sobre la construcción del tabernáculo y sus muebles, con notas sobre varios elementos necesarios para el culto. Se ha discurrido sobre el sumo sacerdote y los sacerdotes en general, y Moisés había recibido instrucciones sobre las vestimentas que habían de simbolizar su función mediadora. Ya sólo faltaba señalar las personas que habían de encargarse de poner el plan por obra. En un sentido se trataba de una obra material, y desde tal punto de vista Moisés había podido buscar personas conocidas por sus dones artísticos y entrenadas en la artesanía. Sin embargo, lo material había de servir para exhibir importantísimas lecciones espirituales, de modo que esta obra de Dios no podía dejarse al azar. Dios aparta a sus siervos no sólo para lo que son obviamente ministerios espirituales sino también para labores artísticas, técnicas y administrativas que también requieren la ayuda del Espíritu Santo. Estos directores —que recibirían la ayuda de muchos *“sabios de corazón”*— eran Bezaleel, de la tribu de Judá, y Aholiab, de la tribu de Dan.

Los siervos de Dios llamados por nombre (**Ex 31:2-6**). No hay muchos casos en la Biblia de siervos de Dios que *“se llaman por nombre”*, y la frase sirve para subrayar la elección soberana de Dios, tratándose de algo que había de servir para la manifestación de su presencia, para el aumento de la revelación divina y para “profetizar” por medio de símbolos el cumplimiento del gran plan de redención. Con todo, es seguro que todo siervo de Dios es “llamado por nombre”, aunque no conste la frase en el texto bíblico. En el Nuevo Testamento nos llama la atención el énfasis sobre la soberanía del Espíritu Santo al repartir éste los dones que se detallan en pasajes como 1 Corintios 12, Efesios 4, etc. Nadie puede ser un verdadero siervo de Dios si le falta la *“santa unción”* del Espíritu Santo, apartándole para la misión que ha recibido según el plan total de Dios.

La preparación de los siervos (**Ex 31:2-6**). Podemos estar seguros de que Bezaleel y Aholiab eran artistas y maestros artesanos bien conocidos en Israel, ya que el Dios Creador que forma la personalidad del hombre es el mismo que dirige su servicio, dotándole del poder del Espíritu Santo. No debiéramos divorciar el don “natural” del “don espiritual”, pues ambos dependen de Dios, y lo normal es que el cristiano consagrado dedique su don natural a su Maestro de tal forma, que, animado especialmente por el Espíritu Santo, llegue a ser el medio para realizar la tarea que le ha sido encomendada. Juntamente con el llamamiento (específico de Bezaleel y de Aholiab se subraya la obra de Dios al llenarles del Espíritu de Dios en sabiduría, en inteligencia, en ciencia (conocimientos) y en todo arte (versículo 3). Los términos sabiduría, inteligencia y conocimientos abarcan tanto la comprensión profunda de la tarea que habían de cumplir como la preparación técnica necesaria, siendo todo avivado por el Espíritu Santo, quien solía “revestir” a los siervos de Dios de la antigua dispensación de tal forma que podían cumplir su misión en el poder de Dios (**Jue 6:34**).

Los ayudadores (**Ex 31:6**). Los directores de una obra necesitan la ayuda de quienes se interesan en la tarea poniéndose a la disposición de los encargados de ella. Esto es también obra de Dios, ya que dice a Moisés: *“he puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón para que hagan todo lo que te he mandado”*. De nuevo se trataba de hombres y mujeres dotados de la habilidad necesaria, pero es Dios quien derrama sobre ellos la sabiduría espiritual que actúa en la esfera del ánimo y del corazón. Por una referencia de (**Ex 38:23**), parece ser que Aholiab era experto en telas, tejidos, bordados, etc., y que había de dirigir la obra de las mujeres en esta esfera de la obra del tabernáculo. Los dirigentes no pueden hacer nada sin “los dirigidos”, y éstos colaboran mucho mejor si lo hacen de corazón que no cuando se trata de trabajos forzados.

La lista de las obras por realizar (Ex 31:7-11)

Esta lista remata las instrucciones sobre la construcción del tabernáculo, enumerándose los muebles y provisiones mencionados en el texto que acabamos de estudiar. El orden es igual que el que hemos visto, con la excepción de que el altar del incienso se coloca en su lugar como mueble que pertenece al lugar santo, juntamente con la mesa y el candelero.

Se vuelve a recalcar la importancia del sábado (Ex 31:12-17)

“Es señal entre mí y vosotros” (**Ex 31:13**). Las repeticiones de ciertos temas en las Escrituras no son ociosas sino que obedecen a la necesidad de subrayar algo muy importante que de otra forma se olvidaría. En notas anteriores hemos escrito con alguna extensión sobre el sábado y los distintos matices de su promulgación y significado. Este pasaje no es mera repetición sino que añade dos rasgos que no fueron mencionados en (**Ex 20:8-11**) y en (**Ex 23:12**), es decir, que el sábado constituía la señal del pacto y que la sentencia de muerte había de ser aplicada al israelita que execrara el pacto por trabajar en día de sábado, fuera de los asuntos legítimos.

La circuncisión era señal del pacto abrahámico y seguía siéndolo (**Gn 17:10-14**), pero la observancia del sábado era un distintivo aún más evidente frente a las gentes que el rito de la circuncisión, ya que otras naciones circuncidaban a sus hijos varones, pero ninguna adoptaba el descanso del día séptimo. Ya hemos meditado en lo que significaba para el israelita piadoso, y sólo hemos de notar su carácter dual aquí, ya que Dios habla de “mis

sábados” y también añade: “*Guardaréis el día de reposo porque santo es a vosotros*”. De nuevo nos valemos del simbolismo del “anillo de la alianza” que recordaba a todos su relación especial con Jehová, por lo cual la profanación de una señal tan sagrada será un verdadero sacrilegio. La sentencia de muerte parecerá muy dura al hombre occidental de nuestros tiempos, pero si nos hemos empapado del sentido de lo que Dios venía haciendo con su pueblo y del simbolismo de la señal veremos que el rebelde se ponía a destrozar deliberadamente una obra divina de enorme trascendencia, siendo imposible que siguiera como miembro del pueblo escogido. En tiempos de flaqueza, en el futuro, no sería posible mantener estas normas enhiestas siempre, pero estamos en período constitutivo, que subrayaba los grandes principios de la vida nacional de Israel, y gracias a ellos llegó a ser posible el retorno a la norma en días de sumisión y de obediencia.

La entrega de las tablas de la ley (Ex 31:18)

La forma de las tablas. Moisés había subido al monte para recibir las tablas que llevaban inscritas, como en documento permanente las Diez Palabras del Decálogo. Antes de la entrega había de recibir el plano del tabernáculo, que, como hemos visto, encerraba lo esencial de todo el sistema levítico, de modo que había provisión para renovar el pacto aun antes de la entrega de sus requisitos fundamentales. Se practicaba mucho en Egipto el arte de grabar jeroglíficos en piedra, pero los grabadores solían trabajar sobre el interior de tumbas y sobre piedras naturales. Era excepcional que se labraran “*tablas*” especialmente para recibir una escritura documental. Dios mismo llevó a cabo esta obra con el fin de poner de relieve el origen divino de su santa ley. “*Escritas con el dedo de Dios*” es una frase antropomórfica para indicar lo que acabamos de expresar. No se nos dice dónde se habían de colocar estas tablas que se llaman “*del testimonio*”. Podría ser que el arca del testimonio estuviese ya concebida como mueble depositario de las tablas desde el principio, siendo éstas la manifestación de la justicia de Dios que revelaba su gloria por encima de su trono. O podría ser que las tablas hubieran de servir como “*testimonio de justicia*” que había de erigirse en medio del campamento (**Dt 27:1-8**), recuerdo perpetuo de las demandas de la justicia de Dios. En este caso la colocación de las tablas debajo del propiciatorio habrá sido rasgo especial de la renovación del pacto, después del terrible pecado del becerro de oro.

El orden del relato

Recordemos que el relato, las leyes y la descripción del tabernáculo siguen un orden espiritual, aun cuando parezca extraño a nuestras ideas de redacción. El largo intervalo de los cuarenta días en el monte dio lugar a la manifestación del espíritu de rebeldía en el pueblo, pero antes de estallar éste ya se había hecho la provisión adecuada por medio del sistema levítico que había de expresar simbólicamente la obra eterna de la gracia de Dios en Cristo. De este modo la renovación del pacto fue posible, pese a la gravedad del pecado. Llegaremos ahora al gran fallo del pueblo, que tan recientemente había declarado que sería obediente a cuanto Jehová había mandado, pero después de este trágico paréntesis será posible ver la realización de los proyectos para el tabernáculo y los sacrificios. No hace falta ninguna “teoría documental”, porque todo se coloca dentro de las amplias perspectivas del plan de la redención en esta parte de las Escrituras que “profetiza” la consumación futura por medio de símbolos.

Temas para meditar

1. Discurra sobre los principios generales de la interpretación de los símbolos del tabernáculo a la luz de **(He 8-10)** con **(He 13:9-16)**.
2. Describa el tabernáculo y sus muebles, ilustrando la distribución de todo ello por medio de un gráfico sencillo.
3. A su criterio y a la luz de **(He 8-10)**, ¿cuáles eran los muebles más importantes del tabernáculo?

El becerro de oro (Exodo 32:1-14)

Introducción

Si por un momento volviésemos al pasaje de **(Ex 24:14-18)** encontraríamos a Moisés subiendo al monte y entrando en la nube de gloria que apareció tras la ratificación del pacto, como ya fue explicado en su lugar. Lo que acontecía en el monte lo sabemos por la narración que cubre los capítulos 25 al 31, sección que ya comentamos anteriormente. ¿Pero qué ocurría mientras tanto al pie del monte? Reanudamos la historia en este punto puesto que el capítulo 32 comienza por describir la actividad del pueblo durante el transcurso de aquellos primeros cuarenta días de la estancia de Moisés en la presencia de Jehová. Lo acontecido es tan impresionante, en cuanto a la naturaleza del pecado cometido, que el Antiguo Testamento se hace eco de lo ocurrido en varios lugares **(Dt 9) (Neh 9) (Sal 106)**. Y no sólo en el Antiguo Testamento, ya que encontramos lo mismo en el Nuevo Testamento, bien a modo de advertencia **(1 Co 10:7)**, bien a modo de explicación del significado de aquella caída **(Hch 7:38-41)**.

Parece increíble que permaneciendo con ellos, no sólo el recuerdo de los sucesos milagrosos de Egipto y el paso del Mar Rojo, sino la visión de la “nube”, el “maná”, y otras evidencias tan inmediatas insistieran en su petición idolátrica, pero el mismo relato nos descubre la innata pecaminosidad del pueblo **(Ex 32:9) (Ex 33:3)** para explicar la causa de tamaño desvarío; una locura semejante sólo puede surgir de la naturaleza caída. Sin embargo, junto con la anterior encontramos escenas conmovedoras, llenas de ternura y ardiente amor, que, por una parte, evidencian la categoría espiritual de Moisés, adecuado mediador y “*fiel en toda la casa de Dios*” **(He 3:2,5)**, y por otra parte una revelación más clara de Dios mismo en lo tocante a su esencia y planes, sin menoscabo de los principios de su gobierno, ambos fundamentados en la santidad de su ser.

Los tres capítulos son una unidad; sobre todo los capítulos 32 y 33 están relacionados íntimamente. En la exposición de éstos iremos desglosando en secciones cortas, aunque naturales en el texto, con el fin de facilitar el seguimiento de los diferentes movimientos del argumento.

La construcción del becerro (Ex 32:1-6)

En la explicación de este pasaje queremos presentar a los dos protagonistas de la caída en la idolatría: el pueblo, con su petición desordenada, y Aarón, quien cedió a dicha petición. Ambas partes han de ser llamadas a cuentas más adelante. Los versículos 1 al 6 los estudiaremos bajo dos epígrafes: 1) la petición del pueblo (versículo 1); y 2) la intervención de Aarón (versículos 2 al 6).

I. La petición del pueblo (Ex 32:1)

La causa de la petición: “*Moisés tardaba en descender*”. La palabra utilizada describe el actuar tímidamente, con reservas, y de ahí, vacilar o tardar, no tomar la decisión de descender. Sin embargo, la posibilidad de tardanza estaba implícitamente contenida en las instrucciones que fueron dadas a los “*ancianos*” anteriormente, al igual que a Aarón y a Hur **(Ex 24:14)**. Parece ser que Jehová quiso poner a prueba la confianza del pueblo hacia El mismo y hacia Moisés **(Ex 19:9)**, lo cual vino a ser causa de vergüenza para Israel, cuyas expectativas fueron defraudadas en la incertidumbre por la suerte de Moisés; les faltó constancia en la fe para esperar contestación de sus peticiones **(Sal 42:3,10,11)**.

Una actitud parecida encontramos en la frase: “¿Quién irá delante de nosotros?” (si con algunos expositores lo leemos en forma de pregunta), que pone de manifiesto la impaciencia que los consumía en medio de la insubordinación.

El tono de la petición: “Se acercaron entonces a Aarón”. La primera impresión que sacamos al leer estas palabras es la de un acercamiento pacífico a Aarón, su guía actual y sumo sacerdote, con el fin de conseguir de forma cortés la petición idolátrica. No obstante, el contexto general apunta más bien a un motín, una aproximación tumultuosa, con el propósito de inclinar la voluntad de Aarón a los deseos de la multitud; esto justificaría la traducción: “se juntaron contra Aarón”, que ha sido propuesta por algún expositor cualificado. La tradición judaica afirma que Hur murió en su intento de apartar al pueblo de su pecado, lo que de ser cierto explicaría aún más la reacción temerosa del sumo sacerdote. En cualquier caso, parece clara la imposibilidad de seguir al Dios invisible y santo al no haber desarraigado de sus corazones las idolatrías de Egipto. Desde luego, no consiguieron su propósito de desandar el camino.

El contenido de la petición: “Haznos dioses que vayan delante de nosotros”. En el hebreo “*elohím*” es plural y se traduce Dios o dioses según el contexto o las exigencias gramaticales (Pratt). Cuando se refiere al Dios único y verdadero se traduce siempre en singular. Aquí es plural, aunque por lo que vemos tenían en mente un solo objeto de adoración; la idea queda bien expresada con nuestra frase: “los poderes del cielo” (Murphy). De cualquier forma, necesitaron un dios visible, con “rostro”, como los demás, del mismo modo que después pedirían un “rey” humano en lugar del gobierno invisible del Dios que era propio de la teocracia (**1 S 8**). ¿Pero, acaso no era un pueblo peculiar? (**Ex 19:5-6**). ¿Por qué entonces un dios al que podían ver y palpar? Cualquiera que fuera la intención del pueblo en ese momento, el hecho cierto es que traspasaron el primer mandamiento; sustituyeron al Dios verdadero, de lo cual queda constancia en (**Neh 9:18**) y (**Hch 7:40-41**).

El carácter de la petición: “*porque a este Moisés...*”.

1. Su petición nace de una fe pervertida. Esto lo deducimos de varios detalles: a) la necesidad de cosas tangibles. Se imaginaban abandonados al no mostrarse cercana la presencia divina. No tenían una fe cimentada en el Dios viviente que ya se había revelado en varias ocasiones. Moisés había sido para ellos símbolo de dicha presencia. ¿Pero dónde está ahora? b) Incomprensión en todo lo relacionado con la redención: “*el varón que nos sacó de la tierra de Egipto*”. No sólo manifiestan su tosquedad con esta expresión, sino sobre todo les falta atribuir a Jehová la liberación de Egipto. c) No entienden la base de su relación con Dios, quizá por no entender bien el lugar de Moisés como mediador. Su comunión con Jehová parece depender más de Moisés, e incluso de un ídolo sustitutorio, que de Dios mismo. Aparentan poder suplir fácilmente al Invisible.

2. Les faltaba reconocer la labor de Moisés. Aparte del carácter insubordinado de su acción muestran: a) falta de confianza y respeto hacia él, ya que parece haberles abandonado; “*a éste Moisés ... no sabemos qué le haya acontecido*”. b) Ingratitud, palpable en el lenguaje indiferente hacia su caudillo e instrumento para sacarlos de la esclavitud. No parecen muy afectados por su suerte en el monte, y tan sólo dan lugar a la impaciencia fruto de su incredulidad.

2. La intervención de Aarón (Ex 32:2-6)

1. Recaba el material (versículos 2 y 3). Ha sido cuestionado tanto el uso de joyas en aquella época como la posibilidad de disponer de ellas más tarde para las ofrendas del tabernáculo. Las explicaciones dadas en diversos partes de este comentario (**Ex 3:22**) (**Ex 12:35-36**), nos relevan de la tarea de explicar nuevamente la tenencia de esta gran

cantidad de bienes en poder de los israelitas, pero en cuanto al uso de joyas invitamos al lector a meditar en (**Jue 8:24-26**), o en (**Ex 11:2**), para comprobar que tanto entre los madianitas como entre los egipcios era normal dicha costumbre, en hombres y mujeres, cosa verificable ya en épocas tan remotas como (**Gn 35:4**). Más adelante, en este comentario, veremos lo mismo al explicar (**Ex 33:4-6**), por lo que no insistiremos más aquí sobre el tema.

De mayor importancia nos parece analizar la conducta de Aarón. Su acción demuestra los rasgos propios de una persona débil de carácter y atemorizada por la coacción. En primer lugar la expresión “*apartad*”, verbo diferente al utilizado en (**Ex 35:5**), o mejor aún “*arrancad*”, es una expresión vulgar que antes que nada revela el enfado consigo mismo por haber cedido a la presión y ser consciente de la incapacidad de afrontar la situación. En segundo lugar el posible empleo de artimañas. Tal vez buscaba tiempo para que Moisés descendiera, dilatando el momento de construir el becerro; o quizá quiso tocar la vanidad y/o la codicia de todos, evitando de este modo la provisión necesaria para la construcción del becerro. Posiblemente trató de hacerles sentir la responsabilidad en que incurría cada uno con el fin de que reflexionasen y pudieran desistir, a la vez que él enjugaba el sentimiento de culpa que le embargaba. Con todo, aunque es fácil juzgar a Aarón por su falta de coraje para oponerse y a la vez elevar la moral del pueblo recordándoles la fidelidad de Dios, recordemos nuestra propia debilidad y pidamos al Señor: “*No nos metas en tentación*”. Tras la fuerte reprensión de Moisés (versículos 21 al 24), que comentaremos en su lugar, no vemos ninguna medida disciplinaria de parte de Dios, lo que podría hacernos pensar en algún tipo de comprensión dentro de lo condenable de su conducta, pero el versículo 25 sí le achaca responsabilidad, y el hecho de haber sido perdonado se debió, sin duda, a la ferviente oración de su hermano (**Dt 9:20**).

Por otro lado observamos el comportamiento del pueblo en este caso. Este pasaje nos enseña que la idolatría tiene un precio, no siendo precisamente menor la cosecha de condenación que recogerían después. Pero no es menos evidente que el idólatra está dispuesto a pagarlo. Es trágico ver a “*todo el pueblo*” sucumbir a un deseo más profundo aún que la codicia o la vanidad, con el fin de conseguir la protección divina que les parecía posible en una imagen visible. No queda duda de la profundidad de su instinto religioso, pero, desgraciadamente, unido a un corazón desviado. No es distinto el caso de los idólatras modernos; la pregunta que hemos de formularnos como creyentes es si los que conocemos la verdad mostramos la misma abnegación hacia nuestro Dios según se nos revela en la Palabra.

2. Erige una imagen (versículo 4). ¿Cómo estaba fabricada la imagen? Dos teorías disputan la respuesta a esta pregunta: a) era de oro macizo, aunque hueca por dentro, y b) era sólo recubierta de oro. Quiénes se inclinan por lo primero enfatizan las palabras “*con buril ... becerro de fundición*”, sugiriendo con ello que habría sido fundida en crisol, en oro macizo, para más tarde ser moldeada a mano. Según pensamos hay más motivo para asumir la segunda posibilidad. La palabra “*forma*” la hallamos de nuevo en (**1 R 7:15**) y en (**Jer 1:5**), lo que nos hace pensar en un crisol para fundir o moldear; pero esto es decisivo, ya que al compararlo con (**Ex 32:20**) parece más natural entenderlo de una estructura o esqueleto, quizá de madera o barro, que luego sería recubierto con láminas de oro (**Dt 9:21**), lo cual explicaría mejor la manera en que fue destruido. Compárese la forma de construir el arca en (**Ex 37:1-2**).

El tamaño final dependería del número de israelitas involucrados y de la cantidad de ofrenda recogida. Más tarde Gedeón fabricó un efod con el botín tomado al enemigo (**Jue 8:27**), aunque sería más iluminador traer a colación (**Jue 17:3-4**) (**Jue 18:30-31**), donde observamos dos cosas: primero, que se pensaba seguir adorando a Jehová bajo forma

visible e invención propia; y segundo, que con tan sólo dos kilos y cuarto de oro se hicieron dos imágenes, la una de talla, la otra de fundición, lo que implicaría la utilización de láminas.

3. Proclamó su significado (versículo 4). Las palabras *“estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”* las volveremos a encontrar en **(1 R 12:28)**; este hecho, junto con la figura del becerro, nos lleva a hacernos algunas preguntas. ¿Qué significa el plural *“dioses”*? Como ya notábamos anteriormente es posible que tuvieran en mente un solo objeto de adoración. Es cierto que el plural nos lleva a pensar que había más dioses como éste y que podrían multiplicarse copias del mismo. Con todo, pudiera tratarse de un plural de majestad y por tanto ser entendido en singular. ¿Qué trataron de caracterizar? ¿Cuál fue la idea que plasmaron? Alan Cole en su comentario sobre Exodus (The Tyndale Old Testament Commentaries, pp. 214-215) dice que *“es más probable que sea el toro que Baal usó para transformarse, según el ciclo de leyendas de Ras Shamra (Baal 1, V, 18)... Que Baal fue ampliamente conocido y adorado en el Delta lo sabemos por la arqueología; y desde luego adorado por algunos semitas residentes allí ... el versículo 6 parece mostrar también la licenciosa adoración de Baal en Caimán (Nm 25:9)”*. Otros han sugerido deidades egipcias e incluso sirias. La interpretación más común es que se trate de Apis, un dios muy popular en Egipto, que tenía forma de toro y era considerado como revelación de Osiris, del cual hemos hablado en la Introducción de este comentario bajo el epígrafe *“La religión de Egipto”*. Todo esto se asociaba en sus corazones depravados con las fiestas impuras de Egipto. Más tarde Josué insistiría en dejar a los dioses egipcios para servir sólo a Jehová (**Jos 24:14**). En cualquier caso, estaban muy lejos de honrar debidamente a Jehová su Dios. ¿Qué significado dieron al becerro?

La palabra *“becerro”* se refiere a un animal como de tres años (**Gn 15:9**), y así le describe en su primera fuerza; por tanto, podemos pensar que trataron de plasmar principalmente el poder del Señor, aunque no tanto el *“poder reproductivo que va desde la adoración de Baal en Caimán al hinduismo actual, y dondequiera que la religión se ve como culto a la fertilidad”* (Cole, op. cit.), ya que si bien parece que practicaron algo de eso, la intención no pasó más allá de hacer una imagen de Jehová y no tanto simbolizar la fertilidad de la naturaleza. La orgía siguió, pero su mayor anhelo era asegurarse el poder necesario para volver a Egipto.

Antes de acabar con este punto queremos destacar dos cosas: a) que *“aun en su pecado, la religión de Israel es histórica y completamente diferente del culto de la fertilidad de Baal en Canaán. Aún mira a un dios que actúa (*“que te sacaron de la tierra de Egipto”*), incluso tratándose de un dios falso”* (Cole, op. cit.); y b) el lenguaje de desprecio hacia los ídolos. Aarón pidió las joyas, sin pararse en lo equivocado de la petición, lo fundió todo ¡y sale un becerro! ¡Enseguida le adoran como dios! (Versículos 3, 4 y 24). ¿Acaso no era totalmente absurdo?

Les auspició una fiesta (**Ex 32:5-6**). 1. El fracaso de Aarón: *“edificó ... pregonó...”* (versículo 5). La Peshitta sugiere traducir el versículo 5 de otra forma, cambiando la vocalización para que diga: *“Entonces temió Aarón, y edificó...”* (citado por Gispen, en Exodus, p. 293), que parece ir psicológicamente a la raíz del problema. Dentro de su problemática buscó satisfacer al pueblo, buscando lo que parecía ser una salida intermedia, que aparentemente aminoraba el pecado al tener la fiesta su significación centrada en Jehová. Aparentemente el temor le llevó a una simpatía subconsciente con las demandas del pueblo, lo cual acarreó grandes males, siendo el más fundamental el sincretismo asociado con la apostasía.

Resulta dramática la forma de prostituir su oficio de sumo sacerdote. En lugar de interceder por el pueblo y expiar su pecado, organiza culto con imagen, altar, sacerdote y

fiesta. ¡Triste remedo de su misión en el pueblo! ¡Gran perversión de la intención divina! Suponemos, sin embargo, que aprendió al menos dos cosas: a) que el llamamiento divino no se debió a su propia dignidad o valía personal sino a la gracia; y b) la importancia de evitar las componendas que aminoren las demandas divinas. Cuando se pierde de vista **(Dt 6:4-5)**, el resultado es infidelidad y sincretismo **(1 R 18:21)**.

2. La apostasía consumada **(1 Co 10:7)**. El cuadro que contemplamos al leer estas palabras nos permite constatar los resultados del deseo maligno del pueblo. El engaño sincretizado afecta la apariencia, el significado, la práctica y la relación mutua. Un altar no era malo en sí mismo, y quizá fueron seguidas las instrucciones de **(Ex 20:24-26)**, pero estaba construido frente al ídolo **(Ex 20:3)**. Una fiesta tampoco había de tener necesariamente acento peyorativo si miramos a **(Ex 3:12)** y **(Ex 5:1)**, pero se adoraba a Dios de forma distinta a como él había mandado **(Ex 20:4-6)**, es decir, mediante un culto inventado y visible, no en Espíritu y en verdad. Tampoco eran malos los sacrificios. El “*holocausto*” era una hermosa anticipación de quien se entregaría sin reservas, en todo el valor de su persona, a Dios. Era, por tanto, símbolo de consagración. Las “*ofrendas de paz*” daban a Dios lo que era suyo a la vez que mostraban la participación del adorador en aquel sacrificio. Hablaba, pues, de “comunión” sobre la base del sacrificio, pero lo ocurrido muestra la tergiversación pueril del significado: “*y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse*”.

Todo surge de un ambiente de idolatría, no ajeno a un medio ambiente religioso, pero repugnante al Dios santo. Adoración vaciada de contenido en lo espiritual y en lo moral. Haremos bien comparando los cantos antifonales después del paso del Mar Rojo **(Ex 15:20-21)**, que nacieron espontáneamente del corazón alborozado de la nación rescatada, con la gritería y las danzas propias de un pueblo paganizado. El “*regocijo*”, a juzgar por el uso del mismo vocablo en **(Gn 39:12-17)**, apunta, además, a una ritualidad impúdica. ¿Acaso todo lo que hicieron no negaba explícitamente la gloria de Jehová?

Diálogo en el monte (Ex 32:7-14)

I. Las palabras de Jehová (Ex 32:7-10)

Dan información a Moisés del pecado del pueblo **(Ex 32:7-8)** **(Dt 9:12)**. A Moisés no le era posible, en aquel momento y lugar, saber lo que sucedía al pie del monte, pero en aquella bendita comunión que disfrutaba con el Señor pudo conocer, mediante comunicación directa de Jehová, todo cuanto acontecía (versículo 8). La información divina a Moisés da paso a un diálogo donde se hace patente la “estatura” espiritual del mediador; su gran amor por el pueblo, su capacidad de intercesión, su profundo conocimiento de Dios.

La naturaleza del pecado se describe con dos expresiones a las que, a propósito, se las coloca con énfasis: “*se han corrompido*”, y “*se han apartado*”. Ambas describen al apartamiento de la ley y de las condiciones del pacto. “*Se han corrompido*” al actuar sin ley, han mostrado su iniquidad y, a la vez, han venido a ser inicuos. “*Se han apartado*” al desviarse del camino, al salir fuera de él y desertar así con rapidez de las estipulaciones pactadas. El “*camino*” indica una manera de vivir, una conducta conformada con la voluntad de Dios; apartarse de la voluntad divina es alejarse de Dios mismo. Han reducido a Jehová, el Invisible, a “cosa” tangible, le han puesto a la altura de los dioses de las gentes, que son vanidad; le expusieron sin santidad al confundirle con la naturaleza que él creó. Han quebrantado la ley y han roto las condiciones del pacto.

Junto con lo anterior destaca la importancia del mediador. En las palabras “*tu pueblo que sacaste*” tenemos la descripción de los “sentimientos divinos” mediante un antropopatismo (figura del lenguaje que atribuye a Dios sentimientos humanos) mostrándonos su

desentendimiento de Israel. El pueblo ya no es digno de vincularse con quien le redimiera con brazo fuerte de Egipto. Dios aborrece la idolatría y condena el pecado con toda severidad. Pero las palabras en cuestión son dirigidas, a Moisés en su calidad de mediador. La Septuaginta (o LXX), traduce la frase: *“que yo les mandé”* (versículo 8), por: *“que tú mandaste”*. Si este fuera el caso, Jehová atribuye a Moisés tanto la liberación de Egipto como las instrucciones para el vivir y el andar de la nación. Reprocha, por tanto, a Moisés la transgresión del pueblo; le manda descender a fin de poner las cosas en orden, y le insta con toda sabiduría a comportarse acorde con su labor de mediación. ¿Defraudaría Moisés al pueblo al cual representaba o afirmaría su labor mediadora?

Hacen un diagnóstico exacto de la naturaleza del pueblo (**Ex 32:9**). La Septuaginta no recoge estas palabras aunque si las incluye en el pasaje paralelo en (**Dt 9:13**). Esto no es decisivo, y la preferencia debe ser para la Masorética o texto hebreo. Destacamos de nuevo el carácter antropomórfico del pasaje que nos es de gran ayuda, pues sin el lenguaje humano no entenderíamos nada del pensamiento divino. Así, *“yo he visto”* sencillamente quiere decir *“llegar a conocer bien”*. Dios ya conocía al pueblo y su naturaleza, pero ahora, el comportamiento inmediato de ellos, por decirlo así, ha provisto a Jehová de conocimiento “experimental”; ya no hay duda de que son pueblo de dura cerviz. Ha quedado demostrado. Son tercos, como el buey que no obedece al que le guía, o el caballo que no responde a las órdenes del auriga o jinete. No admiten corrección, y sólo se someten por la fuerza (**Sal 32:9**). No entienden el servicio al Señor como libertad; evitan la sumisión; mantienen la actitud distintiva de quienes tientan a Dios a pesar de que éste resiste a los soberbios. *“Duros de cerviz”* es una especie de refrán aplicado muchas veces a Israel cuya culminación está en (**Hch 7:51**).

Proponen una solución drástica (**Ex 32:10**) (**Nm 14:12**) (**Dt 9:14**). Estas palabras tienen estrecha relación con lo anterior y nos llevan a dos cuestiones importantes:

1. La posibilidad de un nuevo comienzo. ¿Qué se le está proponiendo a Moisés en este momento? Algunos expositores lo explican como la propuesta de destruir a la “nación”, puesto que había sido ésta quien cayó en la idolatría. Dicen que esta solución no dejaría sin cumplir las promesas hechas a Abraham (**Gn 12:2**), ni a Jacob (**Gn 35:11**), y Dios haría otra gran nación comenzando con Moisés. Sin embargo, explicarlo así quebranta enseñanzas proféticas, incluso mesiánicas. Pongamos por caso a (**Gn 49:10**): *“No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos”*; de quedar sin cumplir (puesto que Moisés era de la tribu de Leví), dejaría a Jacob en el lugar de falso profeta. Además, Israel no sería ya hijo de Jacob sino de Moisés. Por tanto, pese al misterio que envuelve la comprensión de este pasaje, nos inclinamos por entenderlo como un fuerte antropomorfismo que tiende a mostrar hasta que punto Moisés era un verdadero mediador.

2. La dificultad de la prueba ante Moisés. ¿Cuál sería la respuesta de Moisés ante la suculenta propuesta de Jehová? ¿Qué haría ante la disyuntiva de no sufrir más al pueblo y ser una gran nación o identificarse con el pueblo en su pecado? “El destino de la nación está en sus manos para que recuerde su obra mediadora y muestre o no su adecuación al llamamiento como guía del pueblo” (Keil). ¡La exaltación propia a cambio de un pueblo culpable! No cabe duda de que Dios sabe por anticipado lo que harán sus siervos, conoce el corazón de cada uno, pero esto no resta nada al conflicto íntimo de Moisés ni a su libertad para manifestar o no su fidelidad. La reacción de Moisés no se hace esperar (versículos 11, 12, 13, 32), e invitamos al lector a meditar en el (**Sal 106:19-23**), donde hallamos un eco de este pasaje. Para Moisés su pueblo era más importante que su gloria personal. Es un pueblo culpable al que ha de pastorear, pero su oración intercesora es un reflejo, aunque pálido, de (**Is 53:12**).

2. Las palabras de Moisés (Ex 32:11-14)

El contenido de la oración (**Ex 32:11-13**). Véase una ocasión similar en (**Nm 14:13-20**). Jehová no había dicho que destruiría al pueblo sino que esto lo haría con el permiso de Moisés: “*déjame que ... los consuma*” (versículo 10); he aquí la prueba, a la vez que el estímulo, para la oración. El propósito del acercamiento en oración, que puede ser mediante sacrificios (**1 S 13:12**) o por medio de intercesión, es aplacar la ira de Dios y atraer su misericordia. “*Oró en presencia de Jehová su Dios*” quiere decir literalmente “*golpeó el rostro de Jehová*” (Keil), una frase muy gráfica y altamente sugerente que muestra hasta qué punto la gracia de Dios y los años de disciplina en el desierto habían logrado canalizar la fuerte agresividad de Moisés y la solidaridad para con su pueblo de la forma más positiva que podamos concebir. Es como un arrebató de santa indignación al mismo tiempo que de plena sumisión a su Dios. No hay duda de la clara visión que Moisés tiene de la necesidad de salvación y perdón para la nación. La indignación divina ha despertado nuevas fuerzas para interceder, y, en lo que sigue, vemos al menos tres motivos que pone ante la presencia de Dios con el fin de inclinarle a favor de Israel:

1. La relación electiva de Dios hacia Israel: “*tu pueblo, que tu sacaste...*” (versículo 11). No busca atenuantes para el culpable ni trata de esconder lo que han hecho, pero se atiene al propósito de Dios para Israel que apunta a la salvación de todo el mundo. Parte fundamental de este propósito era la salida de Egipto a fin de hacer de Israel una nación escogida que recibiese, guardase y transmitiese los oráculos de Dios hasta la venida del Mesías. Por tanto, el destino del pueblo depende de Jehová, no de Moisés. Israel pertenece a Jehová quien lo sacó de Egipto con propósitos bien definidos. Dios actuaría sin pasar por alto estos hechos.

2. La vindicación de su nombre (versículos 11 y 12). Su “*nombre*” ya se hizo manifiesto en su bondad, sabiduría y poder al sacarlos de Egipto. Es cierto que las naciones, salvo excepciones individuales, no han aprendido la lección, pero menos aún la aprenderían si Israel fuese desarraigado. “*Para mal*” denota la norma según la cual una cosa tiene lugar; Moisés viene a decir que las gentes juzgarían peyorativamente la norma de Dios al sacarles con brazo fuerte, y lo achacarían a la intención divina de destruirles. ¡Pero esto no haría justicia al carácter divino revelado en el Éxodo! Por tanto, Jehová, quien ha de santificar su nombre, mostrará de nuevo su bondad pasada y su claro designio de bendecirles, no de “*vengarse*”. El mismo argumento lo encontramos en (**Dt 32:26-28**), si bien allí desde una perspectiva diferente.

3. La fidelidad a sus promesas (versículo 13). El “*Yo soy*”, nombre divino por excelencia, se ilumina nuevamente al asociarlo con las promesas a los patriarcas. Lo acontecido en Egipto tiene una relación directa con lo que Dios dijo y juró en el pasado (**Gn 22:16**). Las promesas de Dios iban en dos direcciones: a) la seguridad de entrar en Canaán (**Gn 15:13,16**); véase además (**Gn 12:7**) (**Gn 13:15**) (**Gn 15:5,7,18**) (**Gn 22:17**) (**Gn 26:4**) (**Gn 28:13**) (**Dt 34:4**) con (**Ex 2:24**) (**Ex 6:8**); y b) la descendencia misma había de ocupar la tierra y ser muy numerosa. Al pie del monte ahora se hallan los descendientes de los patriarcas y depositarios de las promesas, pero no verán cumplido el juramento divino si Dios llevaba a cabo su intención de destruirles. Más adelante, sobre todo en Deuteronomio, va ser repetido en muchas ocasiones que los propósitos divinos sólo prosperan en manos del autor de tales promesas, sin que al pueblo le corresponda otra cosa que ser recipiente agradecido de cuanto Jehová les provee. Moisés se identifica con los “*siervos*” Abraham, Isaac e Israel (o Jacob según LXX) en cuanto a la fe que recibe y apropia las promesas. No encuentra otro apoyo mejor que la fidelidad divina para su tarea mediadora, y de hecho, ¿qué podría ser más efectivo que apelar a la propia naturaleza divina? La intercesión de Moisés es toda una lección de confianza en la voluntad revelada de Dios.

El resultado de la oración (**Ex 32:12,14**). El cambio aparente de actitud en Jehová es una especie de anticipo de lo que sólo ocurrirá más tarde cuando el pacto fuera renovado. De momento, Moisés ha de descender con la incertidumbre de lo que acontecerá al pueblo, aunque en principio parece haber pasado el peligro de extinción. Aún quedan batallas que librar en oración antes de ver perdonado a Israel y tener la certeza de la presencia del Señor con ellos. Paso a paso Dios va enseñándoles la gravedad de su caída y la importancia de no restar valor a la misericordia del Señor, lo que obligará a la nación a un arrepentimiento profundo.

El “arrepentimiento” divino nada tiene que ver con un cambio de parecer, de mente o de corazón, tal como reza la definición habitual de esta palabra al aplicarse a nosotros (**1 S 15:29**) (**Nm 23:19**); es tan sólo un antropopatismo que busca acomodar las realidades divinas al lenguaje y comprensión humanos. Desde luego sería extraño describir a Dios como “sorprendido” ante el comportamiento humano, o como dudando ante la alternativa de seguir adelante o variar el rumbo de sus propósitos. Tampoco hemos de pensar que la intercesión de Moisés “volcó” la voluntad divina en otra dirección, puesto que Dios conoce todo por anticipado y sus propósitos son inmutables. Dios conocía de antemano cuanto había de ocurrir, incluyendo esto la intercesión de Moisés, y, por decirlo en términos humanos, la providencia divina “cuenta” con las situaciones que pudieran producirse. La condición sin excusa del pueblo, así como la prueba puesta ante el mediador (versículo 10), y la respuesta de éste propicia que Moisés vaya “adentrándose” en los pensamientos secretos de Dios, conociendo de este modo su propósito de amor. Es inútil preguntar qué hubiera ocurrido si el desánimo de Moisés le hubiese llevado al abandono de la intercesión, y lo importante es que mostró ser fiel a su llamado obteniendo de esta forma lo mejor para la nación. Tal cosa no significa claudicación divina y por el contrario sí la maravillosa posibilidad de conocer su gracia, carácter y propósitos en un grado no alcanzado hasta entonces.

La intercesión de Moisés fue una auténtica agonía buscando el perdón, y a la vista del espectador la actitud “actual” de Dios, en contraste con su disposición anterior de destruirles (a lo cual tenía derecho en estricta justicia y a causa de su soberanía), bien puede explicarse como arrepentimiento. La concesión en el lenguaje nos es de gran ayuda (**Sal 99:6**) (**Sal 106:45**) (**Jer 18:8**) (**Jer 26:3,13,19**) (**Am 7:3,6**) (**Jon 3:10**). Por otro lado, la figura del arrepentimiento nos lleva a pensar en el amor divino herido, en cómo es entristecido su corazón por el pecado humano (**Gn 6:6**). Con todo, no caigamos en fáciles y estériles sentimentalismos; el plan de salvación sigue adelante a pesar de la caída del pueblo, porque en el corazón de Dios, antes de su cumplimiento histórico, ya en la eternidad había una cruz.

El pacto renovado (Ex 32:15-35)

Una escena de juicio (Ex 32:15-29)

1. El descenso del monte (Ex 32:15-18)

Las tablas en las manos de Moisés (**Ex 32:15-16**). No queda ya mucho que decir a lo dicho sobre las tablas del testimonio (**Ex 24:12**) (**Ex 25:16**) (**Ex 31:18**), aparte de ser este el único lugar donde se nos dice que las tablas estaban “*escritas por ambos lados*”, algo inusual ya que generalmente quedaba un lado en blanco al grabar piedras. Aquí hay cuatro planas en vez de dos. Sin embargo, más importante son los detalles que las describen en versículo 16, al enfatizar su valor y santidad por tener impresas la voluntad de Dios y su verdad inmutable. Hemos de notar además todos los detalles que hacen patente la ruptura del pacto, porque todo revela el abismo entre las demandas de Dios y la caída del pueblo.

El diálogo entre Moisés y Josué (**Ex 32:17-18**). Hemos de suponer que Josué no estaba en el secreto de lo que Jehová acababa de comunicar. Aunque acompañó a Moisés habría permanecido solo a cierta distancia de éste, fuera de la “*nube*” de la presencia. De allí le recogería Moisés descendiendo juntos hasta el campamento. Al escuchar la algarabía, Josué, con gran alarma por su parte, lo interpretó como ruido de batalla, ya fuera una pelea entre hermanos o se tratase de una invasión enemiga. La contestación de Moisés nos es dada en forma poética, por lo que algunos han pensado en el llamado “*libro de las guerras de Jehová*”, con referencia a (**Nm 21:14,15,27,30**), una porción del cual habría sido colocada aquí. Esto no pasa de ser mera hipótesis quedando sin sustanciar esta teoría. De cualquier forma, puede apreciarse un juego de palabras leyéndolo del siguiente modo: “*No es el ruido de la respuesta de poder, ni el ruido de la respuesta de debilidad; lo que oigo es sonido de una respuesta en coro*”. En otras palabras, lo que se oye no pertenece al estrépito del campo de batalla, con los gritos de los vencedores (respuesta de poder) y de los vencidos (respuesta de debilidad), sino más bien corresponde a un canto antifonal donde se dan alternancia de voces (**Ex 15:21**).

2. Al pie del monte (32:19-29)

La ruptura de las tablas (**Ex 32:19**) (**Dt 9:17**). Moisés ya estaba al corriente de lo ocurrido (versículo 7), pero cuando llegó a cierto lugar desde donde pudo contemplar con sus propios ojos lo que acontecía captó de inmediato la maldad del pueblo. “*Las danzas*” tal vez se refieren “a grupos de danzantes, aunque el plural “*meholot*” se refiere sólo a tipos diversos de danzas o incluso a la vanidad o frivolidad rítmica de los movimientos. Aún puede ser un plural de indignación, como si dijéramos *vaya comportamiento!*” (Pratt). Cualquiera que fuera el caso, parece ser que música y canto se conjugaban con ritos impúdicos alrededor del ídolo, algo muy diferente de lo que vimos poco tiempo antes (**Ex 15:20**), o la danza de David alrededor del arca (**2 S 6:14**), por citar otro ejemplo. No cabe duda que idolatría e inmoralidad van juntas.

No compartimos la opinión de quienes piensan que Moisés, llevado por su ira, se extralimitó al romper las tablas al pie del monte, y desde luego este caso es muy distinto a aquél de (**Nm 20:11-12**). El que las “*tablas*” tuviesen un contenido tan valioso hemos de verlo a la luz del hecho tremendo de la ruptura del pacto, y que fuesen hechas añicos muestra simbólicamente que este fue el caso. Es muy posible que las rompiese por orden divina, pero aun si no fuese así, lejos de asociar la ira de Moisés con su agresividad homicida (**Ex 2:11-13**), o con su impaciencia (**Dt 1:37**), la asociáramos con la ira santa de

Jehová de la cual acabamos de leer en versículo 10, que Moisés compartía plenamente en ese momento. El pacto fue declarado nulo, sin valor (**Ex 24:3,7**) y hemos de dejarnos impactar por el dramatismo de la escena.

La destrucción del becerro (**Ex 32:20**) (**Dt 9:21**). Con este gesto Moisés trata de acabar con el producto resultante del pecado de apostasía que motivó la ruptura del pacto; de esta forma aprendemos varias lecciones:

1. Repudió de la manera más enérgica el significado dado al becerro en el versículo 4.
2. Fue, asimismo, un cumplimiento obediente a un mandamiento fundamental del pacto (**Ex 23:24**). La triste paradoja era que habían de comenzar por aplicarlo en su propio medio, cuando la intención original tenía que ver con los dioses de Canaán.
3. Moisés le recordó que la naturaleza de tal pecado era comparable con el adulterio espiritual (**Ex 20:2-6**). La expresión *“lo dio a beber”* puede tener una semejanza intencionada con (**Nm 5:18-27**). Les enseña también la amargura que acompaña a este pecado, ya que la transgresión ha de ser reconocida y alcanza judicialmente a quienes la cometen; de ahí la necesidad ineludible de expiación como veremos más adelante. Jehová es el “Esposo” de Israel y han de serle fieles.

Por otra parte, no pensamos en algún tipo de “agua de maldición” que produjese la plaga de la que leemos en el versículo 35, como algunos expositores han sugerido.

4. La verdadera naturaleza de la idolatría: *“lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas”*. Nada más gráfico para ilustrar la vanidad de tal ídolo (**1 Co 8:4**). Ciertamente debió avergonzarles y humillarles mucho beber a su “dios” así. Al mismo tiempo es un llamado a poner la confianza en aquel que es Espíritu, quien aun siendo el Creador de todo cuanto existe, se distingue absolutamente de las cosas creadas. En cuanto a la composición y estructura del becerro ver comentario anterior sobre el versículo 4.

La reprensión a Aarón (**Ex 32:21-24**). No creemos necesario repetir los argumentos ya dados sobre el fracaso y la debilidad de Aarón al exponer los versículos 1 al 6. Basta con señalar algunas lecciones que se desprenden de la reprensión: en honor a la verdad, hemos de decir que, a pesar de la gravedad de su falta, Dios escuchó la intercesión de Moisés a su favor (**Dt 9:20**); y que fuese perdonado y repuesto en su lugar como sumo sacerdote fue debido exclusivamente a la misericordia del Señor.

1. El intenso amor por el pueblo que destilan las palabras de Moisés: *“¿Qué te ha hecho este pueblo?”* (versículo 21). La palabra *“hecho”* hemos de entenderla en mal sentido, lo que podemos comprobar leyendo (**Ex 14:11**) y (**Gn 27:45**), pasajes donde hallamos la misma palabra. No podemos decir que Israel era un pueblo fácil de conducir, pero Moisés lo mira desde la perspectiva de quien sirve sin queja, con esfuerzo, con el propósito más firme de prevenir el pecado y promover la santidad. Lo contrario es llevar a otros a “errar el blanco” en cuanto a lo que Dios pide y conviene a su pueblo.

2. El tono y el contenido de la respuesta de Aarón. Lo que dijo de Israel era verdad (versículo 22), pero eso no le exoneraba a él de su pecado (**Gn 3:12**), ya que cada uno ha de admitir su propia responsabilidad en la culpa. En esto contrasta con el amor de Moisés por la nación, amor que, a medida que avancemos en la narración, ha de hacerse más sublime. La manera de describir la construcción del becerro (versículo 24), aparenta ser una excusa infantil. Al leerlo sacamos la conclusión de que el becerro surgió como por encanto más que por obra humana; de forma casual más que por la voluntad caída del hombre. Encontramos un cierto tono de ironía en la expresión de Aarón, aunque no

parece haberla en la intención. Alan Cole sugiere que se trata de una cortesía oriental, admitiendo el hecho del ídolo pero expresándolo en términos vagos.

La forma de dirigirse a Moisés está llena de respeto (**Nm 12:11**), e incluso de temor (versículo 22). No nos da la impresión de que intente enfrentar a Moisés con el pueblo al contar lo que dijeron de él (versículo 23); es posible que se trate de un simple relato de hechos. Después de oír toda su contestación parece ser que Moisés no creyó conveniente contestarle prefiriendo interceder a su favor.

3. La ejecución del juicio (Ex 32:25-29)

Una orden y su motivo (**Ex 32:25-26**). “Desenfrenado” y “permitido” traducen la misma palabra hebrea, la cual significa “suelto” o “soltar”. Ambas palabras intentan describir la conducta del pueblo y al causante de esa locura, o sea Aarón, quien al “soltar las riendas” facilitó que se comportaran como caballos desbocados. Es instructivo notar el uso de esta palabra en el Antiguo Testamento. En (**Ex 5:4**) se usa en el sentido de librar del trabajo. En (**Lv 10:6**) y (**Lv 21:10**) se relaciona con la santidad sacerdotal; mientras que “descubrir” la cabeza es asociado a impureza o culpabilidad (**Lv 13:45**) (**Nm 5:18**). De los dirigentes del pueblo se dice, en tono laudatorio, que se han “puesto al frente” para luchar contra el enemigo (**Jue 5:2**). Sobre todo aparece en Proverbios para enseñar acerca de la bondad de recibir el consejo y no menospreciar el mandato de Jehová (**Pr 1:25**) (**Pr 4:15**) (**Pr 8:33**) (**Pr 13:18**) (**Pr 15:32**); en contraste con esto tenemos a Acab, el rey de Israel, quien “había actuado desenfrenadamente” (**2 Cr 28:19**) al desatender o desligarse del mandamiento de Dios.

Este uso de la palabra nos ayudará a explicar la permisión de Aarón y el desenfreno del pueblo en ese momento, pues aunque no se nos dice las formas concretas que tomó dicho desenfreno (aunque puede verse nuestro comentario al versículo 6), lo fundamental fue el repudio de la revelación de Dios, sin la cual toda moralidad pública acaba o queda resentida de alguna manera. Aarón no debió descubrir su cabeza sino ponerse al frente del pueblo en la obediencia y en la defensa de los preceptos de Jehová contra quienes querían desviar al pueblo.

Un pasaje instructivo a este respecto, que tal vez se inspira en este relato de Éxodo, lo hallamos en (**Pr 29:18**), donde leemos: “Sin profecía el pueblo se desenfrena; más el que guarda la ley es bienaventurado”, que resume muy bien la gloria del monte en contraste con la vergüenza del valle. Los israelitas ya conocían las demandas divinas (**Ex 24:3-8**), de modo que no pudieron alegar excusa. Sin embargo, no era esta la única vez que desobedecieron, pues más tarde habían de repetir la insensatez (**Nm 25:1-9**) (**1 Co 10:8**). Moisés percibió muy bien la trascendencia y el resultado esperado al comprender que era “para vergüenza entre sus enemigos”, siendo estos todos los que lo oyesen en el futuro. Como nación separada para Jehová, Israel ha quedado en evidencia, es causa de irrisión y escarnio, está expuesta a los mayores peligros. Esto alcanza al Señor y a su nombre (**Ex 32:12**) (**Dt 28:37**) (**Is 52:5**).

La orden de Moisés: “¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo” (versículo 26), es una iniciativa que trata de cortar de raíz la perversión del culto que agrada a Dios apelando a la voluntad de cada uno. Esto, no sólo honraba a Dios y daba al pueblo oportunidad de arrepentimiento, sino que además facilitaba la tarea de Moisés como mediador, quien podría esperar, al igual que Abraham (**Gn 18**), perdón si había un número suficiente de justos entre el pueblo, al mismo tiempo que podría aplacar la ira de Dios mediante un juicio sobre personas recalcitrantes del pueblo.

El contenido de la orden (**Ex 32:27**). La orden de Moisés fue cruel hablando humanamente. No obstante, hemos de pensar que los sentimientos que no se sujetan a la

Palabra de Dios impiden ver la realidad desde la perspectiva adecuada. Con frecuencia juzgamos las cosas como las juzga el hombre y no conforme al patrón divino. Dudamos que en una decisión como esta estuviese ausente el mandato previo del Señor, con todo, aun en el caso de que Moisés actuara sin mandato expreso de Jehová, no le faltaban criterios divinos para guiarle en esta decisión. Para Dios era fundamental la existencia de Israel como pueblo peculiar. No olvidemos que la elección de este no se debió a ningún tipo de parcialidad de parte de Jehová, sino que era pieza fundamental de su plan que el Mesías naciera en el seno de aquella nación para que fuese salvación hasta lo postrero de la tierra. Israel no sólo había de mantener su existencia a través de los siglos, sino, además, mantener su separación de los otros pueblos, y esto, guardando las demandas del Dios santo. A este respecto, no olvidemos la naturaleza del pecado cometido: era una ruptura del pacto, y lo adecuado, en justicia, era el juicio de la nación.

Sin embargo, quedaba la cuestión de la culpabilidad personal, y siempre en casos similares es posible apreciar grados diversos de culpabilidad; por tanto, en su afán de salvar a la nación, Moisés creyó conveniente hacer una distinción entre rebeldes y arrepentidos, cosa que no era ajena al carácter del Dios del pacto, y así escucharon el llamamiento: “¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo”, en el versículo anterior.

Lo dicho hasta aquí nos ayuda a explicar el modismo: “*matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente*” (versículo 27), que de ningún modo quiere decir que habían de matar a sus más allegados solamente, sino que no respetasen en la ejecución del juicio a nadie considerando que eran parientes o amigos. La norma única había de ser el amor y el celo por Jehová respondiendo a las demandas absolutas del Dios santo (**Mt 10:37**) (**Lc 14:26**), sin importar que acción semejante causara división profunda entre los hombres (**Lc 12:51-53**). Habrían de sufrir “en carne propia” que la muerte es lo único que concuerda con el pecado. Aprenderían a “poner a muerte” cuanto respondiera a la rebeldía, ajeno por tanto a la voluntad de Dios.

Los ejecutores de la orden (**Ex 32:26,28**). Al parecer fue unánime la respuesta de la tribu de Leví al llamamiento de Moisés, tribu a la que pertenecía este, que tal vez favoreció la decisión decidida de aquellos. No nos es posible saber si estuvieron involucrados en la “fiesta” y luego reaccionaron los primeros, o si repudiaron todo desde el principio, pero hemos de tomar “*todos*” en sentido espiritual más que absoluto, abarcando a cada uno que estuvo dispuesto a responder con obediencia poniéndose del lado de Jehová.

El resultado de la orden (**Ex 32:28-29**). 1. La matanza efectuada (versículo 28). Por lo que se ve el castigo fue más liviano de lo que cabría esperar en estas circunstancias, pero la cifra, relativamente pequeña, asegura la historicidad del relato, puesto que de no ser histórico casi con toda probabilidad hubiera sido alterado el resultado. Sacamos la impresión de que la matanza continuó en tanto hubo quien mantuviese la rebeldía, cesando una vez el pueblo dejó su desenfreno al comprobar que la matanza sobre los culpables era un hecho. Si fuese así, el castigo sería ejemplar, aunque no exento de gracia, la elección de las víctimas accidental pero no injusto, y creemos que la “suerte” de cada uno en este caso también estaba en manos del Señor. “La falta de resistencia del pueblo puede ser explicada en parte por el respeto a Moisés, a quien Dios ya había acreditado ante la nación, y en parte por el abatimiento y temor propios de una conciencia culpable que impidió toda capacidad de decisión opuesta al mandato de Dios” (Keil).

2. La consagración realizada (versículo 29). Haremos bien en leer este pasaje en la versión Moderna, cuya redacción es como sigue: “*Porque les había dicho Moisés: Consagraos hoy a Jehová, aunque sea cada cual en su mismo hijo, o en su hermano; para que él os dé hoy su bendición*”. Así volvemos al versículo 27, aunque ampliando el significado de aquella orden. “*Consagraos*” no tiene el significado de ofrecer un sacrificio

al Señor, sino en sentido más general proveerse de algo que ofrecer a Dios (**2 Cr 29:31**), que, en este caso, se relaciona con sus mismas personas en tanto cumplieron el mandato divino, sin considerar su vinculación afectiva o familiar, haciéndolo por causa del Señor (**Dt 33:9**). Hubo esta disposición en los levitas. Esta entrega total les hizo apropiarse y confirmar su elección al servicio exclusivo de Jehová en medio de Israel. Esta es la bendición a la cual se hace referencia.

Es instructivo hacer una comparación con Génesis 34. Allí Leví actuó por venganza, sin discernimiento ni de la verdad ni de la justicia. Impuso su ley mediante la violencia por una falsa comprensión de los lazos de sangre. Aquí sus descendientes mantienen el “genio” de su antepasado (**Ex 2:12**), pero en esta ocasión la venganza era del Señor, siendo relativos los lazos de sangre al sopesarlos con la obediencia que debían a Dios. Aunque siguen vigentes las palabras dichas en (**Gn 49:5-7**): “Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel”, con todo, han de disfrutar una relación única al servicio del Señor para beneficio de Israel (**Nm 18:20**) (**Dt 10:9**), ya que hicieron suya la causa de Jehová.

La intercesión en el monte (Ex 32:30-35)

1. El propósito de la oración (Ex 32:30)

Como ya apuntábamos al comentar (**Ex 32:14**), habían de pasar una serie de etapas, que iremos señalando en la exposición del texto, antes de la renovación del pacto. Es cierto que parece haberse evitado la ira destructora sobre Israel como nación, pero no había promesa definitiva de perdón. Así que Moisés busca aplacar a Jehová, cosa que de momento sólo se contempla como posibilidad: “*quizá le aplacaré*”. Esta duda razonable de Moisés nos asegura de la sinceridad de lo que está haciendo, así como del gran afán del mediador por alcanzar un perdón que resulta tan inmerecido. No menos valiosa es la disciplina a la cual él mismo está sometido. Su carácter se va forjando y su conocimiento de Jehová ampliando notablemente. Mientras tanto el pueblo no había de quedar desligado e indiferente a la labor mediadora de Moisés, siendo preciso que quedasen impresionados por la magnitud de su pecado por eso les dijo: “Vosotros (enfático y personal) *habéis cometido un gran pecado*”. No habían de olvidar la importancia de lo que se estaba dilucidando en el monte, y podemos imaginar la ansiedad con que esperarían noticias de Moisés.

“*Aplacaré*” es una palabra relacionada con el vocabulario de la expiación (**Ex 29:36**) (**Ex 30:10,15**); puede traducirse por “*cubrir*”, ya que “el hebreo carece de voz que exprese la idea de expiación o satisfacción a la justicia divina, y se atiende más al efecto que al medio de la expiación, y de ahí poner a cubierto al pecador. Hablando con propiedad, la expiación se efectúa por medio del sacrificio por el pecado; el rescate mediante el precio pagado; el perdón o la remisión por medio de la oración; y la protección del pecador surge de las tres cosas. La voz cubrir lo dice todo, y la traducción debe ceñirse a cada caso” (Pratt). Moisés desea hacer su parte por la oración para buscar el perdón, puesto que, en cuanto había observado anteriormente sobre el sistema levítico, podía vislumbrar la solución provista por el Dios de toda gracia. La muerte es el castigo merecido por el pueblo e irremediable si el “cubrir” no es efectivo; Moisés acude para salvarles de esta situación desesperada, y él mismo va a comprobar la eficacia de todo aquello que le había sido mostrado en el monte.

2. El contenido de la oración (Ex 32:31-32)

El elemento de confesión: “*Se hicieron dioses de oro*”. Es un reconocimiento explícito del pecado consumado. No hay ningún tipo de ocultación sino una confesión sin paliativos. “*Se hicieron dioses de oro*” recuerda (**Ex 20:23**), y así el pecado toma la forma de

transgresión, de rebelión contra un mandamiento conocido. Las palabras *“ha cometido un gran pecado”* apunta a lo dicho por Moisés al pueblo un poco antes (versículo 30), no siendo posible imaginar en su magnitud el tremendo dramatismo de este momento: al pie del monte un pueblo culpable que merece y espera la destrucción, mientras tanto la inefable intercesión buscando aplacar la justa indignación de Jehová.

El elemento de petición: *“Que perdones ahora su pecado”*. La petición tiene como único tema la remisión del pecado de Israel. Perdonar es cancelar la culpa y/o el castigo debido al pecado, librar de una obligación, y sobre todo remitir o enviar lejos de forma que Dios mismo “no pueda” encontrarlo (**2 S 12:13**) (**Mi 7:19**). En seguida veremos que su petición estaba repleta de simpatía pues Moisés no duda en asociarse con un pueblo pecador.

El elemento de identificación: *“Ráeme ahora de tu libro que has escrito”*. Los expositores están divididos en dos grandes grupos a la hora de explicar la naturaleza del ofrecimiento o petición de Moisés:

1. Los que creen que Moisés pensaba en una sustitución miran al versículo 30, a la idea de aplacar o cubrir, que muy bien pudo suscitar en su mente el sacrificio en lugar de otros. Estiman, asimismo, que lo anterior se confirma al explicar el *“libro de la vida”*, de modo que la intención de Moisés no era distinta a la de Pablo en (**Ro 9:3**). Un reflejo indudable de la obra de Cristo.

2. Los que creen que no se trata de una oferta de sustitución a favor del pueblo sino de una petición solidaria de morir junto con su pueblo en el caso de que Israel fuera destruido. En este caso Moisés se reafirmaría en rechazar la oferta de (**Ex 32:10**), que ya expusimos en su lugar.

Es evidente el interés del fiel mediador por llevar su labor de mediación hasta sus últimas consecuencias, haciendo suya la caída del pueblo. En cualquier caso vemos la consagración total a su tarea junto con su amor sacrificial. Los rasgos de pastor y servidor sufriente, que habría de mostrar muchas veces a lo largo de su vida, le asemeja al Buen Pastor que da su vida por las ovejas (**Jn 10:11**). ¡Cuán avergonzados quedamos al contemplar este ejemplo sin par! La destrucción del pueblo le llevaría a perder el sentido de su existencia; toda bendición para él quedaría ensombrecida. Hasta este punto llegó su identificación; la solidaridad ya había sido asumida anteriormente en una decisión rotunda (**He 11:24-26**); su reacción actual es coherente con aquella decisión. Pero esta actitud, aun siendo tan grandiosa, queda pálida ante la persona y obra de Cristo (**He 2:10-15**).

“Tu libro que has escrito”. El *“libro de la vida”* o de los vivientes, que aparece con significados diversos a lo largo de la Biblia, es una figura tomada de los registros de las ciudades, los cuales contenían los datos de sus habitantes y garantizaban el disfrute de los privilegios de ciudadanía. Lo mismo podemos ver en Israel con sus listas de censos y registros familiares, aunque el significado de sus genealogías sea más profundo (véase comentario sobre 6:13-7:7). Era importante, por ejemplo, demostrar la pertenencia a una u otra de las familias del pueblo de Dios, después del exilio, para tener derechos de ciudadanía, etc., según leemos en los libros de Esdras y Nehemías.

Un paso adelante en el tema lo encontramos en (**Is 4:3**) (**Sal 69:28**) y (**Dn 12:1-2**), donde se asocia con *“santo”*, *“justo”*, e incluso destino eterno, señalando de este forma la transición al Nuevo Testamento, donde ya no es mera metáfora para hablar del mundo de los vivos en sentido físico, ni tan sólo alusión a la soberanía divina sobre la vida o la muerte, sino lo que asegura vida aquí y en la eternidad (**Lc 10:20**) (**Fil 4:3**) (**Ap 13:8**) (**Ap 21:27**). Así pues, lo apropiado de ciudadanos celestiales y su comunión con el Dios viviente. Hallamos, también, alusión en (**Mal 3:16**) al *“libro de memoria”*, que

simbólicamente se refiere a la recompensa fijada y determinada por Dios para sus siervos que le aman y le sirven.

No nos es posible decir con certeza qué es lo que Moisés tenía en mente, salvo que “*ráeme*”, a juzgar por el uso del término en **(Ex 17:14)**, hemos de entenderlo en sentido absoluto. Pero, ¿qué significaría esto para Moisés? Es indudable que él no pudo entenderlo con un alcance tan amplio como lo vemos a la luz del Nuevo Testamento, pero en su caso la muerte física incluiría la pérdida de comunión y amistad con Dios que disfrutaba en la actualidad. Sea como fuere, el gesto de Moisés quedó en los anales bíblicos como ejemplo de sublime abnegación y generosidad.

3. La contestación a la oración (Ex 32:33-35)

La respuesta a Moisés **(Ex 32:33-34)**. Esta respuesta, que entrelaza principios de justicia y de misericordia, podemos resumirla del modo siguiente:

1. El castigo es para el culpable, no para el inocente (versículo 33): “*Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro*”. De esta forma es rehusado el anterior ofrecimiento de Moisés. Queda enunciado aquí el tema de la responsabilidad individual, que, aunque claramente expuesto por Jeremías y sobre todo por Ezequiel, no es una doctrina desconocida en otras partes de la Palabra de Dios, pues, ya en el Edén cada parte implicada escuchó el veredicto conforme a su responsabilidad personal. Más tarde hemos de escuchar la paradoja de que Dios justifique al impío castigando el pecado en un sustituto inocente, pero el principio es válido en estricta justicia.

2. El castigo se posterga pero no se cancela (versículo 34): “*Pero en el día del castigo, yo castigaré en ello su pecado*”. De hecho, toda la generación pereció en el desierto **(Dt 1:35)**, aunque esto se atribuya más bien a la incredulidad en Cades-barnea. Este principio se cumplía cada vez que el pueblo desafiaba a Dios. Por otra parte, no era la primera vez que el pueblo desobedecía, altercaba o desaprobaba la obra de Jehová **(Ex 14:11-14)**. Es indudable que hacerles entrar en Canaán hubiera sido inútil. ¿Cómo vencer al enemigo y conquistar la tierra con tan reiteradas muestras de incredulidad? En el incidente del becerro revelaron su verdadera naturaleza, por lo tanto, era “prudente” e irremediable mantenerles en el desierto.

3. El propósito de Dios permanece (versículo 34). El plan de Dios queda intacto a pesar de instrumentos tan indignos. Encontramos un atisbo de perdón en las palabras: “*lleva a este pueblo a donde te he dicho*”. Dios es fiel y nunca se queda sin remanente, aunque sea tan pequeño como Josué y Caleb. Sin embargo, parece introducirse una modificación en la condición anterior con las palabras: “*he aquí mi ángel irá delante de ti*” (versículo 34). Sin duda era tan seria la enmienda del plan que motiva los incidentes relatados en el capítulo que sigue. Era preciso que el pueblo sintiese la pérdida de la presencia divina y mostrase síntomas inequívocos de arrepentimiento, antes de que la gracia de Dios brillase de nuevo.

Juicio sobre el pueblo **(Ex 32:35)**. No tenemos ninguna descripción de esta plaga ni de su naturaleza, quizá se trate de una referencia general al castigo sobre toda la generación cuando llenaron la medida de sus pecados **(Nm 14:26-35)**, cosa que, al parecer, Jehová vio era inevitable anticipadamente. No obstante, “*hirió*” **(Ex 7:25) (Ex 8:2) (Ex 12:23,29)**, podría aludir a un castigo concreto. En rebeliones futuras Dios estimaría el pecado del becerro como agravación, y el pueblo recibiría la medida justa de castigo. Lo que generaba la raíz del pecado descrito aquí era la causa motriz de todo lo que surgió posteriormente, de modo que, viene a colación el dicho judío, muy conocido por los expositores de que “no hubo aflicción que sobreviniera a Israel, en cualquier época de su historia, que no tuviese mezclada alguna partícula del polvo del becerro de oro”.

La presencia de Dios prometida (Exodo 33:1-23)

Consideraciones generales

Es evidente la relación de este capítulo con el precedente. Más difícil, en cambio, parece ser la ilación de pensamiento. Probablemente lo mejor sería vincularlo con (**Ex 32:34**), aunque algunos expositores lo hacen depender de la oración que hallamos en (**Ex 32:7-14**), que, a nuestro juicio, es una referencia más lejana. Aparentemente Jehová sigue hablando a Moisés para explicarle las nuevas condiciones de la marcha a Canaán; si fuese así, el pensamiento fluye de forma natural.

Lo más importante del capítulo 33 es el tema de la presencia de Dios en medio de su pueblo; nos arriesgamos a decir que todo gira alrededor de este tema, que dicho sea de paso, es fundamental en todo el libro. Antes de pasar a examinar su contenido hemos de hacernos dos preguntas: ¿cómo puede ser experimentada la presencia divina una vez dejado Sinaí? ¿Cómo puede experimentar la presencia divina un pueblo “*duro de cerviz*”? Lo último nos parece más fundamental. Sintetizando los diversos movimientos del argumento hacia la plena restauración nos encontramos con lo siguiente: 1) la propuesta de destruir al pueblo. Jehová “cede” ante la ardiente intercesión de Moisés (**Ex 32:7-14**). 2) El mandato de partir (**Ex 32:34**) pero en condiciones precarias (**Ex 33:1-3**). 3) La intercesión en el tabernáculo de reunión (**Ex 33:7-11**), y en el monte (**Ex 33:12-23**), que decidió plenamente la cuestión.

Es obvia la intención de educar al pueblo al mismo tiempo que moldear a Moisés como mediador indiscutible y único del viejo pacto mediante una fuerte disciplina.

La presencia perdida (Ex 33:1-6)

I. El contenido de la noticia (Ex 33:1-3)

Nueva comisión (**Ex 33:1**): “*Anda, sube de aquí...*”. Dos cosas llaman la atención de este mandato recibido por Moisés. En primer lugar tiene que ver con “*el pueblo que sacaste de Egipto*”, claro indicio del desagrado divino ante la transgresión cometida sin que hasta el presente hayan habido muestras visibles de arrepentimiento; en segundo lugar la comisión se relaciona con “*la tierra de la cual juré diciendo: A tu descendencia la daré*”, que muestra la continuidad de las promesas de gracia dadas a los “*padres*”. El pueblo avanza a impulsos de la fidelidad divina.

Nuevas condiciones (**Ex 33:2-3**). “*Yo no subiré en medio de ti*”, expresa la idea principal con lenguaje antropomórfico. De forma gráfica se describe a Jehová andando con su pueblo haciendo sentir así su presencia. No subir con el pueblo tendría dos resultados: primero dejarían de ver las señales de gracia, guía y protección; segundo, no serían consumidos, ya que implícito está el pensamiento que Dios no vería la infidelidad evitándose de esta forma la destrucción. Vuelve a ser enfatizada tanto la santidad como la misericordia divina.

Pero Israel no iría solo, la oferta se concreta en dos palabras: “*enviaré*” y “*echaré*”. Moisés había de enfrentar una nueva prueba que consistía en una contestación indirecta de las promesas divinas. Si anteriormente no había aceptado una nación nueva, salida de sus lomos, tampoco ahora había de conformarse con menos que con el Dios de toda gracia. Hay diversas opiniones en cuanto a la identidad del “*ángel*” que sería enviado, aunque la interpretación va en dos direcciones: 1) los que identifican a este ángel con el “*Ángel de*

Jehová” (ver VM) del cual hemos hablado al exponer (**Ex 23:20**). 2) Los que entienden que es un enviado angélico (minúscula en RV-60) que les había de guiar hasta Canaán, en quien verían tanto el cuidado como la ausencia divinas. Pensamos que (aunque ha sido sugerida también una referencia a Josué), hemos de entenderlo del “*Ángel de Jehová*” aunque de forma vaga; Moisés mismo comprenderá después mucho más de las relaciones de Dios con los hombres y la verdadera naturaleza de Jehová (ver más adelante el comentario sobre los versículos 12 al 23).

2. El efecto de la noticia (Ex 33:4-6)

Un expositor, cuyo nombre no recordamos, ha dicho que aquí, “se toca lo finito y lo infinito, la mente mutable del hombre y la inmutable de Dios”. Jehová actúa con aparente lentitud pero con el más firme propósito de producir en Israel conocimiento de pecado y arrepentimiento genuino. Hasta donde podemos juzgarlo, la respuesta de la nación fue humilde ante la perspectiva, nada halagüeña por cierto, de perder la presencia divina. En lo que sigue palpamos la sabiduría con la que el Señor trata a su pueblo, repitiendo primero la amenaza de destruirles a causa de su obstinación, caso de ir con ellos, y después dándoles un resquicio de perdón al decirles: “*para que yo sepa lo que te he de hacer*”, en otras palabras, decidiré lo que haré cuando vea como respondéis (versículo 5). En vista de la reacción positiva del pueblo (versículo 4) trata de incentivar la humillación incipiente para transformarla en arrepentimiento genuino, condición indispensable para conseguir la remisión. ¡Nadie como el Señor anhelaba perdonar a la nación!

“*Se despojaron de sus atavíos*” (mismo verbo que en Ex 3:22), es el síntoma externo de la actitud contrita del corazón. No debería extrañarnos la condición puesta por Dios, ya que tales atavíos habían sido ocasión de pecado y tuvieron su parte en la adoración del becerro. Despojarse de ellos tenía gran significado mirando a la ofensa hecha al Señor y la renuncia necesaria a repetir el mismo pecado en lo sucesivo. Acorde con esto, “*se despojaron... desde el monte Horeb*”, dicho de otra forma, asumieron la actitud conformada a un espíritu compungido desde ese momento. De hecho, los bienes habían de ser más tarde canalizados para el servicio del Señor (**Ex 35:22**), pero para ello era preciso la vuelta del corazón, sede de todo cuanto contamina al hombre.

Separación de la presencia de Dios (Ex 33:7-11)

1. La identidad de la “*tienda*”

Creemos necesario hacer este apartado en vista de las teorías sobre el tema. Estas hipótesis son enunciadas unas veces partiendo del vocabulario empleado (véase comentario sobre el capítulo 25), otras como mera especulación. La estructura gramatical, construida con verbos en tiempo imperfecto, ha dado lugar también a elucubraciones que no sólo han discutido la identidad de la “*tienda*” sino que han llegado a cuestionar la colocación de los versículos 7-11 en este contexto. ¿Es quizá esta tienda el tabernáculo ya construido, y los versículos 7-11 nos dan noticia de algo posterior que fue insertado aquí? ¿Se trata de alguna morada temporal de Jehová perteneciente a los antepasados de Israel y traída desde Egipto? ¿Es acaso el lugar donde moraba un arca anterior a la que había de ser construida? ¿O, en fin, se construyó un arca con los ornamentos citados en el versículo 6, haciéndose necesario una tienda para contenerla?

Por nuestra parte pensamos que hemos de respetar el texto y no desquiciarlo si no hay motivo alguno para ello; al hacerlo así, llegamos a las conclusiones siguientes:

1. Los versículos 7-11 siguen de forma natural al contexto anterior. Los verbos imperfectos nos hablan de acciones acostumbradas o repetidas que comenzaron en ese momento y

fueron mantenidas por un tiempo indefinido, quizá hasta la construcción del tabernáculo previsto o el inicio de su construcción; mientras tanto se daba el tiempo necesario para la renovación del pacto. No es necesario, por tanto, aplicarlo a una supuesta costumbre de Moisés siempre que era levantado el campamento. Además, todo esto encaja perfectamente con la narración que continúa en el versículo 12.

2. Sin duda hemos de respetar la secuencia de acontecimientos referidos que ya hemos explicado anteriormente. Cuando hacemos esto nos hallamos en un momento crítico en el cual la nación había de aprender la gravedad que suponía la separación entre Dios y el pueblo. Es, de hecho, un paso adelante en el argumento hacia la renovación del pacto. Por tanto, el tabernáculo, que fue mandado construir en los capítulos 25-31, no debe ser identificado, ni en su totalidad ni en parte, con la tienda mencionada aquí.

3. Se trata de una tienda colocada por Moisés después de los sucesos descritos en los versículos 1-6. Si asumimos la traducción de la Peshitta y de la LXX que leen “*su tienda*” (citado de Gispén), se haría aún más clara la vinculación con el contexto y la identidad entre esta tienda y la utilizada por Moisés para su ministerio oficial con el pueblo; tal vez la misma que conoció Jetro (**Ex 18:7,13**). Concluimos, pues, quedándonos con lo que nos parece más adecuado al contexto, tanto inmediato como lejano, lo que menos nos obliga a conjeturar mientras parece lo más sencillo y probable, y, sobre todo, lo que a nuestro juicio trata con mayor reverencia la revelación divina.

2. El significado de la “tienda”

Simboliza la pérdida de identidad del pueblo. Los templos paganos eran levantados a cierta distancia de las ciudades, y es posible que la “*tienda*” haya sido removida para mostrar hasta qué punto ha perdido su peculiaridad como pueblo al asociarse con los paganos en la desobediencia idólatra del becerro de oro.

Llega a ser una oración visible. “*Lo levantó*” tiene el matiz de levantar “*para sí mismo*”; este hecho pone de manifiesto hasta qué punto Moisés tomó en serio las advertencias e instrucciones del Señor (versículos 1, 3, 5) y se propuso buscar el remedio. El pueblo había de entender plenamente lo que implicaba la separación de la presencia divina, siendo preciso despertar en ellos un anhelo profundo de renovación. La descripción que encontramos en el versículo 8 sobre el comportamiento del pueblo nos asegura de la ansiedad por saber el adelanto o retroceso en las “*conversaciones*” que tenían lugar en la tienda. Moisés por su parte tenía el arrepentimiento del pueblo (versículos 6) como baza importante que presentar a Jehová a fin de atraer su misericordia por la nación.

Era tabernáculo “*de reunión*” (**Ex 33:7**). Se le llama de reunión porque estaba destinado a ser lugar de encuentro. Pero al designarlo del mismo modo que el que había de ser construido (**Ex 29:42-46**) percibimos algo del contenido de la oración. En efecto, le han sido mostrados unos “*planos*” en el monte, figura de cosas celestiales, cuyos puntos focales son el trono y los sacrificios, todo ello tendente a abrir un camino a la presencia divina y a hacer permanente la morada del Dios de Israel en medio de la nación. No vamos de nuevo a volver al significado ya explicado en capítulos anteriores, pero recordemos que es sobre la base de la sangre que se hace posible la reconciliación y consiguiente comunión entre Jehová y el hombre pecador. A través de todo lo que contempló en el monte, Moisés había conocido en mayor medida el carácter y los propósitos divinos, y esto lo reclama de dos maneras. 1) levantando una “*tienda de reunión*” con el fin de recordar al Señor sus instrucciones sobre el tabernáculo, con todo el significado de gracia asociado a la propiciación provista en los sacrificios. 2) Mediante oración intercesora propia del gran mediador que era, cuya intensidad alcanza su momento álgido en los versículos 12 al 33, pasaje que explicaremos en su lugar.

3. La función de la “tienda”

Es el lugar escogido por Dios para comunicar su voluntad. Aunque fuera ocasionalmente, la “columna de nube” (versículo 9) “descendía”, lo que probaba que Moisés no había dejado su comunión con Dios y podía seguir “gestionando” la solución del difícil e inacabado contencioso. No deja de llamar la atención la comparación entre el tabernáculo de reunión y las tiendas de los israelitas (versículo 10), cuyas puertas eran el lugar donde adoraban; debió ser un alivio saber que la separación era mitigada por la presencia, aunque esporádica de Jehová. Por otro lado, el versículo 7 nos informa que cada miembro del pueblo tenía la posibilidad de ponerse en contacto con Dios, a través de Moisés, buscar solución a sus necesidades y hallar respuesta.

Dio ocasión de discipulado (**Ex 33:11**). No sabemos exactamente el papel que Josué jugó en esos momentos, aunque suponemos que no dejó de estar al servicio de Moisés; en cualquier caso, no estuvo presente en el incidente del becerro, y todo nos lleva a pensar que repudió tal pecado. Por tanto, no tenía dificultad para acercarse a Jehová. Pero lo que queremos destacar es este otro eslabón en la preparación del sucesor de Moisés al frente del pueblo; no dudamos que todo lo sucedido debió dejar una huella muy profunda en Josué.

Sirvió como escenario de la inefable cercanía entre Moisés y Jehová (**Ex 33:11**). “Cara a cara” (**Dt 5:4**) (**Dt 34:10**), es una expresión excelente para definir el grado de comunión alcanzado en la oración. Sin duda, se debe a la condescendencia divina no hablarle desde el cielo sino de forma personal, “boca a boca” (**Nm 12:6-8**), como hablan dos amigos, con la mayor confianza. El gran título de Moisés sería el de “siervo de Jehová” (**Dt 34:5**), comenzando así un proceso de revelación que culminaría en Isaías 53 con el Mesías como antitipo. Con todo, el siervo no queda excluido del “consejo” de Jehová, anticipando de esta forma una situación propia del Nuevo Testamento: “os he llamado amigos” (**Jn 15:15**).

La presencia de Dios asegurada (Ex 33:12-23)

Nos encontramos ante uno de los pasajes más bellos, exquisitos y enriquecedores de todo el Antiguo Testamento. Enlaza perfectamente con lo anterior e ilustra a la perfección el hablar “cara a cara” que acabamos de comentar y que será la fuerza motriz de lo que sigue. Somos introducidos al diálogo entre dos amigos, sin detrimento o merma de la soberanía divina, y hechos espectadores de excepción de una oración sin igual que alcanza la meta buscada. Tanto Moisés como Jehová van desvelando paulatinamente su voluntad hasta llegar a una prueba magnífica de la condescendencia divina junto con la contestación esperada a la oración. En todo el proceso percibimos la sabiduría divina al tratar con su siervo.

El tema de la “presencia” es coherente con todo el capítulo. La presencia fue negada al Israel rebelde, pero no a Moisés ni a Josué. El gran siervo de Dios ha de “gestionar” que se supla tan lamentable pérdida; vuelca su corazón buscando resolver no sólo el contencioso entre Dios y el pueblo, sino su propio lugar como mediador; un mediador ciertamente necesitado de aliento en medio de la situación creada.

I. Oración buscando la presencia (Ex 33:12-17)

La petición formulada (**Ex 33:12-13**)

1. La perplejidad de Moisés (versículo 12). Moisés ha llegado al punto cuando le es preciso recibir contestaciones concretas de parte del Señor. No ha olvidado su llamamiento de sacar al pueblo de Egipto y llevarlo a Canaán (capítulos 3-4), no ha

dejado de pensar en cómo cumplir la misión encomendada, y la palabra *“mira”* trata de llamar fuertemente la atención divina a la situación aparentemente inviable. La nación se ha despojado de sus atavíos, la *“tienda”* había sido retirada, el pueblo no había dejado de mostrar reverencia ante la manifestación intermitente de la *“nube”* de la presencia. ¿Por qué, entonces, continuar sin conocer el propósito divino en cuanto ha de surgir? Por otra parte, Jehová habló de enviar su *“Ángel”* (**Ex 32:34**) (**Ex 33:1-3**) con el fin de guiarles a la tierra, pero, ¿quién es aquel *“a quien enviarás conmigo”*? Algunos expositores han supuesto que como ocurrió en (**Nm 27:16**) estaba buscando un ayudante en el camino a la tierra prometida, siendo la contestación específica la designación de Josué como futuro guía al frente de la nación. Por nuestra parte creemos que Moisés está pensando más bien en el *“Ángel”*, su *“categoría”* y su verdadera relación con Dios y con él mismo. Conocer esto le sería de gran consuelo.

La oración que elevó muestra una vez más la solidaridad profunda con su pueblo hasta el punto de asociar el favor de Dios hacia él con las bendiciones que alcanzarán a Israel. Este hecho, no sólo está en la esencia misma de la mediación, sino que, además, revela la conducta consecuente de Moisés con su posición y labor.

2. La apelación de Moisés (versículos 12 al 13). *“Tu camino”* es el meollo de lo que trata de conocer, ¿pero a qué se refiere al hablar de este *“camino”*? Es muy posible que aluda a los planes que Dios tenía para Israel. Desearía conocer el programa y las intenciones divinas que seguirían en el avance a Canaán. Pero esto incluye conocer la base sobre la que descansan los tratos de Dios con Israel, pensamiento que irá ganando terreno en la mente de Moisés. La situación de Sinaí no es un hecho aislado; el pueblo es *“duro de cerviz”*; pueden reincidir situaciones semejantes, y si este fuera el caso, ¿qué hacer? ¿Volverá a repetirse el drama actual o hay otro fundamento más firme sobre el que asentar la salvación con certidumbre? De ahí la finalidad de la petición anterior: *“para que te conozca”*, en tu carácter y propósitos porque el *“Ángel”* y *“el camino”* te pertenecen, por eso el tiempo presente: *“halle gracia a tus ojos”*. En otras palabras, a Moisés no le interesa solventar una situación aislada sino resolver para siempre la relación entre Jehová y la nación. A fin de resolver esta petición pone ante el Señor tres cosas:

a) *“Tú dices: Yo te he conocido por tu nombre”* (versículo 12). Este conocimiento tiene que ver tanto con la elección de su persona como con la intimidad que gozó. Por consiguiente, espera tanto la información como la capacitación necesarias para llevar a cabo la voluntad de quien le llamó.

b) *“Y has hallado también gracia en mis ojos”* (versículo 12). No sabemos cuándo Dios le había dicho esto, aunque podemos pensar en la respuesta a la primera oración, pero por el contexto es evidente que ocurrió (versículo 17). Moisés ha oído la propuesta divina de consumir a Israel y levantar otro pueblo (**Ex 32:10**), que no había de ser raído de su libro (**Ex 32:33-34**); ha sido introducido a una comunión sin precedentes (**Ex 33:11**). Por lo tanto, pide que este hallar gracia se haga realidad en la resolución del problema que enfrenta.

c) *“Y mira que esta gente es pueblo tuyo”* (versículo 13). Tú has hablado del pueblo que saqué de Egipto, pero la verdad (que va más allá de mis posibilidades), es que TÚ los has redimido y son TU pueblo, tú eres el Dios que hiciste pacto con ellos, por tanto no mires sólo tu favor hacia mí sino como Señor de Israel mira tu amor hacia ellos. ¿Cómo podría llevarles Moisés sin la presencia de quien los sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido? ¿Quién les redimió iba a dejarles ahora entregados a sus pobres fuerzas? No; Jehová ha de recibirles como pueblo propio y esto implica ser su Dios.

La petición contestada (**Ex 33:14-17**). Las palabras que encontramos en el versículo 14 han sido entendidas de dos maneras:

1. Leyendo en forma de pregunta (Keil), para evitar que el versículo 17 venga a ser una redundancia con este: “¿*Mi presencia ira contigo y te dará descanso?*” Jehová habría escuchado todo lo anterior, y desearía que Moisés hiciera una petición clara y firme, a lo que este responde (versículos 15-16), hallando la contestación en el versículo 17.

2. Aceptando el texto como una afirmación. Sería una promesa específica y personal para Moisés. Sin embargo, este no sólo ha mencionado (como ya hemos notado), el haber hallado gracia en sus ojos, sino también ha deducido de aquí la petición de que Jehová tome a Israel como a su pueblo y sea su Dios. El siervo del Señor acepta la promesa pensando que es mejor Sinaí que Canaán, si allí ha de faltar la presencia de Dios y en tanto implique su extensión hacia la nación. De ahí que “*conmigo*” (versículo 15) debe enlazarse con “*yo y tu pueblo ... que tú andes con nosotros*”. De esta forma, la contestación que encontramos en el versículo 17: “*También haré esto que has dicho*”, añade a la seguridad de la presencia la certeza de recibirles de nuevo como pueblo peculiar (sin lo cual no podría morar en su medio), y tratarlos así en el futuro.

Podría ser entendido el versículo 14 también como contestación completa en sí misma, siendo los versículos 15 y 16 otro intento de Moisés de asegurar la promesa que acababa de escuchar. Pero, a nuestro juicio, esto haría más difícil la interpretación del versículo 17.

En cualquier caso, la contestación depende enteramente de Dios. Aún cuando es verdad que podemos aprender mucho de las oraciones ejemplares de Moisés, en el último análisis toda la gloria pertenece al Señor.

La “*presencia*” de Jehová (**Ex 33:14-17**). La palabra “*presencia*”, o más literalmente el “*rostro*”, lo hallamos tres veces en estos versículos, ya que en el versículo 16 la frase “*que tú andes con nosotros*” incluye la palabra “*rostro*” (podríamos leer también “*que venga tu rostro con nosotros*”), y se refiere a la presencia personal de Jehová. ¿Qué significa entonces esta expresión? El “*rostro de Jehová*” es una manifestación del Dios trascendente (como lo es su nombre, gloria o Ángel) mediante la cual percibimos la presencia divina. Esta manifestación relacionada con el arca como “*trono de misericordia*” había de guiar al pueblo por el desierto.

Es evidente que en el rostro de una persona es posible leer los más variados sentimientos. En castellano hablamos de la cara como del “espejo del alma”; de igual manera, en sentido bíblico, el rostro es una metáfora que expresa toda una gama de sentimientos y actitudes asociadas con la persona misma de Dios. Una ilustración la hallamos en el encuentro entre Jacob y Esaú. El primero de ellos tiene motivos para temer a su hermano a causa de sus engaños pasados; pasa la noche orando a Dios recibiendo en contestación la bendición especificada (aunque no la única) en (**Gn 33:10**). Vio el rostro de Esaú “*como el rostro de Dios*”. Jacob podía leer en el rostro de su hermano el perdón por el pasado y su predisposición de gracia para el futuro.

De igual manera, en el rostro de Dios vemos a éste en su amor o en su ira, si bien lo último es mejor expresado por ocultar el rostro, no ser favorable o tomar una actitud de juicio. El rostro vuelto hacia el pueblo habla de instauración de relaciones de gracia, de presencia sin restricción. Supone grandes bendiciones para la nación. En el (**Sal 17:15**) hallamos la expresión “*ver su rostro en justicia*”, con la que el salmista revela la experiencia de misericordia en íntima comunión con Dios para consuelo en medio de perplejidades y sufrimientos. Es, desde luego, una figura muy común en los Salmos, donde los piadosos miran al arca o al templo buscando el rostro como aquello que resume los más profundos anhelos espirituales; es la búsqueda de la gracia concedida desde el lugar de la presencia del Señor. Así pues Moisés pide una comunión renovada sobre la base del perdón, una vez concedido éste, que resulte en la manifestación de la presencia divina en gracia, no en juicio, y la identificación divina con Israel como pueblo peculiar.

Habría “descanso”, lo cual mira sobre todo a Canaán (**Dt 3:20**) (**Dt 12:10**) (**Jos 22:4**), de forma que se cumpliría la misión de sacar al pueblo y llevarlo a la Tierra Prometida. Pero para ello era necesaria la “presencia” divina, la cual es idéntica que “el ángel de su faz” (**Is 63:9**) y el “Ángel” (**Ex 23:20-23**) (**Ex 32:34**) (**Ex 33:2**).

2. Oración buscando la “gloria” (**Ex 33:18-23**)

La naturaleza de su petición (**Ex 33:18**). Casi nos es posible “ver” el ruego apasionado en esta pequeña frase: “*que me muestres tu gloria*”.

Esta es sin duda la cumbre de experiencia en la oración que prevalece. Moisés acaba de escuchar la promesa de acompañarles, lo que implica el reconocimiento de Israel como pueblo peculiar. Al cruzar la sima entre la apostasía y el perdón, con todas las bendiciones resultantes de gracia, comienza a entender el “camino” del Señor. Pero, ¿cómo conjugar algo que parece tan diferente entre sí como es la verdad y el amor, la justicia y la paz? (**Sal 85:10-11**). ¿Acaso no tendrá esto que ver con el ser esencial de Dios? ¿Por qué entonces no pedir que Jehová manifieste su gloria?

Moisés ha visto muchas cosas sublimes a lo largo de unos pocos meses. Ha hablado con Dios cara a cara, y la gloria de Dios ha aparecido ante los ancianos y el pueblo de Israel; pero esto fue bajo el velo de la nube (**Ex 16:7,10**), o la columna de fuego, o como “embaldosado de zafiro” (**Ex 24:10,11,16,17**). El mismo Moisés, a pesar de sus grandes privilegios, sólo vio una similitud de Jehová (**Nm 12:8**). Ahora desea ver su gloria, sin figura ni velo. Esto no es posible (versículo 20), y hemos de esperar aún muchos siglos antes de ver la plena revelación de Dios en su Hijo encarnado (**Jn 1:14,18**) (**Jn 14:9**).

Sin embargo, no fue una oración nacida de la curiosidad sino de impulsos de un anhelo creciente e imparable de conocer a Dios y fundamentar su obra de mediador plenamente. Como heraldo que era de las revelaciones de salvación había de preparar el camino para el Mediador sin igual, más que siervo Hijo sobre su casa. No había de quedar ningún matiz que perturbara el compañerismo con Dios en el ejercicio de su tarea, y siempre quedaba la necesidad de afirmarse en la firme “roca” del ser divino en futuros tropiezos del pueblo. Jehová le da respuesta, aunque de manera atenuada, considerando las mismas limitaciones de Moisés.

La respuesta a la oración (**Ex 33:19-23**)

1. “Y le respondió” (versículo 19). La respuesta, que incluye la posterior revelación de la “gloria” tiene como causa única la misericordia, aunque no esté ausente el principio dado en el Nuevo Testamento e ilustrado en muchas partes de las Escrituras, por el cual “*al que tiene se le dará*”. La promesa fundamental la encontramos en las palabras “y proclamaré el nombre de Jehová”, proclamación que más tarde veremos (**Ex 34:5-7**), y comentaremos con detalle en su lugar.

La naturaleza divina es definida como “*todo mi ser*”, vinculado a esto con la gloria que encontramos en el versículo 22. La palabra “bien” significa habitualmente hermosura, belleza de apariencia (**Os 10:11**) (**Zac 9:17**), o define la bondad del Señor mostrada al otorgar buenas cosas (**Neh 9:25**) o salvación a su pueblo (**Is 63:7**) (**Sal 25:7**) (**Sal 145:7**). Aquí se describe en términos de misericordia, cuyo objeto es el Israel pecador. Jehová es el Creador, fundamento y garante del pacto, Dios fiel que cumple sus promesas de gracia; si el caso fuese otro la nación estaría perdida irremediablemente.

“Tendré misericordia”, dice Hyatt, “es una frase idiomática hebrea usada cuando no se desea ser más específico, o el escrito no puede ser más explícito (**Ex 3:14**) (**Ex 4:13**) (**Ex 16:23**) (**1 S 23:13**) (**2 S 15:20**) (**2 R 8:1**)”. Son palabras que han causado no pocos trastornos a los exégetas, y hemos de evitar introducir algún elemento supuesto de

arbitrariedad en la forma de actuar de Dios. De este pasaje hace eco Pablo en un contexto donde enfrenta los argumentos de personas obstinadas, refractarias a la soberanía divina; su propósito allí es derribar toda pretensión humana al participar en la salvación gratuita traída por el Mesías. “El Nombre de Jehová, que equivale a su Ser en operación, que siempre será operación de gracia a no ser que la contumacia de los rebeldes exija la aplicación de los principios de juicio” (Trenchard, Epístola a los Romanos). Personas sumisas como Moisés sólo verían la inefable gracia que brota del ser de Dios cuyo fundamento es la cruz. El contexto mismo muestra que donde halla arrepentimiento genuino no hay limitación de la misericordia divina.

2. “Dijo más” (versículo 20). Como ya vimos al examinar los versículos 14 al 17, el “*rostro de Dios*” designa la presencia personal de Jehová, refiriéndose asimismo a lo que revela de su persona invisible cuando entra en relación con los hombres. Moisés mismo habló cara a cara con el Señor, siendo uno de los piadosos que buscaban “*su rostro*”, en vista que Dios mismo se había dado a conocer. Pero sigue siendo verdad que el hombre no puede ver a Dios en su ser esencial con los ojos de la carne, enseñanza que se reitera en muchos otros pasajes (**Gn 32:30**) (**Dt 4:33**) (**Dt 5:24-26**) (**Is 6:5**) (**Jue 6:22**) (**Jue 13:22**). Su infinito poder, sabiduría, santidad y perfecciones contrastan de manera absoluta con la limitación, y más aún con la pecaminosidad de la criatura humana. Habrá de llegar el momento anunciado en (**1 Jn 3:2**) para que se haga posible una relación más inmediata, y aun entonces, siempre será verdad que la perfecta gloria de Dios que iluminará la ciudad celestial nos llegará a través del Cordero quien es la “*lumbre*” de la Nueva Jerusalén.

Estas palabras, que parecieran una especie de paréntesis en este pasaje, son no obstante enfáticas y esenciales en el contexto.

3. “Y dijo aún Jehová” (versículos 21-23). La mención de “*un lugar junto a mí*”, no debería servir de base para especulaciones en cuanto al lugar exacto donde ocurrió la teofanía. De igual manera, “*la hendidura de la peña*” ha servido para comparar el paralelo con (**1 R 19:9-13**) y enumerar las semejanzas, que sin embargo no pasan de ser formales, introduciéndonos por contra en una exégesis de “*curiosidades*” si no pintoresca. En cuanto al lugar nos basta con saber que fue en la cumbre del Sinaí (**Ex 32:2**), y en lo referente a la relación entre Moisés y Elías habremos de encontrarla más bien dentro de las amplias perspectivas de su misión y caracteres respectivos que en los detalles y semejanzas externos.

En cuanto a la teofanía notamos dos detalles significativos. Uno es la frase “*te cubriré con mi mano*” (versículo 22), mediante lo cual Jehová cubriría y a la vez protegería a Moisés quien era una criatura limitada y pecaminosa. Sin esta prevención podría haber sido destruido. El otro detalle es el alto grado antropomórfico de las expresiones utilizadas con el fin de adecuar las realidades y los hechos divinos al lenguaje humano. “*Espaldas*”, citamos de Hyatt, es un vocablo utilizado de: a) La parte posterior del tabernáculo (**Ex 26:12**), b) la parte escondida del lavacro de bronce en el templo (**1 R 7:25**), c) las espaldas de los que adoran en el templo en la visión de Ezequiel (**Ez 8:16**), y d) aquí, sin duda, una expresión figurada como lo es la “*mano*” o el “*rostro*”.

En contraste con “*rostro*” (versículo 20) puede hacer alusión al reflejo de la gloria de Dios. Algunos lo aplican a las obras, palabras y manifestaciones de Jehová al pueblo, aunque es dudoso que haya de ser restringido a las consecuencias de la actividad divina. Ciertamente, la naturaleza esencial del Señor queda escondida del conocimiento humano (**Jn 1:18**) (**Jn 6:46**) (**1 Ti 1:17**) (**1 Jn 4:12**), pero “*rostro*” y “*espalda*” son sustancialmente idénticos, y, a nuestro juicio, sólo se diferencian en cuanto a grado de revelación. Algún expositor ha adelantado la teoría que Jehová se reveló en forma humana, y que la visión

fue a modo de profecía de la encarnación de la Palabra, en cuyo caso, rostro y espalda podríamos entenderlos literalmente. Según pensamos lo que percibió Moisés no estuvo lejos de eso, pero mejor entenderlo como metáfora. Si se nos permite una definición diríamos que se trata de la estela de la revelación (fruto de su ser en operación) que Dios deja al pasar con su obrar en la historia, y, que en sustancia, manifiesta el carácter que es propio del Verbo encarnado y que se muestra en tonos sublimes en la gloria armónica de la cruz (**Sal 85:10-13**).

La renovación del pacto (Exodo 34:1-28)

El capítulo 34 de Éxodo tiene dos grandes movimientos en su argumentación. En el primero, la escena discurre en lo alto del monte (versículos 1 al 28), adonde Moisés había sido llamado; en el segundo desciende del monte (versículos 29 al 35), con las dos tablas y el rostro brillante. La primera parte podemos desglosarla como sigue: 1) la iniciativa divina (versículos 1 al 9). 2) Las palabras divinas (versículos 10 al 26). 3) La orden divina (versículos 27 al 28). La segunda parte la consideraremos en su lugar.

La iniciativa divina (Ex 34:1-9)

“*Jehová dijo a Moisés*” (versículo 1), es más que una simple frase introductora, ya que nos dice que todo lo que sigue es fruto de la buena voluntad divina de renovar el pacto y acabar con los efectos desastrosos de la caída del pueblo que amenazaba ser permanente. Israel no tiene ningún derecho a un privilegio semejante, y sólo le queda ser recipiente agradecido de la gracia inefable de Dios.

I. Las instrucciones de Jehová (Ex 34:1-4)

1. El contenido de las instrucciones. Es posible que las instrucciones fuesen dadas inmediatamente después de las palabras sobre la visión de la “*gloria*” con que acabó el capítulo 33. Todo aparenta repetición de detalles vistos anteriormente, pero ello es comprensible, ya que se trata de la renovación del pacto y todo tiende a hacernos pensar en ello. Sin embargo, observamos algunas diferencias que hemos de explicar a continuación.

En primer lugar, hallamos el plural “*dos tablas de piedras*”, en contraste con el singular (**Ex 24:12**) (**Ex 31:18**), aunque el plural pueda aplicarse a ambas (**Dt 4:13**) (**Dt 5:22**) (**Dt 9:9-11**) (**Dt 10:1-4**). Este matiz ha servido a algunos expositores para hablar de una diversidad de relatos, que, según ellos, habrían sido plasmados en su forma actual. No es preciso decir cuán dudosa es esta teoría. De hecho, no tenemos todos los detalles de las primeras tablas, y que el plural sea ambivalente, como acabamos de ver, demuestra que es un detalle incapaz de prestarse al montaje de una teoría.

En segundo lugar, las palabras “*alísate ... y Moisés alisó*” parece atribuir a Moisés la labor de alisar. Ahora bien, de esto no hemos de deducir algún tipo de castigo por haber roto las tablas primeras; mejor nos convendría recordar el celo del siervo de Dios buscando la renovación del pacto tras el perdón y la restauración de la nación. Moisés mismo buscaría los materiales y los pondría ante Jehová, y, en todo el proceso, no dejaría de pensar en su significado. Es interesante que el verbo “*quebraste*” es el mismo usado en (**Ex 23:24**) para hablarnos de la destrucción de símbolos idolátricos, que vuelve a recordarnos, de forma indirecta, la tremenda caída del pueblo a la vez que la consecuente, significativa y enérgica acción de Moisés (**Ex 32:19-20**). Ahora todo comienza de nuevo...

En tercer lugar, hemos de fijarnos en la frase “*escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras*”. Tanto aquí como en Deuteronomio capítulos 9-10 es evidente que se trata de una renovación del pacto original. Por ello, no extraña la redundancia de un número de detalles ni el enlace de pensamientos. Así, de forma natural, los versículos 5-7 enlazan con (**Ex 33:19**) con la proclamación del Nombre como tema; la historia del capítulo 34 fluye con toda normalidad del capítulo 33.

La expresión “*las palabras que estaban en las tablas primeras*” (versículo 1), aunque no especifican su contenido, nos llevan a (**Ex 20:1-17**), cimiento legislativo anterior a la

apostasía. Esto queda refrendado con el versículo 28 (“*los diez mandamientos*”) y con **(Dt 10:4) (Dt 5:22)**. El doble catálogo propuesto por Goethe (1773), y apoyado por otros posteriormente, no tiene fundamento.

A nuestro juicio, no hay tal cosa como un código ritual (versículos 11 al 26), “que sirviera de base para el pacto renovado y que pudiera ser puesto en paralelo cuando no en oposición al llamado código ético” (Cole). Si hubiéramos de encontrar paralelo lo haríamos con los capítulos 20-23 del Éxodo, ya explicados en su lugar, en el llamado “libro del pacto”, que desarrolla los principios contenidos en los Diez Mandamientos. Entendido así no hay contradicción entre códigos supuestamente diferentes. Véase más adelante nuestro comentario a los versículos 11 al 26.

Las palabras “*escribiré*” y “*escribió*” se aplican en el primer caso a Jehová (versículo 1) y en el segundo a Moisés (versículo 28). La aparente contradicción desaparece si consideramos más el fondo que la forma en que se realizó. Son, de hecho, dos maneras de hablar de la misma paternidad. Aprendemos que la ley es la expresión misma de la mente y naturaleza divinas, y que hemos de evitar interpretar las frases de manera mecánica y literal si no es preciso hacerlo así.

En otro orden de cosas vuelve a recordarse acerca de lo sagrado del monte **(Ex 19:11-13)**. Moisés habría de comparecer en solitario; aparentemente en esta ocasión las normas son más estrictas que anteriormente **(Ex 24:9-13)**. Se excluye por completo a Aarón, cosa comprensible por su complicidad en el asunto del becerro, y se ensalza a Moisés exclusivamente reforzando quizá la posición del mediador.

2. La respuesta a las instrucciones (versículo 4). Estas palabras son en sí mismas evidencia explícita de la obediencia y sumisión de Moisés: “... *alisó ... subió ... como le mandó Jehová, y llevó en su mano...*”. Todo habla por sí solo.

La manifestación de Jehová **(Ex 34:5-7)**. Llega el momento del cumplimiento de la promesa de **(Ex 33:19-23)**. La teofanía, con la proclamación del nombre, nos lleva a comprender el sentido profundo no sólo de este capítulo sino incluso de gran parte del Antiguo Testamento, ya que el plan de salvación descansa desde siempre en el carácter y naturaleza divina. La misericordia se vincula con el Señor, sin que el hombre pueda concebirla salvo mirando a Dios. A este pasaje acuden los salmistas **(Sal 103:8)**, Nehemías **(Neh 9:17)** y otros autores de la antigua dispensación.

Por otra parte volvemos a encontrar la nube como manifestación de la presencia divina, acusando la trascendencia y el poder de Jehová. La nube nos habla de la condescendencia divina que le hace descender y darse a conocer, pero también de velar ante la contemplación de Dios; la criatura ha de refrenar la presunción manteniendo su disposición receptiva ante la revelación; cultivar el temor reverente delante de la grandeza divina y mostrar la humildad propia de quienes saben lo mucho que queda por conocer del ser de Dios. “Este sermón sobre el nombre de Dios”, como lo llamó Lutero, podemos desglosarlo del siguiente modo: 1) el sujeto de la proclamación; y 2) el contenido de la proclamación.

El sujeto de la proclamación: “*¡Jehová, Jehová, Dios...!*” (versículo 6). Primero un detalle de exégesis. “*Proclamando ... proclamó*” (versículos 5 y 6), ha sido explicado como declaración de Moisés acerca de Dios y traducido: “*Moisés proclamó (o invocó) sobre él el nombre de Jehová...*”, mientras que el versículo 6 sería la autoproclamación divina. Por nuestra parte creemos que se trata de una enunciación de Dios sobre sí mismo, de quién es Él y lo que hace, “proclamación de los hechos salvadores de Dios, que en términos del Nuevo Testamento sería keerygma” (Cole). Es, sin duda, una autorrevelación de Jehová **(Ex 33:19) (Ex 20:2)**.

El “*nombre*” no es mera designación distintiva de alguien sino revelación de la personalidad. El nombre puede originarse en las circunstancias del nacimiento (**Gn 5:29**), reflejar el carácter de quien lo lleva (**Gn 27:36**), o ser sinónimo de la persona misma (**Gn 4:25**) (**Jer 14:9**). De ahí precisamente deriva la expresión “*en el nombre de Jehová*” (**1 S 20:42**). Así pues, el nombre habla de su persona; Dios descubre el velo de su ser de forma que podamos conocerle y nos invita a entrar en comunión con él a partir de su revelación. En el pasaje que estamos considerando el nombre se repite (“*Jehová, Jehová*”) para hacerlo enfático. El significado de “*Jehová*” ya quedó explicado en su lugar. Lo primero es la realidad e inmutabilidad de su ser. Para con su pueblo siempre sería el mismo. Él sostiene la relación con Israel. El pacto es renovado por causa de la debilidad que hace cambiante al pueblo, no porque Jehová cambie. Al lado de “*Jehová*” tenemos “*Dios*” (VM), hebreo “*El*”, nombre genérico para la deidad que, sobre todo, habla de su poder y magnificencia (**Gn 31:13**) (**Gn 24:12,27**) (**Gn 46:1-3**) (**Gn 33:20**). Esto nos recuerda que la compasión, gracia y fortaleza están plenamente equilibradas (**Ex 15:2**); su amor no implica debilidad. “*El*” = Dios queda explicado por “*Jehová*”, el nombre propio de Dios, el Dios de Israel fuera del cual no hay Dios; el Dios vivo. La divinidad alcanzando a la humanidad, revelándose, comunicándose, relacionándose con personas; el amigo de Abraham y Moisés... Nada menos que el Creador es quien garantiza el pacto: es el Eterno y el Altísimo. Es el Dios de la historia de la salvación. ¿No sería suficiente este hecho para que Moisés supere su preocupación y tristeza por la caída del pueblo?

2. El contenido de la proclamación (**Ex 34:6-7**)

(Para el desglose de los términos hebreos que aparecen en este pasaje nos ha sido útil la obra *Synonyms of the Old Testament* de Girdlestone, traducido y editado ya en castellano, así como otras ayudas valiosas).

Las características del ser divino que van siendo enunciadas a continuación las ordenamos bajo tres epígrafes:

1. Rasgos generales: “*Compasivo y clemente*” (VM), o “*misericordioso y piadoso*” (RV-60).

a) “*Misericordioso*” (*racham*) expresa los sentimientos de compasión, profundos y tiernos a la vez, despertados por la contemplación de la debilidad o el sufrimiento. Corresponde a “*oiktirmós*” en la versión LXX, teniendo dos ejemplos notables en el Nuevo Testamento (**Ro 12:1**) (**2 Co 1:3**). En el Antiguo Testamento está en la raíz del nombre “*Ruhana*” = “*compadecida*” (**Os 2:1**), y se traduce por compasión (**Sal 103:13**) o misericordia (**Gn 43:14**), según el caso. Es un atributo divino del Dios de toda gracia aplicándose a él en otros pasajes (**Dt 4:31**) (**2 S 24:14**), ante actitudes de arrepentimiento o confianza (**Sal 51:1**) (**Jer 3:12**). El Dios eterno y poderoso tiene compasión de su pueblo elegido. Pero no sólo está decidido a aliviar, pues está dispuesto a producir felicidad como veremos enseguida.

b) “*Clemente o piadoso*”. Es la gracia en forma de bondad otorgada libremente sobre los que nada esperan ni pueden compensar por lo que reciban (**Ro 11:6**) (**Lc 6:32-34**) (**1 P 2:19**). Se traduce mediante términos de gran importancia teológica: “*caris*” (**Zac 12:10**) (**Zac 4:7**) (**Is 52:3**); “*doorean*” (**Mt 10:8**) (**Ro 3:24**) (**Ap 22:17**); “*carizomai*” (**Lc 7:42**) (**Ro 8:32**) (**1 Co 2:12**) (**Ef 4:32**). Aquí, en Éxodo, aparece como adjetivo, “*chanun*” (“*eleemoon*” en la versión LXX), cuya particularidad es su aplicación exclusiva a Dios en el Antiguo Testamento denotando la acción que fluye de su amor, libre e inmerecido, hacia sus criaturas (**Jl 2:13**) (**Jon 4:2**) (**Sal 111:4**) (**Sal 112:4**) (**Sal 116:5**) (**Sal 145:8**) (**Neh 9:31**) (**2 Cr 30:9**).

2. Permanencia y plenitud: “*Tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad*”.

a) *“Tardo para la ira”*, es una expresión hebrea que, con alguna variante, hallamos en otros lugares del Antiguo Testamento (**Pr 14:29**) (**Pr 15:18**) (**Pr 16:32**), ilustrándose en (**Is 42:14**). Corresponde a *“makrothumía”* en la versión LXX: longanimidad, largura de ánimo, aplicado a la paciencia con personas incluso bajo provocación. Una ilustración la encontramos en la reacción de David en (**2 S 16:10-13**). Es un atributo divino (**Ro 2:4**) (**1 P 3:20**). Los hombres resisten a Dios puesto que El respeta la libertad personal de sus criaturas, aunque estos se vuelvan contra él, y los soporta hasta donde es posible hacerlo. Ecos del pasaje que estamos considerando (**Nm 14:18**) y (**Nah 1:3**).

b) *“Misericordia y verdad”*. Lo primero “es la cualidad de la generosidad. La generosidad significa una disposición a dar a otros en forma que no tiene motivo mercenario alguno y que no está limitado por lo que merecen los destinatarios sino que invariablemente va más allá. La generosidad expresa el simple deseo de que otros tengan lo que necesitan para que sean felices. La generosidad es, por decirlo así, el foco central de la perfección moral de Dios; es la cualidad que determina cómo se han de desplegar todas las restantes excelencias de Dios... Cuando los cantores de Israel llamaban al pueblo a dar gracias a Dios *“porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia”*, generalmente estaban pensando en misericordias redentoras: misericordias tales como las poderosas obras de Dios al salvar a Israel de Egipto (**Sal 106:2**) (**Sal 136**), su disposición para ser paciente y perdonar cuando sus siervos caen en el pecado (**Sal 86:5**), y su ánimo pronto para enseñar al hombre su camino (**Sal 119:68**)” (J.L. Packer, *Conociendo a Dios* (Terrassa: Editorial Clie), pp. 185-186).

Lo segundo, como en (**Ex 18:21**) (*“varones de verdad”*, véase también (**Neh 7:2**), hemos de entenderlo como digno de confianza. Es el atributo de Aquel en quien podemos descansar sin reservas. *“Misericordia y verdad”* no entendemos que sea pleonasma, como si dijera “misericordia sincera y real”, ya que la posición relativa de *“verdad”* junto a *“misericordia”* lo hace improbable. Quizá hemos de aplicarlo al cumplimiento de promesas y amonestaciones bajo el pacto. En la base de la palabra *“verdad”* está *“emet”* (cuya derivación es *“amén”*), traducido por *“verdad”* (**Gn 24:48**), o por *“justo”* (**Neh 9:33**), encontrándola con otra forma en (**Dt 32:4**) y en (**Sal 33:4**) y (**Sal 96:13**).

Como es bien sabido *“misericordia y verdad”* van juntas con frecuencia (**Sal 98:3**) (**Sal 100:5**), refiriéndose tanto a Dios (**Gn 32:10**) como a los hombres (**Gn 24:49**). El corolario es que nunca desaparecerá el amor al que el Señor se obligó al hacer y renovar el pacto.

3. Certeza y aplicación de lo anterior (versículo 7): *“Guarda ... perdona”*.

a) *“Misericordia”*. Si repasamos lo dicho encontraremos que *“compasivo y clemente”* constituían una afirmación general que hacía posible la apertura de Jehová hacia el pueblo pese a los fallos de éste, y así tenemos *“tardo para airarse”* junto a su lado positivo, *“misericordia y verdad”* (*chésed* y *emet*) para expresar la disponibilidad divina (sin menoscabo de su soberanía) hacia su pueblo. Ahora, *“guarda misericordia a millares”* repite la palabra *“chésed”*, mientras que *“emet”* está en la idea de *“millares”*. Como explicábamos anteriormente, la palabra *“chésed”* se asocia regularmente con *“emet”* (verdad), casi siempre en este orden; pero asimismo tiene relación con pacto (*“berith”*) en (**Dt 7:9**) (**Neh 1:5**) y (**Neh 9:32**) (**Dn 9:4**); y con piedad o misericordia (*“rahamin”*), en (**Os 2:19**) (**Sal 25:6**) (**Lm 3:22**).

De todo ello deducimos tres cosas: en primer lugar se supone una relación supeditada a términos legales y deberes mutuos; esto debería configurar el comportamiento. Si lo referimos a Dios, entonces se nos recuerda la fidelidad a sus promesas. En segundo lugar hemos de reunir disposición y gestos concretos. La disposición sería mera teoría sin los hechos; mientras que si fuese al revés faltaría el fundamento. La manifestación de la *“chésed”* son las *“piedades”* (**Sal 69:16**). En tercer lugar implica reciprocidad, pero sobre

todo, el amor por la otra parte lleva siempre a ir más allá de lo estipulado. Israel ni siquiera alcanza a cumplir su parte en el convenio; Jehová muestra su misericordia. Esto es lo que hace tan admirable a la “*chésed*” de Dios. La misericordia no ignora jamás la pecaminosidad humana consistiendo entonces en su disposición a perdonar (**Neh 9:17**) (**Sal 25:10-11**) (**Sal 130:7-8**), aunque como veremos no pase por alto la justicia. (Para un estudio más amplio sobre *chésed* ver Jenni y Westerman, Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento, tomo 1, pp. 832-861).

b) “*Perdona*” (“*nasa*”). El perdón, partiendo del vocablo usado aquí, implica tres cosas: levantar, llevar y quitar remitiendo. Al seguir su uso por el Antiguo Testamento observamos lo siguiente:

1). La responsabilidad por el pecado. A veces conviene a la idea de sufrir castigo o incurrir en responsabilidad (**Gn 4:13**), hallando también la expresión “*llevará su pecado*”, o lo que es lo mismo, incurrirá en la responsabilidad derivada del pecado (**Lv 5:17**); esto, a veces, incluye las consecuencias de llevar la iniquidad (**Lv 19:8**).

2). La expiación del pecado. La iniquidad ajena puede llevarse mediante sustitución o representación moral (**Ex 28:12**) (**Lv 16:22**); de hecho, en (**Lv 10:17**) llevar la iniquidad equivale a expiar ante el Señor. Esto se aplica sobre todo al “*Siervo de Jehová*”, principalmente en (**Is 53:4,11,12**). Cristo, no sólo remitió los pecados sino que los llevó sobre sí mismo (**1 P 2:24**). Cuando leemos las palabras de Juan el Bautista en (**Jn 1:29**): “*He aquí el cordero de Dios que lleva el pecado del mundo*”, hemos de entender, estimando el trasfondo del Antiguo Testamento que acabamos de resumir “*quitar llevando sobre sí*”. Invitamos al lector a leer los pasajes de (**1 Jn 3:5**) (**He 7:27**) y (**He 9:28**) para abundar en lo mismo.

3). El perdón del pecado. Este es el paso siguiente y la consecuencia de la entrega vicaria (**Mi 7:18**) (**Ex 32:32**) (**Nm 14:19**) (**Sal 25:18**) (**Sal 32:1,5**) (**Sal 85:2**) (**Sal 99:8**) (**Is 33:24**) etc., donde hallamos la misma palabra hebrea. El perdón incluye aceptación (**Job 42:8,9**), y “*dignidad*” (**Gn 49:3**), la elevación consecuente con dicha posición.

El perdón se aplica a tres cosas que vemos relacionadas a continuación:

(a) “*Iniquidad*” (“*awon*”), perversión o distorsión causada por malos hechos; habla de lo torcido, de algo encorvado y de salir del camino. Como ejemplos del uso de esta palabra véase (**1 R 8:47**) (**Job 33:27**) (**Sal 65:3**) (**Sal 106:6**) (**Jer 3:21**) (**Jer 9:5**) (**Ez 28:18**) (**Dn 9:5**).

(b) “*Rebelión*” (“*pesah*”), rehusar sujeción, no someterse a la autoridad legítima, rebelarse. Se traduce por transgresión (**Sal 51:13**), prevaricación (**Pr 28:21**) (**Is 43:27**), pecado (**Pr 10:19**) (**Pr 28:13**), fraude (**Ex 22:9**); contrasta con la misericordia (**Pr 10:12**); algunos ejemplos más serían (**1 R 12:19**) (**Job 34:37**) (**Is 1:2**).

(c) “*Pecado*” (“*chatah*”) errar el blanco. Es la palabra más utilizada para describir el pecado. Corresponde a “*hamartanoo*” (LXX y N.T.). El pecado es aquello que hace quedar corto de lo que el Creador quería para sus criaturas. Impide alcanzar lo que es propio de la imagen de Dios que llevamos. Este mal no es necesariamente voluntario, pues muchos pecados lo son por negligencia o “*ignorancia*” (**Lv 4:2**) (**Lv 5:15**) (**Nm 15:28**). El pecado “es todo movimiento de la voluntad humana en contra de la voluntad de Dios, sea consciente o inconsciente” (Ernesto Trenchard, Bosquejos de doctrina fundamental, Grand Rapids: Editorial Portavoz, p. 31). Implica culpa merecida y lleva a la convicción de haber hecho mal a Dios y a los hombres (**1 R 8:31**) (**Lv 5:16**).

4. La justicia de Dios (versículo 7).

a) La aseveración: “*De ningún modo tendrá por inocente al malvado*”. “Inocente (*“nakah”*) en el pasivo significa ser limpiado, ser librado, y así ser sin culpa, inocente, no castigado. Supone que la acusación se plantea ante otros de modo que el cargo formulado tiene su motivo. No alcanza las cotas de significado que vemos en *“tsadak”*, que considera al hombre como libre de condenación y con derecho a herencia, y sólo significa quedar eximido de cualquier cargo” (Girdlestone). Aquí implica que Dios está dispuesto a perdonar el pecado, pero eso no significa olvidarlo o desentenderse de ello. El pecador es culpable a los ojos de Dios en tanto no sea encontrada la manera de remover la culpa (**Dt 5:11**) (**Nm 5:31**) (**1 S 26:9**). En otro orden de cosas, léase el (**Sal 24:4**) (**Ex 23:7**) (**Ro 4:5**).

b) La ilustración: “*Que visita la iniquidad...*”. La “*tercera y cuarta generación*” es un semitismo, indicando permanencia o continuidad. Se aplica a quienes Dios “odia”, a los que rehusan someter sus vidas a la voluntad divina. El pecado de una generación afecta a la que sigue, así que no sólo es necesario el perdón sino también la presencia divina continua con su pueblo. Al leer estas palabras en el contexto de un pacto renovado percibimos su significado profundo; el fulgor de la gracia de Dios al perdonar a Israel. Recordemos nuevamente la acumulación de términos referentes a la gracia con sus manifestaciones diversas que acabamos de estudiar que hablan elocuentemente del amor de Dios. El amor santo no castiga hasta que son despreciadas hasta el colmo las riquezas de su benignidad.

Moisés puede ver la misericordia asegurada para todas las generaciones, y solamente quienes rehusen obstinadamente los llamamientos divinos perecen sin remedio. Remitimos al lector al comentario sobre (**Ex 20:5-6**), para ampliar la explicación presente. Moisés puede descansar plenamente en el propósito de quien “*guarda misericordia a millares*”. Este propósito asegura la continuidad de la nación pese a los juicios divinos en uno u otro tiempo. La misericordia es espontánea; no necesita estímulo “desde afuera” para obrar; sus promesas no son dadas en modo alguno en base a mérito por parte de nadie, sino que nacen de sus “*entrañas de misericordia*”. De ahí la frase, tantas veces repetida, “*por amor de mí mismo*” o de “*su nombre*” (**Sal 23:3**) (**Sal 25:11**) (**Sal 79:9**) (**Sal 106:8**) (**Sal 109:21**) (**Is 37:35**) (**Is 43:25**) (**Is 48:9,11**) (**Jer 14:7,21**) (**Ez 20:44**) (**Dn 9:19**).

3. La oración a Jehová (Ex 34:8-9)

1. La actitud de Moisés (versículo 8). A la vista de la proclamación gloriosa del nombre la respuesta de Moisés no se hizo esperar. Así que eleva una oración que responde plenamente a todo lo que se le ha revelado. La oración va acompañada de gestos que ponen de manifiesto la humildad, hasta la humillación; la gratitud y el reconocimiento ante la grandeza y las misericordias divinas. La actitud íntima es expresada mediante la expresión “*y adoró*”, significando postración como señal de respeto. En Éxodo es aplicada a otras personas (**Ex 18:7**), a dioses ajenos, junto con la advertencia de evitarlos (**Ex 20:5**) (**Ex 23:24**) (**Ex 34:14**), y de la adoración del pueblo o de los líderes en determinados momentos (**Ex 4:31**) (**Ex 12:27**) (**Ex 24:1**) (**Ex 33:10**). Aquí, la adoración de Moisés contrasta fuertemente con la rebelión del pueblo y la contradice de plano (**Ex 32:8**); resumiendo de forma gráfica y práctica casi todo lo dicho en los dos capítulos anteriores. ¡Cuán sugerente esta palabra en este lugar! Moisés conoce mucho más de Jehová que antes, ha visto transformado su propio carácter y tiene la actitud propicia para escuchar las palabras que ha de obedecer con el fin de servir al Dios vivo, único y verdadero (**Sal 5:7**) (**Sal 29:2**) (**Sal 138:2**).

2. La oración de Moisés (versículo 9).

a) El receptor de la oración: “*Señor*” (“*Adonai*”) se repite dos veces en este versículo y equivale a “*kuriós*”, aplicado en tantas ocasiones a Cristo. Es el nombre que los judíos

utilizaban para traducir y sustituir el nombre “incomunicable” de Jehová por sus escrúpulos en utilizar este último nombre divino. Adonai nos dice que Dios es el dueño de cuanto ha creado, y, por tanto, no sólo pretende, sino que tiene derecho a una obediencia sin limitaciones. Adonai es el Señor con autoridad sobre todos los que están en eminencia (**Dt 10:17**) y por tanto sobre Moisés mediador y guía principal de Israel. En cuanto a implicaciones de esta expresión ver (**Jn 20:28**) (**Sal 35:23**) (**Mal 1:6**).

b) La forma condicional de la oración: “*Si ahora...*”. Es posible que hayamos de entenderlo afirmativamente, “*puesto que*”, no en forma condicional, “*si*”. Como vimos en su lugar, Moisés ya ha utilizado estos argumentos anteriormente (**Ex 33:13**), ha sido espectador de excepción de la contestación del Señor. De este modo ha escuchado promesas (**Ex 33:17**), ha visto su gloria, y entró en los “entresijos” del carácter y propósito divinos (**Ex 34:5-7**). Por tanto, ya no le queda duda de que el pacto puede ser renovado y establecido perfectamente. Pero, queda aplicarlo, ¡y esto es lo que hace Moisés!

c) El motivo aducido en la oración: “*porque...*”, es una especie de confesión de la naturaleza del pueblo al cual Dios ha de perdonar y restaurar (**Ex 32:9**) (**Ex 33:3,5**). Moisés comparte plenamente la valoración y el diagnóstico del Señor. La razón dada apunta a las raíces profundas de corrupción puestas en evidencia al hacerse un becerro y adorarlo. Pero recordamos (**Gn 8:21**), donde la ira de Dios fue mitigada al considerar la naturaleza humana. El amor de Dios, revelado en el nombre, asegura no sólo una estimación cabal de la condición humana sino también una voluntad dispuesta a salvar lo que estaba perdido. Así que, la razón aducida es plenamente comprensible dentro de la óptica divina, aun cuando pueda ser muy contradictoria para la lógica del hombre natural. Ciertamente el amor de Dios es inefable.

d) La petición esencial de la oración. Esta petición consta de dos partes complementarias. La primera implica o lleva a la segunda, y esta es consecuencia de la primera.

(1) El lado negativo: “*perdona...*” (“*salach*”), (**Dn 9:9**). Es un término distinto al que analizamos en el versículo 7. “*Salach*” define por antonomasia al perdón divino. Este vocablo nunca sirve para describir el perdón entre personas aplicándose exclusivamente al Señor. Hay dos matices en esta palabra. En primer lugar habla de remisión; el pecado es remitido para no ser encontrado nunca más (**Is 43:25**) (**Mi 7:19**) (**Sal 103:12**) para expresiones usadas en estos pasajes que ilustran este punto; pero sobre todo ver su uso en (**Jer 31:34**) y (**Jer 50:20**). En segundo lugar habla de propiciación (**Lc 18:13**) (**Sal 130:4**) (**Lv 4:20,26,31,35**). Cubrir el pecado y perdonarlo son dos aspectos de la misma verdad encontrando ambas cosas su significado pleno en Jesucristo (**He 9:22,25**) (**Mt 26:28**) (**Ef 1:7**).

Hemos de destacar la identificación de Moisés con el pueblo al hacer esta petición hablando de “*nuestra iniquidad y nuestro pecado*”, recordándonos nuevamente su labor de mediación que responde a su deseo de poner a toda la nación delante de Dios. Es, además, una confesión definida: “*iniquidad ... pecado*”, repite términos empleados en el versículo 7 enfatizando en esta ocasión la perversidad en la conducta (“*awon*”), y el quedar faltos ante las exigencias divinas (“*chatah*”).

(2) El lado positivo: “*y tómanos por tu heredad*”. La heredad no se refiere a la herencia prometida en Canaán (**Ex 23:20**) (**Ex 32:13**) (**Lv 25:38**) sino a que Jehová considere hacer de Israel su heredad (**Dt 4:20**) (**Dt 9:26**) (**Ex 19:5**) (**Sal 28:9**) (**Sal 33:12**) (**Zac 2:12**).

Al llegar al final de esta oración vemos cuán perfectamente entiende y aplica Moisés lo que Dios le ha dicho: “*Jehová ... guarda misericordia a millares ... perdona...*”.

Las palabras divinas (Ex 34:10-26)

La iniciativa y promesa de Jehová (**Ex 34:10-11**). “*He aquí*” es un hebraísmo usado para llamar la atención a lo que sigue a causa de su importancia. Lo que hay que destacar es “*yo hago pacto*”. La palabra para “*hago*”, que no es el mero verbo hacer, forma parte de los términos asociados con el pacto, y es usada también en los versículos 12, 13, 15, 27. Aquí y en el versículo 27 se refiere al pacto divino renovado, mientras que en los otros versículos que acabamos de citar la referencia es a los pactos que habían de ser evitados y a la responsabilidad contraída con el pacto de Jehová. El uno excluye a todos los demás y pone al pueblo de Dios bajo obediencia. “*Pacto*” es literalmente “*cortar*”, haciendo alusión a la costumbre de sacrificar víctimas a la hora de hacer un pacto, de lo que sería ejemplo pertinente (**Gn 15:9-21**). Ciertamente Moisés oró por la renovación, pero la frase “*yo hago pacto*” nos dice, sin lugar a dudas, que la iniciativa partía de Dios. La misma oración suplicante y contrita de Moisés pone en claro hasta qué punto el pueblo es indigno de tan gran beneficio.

Después del anuncio anterior podemos destacar en lo que sigue dos cosas importantes:

1. La mención del Creador. “*Haré*” es un vocablo asociado con la creación. Solamente en Génesis 1 hallamos ya varias referencias en contraste con la palabra crear (“*bara*”) de (**Gn 1:1,27**). Es cierto que describe también la creatividad humana (**Ex 32:1,4,8,20,23,31,35**), pero en nuestro texto hace alusión por dos veces a Dios: “*Haré (maravillas) ... haré (contigo)*”, en señalado contraste con (**Ex 34:17**): “*No te harás dioses de fundición*”. Lo anterior queda corroborado con la frase “*no han sido hechas*” (o mejor creadas, “*bara*”) que nos recuerda pasajes tales como (**Nm 16:30**) (**Is 45:7**) (**Is 48:7**) y (**Jer 31:22**), los cuales el lector haría bien en considerar atentamente porque ilustran el hecho de que Dios siempre puede hacer cosas nuevas y desde luego las hace.

2. La gloria del Creador. Jehová renueva el pacto implicando esto como promesa (“*haré ... haré*”) la manifestación de su carácter, de forma que el resultado de su obrar será: “*verá todo el pueblo*”. En otras palabras, el propósito de la renovación del pacto no sería otro que su propia gloria; esto resultaría en conocimiento renovado de Dios por parte de la nación. La manera que será revelada su gloria se describe con dos vocablos: “*maravillas*” y “*cosa tremenda*”. En esto verían “*la obra de Jehová*” (**Dt 11:3,7**) (**Jos 24:31**); en contraste (**Is 41:23,29**) (**Is 57:12-13**). Todos los poderes que resistan al reino de Dios caerán indefectiblemente, por tanto, cuando en el versículo 11 leemos una lista pormenorizada de los habitantes de Canaán, no hemos de pensar en mera curiosidad histórica sino en la grandeza del milagro efectuado (**Dt 4:38**).

La palabra “*maravillas*” se aplica al Creador (**Job 37:5**), y se relaciona con Egipto, las plagas y el Éxodo (**Ex 3:20**) (**Jue 6:13**) (**Mi 7:15**), pero también con la entrada a Canaán (**Jos 3:5**), otro ejemplo de lo cual sería (**Jos 10:12-13**). Sobre todo en los Salmos las maravillas son cantadas, alabadas, contadas, aun cuando no sea posible contar todo; proclamadas, meditadas y experimentadas. Para ilustrarlo con un ejemplo específico tomemos el Salmo 136 con las “*maravillas*” vistas en la creación (versículos 5 al 9), el éxodo (versículos 10 al 15) y Canaán (versículos 17 al 22). Consecuentemente al Señor se le conoce como pastor (versículo 16), consolador (versículo 23), redentor (versículo 24) y sustentador (versículo 25).

La expresión “*cosa tremenda*” nos explica el sentido de lo anterior. Las “*maravillas*” ponen temor en los hombres. Jehová es Dios único e incomparable, grande, temible y glorioso (**Ex 15:11**) (**Dt 7:21-22**) (**Dt 28:58**) (**Job 37:22**) (**Sal 47:2**). Su manifestación impresiona profundamente (**Jue 13:6**); ha de ser objeto único de temor (**Dt 10:20-21**), y es digno de ser temido (**Mal 1:14**). Su obrar glorioso descubre su carácter, su ser en operación (**Sal**

76) le muestra como el Santo revelando tanto su justicia como su salvación. Juzga y humilla a sus enemigos; sin embargo, su propósito es traerles a una relación adecuada consigo mismo (**Sal 66:3**) (**Is 18:2,7**). Por otro lado redime y fortalece a su pueblo. Los piadosos proclaman su grandeza y le invocan (**Dn 9:4**) para salvación y múltiples bendiciones (**Is 64:1-2**). Su acción en Canaán la vemos en (**2 S 7:23**) (**1 Cr 17:20-22**), pero su majestad nunca será más patente que en el *“día de Jehová”* (**Jl 2:31**). “El doble aspecto de juicio y salvación que es propio del Dios terrible lo vemos sobre todo en relación con la cruz, donde el hombre es justificado o condenado” (Cole).

Aunque nos hayamos extendido en la exposición del pasaje comenzando en el versículo 5, creemos ha sido provechoso hacerlo así, puesto que, como hemos tenido ocasión de observar, por la terminología usada y por su incidencia en otros muchos lugares, estos son textos básicos para entender mucho de lo que hallaremos más tarde en el Antiguo Testamento. Por otro lado, hemos tratado de compartir la impresión que nos produjo el deseo divino de revelar su grandeza hasta el punto de impresionarlos con su gloria, para hacer surgir el amor de los corazones, junto con el temor y la gratitud, resultando de este modo más aborrecible la desobediencia en tanto que más grata la consagración sin reservas a Jehová, cuyo nombre había sido proclamado, y Aquel a quien únicamente debían la renovación del pacto. *“He aquí, éste es nuestro Dios ... éste es Jehová ... nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación”* (**Is 25:9**).

El lugar del pueblo (**Ex 34:11**). *“Guarda...”*. Es evidente que cuanto acabamos de explicar habla por sí sólo de la peculiaridad de Israel restaurado ahora a la comunión con Dios. Este privilegio, tan exclusivo, se hace notorio de nuevo en el contraste entre la presencia de Jehová con el pueblo, la mención de *“toda la tierra”* y la frase *“en nación alguna”*. Pero es además muy claro el papel de Moisés, ya que el pacto (que alcanza a todo el pueblo) es renovado ante él en su calidad de mediador. De ahí las frases *“el pueblo en medio del cual estás tú”*, con énfasis en el pronombre personal, y *“lo que yo haré contigo”* en singular (ver también *“contigo y con Israel”*, versículo 27), donde es tratado como representante legítimo y plenamente autorizado. Asimismo, *“tu pueblo”*, palabras que no respiran la oposición divina que veíamos en (**Ex 32:7**), apunta a lo mismo. Israel, como nación restaurada, debe recibir con plena sumisión, de la mano de Jehová y por medio de Moisés, las condiciones del Señor.

Advertencias con intención “pastoral” (**Ex 34:11-26**). Recordemos lo que dijimos al comienzo del capítulo 34 de que no busquemos aquí ningún catálogo ritual o cúltilo. En primer lugar, porque las estipulaciones del pacto ya fueron dadas anteriormente tal como comentábamos en su lugar (capítulos 19 al 24), y sólo se trata de revalidar el pacto quebrantado. En segundo lugar, porque es de lo más probable que aquello que se incluye en este pasaje trate de “poner en mente” lo que más había sido olvidado y por ende era más necesario enfatizar, esto es, la separación de todo cananismo, y poner el acento en la piedad que brotaba de la revelación de Jehová. Era importante, además, poner delante de Israel el señorío absoluto del Dios del pacto, y por eso tenemos la mención de los primogénitos, el sábado, etc. Es decir, se trata de colocar en su sitio todo lo que había sido quebrantado fundamentalmente al hacer el becerro de oro. Si olvidaban esto otra vez se expondrían a peligros seguros e imprevisibles.

Si la oración de Moisés, *“tómanos por tu heredad”* (versículo 9) había de ser respondida, era necesario romper toda vinculación con los habitantes de Canaán. El pueblo peculiar no debe convertir su fe en una mezcla sincretizada, odiosa para Dios, no importa la forma que tomara tal sincretismo. Pero junto con las advertencias tenemos la motivación, y así, además de todo lo que han visto, deben contemplar lo que Dios hará en Canaán (*“he aquí que yo echo”*, versículo 11); que Jehová es Dios Celoso (versículo 14), que ya explicaremos en su lugar; y el éxodo de Egipto (versículo 18).

Lo que han de evitar: la relación con los impíos (**Ex 34:12-16**). Pensamos que sería inadecuado e innecesario repetir lo ya dicho sobre los mismos temas en exposiciones anteriores, que el estudiante diligente buscará y repasará con atención. Aconsejamos además la lectura de (**Nm 33:50-53**) y (**Dt 7:1-6**), junto con otros textos que van en la misma dirección en su advertencia contra el sincretismo (**Jue 3:6**) (**1 R 11:2**) (**1 R 14:23**) etc.), cosa que sin duda sería “tropezadero” para Israel. Quedan sin embargo algunos detalles, que sin ser totalmente nuevos nos invitan a una ampliación o matizan algún detalle. Por ejemplo, la descripción del Señor: “*Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es*”, donde el título “Celoso” está relacionado con su nombre y su ser (“es”). El tema ya fue suscitado en (**Ex 20:5**), explicando allí que al definir la naturaleza de Dios como celoso extiende sus demandas a la relación exclusiva con él, y que en el fondo late la figura del matrimonio. Hemos de ampliar ahora la explicación anterior con el fin de adecuarlo al contexto.

La palabra “celos” describe la envidia (**Gn 26:14**) (**Gn 30:1**) (**Gn 37:11**), o los celos egoístas ante ventajas ajenas (**Nm 11:29**) (**Sal 106:16**), cosas que han de ser totalmente descartadas al aplicarlo al Señor. Somos además exhortados a remover la envidia por la impiedad (**Sal 37:1**) (**Sal 73:3**) (**Pr 3:31**) (**Pr 23:17**) (**Pr 24:1,19**), siendo en cambio alabado el celo por la causa de Jehová (**1 R 19:10,14**), sobre todo si éste quedó demostrado a satisfacción divina (**Nm 25:11,13**). Esta entrega sin reservas y el contentamiento en la esfera piadosa es lo que Dios busca.

Centrando ahora nuestra atención en el Señor notamos que es posible provocarle a celos (**Dt 32:16**) (**Ez 8:3**) (**Sal 78:58**), lo que de suceder traería retribución por su parte (**Dt 32:21**). En el fondo late la gran solicitud divina por su pueblo que nace de su amor (**Jl 2:18**). Su celo le lleva a una acción continua, sea en juicio o en misericordia. El pacto demanda amor y fidelidad incondicionales. Esta relación esposo-esposa lleva consigo el celo necesario para mantenerla intacta. Por eso las figuras de “fornicación” y “adulterio” (**Ex 34:15-16**), tantas veces repetidas en el Antiguo Testamento, denotando hechos de alta traición al sólo y verdadero Dios. Estas figuras no dejan de tener expresividad, ya que la prostitución literal estaba asociada a los cultos de la fertilidad. Ejemplo lamentable de ello lo encontramos en Números 25. Léase también (**Os 4:13-14**) para ver la relación íntima entre la fornicación espiritual y la sexual.

Son instructivas a este respecto las palabras de J.L. Packer: “El celo de Dios por su pueblo, como hemos visto, presupone al amor que corresponde al pacto; y dicho amor no es un afecto transitorio, accidental y sin objeto, sino que es la expresión de un propósito soberano. El objetivo del amor de Dios en el pacto es el de contar con un pueblo en la tierra ... y posteriormente el de tener a todos los fieles de todas las épocas consigo en la gloria... Porque el objetivo último de Dios, como lo declara la Biblia, es triple: el de vindicar su gobierno y su justicia mostrando su soberanía al juzgar el pecado; el de rescatar y redimir a su pueblo elegido; el de ser amado y alabado por ellos por sus gloriosos actos de amor y autovindicación... De manera que el celo de Dios le lleva, de un lado, a juzgar y a destruir a los infieles entre su pueblo, los que caen en la idolatría y en el pecado, y, aún más, a juzgar a los enemigos de la justicia y la misericordia en todas partes. También le lleva, de otro lado, a restaurar a su pueblo luego que el juicio nacional los ha castigado y humillado... ¿Y qué es lo que motiva estas acciones? Simplemente el hecho de que se muestra celoso por (su) santo nombre” (Conociendo a Dios, Terrassa: Editorial Clie, pp. 196-197).

Lo que se debe practicar: adoración verdadera (**Ex 34:17-26**). La adoración verdadera es presentada primero de forma negativa, mediante la prohibición que encontramos en el versículo 17, que hace eco del segundo mandamiento referido en (**Ex 20:4**) y repetido y ampliado en (**Dt 4:15-16**). La mención a los “dioses de fundición” en lugar de “dioses de

plata ... de oro” en (Ex 20:23) es una alusión directa al becerro de oro (Ex 32:4), apareciendo esta frase sólo una vez más en (Lv 19:4). Se discute si se trata de estatuas de Jehová o de otros dioses, pero tal especulación es vana, puesto que no ha de haber otros dioses en labios de Israel. E incluso en el caso de adorar ídolos llamándoles Jehová no significaría adorarle bien, y pone a quien lo hiciera bajo la maldición de la ley.

En segundo lugar tenemos el lado positivo en el cual no vamos a detenernos en detalle. Remitimos al lector a las notas pertinentes sobre los capítulos 12 al 13 y 20 al 23 dentro de este comentario. La adoración lleva intrínseca la consagración y la confianza. Así, notarnos la mención de los *“primogénitos”*, en relación con la Pascua y la salida de Egipto (Ex 13:2,11,12), así como la frase *“ninguno se presentará delante de mí con las manos vacías”*, en consonancia con *“manos llenas”* (Ex 32:29), figura que conviene a la idea de consagración. Ambas cosas son plenamente adecuadas aquí. Asimismo, la nueva mención del *“sábado”* en el versículo 21, asociado a la confianza en la providencia divina, (Ex 16:29), en esta ocasión acompañado de las palabras *“aun en la arada y en la siega, descansarás”*, o sea, en plena sazón de la cosecha cuando el fracaso sería previsible. Emerge por tanto el principio formulado por el Señor Jesús de *“buscar primero el reino de Dios”* (Mt 6:33) en medio de circunstancias donde parecería aconsejable la prudencia.

Queda por comentar la promesa del versículo 24. La subida a las fiestas (lo que implica situaciones que habrían de vivir después del establecimiento en la tierra con un santuario central) se convierte en un asunto de fe en la protección divina y no en mero cumplimiento ceremonial vaciado de contenido. *“Ninguno codiciará tu tierra”* sale al paso del temor probable, a que, en ausencia de los dueños, alguien disminuya la propiedad modificando los linderos (Dt 19:14), aunque puede tratarse de opresión, (Is 5:8). *“Codiciar”*, en sí mismo, tiene significado neutro, dependiendo de la dirección que tome el deseo, y tiene que aplicarse según el contexto. En este caso es sinónimo de apropiarse algo que pertenece a otro (Ex 20:17). Pero la promesa que invita a descansar en la fe es: *“Ninguno codiciará tu tierra”*.

La manera en que son elegidos los temas que forman el contenido de este pasaje muestra una exquisita sensibilidad pastoral. Todo tiende a colocar al pueblo rebelde, ahora restaurado, no sólo en la posición anterior a la idolatría sino en una mayor comprensión de la gracia que invita a la gratitud. Por tanto, la renovación nos establece espiritualmente en los principios de libertad, consagración y confianza sobre la base del Dios de toda gracia que también es Señor todo suficiente y fiel.

La orden divina (Ex 34:27-28)

Moisés recibe la orden de escribir, dejando así recuerdo permanente de lo dicho en esta ocasión (Ex 24:4,7) (Jos 24:26). Es posible que *“conforme a estas palabras”* se refiera al contenido de los versículos 11 al 26, bien que entendido como explicábamos anteriormente, mientras la frase *“y escribió en las tablas”* (versículo 28) es distinta, siendo una alusión clara a *“las diez palabras”* (Ex 20:1-17), en torno a las cuales giraban las condiciones del pacto. El pacto sellado con sangre (capítulo 24) quedó renovado, e Israel instalado de nuevo como pueblo de Jehová. No era necesaria ninguna otra conclusión, y al escribir las condiciones fundamentales quedaba probada la renovación del pacto. *“Cuarenta días y cuarenta noches”* es un segundo período de ayuno (Dt 9:9,18), con lo que se reproducen las condiciones de las primeras tablas; por lo tanto, no se trata de un vago recuerdo de la anterior estancia de Moisés en el monte (Ex 24:18), como algún expositor ha sugerido.

La gloria del viejo pacto (Exodo 34:29-35)

Palabras introductoras

El pasaje que estamos considerando recoge simbólicamente, mediante la refulgencia del rostro de Moisés, la gloria espiritual de la revelación del Sinaí, especialmente la que Dios dio de sí mismo. Por ello, es conclusión adecuada a los capítulos 32-34. Pero este incidente es conocido, sobre todo, por el uso que Pablo hace de sus enseñanzas en **(2 Co 3:1-4:6)**, donde contrasta el antiguo con el nuevo pacto para mostrar la supremacía del segundo.

La refulgencia de Moisés (Ex 34:29-30)

La mención de *“las dos tablas del testimonio”* en manos de Moisés junto con el resplandor de su rostro sirven para ilustrar la gloria del pacto antiguo.

La palabra *“resplandecía”* responde a una expresión hebrea, peculiar a este pasaje, que significa emitir rayos, relacionada con la palabra para *“cuerno”* (que ampliaremos en seguida), lo que llevó a algunos pintores a caracterizar a Moisés con rayos y dos cuernos.

El pasaje más cercano a este lo encontramos en **(Hab 3:4)**: *“Y el resplandor fue como la luz; rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondido su poder”*. De la misma manera que el sol naciente se rodea de una radiación espléndida, así al Señor se le caracteriza como cercado de rayos a ambos lados. No nos es difícil ver la semejanza con Moisés. Basta con verle al pie del monte para ser llevados a pensar en la descripción que de Dios hace Habacuc (véase también **(Dt 33:2)**). Pero tras el brillo divino encontramos su ser esencial; tras el ropaje que le engalana hallamos *“su poder”*; la refulgente descripción nos hace pensar en su santidad: *“Dios vendrá de Temán, y el Santo desde el monte de Parán. Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza”* **(Hab 3:3)**. Es la inalterable perfección que confirma que *“Dios es luz y en él no hay tinieblas”*. No le será difícil al lector entender las semejanzas y los contrastes a la vez que la fuente de donde surgía la apariencia del mediador, o sea, del Dios invisible.

La palabra hebrea *“qaran”*, cuando aparece por primera vez en la Biblia, es para referirse a los cuernos del animal ofrecido en lugar de Isaac **(Gn 22:13)**; siguen gran número de citas acerca de los cuernos del altar de incienso y sobre todo del de sacrificios, los cuales habían de ser rociados con sangre **(Ex 29:12) (Ex 30:10)**. Hace referencia asimismo al cuerno con aceite cuya unción separa y capacita para tareas de gobierno **(1 S 16:1,13)**, o el que llama al pueblo para una batalla cuyo resultado victorioso ya había sido prometido por el Señor **(Jos 6:5)**. En muchos casos se traduce con la palabra *“poder”*, que pertenece al Señor y experimentan sus siervos **(Sal 18:2) (Sal 92:10)**. Esta pequeña síntesis de pasajes y usos de la palabra *“qaran”* nos ayuda a entender mejor.

Nosotros diríamos hoy que el resplandor o la gloria se asocia con el poder de Dios, manifestado en nosotros mediante las poderosas operaciones del Espíritu Santo, en el hombre interior, sobre la única base del sacrificio de la cruz. Inevitablemente somos llevados a enfrentar a un enemigo poderoso pero vencido; se nos capacita para hacerle frente y prevalecer. ¡Cuán distinto este *“cuerno de salvación”* del poder que los israelitas pretendían plasmar mediante el becerro! ¡Un buey que come hierba! El texto de Éxodo, luego de hablamos del resplandor nos dice: *“después que hubo hablado con Dios”*. Hay

una especie de confidencia de la comunión a la que Moisés había sido admitido y la gloria de la que fue testigo (**2 Co 3:18**). Y no sólo habló, sino que escuchó al Señor.

La Septuaginta traduce “qaran pordoxázo” en los tres lugares donde aparece el resplandor en este pasaje (versículos 29, 30 y 35), que en la voz pasiva, como ocurre aquí, significa ser estimado, ser glorificado, resplandecer. La voz pasiva sin duda tiene como sujeto a Dios; él y ningún otro producía aquella gloria. Moisés sólo era receptor. Es aleccionador seguir la traducción de esta palabra en la versión LXX, para ver, por analogía, qué pudo significar para Moisés este ser glorificado como mediador. En (**Dt 33:16-17**) hallamos la frase “*príncipe (doxastheis) entre sus hermanos*”, aplicado en aquel caso a José, pero que usamos para ilustrar la posición de Moisés en relación con quien le llamó desde la zarza, el Dios que mantiene una relación permanente con sus siervos y con su pueblo, que los sacó de Egipto y los llevará a Canaán. Otras maneras de traducirlo que vienen al caso son: glorificar (**1 Cr 17:18**); “*estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza*” (**Is 49:5**); “*el Santo de Israel que me ha honrado*” (**Is 55:5**). Estos usos de la palabra “doxázo” nos recuerda de la preeminencia, credenciales, privilegios, estimación y honor que disfrutó Moisés ante el pueblo.

Aquella gloria, que sólo era la “*espalda*” de Jehová, fue suficiente para que el pueblo temiese (versículo 30). Sin duda lo asociaron con lo que habían contemplado desde el pie del monte anteriormente (**Ex 19:16**). Había un sentido de culpa, y Moisés aparecía como mensajero flameante; el temor les incapacitaba tanto como la tez brillante de Moisés (**2 Co 3:7**). Una lección valiosa es leer que Moisés “*no sabía ... que la piel de su rostro resplandecía*”, que nos dice sólo que Josué no subió con él en esta ocasión sino sobre todo de su grandeza espiritual. El hombre de Dios es consciente de su pequeñez (**Jn 1:21**) y pecaminosidad (**1 Ti 1:15**); su verdadera atención no está en sí mismo, sino en la contemplación de la gloria de Dios. ¡Una ilustración válida de (**Nm 12:3**)!

La autoridad de Moisés (Ex 34:31-32)

Tras la “*estampida*” del pueblo se hizo necesario llamarles para que volvieran. Es un llamado que aquieta los corazones mientras los solemniza y prepara para escuchar. Significativamente Moisés mantiene el orden establecido y conversa primero con “*Aarón y todos los príncipes de la congregación*” (versículo 31). Luego “*se acercaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todo lo que Jehová le había dicho en el monte Sinaí*”. Su autoridad descansa en la Palabra del Señor, no siendo la gloria de su rostro otra cosa que credencial de dicha autoridad; su labor de mediador es adecuada porque es ejercida con fidelidad a lo dicho por el Señor. Todo el pueblo debe sujeción a Dios, y los guías de la nación tienen mayor responsabilidad.

El velo de Moisés (Ex 34:33-35)

“*Masweh*” es el título para describir el velo usado por Moisés. Aparece en tres ocasiones en este pasaje y en ninguna otra parte del Antiguo Testamento. “Se distingue del velo utilizado por las mujeres (**Gn 24:65**) (**Gn 38:14**), del manto femenino (**Rt 3:15**) (**Is 3:22**), y del “*radid*” (**Cnt 5:7**). Tal vez hemos de pensar en una prenda masculina para cubrir el rostro propia de la península de Arabia” (Jamieson).

Sin embargo, más importante que describir el diseño es considerar su uso. Moisés se quitaba el velo al entrar en la presencia del Señor, cosa que tendría lugar en la tienda de reunión, puesto que aún no había sido erigido el tabernáculo. Nada más adecuado que este gesto, ya que ante el Creador omnisciente aparecemos sin velo. Nada le es oculto,

por tanto, nada sería más inadecuado y fuera de lugar que velar lo que somos. Resulta clara la necesidad de hablar a Jehová *“a cara descubierta”* para recibir la comunicación de su gloria, siendo evidente asimismo la disminución gradual del resplandor. No obstante la gloria del antiguo pacto no estaba vacía de contenido, quedando cubiertas las necesidades de Israel, simbolizado esto por el rostro brillante de Moisés. Pero todo creaba una tensión hacia algo que vendría en el futuro, un estado más permanente y definitivo. La gloria perecedera de la ley contrasta con la gloria más elevada e imperecedera del evangelio. La gloria era transitoria, y la revelación del Antiguo Testamento mira a su pleno cumplimiento en Cristo. Llegado *“el cumplimiento del tiempo”* vemos a Jesús transfigurado con una gloria inherente, no conferida ni pasajera, reflejo de la misma esencia de Dios; y Jesús es el Mediador de un mejor pacto establecido sobre mejores promesas (**He 8:6**).

La versión LXX da la impresión de que Moisés se ponía el velo cuando hablaba con el pueblo. Tal como lo tenemos en castellano (RV-60), que parece confirmar el texto hebreo, el velo era puesto después de hablar con Israel, ya que *“los hijos de Israel ... veían que la piel de su rostro era resplandeciente”* (versículo 35), y fue cuando *“acabó Moisés de hablar ... (que) puso un velo sobre su rostro”* (versículo 33). Objetivamente el velo apuntaba al fin de la ley y al cumplimiento de todas las promesas en Cristo. Sin embargo, cuando se mantenía la mirada en la gloria del Sinaí, los que no eran llevados contritos al Cristo del cual la ley era *“ayo”* se encontraban con un sistema de condenación sin esperanza, surgiendo entonces subjetivamente los velos de un corazón endurecido e incapaz de llevar su realidad pecaminosa al sacrificio de sangre que apuntaba a la cruz.

Contrastes y semejanzas con 2 Corintios 3:1-4:6

No nos es posible hacer un estudio exhaustivo del tema, y quizá tampoco sería adecuado en este lugar. Pero dada la relación indudable de este pasaje de Éxodo con aquél no es posible soslayar el tema, así que, con las limitaciones anunciadas y de forma sintetizada pasamos a exponer algunos pensamientos.

Son contrastadas dos formas diferentes de grabar la voluntad de Dios. En un caso *“tablas de piedra”* (**Ex 34:4**), lo que supone obediencia a una norma externa; en el otro caso *“en tablas de carne del corazón”* (**2 Co 3:3**), lo que convierte a los creyentes en *“epístolas vivientes”*, leídas por los hombres, que, además, obedecen por amor y en el poder del Espíritu Santo.

Como ya hemos explicado, el resplandor glorioso no deja de ser figura de la antigua dispensación, y Pablo nos dirá que *“el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria”*, que *“el ministerio de condenación fue con gloria”*, y que *“lo que parece tuvo gloria”* (**2 Co 3:7,9,11**). Pero al mismo tiempo leemos que *“aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente”* (**2 Co 3:10**), preguntándose Pablo: *“¿Cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu?”* (**2 Co 3:8**). No cabe duda que el antiguo pacto contiene un grado notable de revelación, pero esta gloria queda pálida ante la plena luz del evangelio. En los postreros días Dios nos ha hablado *“por el Hijo”* (**He 1:1-2**); el Verbo llegó a ser carne, revelándonos a Dios habiendo salido del seno del Padre (**Jn 1:1,14,18**) (**Jn 14:9**).

La obra que el Hijo de Dios realizó vivifica, justifica, procura todo cuanto surge de las fuentes inagotables de la resurrección (mediante las operaciones del Espíritu santo) y permanece. Damos gracias a Dios por la forma maravillosa en que preparó el escenario para el evangelio, y quedamos mudos de asombro ante su revelación, que, sin ser completa ni definitiva mostraba tal gloria. Pero, ¿qué diremos, aparte de expresar la

gloriosa adoración de nuestros corazones, ante la dispensación del Espíritu que supone solventar definitivamente el problema del pecado mediante la solución que brota “del mismo corazón de Dios”?

Llegamos a los diferentes pensamientos sugeridos por el “velo” que cubría el rostro de Moisés:

1. Es figura de la naturaleza preparatoria de las ordenanzas mosaicas, cada una de las cuales “cubría” algún significado espiritual, mirando todo ello a Cristo (**Ro 10:4**).

2. Aunque no todos los judíos, sí la mayoría evitaban quitar el velo adentrándose en el significado espiritual, dejando, de este modo, de contemplar su cumplimiento. Convirtieron la revelación que transforma en una cosificación donde no había ni luz ni vida. Leyeron las promesas divinas a la luz de las imágenes sensibles que tenían en su mente, sobre el fondo de bienes temporales, cuya consecución cebaba sus corazones. En suma, no despojaron su entendimiento del ropaje humano para percibir la realidad divina ¿Cuál fue la consecuencia? La aparición del Hijo de Dios les “deslumbró”, porque esperaban al Hijo de David en lugar de a la “raíz de David”. El nombre “Jesús” no les decía nada, ya que esperaban la liberación temporal, ser librados en sus pecados (un error frecuente en cada época), y no de sus pecados. La “vida eterna”, ofrecida en el Mesías, no era de suficiente entidad, como certeza a todo aquel que cree, porque estando aferrados a lo de abajo quedan impedidos de apreciar lo de arriba.

3. Hemos de hablar más del velo de los judíos que del velo de Moisés. Es el velo que impide la contemplación de la luz, llegando a ser símbolo del estado de tinieblas, en el cual se permanece a causa de la incredulidad. En este estado el hombre pone barreras difíciles de superar, impidiendo la comunión con Dios y, de este modo, con sus semejantes. ¡Pero cuando se convierten al Señor el velo es quitado!

No es lo mismo la gloria ora potente más tarde desvanecida de Moisés, que “*la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*”. Esta última ha iluminado, y reside permanentemente, “*en nuestros corazones*”. Usamos de mucha franqueza porque no es un atrevimiento temerario por nuestra parte entrar en la misma presencia de Dios, sino nuestro “derecho” en Jesucristo, por quien el “velo” ha sido roto, abriéndose de par en par el camino al Padre. Porque, además, Dios nos ha dado autoridad para ser llamados “*hijos de Dios*”. Porque la obra divina no sólo hizo posible nuestra limpieza sino que, sin sonrojo ni falsa seguridad, decididamente podemos decir: “*Le veremos como él es y seremos semejantes a él*”. Al mirar la causa de todo lo anterior no encontramos mejores palabras que las de (**2 Co 5:18**): “*Y todo esto proviene de Dios...*”, resultado de lo cual es que nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, “*no que seamos competentes por nosotros mismos ... nuestra competencia proviene de Dios*” (**2 Co 3:5-6**).

Por otro lado, vemos la importancia de mirar “*a cara descubierta*”, sin poner velos que impidan contemplar la gloria de Dios renunciando a lo oculto. Nada se esconde a su omnisciencia, tampoco hay impedimento alguno en nuestra comunión con él. El problema no es si nos aceptamos o no, sino que Dios nos aceptó en el Amado. Un día habremos de “*comparecer*”, ser manifestados tal cual somos, sin tapujos ante el tribunal de Cristo. Dios quiere liberarnos de cuanto no le agrada o pueda impedir nuestro progreso; delante de los demás no somos ni más ni menos que lo que seamos ante el Señor. Lo que mostramos es gloria y sólo gloria propia de “*la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*”, en cuya semejanza seremos constantemente transformados si, como Moisés, contemplamos la gloria cultivando la intimidad en oración, sumisión y obediencia a la Palabra.

Temas para meditar

Para repaso: haga un bosquejo de los diversos movimientos del argumento en los capítulos 32-34, asegurándose que entiende el desarrollo del pensamiento. Después de esto pase a contestar las preguntas siguientes:

1. ¿Cómo contestaría a los que dicen que **(Ex 33:7-11)** es un pasaje insertado en este lugar pero que no corresponde al contexto?
2. Analice las oraciones de Moisés en **(Ex 32:7-14)** y **(Ex 33:12-23)**, resumiendo con la suficiente amplitud los elementos más importantes.
3. ¿Cree que estamos en lo cierto al evitar hablar del código o catálogo ritual en relación con **(Ex 34:10-26)**, y al defender su plena adecuación al contexto amplio e inmediato? Si lo cree así, ¿por qué?
4. ¿Qué significado tiene la actitud de Moisés en **(Ex 34:8)** a la vista de la desobediencia del pueblo y de la revelación que él mismo recibió de Dios durante su intercesión?

Construcción y consagración del tabernáculo (Exodo 35:1-40:38)

Instrucciones sobre el sábado (Ex 35:1-3)

Es clara la relación de este pasaje con **(Ex 31:12-17)** que ya comentamos anteriormente, así que no repetiremos enseñanzas ya dadas tanto en el pasaje citado como en otros que tratan sobre el mismo tema. En el capítulo 31, el sábado se coloca al final de las instrucciones recibidas por Moisés sobre el tabernáculo e inmediatamente antes de la ruptura del pacto del cual era señal. El pueblo se había olvidado de la importancia de la consagración del tiempo al Señor y lo usó para hacer un ídolo de fundición. Aquí, la mención del sábado bien puede servir de enlace con lo anterior, ya que siendo el sábado señal del pacto, y habiendo sido éste renovado, su colocación al final de la sección enfatizaría su revalidación y continuidad a la vez que un llamado a guardarlo. Pero de igual forma puede, con propiedad, ser puesto al principio mismo de llevar a cabo las órdenes pertinentes a la construcción del tabernáculo, que constituye la prueba más contundente del restablecimiento de relaciones entre Jehová e Israel. Los israelitas vivirían con impaciencia lo dicho por el Señor en cuanto a erigir la morada, pero la obra del tabernáculo no había de ser una excusa para marginar el día de reposo, señal inequívoca de la relación con el Esposo al que debían obediencia. Sin duda, para ellos, el sábado tendría ahora más significado que antes y obrarían en consecuencia.

La novedad principal, en relación con otros pasajes sobre el tema, la encontramos en el versículo 3, donde se mencionan *“vuestras moradas”*. Este detalle da sentido e importancia excepcional a la morada o casa del Señor. La prohibición de encender fuego ya se anticipaba, aunque no explícitamente, en **(Ex 16:23)**. Es muy posible que tuviese validez especial durante el tiempo en el desierto, ya que el maná que había de ser consumido el sábado había de ser cocinado el viernes, pero sobre todo durante los meses que durase la construcción del tabernáculo, ya que con toda probabilidad se piensa en la labor de forja para hacer los diversos enseres.

La generosa ofrenda del pueblo (Ex 35:4-36:7)

I. Llamamiento a los generosos y sabios de corazón (Ex 35:4-19)

Nuevamente encontramos la frase *“toda la congregación de los hijos de Israel”*, en esta ocasión para hacer un llamamiento a *“todo generoso de corazón”* (*“nadah”*, que corresponde a *“prothuméoo”* en la versión LXX. Algunos ejemplos son **(1 Cr 28:21)** **(1 Cr 29:5)** **(2 Cr 35:8)** **(Sal 54:6)** y en el Nuevo Testamento, **(2 Co 8:11-12)**, con el fin de recabar materiales que pudieran ser requeridos (versículos 5 al 9). Más específico es el llamamiento a los *“sabios de corazón”*, quienes además de sus bienes habían de ofrecer sus valiosos talentos y su tiempo (versículo 10). El *“sabio de corazón”* es quien posee el don natural, o adquirido, para el trabajo manual y/o artesano; por lo que podemos observar habrían de colaborar un número indeterminado de ellos además de Bezaleel y Aholiab.

Lo único distintivo, en comparación con el pasaje paralelo, son los materiales citados en el versículo 18, es decir, todo aquello que había de ser utilizado para mantener sujetas las tiendas, el atrio, etc., puesto que estos detalles prácticos serían necesarios a la hora de levantar el tabernáculo.

2. Respuesta al llamamiento anterior (Ex 35:20-29)

Los participantes en la ofrenda. A los participantes se les describe de diversas maneras según su categoría o peculiaridades. Lo más general lo encontramos en el versículo 20, donde vemos la respuesta masiva y completa de *“toda la congregación”*, así como en la frase *“los hijos de Israel”* (versículo 29) que incluye *“así (a) hombres como (a) mujeres”* (versículo 22). Después lo más específico: *“todo varón”*; *“todo hombre”*; *“todo el que ofrecía”*; *“todas las mujeres sabias de corazón”*; *“los príncipes”* (versículos 21, 23, 24, 25, 27). En suma, todos tienen su lugar en la construcción del santuario; la obra no puede ser completada sin que cada cual aporte su contribución particular (**Ef 4:16**). Notemos el contraste con (**Ex 32:2-3**) y (**Ex 33:6**), y el gran énfasis en la voluntad de cada uno (versículos 21, 22, 29).

El contenido de la ofrenda. Por el versículo 22 sabemos de prendas de oro: cadenas o enganches, aquí quizá broches o anillos; zarcillos, anillos para la oreja o la nariz; anillos para las manos, joyas utilizadas por hombres y mujeres; brazaletes, posiblemente collares de oro alrededor de muñecas y cuello. Además leemos de *“ofrenda de oro”*, como un don separado de las anteriores variedades de ornamentos.

Lo más escogido como las piedras preciosas para las ropas del sumo sacerdote, el contenido del incienso y el aceite de la unción fue ofrecido por los *“príncipes”* (versículo 27), quienes tenían cosas tan valiosas entre sus posesiones. También se nombran otros materiales en los versículos 23 y 24, que eran necesarios para distintos accesorios del tabernáculo. Otro tipo de ofrenda (versículos 25 y 26) exigía empleo de tiempo y habilidad manual a fin de confeccionar, mediante hilatura, diferentes enseres. La labor de hilar era conocida en la antigüedad, principalmente en Egipto, donde los monumentos representan a mujeres hilando, pero también entre los hebreos (**Pr 31:13,19**). Tejer era una labor realizada preferentemente por mujeres (**2 R 23:7**), aunque para uso muy distinto. En el tabernáculo suponemos la colaboración de varones, al menos parcialmente, ya que en Egipto eran hombres los que tejían (sobre todo el tejido artístico), siendo la obra artística parte del tabernáculo.

Naturaleza de la ofrenda. Aparte del énfasis que ya hemos notado en el aspecto voluntario de la ofrenda, la aportación que hicieron se describe de dos maneras:

1. *“Ofrenda”*, *“tenufah”*, literalmente *“mecer”* (versículo 22), por cuanto lo que se ofrecía era mecido de un lado a otro; se usa para describir sacrificios mecidos mediante los cuales ciertas porciones, que no habían de ser quemadas en el altar sino servir de mantenimiento al sacerdocio (**Nm 18:11**), fueron consagradas al Señor o dadas a él de forma simbólica (**Lv 7:30**). Así que, aquellas porciones eran primeramente adjudicadas a los sacerdotes como participación en los sacrificios; pero, en sentido general, era toda ofrenda consagrada al Señor para mantenimiento del santuario y la adoración. Por eso se aplica aquí, como en (**Ex 38:24,29**) al *“oro”* y al *“bronce”* (o cobre) presentado por la congregación.

2. Sacrificio elevado (*“terumah”*, versículos 21 y 24), llamado de esta forma en tanto que elevado de la propiedad particular al Señor para su adoración, para la construcción y mantenimiento del santuario.

Todo ello había de hacerse con *“corazón voluntario”* u *“ofrenda voluntaria”* (versículo 29), impelidos a hacerlo así. *“Nedavah”* es algo dado voluntaria, generosa y liberalmente como un príncipe podría dar. Se refiere sobre todo al motivo e intención y no al modo externo o al componente de la ofrenda. Pasajes donde encontramos el mismo término son, entre otros, (**Jue 5:2,9**) (**1 Cr 29:6,9,14,17**) (**Esd 2:68**). Esta forma de ofrendar es un reflejo del

Creador y Señor quien esparce la lluvia generosamente y sin restricción (**Sal 68:9**); y ama de pura gracia (**Os 14:4**).

3. Los artífices de la construcción y la provisión suficiente (Ex 35:30-36:7)

No creemos necesario comentar nuevamente lo referente al llamamiento de Bezaleel y Aholiab, así que remitimos al lector al pasaje donde hicimos la exposición (**Ex 31:1-11**). Tan sólo queremos llamar la atención a (**Ex 35:34**), donde aparece su labor de enseñar. O sea, estaban capacitados, al parecer sobre todo Bezaleel, tanto para instruir a otros como para llevar a cabo una labor de supervisión y guía; en otras palabras, son los encargados de “*perfeccionar a los santos para la obra del ministerio*”, si queremos usarlo como ilustración anticipada de los dones especiales de (**Ef 4:11-12**).

Después de reunir Moisés a todos cuantos habían de trabajar en el tabernáculo y de hacer recuento de todo lo recogido, se llega a la conclusión de que la aportación del pueblo ha superado, con creces, lo que se esperaba para la construcción del tabernáculo. Por tanto, se hace necesario disuadir acerca de nuevas ofrendas (**Ex 36:2-7**). Quedó demostrada la buena disposición de la nación a tomar parte activa y responsable en la relación pactada. Es lo esperado en respuesta a la gracia, perdón, misericordia, amor y salvación de Dios (**Mt 26:7**) (**Fil 4:14-19**). Nos imaginamos, además, la desilusión de quienes no fueron diligentes en traer “dentro del plazo” su aportación.

Con todo, y antes de nada, tenemos una obra poderosa del Espíritu de Dios, cambiando y amoldando los ánimos del pueblo en general y los corazones de muchos individuos en particular. Es como un avivamiento resultante de la renovación del pacto. Es, una vez más, el obrar divino ante una situación que parecía irremediable. Otra lección admirable de gracia sobreabundante frente a una situación de bancarrota, de modo que lo postrero viene a ser mejor que lo primero. Dios libre a su pueblo de repetir la historia del becerro de oro; pero igualmente estemos dispuestos a ofrecernos a Dios voluntariamente en el día de su poder (**Sal 110:3**).

Construcción del tabernáculo y sus enseres (Ex 36:8-38:20)

Esta sección consta de tres partes. La primera (**Ex 36:8-38**), nos relata la confección del tabernáculo o tienda interior; la segunda (**Ex 37:1-28**), del mobiliario interior del tabernáculo; la tercera (**Ex 38:1-20**), el atrio con el altar de holocaustos y el lavacro. El boceto de construcción ya fue anticipado en (**Ex 35:11-19**), y aquí sólo es dada relevancia al arca del testimonio (**Ex 37:1-9**), atribuyendo su fabricación a Bezaleel. Este hecho no contradice lo dicho en (**Dt 10:3**), donde el arca pareciera ser obra de Moisés, ya que no se pretende allí que éste tuviera pericia artística, sino que de hecho fue el gran inspirador del proyecto como instrumento escogido que era para recibir la revelación divina acerca del tabernáculo en su conjunto. La maqueta la tenía en su mente y en su corazón.

En el orden de los detalles encontramos un orden expreso propio de una organización cuidadosa y sistematizada donde nada deja de tener sentido. Así, primero el tabernáculo, luego los utensilios interiores, el incienso (**Ex 37:29**) para el altar de oro, después los muebles exteriores, etc. Esto contrasta con la descripción ya estudiada en los capítulos 25 al 31, cuyo énfasis principal es el dramatismo espiritual surgido al describir el “camino” provisto por Dios para llegar al hombre y posibilitar la entrada de éste hasta su misma presencia. Esta provisión anticipada en misericordia, figura de cosas celestiales, resultó grandemente necesaria para recibir al pueblo luego de su apostasía descrita en los capítulos 32 al 34, que ya consideramos en su lugar.

Un detalle no encontrado antes es la procedencia del material empleado para confeccionar *“la fuente de bronce”* (**Ex 38:8**). Los espejos eran de bronce o de metal bruñido, de modo que bien podían ser utilizados como materia prima para el lavacro. Aprendemos del sacrificio de estas mujeres al desprenderse de algo tan personal. El problema estriba en explicar quiénes eran estas mujeres y qué función cumplían. *“Velaban”* significa *“organizar grupos para la guerra”* (Cole), aplicándose también al servicio de los levitas (**Nm 4:23**) (**Nm 8:24**). Pero sobre todo se usa en un pasaje paralelo en (**1 S 2:22**). Podemos pensar en un tipo de organización del culto, pero en qué consistía expresamente el servicio de estas mujeres es más difícil determinarlo. No nos parece adecuado hacer un parangón con los templos cananeos, pues tales prácticas fueron prohibidas. (**1 S 2:22**) nos dice del enorme pecado de confundir a las mujeres de Jehová con las de Baal. Puede ser que se dedicaran a la limpieza de la *“tienda”*, aunque no se explica que hubiera tantas para ese menester. O bien que interviniesen en canto o danza (**Ex 15:20**) en las fiestas religiosas. O, según una tradición judía, puede tratarse de un turno de mujeres a la entrada cuidando *“la puerta”*, aunque esto es improbable en vista del verbo usado. Una última posibilidad es un servicio consistente en ayuno y oración (**Lc 2:37**), lo que avalaría una variante textual. Pese a tantas sugerencias hemos de reconocer que no lo sabemos con certeza. Lo que sí parece evidente es que esta *“milicia sagrada”*, compuesta de mujeres, cumplía un servicio, como los levitas, aunque de una entidad distinta.

Por último decir que las diferencias de (**Ex 38:9-20**) con el pasaje paralelo en el capítulo 27 son insignificantes y no merece la pena comentarlas.

Dirección de la obra y los empleados (Ex 38:21-31)

Algunos temas mencionados antes, como son la ofrenda de oro y de bronce (**Ex 35:22,24**) y la mención del tributo para rescate (**Ex 30:1**), son más elaborados con el fin de poner en cifras lo que había sido mencionado sólo de forma general. De ahí la frase *“las cuentas del tabernáculo”* (versículo 21), o, más literalmente *“la enumeración de las cosas”*, que traducido a lenguaje conocido sería los costos del tabernáculo. Nada es dejado a la improvisación; todo es ordenado y controlado sabiamente. Destaquemos los siguientes puntos: El objeto de las cuentas (**Ex 38:21**). Este es el *“tabernáculo del testimonio”*, llamado así porque guardaba en *“el arca”* las dos tablas de piedra, los diez mandamientos (**Ex 25:16,21,22**). Era este el palacio donde estaba el trono de Jehová; daba realce profundo a la morada del Señor; fue la señal material de que Jehová podía manifestar su nombre, hacer palpable su presencia, y evidenciar su santidad con hechos de gracia y misericordia. Pero el pacto tiene un carácter espiritual y moral. La santidad y estima divinas de la ley se ve en que tan solo el *“sacrificio”* podía satisfacer las demandas del trono y proveer el precio de nuestro rescate, sin lo cual no habría salvación, ni comunión, ni adoración, ni servicio.

I. Los contables (Ex 38:21-23)

“Los levitas bajo la dirección de Itamar” (versículo 21). En principio no hemos de pensar en el nombramiento realizado más tarde para cumplir tareas especiales por parte de los levitas o Itamar (**Nm 3:2,4**) (**Nm 4:28,33**). Es posiblemente un anticipo de aquello y más bien hemos de pensar aquí en encargados, nombrados al efecto de registrar y administrar todo lo percibido. *“Cuentas”* o números casi siempre se refiere a personas, pero en esta ocasión a cosas. No sólo habían de inventariar sino también averiguar el peso y estimar o tasar el valor de tales objetos. No parece necesario enumerar los diferentes artículos, y tan solo nos es dado el peso del oro, la plata y el bronce. Parece que la supervisión de este servicio concreto corrió a cargo de Itamar, citado ya en (**Ex 6:23**), de la misma

manera que la construcción estaba bajo las órdenes de Bezaleel y Aholiab (versículos 22 y 23).

2. Lo contado (Ex 38:24-31)

Los materiales calculados son de tres clases: oro (versículo 24); plata (versículos 25 al 28); y bronce o cobre (versículos 29 al 31). Cada uno de esos metales fueron luego usados en uno u otro lugar del tabernáculo siguiendo las instrucciones que Moisés había recibido. Hemos de destacar la procedencia de la plata (versículos 25 y 26), ya que fue recogida del medio ciclo de *“los empadronados de la congregación”*, de *“todos los que pasaron el censo”*, siguiendo las directrices de **(Ex 30:13)**. Esto parece demostrar que el pueblo había sido ya censado antes de la construcción del tabernáculo **(Nm 1:46)**; la cantidad recogida corresponde exactamente al número de varones (603.550) si estimamos cada talento en tres mil siclos. No se menciona la cantidad de plata recogida por medio de las ofrendas voluntarias **(Ex 35:24)**; y debemos notar la frase *“según el ciclo del santuario”* (versículo 26), ya que las cosas santas han de ser sopesadas a la luz de la revelación de Dios. En cuanto a la credibilidad histórica de las cantidades ver **(Gn 15:14)**, y una ilustración de riquezas entre nómadas en **(Nm 31:50)** y contexto. (Para más detalle argumentado sobre el tema ver Keil y Delitzsch, *The Pentateuch*, pp. 251- 253.)

Las vestiduras sacerdotales (Ex 39:1-31)

Es posible que debamos asumir la traducción de la versión Moderna en el versículo 1 para leer: *“Y del hilo de jacinto y púrpura y escarlata, hicieron los paños bordados destinados para hacer servicio en el Santuario; e hicieron las vestiduras santas que eran de Aarón; como Jehová había mandado a Moisés”*. Los *“paños bordados”* o de servicio son distinguidos de las vestiduras sacerdotales, y quizá hayamos de pensar en *“paños”* que cumplieran el servicio de tapar o envolver muebles y utensilios cuando era levantado el campamento **(Nm 4:7-12)**. Su funcionalidad, en este y otros usos, es evidente, pensando en una ordenada conservación.

La técnica empleada para producir el hilo de oro necesario para el efod es un método peculiar no encontrado en otro lugar del Antiguo Testamento (versículo 3).

No se nombra el Urim y Tumim pese a la descripción detallada del *“pectoral”* (versículo 8). Esto nos lleva a pensar que no se trataba de objetos manufacturados sino naturales. Dada la función de facilitar la comprensión de la voluntad divina no debían ser *“trabajados”* por manos humanas.

“El cinto” (versículo 29), aunque en singular y con artículo definido, quizá hayamos de entenderlo colectivamente, ya que hemos de pensar en los mismos materiales y forma para el cinto de los sacerdotes, si bien es cierto que en este texto la referencia es al cinto que componía parte de las ropas sumosacerdotales.

El turbante (versículos 30 y 31), traduce *“nazar”*, separar, y de ahí nazareo **(Nm 6:9,12)**; aquí *“diadema”* o corona real, puesto que llevarla era señal de distinción o separación. El orden en que son dadas las vestiduras sacerdotales es análogo a la posición en que son colocados el arca y el altar de oro en los capítulos 25 al 31. Todo es situado entre estos dos extremos. Todas las ropas quedan incluidas entre el efod y la mitra, o dicho de otro modo, la parte principal de las vestiduras oficiales y la señal más enfática de la dignidad de su oficio. Para el significado y mayor explicación de las vestiduras véase comentario.

La obra acabada y su supervisión (Ex 39:32-43)

Hallamos aquí reminiscencias al Génesis al menos en dos detalles: 1) *“trajeron”* (versículo 33). Todos los componentes del tabernáculo, una vez más detallados, son traídos a Moisés para inspección y nombramiento al igual que los animales fueron traídos a Adán (**Gn 2:19**). 2) La aprobación de la obra (versículo 43), recuerda (**Gn 1:31**). La bondad en este caso consistía en haber hecho todo como Jehová había mandado (versículos 32, 42, 43); conjugaba belleza y utilidad, faltando sólo erigirlo para que el Señor morase entre su pueblo. En algún sentido percibimos analogías sugerentes que miran a la *“nueva creación”*.

“Y los bendijo” (versículo 43). Puesto que todo respondía y era adecuado a la voluntad del Señor nada impedía la bendición. Por otro lado, la generosidad de la nación, junto con la diligencia y celo que mostraron al llevar a cabo la obra en tan escaso espacio de tiempo, aporta evidencia adicional de su voluntad de servicio obediente; de este modo quedaba expedito el camino a la bendición.

El tabernáculo levantado (Ex 40:1-38)

I. El mandato emitido (Ex 40:1-15)

El mandato para que el tabernáculo fuese erigido incluye varios elementos:

La fecha en que había de ser levantado (**Ex 40:2,17**), o sea, *“el día primero del primer mes, en el segundo año”*. Teniendo en cuenta la llegada a Sinaí, fue *“en el mes tercero de la salida ... de Egipto”* (**Ex 19:1**), y contando los dos períodos de cuarenta días (**Ex 24:18**) (**Ex 34:28**) calculamos alrededor de medio año para la construcción del tabernáculo. Con todo, como ya dijimos al comentar (**Ex 34:29-35**), algunos hablarían de siete meses mientras otros se acercarían más a cinco. Es dudoso fijar fechas.

El detalle de la edificación (**Ex 40:3-8**). Las órdenes dadas a Moisés incluyen la preparación de todo lo necesario para el servicio interno del tabernáculo, como puede ser poner en orden la mesa (versículo 4), que equivale a colocar los panes de la proposición de la forma prescrita (**Lv 24:6-7**); encender las lámparas del candelero (versículo 4); o echar agua en el lavacro (versículo 7).

La unción del tabernáculo y la consagración de Aarón y de sus hijos (**Ex 40:9-15**). La aplicación del término *“santísimo”* para el altar de bronce y holocaustos (versículo 10), en comparación con *“santo”* para otros utensilios (versículo 9), no atribuye un grado mayor de santidad al referido altar de sacrificios, ya que como vemos en (**Ex 30:10,29**) al altar de oro o incienso y otros utensilios también se les llama *“muy santos”* o *“santísimos”*. Quizá la intención sea peraltar la santidad divina vindicada frente al hombre pecador que se acercaba y al pecado que afrentaba a Dios. De hecho, este altar era el más expuesto al contacto con el pueblo en contraste con el *“lugar santo”*, donde sólo entraban los sacerdotes. La preciosa *“sangre”* del sacrificio está en el punto de mira del adjetivo *“santísimo”*. Por otro lado, es posible entenderlo del efecto resultante para todo aquel que se acercaba al altar con su sacrificio y confesión de pecado, es decir, el de ser santificado.

En cuanto a la *“unción”* y *“consagración”* del tabernáculo y de Aarón y sus hijos, asumimos que habían de esperarse las instrucciones sobre sacrificios *“desde el tabernáculo de reunión”* (**Lv 1:1**), antes de llevarse a efecto estas prescripciones (**Lv 8-9**). Con todo, el relato parece exigir este requisito antes de erigir el tabernáculo (versículo 17). Reconocemos que nos faltan elementos de juicio para determinar con exactitud los detalles. La frase: *“Y Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó; así lo hizo”*

(versículo 16), podemos entenderla entonces en dos sentidos: 1) la unción y consagración fueron realizadas antes de realizar el tabernáculo; y 2) Moisés llevó a cabo estas instrucciones con plena obediencia pero tiempo más tarde, lo que nos llevaría a Levítico. Nos inclinamos por lo segundo, pues lo primero crearía varios inconvenientes. Si estamos en lo cierto, Moisés levantó el tabernáculo sin estos requisitos, aunque habiendo recibido una visión de conjunto cuyos detalles deberían realizarse por etapas, lo que quizá contiene también una intención didáctica. La “*unción*” es el concepto que aglutina tanto el tabernáculo y sus enseres como a las personas que habían de ministrar en él. La unción separa a personas y cosas del pecado, e incluso del uso común, para llegar a convenir a todo propósito de santidad, o, lo que es lo mismo, para cumplir finalidades que se inscriben en el designio de Dios y son adecuados a su voluntad. El “*aceite*” simboliza la obra del gran agente de la santificación: el Espíritu Santo.

2. El mandato obedecido (Ex 40:16-33)

La importancia del tabernáculo es nuevamente enfatizada en la minuciosidad de los detalles de construcción, mientras la exactitud de la obediencia sube de tono con la mención séptuple de las cosas hechas “*conforme al modelo*” (versículos 16, 19, 21, 25, 27, 29, 32). La obra de la salvación no ha de ser dejada al capricho o quehacer humanos, sino que es enteramente debida a la iniciativa y planteamiento divinos. El acercamiento de Jehová al hombre pecador, así como el camino a recorrer por éste para encontrarse con Dios, queda reflejado admirablemente en el orden en que fueron “*montadas*” las diversas partes del tabernáculo; todo el conjunto viene a ser un paradigma del evangelio.

Como ya hemos anticipado, aún no ha llegado el momento para la unción del tabernáculo, que sucedería más tarde (**Lv 8:10-11**), pero parece ser que no sólo fue erigido sino que funcionó provisionalmente, al menos como sede de la gloria del Señor y comunicación de su voluntad (versículo 34) (**Lv 1:1**). El conjunto de los detalles nos hacen mirar a la consumación de la obra y al funcionamiento de todo conforme a lo previsto. Los “*panes*” están en su lugar (versículo 23), el incienso es quemado (versículo 27), el sacrificio es ofrecido (versículo 29), los sacerdotes lavan sus manos y pies y entran al tabernáculo de reunión (versículos 31 y 32), etc. Con todo, parece evidente que esta “*crónica*” se escribe después de Levítico 9, pudiendo haber cronología distinta entre unos y otros detalles. Las cosas vistas desde la perspectiva divina de conjunto (versículo 1 al 15) son descritas más tarde desde la perspectiva del mediador de Israel (versículos 16 al 33), en el orden de erigir el tabernáculo, en las acciones realizadas por Moisés excepcionalmente, y en los detalles diversos que muestran su funcionamiento. Así llegamos al final.

La gloria y la guía de Dios (Ex 40:34-38)

I. La presencia del Señor (Ex 40:34-35)

Remitimos al lector a nuestro comentario de (**Ex 13:21-22**) sobre la nube y la columna de fuego, lo cual nos evita la tarea de repetir la explicación. Pero, hay ciertos detalles que hemos de traer a colación en este lugar. Por el libro de Números sabemos que el tabernáculo ocupó el centro del campamento de Israel estando orientado hacia el este. Los levitas acamparían alrededor (**Nm 1:53**), mientras que el lugar más cercano a la “*tienda*” estaría ocupado por Moisés y los sacerdotes (**Nm 3:38**). Todo era símbolo de la presencia de Jehová en medio de su pueblo hablando al mismo tiempo de separación a causa de su santidad. En relación con su presencia tenemos la manifestación del Señor por medio de una nube, o más literalmente “*la nube*”, el símbolo bien conocido que revelaba a la vez que escondía su gloria.

El tabernáculo según fue construido y más tarde erigido presentaría una apariencia espléndida. No obstante, parodiando a la visión de Ezequiel había *“tendones ... carne piel ..., pero no había en ellos espíritu”*. Ahora, el Señor toma posesión haciendo de aquel lugar sede de su presencia, jefatura y encuentro con su pueblo. La nube era evidencia visible, casi sensible, del favor de Dios hacia Israel. El pueblo tendría acceso a su presencia, dentro de las limitaciones contenidas en el sacerdocio y el velo; recibiría perdón por el significado del sistema levítico y gozaría de comunión hasta el nivel máximo que era posible en aquella dispensación. La presencia de Jehová era arras de la permanencia del pacto de gracia establecido y luego renovado. La teología de su presencia vista anteriormente (**Ex 25:8**) (**Ex 29:43-46**), pasa a convertirse en un hecho irrefutable. La manifestación de la *“gloria”* era tan potente que *“no podía Moisés entrar”* (**1 R 8:10-11**), aún menos el resto del pueblo. El tabernáculo es aceptado, la adoración comienza; al hombre sólo le cabe la reverencia y la gratitud ante la obra diseñada por Dios, que apunta a cosas mejores, y de la que participa sólo por gracia; Dios se glorifica al oír, responder y bendecir a su pueblo.

2. La guía del Señor (Ex 40:36-38)

Dios puso su morada en medio de su pueblo significando esto santificación y bendiciones múltiples, pero también nos dice que Jehová toma posesión del gobierno y dirección de su pueblo. Las enseñanzas de este pasaje, que serán elaboradas más ampliamente en (**Nm 9:15-23**), e ilustradas en (**Nm 10:13,33-35**) (**Dt 1:31**), revelan una confianza implícita en el futuro, pues la guía del Señor tiende constantemente al cumplimiento de las promesas referentes a Canaán. La guía del Señor no sólo habla de progreso sino también de protección para el camino (**Nm 10:35**). La nube y la columna de fuego exponen gráficamente el sentido providencial que rezuma en todo el libro de Éxodo.

3. La gloria del Señor (40:34-35)

Definición y usos del término. El término *“gloria”*, *“kabod”*, conviene a la manifestación visible de Jehová teniendo en Éxodo un uso teológico importante. *“Kabod”* lleva consigo la idea genérica de *“peso”*, de ahí el prestigio u honor de una persona junto con la honra que le es debida. En el Antiguo Testamento tiene usos muy diversos: los bienes (**Gn 31:1**) (**Sal 49:17**); la clase noble (**Is 5:13**); la importancia específica de una nación en la historia (**Is 16:14**) (**Is 21:16**); la posición honorable en la sociedad (**Gn 45:13**); el esplendor del trono (**1 R 3:13**); etc. Estos significados, despojados de cualquier contenido piadoso, nos haría entender lo que Satanás, el usurpador, ofreció al Señor Jesucristo en el desierto (**Mt 4:8-9**). La gloria de Dios es su carácter revelado; la manifestación de uno, varios o todos sus atributos; su magnificencia, majestad, excelencia o perfecciones que despiertan admiración y adoración. Su gloria reclama del hombre la honra que este debe reconocer y dar cabalmente.

Al seguir su uso en Éxodo vemos la *“gloria”* inmediatamente después del envío del maná (**Ex 16:7,10**); con motivo de la ratificación del pacto (**Ex 24:16-17**); en la proclamación del *“nombre”* (**Ex 33:18,22**); y en relación con el tabernáculo (**Ex 29:43**) (**Ex 40:34-35**). Hay otro uso secundario del vocablo al hablar de la *“honra y hermosura”* de las vestiduras de Aarón y de sus hijos, sin que este uso derivado esté exento de significado.

La gloria de la Deidad. El Creador se distingue de las cosas hechas mientras su potencia se manifiesta de las formas más diversas a través de las cosas creadas (**Sal 29**). Nunca se confunde con la naturaleza o cualquiera otra cosa creada, aunque soberanamente pueda utilizar cuanto ha creado para manifestar su gloria, voluntad o propósito. Dios mismo ordenó admirablemente los elementos naturales en las plagas y en otros incidentes en Éxodo (**Ex 14:21**) (**Ex 16:10-13**).

Es el Dios Santo, en tanto que distinguido de la creación, y es único; muestra además su santidad al hacer de sí mismo norma absoluta de conducta; su carácter perfecto hace que sea bueno lo que él quiere y malo cuanto sea opuesto a su voluntad, separándose también de cuanto le resiste y opone. Obra en la historia tendiendo a poner fin a todos los ídolos (**Is 42:8**), primero con su providencia luego con la redención. Esto explica bien su actuación contra los dioses de Egipto, objetivo prioritario de las plagas. A la vez que se da a conocer, rescata y purifica a su pueblo de toda contaminación idolátrica para que le honren debidamente. Cuando Dios revela su gloria el hombre conoce de su poder incomparable; sabe de su gobierno, invisible pero real; conoce mas de su santidad (**Ex 14:4,17,20**).

No debe a nadie su existencia. Existe por sí mismo sin depender de nadie para su subsistencia. Hace compatible el ser y el estar donde es preciso. Su eternidad está asociada con su omnipresencia, no sólo haciéndose presente en todo lugar sino en el tiempo, de modo que puede ser refugio *“de generación en generación”* (**Sal 90:1-2**). No es estático pero sí inmutable, no cambia (**Mal 3:6**); por tanto, cualquier idea de pacto se fundamenta en esta verdad. Sin duda su *“gloria”* está asociada a su ser esencial definido de alguna manera en (**Ex 34:5-7**).

Trascendencia y condescendencia. Es trascendente en tanto que supera todas las categorías finitas. Es *“el alto y sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo”*. Esto lo supo Moisés cuando le oyó decir: *“No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá”* (**Ex 33:20**); encontrando la misma idea en la *“nube”* que protege de la visión directa de Jehová, ya que el *“kabod”* expresa su esencia divina (**Ex 24:15-17**). Pero llega al mundo visible sin menoscabo de su trascendencia. La realidad de su ser se distingue de la nube y de la columna de fuego, pero a la vez estas formas visibles manifiestan la cercanía de su presencia, ya sea en gracia o en juicio. Desde aquella *“nube”*, asociada con el *“arca”*, Dios habló para revelar su voluntad, para bendecir o pleitear con su pueblo, pero en cualquier caso manifiesta la condescendencia divina. Las promesas a los patriarcas acerca de Canaán se hacen realidad en la *“gloria”*. Dios había dicho: *“Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de tí”* (**Gn 17:7**), y estas palabras quedan rubricadas en (**Ex 40:34-38**).

Este Dios puede decir ciertamente: *“Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”* (**Is 57:15**). Conocer a Jehová despierta el deseo de que algún día el mundo le conozca (**Hab 2:14**); ejemplo supremo de ello es Cristo mismo: *“que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado ... yo los he enviado al mundo ... por los que han de creer en mí por la palabra de ellos”* (**Jn 17:3,18,20**). Implicado está la reconciliación de Dios con la humanidad que hiciera posible otro estado de cosas junto con una nueva vida (**Is 40:5**). A esto precisamente apuntan las *“sombras”* del tabernáculo con el sacerdocio y los sacrificios.

Los contornos *“humanos”* de la gloria. Es preciso ver la transición del tema al Nuevo Testamento. Seleccionamos tres pasajes que reclaman con preferencia nuestra atención. El primero es Isaías 6, donde nos es presentado el trono con el Rey sentado, que por su gloria trascendente contrasta fuertemente con Uzías. La mención del *“Señor sentado”* y las *“faldas”* de sus vestiduras evocan contornos humanos enmarcados en la *“kabod”* de Dios. El segundo pasaje es (**Ez 1:22-28**). Junto con una descripción grandiosa, que recuerda la sublimidad y santidad inaccesible del Señor, señales inequívocas de su *“gloria”*, leemos: *“y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él”*. El tercer pasaje es (**Dn 7:9,10,13,14**); los elementos de la teofanía de Dios son parecidos a los dos pasajes anteriores. Muy posiblemente sirvió de base para el

título *“Hijo del Hombre”* que el Hijo de Dios asumió para sí. Una vez vista esta evidencia, renunciando por nuestra parte a desarrollar con detalles dichos pasajes, pasamos al Nuevo Testamento tratando de enlazar con lo dicho hasta el momento.

La *“gloria”* en el Nuevo Testamento. En **(He 1:3)** leemos que el Hijo es *“el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”*. Hemos de distinguir los matices. Por una parte la unidad divina (*“resplandor”*), por otra la distinción entre personas (*“imagen misma”*); de este modo queda equilibrada la doctrina. En la cláusula *“el resplandor de su gloria”* hallamos revelada la gloria esencial del Hijo eterno. No es una gloria distinta a la que manifestaba la presencia de Dios en medio de su pueblo. Es la gloria contemplada en la transfiguración. La que tuvo el Verbo antes de que el mundo fuese. La misma del camino a Damasco, aunque podamos distinguir matices teológicos en los pasajes que acabamos de aludir.

En **(Jn 1:14)** hallamos vinculación con lo anterior del mismo pasaje. Aprendemos de la eternidad del Verbo, su comunión y distinción con el Padre, su plena deidad, su actividad creadora; oímos del Verbo como poseedor y fuente de vida, siendo así luz de los hombres, etc. Recogiendo todo leemos: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó (literalmente puso su tabernáculo) entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como la que pertenece al del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”*.

En **(2 Co 4:6)** también se habla de la gloria de Dios. Esta gloria ha sido revelada en Cristo, y por el Espíritu de Dios somos capacitados para verla. Quienes rehusan ver a Dios en Cristo pierden toda oportunidad de conocerle **(Jn 1:18) (1 Jn 2:23) (2 Jn 1:9) (Jn 15:23)**. Asimismo no se trata de un conocimiento intelectual sino el que se deriva del Espíritu de Dios **(Mt 16:17) (Ga 1:16) (1 Co 2:10,14)**. Por la fe esta gloria irrumpe *“en nuestros corazones”*; esta posibilidad presupone la obra de la cruz y la resurrección **(1 Co 2:8) (1 Co 1:18,23)**, pues no es otro que el Cristo resucitado quien, por su Espíritu, viene a nuestros corazones como *“la esperanza de gloria”* **(Col 1:27)**. Este mismo Cristo manifiesta su continuada presencia en medio de su pueblo **(Mt 28:20)**; él mismo vendrá de nuevo con *“poder y gran gloria”* **(Mt 24:30)** para cumplir plenamente la profecía de Daniel 7.

En la puerta del tabernáculo estaba Moisés, sin poder entrar *“porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba”* (versículo 35), todo un cuadro de debilidad repetido en el caso de Isaías y otros a lo largo de la Biblia. Pero donde otros no podían llegar lo hizo Cristo; no ya en un santuario terrenal sino en el celestial, como sumo sacerdote y víctima. Entró como precursor más allá del velo a fin de que *“tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”* **(He 6:18)**. Por la fe nos apropiamos de las benditas palabras de **(Jn 14:6,9)** siendo entonces la contemplación de su gloria un hecho. La gloria de su presencia no ha de faltar, ni en nuestros corazones ni en la Iglesia de todos los tiempos, y llegará el momento cuando oigamos la voz del cielo diciendo: *“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”* **(Ap 21:3)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Analizar el capítulo 40, con referencia especial a los versículos 34-38, desde la perspectiva de ser “un broche de oro” para todo el libro de Éxodo.

Apéndice 1. Los sacrificios

Como ya anticipábamos en otra parte de este comentario, pasamos a ampliar la enseñanza sobre los sacrificios, no sólo en Éxodo sino a lo largo de toda la Biblia, aunque de forma sucinta, con el fin de tener una perspectiva general de cuanto tenga que ver con el tema. No tratamos, por tanto, de ser exhaustivos en este asunto.

Un hecho fundamental y eterno

“El Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo” (Ap 13:8).

Leer **(1 P 1:18-20)**, especialmente: *“Un cordero ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos”.*

Antes de la caída, pues, Dios ya había ordenado la victoria sobre el mal por medio del sacrificio de Cristo. He aquí la base para todo perdón, toda justificación del pecador, en el Antiguo Testamento. No era manifiesto hasta efectuarse la obra de la cruz en *“la consumación de los siglos” (He 9:26) (Ro 3:25-26)*. Pero lo que Dios determina ya es un hecho, sea o no visible ante los ojos de los hombres.

Los primeros bendecidos: Adán y Eva

Los que primero pecaron fueron también los primeros salvados. Sin duda hay hondo significado en el hecho de que Dios buscara a la pareja pecadora por su iniciativa de gracia, y que luego los vistiera con las túnicas de pieles **(Gn 3:9,21)**. El significado de las túnicas de pieles ha de determinarse a la luz de toda la doctrina de la redención y de la justificación a través de las Escrituras. Supone, pues, que la sangre de víctimas inocentes había corrido, haciendo posible que los pecadores fuesen vestidos en la presencia de Dios.

La doctrina del sacrificio pertenece, pues, a los principios de la raza y respondía a la necesidad urgente del primer pecado.

El sacrificio de Abel (Gn 4:4)

Caín obró por propia voluntad, calculando él mismo lo que sería agradable a Dios y fracasando en sus pensamientos religiosos y carnales. Abel obró según la revelación que probablemente ya había sido dada a Adán y a Eva, siendo su ofrenda por lo tanto un acto de fe: Recibió una palabra divina y obró en consecuencia **(He 11:4)**. No se dice que el cordero fuese inmolado, pero todo el tenor de las Escrituras nos lo hace suponer.

El significado de la sangre

Al llegar a los tiempos de Noé vemos firmemente establecido el concepto de sacrificio, especialmente como holocaustos **(Gn 8:20-21)**. También se había revelado que la sangre equivale a la vida **(Gn 9:4)**.

La sangre derramada de la víctima representaba la vida que se dio en el altar en expiación por el que hacía la ofrenda, y por eso, en la antigua dispensación, había de considerarse como sagrada y no había de comerse.

La definición más clara del valor simbólico de la sangre se halla en (**Lv 17:11**). Es la sangre que hace la expiación porque es la vida. La sangre en las venas derramada en sacrificio es la vida entregada o la muerte consumada. Son pensamientos de gran valor que iluminan todo el uso de la palabra sangre, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Los sacrificios de los patriarcas

Abraham (**Gn 12:7-8**) (**Gn 13:18**)

El jefe de la tribu funcionaba como sacerdote. En (**Gn 12:7-8**) Abraham *“edificó un altar a Jehová que le había aparecido e invocó el nombre de Jehová”*. Vemos que tales sacrificios se asociaban de forma natural con la adoración y con la petición que Dios le favoreciera según sus promesas. Todo hace pensar en una revelación original, que quizá se reiteraba. Véase (**Gn 15:9**): *“Tráeme una becerro de tres años”*.

Isaac (**Gn 26:23-25**).

En Beerseba. El sacrificio se relaciona de nuevo con una visión de Jehová y con la invocación de su nombre.

Jacob (**Gn 35:7**) (**Gn 46:1**).

Nótese: *“Edificó un altar allí ... porque Dios se le había aparecido”*.

Job

Sacrificios por los hijos en (**Job 1:5**) y otros ofrecidos por los amigos en presencia de Job (**Job 42:8**). Clara idea de la expiación de los pecados. Esto ocurría en los tiempos de los patriarcas pero fuera de Israel.

Israel en Egipto

Se entiende que el pueblo continuaba sacrificando animales por lo que Moisés dijo a Faraón en (**Ex 10:26**).

La Pascua

La idea de un sacrificio que acompañara la liberación de Israel no sería extraña al pueblo, pero Dios quiso dar a la Pascua inusitada solemnidad, por lo que llega a encerrar mucha de la enseñanza típica asociada con ofrendas de sangre. Dios había de obrar con poder a favor de su pueblo, pero habían de señalar a la vez que todos estaban bajo sentencia de muerte y que un sacrificio inocente había de ser inmolado a favor de todos. La idea del sacrificio expiatorio, pues, se halla incorporada en la institución fundamental de la nación y se detalla en el momento en que la multitud de las tribus adquiere nacionalidad por el Éxodo.

Características de la Pascua. Varias son las características que se destacan en esta ordenanza: 1) ordenado por Dios (**Ex 12:1-3**); 2) cada padre de familia tenía que obedecer y proteger a los suyos por la sangre (**Ex 12:3**); 3) el cordero había de ser sin tacha y guardado hasta el día catorce (**Ex 12:5-6**); 4) tenía que ser degollado (**Ex 12:6**); 5) la sangre había de ser recogida en un tazón (**Ex 12:7,22**); 6) la sangre tenía que ser aplicada a los postes y al dintel de las puertas con manojos de hisopo (**Ex 12:7,22**); 7) nadie tenía que salir de la casa, o sea de la protección de la sangre, durante toda la noche (**Ex 12:22**); 8) la sangre servía de señal de que la muerte ya se había efectuado en

el caso de los israelitas obedientes, protegiéndoles de la “herida” del ángel destructor (**Ex 12:12-13,23**); 9) dentro de la casa los protegidos por la sangre comían el cuerpo asado del cordero (**Ex 12:8-9**); y 10) la Pascua fue principio de los meses, del año y de su historia nacional (**Ex 12:2**).

La Pascua histórica y la Pascua perpetua. En el capítulo 12 hallamos en primer término las instrucciones inmediatas, pues los israelitas tenían que comer con prisa, ceñidos y preparados para el viaje inmediato. En (**Ex 12:12-20**) se instituye la celebración de la Pascua perpetua para todas las generaciones de Israel, señalándose una serie de días festivos (siete) inaugurados por el sacrificio de la Pascua y continuados por los días ázimos, cuando comían pan sin levadura. El énfasis recae aquí sobre la ausencia de levadura, que era símbolo de pecado.

La Pascua recoge el tema de los sacrificios anteriores y prepara el terreno para el sistema levítico. La idea de la redención por la sangre se entrelaza con los primeros momentos de la vida nacional de Israel. Se subraya el aspecto familiar e individual. La idea de sustitución se destaca claramente, ya que había muerte en todas las casas de Egipto, sólo que en las de los israelitas murió el cordero y no el primogénito, representativo éste de toda la nación de Egipto.

Los sacrificios al pie del monte Sinaí (Ex 24:3-8) (He 9:18-22)

Sacrificios antes de Sinaí

Es evidente que había sacrificios, y es probable que los jóvenes primogénitos actuaban de sacerdotes.

La promulgación de la ley y su aceptación por el pueblo

La promulgación de la ley, que el pueblo aceptó, lo expuso a la ira de Dios a causa de la ley quebrantada (**Ex 19:7-13**). Al describir los preceptos, Moisés se apresuró a ordenar sacrificios, rociando el altar, el libro del pacto y al pueblo. Fue como un acto preliminar que anticipó todo el ritual de “cubrir” el pecado por medio de la sangre, que es la característica más destacada del régimen levítico. En Hebreos se comenta: “*Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados*”. Recordemos que la sangre siempre habla del valor total de la obra de expiación del Calvario.

La ley y el tabernáculo en el libro de Éxodo

Cualquier lector del libro de Éxodo ve como se entrelaza la entrega de la ley (con el pacto legal), el pecado del pueblo que deshizo el pacto en su parte humana y las instrucciones para erigir el tabernáculo con el fin de proveer el sacerdocio y los sacrificios correspondientes. Todos los pueblos tenían sistemas de culto basados en sacrificios, que hemos visto como la degradación de una revelación primigenia, pero en el caso de Israel Dios ordenó lo que se había de hacer, y en el fondo se halla “*el cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo*” (**Ap 13:8**).

1. Capítulos 19-24: el Decálogo, preceptos y el sacrificio provisional.
2. Capítulos 25-31: instrucciones para preparar el tabernáculo y el sacerdocio.
3. Capítulos 32-34: el pecado del becerro de oro, salvándose el pueblo pecador por la intercesión de Moisés, quien alega la virtud del pacto con Abraham y el nombre de Jehová

(Ex 32:13) (Ex 33:1) (Ex 32:11-12). Las primeras tablas de la ley se hicieron añicos al pie del monte **(Ex 32:19)**, mientras las segundas, escritas ya con miras al sacrificio, se escondieron en el arca del pacto bajo las manchas de sangre del propiciatorio **(Dt 10:1-5)**.

4. Capítulos 35-40: la construcción y la consagración del tabernáculo. Aprendemos, pues, que el período legal descansa sobre los sacrificios, que sólo hace posible el régimen disciplinario.

El tabernáculo, el sacerdocio y los sacrificios

El conjunto del sistema responde en símbolo y figura a la pregunta: ¿cómo puede el Dios de justicia morar en medio de un pueblo pecador que transgrede los mandamientos que fueron dados en el monte Sinaí?

Antes de manifestarse la justicia de Dios en la cruz, la contestación resultaría muy difícil **(Ro 3:25-26)**, pero la construcción del tabernáculo, al par que señala la dificultad, insinúa a la vez la solución.

Características del sistema. Aquí hemos de enumerar los siguientes temas:

1. Dios manifestaba su presencia en medio de su pueblo, siendo el arca del pacto una especie de trono.

2. El arca se hallaba separada del pueblo por medio de cortinas dentro del tabernáculo y las cortinas blancas del patio. Estas constituían una barrera que los israelitas no podían franquear, aparte de entrar hasta el altar de los holocaustos con el fin de inmolar sus sacrificios y ofrendas.

3. Sin embargo, los sacerdotes podían adentrarse en el lugar santo, y el sumo sacerdote pasaba hasta la misma arca del pacto una vez al año a los efectos de expiar los pecados del pueblo. Idealmente, todos los israelitas habrían de construir “un reino de sacerdotes” **(Ex 19:6)**, pero en la práctica el pecado les alejaba de Dios y necesitaban mediadores, que, siendo provistos de limpieza ceremonial podían presentarse delante de Dios a favor del pueblo **(He 5:1-4)**.

4. Según lo ordenado, los israelitas obedientes podían llevar sus sacrificios, y seguramente consideraban la vida del animal (de su propiedad) como algo suyo. Después del acto de identificación al colocar la mano encima de la cabeza de la víctima veían correr la sangre (la vida dada en expiación) en lugar de su propia vida, siendo “*cubierto*” el pecado hasta que se hiciera la expiación definitiva. Hemos de entender el ritual a la luz de la Epístola a los Hebreos. No se hacía provisión para los pecados de rebeldía. El simbolismo sólo era eficaz para los sumisos que buscaban el rostro de Dios. Los sacrificios de los rebeldes eran una abominación delante de Dios, como recalcan muchos profetas.

5. La culminación del sistema es el día de la expiación, el cual consideramos más adelante.

Diferentes tipos de sacrificios

Anteriormente a la ley, las ofrendas eran holocaustos o sacrificios de paz. Con el sistema levítico desarrollado se dan detalles de otras ofrendas, que hallan su correspondencia en los sistemas paganos degradados, pero Dios escoge de todo ello lo que quiere, consagrando aquello que podrá hablar de distintos aspectos del sacrificio de Cristo. Entendemos las líneas generales del significado típico por la Epístola a los Hebreos, etc.,

pero a la inversa se ilustran muchos aspectos de la obra del Calvario por los símbolos. Es importante que no despreciemos la tipología levítica por una parte, y que por otra no llevemos la interpretación a extremos inseguros y dogmáticos. También hemos de pensar en todo lo que podría significar para los israelitas de aquellos tiempos.

Sacrificios de sangre

1. El holocausto (**Lv 1:1-17**) (**Lv 6:8-13**). La palabra “*holocausto*” quiere decir “*del todo quemado*”. El israelita comprendería que su animal, sin tacha, habría de elevarse en llamas totalmente para Dios. El creyente ve a Cristo ofreciéndose sin reserva alguna en un gran acto de obediencia que fue de “*olor suave*” delante del trono de Dios. Aquí es el individuo que trae la ofrenda voluntariamente y quien coloca su mano sobre la cabeza en acto de identificación (**Lv 1:3-4**). Representa el deseo de buscar a Dios en Cristo, acompañado por el acto de fe que sólo puede producir el acto de identificación vital que salva. Los diferentes animales (buey, cordero, cabra, palomino, etc.) pueden representar diferentes aspectos de la persona y la obra del Señor.

2. Sacrificios de paces y de acciones de gracias (**Lv 3:1-17**) (**Lv 7:11-21**). El acto de traer el sacrificio, poner la mano encima, ser degollado el animal, ser presentada la sangre en algún lugar, es todo igual, pero en este caso sólo la grosura del sacrificio es quemada sobre el altar (en el lugar donde se ofrecen los holocaustos), quedando el pecho y la pierna derecha para los sacerdotes y lo restante para el que hace la ofrenda. Lo importante es que Dios tiene su parte, llegando a ser el sacrificio para comunión, ya que los sacerdotes y los adoradores participan en él. El simbolismo ayuda a entender el lenguaje de (**Jn 6:51-58**). Lo nuevo es lo de participar en la sangre. Tiene importantes enlaces simbólicos con la mesa del Señor a través de (**Mt 26:26-28**), etc.

3. La ofrenda por el pecado (**Lv 4:1-25**) (**Lv 6:25-30**). Si alguien pecara por ignorancia (no se hace provisión aquí para los actos de rebelión) podría llevar su sacrificio a la entrada del tabernáculo, variándose el valor del sacrificio según la categoría de quien había pecado. A mayor luz más necesidad había de una buena comprensión de la obra de Dios. Muchos detalles son iguales que en el caso del holocausto, pero si la sangre se presentaba dentro del lugar santo, delante del velo, entonces el cuerpo de la víctima se quemaba fuera del campamento. En casos de menor importancia la sangre se presentaba sólo en el altar del holocausto, en cuyo caso los sacerdotes podían comer de lo ofrendado. Tipológicamente se habla de Cristo como “*hecho (ofrenda de pecado) por nosotros*”, o como el que llevó la maldición de la ley quebrantada (**Is 53:4-6**) (**Ga 3:10-13**) (**2 Co 5:21**) (**1 P 2:24**) (**1 P 3:18**). No dejaba de ser sacrificio santísimo por ello (**Lv 6:24-30**).

4. La ofrenda por la culpa (**Lv 5:1-6:7**). Semejante a la ofrenda por el pecado, pero se trata de casos particulares de inmundicia ceremonial, de extorsión, de votos incumplidos, etc., y si había lugar para restitución tenía que llevarse a cabo.

Ofrendas sin sangre

1. La ofrenda de flor de harina (**Lv 2:1-16**). Se prescriben a menudo en relación con sacrificios de sangre como reconocimiento de que todo es de Dios. Típicamente podría representar el gran valor de Cristo, cuya vida pura, perfecta, sin mancha, perfectamente equilibrada, hacía posible que se ofrendara a Dios en expiación por nosotros. Su vida fue de olor suave delante de Dios, aunque no podía salvarnos del derramamiento de sangre.

2. Las ofrendas de la consagración de los sacerdotes y la inauguración del servicio del tabernáculo (**Ex 29**) con (**Lv 8-9**). En estos cuadros de conjunto se comprende mejor el significado de los sacrificios, que presentan los diferentes aspectos de la obra única, determinada ya antes de la fundación del mundo. El resultado se ve en el apartamiento de los sacerdotes (véase la sangre sobre la mano, la oreja y el pie) como también la manifestación de la gloria de Dios en el tabernáculo. Una y otra vez, cuando Israel se apartaba de Dios, reyes piadosos volvían al pueblo a su pacto por medio de la renovación de los sacrificios. Véase como ejemplo la obra de Ezequías en (**2 Cr 29:20-36**).

El día de la expiación (Lv 16)

Una ofrenda por todo el pueblo. La muerte de Nadab y Abiú, debido a su atrevimiento blasfemo al querer ofrecer “fuego extraño”, es decir, llevar a cabo sus funciones sacerdotales según su capricho, puso de manifiesto la solemnidad de entrar a la presencia del Señor. Fue ordenado que sólo el sumo sacerdote, una vez al año, entrase en el lugar santísimo para salpicar la sangre delante y sobre el propiciatorio (**Lv 16:2**). Las ofrendas de Levítico 1 al 7 eran individuales, aparte de las ofrendas de la mañana y de la tarde que eran holocaustos continuos. La ofrenda del día de la expiación interesaba a todo el pueblo, representado allí por la persona del sumo sacerdote. Por lo mismo llega a ser el ritual más importante de todo el año y provee el fondo principal de Hebreos 8 al 10.

Una condición previa es que Aarón tuvo que ofrecer sacrificios por sí mismo (**Lv 16:3,6,11-14**). Aarón era pecador, y antes de representar al pueblo tuvo que hacer provisión para que estuviese ceremonialmente limpio él mismo.

Una ofrenda doble por el pueblo (Lv 16:5-10,15-22)

El macho cabrío “para Jehová” es una ofrenda por el pecado y se sacrificaba según el rito normal, solamente que la sangre se esparcía velo adentro haciendo expiación por todo el pueblo.

El macho cabrío “para Azazel” (**Lv 16:10,20-22**). El término Azazel no se entiende bien, pero probablemente se relaciona con una raíz que quiere decir “lo que va fuera”. Es como si los dos machos cabríos fuesen un solo animal (nótese que se echa suertes para ver el que morirá y el que irá), pero como el doble simbolismo no puede cumplirse en un solo animal, hacen falta dos: uno que muere y cuya sangre se presenta como base de la expiación en el lugar santísimo, y aquel sobre cuya cabeza se confiesan todos los pecados, que luego ha de ser soltado en el desierto, representando el alejamiento de los pecados a un lugar donde nunca jamás se volverán a encontrar.

Los holocaustos para Aarón y para el pueblo (**Lv 16:24**). Pueden ofrecerse después según su significado normal. Los cuerpos de las ofrendas por el pecado se queman fuera del campamento (**Lv 16:27-28**).

El día de la expiación subraya la universalidad y el valor total del sacrificio de Cristo (He 9).

La palabra “expiación”

El término que más frecuentemente se traduce por “expiación” es “kaphar”, o sea “cubrir”. Tengamos en cuenta que el valor real se halla en el sacrificio de Cristo, que había de manifestarse históricamente en el Calvario. La sangre habla de una vida inocente entregada en lugar de la vida culpable. La sangre se dio en el altar para “cubrir” a causa

de ser la vida (**Lv 17:11**), anticipando la virtud expiatoria de la sangre del Cordero de Dios. Si el sacrificio no era traído con humildad y fe no hacía más que aumentar el pecado de los endurecidos.

Los sacrificios en la historia de Israel

No es fácil formarnos una idea clara de la vida de los israelitas desde los tiempos de Moisés hasta el advenimiento del Mesías, pero, desde luego, giraba alrededor de los dos polos de la ley y el sistema levítico de los sacrificios. En relación con ambos hubo una actitud del alma que Dios podía bendecir, ya que la cruz estaba siempre delante, y otra que traía como consecuencia la condenación y el juicio.

La ley

1. La necesidad de la obediencia. Tanto en el Pentateuco como en los libros proféticos abundan las exhortaciones a cumplir la ley y a ser obedientes a los mandatos de Dios (**Dt 5:32-33**) (**Dt 6:1-3**).

2. La imposibilidad de la obediencia. Al mismo tiempo el israelita tenía que cumplir la ley perfectamente si había de hallar la vida por ella, y de otra forma caía en la condenación (**Dt. 27:26**). He aquí una paradoja que parecía cruel, pero que hallaba su solución en la misericordia de Dios y en la obra de la cruz.

3. El hombre piadoso disponía su corazón para guardar toda la ley. Al mismo tiempo se daba cuenta de sus muchos fracasos personales. Su intento de obedecer manifestaba una actitud de sumisión que Dios podía bendecir, como se ilustra tantas veces en los Salmos (**Sal 41:1-4,10-13**).

El hombre legalista pensaba que podía cumplir la ley de forma externa y caía en el grave pecado de la justicia propia (**Ro 10:3**).

Los sacrificios

1. La práctica de los sacrificios. El ideal fue la unidad del culto y que todo sacrificio fuese ofrecido a la puerta del tabernáculo o en el patio del templo (**Lv 17:3-4**) (**Dt 12:5-7,10-14**). En la práctica, hasta la consagración del templo de Salomón, y aun después, fueron ofrecidos sacrificios a Jehová sobre diversos altares, como en el caso de Saúl, Samuel y Elías (**1 S 13:9-15**) (**1 S 15:20-23**) (**1 S 16:2-3**) (**1 R 18:30-38**). Al mismo tiempo hombres piadosos como Elcana subían a Silo para ofrecer sacrificios en el lugar que Dios había ordenado (**1 S 1:3**), y los mismos desvaríos de los hijos de Elí manifestaba que el buen orden era conocido (**1 S 2:12-17**).

2. Los libros de las Crónicas tienen por tema principal el establecimiento del templo y del orden levítico sobre una buena base, todo relacionado íntimamente con el trono de David (1 Cr 21 hasta 2 Cr 8). Ya hemos visto que los reyes piadosos de Judá que querían volver al pueblo a su pacto con Jehová empezaron siempre por volver a establecer el orden del culto en el templo (Ezequías, Josías, etc.). Destruían los “altos” con sus altares irregulares.

3. El hebreo piadoso y los sacrificios. Daba importancia a los sacrificios al aceptar su origen divino (**Sal 27:6**) (**Sal 84:1-4**). “*Los sacrificios de justicia*” (**Sal 4:5**) eran aquellos que se ofrecían con espíritu recto. Al mismo tiempo sabía que los sacrificios no granjeaban el favor de Dios, y que lo importante era un espíritu de obediencia (**Sal 40:6-8**). Sabía también que no “daba a comer” a Dios por medio de sus pobres ofrendas (**Sal 50:7-23**). Al mismo tiempo, y en el mismo salmo, el pacto se ratifica por el sacrificio, y

los “*sacrificios de alabanza*”, etc., serían los que siempre se ofrecían como expresión de un verdadero espíritu de alabanza.

Es difícil saber hasta qué punto el hebreo piadoso comprendía el simbolismo de “la ofrenda vicaria” del sacrificio, pero veremos que Isaías 53 presupone alguna comprensión de él de parte de algunos. El hecho de que Juan el Bautista señalara a Jesús como “*el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*” presupone también alguna comprensión del gran misterio de parte de los hebreos espirituales. Por lo menos los piadosos ofrecían sus víctimas con espíritu humilde, adorando a Dios, alabándole, dispuestos a la obediencia en todo.

Los sacrificios de los impíos. Muchos profetas denuncian la locura de ofrecer sacrificios a Jehová si el que llevaba la víctima persistía en su actitud de rebeldía. Los profetas no denuncian los sacrificios en sí, como algunos han pensado, sino la mala ofrenda de hombres malos que querían seguir su camino (muchas veces eran idólatras) y al mismo tiempo “quedar bien” con Jehová. Tales sacrificios le eran “*abominación*” (**Pr 21:27**) (**Is 1:10-20**) (**Jer 6:20**) (**Jer 7:21-23**) (**Mi 6:6-8**).

El sacrificio vicario de Isaías 53

Sin duda el profeta, iluminado por el Espíritu de Dios, emplea el simbolismo de la ofrenda por el pecado al describir la obra fundamental del Mesías. Las ideas de identificación, de representación y de sustitución se destacan claramente en los versículos 4-6, 11, 12. La “*vida*” o “*alma*” se describe como “*ofrenda por el pecado*” en el versículo 10, y en el versículo 12 leemos que el Mesías “*derramó su alma (vida) hasta la muerte*”. Todo ello tiene relación íntima con (**Lv 17:11**). El Maestro esperaba que israelitas piadosos comprendiesen por este y por otros pasajes que “*era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de los muertos al tercer día*” (**Lc 24:26,46**).

Cristo es visto como Cordero inmolado en el Nuevo Testamento mediante dos palabras: “*Arnion*” (**Ap 5:6,8,12,13**) (**Ap 7:14**) (**Ap 13:8**), “*Amnos*” (**Jn 1:29,36**) (**1 P 1:19**). Y una cita de Isaías 53 se halla en (**Hch 8:32**), aparte de bastantes alusiones menos claras.

La sangre de Cristo, que equivale a su vida entregada en sacrificio

El hecho histórico (**Jn 19:34**). La sangre del nuevo pacto (**Mt 26:28**). Cristo mismo define la sangre. Cristo entró en el santuario por su propia sangre (**He 9:12**). Vida por “*beber*” de la sangre (**Jn 6:53-56**); ver además “*comunión de la sangre*” (**1 Co 10:16**). Propiciación sobre la base de la sangre (**Ro 3:25**). Justificación por la sangre (**Ro 5:9**). El rebaño de la iglesia “*ganado por su sangre*” (**Hch 20:28**). Redención por la sangre (**Ef 1:7**) (**Col 1:14**) (**1 P 1:18-19**) (**Ap 1:5**). Paz y reconciliación por la sangre (**Col 1:20**) (**Ro 5:9-10**). Hechos cercanos por la sangre (**Ef 2:13**). Limpieza por la sangre (**He 9:14**) (**1 Jn 1:7**) (**Ap 7:14**).

El derramamiento de la sangre de Cristo es igual a la consumación de su muerte y la entrega de su vida de infinito valor. Las frases se emplean en distintos contextos para significar el valor expiatorio y propiciatorio del gran sacrificio, produciéndose idénticos efectos. Ver además (**Mr 10:45**).

El sacrificio visto como la consumación de todos los sacrificios (He 10:1-18)

Cuando se subraya la ofrenda, o el sacrificio, se suele pensar en el valor total de la persona en el momento de su sublime entrega, y se reitera la frase “*se entregó a sí mismo*” o “*se dio a sí mismo*” o “*se ofreció a sí mismo*” (Ga 2:20) (Ef 5:22-25) (1 Ti 2:6) (Tit 2:14) (He 7:27) (He 9:24-28).

Nota final

La “sangre” del sacrificio es el hilo de escarlata que une todas las secciones de la Sagrada Escritura, que es en sí la historia de la redención.

Apéndice 2. El éxodo y la teología de la liberación

Por José M. Martínez

El acontecimiento del éxodo israelita, reiteradamente exaltado en el Antiguo Testamento, ha adquirido especial relieve en nuestros días con la teología de la liberación. Constituye para ésta un paradigma histórico de extraordinario valor que usa en apoyo de sus tesis relativas a los propósitos salvíficos de Dios.

Hay en tales tesis mucho de saludable que concuerda con los principios de justicia propugnados en toda la Biblia. Sus énfasis pueden —y deben— actuar como revulsivo en la conciencia social de la Iglesia cristiana. Pero no puede asegurarse que todos los postulados de la teología de la liberación estén inspirados por una interpretación objetiva de las Escrituras acorde con el mensaje global de la misma. Su comprensión del éxodo no se ciñe a una apreciación exegética del relato bíblico. Es exponente de un método hermenéutico que se utiliza sistemáticamente en los análisis, reflexiones y conclusiones de sus más destacados representantes y que determina uno de los conceptos más transcendentales: el de la salvación. De ahí la conveniencia de considerar, aunque sea someramente, particularmente el sentido que da a la acción liberadora en la que la Iglesia debe comprometerse.

Contenido esencial de la teología de la liberación

Sería absurdo cualquier intento de exponer en breves líneas el pensamiento de los teólogos liberacionistas. Su diversidad de matices importantes es tal que se habla, y con razón, de una pluralidad de teologías. Por consiguiente, toda simplificación de las mismas sería probablemente una desfiguración. Pero el reducido espacio impuesto a este apéndice impide que nos extendamos en una exposición adecuada. Remitimos al lector que desee un más amplio conocimiento de este movimiento teológico a obras que constituyen una valiosa fuente de información y análisis ¹. Aquí habremos de limitarnos a unas pinceladas sencillas, aunque objetivas, que permitan al lector comparar el significado bíblico del éxodo con la unilateralidad políticosocial con que la teología de la liberación contempla tan magno suceso.

Como es bien sabido, esta teología ha surgido como resultado de la reflexión sobre una situación histórica concreta: la opresión socioeconómica a que se ven sometidos millones de seres humanos en Iberoamérica y en otras regiones del mundo. En muchos casos la desigualdad entre opresores y oprimidos ha sido —y sigue siendo— realmente escandalosa. La ambición y la prepotencia de oligarquías privilegiadas ha originado situaciones de dramática injusticia. La pobreza ha alcanzado límites de deshumanización. Las condiciones de trabajo apenas difieren de la esclavitud. Es comprensible que de las gargantas de quienes viven en tales circunstancias surja un grito de demanda de liberación. ¿Tiene la Iglesia respuesta a este clamor?

No pocos teólogos, católicos y protestantes, han visto en esta interrogante un reto y han orientado sus reflexiones hacia modos de acción que pongan fin a la secular explotación del hombre por el hombre. A partir de una realidad social intolerable buscan salidas acordes con la fe. El punto inicial no se halla en postulados teológicos previos, sino en la praxis histórica, la cual predomina en el desarrollo de la reflexión. La pregunta clave no es: “¿qué debemos creer?”, sino “¿qué debemos hacer?”. Sólo después de haber asumido un compromiso de servicio a favor de los más necesitados es lícito el ejercicio teológico. De este modo, como afirma Gustavo Gutiérrez, se llega a “una teología

liberadora, una teología transformadora de la historia de la humanidad ... una teología que no se limita a pensar el mundo, sino que busca situarse como un momento de proceso a través del cual el mundo es transformado"?

Esta transformación no se logra mediante la simple inculcación de ideales de justicia en los individuos. Incluye necesariamente una acción política que cambie las estructuras sociales. Y el cristiano no debe rehuir el compromiso en tal acción.

En el análisis de la praxis histórica y en la búsqueda de vías de salida hacia una estructuración más justa de la sociedad, los teólogos de la liberación se valen de determinados postulados marxistas. Los consideran útiles para la comprensión de la realidad social y para la solución de sus problemas. Y aunque la asunción del análisis marxista se hace críticamente y no equivale a identificación plena con la ideología de Marx, la influencia de ésta en la teología de la liberación es más que tangencial; penetra en el fondo de su pensamiento y lo impregna.

No quiere decir esto que se prescindiera de la fuente esencial de toda teología cristiana, la Biblia. También las Escrituras contribuyen a la elaboración del sistema teológico. Pero el uso que del texto bíblico hacen los liberacionistas es peculiar. Más que fuente determinante de la labor teológica se ve en él un mero punto de referencia que ilustra y corrobora las proposiciones a las que previamente se ha llegado por otros caminos.

La teología de la liberación tiene una hermenéutica propia. A diferencia de la hermenéutica clásica, basada en el sentido original de los textos y en la globalidad de la enseñanza bíblica, estudia los diferentes pasajes de la Biblia subordinando su interpretación a los requerimientos del contexto existencial del intérprete. En palabras de Severino Croatto, "una Teología de la Liberación no se elabora con libros, ni siquiera con el conocimiento profundo de la exégesis bíblica. El mensaje bíblico brota del acontecimiento..."³

Y como el contexto existencial del intérprete es el factor decisivo en el significado del texto, la interpretación de éste varía de acuerdo con la evolución de aquél. Juan Luis Segundo lo ha declarado sin ambages: "... cada nueva realidad obliga a interpretar de nuevo la revelación de Dios, a cambiar con ella la realidad y, por ende, a volver a interpretar ... y así sucesivamente".⁴ La perennidad del mensaje bíblico original queda así desvirtuada —o más bien anulada— por la transitoriedad de interpretaciones sucesivas nacidas, no de una exégesis rigurosa, sino del devenir histórico.

Es precisamente la práctica hermenéutica expuesta lo que ha convertido la narración bíblica del éxodo en uno de los temas predilectos de los teólogos de la liberación. Para Croatto "es un 'lugar' querigmático característico, provocador, creativo, inexhaustible, por tanto. Justamente para una Teología de la Liberación, más que de la libertad, es un pasaje ejemplar".⁵

En la experiencia liberadora del éxodo halla Gutiérrez la base de la relación entre creación y salvación, que expone ampliamente en el capítulo 9 de su Teología de la liberación. A su modo de ver, "el acto creador es ligado, casi hasta la identidad, con el gesto que liberó a Israel de la esclavitud de Egipto". Pero, ¿qué sentido se da a este gesto? En palabras del mismo autor, "la liberación de Egipto es un acto político. Es la ruptura con una situación de despojo y de miseria y el inicio de la construcción de una sociedad justa y fraterna".⁷ Gutiérrez no regatea detalles en la descripción de la situación de Israel en la "casa de servidumbre" en que la había convertido Egipto. El cuadro es pintado con los mismos colores vivos e impresionantes del narrador bíblico: represión (**Ex 1:10-11**), trabajo alienado (**Ex 5:6-14**), humillaciones (**Ex 1:13-14**), política antinatalista forzada (**Ex 1:15-22**). En ese momento dramático Dios llama a Moisés, a quien correspondería la dura

tarea de liberar a su pueblo. Una vez consumado el éxodo, este pueblo necesitaría “una lenta pedagogía” para llegar a “tomar conciencia de las raíces de su opresión, luchar contra ella y percibir el sentido profundo de la liberación a que está llamado. El creador del mundo es el creador y liberador de Israel, a quien da por misión establecer la justicia”.⁸

En el cumplimiento de tal misión no todo se reduce al establecimiento de un nuevo orden, de “una sociedad libre de la miseria y la alienación. En todo el proceso el hecho religioso no aparece como algo aparte. Está situado en el contexto, o más exactamente, en el sentido profundo de toda la narración”.⁹

La exposición de Gutiérrez, hasta aquí, nos parece bíblicamente objetiva, pero la radicalidad de la experiencia religiosa de la liberación israelita parece ir perdiendo importancia en las páginas siguientes de su libro. Se observa una tendencia al reduccionismo con un claro énfasis políticsocial y una exaltación, del protagonismo humano. Se reconoce que la obra de Cristo en la nueva creación es presentada en el Nuevo Testamento como “una liberación del pecado y de todas sus consecuencias”; pero de estas sólo se mencionan “el despojo, la injusticia, el odio”.¹⁰ Nada se dice de la idolatría, el gran pecado del antiguo Israel —característico también del mundo de nuestros días aunque con manifestaciones distintas—, o de la incredulidad, pecado capital en el evangelio. No se subraya el pecado como antítesis de la santidad de Dios y como actitud de rebeldía a la autoridad de su Palabra, actitud inherente a la naturaleza misma del hombre caído. Estos aspectos se esfuman casi por completo en la teología de la liberación. En su lugar, adquieren relieve extraordinario los relativos al perfeccionamiento social, en el que el hombre mismo, mediante su trabajo, debe asumir un papel decisivo. Su acción, encaminada a la transformación de la sociedad, es parte esencial del proceso salvífico.

Gustavo Gutiérrez, tratando de precisar el concepto de salvación, reitera su distinción de tres niveles de significación (libertad política, libertad del hombre a lo largo de la historia, libertad del pecado y entrada en comunión con Dios) y su condicionamiento mutuo; pero no puede ocultar lo que parece su mayor preocupación: “la salvación en Cristo es una liberación radical de toda miseria, de todo despojo, de toda alienación”.¹¹

En escritos de otros teólogos, más reduccionistas que Gutiérrez, el énfasis en el aspecto políticsocial de la salvación es aún más acentuado. ¿Corresponde a la enseñanza de las Escrituras?

El éxodo y la salvación en la perspectiva bíblica

Aún admitiendo que el éxodo fue una experiencia paradigmática, sólo comprenderemos el alcance de su significación si lo interpretamos a la luz de lo que el término “salvación” expresa en la Biblia.

En el Antiguo Testamento aparece constantemente y con singular realce. Como atinadamente observó T. B. Kilpatrick hace más de medio siglo, “el credo de Israel se resume en una sola frase: Jehová salva”. La salvación se manifiesta de modos diversos, pero siempre haciendo patente una situación humana de angustia y una intervención divina de liberación.

El verbo hebreo “yasha”, que es el más frecuente en el Antiguo Testamento para indicar la acción de salvar, liberar o ayudar, original y literalmente significaba “estar en un lugar espacioso”, en oposición a “tsasar”, encontrarse en una circunstancia de estrechez, apuro u opresión, de la que sólo es posible salir mediante la intervención de alguien

suficientemente poderoso. “La liberación es concedida al débil u oprimido en virtud de una relación de protección o dependencia existente por parte de éste respecto a uno más fuerte que le libra de su aflicción. El pensamiento no es el de ayuda propia o cooperación... La ayuda es tal, que sin ella el oprimido estaría perdido”. 12

Así se puso de manifiesto en el éxodo. Curiosamente es para describir esta experiencia que se usa “yasha” por primera vez (**Ex 14:30**). El estado de opresión, angustia e impotencia en que se encontraba Israel bajo el poder del faraón no podía ser más dramático. Toda idea de autoliberación habría sido utópica. Sólo cabía soportar resignadamente el sufrimiento por tiempo indefinido. Pero Dios “vio” la aflicción de su pueblo y “oyó” su clamor (**Ex 3:7**). Y “descendió” para librarlo (**Ex 3:8**). Su intervención no excluiría la intervención de Moisés. Pocas veces actúa Dios sin el concurso humano. Pero resultaría evidente a todas luces que la liberación de los israelitas no se debió a la intrepidez de Moisés, y menos aún a una acción heroica del pueblo. El triunfo sobre Egipto fue el triunfo de Jehová. Así lo reconocieron y cantaron las generaciones posteriores (**Jue 6:8**) (**1 S 12:6-8**) (**1 R 8:51**) (**Neh 9:9**) (**Sal 77:14-20**) (**Sal 78:12-55**) (**Sal 80:8**) (**Sal 106:7-12**) (**Sal 114**) (**Os 11:1**) (**Jer 7:21-24**) (**Jer 11:1-8**) (**Jer 34:13**) (**Dn 9:15**).

No es de extrañar que la gesta del éxodo se convirtiera en recuerdo obligado durante las tres grandes fiestas de Israel. En la primera de ellas, la de “niazzoth” o de los “panes sin levadura” (la Pascua), coincidente con el principio de la siega, constituía el motivo central. Incluso el mes en que había de celebrarse (abib) estaba claramente determinado: “*porque en él saliste de Egipto*” (**Ex 23:15**) (**Ex 34:18**). La fiesta de pentecostés, que tenía lugar siete semanas más tarde, marcaba el apogeo de la cosecha, pero en su celebración debía seguir presente la misma gran experiencia histórica: “*Y acuérdate de que fuiste esclavo en Egipto*” (**Dt 16:12**). La fiesta de los tabernáculos, al final de la recolección, muestra igualmente el impacto que el recuerdo del éxodo y de la peregrinación subsiguiente a través del desierto había de producir en generaciones futuras: “*Para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto...*” (**Lv 23:43**).

Pero el evento del éxodo no sólo marcó una huella imborrable en la conciencia de Israel. Constituyó un paradigma, aunque no exactamente en el sentido que le atribuye la teología de la liberación, y vino a ser fuente de esperanzas renovadas a lo largo de sucesivos períodos históricos. A partir de la salida de Egipto, Dios no cesaría de ser el guardador y el liberador de su pueblo. Los libros históricos del Antiguo Testamento a partir de Josué lo atestiguan. Y si el pecado acarreaba a Israel nuevas experiencias de aflicción y servidumbre —juicio de Dios— al término de cada una de ellas reaparecería la mano salvadora de Dios, Jehová, que jamás hace del juicio sobre la comunidad redimida su decisión final. Su última palabra siempre es “yasha”.

Así lo entendieron los profetas. En sus escritos reaparece el éxodo como patrón de futuros actos salvíficos de Dios (**Is 51:10**). La conmemoración de lo acaecido en Egipto era un deber para cada israelita, no sólo en la celebración de sus fiestas solemnes, sino en todo momento de reflexión histórica (**Dt 6:12**) (**Dt 7:8**) (**Dt 8:11-16**). Pero debía ser más. El recuerdo del éxodo había de convertirse en luz que iluminara todas las horas de crisis en Israel. Aun en los momentos de mayor humillación, de derrota y ruina la fidelidad de Dios aseguraba nuevos comienzos con renovadas manifestaciones de su acción liberadora. Ni los torrentes de invasiones crueles ni los fuegos de ferocidad de los enemigos podrían destruir al pueblo amado de Dios (**Is 63:1-2**). ¿La razón de este milagro? “*Porque ... yo soy tu salvador*” (**Is 43:3**).

Así se demostró en el regreso de los judíos de la cautividad babilónica y en otros períodos posteriores de su historia. Una y otra vez se confirmaría el acierto del resumen del

mensaje veterotestamentario: “*Jehová salva*”. Sin embargo, en ningún momento de la época posexílica se llegó a una situación tan brillante, tan testificativa del poder salvífico de Dios que eclipsara la gloria del éxodo. Las liberaciones fueron limitadas y temporales. El pueblo judío, desde el punto de vista político, no llegó a verse nunca libre de yugos. Tras el retorno de Babilonia siguió sometido a Persia primeramente y a Grecia después. Posteriormente habría de sufrir la dura subyugación impuesta por los seléucidas. Finalmente Roma mantendría sobre él su férreo poderío.

Pese a todo, la esperanza no se extinguió en Israel. Siguió latente, avivada por la literatura apocalíptica, pero fundamentada en los vaticinios proféticos anteriores. No importaba demasiado la perspectiva terrena del devenir histórico. En la perspectiva de la revelación progresivamente se iba agrandando la figura del Mesías Salvador. En él y por él se cumplieron las grandes promesas salvíficas de Dios.

Y así fue. “*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo....*” (**Ga 4:4**), la Palabra encarnada, creadora, redentora. Con este hecho las promesas empiezan a cumplirse. Resuenan las notas jubilosas del evangelio anunciando una salvación grandiosa (**Lc 1:68-75**) (**Lc 2:10-11,29-32**).

El nombre del Enviado constituye de por sí la expresión resumida más elocuente del mensaje bíblico: Jesús (Yeshua), “*Jehová Salvador*” (**Mt 1:21**). Su vida y su obra serían la mejor interpretación de su nombre. Para muchos de sus contemporáneos fue piedra de tropiezo; pero su evangelio vino a ser “*poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree*” (**Ro 1:16**).

¿Y en qué consiste la salvación cristiana? Llegamos al meollo de la cuestión que nos ocupa. Por tal razón debemos extremar el rigor exegético en el análisis de la información que el Nuevo Testamento nos ofrece, única base sólida para elaborar conclusiones teológicas.

No basta atenernos a la amplitud de significados del verbo “sodso” (salvar) o del sustantivo “sotena” (salvación), correspondientes al hebreo “yasha”, pues ello nos dejaría en una cierta ambigüedad. “Sodso” puede referirse a la liberación de un peligro, a la curación de una enfermedad o a la restauración a una situación de bienestar; expresa también la idea de preservar la salud interior de una persona. ¿Determinaremos el sentido del término en cada caso guiados por el contexto? La aplicación de esta elemental regla hermenéutica es esencial, pero insuficiente. La comprensión de la salvación sólo es posible cuando se toman en consideración las líneas rectoras de la revelación bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

En los tiempos anteriores a Cristo, los profetas ya habían recalcado que la salvación no consistía simplemente en la liberación de enemigos o de situaciones opresivas, sino en el disfrute de una vida de justicia regida por la ley de Dios y en comunión con él. Era una ruptura de toda forma de idolatría e inmoralidad y una adhesión plena a Jehová, en conformidad con el pacto sináptico. Y esta experiencia no consistía en prácticas religiosas externas, frecuentemente huera, sino en una actitud espiritual íntima que diera lugar a un comportamiento propio del pueblo de Dios, tanto en el orden religioso como en el secular (**Is 1:10-20**) (**Mi 6:6-8**), entre muchos otros textos. De este modo, Israel sería el “*siervo de Jehová*” en medio de las naciones, entre las cuales irradiaría el conocimiento del Dios verdadero a fin de que la salvación llegara hasta los últimos términos de la tierra (**Is 49:6**).

Pero Israel fracasó. No vivió a la altura de la vocación divina. Se prostituyó espiritualmente. Cayó en todos los pecados de los demás pueblos. Sin embargo, el propósito de Dios no podía frustrarse. El siervo apóstata sería sustituido por un Siervo fiel,

el “ebed Jehová” por excelencia, del que con anterioridad el “resto” de israelitas piadosos no pasaría de ser sino un pálido reflejo. El gran Siervo sería Cristo.

Este hecho se destaca ya en las primeras páginas de los evangelios. El anciano Simeón, que ve en Jesús la salvación divina, identifica al niño Jesús con el Siervo de Jehová citando dos textos claves de Isaías (**Is 42:6**) (**Is 49:6**). Esta identificación sería corroborada por el Señor mismo (**Lc 4:16-21**), quien *“no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”* (**Mr 10:45**). Aquí radica el fundamento de la salvación.

El “rescate” del que habla Cristo no se reduce a la liberación de males temporales. En un sentido más hondo la salvación es participación en el reino de Dios (**Lc 8:10,12**). En el relato del encuentro de Jesús con el joven rico (**Mr 10:17-26**), la “vida eterna”, el “reino de Dios” y la “salvación” aparecen como sinónimos (versículos 17, 21, 23, 24, 26). Juan, en su evangelio, usa preferentemente el término “vida” o “vida eterna” como equivalente de salvación, probablemente porque en arameo la palabra “hayye” tenía doble significado de salvación y de vida. En los evangelios sinópticos se generaliza la expresión “reino de Dios”, tanto en sus manifestaciones en Cristo como en los aspectos escatológicos de su consumación.

Y es importante notar que el reino de Dios no es una institución religiosa. Ni siquiera es la Iglesia, aunque se hace visible en ella. Tampoco expresa la idea de una sociedad civil que, destruyendo sistemas injustos, evoluciona hasta establecer nuevas estructuras que posibiliten la libertad, la dignidad y el bienestar de todos los seres humanos. El reino de Dios es el señorío de Dios, el reconocimiento y la aceptación de su autoridad, el acatamiento de su Palabra. En el fondo entraña una relación personal entre el hombre y su Creador, relación de fe y de sumisión a sus benéficas leyes. En los evangelios esa relación se pone de manifiesto en la actitud del hombre ante Cristo, encarnación de Dios. Todo depende de creer o no creer en él (**Jn 3:18**) con todo lo que ello implica.

Pero es precisamente la prioridad de esa relación con Dios en Cristo lo que se rechaza más y más o simplemente se ignora. Muchas personas, animadas de nobles ideales, aplauden la justicia y anhelan —incluso luchan por— un reino de justicia, con tal de que no sea el reino de Dios. Una sociedad secularizada no necesita a Dios. La sola idea de la divinidad es —se piensa— un obstáculo para el progreso humano, causa del peor tipo de alienaciones. Lógicamente la teología de la liberación no puede compartir este divorcio entre justicia liberadora y reino de Dios. Sin embargo, sus énfasis políticosociales fácilmente pueden eclipsar en la mente de muchos el elemento religioso, fundamental y predominante en el concepto bíblico de la salvación.

Es, sin embargo, la ruptura con Dios lo que constituye el meollo de la problemática humana: el pecado con todas sus secuelas de egoísmo, opresión, odio, violencia. Por eso la liberación del pecado y sus consecuencias es lo esencial de la salvación. Las palabras de Cristo excluyen toda ambigüedad: *“todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado ... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”* (**Jn 8:34-35**).

De ahí que una de las mayores bendiciones —la primera— de la salvación sea el perdón. Lo que inicialmente dijo Jesús al paralítico de Capernaum no fue “levántate y anda”, sino *“confía, hijo, tus pecados te son perdonados”*. La curación física tuvo lugar después (**Mt 9:1-8**) a modo de beneficio accesorio.

El apóstol Pablo, expositor incomparable del evangelio, captó en toda su profundidad el significado de la salvación y magistralmente nos lo presenta en su carta a los Romanos, la guía más segura para una recta comprensión de la soteriología cristiana. El primer punto de su exposición es un cuadro tenebroso de la pecaminosidad humana, manifestada en

formas de impiedad e injusticia, de idolatría o inmoralidad (**Ro 1:18-32**), de hipocresía y simulación (**Ro 2:17**). El pecado es universal (**Ro 3:23**), como universal es el juicio condenatorio que acarrea la *“ira de Dios”* (**Ro 1:18**) (**Ro 2:1**) (**Ro 3:19**). Pero sobre ese fondo oscuro resplandece la gracia de Dios, quien, en virtud de la obra expiatoria de su Hijo en la cruz, *“justifica”* a todos los creyentes en Cristo. El término *“justifica”* incluye la idea del pecado, pero la amplía y le da mayor profundidad. Con una connotación de tipo jurídico significa que la justicia perfecta de Cristo es atribuida a quienes confían en él, a la par que los pecados del creyente quedan sin efecto condenatorio por cuanto Cristo cargó con ellos y los expió en el Calvario (**Ro 3:24-26**) (**2 Co 5:21**). Pablo reiteraría lo glorioso de esta bendición en otros escritos suyos (**Ef 1:7**) (**Col 1:14**) y otros apóstoles la destacarían con no menor énfasis (**1 P 2:24**) (**1 Jn 1:7-2:2**) (**1 Jn 4:10**).

Otro aspecto de la salvación afín al de perdón (o justificación) es el de la reconciliación con Dios (**2 Co 5:18-20**) (**Col 1:20-22**). Muchos suspiran por una sociedad sin barreras de enemistad entre hombres y pueblos. Pero este ideal jamás se hará realidad en tanto subsista la enemistad del hombre con Dios. Sólo en Cristo, y por la acción de Dios, es posible la reconciliación a nivel humano con dimensión de universalidad (**Ef 2:11-19**).

La reconciliación con Dios es enriquecida con otra bendición: la filiación divina. El creyente en Cristo es adoptado como hijo de Dios (**Ef 1:5-6**) (**1 Jn 3:1**), de quien recibe una nueva naturaleza (**2 P 1:3-4**) mediante un nuevo nacimiento espiritual operado por el Espíritu Santo (**Jn 3:3**) (**Tit 3:5**). El propio Espíritu de Dios es otorgado al redimido por Cristo como el más excelente de los dones y como sello que garantiza la salvación (**1 Co 6:19**) (**Ef 1:13**).

Es precisamente la presencia y la acción del Espíritu Santo en el creyente lo que posibilita otro aspecto de la salvación en Cristo: la liberación del poder del pecado, el cambio radical que se efectúa en la vida de los hijos de Dios, llamados a reproducir la imagen moral de Jesucristo (**Ro 8:29**). Tal cambio sería prácticamente imposible si el hombre contase únicamente con sus propios recursos morales, siempre dominados por *“la ley del pecado”* que actúa prepotente en él (**Ro 7:14-23**) y lo somete a la más angustiosa de las esclavitudes. Ser liberado de ella es necesidad apremiante. Y el único libertador es Jesucristo (**Ro 8:25**) mediante la obra de su Espíritu. El verdadero creyente en Jesucristo ha de poder decir con el apóstol: *“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”* (**Ro 8:2**). La vida nueva, modelada según la justicia de la ley divina (**Ro 8:4**) no es aún perfecta; pero evidencia la realidad de la acción liberadora de Cristo. De todos sus redimidos puede afirmarse: *“Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”* (**Ro 6:18**).

Pero la soteriología bíblica no se agota en sus aspectos temporales. Contiene una faceta escatológica. La salvación tiene aquí y ahora su inicio y su desarrollo parcial, pero su perfecta consumación tendrá efecto en el futuro, cuando los redimidos serán glorificados juntamente con su Redentor (**Ro 8:17-18**) (**Col 3:4**) y perfectamente transformados a su imagen (**1 Jn 3:2**) (**Fil 3:21**). Esta culminación de la obra salvadora de Cristo lleva aparejada una liberación de alcance cósmico, pues, *“la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (**Ro 8:21**). El cuadro bíblico es el de *“cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”* (**2 P 3:13**) (**Ap 21:1**).

Pero dicho todo esto no queda dicho todo. Los aspectos de la salvación que acabamos de bosquejar, esenciales en la enseñanza bíblica, entrañan un elemento de capital importancia: la responsabilidad social del pueblo de Dios. La naturaleza transcendental de la redención no es incompatible con la atención a los problemas terrenales. Lo eterno de su duración no está desligado de lo temporal. La verticalidad (relación del hombre con

Dios) no excluye la horizontalidad (relación del hombre con el hombre), sino todo lo contrario. Quien se ha reconciliado con Dios y vive en comunión con él mantiene relaciones justas y solidarias con sus semejantes. La espiritualidad de su experiencia no da lugar a un misticismo estéril sino a un compromiso de servicio en favor de la dignidad, la libertad y el bienestar humanos. Así se pone de manifiesto en las leyes dadas a Israel para regular su vida política, véase como ejemplo **(Ex 21:1-23:9)** y en las constantes denuncias de los profetas contra toda forma de vejación o injusticia, inspiradoras de no pocas súplicas en los Salmos.

Las enseñanzas de Jesús no anulan la responsabilidad social de sus seguidores. Sus discípulos deben buscar prioritariamente *“el reino de Dios y su justicia”* **(Mt 6:33)**, y eso no sólo en el ámbito limitado de la comunidad de creyentes sino en el mundo, en el que deben ser *“luz”* y *“sal”* **(Mt 5:13-16)**. El cristiano debe interesarse activamente por su prójimo y contribuir en la medida de sus posibilidades a remediar o paliar los males de una humanidad caída y en muchos sentidos herida y despojada. Esa es la gran lección de la parábola del buen samaritano **(Lc 10:25-37)**, confirmada por la de las ovejas y los cabritos **(Mt 25:31-46)**.

Pablo, tras su exposición teológica de Romanos 1-11, relativa a la salvación, muestra en los capítulos siguientes las derivaciones prácticas concernientes a las responsabilidades del creyente tanto eclesiales como civiles, destacando como principio rector el amor al prójimo **(Ro 13:8-10)**. Y Santiago aparece en el Nuevo Testamento como un vehemente defensor de los derechos de los pobres **(Stg 2:1-13)** y como acusador de los ricos opresores, esclavos de un egoísmo materialista carente de la más elemental justicia **(Stg 5:1-6)**.

El discípulo de Jesús no puede ser indiferente a las situaciones injustas. Ante ellas debe compartir la inquietud y la protesta —si no la totalidad del pensamiento— de los teólogos de la liberación. En cuanto esté a su alcance ha de coadyuvar al mejoramiento moral y social de la comunidad civil. Ello le obliga a condenar toda forma de opresión, de deshumanización o de alienación. El mensaje bíblico no es una exhortación a la resignación frente a la miseria y el dolor causados por la arbitrariedad. Es un llamado a proclamar las exigencias éticas del reino de Dios. Tiene razón Jürgen Moltmann cuando señala que *“Cristo no es sólo consuelo en el sufrimiento, sino también la protesta de Dios contra el sufrimiento”*.¹³

Debemos añadir que la protesta cristiana debe ser más radical y más amplia que la expresada por la teología liberacionista. Ha de denunciar los pecados de los ricos opresores, pero también los rencores, odios y ambiciones de muchos pobres. Ha de condenar todo cuanto de inicuo hay en las estructuras político-económicas; pero debe ir más allá. Debe reprochar la permisividad creciente aprobada por la sociedad de nuestros días en detrimento de valores éticos fundamentales.

Sobre todo, tanto el creyente como la Iglesia deben contribuir al progreso de la justicia, de la reconciliación y de la paz mediante un estilo de vida acorde con los principios morales del reino. La comunidad de los redimidos está llamada a ser expresión visible de la realidad del reino de Dios en su triple manifestación de *“justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* **(Ro 14:17)**.

Asentado sobre esta realidad, el testimonio cristiano relativo a la salvación ha de ser mantenido en su integridad, atendiendo a todas las necesidades del ser humano, las físicas y las espirituales, respetando la prioridad que el evangelio da a estas últimas **(Mt 6:33)** **(Jn 6:27)**. No es suficiente una liberación social y económica para que una persona sea mínimamente feliz, pues *“no sólo de pan vive el hombre”* **(Mt 4:4)**. E.M.B. Green ha descrito atinadamente la situación del mundo actual con el consiguiente reto para el

pueblo cristiano: “El sentimiento de culpa, la soledad, la ansiedad, la búsqueda de la vida, la muerte y el más allá son todavía enemigos que atormentan al espíritu humano. Todavía hay hambre de salvación, como la había en el mundo pagano en tiempos de Cristo. De pocas maneras podría la Iglesia servir mejor a su generación que recobrando, traduciendo al lenguaje moderno y proclamando osadamente el mensaje de salvación, maravillosamente global, contenido en las Escrituras.¹⁴

Sólo la aceptación de este mensaje proporciona la más completa de las liberaciones. Sólo en Cristo es posible el “*éxodo*”, la salida de una vida de servidumbres múltiples y de frustración a la libertad de los hijos de Dios. En esta vida nueva, como en la del Israel sacado de Egipto, la gloria de la presencia de Dios resplandece a la par que el pueblo redimido canta: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación” (**Ex 15:2**).

Notas

- 1 . Véase, por ejemplo, Samuel Escobar, *La fe evangélica y las teologías de la liberación* (El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1987). De dimensiones más reducidas, José María Martínez, “La teología de la liberación, una evaluación evangélica” en *Los cristianos en el mundo de hoy* (Terrassa: Alianza Evangélica Española-Editorial CLIE, 1988) pp. 163-201.
2. Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación* (España: Ediciones Sígueme, 1977), pp. 40, 41.
3. “Introducción” en *Liberación y libertad* (Mundo Nuevo, 1973).
4. *Liberación de la teología* (C. Lohlé, 1975), pp. 12, 13.
5. Severino Croatto, op. cit., p. 203.
6. Gustavo Gutiérrez, op. cit., p. 203.
7. Ibid., p. 204.
8. Ibid., p. 205.
9. Ibid., p. 206.
10. Ibid., p. 208.
11. Ibid., p. 240.
12. Fohrer, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans), tomo VII, p. 973.
13. J. Moltmann, *Teología de la esperanza* (España: Ediciones Sígueme, 1972) p. 27.
14. E.M.B. Green, *The Meaning of Salvation* (Hodder and Stoughton, 1965), pp. 239, 240.

Copyright ©. Texto usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, y de Antonio Ruiz, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).